AUTORA *BEST SELLER* DEL *USA TODAY*

LJ ANDREWS

LA REINA ETERNA



wonderbooks

LJ Andrews

La reina eterna

Los mares eternos 2

Traducción de
Isabel Fuentes

wonderbooks

No es un hombre…
… trabajo y podredumbre.
Hasta que todo acaba no dormimos.
La tumba de un marino,
nuestro único deseo.
Oh, la tripulación
del rey eterno.

Para aquellas cuyas almas abandonan su cuerpo
cuando el villano les susurra al oído:
«Hola, amor…».

Advertencia de contenido

Este libro contiene material que algunos lectores podrían considerar perturbador, por ejemplo:

- Violencia
- Intento de agresión sexual (no entre los protagonistas)
- Sangre y contenido gráfico
- Contenido sexual explícito
- Asesinato de familiares cercanos
- Tortura
- Mutilación
- Temas oscuros
- Aislamiento
- Abuso físico y emocional
- Secuestro
- Amenazas de violencia contra mujeres
- Lee con precaución

Resumen de El rey eterno

Bienvenido de nuevo a los Mares Eternos.

Este libro continúa exactamente donde dejamos la historia en *El rey eterno,* pero, para refrescar la memoria, aquí tienes algunos detalles importantes de la trama que debes recordar.

Valen Ferus, rey de los elfos del pueblo de la Noche y maestro de la tierra, mató a Thorvald, el padre de Erik Cantasangre, hace veinte ciclos.

El caído rey eterno había atacado a un miembro de la familia de Valen cuando se reveló que Erik había sido brutalmente torturado durante su captura por los elfos de la tierra, lo que le dejó cicatrices y una pierna destrozada. A modo de represalia, el rey del pueblo de la Noche mató al rey eterno.

Diez ciclos después de la muerte de Thorvald, los elfos de la tierra y los elfos del mar se enfrentaron en una gran guerra, en la que los elfos de la tierra resultaron victoriosos.

Sin que su pueblo lo supiera, Livia Ferus, hija del maestro de la tierra, solía escabullirse hasta la celda del joven rey eterno para leerle cuentos de hadas sobre una alondra y una serpiente que encontraban amistad.

Con el tiempo, el joven Erik fue desterrado al Reino Eterno, y se levantaron barreras y hechizos entre ambos mundos: el Abismo.

Pasaron otros diez ciclos antes de que Livia tocara los resguardos y, sin saberlo, liberara al rey eterno de su prisión.

Erik y su tripulación atacaron la fortaleza de los elfos de la tierra y secuestraron a Livia como moneda de cambio frente a Valen Ferus.

Erik creía que Valen poseía un poder perdido que alguna vez perteneció al difunto rey Thorvald.

La magia de Livia, fruto de su furia, sana la tierra, y pronto comienza a curar una plaga que asola el Reino Eterno, conocida como «la oscuridad».

Con la ayuda de la señora Narza, su abuela y soberana de las brujas del mar, Erik descubre que el poder que siempre creyó

heredado de su difunto padre fluye en realidad por las venas de Livia, aunque de una manera muy distinta a la que imaginaba.

Se revela que, en una de aquellas noches en que Livia acudió a leerle después de la guerra, rompió por accidente un poderoso talismán, y la magia selló entre ambos un vínculo de corazón, una unión indestructible entre la princesa de los elfos de la tierra y el joven rey eterno.

Mientras se dedica a sanar el Reino Eterno, Livia encuentra un nuevo propósito entre los elfos del mar. Allí descubre amistad y lealtad en Celine Cantamareas, la única mujer capaz de gobernar la *Nave Eterna,* y en Sewell, el cocinero de la galera.

Gavyn Rompehuesos, conocido también como Gavyn el Buscador —según las palabras de Erik—, es el señor de la Casa de los Huesos y uno de los más fieles aliados del rey, junto con Celine, Larsson Guardahuesos y su primo Tait. Gavyn y Erik planean volver a sellar el Abismo, con la esperanza de impedir que el pueblo de Livia muera en su intento por traerla de regreso.

A medida que el tiempo los une y las heridas del pasado cicatrizan, Livia y Erik caen inevitablemente el uno en los brazos del otro. Pero no todos comparten su amor por el rey eterno. Los enemigos conspiran en las sombras y asesinos intentan acabar con Erik, capturar a Livia o matarla. Sin embargo, el vínculo que los une es más fuerte que la muerte, y gracias a él logran sobrevivir al ataque.

Poco después, mientras Gavyn intenta reforzar los resguardos del Abismo, Aleksi, el primo de Livia, consigue sujetar al señor de los huesos antes de que este se disuelva en agua, y casi pierde la vida al ser arrastrado por las violentas corrientes del Abismo.

Erik utiliza su canto sanador para salvar la vida de Aleksi, y Livia descubre que no es la primera vez que lo hace. Durante la guerra, Erik también había curado a su tío moribundo como muestra de gratitud hacia Stieg, un guerrero elfo de la tierra que lo protegió cuando fue capturado de niño.

El odio que durante tanto tiempo había dividido a los elfos de la tierra y a los del mar empieza a resquebrajarse y deja paso al deseo de unión entre ambos pueblos. Livia le muestra a su primo el lugar

que ha encontrado en el Reino Eterno, con la esperanza de que Aleksi permanezca al lado de Erik cuando llegue el momento de hablar con su padre para que acepte al rey eterno.

Para demostrar que el lugar de Livia está a su lado, Erik la sienta en su trono, un gesto de igualdad ante su pueblo, y la nombra la primera reina eterna.

Juntos, Erik y Livia trazan un plan para unir a los elfos de la tierra y a los del mar como aliados después de su regreso al reino de Livia. Sin embargo, antes de poder zarpar, Larsson los traiciona y revela su verdadera identidad: es el medio hermano de Erik y pretende luchar por el trono del Reino Eterno.

Durante el motín, Livia es capturada por Larsson y por alguien a quien ella reconoce a bordo de su barco.

Desesperado por encontrarla, Erik envía a Gavyn a buscarla por los Mares Eternos, mientras él mismo se arriesga a cruzar una vez más el Abismo y regresa a las tierras de sus enemigos. Tait, Aleksi y Erik caen en una emboscada tendida por Jonas, príncipe de los elfos de la tierra.

El libro concluye cuando Jonas informa a Erik de que será llevado ante Valen Ferus para afrontar su destino.

Prólogo

Aquel día

Su destino ya estaba escrito.

En el fondo, el muchacho siempre había sabido que su historia terminaría así; ese era el destino inevitable de quienes caían del lado perdedor en una guerra.

El murmullo del agua acariciaba la orilla con suavidad detrás de él. Guerreros se erguían entre él y su hogar, imponentes y silenciosos. La arena húmeda se le incrustaba en los pantalones sucios que cubrían sus rodillas magulladas, pero el frío del mar le ofrecía un breve alivio, justo lo suficiente para volver a respirar.

Las noches encerrado entre los muros crueles de piedra habían llegado a su fin. Ahora debía enfrentarse a su destino.

A su lado, otro chico aguardaba un castigo similar. Un chico al que el joven rey estaba destinado a odiar. Pero no podía despreciarlo del todo. Otro fracaso más que añadir a la larga lista de formas en que todavía no era el rey que su padre habría querido.

Aquel segundo muchacho, maltrecho y cubierto de suciedad, era el único de su pueblo que quedaba.

Los demás habían partido ya en sus barcos de hueso y madera pulida, con velas negras y azules; habían desaparecido bajo las mareas violentas tan pronto como terminó la batalla.

El joven rey temía a la gente de la orilla, las hojas envainadas en sus cinturones, la sangre seca bajo las uñas. Aun así, conservaba un vestigio de poder; la cautela medía los movimientos de quienes lo miraban y la tensión se dibujaba en sus mandíbulas, como si temieran que en cualquier instante estallara de furia. Los temía, sí, pero no cabía duda: los elfos de la tierra también temían al rey del mar.

Mientras escuchaba el castigo impuesto al segundo elfo del mar por los reyes y reinas de los reinos enemigos, el joven monarca cerró sus dedos amoratados en torno a su nuevo y diminuto

talismán. La muchacha había exagerado su valor: la pequeña alondra tenía el brillo apagado del estaño, no la nobleza de la plata.

Aun así, desde el momento en que su pequeña alondra se alejó entre la espesura de la hierba, el joven rey se aferró al regalo de despedida. El odio hervía en su interior como veneno en la sangre, y, sin embargo, no podía borrar de su mente a la diminuta ave que le había narrado historias grandiosas en la noche más oscura.

Un último vistazo, una mirada furtiva para retener la imagen de la muchacha antes de que las olas lo reclamaran. Pero al levantar la vista, no halló su rostro, sino el de un enemigo, endurecido por la guerra, mortal, envuelto en sombras negras.

Los ojos oscuros del rey elfo lo atravesaron como un abismo implacable, capaces de quebrar la piedra y someter la voluntad más firme. Tal vez el destino del muchacho no sería el destierro: quizá el rey de la tierra derramara su sangre envenenada sobre la arena sin dudar.

—No me desafiaste, muchacho —dijo el rey enemigo.

El desafío, la razón misma por la que el rey del mar había viajado hasta los reinos de la tierra. Y, como un necio, había deshonrado a su pueblo. Un solo instante de vacilación, un gesto de compasión hacia un enemigo moribundo, y el joven había perdido la oportunidad de reclamar el poder que su padre había dejado escapar hacía tantos años.

—No tuve oportunidad —fue lo único que dijo el joven rey.

No había lugar para la debilidad entre los reyes eternos. Alzó el mentón y esperó, con la tensión contenida, el golpe del hacha oscura y letal que había abierto el corazón de su padre.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando el maestro de la tierra se inclinó sobre una rodilla, para quedar a su altura. ¿Por qué se postraría un rey victorioso ante su víctima?

El rey de los elfos de la tierra podría partirle el cuello con un simple gesto, y aun así habló con una voz suave, casi bondadosa:

—Podrías quedarte aquí. Serías bienvenido entre nuestra gente, y aún podrías guiar a los tuyos, si lo desearas. Hay reyes y reinas aquí que podrían orientarte.

¿Quedarse? ¿El padre de su alondra, su enemigo, el hombre al que había venido a matar… quería que se quedara?

El joven giró la cabeza con un movimiento veloz y, por encima del hombro del rey enemigo, la vio: allí estaba ella, junto a su madre, pálida como la escarcha. La muchacha llevaba un delicado vestido verde, y una cadena dorada se enredaba entre sus finos rizos oscuros. Un aspecto tan distinto al que lucía con los sencillos camisones que ocultaba bajo los abrigos de piel cuando se escabullía hasta su celda.

Sus ojos de zafiro se cruzaron con los de él, y el muchacho sintió que algo desconocido despertaba en lo más profundo de su pecho.

Quedarse. Podría quedarse y escucharla…, mientras los reyes lo manipulaban. Eso era todo: otra ocasión para que un nuevo Harald o Thorvald lo moldeara a su antojo para convertirlo en un rey construido según sus propios designios.

El muchacho volvió a fijar la mirada en el enemigo, con los labios tensos.

—Sé bien lo que implica la guía de los reyes, maestro de la tierra —murmuró con un gruñido contenido.

—No soy tu tío, muchacho. Ni tu padre —respondió el otro con voz grave.

Por los dioses, ¿acaso podía leerle la mente? El joven contuvo la respiración, sin saber qué hacer cuando su enemigo, aquel que debería degollarlo en ese mismo instante, volvió a hablar, esta vez en voz más baja.

Habló en un tono todavía más suave, incluso más amable, como si el rey de la tierra comprendiera el secreto que lo ataba y percibiera la fuerza que arrastraba al muchacho hacia la alondra que aguardaba junto a su madre. Como si al maestro de la tierra no le importara que una serpiente marina entablara amistad con una alondra.

—Quédate, Erik Cantasangre —dijo—. Hay aquí quienes estarían mejor si lo hicieras.

Una vez más, el joven alzó la mirada hacia la muchacha.

«Estarían mejor». ¿Sería ella más feliz si él permanecía en su mundo? Lo dudaba. Y, aun así, deseó aceptar. Con más fuerza que

nunca, deseó olvidar el desprecio de su padre, olvidar el odio, y quedarse junto a la alondra y sus historias.

Pero el odio es un sentimiento voluble. El anhelo y el deseo podrían desvanecerse, mientras que el rencor y el miedo se aferran con fuerza.

El muchacho eligió su destino. Decidió no permanecer en el lugar en el que las alondras entonan sus tristes melodías. Juró derramar sangre allí donde el enemigo ofrecía paz, y se aseguró de que el rey de la tierra no tuviera más opción que encerrarlo para siempre.

Mientras las mareas lo levantaban y las corrientes furiosas lo envolvían, arrastrándolo de regreso a su hogar, pensó en ella.

Pensó que algún día encontraría la manera de terminar la historia que había comenzado en la tierra de sus enemigos. Podría liberarla del rey adversario, porque ya había comprendido que ella nunca les perteneció.

Siempre había sido suya. Siempre lo sería.

Capítulo 1

La serpiente

Por Livia.

Su nombre retumbaba en mi cabeza con cada golpe, con cada patada de los guerreros élficos de la tierra.

Tenía que vivir por ella. Tenía que regresar a la *Nave Eterna* y encontrarla. Lo único que necesitaba era sobrevivir el tiempo suficiente para que Aleksi hablara por mí.

Jonas, un príncipe de uno de los reinos élficos de la tierra, me miró con desdén mientras sus hombres me metían en la boca un trozo mugriento de cuero. Tragué a pesar de su sabor rancio, como si hubiese estado escondido en unos pantalones sudados y cocido bajo el sol ardiente.

Jonas me sujetó por los brazos y me obligó a incorporarme. Un fuego se encendió en mi muslo, como si una llama devorara el hueso desde dentro.

—Envía una señal a la guardia de la costa —ordenó Jonas—. Podría haber más de estos desgraciados entre las mareas.

Solo un poco más. Resistir un poco más.

Dos guerreros avanzaban hacia la trampa en la que habían caído Alek y Tait. Pronto descubrirían su error. Me enfrentaría al maestro de la tierra —de rodillas, si era necesario— y zarparíamos, maldita sea, de vuelta al Eterno para encontrar a mi reina.

No luché cuando Jonas ordenó a dos guerreros que me ataran las muñecas. No luché cuando tiraron de mí hacia la hilera de corceles de tierra que aguardaban a sus jinetes. Las monturas eran extrañas. Ya las había visto antes, pero, a diferencia de los horthane del Eterno, esas bestias apenas parecían capaces de nadar entre las mareas. Dientes romos, pezuñas redondeadas y colas que se movían como cabellos élficos.

—Henrik. —Jonas asintió hacia un guerrero—. Ahora que lo pienso, deja que los otros elfos marinos se pudran un poco. Quiero

toda la atención en el rey.

El guerrero inclinó la cabeza y se detuvo a diez pasos de la hondonada en la colina. Mierda. Iban a dejar atrás a Aleksi.

Desde allí, los gritos apagados de Alek y Tait se oían, pero eran del todo ininteligibles. Tal vez era un hechizo, una maldición del destino, pero sonaban como hombres que gritaban tras una puerta muy lejana. Ni siquiera el propio pueblo de Alek comprendía que habían atrapado a un príncipe. Un príncipe cuya voz y apoyo necesitaba con desesperación.

Un torrente de pánico me oprimió el pecho. A través de la asquerosa mordaza en mi boca, gruñí y protesté. Jonas soltó una risita cargada de veneno, montó su corcel y tiró con fuerza de la cuerda atada a mis muñecas. Tropecé con el tirón.

Jonas se inclinó sobre su pierna, con los ojos entrecerrados.

—No te quedes atrás, Cantasangre.

Estaba muerto.

El príncipe volvió a tirar de la cuerda y avancé con paso torpe. El peso del fracaso asfixiante me curvaba la espalda a cada paso.

¿Qué sería de Livia si no llegaba hasta ella? ¿La encontraría Gavyn? Tal vez él podría llevarla a casa, librarla de los problemas del Eterno. Podría… regresar a la paz que yo había destrozado.

Levanté el rostro hacia el cielo. Las estrellas eran distintas allí. Solo Caminante del Vacío resultaba reconocible, pero quedaba a mi espalda, suspendido sobre el mar.

Cuando yo desapareciera, esperaba… esperaba que los dioses me permitieran vivir en ambos cielos, como Caminante del Vacío. Así podría verla siempre.

Los guerreros mantenían un paso constante. A veces tropezaba, y el príncipe de la tierra no aminoraba el paso; solo me ordenaba levantarme y apresurarme. Para cuando llegamos a las sombrías puertas de la fortaleza principal, el sudor cubría mi frente. El dolor de la pierna había pasado hacía rato del ardor al entumecimiento punzante, como si miles de agujas cosieran mi piel por dentro.

Desde una de las torres de vigilancia, un guerrero hizo sonar un cuerno curvado. La procesión se detuvo un momento ante las

puertas, lo que me dio tiempo para recuperar el aliento a través del bulto de cuero sudado.

Las cadenas de hierro repiquetearon; las gruesas cuerdas se tensaron y crujieron cuando una pesada reja se desprendió de su base y permitió la entrada a los guerreros. Ojos atentos nos seguían en cada maldito movimiento mientras avanzábamos hacia el interior. Murmullos se extendieron como sombras cuando la gente tras las puertas me reconoció.

Nos detuvimos ante el amplio arco que conducía al salón principal.

Jonas pasó una pierna por encima de las pieles del lomo de su montura y cayó sobre la tierra. Se inclinó hacia un guardia apostado en la entrada.

—¿Dónde está el rey Valen?

—En la torre, mi señor.

—Ve por él. Ahora.

El guardia pareció sorprendido por la brusquedad del tono del príncipe. No era difícil imaginar que no hablaba de ese modo con frecuencia. Sin duda, la mayoría de los elfos de la tierra se comportaban de otra manera desde que yo les había arrebatado a su princesa.

No hacía tanto, las ventanas estaban cubiertas de cintas festivas y colores. Montones de panes pegajosos y dulces azucarados llenaban las mesas durante su mascarada. Ahora, en el interior del salón, los dulces habían sido reemplazados por un agrio olor a cerveza, espadas y rollos de mapas torpemente dibujados de lo que supuse era su versión del Eterno.

Estaban mal dibujados. Nunca encontrarían a Livia si intentaban adivinar, y jamás cruzarían el Abismo con esas naves delgadas que se parecían más a una serpiente marina que a un barco.

No podía morir allí, o ella moriría conmigo.

Sabía que Larsson era capaz de matar, y sin piedad. Había visto lo suficiente como para otorgarle con justicia el maldito nombre de Guardahuesos.

Las voces se apagaron cuando Jonas tiró de la cuerda.

—¡Tenemos a Cantasangre!

Resonaron algunos jadeos. Varias hojas se alzaron desde la mesa. Con un fuerte empujón, Jonas me lanzó al suelo y caí de rodillas. El cuero se deslizó fuera de mi boca, y las risas se elevaron hasta las vigas del techo.

Dos botas, desgastadas y cubiertas de barro, se detuvieron frente a mí.

—Levántalo, Stieg —gritó alguien desde atrás.

El hombre se agachó. Lentamente, alcé la mirada para enfrentar al guerrero. Stieg aún conservaba las cicatrices en la mandíbula, que se extendían bajo su barba trenzada. Una de ellas le cruzaba la ceja, la misma que llevaba desde que estuvo encerrado conmigo en aquella celda, tantos ciclos atrás.

Si alguien podía escucharme, sería ese guerrero.

—No le hice daño —solté en un suspiro apresurado—. No la lastimé. Tienes que escucharme…

—Te lo advertí —dijo Stieg, con un deje de tristeza en la voz—. No puedo protegerte ahora, rey eterno.

—Escúchame —gruñí—. Tu príncipe está atrapado en la colina, Stieg.

Al oír su nombre, frunció el ceño. Stieg se incorporó y me obligó a ponerme de pie. Mantuvo el agarre en mi brazo, me giró para quedar de cara al salón y después hizo un gesto con la mano a dos hombres junto a una puerta estrecha.

Cuando los hombres salieron del salón, me atreví a albergar esperanza.

A unos pasos de distancia, Jonas aún mostraba esa sonrisa cruel y se hallaba junto a un hombre que compartía su mismo rostro. Un hermano. Livia había mencionado que existían príncipes gemelos.

El negro, espeso como tinta derramada, invadía el blanco de sus ojos, teñido por su magia oscura.

Alrededor de los príncipes había guerreros que empuñaban sus espadas hasta que los nudillos se les pusieron blancos. Hombres y mujeres por igual me observaban como si esperaran que sus miradas arrancaran la carne de mis huesos.

Cerca de Jonas se encontraba la mujer que había estado junto a Livia la noche en que la tomé. Golpeaba el filo de un puñal contra su

delicada palma. Trazos rúnicos descendían por su frente, su barbilla y su cuello. Tal vez ella era la más feroz de todos.

Las puertas a mi costado se estrellaron contra las paredes y dos escudos cayeron de sus ganchos. El salón quedó en silencio, como una ola que se retira de la orilla.

Allí, en el umbral, se alzaba el rey de los elfos de la tierra, con las hachas en las manos y los hombros que subían y bajaban con respiraciones pesadas y colmadas de ira. Sus ojos, que en otro tiempo habían mostrado compasión por un muchacho al final de la guerra, ardían ahora con una malicia que podía saborearse.

«Quédate, Erik Cantasangre».

El hombre que se erguía al otro lado del salón no buscaba la paz. Quería sangre.

El rojo bordeaba sus ojos ennegrecidos con un destello de sed de muerte. El cabello oscuro le caía sobre la frente, desordenado y salvaje. Un rey poderoso y digno durante la guerra, que ahora parecía más bestia que hombre.

No tuve tiempo de asimilar nada antes de que Valen Ferus, asesino de mi padre, girara una de sus hachas de acero negro entre las manos. Sus largas piernas de elfo del pueblo de la Noche cruzaron el salón en menos de diez pasos.

Stieg me soltó justo cuando mi espalda chocó contra el muro de piedra. Resoplé con el golpe y me quedé sin aire cuando Valen me ahogó con el mango de su hacha.

—¿Dónde está ella? —rugió en mi cara.

Sus palabras de hacía tanto tiempo me vinieron a la cabeza: «Quédate».

Estaba seguro de que el rey de la tierra se encargaría de que no me marchara. Esparciría mis huesos por estas tierras hasta volverse polvo.

Capítulo 2

La alondra

El aire era extraño, suave y demasiado cargado de especias como el cardamomo y los cítricos. Inhalé otra larga bocanada, buscando el aroma limpio del mar y el calor en la brisa de la ciudad real.

Solté un gemido al moverme sobre una superficie blanda. Era mullida, como racimos de musgo bajo mi espalda, pero el dolor se encendió en mi pecho, como si alguien me hubiese atravesado con una estaca oxidada, dejándome clavada en el sitio.

Entorné un ojo. Las pestañas estaban endurecidas por la sal; no recordaba si por las lágrimas o por el mar. A decir verdad, al principio no recordaba mucho, hasta que…

«Larsson».

Abrí el otro ojo de golpe, dejando atrás unas cuantas pestañas secas en mis mejillas húmedas. Me incorporé de un salto, casi esperando que alguien me tirara hacia atrás con cadenas de hierro o un collar alrededor del cuello.

No había nada de eso. A mi alrededor se alzaban ventanas ojivales abiertas, por donde entraba la brisa matinal en una… habitación. Los bordes redondeados de una torre se estrechaban hasta alcanzar un techo puntiagudo sostenido por vigas firmes.

De los cuatro postes finamente tallados de la cama pendían pesadas cortinas verdes y doradas. Una alfombra tejida con tonos rosados, naranjas y azules, como un atardecer sobre el mar, cubría las tablas toscas del suelo. Contra una de las paredes se alzaba un tocador de madera castaña, con sus cepillos y peines de plata, y frascos de aceites para perfumar la piel.

Alguien me había vestido con una túnica ligera, limpia y tejida a mano en seda. Llevaba el cabello trenzado y enredado sobre el hombro, como si hubiera dormido más de una noche sobre él y necesitara un cepillo. Solo quedaban leves moretones en la cadera,

recuerdo de cuando me habían arrojado sobre la cubierta del barco de Larsson.

¿Cuánto tiempo hacía que me había secuestrado?

¿Qué clase de juego era este?

Había esperado celdas húmedas, orina y desechos bajo los pies, quizá incluso despertar en el Otro Mundo; no una estancia lujosa que recordaba a mis habitaciones en palacio.

Durante un momento, dejé los pies colgando sobre las tablas del suelo, como si una criatura escamosa y dentada pudiera surgir de entre las sombras para morderme. Al final los dejé caer, moví los dedos, y los fragmentos del momento en que me arrancaron de la ciudad real empezaron a encajar en mi mente.

Un engaño. Larsson me había sacado de las cámaras del rey, pero…

Por los dioses, ¡Tait!

Caminacorazones, desangrándose en los escalones de piedra cerca del muelle. La imagen se grabó en mi mente, tan vívida y feroz que juraría poder saborear su sangre en mi lengua.

Cerré los puños y los presioné contra la frente. Tait, ese maldito de ceño fruncido. Siempre creí que me despreciaba, pero comprendió que algo andaba mal y aun así vino a buscarme. Vino para protegerme.

Me incliné sobre las rodillas, con los dedos entrelazados frente a la boca. ¿Por qué tenía que ser Larsson?

—Hermanos.

La palabra escapó de mis labios, una confesión apenas audible en el vacío de la habitación. El pulso se me aceleró. La idea se formó en mi mente con claridad venenosa: Larsson había llamado «hermano» a Erik.

Los rumores sobre Thorvald y el supuesto hijo que habría engendrado nunca habían preocupado a Erik; estaba convencido de que, si aquel niño hubiera existido, su posición como rey ya habría sido desafiada. Pero yo lo había presentido: esa extraña amargura, ese reclamo por un derecho de nacimiento perdido, enterrado bajo la tierra corrompida por la oscuridad.

Por los dioses, todos habíamos sido unos ingenuos.

Una sonrisa pequeña y desconocida se tensó en la comisura de mis labios, una chispa de esperanza: cuando Erik encontrara a Larsson, le arrancaría la carne de los huesos. Hermano o no. Esta vez, cuando el lado más oscuro de mi corazón alzó la cabeza, no intenté apartarlo.

Presioné los pulgares sobre el arco de mis cejas para calmar el dolor en el cráneo y continué separando lo que encajaba con la verdad de lo que aún permanecía confuso. Larsson creía ser el verdadero rey, y no estaba solo.

Dejé caer las manos sobre el regazo; los dientes chocaron cuando cerré la mandíbula con fuerza. Otros habían ayudado a Larsson en su traición, y un rostro comenzó a definirse con más claridad a medida que la niebla se disipaba en mi mente.

El chasquido del cerrojo atrajo mi atención hacia una puerta ojival al otro lado de la habitación. Había constelaciones talladas a lo largo de la puerta y se partieron cuando esta se abrió. Gateé hasta el lado opuesto de la cama, desesperada por encontrar una espada, un trozo de madera, cualquier cosa con que defenderme.

Esperaba ver el rostro de Larsson a la luz mortecina. En su lugar, encontré la mirada deslumbrante de una mujer que no reconocía. El cabello, del color del crepúsculo plateado, caía por su esbelta espalda. Las orejas, muy puntiagudas, lucían pequeñas cadenas de oro. Pero fueron sus ojos los que me dejaron sin aliento: tan brillantes como una estrella que estalla, de un azul casi luminoso.

Sus labios, carnosos y pintados de oscuro, se movieron:

—Estás despierta. No confié en que la bruja del mar te cuidara de verdad, así que me tomé la libertad de aplicarte unas hierbas curativas —dijo.

—Trabajas con Fione —gruñí entre dientes. Apreté la mandíbula y busqué algo cortante con que herirla. El día en que Larsson me secuestró, me recibió un rostro de porcelana en su barco. La bruja del mar formaba parte de esto. Con qué fin, o hasta qué punto, no lo sabía. Si Erik mataba a Larsson, el lado más oscuro de mi corazón ansiaba que fuera yo la que derramara la sangre de la bruja.

—No trabajo para nadie. —La mujer entró en la habitación con la gracia de un baile. Era delicada en manos y rasgos, aunque su

cuerpo parecía lo bastante firme como para empuñar una hoja y dar muerte unas cuantas veces—. A decir verdad, encuentro a la bruja del mar más bien insulsa. Quizá hasta odiosa.

Alcé una ceja.

—¿Quién eres?

Se acercó a una de las ventanas y apartó las finas cortinas irisadas; la noche negra y tersa se abrió ante nosotras. Inspiró hondo y soltó el aire en un suspiro juguetón antes de volver la mirada hacia mí.

—Soy más parecida a ti de lo que imaginas.

Ella dio un paso hacia mí; yo retrocedí.

—¿Larsson te secuestró?

—Oh, no. No exactamente. —Anillos de plata ornaban cada uno de sus dedos y atrapaban la luz de las velas cuando los movía—. Esta es mi casa. Aunque no me agradan en especial algunos de los huéspedes.

Mostraba una calma extraña, pero un destello de irritación asomó tras el azul de sus ojos.

—¿Dónde estoy?

—En el palacio de Natthaven.

—Eso no explica nada.

—No estoy segura de que importe explicar todo. —Entrecruzó los dedos y avanzó hasta detenerse en el centro de la habitación—. Mi ambición es que no te hagan daño. He tenido poca elección en muchas cosas, pero no toleraré palizas innecesarias.

Hice una mueca.

—Hablas como si debiera agradecértelo. No lo haré. Larsson Guardahuesos busca hacer daño al rey eterno, al hombre que amo, y arrebatarle la corona. Si te pones del lado de semejante monstruo, no eres mi amiga.

—Si es heredero primogénito, ¿es realmente robar una corona si es su derecho?

—Erik Cantasangre habría acogido a un hermano —dije, con la voz quebrada—. Si tú y Larsson creéis que todo esto era necesario, no conocéis a vuestro rey.

La mujer resopló.

—El rey del mar no es mi rey.

—Bien. Me aseguraré de incluirte entre los traidores.

Sus labios se abrieron en una sonrisa que mostró dientes blancos. No era una mueca cruel; parece ser que yo había dicho algo divertido.

—No, no es mi rey. No soy una elfa del mar.

Observé sus rasgos. Tenía aspecto de elfa, pero no mostraba dientes afilados ni la piel curtida por el mar.

—Yo soy de la nobleza de los elfos de la tierra. Sin importar el bando en el que estés, has traicionado a alguien al aliarte con Guardahuesos.

—A menos que no sea elfa. —Volvió a mirar a su alrededor, recorriendo la habitación con la vista—. Te lo dije, este palacio es mi hogar. Me honra conocer a otra princesa.

—Reina —escupí—. Soy una reina. —Por un instante me mantuve firme, con los puños cerrados, pero poco a poco dejé escapar el aire amargo de mis pulmones—. Si no eres elfa, entonces…

—Podrías decir que somos elfos —me interrumpió—, pero, para ser exactos, provengo del clan Dokkálfar, los elfos de las sombras.

Parpadeé.

—¿Elfos?

Dokkálfar. Elfos. ¿Cuántas noches habían pasado mi madre, mi padre y mis abuelos contándome historias sobre el pueblo elegido por los dioses?

Los antepasados de los elfos.

—Guerras y disputas entre tierras lejanas, hace miles de ciclos, hicieron que los clanes élficos se establecieran en rincones apartados para vivir en paz. —La mujer sonrió y se sentó al borde de la cama —. Pero siempre hemos estado aquí. Más cerca de los elfos del mar que de los tuyos, pues nosotros también habitamos islas en mares oscuros. Claro que vuestro pueblo es el más joven de las culturas. Es lógico que sepáis poco de la sabiduría élfica.

Me acomodé al otro lado de la cama, crucé un tobillo bajo una pierna y la encaré. El pulso se me aceleró. ¿Era peligrosa? ¿Atacaría? Me humedecí los labios, resecos como arena ardiente, y hablé con cautela:

—Si eres una princesa élfica, ¿por qué te alineas con Larsson Guardahuesos?

La mujer no podía ser mucho mayor que yo, pero había un peso en su mirada, como si la vida no siempre le hubiera sido benigna.

—¿Tus heridas han sanado? —preguntó. La elfa recogió su túnica, se arrastró sobre el colchón y se acomodó a mi lado para examinar algunos moretones en mi cuello.

Me aparté.

—Estoy bien. Estás evadiendo mi pregunta.

La máscara de fuerza indiferente se resquebrajó en su rostro. Con un suspiro pesado, miró sus manos y fue haciendo girar uno de sus anillos en el dedo medio.

—¿Me creerías si te dijera que no me complace la idea de verte sufrir?

—Si estoy retenida aquí contra mi voluntad y tú no haces nada por liberarme, no te creeré.

El ardor de la emoción mezcló el azul luminoso con el plateado de sus ojos.

—No tuve mucha opción: me vi obligada a aliarme con aquellos que se han levantado contra ti.

—¿Eres prisionera aquí?

—No estoy encadenada, pero hay razones por las que no puedo impedir un ataque contra tu rey o tu reino. —Sus palabras brotaron de sus labios como dardos—. Esto lleva tiempo preparándose, está bien planificado y se han tomado medidas para ejecutarlo. Pero… —tragó saliva— me encargaré de que no te lastimen. Por ahora solo necesitan mantenerte alejada del rey del mar.

—Y yo nunca dejaré de luchar por volver a su lado.

Su rostro se vino abajo.

—Ven conmigo. Quisiera presentarte Natthaven. Quizá pueda explicarte algo más. —Se dirigió a la puerta y se detuvo antes de abrirla—. Quizá podamos encontrar la manera de ayudarnos la una a la otra.

—No confío en ti. —No tenía sentido ocultar la verdad. Podría muy bien llevarme a una trampa, a la muerte, al insaciable deseo de sangre de Larsson.

—Lo sé. —Abrió la puerta y me hizo un gesto para que la siguiera —. Pero vas a preparar tu huida, conmigo o sin mí. Si quieres tener, aunque sea, una posibilidad, necesitas comprender dónde estás y qué se interpone en tu camino.

—¿Me estás ayudando a escapar?

—En absoluto. —Sonrió por encima del hombro—. Yo solo soy la mensajera. Lo que hagas con el mensaje dependerá por completo de ti.

Capítulo 3

La serpiente

El maestro de la tierra se inclinó hasta quedar tan cerca que podía sentir su aliento. Un destello de rojo lleno de odio inundó sus ojos. Recordé lo que Livia me había contado una vez: su padre había sucumbido en el pasado a una maldición de sed de sangre. Ella me había hecho creer que estaba libre de ella; al mirarlo ahora, no estaba tan seguro.

Valen iba a estrangularme antes de que pudiera pronunciar una palabra. Astuto de su parte; sabía lo que mi sangre podía hacer. Sin duda prefería matarme así, para ver cómo se apagaba la luz en mis malditos ojos.

Valen apoyó más peso sobre su hacha; mis labios se torcieron por el dolor que me provocaba el mango.

—Después de todo, muchacho, llevarte a mi hija fue tu mayor error. Saber que también heriste a mi hijo y a mi sobrino te enviará al Otro Mundo hecho pedazos de hueso.

Intenté mover la cabeza, pero manchas negras, como brumas de la noche, se extendieron por los bordes de mi visión bajo la presión. Aun así, logré alzar una mano y aferrar su muñeca, desesperado por apartarlo. Valen se inclinó más, con el cuerpo sacudido por la ira, la angustia y el miedo.

—No —logré articular entre dientes. No fue suficiente, pero el aire apenas alcanzaba para decir algo más.

—Valen, no puede morir. —Una mano delgada se cerró sobre su brazo. Por los infiernos… la madre de Livia. Tiró del brazo de su esposo, con los ojos pálidos fijos en mí, feroces como hielo quebrado —. Aún no.

—Puede, y lo hará.

La reina se interpuso entre su rey y yo.

—No la encontraremos si él está muerto.

Un latido, luego otro. El maestro de la tierra retrocedió despacio. Su cuerpo se tensó, rígido, duro, como si cada paso que lo alejaba de mí le hiciera arder las venas de dolor.

Cuando por fin soltó el mango del hacha, mi cuerpo cedió. Caí de rodillas y jadeé; el sabor metálico de la sangre caliente llenó mi lengua. La bilis subió a la garganta. Por los dioses, iba a vomitar sobre sus botas.

Inspiré con fuerza por la nariz hasta que el repugnante sabor a sangre y ácido comenzó a disiparse. Me limpié la boca con el dorso de la mano; quedó una mancha roja sobre la piel. Más de un elfo de la tierra dejó escapar un jadeo y dio un paso atrás.

Incluso el rey y la reina me dieron más espacio.

Temían mi sangre. Pestañeé y me limpié la mano en los pantalones. La pierna me ardía como si los huesos se hubiesen convertido en fuego líquido al sentarme sobre mis talones. Suponía una amenaza si me mantenía erguido. Me hacía parecer un rival, un igual.

Por Livia me quedaría de rodillas en el salón de mis enemigos el tiempo que hiciera falta. No tenía duda de que, dondequiera que estuviese mi padre en el Otro Mundo, la sangre le estaría hirviendo por la vergüenza.

Thorvald podía irse a la mierda.

—No les hice daño —dije con voz ronca, las palabras apenas audibles por encima de la pesada respiración.

El maestro de la tierra inclinó su cabeza hacia un lado, con una mirada salvaje. Hincó una rodilla en el suelo y me alzó la barbilla con la hoja curva de su hacha.

—Devuélvemelos, Cantasangre, y acabaré contigo rápido. Por cada segundo que tardes, añadiré un día a tu tortura. ¿Crees que tu sangre me da miedo? —Se acercó más y bajó la voz—. Ya me has obligado a enfrentarme a mi mayor miedo. Nada en ti me asusta.

Cuando arrancó el hacha, me cortó la piel. Fiel a su palabra, el señor no se inmutó al ver mi sangre gotear sobre las tablas. La única señal de que aquello le inquietaba fue el gesto de extender el brazo para impedir que la reina se aproximara demasiado.

—No la herí —fue lo único que logré articular.

—Entonces, devuélvemela, rey eterno —dijo la reina, con el rostro firme y hermoso como mármol pulido.

Por encima del hombro de la madre de Livia, distinguí la mirada oscura de un elfo corpulento, de piel castaña como la del maestro de la tierra y cabello negro como la medianoche.

Nunca olvidaría el rostro del padre de Aleksi, el hombre que me había amenazado junto al cuerpo de su consorte, sin creerse que yo había accedido a sanar a su amante moribundo. Ahora, el padre de Alek me miraba con un odio contradictorio.

Yo había salvado a su compañero; sin embargo, en sus ojos también le había robado al hijo.

—No mires a mi hermano. Ya no te defenderá —dijo Valen, inclinándose hacia mí—. Al llevarte a nuestros hijos, anulaste cualquier deuda por lo ocurrido en la guerra.

—No vengo a la batalla, señor. Yo—

—Si has venido a negociar un rescate, no lo encontrarás —replicó —. Me entregarás a mi hija y después te cortaré la cabeza.

Valen me empujó y me tiró de espaldas. Al instante se inclinó sobre mí, clavando una rodilla en mi pecho.

En el salón se alzaron gritos, agudos y airados. Tosí bajo el peso del señor. Pude ver cómo la razón se le escapaba, sustituida por una especie de locura oscura, una expresión salvaje con la que seguramente calculaba cómo reabrir cada cicatriz y arrancarme los huesos hasta que no quedara más que carne y sangre.

—¡Tío Valen, detente!

Valen, aún con mi cuerpo aplastado contra el suelo, sostenía una hoja alzada a medio camino sobre mi cabeza. Abrí los ojos, pero no me atreví a respirar; estaba seguro de que el más mínimo movimiento volvería a despertar la sed de sangre en los ojos del rey.

—¡No lo mates!

Por todos los dioses. Aleksi.

El príncipe se abrió paso entre la multitud, con una pequeña unidad de guerreros detrás. Dos de ellos sujetaban a Tait.

Una extraña sensación de alivio se expandió por mi pecho al ver el rostro de mi primo, manchado de tierra. Tait ladeó la cabeza, como preguntándome en silencio cuánto daño había sufrido.

Seguía con vida. Era lo mejor que podíamos esperar en ese momento.

—¡Alek! —El padre del príncipe empujó a la multitud hasta abrirse paso.

Desde mi posición en el suelo alcancé a distinguir a Jonas y a su hermano. El príncipe, feroz y lleno de veneno hacía apenas unos instantes, bajó el rostro para ocultarlo. Cerró los ojos y, si tuviera que adivinar, habría dicho que sentía más de lo que quería mostrar.

No quería que nadie lo viera.

Levanté la cabeza lo justo para ver los brazos largos de Alek rodear con fuerza a su padre. Le dio unas palmadas en la espalda.

—Estás vivo —dijo su padre, apartándolo un poco y sosteniéndole el rostro entre las manos.

—Estoy vivo. —El príncipe sonrió, con los ojos húmedos—. ¿Dónde está Daj?

—En el Norte, custodia las fronteras con tus abuelos. Ha… ha habido caos en todos los reinos desde que desapareciste.

Alek frunció el ceño. Un nudo me tensó las entrañas. Aquello explicaba por qué el fuerte estaba menos vigilado de lo que había imaginado. Los guerreros y los nobles parecían dispersos. ¿Por qué? ¿Qué había ocurrido allí?

Aleksi rodeó a su padre. Tenía el rostro cubierto de polvo y sudor, y el cabello pegado a la mandíbula sombreada por la barba. Me miró un instante en el suelo y luego alzó la vista hacia la sala.

—¿Están los Rave tan desesperados que han perdido todo juicio? —La voz de Alek se alzó, áspera y fiera. Avanzó hacia Jonas. El otro príncipe parpadeó hasta que Alek le sujetó la nuca y apoyó su frente contra la suya—. Usa la cabeza, amigo mío.

—Pensé que habías muerto —susurró Jonas; una simple declaración entrecortada.

Alek le dio una palmada en el lateral del cuello, luego agarró a su hermano del brazo y entre los tres abrazaron a la mujer que tenían entre ellos. Ella se aferró a Aleksi sin decir palabra, con los hombros delgados sacudidos por lágrimas silenciosas.

Sentí su angustia hundirse en mi pecho como un lastre de piedra. Amargura, venganza… Una única obsesión en mi mente oscura había

arrancado de raíz amistades y familia. Los había dejado imaginar los peores horrores, hasta que sus guerreros unidos actuaron antes de pensar.

Alek se volvió hacia su tío.

—Pregúntate por qué Cantasangre vendría a nuestras costas sin una tripulación completa después de lo que hizo. No lo mates, tío. Sería el peor error que podrías cometer ahora mismo.

Valen se incorporó, con los ojos abiertos, todavía aturdido.

—Te vi arrastrado hacia el fondo. ¿Cómo sobreviviste al Abismo?

—Gracias a él. —Señaló en mi dirección. Alek carraspeó y alzó la voz de nuevo—. El Abismo me destrozó. No habría sobrevivido si Erik Cantasangre no me hubiera salvado. Del mismo modo que salvó a mi padre.

—Aleksi. —Su otro padre, el allí presente, le sujetó el brazo—. ¿Lo sabías?

—Siempre lo supe —respondió Alek, y volvió a dirigirse al salón—. Sed los guerreros que admiro y usad la cabeza, maldita sea. No ha venido en busca de sangre y no merece que derraméis la suya. Después de ver el Reino Eterno, comprendí que, a pesar del dolor de aquella noche, los elfos del mar vinieron por una razón.

—¿Y crees que me importa una maldita razón? ¿Dónde está ella? —Valen Ferus perdía la paciencia con cada latido.

Aleksi bajó la cabeza.

—Livia estaba… estaba bien en el Eterno. La vi, hablé con ella. Pero el Eterno ha sido atacado y… sus enemigos la han secuestrado.

Apenas había logrado ponerme en pie cuando Valen Ferus se volvió hacia mí de nuevo.

—¿Perdiste a mi hija?

Si antes había dudado en matarme, ahora parecía completamente dispuesto a hacerlo.

—Fue una traición que ninguno de nosotros vio venir —intervino Aleksi. Una de sus manos, cubierta de barro seco, se apoyó en el pecho de Valen—. Livia fue traicionada por alguien que era amigo de todos nosotros.

Nadie habló durante un instante, luego otro. Entonces Valen soltó un grito profundo, desgarrador, cargado de furia. Arrojó un hacha; la

hoja se incrustó con fuerza en las tablas de madera de la pared del fondo.

—¡Quiero que desaparezca de mi vista!

El rey estalló en cólera, pero la reina se acercó con un silencio gélido, como si estuviera hecha de hielo. La madre de Livia me observó tan fijamente que sentí cómo me atravesaba. Tal vez era ella quien más miedo inspiraba. Si debía apostar, no me sorprendería saber que la madre de Livia sabía matar sin que su víctima llegara a darse cuenta de que estaba herida.

—Llévense al rey eterno mientras escuchamos el relato de nuestro príncipe —dijo la reina, acercándose, la voz áspera—. Luego decidirán su destino.

Todo sucedió con rapidez. Guardias elfos me sujetaron los brazos; otros rodearon a Tait y nos arrastraron a ambos hacia una puerta lateral.

—No. —Por primera vez me resistí, presa del pánico—. ¡No hay tiempo para esto! Debo guiaros a través del Abismo. No perdáis el tiempo por mi culpa. ¡Ella pagará por esto!

El rey y la reina no me miraron; parecía que yo no era más que un fantasma en la estancia.

Una angustia cruel y ardiente se me asentó en la garganta. ¿Cuánto tiempo dejarían los elfos de la tierra que permaneciera en una celda mientras Livia era torturada, golpeada o, peor aún, sometida al capricho de Larsson en su búsqueda de poder?

Los guardias me tiraron hacia el pasillo.

Aleksi habló con desesperación a su tío, a su padre, a su tía, a cualquiera que pudiera oírlo. Murmuraron algo que no alcancé a entender; él gimió y negó con la cabeza.

Una avalancha de horribles posibilidades se apoderó de mi mente. Cuando me empujaron hasta el umbral, el sudor me perlaba la frente y la pierna me dolía por los forcejeos.

—Por los dioses, no hagáis esto. —Logré zafarme de uno de los guardias y agarré el marco de la puerta—. Señor, por favor. —Mi voz se quebró; apenas sabía lo que decía—. Ella necesita que la encuentre; ella… necesita que yo le recuerde que respire.

Por un instante, creí que Valen se estremeció ante mis palabras. La madre de Livia asomó la cabeza por encima de su hombro. Una película húmeda, como de cristal, cubría sus ojos pálidos.

Las lágrimas de la reina fueron lo último que vi antes de que la puerta se cerrara de golpe en mi cara y me arrojaran fuera del gran salón.

Capítulo 4

La alondra

La mujer, escoltada por dos guardias con brazales de plata y túnicas azules, me condujo por un pasillo estrecho. Las vigas del techo, que se unían en punta sobre nuestras cabezas, estaban cubiertas con estandartes de satén donde constelaciones extrañas brillaban bajo la luz.

Los dedos de mis pies apenas rozaban las alfombras tejidas; estaba lista para salir corriendo en cualquier momento, girando la cabeza de un lado a otro, buscando la maldita sonrisa de Larsson. Aquella que no hacía tanto había creído amiga.

—Caminaremos solas, Dorsan —dijo la mujer al guardia que tenía a su derecha. Era joven de rostro, pero su expresión tenía la dureza de la piedra.

Con una leve inclinación de cabeza, el segundo guardia se detuvo junto al umbral, dejándonos libertad para entrar en un sendero que se abría paso entre árboles y matorrales.

Copas verdes formaban bóvedas, entrelazadas como dedos nudosos. Helechos negros y brillantes bordeaban el camino; el color de la medianoche parecía atrapado en el terciopelo de sus hojas. Pasarelas de madera se extendían por todo el bosque, subiendo por las laderas y descendiendo a los barrancos en un laberinto que parecía vivo.

Cada pasarela se alzaba sobre pilotes perdidos bajo un agua sin corriente. Las mareas estancadas acumulaban flores espumosas de un verde pálido en la superficie, hasta que el agua negra parecía transformarse en un prado de hierba.

—Sigue ese sendero —la mujer señaló hacia el interior— y llegarás a los pantanos. Son hermosos, pero peligrosos si te apartas del camino. Aunque las alas de sol son lo bastante amistosas como para iluminarte el paso, si les resultas de su agrado.

—¿Alas de sol?

La mujer movió los dedos frente a su rostro.

—Pequeños insectos que desprenden destellos dorados. Bastante hermosos, aunque completamente desconfiados.

Flores de un blanco lechoso flotaban en la brisa, una fusión de dulce y seda que se escondía bajo el salitre del mar cercano. Las mareas cerúleas brillaban como el fuego bajo el sol poniente.

—Puede que quieras huir —susurró ella—, pero tus enemigos tejieron un hechizo resistente mientras dormías. Te ata a su presencia; si ellos permanecen en la costa, tú también permanecerás. Te aseguro que el Otro Mundo te reclamará si intentas marcharte.

—Exactamente lo que diría una carcelera. —Me giré hacia otro sendero, dispuesta a echar a correr entre los árboles.

Una mano se cerró en torno a mi brazo.

—Quieta. Te llevaré yo.

Debía de ser una burla, algún tipo de engaño, pero, sin protestar, la seguí mientras avanzaba entre los árboles en dirección a la orilla.

Eché una mirada por encima del hombro, respiré con cautela y seguí sus pasos. Cuando los árboles comenzaron a clarear y solo las hojas puntiagudas de extraños arbustos me rozaban los tobillos, mi enigmática compañera alzó un brazo.

—Espera. Hay un hechizo oculto bajo tierra. —Alargó la mano, tomó una rama nudosa caída entre el follaje y la arrojó más allá del límite del bosque.

Cuando la rama cayó, la arena y los guijarros la engulleron hasta dejar solo una punta sobresaliendo. La tierra se endureció y la inmovilizó.

La mujer suspiró.

—Un hechizo trampa. No es letal, pero no me cabe duda de que la bruja del mar te guarda cierto rencor y te dejaría pudrirte al sol si cayeras en él.

La desesperación me oprimió el pecho.

—Puedo deshacerlo —dijo la mujer—. No es un hechizo de sangre.

—¿Deshacerlo?

—Sí. —Una ligera sonrisa se insinuó en la comisura de sus labios —. Tengo formas de alterar la materia a mi antojo. Los conjuros, las afinidades, toda la magia no es más que materia invisible. Si quieres comprobarlo en el mar, puedo anular el hechizo y cruzar contigo.

—¿Por qué me ayudarías?

—¿La verdad? —La mujer alisó con cuidado los pliegues de su túnica—. Estoy bastante irritada con toda esta maraña de hechizos en mi isla. Apenas se puede caminar sin caer en trampas o sin que alguna arista encantada se nos clave en la piel para detenernos. Y… —vaciló un instante— hay una inquietud en mi corazón. No me convencen del todo los relatos que me han contado sobre por qué estás aquí.

Tal vez era una ingenua en lo que respecta al arte de la guerra, las batallas y los enemigos. Mi vida protegida, empapada de amor, me había ofrecido pocas oportunidades para enfrentar la traición de aquellos que conocía. Podía estar mintiéndome, podía estar guiándome hacia una trampa. Aun así, había una suavidad en sus rasgos, algo —magia de la furia o instinto— que me animaba a mantener la calma a su lado.

—Entonces demuestra tus palabras —dije—. Llévanos hasta la orilla.

—Mantente quieta. Estamos lo bastante cerca como para que te alcance el efecto del contrahechizo. —Extendió los dedos sobre los arbustos y la arena.

Al instante, el frío me envolvió. Una ráfaga helada me atravesó la piel y me arrastró de un lado a otro; diminutas gotas húmedas me salpicaron el rostro hasta que di de bruces en el suelo del bosque.

Tosí y me incorporé. Nada parecía distinto. El mar continuaba estando a unas cincuenta zancadas, el bosque no se había movido.

—Ya no está. —La mujer permanecía detrás de mí, las manos entrelazadas, el cabello como hilos de luz de estrella agitándose en torno a su rostro. Un velo de niebla se replegaba hacia las líneas de sus palmas. Con un leve gesto del mentón, señaló la rama que había arrojado.

Por los infiernos…, donde antes estaba clavada en la tierra endurecida, ahora yacía libre, cubierta de arena suave, como si

hubiera caído allí por voluntad propia.

Sin pausa, salimos del bosque y avanzamos hacia la orilla.

—¿Has roto el hechizo? —La pregunta me salió en un susurro, más como un pensamiento que como una acusación, pero la mujer asintió.

—Ahora podremos cruzar desde el bosque hasta la orilla sin problema. —Avanzó hacia el borde del agua—. Bien, compruébalo tú misma. Inténtalo.

En el fondo lo sabía: sabía que decía la verdad. No me permitirían huir. Aun así, no pude resistirme. No había nada que no arriesgara por volver con Erik Cantasangre.

Corrí hacia el mar. Cuando el agua me golpeó las rodillas, un dolor agudo me atravesó como una descarga.

Grité y caí hacia atrás, en el regazo perezoso de las olas.

Unas manos suaves me sujetaron por debajo de los brazos y me alzaron del agua.

—Como te dije. Lo primero que hicieron al entrar en las fronteras de Natthaven fue asegurarse de que no pudieras salir de ellas.

—Entonces, elimínalo, como hiciste con el otro. Por favor.

Una sombra nubló sus facciones.

—Los hechizos de sangre son otra clase de materia. Solo se disuelven con dolor, ira, crueldad… con maldad. Yo no puedo deshacerlo. Ese hechizo… —Miró de nuevo hacia el mar—. No me atrevo a tocarlo.

Me zafé de ella. Sentada en la orilla, me abracé las rodillas contra el pecho y grité. Grité por el dolor, por la rabia, por la desesperación. Todo ascendió hacia las nubes rosadas. Con la garganta desgarrada, me giré hacia la mujer.

—¿Por qué haces esto? Suéltame, y te juro que tendrás la lealtad del Eterno. Te ayudaremos.

La elfa se dejó caer a mi lado, sin temor al agua que le lamía la túnica. Recogió las rodillas contra el pecho y descansó los brazos sobre ellas, reflejo involuntario de mi postura. Por un instante, casi parecía una amiga.

Sus ojos siguieron el resplandor carmesí que moría en el horizonte, los últimos alientos del día desangrándose sobre el mar,

mientras el crepúsculo púrpura ascendía y las primeras estrellas temblaban en lo alto.

—Natthaven es una isla pacífica —dijo al fin—. Algunos incluso la llaman «la isla que se desvanece».

—¿Por qué?

—Porque puede fundirse con la niebla. —Una sonrisa le rozó los labios, y un destello de orgullo suavizó su voz—. Me gusta pensar que es un regalo de los dioses. Si alguna vez nos amenazan, podemos ocultar a todo nuestro clan en la bruma. O, si el destino nos obliga a marcharnos… —Su voz vaciló, y la sonrisa se deshizo; Natthaven se mueve. Cambia de lugar.

—¿La tierra misma guarda magia?

—¿Acaso no lo hacen todas las tierras? —Ella inclinó la cabeza—. Me han dicho que tu poder brota del suelo. Has realizado proezas en tus dominios y en el mar. Creo que hay magia en todas las tierras.

Una mueca torcida curvó mis labios.

—Quizá destruya la tuya con mi furia si eso me libra de aquí.

—Creo que Natthaven se ofendería de verdad si lo intentaras. —Sonrió con sorna—. Te convendría invocar la afinidad de nuestra tierra para que te auxilie, en vez de arrasarla. La magia cambia según los reinos; es voluble. Si la ofendes, parece disfrutar castigándote por ello. Toma la plaga de vuestro reino del mar como prueba.

—¿Cómo lo supiste? —Sacudí la cabeza; no importaba tanto el cómo.

—Esa fue una maldición de la bruja del mar que se descontroló.

—Oh, cierto —dijo ella, con aire casi indignado—. En cierto sentido, la bruja y Larsson no midieron las consecuencias de sus hechizos oscuros. Como dije, los hechizos de sangre y la magia oscura crean otro tipo de materia física, un remanente. La plaga que ves es un rastro sombrío de lo que hicieron para llevarnos a este momento.

—¿Qué hicieron?

La mujer me miró un instante.

—Te lo dije, elfa. Esto no es un ataque improvisado. Lo han planificado y ejecutado durante ciclos; y el reino del mar no se

derroca con facilidad. Hicieron falta hechizos oscuros, claramente.

La oscuridad resultó potente, casi dolorosa, cuando mi furia se clavó en aquello que se hizo para provocarla. Muerte. Agonía. Sabía que algo en el suelo me hablaba cada vez que ahondaba impulsada por la ira. Tenía sentido que esa magia maldita dejara tras de sí remanentes crueles que dolieran.

—Hablas como si no fuera nada, pero veo el disgusto en tus ojos.

La mujer vaciló.

—Puedo no estar de acuerdo con ciertas acciones, pero no estoy en posición de preocuparme por tus problemas cuando tengo un pueblo que proteger.

Negué con la cabeza, irritada. No comprendía esa mezcla suya de amabilidad y negativa a ayudar de verdad. Si en efecto era una prisionera en esa isla, acababa de encontrar a su mejor aliada.

—Entonces, lo que sé de tu isla es que es pequeña pero capaz de desvanecerse entre la niebla. —Miré por encima del hombro. Las torres oscuras de un palacio de piedra se alzaban sobre las copas de los árboles—. ¿Y puedes disipar hechizos con tu magia?

—Afinidad —me corrigió—. Puedo alterar cualquier materia física: piedra, madera, carne… si concentro toda mi voluntad.

—Pero no los hechizos de sangre.

Su mandíbula se tensó.

—Nos conviene a todos que evite tomar cualquier cosa que despierte los rincones más oscuros del corazón: la codicia, el dolor, el odio… Al fin y al cabo, los hechizos de sangre nacen de esos deseos, de la muerte, de la avidez.

Hablaba con una serenidad tan absurda, como si todo fuera evidente, que no pude evitar reírme entre dientes.

—Ah, claro. Ya no tengo la menor confusión.

—No soy la mejor maestra a la hora de explicar las «afinidades» —respondió con un atisbo de sonrisa—. Solo suelo hablar con los míos. Piensa en mi poder como una forma de invocación. Los elfos de la sombra podemos usar nuestros dones de modos parecidos.

—¿A qué te refieres con «parecidos»?

Sus ojos se enturbiaron.

—Te diré esto, elfa: hay dones, quizá más bien maldiciones, que los dioses me concedieron y que jamás deberían usarse.

Se me puso la piel de gallina. Quise insistir, pero ella ya había recuperado su tono ligero, medido, y sofocó mi curiosidad.

—Hay elfos que no oscurecen aquello que tocan, como es mi caso. Algunos son capaces de reunir la luz, que se dibuja en sus palmas al usar sus dones. Los más hábiles pueden incluso atravesar los destellos de una habitación y viajar por ellos hasta otros rincones iluminados del mismo sitio. Pero es una hazaña ardua y terriblemente extenuante.

—Resulta curioso que un elfo de la sombra recurra a la luz.

—No he dicho que sean los míos quienes la emplean. Hay clanes distintos. —Se le tensaron los hombros—. Los elfos de la luz, los Ljosalfar, dominan la luz y el fuego. Lo verás con tus propios ojos muy pronto.

—¿Por qué tengo la sensación de que siempre insinúas algo, pero nunca hablas con franqueza?

—¿Por qué será?

Dioses, era desesperante. La observé: hermosa, con ese aire travieso que asomaba cada vez que sonreía. Entonces la idea me golpeó. Yo estaba ligada a este lugar… ¿Y si ella también compartía mi destino? Quizá no podía decirme más de lo que ya decía.

Y, aun así, allí estaba, una desconocida, intentando ayudarme a su manera. Tal vez esa fuera su forma de hacerlo.

Una brasa de esperanza nueva encendió mi pecho.

—Tengo un vínculo de corazón, una conexión con mi rey. ¿Los conjuros que nos ocultan habrán hecho lo propio con ese lazo?

—Los hechizos que nos resguardan son lo bastante poderosos como para apartarnos del mundo entero, si así lo deseamos —respondió con voz soñadora, como si recitara las palabras de un antiguo pergamino.

—Debe de existir una forma de romperlos.

Negó lentamente con la cabeza.

—Estos conjuros de sangre, no. Solo quienes llevan la marca pueden pisar Natthaven ahora. Y solo la bruja del mar concede esa marca.

—Entonces es posible marcharse.

—Solo han marcado a otra alma capaz de poner un pie fuera de la isla. Larsson posee el don de atravesar los hechizos, pero no se irá. No todavía. Tú estás ligada a la bruja. Sin embargo, si fueses, digamos, expulsada de la isla, los conjuros se quebrarían. Pero te provocaría un dolor atroz, y, por supuesto, mortal.

Arriesgaría mi vida con tal de librarme de este maldito lugar.

—Naturalmente, la muerte del hechicero trae consigo el fin de cierta magia.

—¿Así que matar a Fione, eh? Con gusto.

—No lo entiendes. No es posible matar a ninguno de los que se alzan contra ti.

El rostro de la elfa se oscureció; parecía incluso asustada. Alzó la vista por encima del hombro por un instante y luego bajó la voz.

—Los conjuros prohibidos los convirtieron en tus enemigos, y una vez que se prueba lo prohibido, esto corrompe hasta no dejar nada.

—No lo entiendo.

—No puedes matarlos —susurró—. Guardahuesos está protegido por la bruja del mar. No puede morir mientras ese hechizo permanezca. Y ella se ha resguardado con tanta fiereza que solo podría ser destruida con una hoja de hierro blanco.

—¿Qué es eso?

Lanzó otra mirada hacia los árboles.

—Está forjada por los elfos. Una hoja que no mata con el golpe, ni siquiera derrama sangre. Pero pudre el corazón, drena la magia a través de los poros hasta que la vida deja de fluir por las venas. Una muerte dolorosa.

—¡¿Forjada por los elfos?! —grité—. Por los infiernos, si poseen esas hojas, ¿por qué no las han usado?

—¿Por qué, en efecto? —replicó ella. Sus labios se tensaron, sin una gota de color.

No podía hacerlo. Algo la retenía, o quizá la amenazaban. ¿Qué había dicho? Que se preocupaba más por el bien de su gente. ¿Y si Larsson había hecho daño a alguien a quien amaba?

—¿Cómo lograron tomar vuestra isla?

—No fue tomada. Guardahuesos es conocido entre los clanes élficos. No le di importancia cuando se unió al grupo de viaje.

—¿Conocido?

—Es medio elfo —respondió, algo desconcertada, como si le sorprendiera que yo no lo supiera.

Por todos los infiernos sangrientos.

—Entonces te engañó. Llegó como amigo… y luego te traicionó.

—No puedo decir que haya traicionado nada —murmuró ella, dejando que sus dedos rozaran la superficie de las mareas—. No hablaba demasiado. Aunque debo admitir que no me agradaron la bruja del mar ni los elfos del océano que los acompañaban.

«Los». ¿Había más elfos marinos ahí? Larsson había enviado asesinos una vez para acabar con Erik, pero nunca me detuve a pensar que pudiera tener más aliados de los que conocía.

—¿Hay alguien más además de Larsson y Fione?

—Sí lo hay. —Una voz grave resonó a nuestras espaldas.

En el límite del bosque, un hombre de cabellos como el ocaso nos observaba con una mueca de desprecio.

—Skadinia. —Le dedicó una sonrisa a la mujer, aunque más bien parecía un gruñido—. ¿Qué significa todo esto?

Ella se incorporó de inmediato y salió del alcance de las olas.

—Arion. Nuestro acuerdo me encomendó velar por su bienestar.

—Debes mantenerla con vida, no pasear por la orilla.

—La elfa estaba alterada —replicó Skadinia con calma—. Decidí enseñarle Natthaven. Nada más.

—Entonces, ¿por qué hablaste tan mal de mi primo, *chridhe?*

No entendí el término que usó, pero bastó para que Skadinia frunciera la nariz.

—Hablé con franqueza sobre Guardahuesos. Si eso te parece hablar mal, quizá él debería reflexionar sobre sus actos.

Arion era un hombre corpulento. Sus orejas, puntiagudas y rematadas en oro; las cejas, espesas y llenas de expresión. Pero fueron sus ojos los que me inquietaron. A pesar de la calidez de su tez y su pelo, el marrón profundo de su mirada era frío y distante, como si toda esperanza que se acercara a él quedara atrapada y muriera lentamente.

No cabía duda: esto era lo que ella temía. Durante todo este tiempo, ni Fione ni siquiera Larsson habían alterado el temple de Skadinia. Solo cuando insinuaba algo más se quebraba un poco. Arion…, él había llevado a Larsson hasta su isla. Era el hombre que, de algún modo, la había encadenado.

Otro elfo.

Maldita sea. Si era cierto, si el pueblo de Larsson también era élfico, entonces sus lazos no eran poca cosa.

—Es la hora —dijo Arion—. Llévala al salón. Y, Skadinia, hazlo en silencio.

Me atraganté con mi propia sorpresa cuando Arion alzó la mano y una fisura dorada se abrió entre los últimos hilos del crepúsculo, hasta que pareció que el firmamento mismo se partía en dos. Cruzó aquel resquicio y dejó atrás la orilla.

Respira. Concéntrate.

—Ven —susurró ella a la vez que me tomaba del brazo—. Ya te he mostrado cuanto puedo de Natthaven.

—Skadinia…

—Skadi —me corrigió en voz baja—. Solo otra persona me llama por mi nombre completo, y no es el príncipe Arion.

¿Príncipe? Otro maldito noble.

—Skadi —dije—. Está claro que algo te mantiene atada a ellos, pero podríamos…

—No puedes ayudarme —replicó con veneno en la voz—. No comprendes las costumbres élficas. Escúchame. No hay nada más que pueda hacer por ti. Mientras Arion mantenga los pactos sellados, su palabra es la voz de Natthaven.

Muchas palabras se quedaron sin decir, suspendidas en el aire. Quise sacudirla, arrancarlas de su garganta, pero, antes de poder hacerlo, nos topamos con los dos guardias que habíamos dejado junto a las puertas.

Los hombros de Skadi se hundieron.

—Estaré a tu lado. Él busca sangre, no tu vida.

Entrecruzó su brazo con el mío, del mismo modo en que lo harían Mira o Celine, y me condujo por un sendero serpenteante hasta el lugar en el que Larsson Guardahuesos nos esperaba.

Capítulo 5

La serpiente

Vigas y travesaños bellamente tallados enmarcaban cada pasillo. El tapiz que había a lo largo del corredor tenía un aire místico y cautivador: mostraba acantilados bajo la noche, flores de un púrpura intenso abiertas bajo la luz de la luna y mares de medianoche que golpeaban una costa lejana.

Skadi avanzaba con el mentón erguido, su andar ligero, casi como si danzara. Había nobleza en su porte, aunque el leve temblor en su mandíbula delataba su inquietud.

La estancia era amplia, con un diseño poco común: una terraza en el nivel superior y, más abajo, una larga mesa de madera. La mitad de los muros estaban hechos de piedra, como si aquella parte del palacio hubiera sido excavada en el costado de los oscuros acantilados del exterior.

En un rincón de piedra fluvial ardía un fuego que desprendía un aroma reconfortante a humo y ceniza. Algunas paredes conservaban la roca natural; otras estaban recubiertas de arcilla y madera clara salpicadas de musgo húmedo por la lluvia.

A lo largo de la mesa de madera negra se extendían tapices con motivos de montañas nevadas en tonos azulados y runas entrelazadas cuyo significado desconocía. Sobre la superficie descansaban platos de plata con un festín sencillo —pescado ahumado y tartaletas de mermelada—, mientras un candelabro de ébano sostenía velas negras que titilaban suavemente sobre nuestras cabezas.

Sentado en el extremo opuesto de la mesa, un hombre con un tricornio azul en la cabeza devoraba raíces machacadas y trozos carnosos de pescado.

El corazón me ardía por Erik. Tenía que saberlo. Debía ser advertido.

—Señor Hesh.

Hesh, señor de la Casa de las Espadas, engulló otro bocado. Poseía un cuerpo de guerrero, una mandíbula tan cuadrada que parecía tallada en piedra; aquel bastardo tenía más de ogro que de elfo.

—Elfa de la tierra —gruñó.

—Creo que me conoces como reina.

Hesh soltó una carcajada grave, amenazante.

—Ambos sabemos que ese título estaba destinado a durar poco, elfa de la tierra.

Apreté los dientes para contener la respiración entrecortada. No mostraba miedo alguno, ni la menor inquietud ante una posible represalia de Erik. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso todo el reino del Eterno estaba en contra de mi serpiente?

En medio del entumecimiento que me invadía el pecho, el terror logró abrirse paso hasta la superficie.

«Este miedo tomará tus pensamientos, y no te diré que lo rechaces, pero sí te recordaré quién eres. Porque eres una adversaria formidable».

Erik había demostrado su confianza en mí, con sus palabras y con sus actos. Podía morir allí, y si ese era mi destino, lo haría mientras defendía al rey eterno, apoyándolo, dispuesta a luchar por la vida que habíamos soñado vivir juntos.

Larsson apareció por una puerta lateral, y el estómago se me encogió. Había sido un amigo alguna vez, un hombre que reía con nosotros, que me había ayudado a escapar de una cantora del mar. Ahora, en cambio, se había convertido en algo cruel, casi irreconocible. Su sonrisa —aún hermosa, aunque envenenada— se abría paso sobre la sombra de la barba, y su cabello oscuro, despeinado, le caía en torno al rostro como un halo deshecho.

—Hola, mi señora. —Larsson ocupó la silla de alto respaldo en el extremo de la mesa—. Qué alegría verte despierta, aunque me decepciona no haberlo sabido antes.

Dirigió la mirada hacia Skadi. La mujer se limitó a alzar un hombro con una calma insolente.

—¿Tan indiferente? —Larsson chasqueó la lengua—. Casi podríamos decir que somos familia.

—Aún no —fue todo lo que respondió Skadi.

Con estrépito, las mismas puertas por las que Larsson había entrado se abrieron de golpe contra la pared. Más guardias, más espadas… y, entre ellos, el príncipe élfico, con Fione del brazo.

La bruja del mar era de una belleza terrible. Llevaba el cabello pálido engominado y recogido en un nudo en la base del cuello. Vestía un traje negro de satén y encaje, y se movía como si caminara entre mareas suaves.

—Es un verdadero placer ver a una elfa de la tierra en el lugar que le corresponde —dijo la bruja del mar, asintiendo hacia mí mientras aceptaba la mano de Larsson—. A nuestra merced.

—Qué ingeniosa, Fione. —Apreté los puños—. Ahora que has terminado de suspirar por ser la amante de un rey, parece que por fin has encontrado tiempo para practicar tu ingenio.

—Vamos, mi señora —dijo Larsson cuando Fione tomó asiento a la mesa—. La reprendes, pero tú no eres tan distinta.

—Soy reina.

—Eres una ilusión —replicó Larsson—. Una fantasía que mi hermano menor se inventó para convencerse de que alguien podría desearlo tal como es.

La ligereza con que Larsson despreció mi vínculo con el rey eterno me dejó sin aliento. Había pasado semanas con Erik y conmigo. Conocía nuestra devoción.

Con un gesto de la mano, me indicó una silla.

—Siéntate. Tenemos mucho de qué hablar. Veo que ya has conocido a la princesa de esta isla, pero ¿has tenido el honor de conocer a su prometido? El príncipe Arion, mi primo.

El labio de Larsson se curvó, como si esperara que me sintiera impresionada. No lo estaba. Solo me sentía desconcertada.

—¿Prometido? —susurré a Skadi.

La princesa se estremeció, pero apartó el rostro y fijó la mirada en el suelo. No obtuve más ayuda de ella, al menos no con los demás presentes. Skadi creía que el conocer el poder de este lugar era la clave para encontrar mi libertad, y me aferré a esa idea. Cuanto más supiera sobre Larsson Guardahuesos, más podría usar en su contra.

—Eres élfico —dije en voz baja.

Larsson tomó una fruta verde y húmeda del plato en el centro de la mesa.

—A medias, sí.

—Erik… —Tragué el dolor que me raspaba la lengua al pronunciar su nombre—. ¿Erik no lo sabía?

—Nadie lo sabía, salvo Fione. —Larsson se limpió los dedos con un paño de lino—. Soy hijo del caído rey eterno y de una noble elfa del clan Ljosalfar, los de la luz…

—Conozco los clanes —interrumpí con brusquedad—. Skadi me los explicó.

—Una combinación poderosa, ¿no te parece?

La ira, tan familiar ya, ardió débilmente en mi interior, pero esta vez apenas pude soportarla.

—Y, aun así, no tienes voz marina.

Larsson golpeó con la palma el borde de la mesa. Una carcajada ronca brotó de su garganta. Arion exhaló por los labios y vació de un trago una copa del licor perfumado que tenía delante. Luego se unió Hesh, entre risas y resoplidos. El señor de las espadas sonaba más a cerdo marino que a hombre.

—Tengo una voz, mi señora —dijo Larsson—. Solo olvidé revelarla. —Hizo un movimiento con los dedos junto a la sien—. Se me habrá pasado. Sin la interferencia de Fione, no me cabe duda de que Caminacorazones habría sentido cada deseo… y habría descubierto la verdad.

Una punzada me atravesó el pecho al oír el nombre de Tait.

—También era tu primo.

—Cierto. —La sonrisa de Larsson se desvaneció—. No me desagradaba, en realidad. Por eso odié tener que matarlo. Pero era tan condenadamente fiel a Cantasangre que, al final, fue lo mejor. Jamás llegó a descubrir mi voz. Resulta curioso que los dos hijos de Thorvald compartan un don de sangre. Guardahuesos quizá sea un título adoptado, pero mi don no reside en los huesos.

Mi voz salió seca, cortante.

—Tan orgulloso y, aun así, no admites nada.

—La sangre élfica es interesante —continuó Larsson—. Mi primo toma de la luz, como su futura esposa toma de la oscuridad. Yo, en cambio, al ser elfo del mar, tomo sangre.

—¿Tomas qué? —Odié el temblor que me estremeció la mandíbula.

—Habilidades. Voces. Magia. —Larsson alzó las cejas, como si esperara que aquello me resultara fascinante.

—Robas la magia de la sangre.

—Así es. Cuanta más sangre devoro, más tiempo puedo robar las habilidades de otro. Funciona mejor con los elfos del mar. —Alzó la cadena de huesos que llevaba al cuello—. La muerte es el modo más eficaz de obtener la sangre que necesito. Con el tiempo, empecé a conservar los huesos. Un recuerdo, si lo quieres llamar así.

Dioses, estaba completamente demente.

—Me intriga cómo tus hermanos élficos confían en que no les arrebatarás su magia.

—Las alianzas se han sellado con sangre —dijo Larsson, con el ceño endurecido—. Pero aun sin esos pactos, no dañaría a Arion ni a su corte. Ni siquiera a su prometida. Somos de la misma sangre.

—¿Y tu hermano?

Desvió la mirada, tal vez confundido, tal vez avergonzado.

—Un desafortunado daño colateral en mi camino hacia la corona. Guarda tu furia para Thorvald, mi señora. Él es el verdadero culpable.

Desde luego, Larsson jamás se consideraría el villano.

—¿Y cuál es tu propósito, entonces?

—Reclamar mi derecho de nacimiento. Ya te lo dije en el barco.

—No puedes tomar la corona de sangre. No puedes apoderarte del Eterno. Erik no lo permitirá.

La corona del rey eterno no era una joya común. Forjada con la misma fiereza que el propio Eterno, castigaba a todo aquel que, sin pertenecer al linaje de los herederos directos, osara ceñírsela: ardía sobre la piel hasta pudrirla.

El rostro de Larsson se endureció.

—Cantasangre no tendrá elección. Solo me queda una tarea antes de que las protecciones que me impiden actuar se disipen, y

entonces podré tomar la corona de sangre sin sufrir daño alguno.

—¿Protecciones contra ti?

—Un afectuoso obsequio de mi padre. —La mandíbula de Larsson se tensó—. Al parecer, prefería la idea de un heredero más débil, como Cantasangre, así que se aseguró de que yo jamás pudiera regresar al Eterno.

Fione soltó un resoplido.

—Qué necio.

—Sí, lo era —replicó Larsson—. Llevamos años destruyendo las defensas de Thorvald. Si hubiera sabido que debía esperar a que ese maldito Abismo completara el hechizo, habría degollado a Cantasangre hace mucho y confiado en que la corona me pasara por derecho natural. Me habría ahorrado incontables años de sus rabietas y de su enfermiza obsesión con los elfos de la tierra.

Tenía que abandonar aquella maldita isla. Tenía que encontrar a Erik.

Puse una mano sobre el corazón e intenté convocar el calor, la calma que antes encontraba en él.

«Serpiente, por favor, escúchame».

El vacío respondió.

—Entonces necesitabas que el Abismo se abriera —dije.

—Te necesitaba tanto como a Cantasangre. —Los ojos de Larsson se encendieron con un brillo febril.

—Irónico, ¿no crees? —Las mejillas de Arion se encendieron, avivadas por el vino y la diversión. Volvió a llenar su copa y bebió un largo trago.

Volví la mirada hacia Larsson.

—¿Qué papel desempeñan los elfos en todo esto?

Arion parecía complacido por conspirar junto a Larsson, pero Skadi… ella no deseaba esto.

—Arion y yo crecimos juntos —dijo Larsson—. Mi madre era sobrina de su padre, rey de los clanes de la luz. Al principio se cansaba de oírme hablar sin descanso sobre reclamar mi derecho de nacimiento.

—¿Sin descanso? —Arion se limpió la boca con la manga—. Era una obsesión.

—Con las protecciones que mantenían alejado al primogénito de Thorvald, parecía imposible que mi deseo se cumpliera —dijo Larsson—. Hasta que Thorvald murió. Supongo que algún día debería darle las gracias a tu padre por ello.

Apreté la mandíbula.

—¿Y de qué te sirvió?

—Las barreras que impedían al primogénito del rey eterno entrar en los reinos del mar se debilitaron, y comencé a estudiar cómo quebrar las demás. —Larsson hizo un gesto despectivo con la mano —. No necesitas conocer todos los detalles, mi señora, pero encontré el modo de regresar. Una vez lo logré, mi primo por fin vio el mérito de mis actos y emprendió su propia campaña para convertirse en rey.

Skadi dejó escapar un jadeo y cerró los ojos.

—¿Qué hiciste? —pregunté, volviéndome hacia el príncipe élfico —. ¿Mataste a tu padre?

—Mi padre vive, elfa.

—Arion está destinado a ser rey de todos los clanes élficos —dijo Larsson—. Pero el ascenso de los reyes elfos suele ser… un proceso engorroso.

—Debemos demostrar que tenemos lo necesario para gobernar — dijo Arion con una sonrisa ladeada, antes de perderse otra vez en su copa.

Larsson continuó:

—La victoria en combate es requisito para los herederos élficos.

—Así que él te ayuda a conquistar el Eterno por medio de la guerra, y a cambio gana su trono —dije.

—Su ascenso sobre ambos clanes requiere algo más —replicó Larsson, mirando a Skadi—. Pero es inevitable.

—Skadi —dije—, ¿te han obligado a comprometerte?

Ella alzó la vista.

—No entiendes nuestras costumbres, elfa.

—Así es —intervino Arion, poniéndose en pie—. Skadinia será de mi sangre; el acuerdo se selló hace años.

—Nada se decidió, y las verdaderas negociaciones aún debían esperar —murmuró Skadi, aunque la mueca que cruzó su rostro me

hizo pensar que quizá no había querido decirlo en voz alta.

—Cuando el destino abre el camino, *chridhe,* sería insensato ignorar la oportunidad —dijo Arion y clavó en mí su mirada gélida—. Hay un poder singular en los lazos de sangre, y cuando ella sea verdaderamente mía, no le faltará nada. Todos nuestros pactos serán honrados… siempre que le sea leal a su rey. Así que deja de intentar convencerla de lo contrario.

Hesh se levantó de la mesa y se limpió la boca con un paño de lino.

—Es hora de que regrese. El sol ya se ha puesto.

—Sabes que no debes dejarte ver —dijo Larsson en voz baja.

—Sé cómo manejar mi barco sin que el palacio lo note.

—Sí, pero no sabes adónde ha ido Cantasangre.

¿Erik no estaba en el palacio? Sin duda me buscaba, pero ahora Hesh saldría en su búsqueda.

«Serpiente, por favor, responde».

Nada.

—Mis hombres lo encontrarán —dijo Hesh.

—¿Como la vez anterior? —Larsson fulminó al señor de las espadas con la mirada—. ¿Recuerdas? Cuando enviaste a tus hombres y el elfo de la tierra los atravesó con raíces.

Tragué saliva. Dioses… Hesh había estado involucrado en el ataque de los asesinos del palacio.

—Un percance que no volverá a repetirse —dijo Hesh, y abandonó el salón con un estrépito de pasos pesados que resonaron por el corredor.

Skadi había dicho que los marcados eran capaces de atravesar los conjuros de Fione. Hesh debía de ser uno de ellos, aunque no vi en él rastro alguno de runa o talismán.

—Hesh no quedó muy complacido con tu muestra de brutalidad, mi señora —dijo Larsson con una sonrisa ladeada antes de llevarse un trozo de pescado a la boca.

—Entonces mi vida está por fin completa —respondí con frialdad.

Larsson soltó una risa baja.

—Debo admitir que no esperaba que el vínculo del corazón ayudara a sanar a mi hermano aquel día. Incluso añadí unas hierbas

somníferas al vino de Murdock para asegurarme de que resultara inútil para el rey.

Sentí que el corazón se partía en dos. El día del ataque, Larsson había parecido tan alterado, tan enfermo de preocupación… Dioses, ahora comprendía que solo temía que su plan fracasara.

Larsson aplaudió una vez.

—Precisamente por ese vínculo del corazón te traje aquí, mi señora. De hecho, esa fue toda la razón por la que necesitaba que el Abismo se abriera. Dioses, qué sorpresa descubrir que lo que necesitaba era una princesa elfa de la tierra.

—No es tan sorprendente como lo cobarde que resultaste ser.

—Dudo que sigas pensando eso durante mucho tiempo.

Un bufido amargo se me escapó entre los labios.

—Ansío el momento en que comprendas el tipo de monstruo que has desatado. Erik te destruirá, y, por los dioses, espero que lo haga despacio.

—Y yo ansío el día en que dejes de estar tan cegada por Cantasangre.

En un movimiento rápido, Larsson se incorporó, me sujetó por la trenza y me obligó a caer de rodillas.

Skadi, siempre tan contenida, alzó la voz con un grito que cortó el aire.

—¿Qué haces? Dijiste que solo necesitabas mantenerla apartada. Dijiste que no ibas a hacerle daño.

Con un chasquido de dedos, Arion hizo que los guardias élficos rodearan a la princesa y la sujetaran con fuerza. Aun así, ella gritó, suplicó.

—Vas a tomar esto, Skadinia —ordenó Arion—. No la matará, así que deja de titubear.

Los ojos de Skadi se abrieron con horror.

—No. No lo haré. No usaré eso para causar dolor. Sabes lo que sucede.

Él le sujetó el mentón con una mano firme.

—Son nuestros enemigos, y poseen un poder que les concede ventaja sobre nosotros. Esto nos permitirá reclamar la victoria, y será la forma en que dos nacidos de sangre élfica ocuparán tronos.

Es por el bien de tu gente. Debes comprender que hay dolores que existen para servir a un bien mayor.

Skadi negó con la cabeza y dejó escapar un sollozo ahogado.

Fione se colocó frente a mí.

—Descubre su corazón.

Larsson no vaciló. Con un cuchillo afilado rasgó el escote de mi camisón hasta dejar al descubierto el nacimiento de mis pechos.

—Ahora entiendo por qué mi hermano te guardaba solo para él, mi señora. Eres… encantadora.

Fione resopló y se apresuró a añadir sus hierbas acres al cuenco.

La hoja volvió a descender y desgarró la piel en la hendidura de mis pechos. Solté un grito y me retorcí para apartarme sin que el filo se desviara y me atravesara el corazón.

—¡Arion, no permitas esto en nuestras tierras! —gritó Skadi—. ¡No traigas aquí el odio!

—Hazlo ahora, o tomaré esta isla por la fuerza, Skadinia. —La voz de Arion sonó fría.

—Y destruirás los lazos de confianza y de sangre —replicó ella con furia contenida—. Serás un rey miserable desde el comienzo si usurpas el clan de las sombras antes del tiempo apropiado.

Arion apretó el mentón de Skadi con más fuerza y habló en voz baja:

—Haré todo lo necesario para asegurar mi derecho de nacimiento. ¿Lo entiendes?

—No puedes hacerle daño…

—Si alcanzo la victoria, ¿qué importará si vive o muere? —rugió Arion—. Con sangre me habré ganado la soberanía de ambos clanes; te habré ganado a ti.

—Nunca lo aceptaré.

Arion esbozó una mueca de desprecio.

—Seré tu rey; no tendrás elección. Pero si te niegas a ayudarme a mí y a los míos en esta batalla, no olvidaré tu resistencia ante tu futuro rey.

El príncipe tenía a alguien a quien usaba contra Skadi. Estaba más claro que nunca que la mujer era prisionera en su propio reino.

—Vacila un instante más —advirtió Larsson—, y serás marcada como traidora. Encuentra el vínculo y tómalo.

Fione deslizó un dedo delicado por mi mejilla.

—Es hora de arrancar ese vínculo del corazón de tu cuerpo.

No. No me esperaba la muerte allí. Iban tras mi lazo.

—Te detesto —dijo Skadi. Pero sobre sus hombros comenzaron a formarse nubes de neblina satinada; el vapor se arremolinó sobre sus manos, y el azul de sus ojos centelleó como plata sobre el mar nocturno.

Manos crueles me empujaron hacia un lado. Mi pecho desnudo quedó suspendido sobre un mortero; la sangre caía en gotas sobre la arcilla.

El miedo me oprimió la garganta. «Soy Livia… soy Livia Ferus…».

Un frío áspero y voraz se abrió paso por mi piel alrededor de la herida.

—Así está mejor —dijo Arion.

A través del velo de lágrimas alcancé a distinguir a Arion, con su cabello rojo, inclinado sobre una Skadi que sollozaba. Neblinas negras se deslizaban sobre las baldosas como espectros de serpientes caídas, hasta que su frío se enroscó en mis brazos, en mis muñecas, y finalmente se hundió en mi corazón.

Fione derramó en el cuenco una sustancia espesa, negra como el alquitrán, y la mezcló con mi sangre mientras entonaba un hechizo extraño que guiaba a la oscuridad para que vertiera mi sangre dentro del mortero.

—Arráncaselo, elfa —ordenó la bruja del mar—. Así me aseguraré de que ningún nuevo vínculo de la Casa de los Reyes pueda forjarse jamás.

Dioses, ojalá Erik supiera cuán intensamente lo había amado. Tan poco tiempo, y aun así había sido el centro de mi existencia. Solo deseaba que no se perdiera a sí mismo cuando todo terminara.

La herida se abrió de nuevo y la sangre volvió a brotar. La neblina se aferró a mis tendones y los tensó, como si unos dedos helados amasaran mi corazón.

Me retorcí y luché hasta que Larsson me maldijo de nuevo y me sujetó del cabello hasta las raíces para inmovilizarme.

—El dolor acabará pronto, mi señora —murmuró con suavidad cruel—. En verdad, dudo que vuelvas a sentir pena alguna por Cantasangre después de esto. Puede que incluso quieras que sea yo quien lo mate… por lo que te hizo.

Sentí la oscuridad hundirse en mi pecho, fría y despiadada.

Al otro lado de la estancia se oyeron gemidos y sollozos, murmullos de disculpa, susurros de miedo.

Skadi no deseaba esto.

Las sombras se entretejían entre hueso y carne, como agujas de tiniebla enhebradas con hilo negro.

Incapaz de contener el dolor, solté un grito. Sentí unas garras invisibles que me desgarraban el corazón y me convencían de que estaba a punto de desangrarme.

Larsson me volteó y me inmovilizó, montado sobre mis caderas para mantenerme sujeta.

Con el pecho desnudo y la sangre caliente sobre la piel, jamás me había sentido tan atrapada, tan asfixiada.

El tiempo dejó de existir. Solo quedaron el dolor y la pena. Como un veneno que me extirpaba cada recuerdo feliz del pecho; nunca antes había existido una desolación igual.

La mezcla de alquitrán y sangre en el cuenco exhaló un humo espeso y antinatural, hasta que no quedó más que un puñado de ceniza… y el dolor cesó.

El sudor me perlaba las sienes; el aire me entraba a golpes, áspero, cortado.

—Se ha ido —dijo Fione, con la mirada fija en la ceniza—. No regresará.

El mismo eco de tristeza se apoderó de mí cuando noté la piel, en el hueco del codo, enrojecida e irritada. Pero no había runa alguna.

La marca de la Casa de los Reyes había desaparecido.

Me habían arrancado el vínculo que, hacía tantos ciclos, había nacido cuando me enamoré de aquel muchacho sombrío en una celda.

Cualquier fragmento de Erik que alguna vez se hubiera entrelazado con mi corazón… ahora había sido destruido.

Capítulo 6

La serpiente

—Levántate, Cantasangre.

Un guerrero de Rave me golpeó la cadera con la punta de la bota, justo en el lugar en el que había caído después de salir del gran salón a duras penas y terminar de espaldas en el suelo.

El fuego me recorrió las venas. Con los puños cerrados a los lados, dejé escapar un rugido de dolor. No por la pierna, ni por las cicatrices, ni por los golpes de los elfos de la tierra. Era el grito de un corazón hecho pedazos.

La última vez que había sentido algo así fue el día en que murió mi madre. Mi alma de muchacho creyó entonces que jamás volvería a recomponerse cuando la luz se apagó en sus ojos.

Esto era peor.

Un tormento asfixiante se enroscó en torno a mi corazón, mis huesos, mi propia alma. Sabía que su gente me odiaría, que me querrían muerto, pero creí… dioses, creí que con Alek, con mi rendición, se lanzarían de inmediato a las mareas.

Yo había provocado esto. Rechacé cada intento de paz, amenacé toda mi vida con volver para destruirlos, y lo hice. Robé sus corazones bajo el mar. Creé una división tan profunda que ni siquiera pudieron unirse a mí cuando más lo necesitaba.

Le había fallado. Pero no volvería a hacerlo.

—Te he dicho que te levantes.

En cuanto el guardia asió mi túnica, me incorporé de un tirón y cerré el puño en torno a su garganta hasta dejarle sin aliento.

—¡Erik! —La voz de Tait sonó como una advertencia. Los guardias que lo custodiaban venían hacia mí.

Llegarían demasiado tarde.

El guerrero forcejeó para liberarse de mi agarre. Sus ojos se abrieron de par en par y el color le inundó el rostro; apreté todavía más.

Le arrebaté un pequeño cuchillo de trinchar, enfundado en su cadera, y me corté la carne por encima de la muñeca. El guerrero emitió un gruñido al ver cómo mi sangre brotaba y caía sobre las losas. Unas gotas alcanzaron su uniforme.

Con los dientes apretados, me puse en pie y coloqué al guardia delante de mí del mismo modo en que lo hice con Livia la noche en que la secuestré. Con la punta ensangrentada del cuchillo dirigida al rostro de mi nuevo prisionero, los demás guerreros se detuvieron a cinco pasos, las manos en alto en un gesto de tensa paz.

—Cantasangre —dijo el guerrero más cercano—. ¿Cuál es tu plan? Estás rodeado.

—¿Mi plan? —La oscuridad borró de mi voz todo rastro de sumisión, de compromiso—. Mi plan es volver al mar. Mi sangre puede acabar con todos vosotros en cuestión de segundos. Soltadnos a mí y a mi primo, y nos iremos. Nadie tiene que morir.

—Nos atacaste, Cantasangre. Te llevaste a un miembro de la realeza. Sabes que no podemos dejarte marchar.

—Fue ella quien se apoderó de mí. —Mi voz retumbó contra los candelabros, contra las puertas. Con cada respiración sentía que la cordura se me escapaba un poco más. No me importaba descender a los infiernos, no me importaba que mi alma se ennegreciera en el proceso—. Yo le pertenezco. No esperaré en una celda. Moriré antes. Y aun muerto, la buscaré en el Otro Mundo.

—Baja el cuchillo. —Stieg salió del gran salón y me fulminó con la mirada—. No te equivoques, Erik. Otra vez no.

—Haré lo que sea necesario, por cruel que resulte, si eso la trae de vuelta.

Giré el cuchillo hasta apuntarme con la hoja y, con un par de movimientos rápidos, la agarré por el filo. Apreté el puño hasta que la sangre brotó entre mis dedos, espesa y ardiente.

El guardia que tenía apresado dejó escapar un jadeo áspero al sentir cómo más sangre resbalaba por su pecho.

—Mantente firme, Frey —ordenó Stieg al hombre que retenía.

Ya no lo escuchaba. Giré el cuchillo, aferré el mango con firmeza y levanté la hoja hasta su garganta. La sangre que corría por mis propios dedos heridos se deslizó por su piel. Él se estremeció e

intentó apartarse, pero lo sujeté con mi brazo con más fuerza y lo obligué a acercarse.

Tait forcejeó con su captor. Le asestó una patada en la rodilla, y el hombre gritó de dolor, aunque logró mantenerlo sujeto hasta que otro guardia acudió en su ayuda.

—Corre —gruñó Tait, los dientes descubiertos—. Déjame y vuelve a las mareas, Erik.

Maldita sea. Después de todo lo que había pasado, lo último que quería era dejar a Tait en manos de los elfos de la tierra, pero lo haría. No vacilaría. Si la elección era huir hacia el barco para buscar a Livia o abandonar a Tait como prisionero, tendría que resignarse a esperar con su culo en una celda hasta que regresáramos con mi reina a mi lado.

Si la gente de Livia iba a pasar días tramando cómo atravesar el Abismo y no era capaz de anteponer la vida de ella a mi culpa y a su odio, entonces lo afrontaría solo.

Ya había malgastado demasiado tiempo en un intento inútil de unir fuerzas.

El guardia que tenía en mi poder resollaba y tosía mientras lo empujaba hacia una de las ventanas y lo mantenía como escudo.

La posibilidad de escapar me mareaba, pero la necesidad de alcanzar el mar anuló toda razón.

—Erik, no hay salida —insistió Stieg—. No huyas de nuevo. Te ayudaremos.

—¡No estáis ayudando! —grité.

Mi voz abrió de par en par las puertas del salón. En el umbral, junto al rey del pueblo de la Noche, aparecieron rostros semifamiliares que recordé de los campos de batalla de mi infancia.

—Te mataré si derramas una sola gota más de nuestra sangre —dijo Valen, con los dientes apretados.

—Mátame —gruñí. Alejé al guardia de mí con un empujón al llegar a la ventana—. Si no la encuentro, te ofreceré mi garganta para que la atravieses. —Con el pomo del cuchillo ensangrentado hice añicos el cristal tras de mí—. ¿Qué no entendéis? No valgo nada si ella no forma parte de mi vida.

El suelo se estremeció como si la piedra se hubiera convertido en un mar embravecido. Perdí el equilibrio y me apoyé en la pared para no caer.

—¡No! —maldije.

Del hueco de la ventana brotó una columna compacta de tierra y raíces; se levantó de golpe y me cerró el paso.

Valen me fulminó con la mirada, arrodillado en el suelo y con la palma extendida sobre las losas.

—Un poco de tierra no será suficiente para detenerme, maestro de la tierra —dije mientras abría las manos a cada lado.

Igual que aquella vez en el jardín, cuando llené de agua los pulmones del asesino, ejercí el mismo poder sobre los guardias. Activé mi canto mudo —el don de los dioses que mi padre explotó sin reparos—, una habilidad que permite hablar con la sangre y el agua que sostienen un cuerpo; ello, sumado a mi voz, me convertía a mí, su heredero, en un arma que pretendía usar contra todo el que se opusiera al rey.

Ahí, en los reinos de la tierra, mi influencia era más débil que en mi hogar; aun así, los guerreros del pasillo empezaron a toser. Algunos se llevaron las manos al cuello mientras un hilo de agua les humedecía las comisuras de los labios.

Valen los observó con una mezcla de estupor y espanto mientras sus hombres caían de rodillas, incapaces de respirar con el fluido que les llenaba el interior.

Apenas tenía unos instantes. Solo unos cuantos latidos para encontrar otra ventana, saltar por el marco astillado, confiar en no destrozarme la pierna otra vez al caer y, con suerte, burlar las flechas y lanzas de los elfos de la tierra hasta llegar al mar.

Con una pierna herida.

Sin más arma que un simple cuchillo.

Cada paso de mi temerario plan estaba lleno de grietas, pero el pensamiento se ahogaba en la urgencia frenética de actuar. Seguí adelante.

A mitad del nuevo corredor, un ardor brutal me atravesó el pecho.

—Maldita sea… —murmuré a la vez que me encorvaba.

—¡Erik! —gritó Tait.

Apenas oí su voz. El dolor me calaba hasta los huesos, como si alguien me hubiera abierto las costillas, arrancado la médula y reemplazado esta por metal fundido. No lograba tomar aire. Unas manchas oscuras nublaron mi vista. Las rodillas me fallaron y golpearon el suelo de piedra.

En algún punto entre la niebla, unas manos firmes sujetaron mis brazos.

—¡La sangre le brota del pecho!

—Guerrero… —Mi voz se quebró.

—Erik. —La figura borrosa de Stieg se inclinó sobre mí—. ¿Qué ha pasado?

Tosí. El sabor metálico y caliente de la sangre me llenó la boca. Una fuerza invisible me desgarraba el cuerpo. Me llevé la mano al pecho, como si así pudiera contener ese latido desenfrenado.

—¿Le has dado?

Por los infiernos, aquella voz solo podía pertenecer al maestro de la tierra. No me importaba. Algo similar a una peste pútrida me rompía las costillas por dentro. Cuando retiré la mano, la encontré cubierta de sangre fresca.

A través de los cordones de mi túnica, un corte irregular se abría paso por mi carne. Lo observé con un espasmo de horror. Entre el rojo se encendía un destello dorado, como una chispa de sol.

—No lo toquéis. —La voz de Tait rasgó la bruma.

Los elfos de la tierra seguían aturdidos y no lo detuvieron; Tait se abrió paso hasta mí y pronto su rostro quedó suspendido sobre el mío, parpadeando—. ¿Qué le habéis hecho?

—No le hemos hecho nada —respondió Stieg mientras se inclinaba aún más—. ¿Por qué sangra así?

—Toca su sangre y morirás, guerrero —advirtió Tait. Después observó el torrente que me corría por el pecho—. Erik, esta sangre no es normal. Hay una maldición…, algún tipo de hechizo.

Un hechizo. Un vacío. Algo dentro de mí había desaparecido.

La verdad me atravesó sin piedad, como una hoja que se clava en el corazón.

No. Por los dioses, no.

El lazo, la atracción, la débil certeza de que su belleza aún brillaba más allá del mar y del cielo… se había desvanecido.

—Se ha ido —musité a la vez que dejaba caer la cabeza contra el suelo, con la mirada perdida en las vigas del techo—. Livia… nuestro vínculo del corazón… ha desaparecido.

Capítulo 7

La alondra

Las lágrimas se mezclaron con la sangre. Busqué a tientas el corpiño, desesperada por cubrir mi cuerpo. Los hombros me temblaban en sollozos mudos. Un dolor se abrió paso por mis venas, implacable. Ardía, una agonía distinta a todo lo que había sentido antes.

Un final. Una destrucción. Una muerte.

—¡Skadinia! ¡Detente! —gritó Arion. Las patas de su silla chirriaron contra el suelo, y el acero salió de las vainas.

Entre el ardor de la sal y el dolor, distinguí la silueta de Skadi. Sus dedos enjoyados se abrieron, y espirales de oscuridad envolvieron sus palmas, sus brazos. No era una sombra, sino algo más. Como espuma de mar bajo una noche sin luna.

—¿Detenerme? Fuiste tú quien me dijo que abrazara el dolor —rugió ella—. Tal vez no quieres que lo sienta.

—Te equivocas —insistió Arion—. ¿Te ha protegido tanto que ignoras que el dolor es el precio de la batalla? No puedes volverte de piedra cuando cada enemigo grita en su agonía. Luchamos por un futuro mejor para todos los elfos. ¿Por qué no lo comprendes?

Arion alzó los brazos, imitando la postura de Skadi. Las mechas de las velas titilaron. Las llamas se inclinaron hacia el príncipe, se doblaron… y luego se apartaron de él.

Las manos de Arion eran fuego.

—El poder que corre por sus venas era necesario, mujer —bufó Larsson—. Tu mundo está a salvo y sin amenaza alguna mientras la corona de los mares repose sobre mi cabeza. El pueblo élfico dominará pronto todos los reinos. ¿Por qué te resistes?

Una furia azul, ardiente y afilada encendió los ojos de Skadi. No le dedicó ni una mirada a Larsson; su rabia se fijó en su semejante élfico.

—Sé bien lo que me espera cuando se consume un vínculo de sangre con él. ¿Crees que soy tan necia como para no saber que planeas convertirme en tu espada? Me condenarás a revolcarme en la muerte.

Mi mente daba vueltas. No comprendía del todo lo que ocurría, solo que algo se había apoderado de Skadi. Algo en sus nieblas la había transformado en una criatura cruel, envenenada.

—No es verdad —replicó Arion, aunque el rictus de sus labios mostraba más fastidio que preocupación—. Serás mi esposa, Skadinia. Nuestros dones se servirán el uno al otro.

—No tienes ningún deseo de servirme, Arion.

Su mirada se endureció.

—Si sigues traicionando a los nuestros, no me dejarás otra opción que mantenerte insensible.

La sonrisa de Skadi fue cruel, aterradora. Vacía.

—Entonces estamos de acuerdo. Prefiero vivir sin corazón antes que soportar el asco de llamarte esposo.

Sin advertencia, Skadi alzó los brazos. La niebla chocó con el fuego cuando Arion respondió al ataque.

—Estás rompiendo nuestro pacto —dijo él, la amenaza marcada en su voz.

—Fuiste tú quien lo quebró con esta tortura. La tortura de una inocente, Arion. Ese no es el camino hacia tu derecho de nacimiento.

—¿Y qué sabes tú de derechos de nacimiento? —rugió Arion, lanzando otro golpe.

La tela del brazo de Skadi se carbonizó, y la piel chamuscada se desprendió bajo la manga. Ella gritó y se dobló sobre sí misma, aún envuelta en sal oscura y neblina. Cuando alzó el rostro, había algo corrupto en el brillo de sus ojos: odio y sed de sangre, una expresión que no debía existir en un rostro como el suyo.

—Skadi —siseó Arion, partiendo su nombre en dos—. No lo hagas. Sal de la oscuridad; te has regodeado demasiado en tu berrinche.

—Pensé que acababas de decir que debía permanecer insensible. ¿No es eso lo que deseabas? ¿Una esposa dócil, indiferente?

Más que cintas de niebla, una ráfaga de sombra, una nube viva, una criatura, estalló alrededor de su figura y desplegó alas negras que cubrieron la estancia. Arion se cubrió el rostro; Larsson y Fione se agacharon bajo la mesa; incluso los guardias élficos apostados contra la pared buscaron resguardo.

Fuera cual fuese el poder que se agitaba en aquella niebla, cuando me alcanzó, no tuvo nada de temible. Fue un abrazo: frío, súbito, estremecedor. Y luego se desvaneció.

Una sombra oscura cruzó el umbral y se deslizó por las ventanas, por las rendijas del suelo, hasta perderse.

Cuando todo terminó, alcé la cabeza, sin aliento.

Nada parecía fuera de lugar, salvo un leve aroma salino suspendido en el aire.

Pero Skadi permanecía inmóvil, hierática. La luz en sus ojos había desaparecido.

Los guardias élficos sujetaron a Skadi de los brazos por orden de Arion. Solo una fría apatía velaba sus delicados rasgos mientras la arrastraban fuera. No volvió la cabeza ni una sola vez, como si nada en el mundo pudiera inquietarla ya.

—¿Qué consecuencias tendrá su arrebato? —preguntó Larsson, empujando la mesa y haciendo tintinear las copas.

Arion se limpió el sudor de la frente.

—No lo sé. Pero no volverá a ser un problema. Por ahora, está perdida en ello.

—Mantenla así —espetó Larsson.

—No creas que pienso fracasar aquí, primo —replicó Arion, con los dientes apretados.

Con un gruñido, Larsson ordenó al último guardia que me devolviera a mis aposentos. Aturdida, dolorida, lo seguí sin oponer resistencia.

Como Skadi, no miré atrás.

Sola, bajo la luna en su cenit, apoyé la frente contra el cristal helado de la ventana.

Al regresar, vi que alguien había dejado un nuevo camisón sobre la cama. Me lo puse sin pensarlo, ansiosa por cubrir la vergüenza, por esconder lo que había ocurrido, como si la tela pudiera borrar el recuerdo.

Me masajeé el pecho, justo donde el ardor no se apagaba. Por la forma en que Larsson había hablado, parecía esperar que el rencor hacia Erik llenara el vacío que me atravesaba.

Pero no había rencor. Solo una añoranza sofocante.

Tan profunda que estaba segura de que pronto partiría el resto de mi corazón y me arrastraría al salón de los dioses.

Y, aun así, se abría paso un nuevo dolor por una mujer a la que apenas conocía. Skadi. Había algo en su manto de niebla, en cada gesto que hizo, que me hacía pensar que había arriesgado todo por mí.

Ahora, al recordar la expresión endurecida en su rostro, comprendí cuánto le había costado. Mi alma se estremecía por ella. Fuera lo que fuese lo que la niebla había desatado, Skadi era, al fin, una prisionera.

El aire era más frío, con un deje de humo denso, como el presagio de las primeras heladas.

Entre la bruma, vi insectos alados revolotear entre las flores nocturnas del jardín. Destellos dorados atravesaban sus alas iridiscentes. Alas de sol.

Seguí el vuelo de una, luego de otra, y observé cómo rozaban el vidrio, como si quisieran guiarme.

Como si aún confiara en mí la luz.

Solo me quedaban las palabras de Skadi: vagas y entrecortadas, ardían dentro de mí con la fuerza de una certeza. Estaba convencida de que la magia en la tierra de Natthaven podría protegerme… si lograba escapar de aquellas paredes.

A lo lejos, las estrellas encendían el Mar Eterno, abierto, infinito.

Hogar.

Sin aviso, se me escapó un sollozo húmedo. Me llevé el puño a la boca para ahogar el sonido y me dejé resbalar por la pared hasta

quedar acurrucada, con las rodillas contra el pecho.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Todo bien, mi señora? —Larsson se detuvo en el umbral. Su cabello oscuro caía suelto, desordenado alrededor de su rostro anguloso—. Mis hombres juraron haber oído gritos… Creyeron que alguien te estaba atacando.

—El único que me ha atacado hasta ahora eres tú. —Apoyé la espalda contra el alféizar y, con cautela, me incorporé.

—Seguro comprendes que esto no es nada personal —dijo Larsson, acercándose hasta arrinconarme contra la pared. Me rozó la mejilla con un dedo, riendo cuando aparté el rostro con repulsión.

El estómago se me revolvió.

—No llegarás hasta Erik.

Larsson frunció el ceño.

—¿Todavía sientes afecto por él?

—Más que afecto, maldito. —Le escupí al rostro.

Alzó el brazo, dispuesto a golpearme, pero se detuvo cuando me encogí. Soltó un suspiro; la sonrisa torcida volvió a su cara. Con el pulgar, me levantó la barbilla.

—Tu sangre tiene más de un propósito, ¿sabes? Pensé que el comercio de lotos sería nuestra respuesta para curar las marcas de la oscuridad.

—Marcas de tu uso de la magia oscura.

—Hay momentos en que los hechizos tenebrosos deben enfrentarse con otros de su misma clase. ¿Acaso crees natural que un reino esté protegido contra su verdadero rey? Thorvald usó encantamientos prohibidos para mantenerme alejado. No tuve alternativa.

Qué criatura tan despreciable. De las que jamás cargan con su propia oscuridad. Erik era brutal, incluso despiadado a veces, pero nunca negaba su crueldad; la llevaba con él, como un estandarte, en cada palabra, en cada acto.

—La Casa Skurk fue de gran ayuda por un tiempo —prosiguió Larsson—; saqueaba muchas cajas de flores para nuestros ensayos…, pero Lucien tuvo que volverse codicioso.

Se me puso la piel de gallina.

—¿Tú provocaste que Erik lo matara?

Larsson soltó una risa baja.

—Una forma ingeniosa de atar cabos sueltos, ¿no crees? Fione se encargó del resto de sus hermanos con una botella bastante cara de vino de flor marina. Esos idiotas ni siquiera se detuvieron a sospechar de una botella sin sello antes de servirla en su siguiente banquete familiar.

Lucien Skurk había sido una criatura despreciable, y sabiendo el daño que había infligido en Skondell, me alegraba de que Erik lo hubiese torturado. Pero pensar que todo un salón de la Casa Skurk había caído víctima de los caprichos de Larsson hizo que los dedos me temblaran a los costados.

—Eres un miserable.

—Considérame dolido —replicó con una ironía cargada de satisfacción—. En cuanto vi la marca de la Casa de los Reyes en tu piel, supe que tu sangre tenía el poder de acabar con la plaga y romper el último hechizo que protegía la corona de sangre.

—No entiendo.

—No necesitas hacerlo —dijo con una calma venenosa—. Basta con que sepas que ese pequeño vínculo con Cantasangre era justo lo que me hacía falta. —Apoyó una mano abierta contra la pared, cercándome con su cuerpo—. Y ahora que todo ha terminado, confieso que me deleita tenerte por completo para mí.

—No me toques. —Lo empujé con todas mis fuerzas. El gesto solo provocó su risa; dio un paso hacia mí hasta acorralarme contra la pared, y su cuerpo se pegó al mío, duro como piedra.

—Un rey puede tocar lo que quiera, mi señora.

—Deberías sentirte muy orgulloso —escupí—. Necesitar hechizos y artimañas para robar un trono que le fue entregado a Erik cuando aún era un niño. Dime, ¿quién es el patético ahora?

Retrocedió un paso y, sin aviso, me abofeteó. El dolor me atravesó la sien y descendió por el cuello. Se burló con un resoplido. Aun así, una carcajada amarga me brotó de la garganta, nacida del desprecio más puro.

—Eres débil —dije, forzando la voz a mantenerse firme—. Provocaste la oscuridad, perdiste el control… y necesitaste a Erik

Cantasangre para culminar tu plan, porque tu propio padre jamás te quiso en su reino.

—Cállate —gruñó Larsson, cerrando los puños.

—La corona del Eterno nunca te perteneció, y lo sabes —continué, con un hilo de furia que se convirtió en veneno—. Erik te enviará al infierno y te traerá de vuelta solo para dejarte con menos miembros de los que tienes ahora.

Larsson me golpeó de nuevo. Un gesto mezquino, la muestra perfecta de un cobarde que no soporta a una mujer que no se inclina ante él. Eso era Larsson: debilidad envuelta en soberbia.

Durante unos segundos, sostuvo mi mirada. El odio le ardía en los ojos como fuego en una noche sin luna. Después, lentamente, una sonrisa monstruosa se dibujó en sus labios, una mueca que me heló la sangre y me erizó la piel.

—Cantasangre perderá la razón por ti —dijo Larsson, con una sonrisa torcida—. Es bastante posesivo, ¿no?

Me empujó con brutalidad y mi espalda chocó contra la pared. El golpe me arrancó el aire del pecho. Su mano se cerró sobre mi boca. El pánico me heló las venas.

—Cantasangre te ve como su posesión perfecta. Toda suya —susurró Larsson, arrastrando los labios por el borde de mi mandíbula —. Lo ha dicho más de una vez. Me pregunto si su ansia de luchar por ti se apagaría si yo reclamara a su pequeña elfa de la tierra para mí.

No. Por los dioses, no.

Sus piernas se abrieron paso entre las mías, forzándome a separarlas. Grité contra su mano cuando hundió los dientes en mi cuello. El dolor fue seco, animal. Su lengua lamió el hilo de sangre que escapó de la herida, mientras su otra mano reunía mi falda en un puño.

No. No. Iba a violarme. Iba a marcarme. Dejaría una huella para que Erik, y yo, la viéramos siempre.

Los dedos de Larsson se deslizaron bajo la tela sucia.

—Creo que grabaré mi nombre justo aquí, mi señora —murmuró, y me apretó entre las piernas, intentando abrirse paso.

Respira. Concéntrate.

La oscuridad de Erik era mi luz. Él era mío. Y si su corazón me pertenecía, también lo hacía su ferocidad.

Atrapada por su peso, sin poder mover brazos ni piernas, solo me quedaban los dientes. Me lancé sobre su oreja y mordí con tanta fuerza que el sabor áspero de la sangre me llenó la lengua de inmediato.

Larsson rugió de dolor. Sus manos se apartaron de mi entrepierna. Mi vestido cayó de nuevo en su sitio. Me encogí y solté un gemido cuando sus brazos descontrolados me golpearon las costillas, el rostro, los pechos, la cabeza.

Cerré los ojos y mordí con más fuerza.

Con un tirón feroz, Larsson se echó hacia atrás, una mano presionándole el costado de la cabeza. La sangre me corría por los labios. Algo sólido, húmedo, danzaba sobre mi lengua.

Dioses… oh, dioses. El estómago se me revolvió, a punto de vomitar, cuando abrí la boca y un trozo de carne, desgarrado y ensangrentado, cayó al suelo.

Un pedazo… un pedazo de su oreja. Le había arrancado parte de la maldita oreja.

—¡Perra! —bramó Larsson, y su puño chocó contra mi cara.

Me desplomé. Manchas negras destellaron en los bordes de mi visión. El dolor no cesó. Pateó, golpeó. Iba a matarme.

«Te amo, Serpiente. Destrúyelo por mí».

Su bota me golpeó las costillas y caí boca abajo sobre la piedra helada. Otro golpe en el vientre me arrancó un vómito seco.

Y entonces… se detuvo.

Mi mente era un lodazal. Solo deseaba hundirme en la inconsciencia que me llamaba desde la oscuridad. Tosí, apenas capaz de sentir el dolor. Voces se alzaron a través del sopor, lejanas, confusas, como si llegaran desde el fondo de una corriente tempestuosa.

La cabeza me latía con fuerza, pero a medida que el silencio me envolvía, las palabras se hicieron más claras.

—Deja de golpearla. —La voz de Fione atravesó la brutalidad—. Hesh ha enviado un informe sobre Cantasangre.

Los pasos pesados de Larsson se alejaron. Su ausencia me dio el valor suficiente para entreabrir los ojos. Tenía la visión nublada, pero alcancé a distinguir los labios oscuros, carmesí, de Fione.

—Dioses, ¿en qué estabas pensando? —le reprochó mientras examinaba la herida de su oreja.

—Intenté razonar con la zorra —mintió Larsson—. Me atacó. Pregunta a los elfos si hay grilletes. Y dime, ¿por qué demonios sigue del lado de Erik Cantasangre?

—Dale tiempo para que se desvanezca.

Sus voces se disolvieron cuando la puerta se cerró de un golpe.

Rodé sobre la espalda. El cráneo me latía, el cuerpo me dolía. No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil. Desde el pequeño baño junto al dormitorio, una delgada cinta de niebla nocturna se deslizó sobre mi cabeza.

Entrecerré los ojos, sin estar segura de si veía bien. Parecía la niebla de Skadi.

Y luego, desapareció.

Un estrépito repentino me arrancó del sopor y me obligó a incorporarme de golpe. Mis huesos magullados protestaron con un dolor seco, pero giré la cabeza hacia el pequeño baño.

—Por los dioses… ¿qué demonios es esto? —murmuró una voz masculina entre blasfemias y asombro.

Me esforcé por ponerme de rodillas; las fuerzas no me alcanzaron para mantenerme en pie cuando la puerta se abrió con un chirrido y un rostro asomó desde la penumbra.

El agua todavía le caía del mentón bien definido, y sus ojos oscuros se agrandaron al verme. De un empujón, la puerta se abrió de par en par. Gavyn el Buscador emergió, y su cuerpo recuperó la forma firme y poderosa tras abandonar el flujo del agua.

El aire me faltó. La mente se me quedó en blanco.

Una sonrisa se abrió paso en el rostro cubierto de barba de Gavyn.

—No sé cómo he llegado hasta aquí —dijo, la voz cargada de alivio —, pero, por todos los infiernos, es un consuelo verte, mi reina.

Capítulo 8

La serpiente

El dolor había desaparecido, pero la pena seguía allí. Pesada, obstinada, casi insoportable. Desde la guerra, desde aquellas noches en que mi alondra venía a leerme sus historias, su luz, su belleza y su corazón habían empezado a llenarme por dentro.

Había vivido tan hundido en mi propio odio y en mi propia furia que jamás lo advertí del todo.

Ahora, mi cuerpo se sentía como una simple carcasa vacía. Sin ella, apenas era media alma.

Bajé la mirada hacia mi pecho desnudo. La sangre ya no corría, pero la piel permanecía abierta e irritada.

Tras mis balbuceos sobre el vínculo del corazón, después de pronunciar el nombre de Livia, los elfos de la tierra perdieron la razón. Yo apenas lograba mantenerme consciente, pero el maestro de la tierra exigió que me alejaran de inmediato. Stieg y los guerreros actuaron al instante.

Lanzaron órdenes para que tuvieran cuidado con mi sangre y me encerraran en una habitación apartada del fuerte.

Tait nos siguió y alcanzó a explicar, con palabras atropelladas, todo lo que sabía sobre los vínculos del corazón. Los guardias se abalanzaron sobre él enseguida y nos separaron.

Se decía que el vínculo de corazón no podía romperse.

Un nudo áspero y espeso se formó en mi garganta. Aquello que debía permanecer intacto estaba hecho pedazos. Roto. Perdido. Solo quedaba un destello de lo que alguna vez fue.

Los recuerdos llegaban confusos, sin forma precisa. En algún punto el dolor me arrebató la consciencia, pero ahora la lucidez había regresado.

Y una parte de mí habría preferido que no lo hiciera.

No deseaba enfrentar esta realidad. Saber que Livia seguía en algún lugar, saber que algo la había alcanzado hasta provocar esta

fractura, se había convertido en mi único propósito; la fuerza que me empujaba a despertar, a resistir, a intentar traerla de vuelta.

Tenía que seguir ahí afuera. Tenía que seguir viva.

La angustia me había desfondado. Jamás había conocido un tormento similar. Durante demasiados instantes apenas pude avanzar, apenas pude respirar. Estuve a un paso de rogar que los mares del Otro Mundo me arrastraran.

Alcé la mirada hacia el espejo empañado del baño. Mi cabello estaba pegado a la frente en ondas húmedas. Suciedad y polvo oscurecían mis mejillas, y los moretones que cubrían mis brazos y mi pecho delataban el trato recibido por parte del príncipe y sus guerreros.

Apoyé la frente contra el cristal frío.

«Alondra».

Un tirón débil se agitó en mi pecho, como si los restos moribundos de nuestro lazo intentaran encontrar a su otra mitad.

Cerré los ojos con fuerza, y un escozor desconocido —y francamente indeseado— me mordió detrás de los párpados.

Por los dioses…, no derramaría una mísera lágrima en los pasillos de mis enemigos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lloré? ¿Mi madre? ¿Durante la tortura? Ni siquiera sabía si había llorado por la muerte de mi padre.

La desesperanza pesaba como una losa, y las lágrimas parecían el único camino posible, pero no servirían de nada. Derrumbarme no la traería de vuelta.

Me pasé el dorso de la mano por los ojos, espanté el ardor, aspiré hondo y volví a alzar la vista hacia el espejo.

—Esto no significa nada —dije a la habitación vacía, con la certeza de que Livia podía escuchar cada palabra—. Con vínculo o sin él, eres mía y, por los dioses, yo soy tuyo, amor.

—Ah, ¿sí?

Me quedé inmóvil. Alcé la vista hacia el cristal.

—Reina…

La madre de Livia entró en el baño y quedó envuelta en los fríos hilos de luz lunar que atravesaban una ventana estrecha. La reina Elise había luchado junto a su esposo en la guerra; no era una figura

frágil en un palacio resplandeciente. Era una mortal que obtuvo una corona entre los elfos.

Y no venía sola.

A su lado había una mujer de piel oscura, con pequeñas esferas plateadas incrustadas en los hoyuelos de sus mejillas. Una imagen borrosa tomó forma en mi memoria; ya la había visto. Estuvo en la orilla cuando me desterraron al Eterno. Se colocó junto al hombre que tomó mi sangre para levantar las barreras en mi contra.

Se quedó cerca de la puerta y dejó escapar una leve sonrisa al descubrir que la observaba.

La reina Elise entrelazó las manos frente a sí. Le faltaban las puntas de dos dedos en una mano, y, aun así, según recordaba, su habilidad con la espada no perdía ni un ápice de precisión.

Su mirada descendió hasta la herida que me cruzaba el pecho.

—He soñado con la muerte del rey eterno durante demasiado tiempo. Pero, ahora que has regresado, sé que desatar mi ira no me devolvería a mi hija.

Me acerqué un paso; la frustración bullía en mi interior.

—Desde mi punto de vista, el único que intenta recuperarla soy yo.

Una leve curva tensó la comisura de sus labios.

—Despiertas en mí un conflicto que casi me desgarra, rey eterno. Hay momentos en los que deseo arrancarte la lengua y obligarte a tragártela, y otros en los que… lo único que siento es la necesidad de abrazarte por… por amar a Livia como es debido.

Un latido acelerado martilleó dentro de mi cabeza.

¿Qué clase de juego era este?

La reina carraspeó para recuperar la compostura y volvió a fruncir el ceño al mirarme.

—Aleksi intentó explicar este… vínculo. —Señaló mi pecho ensangrentado.

La segunda mujer soltó una risa breve.

—A Valen no le hizo gracia la idea de que el corazón de Liv quedara unido a este.

Elise sonrió, aunque intentó ocultarlo y mantener la severidad.

—Por alguna razón, mi sobrino se muestra incansable cuando se trata de defenderte. Se plantó en el gran salón y declaró que lo sanaste cuando podrías haberlo dejado morir por sus heridas. También explicó los problemas de tus tierras. La mayoría de los nuestros desea mantenerte encerrado hasta que lleguen los demás miembros de la realeza.

—¿Los demás reyes?

—Atacaste nuestro mundo, Cantasangre —soltó Elise con dureza —. Nuestros reinos viven unidos por lazos. Tus actos nos afectan a todos. ¿Crees que a los otros reyes y reinas no les importa Livia? Te aseguro que la aman como si fuera hija suya.

—Kase quiere que Malin le haga olvidar hasta cómo respirar —comentó la segunda mujer, sin perder esa media sonrisa.

¿De veras se estaban tomando todo aquello a la ligera? ¿Era posible que no entendieran la gravedad de la situación?

—No te bastó con arrebatarme a mi hija, una princesa —continuó Elise—; tus actos han sembrado inquietud en todos los reinos. La guerra quedó atrás hace apenas un suspiro, Erik Cantasangre. Las disputas civiles, el miedo y las amenazas recaen ahora sobre nosotros por tu culpa.

—¿Habla de disturbios? ¿De pánico? —pregunté, molesto al darme cuenta de que una parte de mí todavía se preocupaba por el destino de otros. No tenía espacio para preocuparme por nadie que no fuera Livia.

Elise avanzó hasta quedar tan cerca que podría hundirme una hoja en el vientre antes de que yo pudiera apartarme.

—Nada que no podamos contener por ahora, pero nuestro pueblo ya no ocupa el centro de la amenaza. Lo que realmente nos inquieta son los elfos del mar que emergen de las mareas en todos los reinos y obligan a nuestros guerreros del Rave a dividir sus fuerzas para vigilar cada costa.

—¿Qué dice?

—Aparecieron por primera vez hace varias noches —respondió—. Nos mantienen en vela, nos fuerzan a sofocar la agitación de nuestro propio pueblo y nos empujan a prepararnos para otra

guerra. Por eso cada trono se reúne en este momento: debemos decidir nuestro siguiente movimiento.

—No fui yo quien los envió.

Elise se detuvo y miró a la mujer que la acompañaba. La sonrisa de su compañera desapareció, y ella asintió hacia la reina del pueblo de la Noche.

—Dice la verdad.

No importaba cómo sabía que no mentía. Necesitaba salir de esos muros y zarpar antes del próximo tañido, o acabaría envenenándolos a todos. Por mucho que Livia amara a su gente, no serían ellos quienes me impidieran encontrarla de nuevo. A mi alondra.

Flexioné los dedos y bajé el tono.

—Dejadme marchar, y me aseguraré de que contéis con protección del rey eterno contra cualquier elfo del mar que actúe por su cuenta. Ofreceré garantías a vuestro pueblo de que no venimos a provocar una guerra.

—Una vez más, no sé qué pensar de ti —dijo Elise.

—Perdonadme, reina, pero nada de esto lo hago por vos. Vine en busca de ayuda para ella.

Elise me observó en silencio durante un largo instante.

—¿Y por qué? ¿Por qué sanaste a mi sobrino cuando el Abismo casi lo destruyó? —La reina vaciló un momento—. ¿Por qué querría un enemigo ayudar a mi hija a respirar?

Bajé aún más la voz.

—¿Por qué creéis, reina Elise?

Era casi una cabeza más baja que yo; aun así, cuando la reina del pueblo de la Noche clavó sus ojos en los míos, tuve que contener el impulso de encogerme como un animal acorralado.

—Mírame, Erik Cantasangre, y háblame de mi hija.

Mi instinto me empujaba a responderle y desafiarla, pero en los ojos de la reina brillaba una ferocidad pura, una dureza que imponía respeto. Ella quería asomarse a mi corazón; quería saber si yo haría lo mismo que ella haría por su hija, sin importar el precio.

—Su hija… —Me aclaré la garganta y me pasé la lengua por los labios resecos—. Su hija es mi lucero. Nunca lamentaré habérmela

llevado, porque ella es mi hogar. La amo, reina. No hay nada que yo pueda anteponer a ella. Déjeme ir.

A la reina se le quebró la voz mientras se le escapaba una lágrima.

—Te creo.

—Deberías —intervino la segunda mujer con voz áspera—. No ha dicho ni una sola mentira.

—¿Y por qué habría de importar tu palabra? —solté, perdiendo ya la paciencia.

Los labios de la mujer se curvaron en una media sonrisa.

—Puedo saborear las mentiras, Cantasangre.

Por un instante, el desconcierto me dejó sin habla, hasta que se transformó en una furia candente.

—Entonces, ¿por qué demonios sigo aquí? Déjenme ir. Busqué a sus guerreros, busqué su ayuda, pero iré solo si lo único que harán es quedarse planeando. No conocen los caminos del Eterno ni a ese… bastardo que se la llevó. Cuanto más esperemos, más poder reunirá… y más podrá arrebatarle.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que ninguna de nosotras lo sabe? —La reina, siempre dócil y de hablar suave, se quebró, dejando salir a la guerrera feroz que vivía en la madre de Livia—. Ni por un solo instante creas que mis pensamientos han estado en otra parte que no sea mi hija durante estas interminables semanas, Erik Cantasangre. Esto es consecuencia de tus actos, y haremos lo que sea para recuperarla, pero no puedes venir aquí exigiendo que zarpemos de inmediato. Hay protecciones que debemos levantar, estrategias que debemos decidir. Tú provocaste este retraso al llevártela, al sembrar desconfianza, no nosotras.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Elise parpadeó; tenía los ojos vidriosos, húmedos por la rabia.

—Para escuchar la verdad, rey eterno. Necesitarás a alguien más que a Aleksi a tu lado. Junius —señaló a la catadora de mentiras— y yo hablaremos en tu favor, con la esperanza de que eso nos lleve a Livia más rápido.

¿La reina planeaba ponerse de mi lado? ¿En contra de su propio esposo?

Lo deseaba, pero jamás había esperado que nadie —y mucho menos la madre de Livia— me creyera. Después de tanto tiempo sin poder marcharme, había empezado a pensar que no estarían satisfechos hasta ver mi sangre derramada sobre sus tierras.

Elise se dirigió a la puerta.

—Te enviarán comida. También hierbas para sanar tu herida, si las necesitas. Te llamaremos cuando lleguen los demás.

Solté un suspiro.

—Reina, no me tenga aquí encerrado.

—Mi palabra no es la única que pesa. Debes enfrentarte a todos nosotros.

La mirada pálida de Elise volvió a posarse en la herida de mi pecho.

—Aleksi lo llamó un vínculo de corazón.

Me pasé la palma por la herida.

—Sí. Magia antigua del Eterno.

—¿Y por qué ha desaparecido ahora?

No sabía realmente cómo explicarlo.

—No lo sé. Me sentí como si me arrancaran el corazón del cuerpo. Cuando… cuando se la llevaron, pareció debilitarse un poco, pero esto… —Dioses, apenas podía reunir las palabras—. Esto es distinto.

—Y aun así sigues desesperado por encontrarla.

Fruncí el ceño.

—No fue el vínculo lo que me hizo amarla, reina.

Elise se colocó un mechón de su pelo dorado detrás de su extraña oreja redondeada.

—Debes entender, Cantasangre, que el hecho de que ames a mi hija es lo que te ha salvado la vida. Por ahora. Tengo una última pregunta, y confío en que respetes mi papel como madre de Livia lo suficiente como para responder con sinceridad. No soy elfa, está claro. ¿Sería una carga para mi gente… o una ventaja si zarpara hacia tu reino?

Mierda.

—Reina, he visto de primera mano su destreza en el campo de batalla. No he olvidado el día en que participó en mi rescate, y…

—Estás esquivando la respuesta, rey eterno.

Me llevé la mano a la nuca; las cicatrices se tensaron bajo mis dedos.

—Las corrientes del Abismo son feroces incluso para los elfos. Pero los mortales se ahogan, ¿cierto?

Elise bajó la mirada.

—Sí. Se ahogan.

—Esa barrera es brutal… y cruzarla lleva tiempo. No sé si podría soportarlo, reina.

—Livia tiene algo de sangre mortal. Igual que la madre de mi esposo.

¿La maestra de la tierra con sangre humana? Nunca lo habría sospechado.

—No tengo todas las respuestas, pero Livia ya estaba unida a mí cuando la llevé conmigo, reina —admití con cautela—. Yo no lo sabía, pero el vínculo existía. El Eterno ya formaba parte de ella y no podía hacerle daño.

Un silencio denso cayó entre nosotros hasta que Elise alzó el mentón y abrió el cerrojo.

—Gracias. Era lo que necesitaba saber. Te llamaremos pronto.

—Reina… no me deje aquí.

La catadora de mentiras ya había salido por la puerta, pero Elise dudó un instante.

—Puedo confiar en tus palabras, pero no correré ningún riesgo cuando se trate de recuperar a mi hija, y mi esposo tampoco. No olvides que nos convertiste en tus enemigos.

La reina abandonó la habitación, los hombros levemente encorvados en una mezcla de cansancio y derrota, y echó el cerrojo de un chasquido.

A solas, las garras crueles de la desesperación me atenazaron por detrás. Tomé una silla de madera que estaba en un rincón y la lancé contra la puerta cerrada. Luego me dejé resbalar lentamente por la pared hasta quedar sentado en el suelo.

Hundí el rostro entre las manos, sin aliento, furioso, más roto que antes.

«Alondra».

Nada.

Por primera vez desde los días en que aquel niño perdido escuchaba historias entre rejas, Livia Ferus estaba fuera de mi alcance.

Capítulo 9

La serpiente

—¡Uff, mierda… digo… por poco!

Alcé la cabeza de golpe. La nuca me latía. No sabía cuánto tiempo había pasado apoyado contra la puerta, pero mi soledad se vio interrumpida por una voz joven y suave al otro lado de la ventana.

El amanecer gris empezaba a abrirse paso entre la noche aterciopelada, aunque la ventana seguía cubierta por gruesas nubes venidas del mar. Sentí unos golpes apagados en el cristal, pero nada apareció hasta que la ventana gimió al abrirse un poco.

Me levanté de golpe, los dientes tensos al sentir cómo un dolor afilado me sacudía por dentro.

De entre la bruma del alba surgió una cabeza encapuchada que se asomó al interior de la habitación.

Un cuerpo pequeño cayó torpemente sobre el alféizar. Nada elegante, acompañado de más de un improperio corregido de inmediato, como si temiera que yo pudiera ofenderme. Un segundo después, la capucha cayó hacia atrás, y el hermano menor de Livia me lanzó una mirada desde el otro extremo de la habitación.

¿Pero qué demonios…?

—He mejorado. —Sacó una navaja de su bota—. Así que ni se te ocurra hacer nada.

—Príncipe. —Extendí una mano hacia él—. ¿Sabe tu madre que estás aquí?

El chico mantuvo el ceño fruncido y alzó el cuchillo; trazó un par de cortes en el aire, como si estuviera probándolo, y luego negó con la cabeza.

—¿Tú qué crees? Estoy vestido como si fuera a asesinarte… como si *maj* creyera que estoy preparado para algo así.

—Ah, ¿sí? —Reprimí una risa.

Si el hermano de Livia quería atacarme, que lo intentara. Él mismo había abierto la ventana; mi salida estaba justo ahí. Ya lo

había derribado una vez. Mi alondra tendría que perdonarme, porque lo haría de nuevo.

El joven príncipe soltó un bufido y guardó el cuchillo en el cinturón, con el ceño aún fruncido.

—Todos dicen que tú eres el único que puede llevarnos hasta Liv.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú qué piensas? —Di un paso lento hacia la ventana abierta.

El muchacho se encogió de hombros y dio una patada a las tablas del suelo.

—Maj lo cree. Estaba discutiendo con Daj por tu culpa. Creían que no los escuchaba, pero el tío Sol dijo que todos están inquietos, que la espera hasta que lleguen los demás reyes y reinas tiene a todos con el genio corto.

Imaginé que quería decir «mal genio», pero no lo corregí. No tenía tiempo para eso. Aun así, algo en su voz —tal vez el temblor leve, o esa necesidad de aferrarse a una verdad distinta— me detuvo.

—¿Por qué estás aquí, príncipe? ¿Has venido a asesinarme o hay otro motivo?

El chico se detuvo un instante.

—Me voy a meter en un lío enorme, pero Alek dice que tienes que largarte. Creo que mi *maj* y mi *daj* piensan lo mismo, pero hay normas y… mierda, digo… cosas. Como todos los reyes y reinas mandan por igual, tienen que trazar un plan antes de que cualquiera de ellos se vaya, para que la gente mala no intente quedarse con los tronos.

—Suena complicado, pero no explica por qué has venido tú.

El chico puso los ojos en blanco, como si por un segundo se olvidara de que me odiaba.

—Jonas dijo que parecía que estabas a punto de llorar cuando te dijeron que no podías ir a buscar a Livia en el salón principal. ¿Era verdad?

—No lloré.

El chico resopló con una mueca de burla.

—Pues no es lo que dice todo el mundo. Mi *maj* dice que tienes debilidad por Livia, y cada vez que lo dice, mi *daj* asegura que va a

matarte. Maj siempre le recuerda que ellos también fueron enemigos.

Aproveché que el príncipe se entretenía con un clavo suelto en el suelo para avanzar otro paso hacia la ventana.

—No conozco esa historia —murmuré—. ¿Tus padres se detestaron alguna vez?

Me detuve en seco cuando el chico sonrió. Una sonrisa lenta pero auténtica. Bajó la voz como si fuera a revelarme un gran secreto.

—Mi *maj* y mi *daj* vienen de familias que fueron enemigas durante mucho tiempo. Deberían haberse odiado. Pero Maj le salvó la vida a Daj, y al final acabaron jurándose lealtad. Eso fue hace mucho, en las guerras entre el pueblo de la Noche y los mortales.

Se me escapó una sonrisa.

No había duda de dónde había heredado Livia su carácter.

La voz del chico se fue apagando hasta quebrarse en la garganta. Presionó los puños contra los ojos, incómodo por dejar ver las lágrimas. Los hombros le temblaron y apretó los labios con fuerza.

—No quiero que nadie más se vaya…, pero tampoco quiero perder a mi hermana y… ¿por qué te la llevaste, Cantasangre? ¿Qué te había hecho ella?

Cada palabra me golpeó como un cuchillo.

—Me la llevé porque creí que así complacería a mi familia. Pero me equivoqué.

El joven príncipe se limpió la nariz con la manga de la túnica. Cuando alzó la cabeza, tenía los ojos brillantes, oscuros como el ónix.

—Sigo pensando que si yo… si hubiera sido más fuerte, podría haberla protegido y…

—Nada de lo que pasó fue culpa tuya —dije con sinceridad.

Ya estaba a tres pasos de la ventana y no sabía cómo escabullirme sin herir al chico de nuevo. Desde luego, no quería hacerlo, pero no veía otra salida.

—La única razón por la que te sorprendí aquella noche fue simplemente que soy más alto.

Él resopló.

—No fue la única razón.

—Vi cómo manejabas esa hacha. Tu hermana tiene suerte de tener un hermano como tú. Créeme cuando te lo digo, sobre todo considerando que estoy casi seguro de que mi propio hermano intenta matarme.

El joven príncipe cruzó los brazos y alzó una ceja.

—¿Por qué te estás acercando a la ventana como si no pudiera verte?

Me detuve de golpe, con un pinchazo en la pierna. No tenía alternativa.

—Escucha, príncipe…

—Me llamo Rorik. Dioses, ¿acaso Livia no te lo dijo?

—Rorik —repetí a la vez que me acercaba un poco más—. No quiero volver a hacer esto, pero necesito llegar al mar, y necesito reunirme con tu hermana. Espero que puedas perdonarme, pero…

—¿Por qué demonios crees que estoy aquí? —El joven príncipe dio un paso a un lado, con la ceja arqueada como si yo hubiera perdido la cordura de repente—. Formo parte del plan.

¿Plan?

Rorik señaló la ventana con un gesto exagerado, como si lo que pensaba fuera evidente. Y entonces, casi para respaldarlo, un extraño arrullo llegó desde fuera, similar al de las palomas de los reinos terrenales.

—Por todos los infiernos… —rezongó Rorik, llevándose la palma a la frente—. Sabía que acabaría hablando. Alek me dijo que no lo hiciera, pero tenía que saber por qué te la llevaste y todo eso.

—Príncipe…

—Rorik. ¡Roooorik, Cantasangre!

—Rorik, ¿de qué estás hablando?

El príncipe puso los ojos en blanco y soltó un quejido.

—Alek y los demás saben que no puedes quedarte esperando a que lleguen los reyes y las reinas. Vamos, Ari y Saga no estarán aquí antes de mañana al amanecer… y eso con suerte. Kase y Mal tardarán todavía más. Y bueno, supongo que Calista y Silas llegarán en el próximo tañido, pero son solo una pareja.

Rorik volvió a señalar la ventana con un gesto exasperado.

—Así que anda, vete ya. Me estoy jugando el cuello, y seguro que me quedo sin pastelitos de miel durante todo un ciclo por tu culpa. Me debes muchísimas.

El chico se dejó caer sobre la cama y empezó a enumerar cada ofensa en su contra: el golpe en la parte posterior de la cabeza, que me hubiera llevado a su hermana, el hecho de que llorara frente a sus jóvenes compañeros cuando ella desapareció y, ahora, al parecer, hasta el riesgo de quedarse sin sus dulces.

No entendía nada. ¿Una artimaña? ¿Una prueba? No, ni Elise ni el maestro de tierra se arriesgarían a dejar a su hijo a solas conmigo.

Me incliné hacia atrás, despacio, con cuidado, y eché un vistazo por la ventana abierta. Una densa neblina cubría los senderos de piedra más abajo. ¿No había guardias? ¿Ningún guerrero?

—Ve. —Rorik agitó las manos—. Mira no puede mantener la ilusión durante mucho tiempo.

Un siseo reptó desde la oscuridad bajo la ventana. La niebla se deshizo a su paso, dejando entrever a tres figuras envueltas en negro, con capuchas semejantes a la de Rorik.

—Erik. —Alek se bajó la capucha—. Baja de una vez, maldito idiota. Tenemos un margen de tiempo muy pequeño.

Por todos los dioses sangrantes. El príncipe estaba ayudándome a escapar de su propia fortaleza.

Miré al hermano de Livia con los ojos abiertos de par en par.

—No nos engañes, Cantasangre —susurró.

¿Qué podía decirle? El chico no tenía motivo para confiar en mí y había puesto toda su fe en las palabras de su primo.

Incliné la cabeza en señal de acuerdo, y pasé las piernas por el alféizar de la ventana. Aleksi era como una sombra en la noche. Su entrenamiento como guerrero se notaba en cada movimiento silencioso, en la facilidad con la que apoyó una escalera de madera contra el borde del tejado.

Salté los últimos peldaños y caí en cuclillas, aunque perdí el equilibrio en cuanto reconocí los otros rostros.

Los ojos del príncipe Jonas estaban delineados con un trazo grueso de *kohl,* y daba la impresión de que alguien había pasado los dedos manchados de tinta negra por sus mejillas.

—¿Aún te duele un poco después de nuestra presentación, Cantasangre?

—¿Qué significa esto? —pregunté a Aleksi, con la voz áspera.

—Una idea terrible —fue lo único que respondió, mientras asomaba la cabeza por el muro curvo de la torre.

Jonas se inclinó hacia mí, con una sonrisa astuta dibujada en el rostro.

—Queremos traer a Liv de vuelta. Y sí, Alek ha estado hablando en tu favor, así que agradéceselo. Escucha bien: te ayudaré a escapar, me arriesgaré a cometer traición y toda esa mierda, pero no voy a disculparme por dejarte las costillas moradas. Te lo tenías bien merecido.

—¿Podemos irnos ya? —intervino una voz femenina, cansada y cargada de fastidio.

Era la misma mujer que antes me había observado con evidente desagrado. Ahora reposaba sobre una gran roca, llevándose los dedos a las sienes.

Su cabello castaño, con leves toques rojizos, caía en una apretada trenza sobre el hombro. Al verme, se le estrecharon los ojos en un gesto difícil de interpretar.

—Le prometí a Livia que, si el hombre que bailó con ella en el baile de máscaras la lastimaba, le cortaría la polla. Y espero que lo tengas claro, Cantasangre: cumplo mis promesas.

—Cuidado con lo que dices, Mira —intervino Jonas, pasando un brazo por los hombros de la mujer—. Alek cree que esa podría ser la parte favorita de Liv del Cantasangre ahora mismo.

—Estos son los grandes herederos de los reinos de los elfos de la tierra, rey eterno —murmuró Alek, poniendo los ojos en blanco.

Un crujido de pisadas sobre la grava anunció la llegada de alguien más. Retrocedí hacia la penumbra instintivamente al ver una figura con capucha acercarse.

—Sander —murmuró Jonas con prisa—. ¿Está hecho?

El recién llegado se quitó la capucha y reveló un rostro muy parecido al de Jonas, con el mismo *kohl* que enmarcaba unos ojos color verde musgo. Luego guardó un libro de tapas de cuero en el cinturón.

—Dormirán hasta bien entrada la mañana. Y sabes que Ash nos matará por dejarlo fuera de combate así.

—Ash no me preocupa —replicó Jonas—. Pero Tova… es muy rencorosa.

No conocía a esa gente. Ni falta que me hacía.

El príncipe Sander se plantó frente a mí.

—Junie dijo que decía la verdad, ¿cierto?

—Eso dijo —respondió Jonas, cruzándose de brazos, con la boca tensa, como si no terminara de aceptarlo.

—Da gracias por que la catadora de mentiras se tomara la molestia de oírte, Cantasangre —dijo Sander—. Hemos puesto elixires para dormir en la cerveza de quienes prácticamente nos vieron crecer. Ahora dependemos de que seas tú quien nos conduzca hasta Liv. Sabemos que no podemos aguardar a un consejo y, créeme, si nuestros padres y los de Mira llegan antes, también tendrás que encararte con su ira. Y lo único que lograrán será retrasarlo todo.

—Pensé que a todos os encantaría algo así.

—Créeme, nos encantaría —respondió Jonas—. Pero Sander encontró cierta información sobre esto del vínculo de corazón. Parece que debió de ser intenso…, es decir, que de verdad te importa Liv, si logró hacerte sangrar de ese modo. Y luego, con la garantía de Alek…

—Que deberían haber creído desde el principio —interrumpió el aludido.

—Mira, llevo semanas esperando que Valen haga pedazos a este bastardo —dijo Jonas—. Y ahora me has arrebatado el único placer que tenía, así que deja de quejarte.

—Puedo mantener la ilusión unos momentos más para despistar a los Rave —gruñó Mira—. ¿Queréis quedaros aquí charlando como idiotas, o nos vamos ya?

Por primera vez, comprendí que aquella espesa neblina no era real. No había rastro de sal en la lengua. Era una ilusión. Los dedos de la princesa temblaban, y gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Conocéis vuestras posiciones? —preguntó Jonas.

Los tres herederos asintieron. Aleksi chocó el dorso de su mano contra mi pecho.

—Mantente en las sombras, Erik.

Se subieron las capuchas una vez más y rodearon la torre, avanzando hacia una pequeña plaza escondida en la parte trasera de la fortaleza.

Había establos con techos de paja, montones de heno e hileras de avena seca. Armerías repletas de hachas, espadas y escudos rodeaban la plaza, y cajas llenas de tubérculos y peras dulces yacían cubiertas con lienzos, listas para el mercado matutino.

Sombras de guardias corpulentos, armados con lanzas y hojas, se mecían a la luz de las antorchas sobre los muros de piedra.

—Rave —susurró Alek.

Nos ocultamos todos entre un corral de cabras y el establo, donde criaturas extrañas —como una versión más robusta de los horthane, con pezuñas y largas colas agitadas— resoplaban inquietas.

Presioné un puño contra el músculo agarrotado que se me encogía bajo la cadera, y mordí el interior de mi mejilla cuando sentí que el calambre podía partirme el hueso. Contuve el aliento mientras dos oficiales Rave pasaban a zancadas durante su ronda.

—Rápido —apremió Jonas, guiándonos hacia un edificio cuadrado con techo cubierto de césped y ventanas estrechas alineadas solo en la parte superior.

Me mantuve cerca de Aleksi. No pensé que pudiera tratarse de una trampa, ni intenté analizar por qué estos herederos, de pronto, estarían dispuestos a volverse contra los suyos —sus reyes y reinas — para ayudar a un enemigo. Sabía que Aleksi amaba a Livia, y empezaba a sospechar que los demás también.

No estaban aquí por mí; hacían esto por ella.

Jonas levantó un puño al llegar a la esquina del edificio.

—¿Quién está de guardia, Mir?

—Edda.

Jonas se quitó la capa y se la pasó a su hermano. Ajustó el cuello de su túnica oscura y, con ambas manos, despeinó su cabello castaño ondulado.

—Perfecto.

No hubo tiempo de preguntar qué pensaba hacer. Jonas salió de nuestro escondite tambaleándose lo justo para parecer alguien que había bebido demasiada cerveza fuerte.

—¿Edda? —llamó, con la voz arrastrada, cargada de un deseo extraño—. Por todos los dioses…, ¿cómo es posible que estés aún más hermosa con ese cuero puesto que sin él?

La respuesta de la mujer fue apenas un murmullo, pero su risita se escuchó con claridad, y el plan se volvió evidente.

Negué con la cabeza.

—No puede ser que esto funcione.

Aleksi sonrió.

—Es que no conoces a Jonas.

Durante lo que parecieron respiraciones eternas, esperamos. Por los dioses, yo habría podido envenenar a la guardia y estar en camino mucho antes que esto.

Una mano pesada golpeó la pared.

—Está listo. Pasos silenciosos —susurró Sander, saliendo de las sombras y acercándose a la puerta del edificio.

Lo seguí, agachado, pegado al suelo.

Al doblar la esquina, Jonas entró por fin en mi campo de visión. Por los dioses sangrantes…, tenía a la guardia acorralada contra el muro opuesto. La encerraba con su cuerpo, ella de espaldas a él, su largo cabello dorado enredado entre los dedos de él. La cabeza de la mujer cayó sobre su hombro, y sus jadeos se filtraron en la quietud de la noche mientras el príncipe recorría su piel con las manos y la boca.

Si no estuviera desesperado por abandonar estos reinos para encontrar a mi alondra, quizá me habría reído de la facilidad con la que el príncipe desvió la atención de la guardia.

El aire dentro de la nueva estructura olía a humedad rancia, moho y tierra empapada. Desde las sombras, una voz seca rompió el silencio.

—¿Erik?

La sangre se me heló.

—Tait.

Encadenado, sujeto como una bestia a un poste en lo que evidentemente era un cobertizo de almacenamiento, Tait levantó la cabeza. El príncipe Sander ya estaba arrodillado frente a mi primo.

—¿Qué está pasando? —gruñó Tait, mostrando los dientes.

—Vamos al mar, Caminacorazones —respondió Aleksi.

El príncipe Sander tenía unos dedos hábiles. Nada que hubiera esperado de él. Mientras que su hermano era dominante y brutal, Sander parecía callado, perdido en sus propios pensamientos. Claro que, a menudo, quienes pasan demasiado tiempo reflexionando son los más astutos.

Introdujo una ganzúa de hueso de ballena en el candado de los grilletes de Tait. No pasaron tres respiraciones antes de que se oyera un chasquido. Tait se libró de las cadenas a toda prisa y se incorporó, tropezando con una tabla levantada del suelo, directo contra la princesa Mira.

Ella lo apartó de un empujón.

—Cuidado con esas manos, elfos del mar.

Tait soltó un siseo suave antes de colocarse a mi lado.

—¿Estás herido?

—No.

—¿Y el vínculo?

Sentí la mandíbula tensarse.

—Perdido. Solo hay vacío.

Un destello de furia encendió los ojos color carmesí de Tait.

—Pagará por esto.

—Sí. Lo hará.

—Rápido —apremió Aleksi—. Mira, cúbrenos otra vez.

La princesa inhaló profundamente antes de que abandonáramos el refugio. Una niebla espesa nos envolvía, nada más que un presagio de tormenta llenando las grietas y pasadizos de la fortaleza de los elfos de la tierra. Sentí curiosidad por la magia élfica, pero relegué todas mis preguntas para Livia.

Pronto me lo explicaría todo, envuelta en mis brazos. Preferiblemente desnuda. En nuestra cama.

Fuera del cobertizo, Jonas había dejado a la guardia sin aliento, jadeando su nombre, las manos de él dentro de los pantalones de

cuero de ella. Nosotros aguardábamos agazapados tras los muros, a la espera de que su voz grave emitiera una breve despedida y la risa aguda de la mujer la siguiera.

Regresó con nosotros con el cabello revuelto y el *kohl* corrido por el rostro.

—¿Y bien? —Recibió la capa que su hermano le tendió y dirigió una mirada a Tait—. Ah, parece que ha funcionado.

Mira estudió el rostro de Tait con tal intensidad que él acabó por apartarse.

—¿Qué pasa, mujer?

—Quédate quieto —ordenó ella con impaciencia—. Estoy recreando tus facciones. Edda vendrá dentro de unos instantes para comprobar que sigues encadenado, y más te vale estarlo el tiempo suficiente para darnos ventaja.

—Mira tiene un talento excepcional para reproducir el aspecto de alguien —explicó Aleksi—. Pero todo resulta más sencillo y convincente si memoriza tu rostro antes.

Más retrasos. Cerré los ojos y contuve la ansiedad que me devoraba, ese impulso feroz de avanzar, de salir por fin de estas murallas.

Al cabo de un momento, la princesa asintió a Aleksi.

—Debería aguantar hasta que hayamos partido.

—Maravilloso —dijo Jonas—. ¿Nadie va a elogiar mi talento?

—No —replicó Sander—. No ha habido nada extraordinario en tus payasadas de siempre.

—Mi propio hermano. —Jonas chasqueó la lengua—. La próxima vez te tocará seducir a ti, Sander. Podrás dormirlos contándoles tu última lectura apasionante.

Aceleramos el paso hacia las puertas exteriores. Ignoré el dolor que me recorría los huesos y me agaché cuando los herederos ordenaron hacerlo, corrí cuando ordenaron correr… hasta que alcanzamos el mismo acantilado por el que me había precipitado con Livia.

Por los dioses, parecía que hubiera sido hace una vida.

—Le advertí a la reina Elise que el Abismo probablemente la mataría. —Señalé a los príncipes gemelos—. Y vosotros, siendo

mortales, deberíais quedaros atrás.

Los ojos de Jonas se oscurecieron, como si la noche devorara el verde y no dejara rastro alguno.

—Perdona, ¿el Cantasangre acaba de llamarme mortal? ¿Es que no ha visto nuestros ojos? —Se volvió hacia Sander—. ¿No está funcionando?

—No sois elfos. —Sus orejas tenían la forma redondeada y roma, al igual que las de la reina del pueblo de la Noche.

—Ah, claro —bufó Jonas—. Como nuestras orejas no llaman la atención, ¿ya nos das por mortales? —Alzó ambas manos frente a sus ojos oscurecidos por el *kohl—.* Dime, rey eterno, ¿te parece que no tengo magia en la sangre?

—Se llaman alvers —aclaró Aleksi—. Son parientes de los elfos, y son muy sensibles con respecto a sus orejas, por si no lo habías notado.

Les hice un gesto para que se apartaran.

—De acuerdo. Si decidís seguirme, vuestras vidas quedan en vuestras propias manos. No pienso perder tiempo protegiendo cuellos reales en el Eterno.

—Sabemos perfectamente a lo que nos enfrentamos, maldito necio —replicó Mira, cruzándose de brazos con el ceño hundido—. Alek nos explicó bastante, pero todos recordamos el poder de los elfos del mar cuando atacaron. Cuando tú atacaste.

Enseñé los dientes y me asomé por el borde del acantilado. Las trompas estallaron desde la fortaleza.

—Se terminó el tiempo —advirtió Aleksi—. Nos han descubierto. O partimos ahora o acabaremos todos en las mazmorras.

—Tras de mí. —No desperdicié un solo aliento más; me dejé caer hacia atrás desde el saliente. Con los ojos cerrados y los brazos abiertos, invoqué al mar.

Las aguas frías recibieron mi caída, y entre las sombras de las corrientes oscuras, velas carmesíes emergieron desde el fondo del océano para llevarnos a casa.

Capítulo 10

La serpiente

Una vez estuvimos bajo cubierta y el agua se retiró, descendimos junto con la plataforma hasta las tablas del suelo y avancé con dificultad hacia el timón. Aleksi y los demás se mantuvieron cerca.

—Este monstruo tiene varios niveles —murmuró Jonas—. Y es más largo de lo que imaginaba, pero ¿por qué nuestros barcos no pudieron cruzar el Abismo?

—Jo —rio Sander—, compara este navío con nuestros *drakkars.* Varios mástiles y niveles…

—Cubiertas —lo corrigió Aleksi—. He aprendido que las llaman «cubiertas».

Jonas apenas parecía escucharlos. Se detuvo en lo alto de la escotilla y pasó una mano por la baranda.

—¿Esto es… hueso?

—Sí —gruñí—. Manteneos cerca hasta que encontremos vuestros puestos.

—¿A qué se refiere con «puestos»? —susurró Mira a Aleksi.

—En un barco, todo el mundo tiene el suyo.

—Eres un elfo del mar hecho y derecho, Invocasangre —comentó Tait; le dio un leve codazo a Alek y fingió no ver la mirada afilada de la princesa cuando él se acercó más de la cuenta.

—¡El rey está a bordo! —tronó la voz de un tripulante en cuanto puse un pie en la cubierta principal.

La tripulación del Eterno se movía de un lado a otro; algunos se detuvieron solo para inclinar la barbilla cuando pasé cojeando rumbo al timón.

Hasta que todos nos quedamos paralizados por una voz aguda y amarga.

—Caminacorazones. Invocasangre. Malditos desgraciados.

Celine Cantamareas bloqueaba los escalones que subían hacia el timón; se alzaba como una barrera furiosa entre nosotros.

Sus ojos ardían con una rabia surcada de miedo.

—Ni una señal, ni una certeza para quienes dejasteis atrás. ¿Qué se supone que debo pensar sobre mi rey mientras esperamos aquí? ¿Y ahora aparecéis, sonriendo como si debiéramos recibiros con vítores?

Celine bajó los escalones con fuertes pisadas. Bajo el pañuelo azul que mantenía su cabello lejos de la frente, los mechones plateados captaron la luz cuando los echó hacia atrás. Sus dedos juguetearon con la punta de su única oreja bien formada, un tic que siempre le daba cuando deseaba arrancar ojos.

No me dedicó ni una mirada; me apartó como si fuese un espectro a bordo, golpeó a Aleksi en el hombro y trató de abofetear a Tait, pero él la esquivó.

—Maldita sea, Cantamareas, basta —bufó Tait—. ¿Creíste que estábamos por ahí descansando? Me tuvieron encadenado.

—Pues ya te encadenaré yo con más fuerza. Y tú, Invocasangre… —Celine metió la mano en el bolsillo de su túnica y lanzó una moneda de plata a Alek—. Aquí me tenías, imaginando todas las formas en que nos habías traicionado.

—¿En tan baja consideración me tienes? ¿Incluso después de todo lo que vivimos en el Eterno?

—¡Sí! He estado pensando cosas bastante horribles sobre ti.

Los ojos llameantes de Celine se apartaron de Alek y se fijaron en mí. Apretó los labios, arrugó la nariz.

—Es bueno verte con vida, rey Erik.

Incliné la barbilla.

—Cantamareas. ¿Ya has terminado de hablar?

—¿Estás… te hicieron daño?

—No.

—La lengua te sabe a mentiras, anguila —intervino Sewell. Rodeó a Portatormentas junto al mástil y acortó la distancia entre nosotros para examinar los nuevos arañazos y cortes en mis labios y cejas—. ¿El mordisco de un lobo?

—Unos cuantos mordiscos menores —respondí, y extendí un brazo hacia los nuevos miembros de la realeza a bordo—. Pero creo que estamos llegando a una tregua… tentativa.

Sewell dejó escapar un leve gruñido.

—Más zorros astutos.

—¿Elfos de la tierra? —preguntó Celine, mordiéndose el labio inferior.

—Elfos reales de la tierra —repliqué, dándome la vuelta.

—¿Confías en ellos, Alek? —susurró Mira a la vez que se aferraba al brazo del príncipe.

—Les confío mi vida, Mir.

Qué visión más extraña: marineros del Eterno marchando junto a la realeza de los elfos de la tierra. Aparté ese pensamiento y me aferré a la paz tibia que habíamos logrado. Livia la necesitaría.

—Preparaos para la inmersión —grité—. Llevadnos al viento.

Sin la menor vacilación, el barco estalló en movimiento. Los hombres lanzaron una cadena de órdenes por la cubierta. Las velas restallaron y cayeron hasta quedar extendidas. Amarraron los cabos y sellaron las escotillas.

Celine, al fin, permitió que nos reuniéramos en el timón. Cerré la mano alrededor de la madera y sentí el temblor de poder que corría a través del vínculo con mi navío.

—Agarraos bien —advertí—. Esta parte no os va a gustar.

Con un leve gesto, una ráfaga de viento azotó las velas y las hizo hincharse como grandes nubes manchadas de sangre.

El mar lamió el casco como si cada corriente fuese un carrete dispuesto a arrastrarnos hacia las profundidades. Inspiré una larga bocanada de sal, brea y hogar, y luego miré hacia la cubierta principal.

—¡Izad el estandarte! —ordené.

Mis hombres se dispersaron para obedecer; algunos soltaron gruñidos mientras tiraban de los cabos, hasta que el estandarte —dos hojas cruzadas tras un cráneo de serpiente— terminó por desplegarse y restalló en el viento creciente.

—¡Listos para nadar, muchachos! —vociferó un hombre encorvado con agujeros en las puntas de las orejas tras demasiadas peleas contra dientes mellados.

La tripulación respondió con un clamor ronco de aprobación, y cada uno corrió a ocupar su puesto sobre la cubierta.

Apreté el timón mientras un estremecimiento violento recorría la nave de proa a popa como una ola del mar.

«Ya vamos, mi alondra».

El mar, en oleadas brutales de agua y espuma, castigó el casco y hundió la proa. Con cada palmo de cubierta que se tragaba la marea, llegaban las voces espectrales de la tripulación:

«No es un hombre; trabajo y podredumbre.

Hasta que todo acaba no dormimos.

La tumba de un marino, nuestro único deseo…

El mar helado me tragó por completo cuando entonaron el verso final:

«Oh, la tripulación del rey eterno».



El agua estalló en un torrente espumoso cuando las fauces de la serpiente marina del bauprés partieron la superficie en dos. Un sol pálido se filtró sobre la oscura madera de la cubierta, bañando la nave en una luz tibia cuando esta se alzó hacia el cielo en largas, tensas sacudidas. Un latido después, la quilla se estrelló de nuevo contra la superficie, haciendo que el barco se bamboleara en violentas sacudidas antes de estabilizarse.

Inspiré hondo por la nariz. El Eterno.

Las olas zarandeaban la nave de un lado a otro, las velas restallaban, y la tripulación abajo gritaba órdenes para ajustar los cabos y asegurar cajas y barriles.

Desde detrás del timón llegaban arcadas profundas: alguien vomitaba por la borda, y los peces plateados de fauces chasqueantes se arremolinaban debajo.

Tait terminó de lamer el borde de su cigarrillo de papel.

—Has aguantado bien, príncipe.

Como respuesta, Sander volvió a vomitar. Jonas le dio unas palmadas en la espalda a modo de apoyo, aunque él mismo tenía el rostro un poco amoratado.

Los príncipes gemelos no eran los únicos elfos de tierra incómodos.

En la cubierta principal, Sewell seguía gritándoles a Aleksi y Mira:

—¡Al mar con eso!

Y Celine lo traducía con ferocidad:

—Si vomitáis en la cubierta, la fregáis vosotros, inútiles.

Habíamos viajado bajo las mareas hasta el límite de lo que los príncipes podían aguantar. Estábamos lo bastante cerca de mi destino: a través de la bruma del horizonte distinguía los acantilados gigantes con las cataratas interminables de la Casa de los Huesos.

—Cantamareas, envía un mensaje al señor Rompehuesos. Dile que el rey exige una reunión.

Los ojos de Celine se abrieron de par en par, pero inclinó la cabeza. No sabía si Gavyn permanecía en sus tierras o si seguía perdido en el Eterno, buscando a Livia. Era el único en el reino que conocía nuestra situación.

Necesitaba algo: una dirección, un plan, una esperanza.

La tripulación del Eterno entendía que nos habían traicionado. Sabía que se habían llevado a mi reina, pero no sabía nada de la participación de Gavyn. Para ellos, aquello sería una reunión privada entre un señor de casa y su rey, nada más que nueva cerveza, nuevas mujeres, un nuevo respiro.

Con los ojos cerrados, intenté calmar la mente, intenté alcanzarla, desesperado por oír el tono apacible de su voz. Nunca llegó.

—¿Vamos… vamos a sumergirnos otra vez? —preguntó Sander, algo jadeante.

—No. Vamos allí. —Señalé hacia los acantilados—. Id acostumbrándoos al mar mientras tanto. Apenas podéis manteneros en pie.

Sander me fulminó con la mirada, pero una sonrisa asomó en la comisura de su boca cuando Tait le dio un empujón en el brazo y le tendió un pedazo de bizcocho duro.

—Come. Ayuda.

Sander tomó el dulce y lo partió en dos.

—¿Y tú qué sabrás, elfo del mar?

Tait se encogió de hombros.

—Es lo que me dijo nuestra reina una vez.

La mención de Livia fue un mordisco brutal en el pecho. Cuanto más tiempo pasábamos separados, más se convertía su nombre en una hoja que se retorcía, hundiéndose más y más en mí.

—Cantasangre, tengo preguntas —dijo Jonas, colocándose junto al timón—. ¿Por qué, me pregunto, no estoy completamente empapado, cuando hace un instante el mar parecía querer abrirse paso hasta mi cerebro?

—No nos serviría de mucho andar siempre mojados —respondí—. Hay hechizos entrelazados en cada veta de la madera, en cada hilo de las velas y en cada hueso de este barco, para cuando salimos a la superficie y volvemos a sumergirnos una y otra vez.

Jonas examinó su túnica húmeda, un tanto desconcertado.

—Sander, sin duda, te dirá que eso es fascinante y querrá estudiarlo, pero yo no voy a darte ese gusto. A mí me parece solo medianamente interesante.

Aquel hombre me había derrotado y, sin duda, habría disfrutado matándome, pero en ese momento entendí por qué Livia apreciaba su compañía. Era… tolerable.

—¿De verdad es tu reina? —preguntó Jonas, con la voz más baja que antes. La ligereza se borró de su rostro, sustituida por un ceño inquieto—. ¿Tomasteis votos? Que sepas que todas las reinas de casa estarán bastante contrariadas si lo hicisteis. Sobre todo mi madre, que ni siquiera tiene hijas a las que preparar para una ceremonia de votos.

Apreté con más fuerza los mangos.

—Los reyes no toman votos en el Eterno, nunca lo han hecho. Mi palabra la convirtió en reina…, pero ella es más.

—¿Más qué, Cantasangre? Quiero entenderte. ¿Cómo es que vienes a nuestras tierras, nos atacas, te la llevas, y luego regresas con la misma furia, el mismo fuego, pero ahora todo gira únicamente en torno a Livia?

—¿Recuerdas la guerra, príncipe? ¿Lo que vino después?

—Jamás lo olvidaré. Te recuerdo a ti. —Asintió hacia Tait—. Incluso recuerdo a tu primo. Dos chicos, que se parecían tanto a mí, fueron todo lo que quedó de aquel gran ejército de elfos del mar.

—Tampoco yo lo olvidaré jamás —respondí con la voz áspera—. Nunca olvidaré cómo una elfa de tierra, la hija del asesino de mi padre, venía cada noche a mi celda e intentaba hacerse mi amiga.

—¿De qué estás hablando?

Solté una risa seca.

—¿Crees que vuestro pequeño festival fue la primera noche en que nos vimos? ¿Crees que fue casualidad que eligiera a la hija del elfo de tierra?

Metí la mano en la túnica y sujeté entre los dedos un pequeño colgante, una golondrina de plata.

—Piensa otra vez, príncipe.

Los ojos de Jonas se oscurecieron.

—He visto eso. Después de la batalla, hicimos tótems y Livia compró ese colgante e hizo… —Alzó la mirada—. Pero tenía pesadillas contigo. Creí que te temía.

—Quizá lo hacía, en cierto modo. La noche en que me dio esto, juré que volvería. En aquel entonces pensaba que sería para matar al maestro de tierra…, pero todo cambió.

—Nunca dijo que sus preocupaciones se debían a que te conocía, maldita sea.

—Ahora lo sabes. —Hice una pausa de varias respiraciones—. Mi corazón ha sido suyo desde hace ciclos, no semanas. Está ligado a ella desde la guerra. A eso me refiero cuando digo que es más que mi reina. Es cada uno de mis pensamientos, cada una de mis respiraciones, príncipe.

Jonas echó la cabeza hacia atrás, mirando el azul claro del cielo. Se le tensaron los músculos de la mandíbula. No supe si estaba furioso o simplemente desconcertado. Al cabo de un momento, carraspeó, asintiendo.

—Bien… ¿a dónde vamos y cómo nos ayudará a encontrar a Liv?

Alcé una ceja, tenso y listo para pelear con más veneno aún por mi vínculo.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres que diga? —Jonas ladeó la cabeza—. Livie es como una hermana para mí, y lo único que he querido para ella es un hombre que siempre pelee por ella, que siempre la ame. No

esperaba que fueras tú, claro, pero aquí estamos. Espero poder pudrir a unos cuantos de esos bastardos que os traicionaron. Puedo hacerlo, ¿sabes? Pudrirles el cerebro a base de pesadillas.

—¿Qué? —interrumpió Celine—. ¿Qué acabas de decir?

Jonas le dedicó una sonrisa blanca.

—Así es, preciosa. Las pesadillas pueden resultar bastante corrosivas.

—Cantamareas —dije—. Familiarízate con más elfos de tierra…

—No soy un elfo —corrigió Jonas, sonriendo a Celine—. Alver. Mucho mejor que un elfo común.

Resultaba entretenido ver a un príncipe de lengua de plata intentando cortejar a Celine Cantamareas, una mujer que había crecido entre los hombres más hoscos, y cuyos primeros intentos de abrazar su feminidad junto a su brutalidad vinieron de Livia.

Ella no era una mujer que reconociera los intentos de seducción de un príncipe.

—El príncipe Jonas —continué, señalando a cada miembro real— y su hermano Sander. La princesa Mira está abajo, con Invocasangre.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Jonas, con una sonrisa ladeada mientras se volvía hacia Celine—. Me encantaría saber cómo llamarte si alguna vez estamos solos.

—Claro —respondió ella—. Me encanta cuando los hombres gritan mi nombre mientras los destripo.

Sander soltó una carcajada y empujó el hombro de su hermano.

—Erik, no he recibido nada de Gavyn. —La voz de Celine estaba cargada de pesares callados—. Pero las puertas de la casa del señor se están abriendo para nosotros.

Quizá Gavyn no podía responder. O quizá había dejado órdenes de dar la bienvenida a la *Nave Eterna.* Envié a Celine con instrucciones para que la nave se preparara para soltar el ancla y dirigirse a la orilla.

Mira y Sander intentaron unirse, intrigados por cómo trabajaba la tripulación con la multitud de cabos, velas y tareas necesarias para asegurar un barco tan grande. La princesa ya parecía a gusto cerca de Sewell y Devoracráneos, explicándoles cómo las naves largas de

los elfos de tierra surcaban los ríos y usaban numerosos remos tanto en agua dulce como en mar abierto.

La Casa de los Huesos siempre estaba envuelta en nieblas espesas, nacidas de las interminables cataratas plateadas que empapaban los acantilados y las crestas alrededor del valle principal. Menos bosques, pantanos y árboles que la Casa de las Brumas, pero igual de húmeda, con marismas y numerosos arroyos.

Las tierras de Gavyn eran llanas, de suelo arenoso, poco aptas para los cultivos abundantes de la Casa de las Espadas y la Casa de las Mareas, pero su gente era experta en extraer minerales, piedra y las gemas preciadas que formaban nuestra moneda. De los tallos grasientos de la hierba que crecía en sus praderas, confeccionaban pergamino y papel delgado. Y el cuero para sombreros, cinturones y botas provenía de las enormes manadas de kossa, criaturas cornudas muy parecidas a los cerdos cebados de los elfos de tierra.

La Casa de los Huesos alardeaba con voces crueles de tener un nombre temible, pero su gente era trabajadora y disponía de habilidades fomentadas por su señor. Gavyn era inquieto y curioso, y animaba a su pueblo a ser mejor, a pensar por sí mismo. A pesar de su juventud, era un líder habilidoso.

Sewell mantuvo la cabeza gacha, el ala de su sombrero de cuero echada hacia abajo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había puesto pie en su propia casa? Se refugió en la ciudad real cuando atracamos, y Gavyn siempre iba allí a verlo.

—¿Todo bien, Cantamareas? —susurré.

—Sí, mi rey —dijo, sin que flaqueara la estricta atención que le dedicaba a los altos tejados de gabletes de la casa del señor, más allá de las puertas de madera.

No la reconocerían. Celine era demasiado joven cuando su madre fue ejecutada y Sewell despojado de poder. Siendo sincero, no me importaba si la reconocían. Quería que estuvieran a salvo, no hay duda; conozco a unos cuantos desgraciados en el Eterno que tacharían a Sewell de traidor simplemente porque Thorvald dijo que lo era, pero me he cansado de ser fiel a tales ideales.

Ya habíamos desafiado a la sociedad del Eterno al nombrar a una reina. Quizá era hora de hacer lo mismo por el traidor más leal de

este barco.

El personal de la casa de Gavyn estaba dispuesto en la orilla, y las puertas de madera estaban ya abiertas, dando paso a los jardines. La mansión estaba hecha de delicada madreperla, y conchas trituradas desprendían destellos desde los listones del tejado. Las ventanas altas dejaban entrar demasiada luz, y por toda la casa había fuentes y piedras moteadas procedentes de todos los rincones del Eterno.

Al ver la *Nave Eterna,* al verme a mí, el personal de Gavyn encargado de los exteriores cayó de rodillas, con el mentón inclinado. Nos siguieron susurros por los amplios escalones de piedra, algunos murmurando que ciertos miembros de nuestra comitiva no se parecían en absoluto a elfos del mar.

En cuanto alcanzamos el descansillo exterior, dos pesadas puertas de madera negra gimieron bajo su propio peso y se abrieron.

Extendí un brazo, deteniendo a los que venían detrás. Desde el vestíbulo oscuro de la mansión de Gavyn surgió un hombre vestido con una fina capa azul y pantalones oscuros.

Abrí los ojos, sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

El hombre hizo una reverencia hasta la cintura, de modo que su cabello blanco como escarcha cayó sobre sus rasgos afilados. Sus ojos inquietaban a muchos, pero yo siempre los había encontrado más bien fascinantes: un gris que evocaba una tormenta sobre el mar, tan intenso y tan hondo que parecía arremolinarse alrededor de sus pupilas.

—Rey Erik, bienvenido.

—¿Dónde está el señor Rompehuesos, Torbellino? —Algo no iba bien.

Torbellino se irguió y avanzó unos pasos.

—No está aquí, mi rey. La Casa de las Brumas ha tomado la Casa de los Huesos.

Capítulo 11

La serpiente

—No hace falta recurrir a las armas. —Torbellino alzó una mano cuando Celine desenvainó un puñal—. ¿Acaso no perseguimos todos lo mismo?

—Dímelo tú, Torbellino —respondí—. ¿Por qué la casa de la señora Narza ha tomado otra?

Un calor rabioso se me anudó en el pecho. Si mi propia abuela me había traicionado en mi ausencia, cumpliría mi promesa: haría arder el Eterno hasta los cimientos, para luego empezar de nuevo con otra gente, otros lores, otras leyes.

—Nos unimos al señor de los huesos en un consejo.

—¿Y dónde está el señor Gavyn?

Torbellino se movió con inquietud.

—Desaparecido. Lo explicaré dentro.

Celine estalló. Su voz tembló:

—¿Y cómo sabemos que dices la verdad? ¿Cómo sabemos que no has hecho daño al señor de esta casa?

—No lo he hecho, jovencita —respondió Torbellino, con una compasión que se arremolinó aún más en sus ojos.

Le tendí una mano a Celine, instándola a retroceder.

—¿Dónde está Narza? Quiero hablar con ella.

—La dama de las brujas tampoco está aquí. —Torbellino dio un paso más—. Tras una reunión curiosa con el señor de los huesos, él le dijo adónde habías ido. Ella me dejó en su lugar y se lanzó a los vientos en tu busca.

—¿Sin luz en las brumas? —murmuró Sewell, y su voz dejó entrever la tensión.

—Mi hombre tiene razón —dije—. Si tú estás aquí, si Narza se ha marchado, ¿quién guía la Casa de las Brumas?

—Por ahora, está en manos de consejeros de confianza. Volveré ahora que tú has regresado. Mi hijo recibió órdenes de la dama de

las brujas: si regresabas antes que ella, debía unirse a tu búsqueda con una de nuestras naves y una pequeña tripulación, mi rey.

La puerta principal se abrió, y un hombre alto, vestido con una túnica color verde bruma, entró en la estancia. Su cabello cobrizo estaba recogido en la nuca y cuidadosamente apartado detrás de sus orejas puntiagudas. Tenía el aire de un navegante aficionado que surca mareas tranquilas en las calas, sin enfrentarse jamás al mar abierto con viento y tormentas.

Quizá Tavish Rompehechizos prefería que la gente lo subestimara.

No conocía el carácter del hombre, pero sí sabía que era un hechicero formidable. Uno de los pocos cuya voz podía detectar las grietas en una maldición de bruja. Pocos hechizos podían resistirse a Tavish si él deseaba deshilarlos.

Tavish inclinó ligeramente la cabeza, con una media sonrisa astuta bajo la barba incipiente.

—Mi rey.

El hombre me llevaba poco más de diez ciclos y era muy valorado en la Casa de las Brumas.

—Te ayudará si lo necesitas, rey Erik —insistió Torbellino.

Había respeto en su tono, una suavidad que me hizo arder la piel con inquietud. Claro que siempre había estado intranquilo en presencia de aquel hombre. Torbellino era la mano derecha de la señora Narza, uno de los pocos a quienes ella permitía entrar en su círculo más íntimo.

Nadie sabía realmente quién era la pareja de Narza; solo rumores y sospechas. Nunca me dijeron nada sobre el padre de mi madre, pero a lo largo de los ciclos me había preguntado más de una vez si, cada vez que miraba a Torbellino, estaba mirando a mi abuelo.

Torbellino se apartó hacia un lado, invitándonos a entrar en el gran salón de la mansión.

—Venid. Os explicaré lo que sé.

Envié a Portatormentas a avisar a la tripulación del Eterno de que podían recorrer los mercados interiores de la plaza: comer, reabastecerse, descansar, buscar compañía…, lo que quisieran mientras esperaban. Los miembros de la realeza, Tait, Celine y Sewell permanecieron a mi lado.

Sin decir palabra, empujé a Torbellino a un lado y pasé de largo, ignorando a Tavish y a las pocas brujas y elfos del mar de la Casa de las Brumas que aguardaban en el pasillo. Sus túnicas de seda y su cabello coral rosado y azul plateado desentonaban entre los colores apagados y las expresiones sobrias de los sirvientes de la Casa de los Huesos.

Torbellino nos condujo a un amplio salón con un escritorio pulido, cubierto de pergaminos ordenados y plumas de espina de pez. Sofás de satén de algas estaban dispuestos sobre alfombras tejidas, y sobre nuestras cabezas colgaba una lámpara de cristal con velas de cera perfumada, que envolvían la estancia en el aroma constante de la bruma marina matinal: limpio y fresco.

Sirvientes dóciles entraron y dejaron bandejas de plata con bizcochos esponjosos, vino dulce y un pescado asado envuelto en hierbas aromáticas.

Alek fue el primero en lanzarse a por un puñado de comida, seguido de cerca por Jonas. Mira puso los ojos en blanco y protestó por sus modales lobunos, pero, aun así, tomó, con disimulo, un puñado de pasteles antes de retirarse a un rincón junto a Celine y Tait.

Cerca de las dos mujeres, tres hombres recogían bandejas vacías, listos para marcharse, hasta que uno de ellos se detuvo al ver a la princesa. Una mano fue al bolsillo de sus pantalones de lana. Le di la espalda hasta que un punteo de cuerdas se transformó en una melodía delicada, dulce, de esas que se escuchan en una mañana luminosa.

No pensé que fuera nada… hasta que la voz de Jonas cortó la música de golpe.

—Santos infiernos, Mira. ¿Qué estás haciendo?

Los ojos de la princesa estaban vidriosos. Con la punta del dedo trazaba el borde puntiagudo de la oreja de Tait. Mi primo estaba pálido como un cielo de invierno. Soltó un siseo cuando ella deslizó la palma por su pecho.

—No eres tan terrible, ¿verdad, elfo del mar? —Santos infiernos, intentó morderle la oreja.

Tait parecía listo para cortarse el cuello él mismo.

—¡Filib, cesa tu canción! —La voz atronadora de Torbellino hizo vibrar la lámpara del techo.

Dioses sangrantes, estos malditos cantores del mar.

Apenas perceptibles para los elfos del mar, las canciones del Eterno eran como un rascado persistente en la parte de atrás de nuestras cabezas. Los cantores no podían controlar ni siquiera a los elfos de tierra que preferían a las mujeres, pero pon a esos hombres o mujeres ante una sirena y se doblegarán igual que la princesa.

El cantor del mar cayó de rodillas.

—Perdón… —sollozó—. Es solo que… han pasado muchos ciclos desde la última vez que alguien apreció mi melodía.

Crucé la estancia y agarré al cantor por su espesa melena dorada.

—Los elfos de tierra están bajo mi protección. Si vuelves a tocar para ella, será tu última canción.

—Sí, Alteza.

En cuanto solté su cabello, el cantor salió disparado de la habitación. El trance de Mira se estaba disipando, pero, aun así, Celine tuvo que quitársela de encima a Tait.

La princesa entornó los ojos.

—¿Qué pasa, elfo del mar? ¿Soy demasiado para ti? Te salvé la vida.

—Y ahora yo te salvo a ti. Estamos en paz, mujer. —Tait apretó los puños a ambos lados, como si luchara por mantener las distancias él mismo.

—Siempre bromeamos con los cantores del mar —dijo Jonas—, pero jamás pensé que fueran tan poderosos.

—No los subestimes. —A este paso, tendría que reclamar a cada maldito miembro de la realeza igual que reclamé a Livia solo para mantener sus mentes a salvo de las canciones del mar.

—A Livia también le pasó —añadió Celine, sonriendo cuando el trance de Mira se disipó por completo, dejándola con el rostro encendido y enterrado entre las manos—. Sacan a la superficie el deseo. Ella no podía mantener las manos lejos del rey.

—No le deseo —protestó Mira, fulminando a Tait con la mirada mientras él iba a colocarse junto a Aleksi.

Celine le guiñó un ojo y se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, elfa de tierra.

—Basta. Dime lo que sabes, Torbellino. —Tomé asiento en una amplia butaca frente al escritorio de Gavyn.

Torbellino se sentó en el borde del escritorio, con los brazos cruzados sobre su jubón azul. Un hechicero de enorme poder por derecho propio, pero en ese momento parecía más un rey que yo.

—¿Estás bien, mi rey?

—No estamos aquí por eso.

—Perdón, pero fuisteis a los elfos de tierra y nos preocupamos…, la dama de las brujas estaba inquieta.

—Oh, el rey del pueblo de la Noche todavía quiere su cabeza —intervino Jonas, engullendo otro pedazo de pescado y hablando con la boca llena—. Lo sacamos de allí.

Tavish ocupó una silla junto a la ventana central. Cruzó un tobillo sobre la rodilla y sonrió.

—¿Los elfos de tierra traicionaron a los suyos?

—Tenemos motivaciones parecidas —dije, entornando los ojos—. No he venido a contaros una historia. Torbellino, dime por qué el señor de los huesos no está aquí.

—Fuimos convocados. El señor Gavyn estaba buscando, pero no había logrado encontrar ni un rastro de la reina desaparecida. Pensó que quizá habría un hechizo, o algo que pudiéramos usar. Cuando la señora Narza oyó a dónde habías ido tú, dejó al señor de los huesos a mi cargo y zarpó.

—¿Narza cruzó el Abismo?

—Ayer al anochecer. —Torbellino se pasó una mano por la barba plateada, con la preocupación tallada en los surcos de su rostro—. Navegó bajo la superficie, muy deprisa. Seguro que ya ha llegado.

Me giré bruscamente hacia Tait.

—La hemos dejado en una posición peligrosa.

—Narza no es fácil de doblegar —murmuró Tavish, pero miraba por la ventana, perdido en sus propios pensamientos.

—¿Dónde ha ido Gavyn?

—Antes siquiera de encontrar un hechizo adecuado para ayudarle, algo… se lo llevó. No sé cómo explicarlo —dijo Torbellino—.

Estábamos en la orilla. Me dijo que planeaba ir a la Torre, vigilar a los comerciantes y ver si había rumores.

—Una idea sensata —dijo Sewell.

Y lo era. La Torre siempre bullía de marineros. Si había noticias de Livia, aparecerían allí.

—¿Qué es lo difícil de explicar? —pregunté.

—Estaba preparándose para partir, a su manera. —Torbellino vaciló, visiblemente incómodo al hablar de la habilidad de Gavyn.

—¿Lo sabías?

Sewell dejó escapar un gemido —una respiración temblorosa entre dientes— y miró fijamente el escritorio vacío de su señor.

—¿Que es un buscador? Sí. Su don está a salvo con nosotros —aseguró Torbellino—. Es un buen líder. Odiaría perjudicar eso. Como decía: se encaminaba al mar cuando… la oscuridad lo cubrió. Lo tomó.

Celine gimió.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Tenía poder —dijo Tavish, en un tono áspero y sombrío—. Fue una fuerza. No sé qué era, e intenté deshacerla, pero desapareció demasiado rápido. Igual que el señor de los huesos.

Gavyn había sido tomado por un maldito hechizo. No podía ser real. Me levanté y empecé a caminar detrás del escritorio.

—Larsson sabe lo que puede hacer —susurró Celine, admitiendo lo que todos temíamos.

—Mierda. —Golpeé la pata del escritorio de Gavyn. Aleksi, mientras tanto, explicaba entre murmullos a los otros miembros de la realeza el papel y la habilidad de Gavyn. Exhalé un suspiro áspero —. Bien. Ahora buscamos a Livia y a Gavyn.

—¿Cuánto hace que se fue? —Las palabras de Sewell eran claras, pero el tono de su voz denotaba que estaba roto por dentro.

Torbellino suspiró.

—Dos noches.

Maldita sea.

Aleksi empezó a pasear con el pulgar sobre la empuñadura de su espada con forma de cuervo. Jonas ladeó la cabeza, escuchando algo que Sander le susurró al oído. Mira rodeaba los hombros de

Celine como si fueran antiguas compañeras, como si la princesa ya supiera del vínculo de Celine con esta casa y con el señor desaparecido.

—Vamos a la Torre —dije—. La idea de Gavyn era buena. Si hay rumores sobre reinas o lores desaparecidos, los encontraremos allí. —Di media vuelta y avancé hacia la puerta con paso firme—. Mi agradecimiento, Torbellino.

—Espera. —Torbellino tiró de una correa de cuero que llevaba al cuello. Al final de esta colgaba un fragmento de plata marcado con una runa de conocimiento—. Toma esto.

—¿Qué es?

—Lo que desearía que tuvieran la reina o el señor de los huesos. Nos permitirá encontrarte si lo necesitamos, si oímos algo… o si tu tripulación se mete en problemas.

Incliné la cabeza y me colgué el cuero al cuello. El fragmento de plata chocó con la golondrina que colgaba sobre mi pecho.

—Y Tavish os acompañará.

—¿Cedes a tu hijo para ayudarme, Torbellino? —Mi voz iba cargada de sospecha.

El hombre no apartó la mirada.

—Insiste por su propia voluntad, rey Erik.

—Curioso, cuando habéis tenido tan poco que ver con la Casa de los Reyes, ¿no te parece?

A Torbellino se le movió una comisura del labio.

—Siempre hemos apoyado a la Casa de los Reyes, desde que un rey niño tomó el trono. Siempre lo haremos, Erik.

Durante un instante estudié al hombre; había palabras no dichas y sospechas vivas entre nosotros, tan densas que casi podían paladearse. No apoyaban a la Casa de los Reyes de Thorvald, sino a la de su hijo.

Porque Thorvald no era suyo…, pero yo sí. Y no había tiempo para pensar en ello ahora.

—No espero a nadie —dije por encima del hombro—. Si deseas zarpar, Tavish, reúne a tu tripulación y seguid nuestro viento.

Tavish emitió un murmullo de asentimiento.

—A sus órdenes, rey Erik.

Capítulo 12

La alondra

Parpadeé.

—¿Ga… Gavyn?

Pálido y casi diáfano, como si la carne aún no hubiera vuelto a asentarse sobre sus huesos, Gavyn el Buscador llenaba el marco de la puerta. Se movió con rapidez y cayó de rodillas a mi lado.

Su boca se torció en un gruñido al recorrer con la mirada las marcas de mi rostro, de mis brazos.

—Dioses, lo mataré antes de que el rey tenga oportunidad.

Le rodeé la muñeca con la mano.

—¿Está aquí?

Gavyn negó con la cabeza.

—No. Fui a buscarte mientras el rey viajaba a los reinos de tierra.

—¿Fue… a mi gente? —Dioses sangrantes.

—No sé qué está ocurriendo al otro lado del Abismo —admitió Gavyn—. Pero he estado en contacto con la Casa de las Brumas. La propia dama de las brujas fue a ayudar al rey.

La esperanza me subió por el pecho. Hesh se había alzado contra Erik. Joron, de la Casa de las Mareas, era una incógnita, pero si tenía a Gavyn y a Narza, Erik estaría equilibrado frente a Larsson.

Aunque, claro, Larsson tenía el control de una isla élfica mítica, y había una razón por la que Skadi la temía. Había algo que ella sabía, algo más que la amenazaba a ella… y probablemente a nosotros.

—¿Qué te ha hecho? —Los dientes de Gavyn rechinaron mientras examinaba la herida abierta en mi pecho y los moratones de mi rostro.

Luché por mantener la voz firme mientras le contaba, deprisa, cómo me habían arrancado el vínculo de corazón… y luego la paliza.

—¿Qué utilidad podría tener para él el vínculo de corazón, aparte de curar la oscuridad?

—Lo hizo parecer como si hubiera algo más, como si fuese a ayudarle a obtener la corona de sangre. Creyó que lograría mi obediencia si ya no sentía nada por el rey.

Gavyn apoyó una mano en mi rodilla.

—Dime la verdad, Livia. ¿Ha cambiado lo que sientes por el rey?

—Sí.

Una sombra de dolor cruzó el rostro de Gavyn.

—Me malinterpretas —susurré—. No ha cambiado lo ferozmente que amo a Erik Cantasangre…, pero sí han cambiado los límites que estaría dispuesta a cruzar para alcanzarlo. Algo se ha alterado dentro de mí. Antes temía la violencia y la sangre. Ahora no puedo pensar en otra cosa que en hacerlos sufrir. Creo que me han convertido en un monstruo, Gavyn.

Su mano se posó en mi mejilla.

—No. Han convertido a nuestra reina en su villana. Y estoy deseando que se den cuenta de su error.

Me froté la cara, obligando a la inquietud a hundirse al fondo de mis pensamientos.

—¿Has tenido noticias del rey? Mi padre intentará matarlo.

—Y Erik aceptó ese riesgo, Livia —dijo—. Sabe que nadie luchará más por ti que tu propia gente.

—Y tú te arriesgaste buscándome. Me alegra… me alegra que Erik cuente con tu lealtad.

—¿Crees que hago esto solo por Erik? —Gavyn se frotó la nuca, como si los nervios se estuvieran apoderando de él—. Te lo debo. ¿Cómo no buscar a la mujer que mantuvo con vida a mi padre en la *Nave Eterna?*

—¿Tu padre? —Como otro golpe en el cráneo, sus palabras me sacudieron—. ¿Sewell?

Santos infiernos…, de pronto tenían sentido todas esas miradas robadas entre Celine y el cocinero. Su feroz preocupación cuando lo encontró herido en la cocina, la forma en que lloró, el toque tierno de los dedos de Sewell en su mejilla.

—Antaño su nombre era «Señor Sewell», pero yo siempre lo llamé *daj.* —Gavyn sonrió, casi con timidez—. Sé lo que hiciste no solo por él, sino por mi hermana. Después de que le arrancaran el canto de

sirena cuando nuestra madre fue asesinada, Cel teme a todo el mundo, excepto a Daj, a Erik y a mí. No tenías por qué abrazarla… y aun así lo hiciste. La cuidaste.

—Ella también me cuidó a mí. —Dioses, los echaba a todos de menos. Solté un largo suspiro—. Me alegra que él os tenga a todos después de… después de perder a Tait.

—¿Perderlo? —Gavyn bufó—. Ese idiota no caería ni con un cuchillo en el corazón. Caminacorazones sigue vivo.

La tensión me abandonó el cuerpo y dejé caer la cabeza contra la pared fría, permitiendo que las lágrimas se deslizaran por las comisuras de mis ojos.

—Ahora debo preguntar: ¿dónde infiernos estamos? —Gavyn miró a su alrededor, la mandíbula palpitando—. Estaba en las orillas de la Casa de Huesos cuando… sentí como si un garfio de hierro se me clavara en la columna y me arrastrara hasta aquí.

La oscuridad. La bruma. Mi corazón se detuvo. Tenía que estar relacionado con Skadi.

Agitando las manos, le expliqué de manera atropellada el extraño estallido de oscuridad de Skadi, cómo hervía de rabia por la violencia ejercida contra mí, cómo, cuando Gavyn apareció, parecía que esas mismas hebras de bruma lo habían arrastrado a través del baño.

Cuando terminé, Gavyn ladeó la cabeza.

—¿Crees que una mujer élfica me trajo aquí?

—Parece la única explicación. Las orillas están protegidas, pero ella puede atravesarlas con su habilidad —dije—. Lo único que sé es que esta isla se llama Natthaven, y que puede desvanecerse si así lo desean. A decir verdad, no entiendo del todo la magia de este lugar.

—¿De veras crees que son un pueblo élfico de las sombras?

—No se parecen a ningún elfo que haya conocido, Gavyn.

—Maldición. —Gavyn apretó los dientes—. ¿Y dijo que no puedes salir de la isla?

—Lo intenté. Me dijo que hay un hechizo que me mantiene cerca de Larsson.

—Maldita sea. No podemos quedarnos aquí. Si esa mujer es realmente la responsable de encontrarme a mí, entre todos los seres

del Eterno, quizá rompió los resguardos. Puede ser tu oportunidad de escapar.

La esperanza, cálida como un verano sin nubes, ardió en mi pecho.

Era posible. Skadi había hecho algo feroz, sin duda. Quizá había más de un resguardo en la isla.

«Respira. Concéntrate».

Le conté todo lo que había descubierto de Larsson: su magia, que tomaba prestadas habilidades; su implicación en la oscuridad; su amante, una bruja del mar. Le hablé de Hesh y de cómo creía que el señor de las espadas estaba marcado con algún hechizo que le permitía atravesar los resguardos que protegían la isla.

Cuando terminé, Gavyn estaba ya de pie, caminando de un lado a otro. Se pasó las manos por su espeso cabello negro, luego se sentó en el borde de la cama.

—Mi madre creía en el pueblo élfico de las sombras. Siempre decía que aún vivían en los mares profundos, en sus grandes islas, con montañas tan altas que rozaban el cielo, desde donde se podía ver el salón de los dioses. Está claro que son poderosos, y me inquieta que estén del lado de Guardahuesos.

En lo más profundo de mis entrañas, algo me pinchó con violencia: una mala hierba ponzoñosa, erizada, enroscándose dentro de mí, cubriéndome de odio hacia Larsson y Fione.

Jugaban con vidas como si fueran peones sin valor. Tomaban y jamás devolvían.

—¿Así que Larsson hizo todo esto? —Gavyn cruzó la estancia y posó el pulgar sobre el borde de mi pómulo.

Un escalofrío me recorrió la columna al recordar cómo él me había tocado, cómo su boca había rozado mi piel.

—Dijo que me marcaría, que me reclamaría con su cuerpo y dejaría una señal para que Erik la viera si… si alguna vez llego a salir de aquí.

—Bastardo. —Gavyn se agachó frente a mí—. Hiciera lo que hiciera, Livia, no se te ocurra creer sus palabras. Conozco a Erik Cantasangre desde que éramos niños, y nunca he visto su alma tan

libre como cuando está contigo. Jamás pensé que lo diría de mi rey. No creí que realmente supiera cómo…, pero él te ama.

—Lo sé. —Me limpié otra lágrima y enderecé la espalda—. Larsson no llegó lejos. Yo… bueno, le arranqué un trozo de oreja de un mordisco, así que me atacó.

La forma en que a Gavyn se le hundieron los hoyuelos y me tomó el rostro entre las manos…

—Si eso es cierto, jamás se lo digas a mi rey, pero creo que acabo de enamorarme yo también de ti.

Le dediqué una sonrisa torcida y lo empujé, disfrutando, aunque fuera por un instante, de un poco de luz entre tanta miseria.

Gavyn cruzó la habitación hasta la ventana, apoyándose en el borde para evitar la mirada de cualquier patrulla fuera del palacio.

—Hay guardias, pero conozco la forma de salir —le dije.

—Podría escabullirme desde esta habitación. Mi voz me lleva hacia el agua que esté cerca del lugar al que apunte. Intentaré dirigirme hacia los pasillos y ver adónde me lleva.

—¿No puedes simplemente sacarme de aquí? Creí que una vez ayudaste a Sewell a escapar de una celda.

Gavyn siguió estudiando el marco de la puerta, como si estuviera calculando un punto perfecto de ataque.

—Erik dejó agua en aquella celda, pero no me desplacé con mi padre. Les puse un somnífero a los guardias y les robé las llaves. Para desplazarme con alguien de forma segura necesito mucha agua; tengo que llevarnos hasta el mar. «Segura» es la palabra en la que deberíamos centrarnos, Livia. Recuerda el desastre que fue desplazarme con tu primo.

—Creí que fue el Abismo lo que lo hirió.

—En parte, pero un mal desplazamiento conmigo también contribuyó. Fue como si mi voz lo hubiera abierto en canal. Y eso, unido a la violencia del Abismo… Aún no sé cómo sobrevivió. Voy a ver qué hay ahí fuera, ¿de acuerdo? —Señaló con un leve gesto la puerta.

Le aferré la mano.

—Sé prudente, Gavyn.

Gavyn sacó un pequeño frasco de una bolsa en su cinturón. El vidrio estaba envuelto en un cordel fino y cerrado con un corcho maltrecho.

—¿Qué es eso?

—Una toxina que pudre los pulmones si se inhala demasiado. Actúa en cuestión de segundos.

—¿Simplemente llevas veneno encima?

Chasqueó la lengua.

—¿Pensabas que Erik nunca había aprovechado mi habilidad? Trabajo en las sombras, y la gente nunca sabe que estoy cerca. He adquirido la costumbre de asegurarme de que quienes conspiran contra mi rey no vean el amanecer.

Debería estar horrorizada por cómo Gavyn mataba sin un ápice de remordimiento. Pero no sentí horror. Sentí gratitud, un parentesco con el señor de los huesos. Aquello apaciguaba el tormento de mi alma, sabiendo que Erik nunca había estado del todo solo cuando era un rey joven. Aunque a veces lo pareciera.

Y no estaba solo ahora.

Desde el baño, Gavyn recogió un puñado de agua helada de un cubo. Con cuidado, dejó que las gotas resbalaran por la puerta de la alcoba, luego volvió a por más y salpicó con ella las tablas del suelo hasta que un pequeño hilo se deslizó por debajo de la puerta hacia el otro lado.

Gavyn se apresuró a entregarme un cuchillo y una segunda daga de su cinturón.

—¿Es suficiente agua?

—Más que suficiente. —Echó los hombros hacia atrás, soltando un largo suspiro—. Volveré enseguida. Si no lo hago… álzate y sé su villana, Livia.

No tuve tiempo de decir una palabra más antes de que la piel de Gavyn se desprendiera en gotas relucientes. Se desvaneció en el charco junto a la puerta. Giré el pequeño cuchillo que Gavyn me había dejado en una mano y aferré su daga en la otra.

No pasaron más que unos instantes, apenas unas cuantas respiraciones, antes de que escuchara gruñidos y maldiciones, y de que algo pesado —como un cuerpo— chocara con la puerta.

Crujidos nauseabundos dibujaron en mi mente imágenes vívidas de cuellos partiéndose. Toses húmedas y densas me hicieron pensar que Gavyn estaba empujando dosis de su veneno por las gargantas de los hombres que custodiaban la puerta.

Luego, silencio.

Una respiración más, y el pestillo se agitó. Apunté la hoja de la daga de Gavyn hacia abajo. Con el cuchillo, apunté hacia delante.

La puerta se abrió, y Gavyn, con salpicaduras de sangre desde la barbilla hasta las manos, apareció en el umbral, respirando con dificultad. El ardor nauseabundo me subió desde el vientre cuando dejó caer una mano cercenada sobre las tablas del suelo con un golpe húmedo.

—Todo despejado…, mi reina. —La sangre le teñía los dientes, pero los ojos le brillaban con un deleite oscuro.

Tras el señor de los huesos, cuatro cuerpos yacían hechos montones sangrientos. Uno tenía las venas, oscuras como corteza de árbol, trepándole por la garganta. Otro mostraba el mismo aspecto, pero la espuma que le colmaba los labios tenía un tinte rosado. Los otros dos guardias habían muerto a pedazos: uno se había tragado una daga igual que la que Gavyn me había dejado, la empuñadura amatista asomando entre sus labios; el otro tenía un rostro horriblemente hermoso congelado en un grito silencioso, y un brazo terminaba en un muñón sangriento.

—Dioses. —Tomé la palma manchada de sangre de Gavyn mientras me ayudaba a pasar por encima de uno de los cuerpos—. ¿Era necesario cortarle la mano?

—Por supuesto que no. —Gavyn guiñó un ojo—. Corre, Livia. Eran cinco guardias.

—¿¡Qué!? —Sentí cómo la sangre me abandonaba el rostro—. ¿Y no se te ha ocurrido decirme que uno había salido corriendo a avisar a Larsson?

—Confía en el buscador del rey, Livia. Soy un experto en asesinatos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tal tu historial escapando de una isla élfica que se desvanece en el mar?

El muy bastardo ladeó la cabeza de un lado a otro, como si realmente sopesara la pregunta.

—Bueno, supongo que lo descubriremos en breve.

Gavyn aferró mi mano, arrastrándonos a toda velocidad por el pasillo oscuro hacia un arco de piedra, sin dedicar ni una mirada a la brutalidad que quedaba atrás, en la puerta de la alcoba.

Capítulo 13

La alondra

Las voces retumbaban a la vuelta de la esquina, como marea que avanza lenta, dispuesta a tragarme entera. Mi corazón se me pegó al fondo de la garganta, latiendo con cada paso que daba por el corredor.

—Aquí. —Gavyn me empujó por el hombro, metiéndonos pecho con pecho en un estrecho hueco a diez pasos de una escalera en espiral.

Habían tallado hendiduras en las paredes, una especie de espacio de almacenamiento. En cada nivel se alineaban viales, canastos de cuerda y bolsas de cuero llenas de hierbas aromáticas.

—Ponte detrás del cesto —ordenó Gavyn con un siseo entre dientes.

No me dejó tiempo para protestar antes de doblar y girar mis extremidades como si estuviera hecha de cuerda. Un murmullo suave, casi tierno, quebró el silencio justo antes de que Gavyn se transformara en un pequeño charco, tras extraer un poco de humedad del musgo de las piedras.

Era bastante asombrosa la poca agua que necesitaba para fundirse con las mareas, y no era de extrañar que muchos elfos del mar sintieran cierto temor por un buscador.

Los pasos se unieron a las voces. Pesados, atronadores, como si ya me pisotearan el cráneo. Todos mis sentidos se agudizaron, ardiendo y helándose de una respiración a la siguiente. El miedo luchaba con la ferocidad; el pánico chocaba con la determinación.

—Dije lo que dije —gruñó un hombre con la voz áspera de quien ha abusado demasiado del humo de hierbas fuertes. Sonaba doloroso, como si cada palabra le costara un gran esfuerzo—. Un tipo apareció de la nada, y luego no fue más que agua cada vez que intentamos cortarlo.

Otra voz gruñó y resopló.

—¿Tienes algo del *vatska* de Idun en la sangre? Preparó un lote nuevo hace tres amaneceres y…

—Conservo el juicio, imbécil. Te lo demostraré…

Contuve el aliento, llevándome una mano al corazón como si pudieran oír el latido contra mis costillas, cuando dos guardias vestidos de oscuro pasaron a toda prisa junto al hueco.

No salí de mi escondite hasta que el agua del suelo comenzó a arremolinarse y agitarse, formando a Gavyn como si fuera una estatua tallada en el mar.

—Ven, deprisa. —Me agarró la mano de nuevo y me arrastró al corredor—. Estamos en un promontorio rocoso. Este palacio o fuerte, o lo que sea, parece construido en parte dentro de una ladera, como el palacio de la ciudad real.

Gavyn me apremió a pegar la espalda a la pared y me tocó la muñeca hasta que saqué la punta de la daga.

—Debajo hay un bosque. Tenemos que llegar a la orilla.

—De acuerdo —dije en jadeos tensos y ásperos—. Ya atravesé el bosque con los elfos antes. Creo… creo que podría guiarnos otra vez.

—Puede que tengamos que derramar más sangre. —Gavyn se detuvo cuando alcanzamos el último escalón—. ¿Estás conmigo, Livia?

Lo que quería decir era: ¿seré capaz de soportarlo? Podía quedarme allí, dejando que el miedo y la inquietud me paralizaran hasta que Larsson me encontrara, o podía alejarme lo suficiente para hallar un camino de vuelta a Erik.

«Eres la reina eterna».

Hice girar la daga como me enseñó mi tío Tor.

—Estoy lista.

Gavyn pateó la puerta que daba a un vestíbulo abierto que conducía al exterior y, como era de esperar, nos recibieron nuevas hojas.

Los guardias eran lo suficientemente pocos como para darnos una oportunidad de escapar, pero tres hombres contra dos seguían siendo una barrera que quizá no cruzáramos intactos.

—¡La elfa se ha soltado! —gritó un hombre.

El acero salió de las vainas. Las espadas élficas eran anchas, delineadas en bronce y plata desde la empuñadura hasta la punta. Cada una parecía forjada para su portador y era tan imponente como letal.

Los ciclos entrenando con mi padre, mis tíos y el primer caballero de nuestro reino me habían dado cierta destreza y rapidez, que empleé contra el guardia más cercano. Con un movimiento ágil, él usó su brazo grueso para bloquear mi golpe, desviándolo hacia un lado. Con una mano, me agarró del cabello y me estampó contra la pared. Antes de que pudiera rematarme, Gavyn hundió la punta de su arma en la columna del elfo. El señor de los huesos le tapó la boca para ahogar su grito y luego le torció la cabeza con un crujido atroz.

El guardia se desplomó, el cuello torcido en un ángulo imposible.

Recogí mi daga del suelo y corrí tras Gavyn, que se convirtió en bruma en una respi ración, solo para materializarse en la siguiente, directamente detrás de uno de los guardias restantes.

Sin emitir sonido alguno, Gavyn abrió su garganta de un tajo.

El otro hombre se volvió hacia mí. Sus ojos se engancharon en los míos, ámbar con hebras rojas, como un cielo incendiado. Casi elfo del mar, casi elfo de tierra…, pero la perfección afilada de su mandíbula, el tono suave y bronceado de su piel, el brillo oscuro de su cabello demostraban que era un elfo.

Me dejé caer al suelo, a la altura de la pequeña lámina que protegía su sexo, el punto donde las correas de cuero de los muslos se unían a las protecciones del vientre y la cintura. Un lugar vulnerable. Mi padre, mi madre, Sewell, Erik… las formas en que todos me habían enseñado a ser rápida y certera se agolparon en mi mente.

Me aparté del borde de su espada y hundí la punta de mi daga en el lugar en el que la pierna se encuentra con el torso. Un chorro de sangre brotó de la herida, empapándome los dedos.

El guardia aulló de dolor y cayó de rodillas. El acero chocó contra la piedra con un estruendo violento cuando su espada se le escapó de las manos. Liberé la daga y, con la cabeza del guardia inclinada, le clavé la punta por la parte trasera de la garganta.

El guardia bufó y escupió sangre. Un latido, dos… y se desplomó de bruces en el suelo.

Retrocedí, arrastrándome, el carmesí caliente y pegajoso manchando mi camisón.

—Livia. —Gavyn cayó de rodillas frente a mí, sus manos recorriendo la falda—. ¿Es tuya?

Negué, tragando aire hasta que el corazón empezó a calmarse.

—N-n-no estoy herida.

Satisfecho con mi respuesta, Gavyn volvió a aferrarme la mano y nos lanzó de nuevo hacia el bosque.

Nuestros pasos eran rápidos y pesados, golpeando las tablas de las pasarelas entrecruzadas. Al cabo de un tiempo, Gavyn ignoró mis protestas por mantenernos en el sendero; insistía en que podía «saborear» el mar en el aire, y se lanzó por el bosque salvaje.

A nuestro alrededor crecían árboles frondosos, helechos con hojas negras y brillantes que parecían fragmentos del cielo nocturno. Cuanto más avanzábamos, más arbustos aparecían, con espinas gruesas como dedos. En cada rama colgaban jugosas bayas ámbar a punto de estallar. El aire se volvió más denso, saturado de perfumes florales, luego mezclado con un deje de sal y un sabor a arena.

Mis piernas ardían, y mis pulmones parecían a punto de estallar en llamas cuando Gavyn redujo el paso y nos guio entre dos árboles cuyas raíces retorcidas se extendían como anguilas agitándose en la superficie del mar.

En silencio, Gavyn se asomó por un saliente.

—La orilla no está lejos, pero si bajamos quedaremos expuestos.

—Entonces corremos rápido —respondí.

Los dientes de Gavyn brillaron, pura ferocidad.

—Como digas, mi reina.

La ladera era rocosa y serpenteaba alrededor de árboles encaramados al borde de barrancos profundos.

Avanzábamos más despacio que antes, pero conforme los árboles se dispersaban, mantuve la vista fija en el vidrio negro del mar, como si pudiera ver velas carmesí acercándose.

El aire frío me cortaba las mejillas; un viento traía consigo el olor de hojas húmedas y corteza, y un extraño parpadeo de luces verde

espuma titilaba entre las copas, como estrellas. Los destellos surgían cuando estaba a unos cinco pasos de distancia, y se apagaban en cuanto pasaba junto a ellos.

Como un poco de magia guiándome hacia delante.

Casi como imaginaba a las estrellas guiando a Fuego de la Noche hacia su amor perdido en el cielo.

El pensamiento insufló nueva vida en mis pulmones; lo tomé como una maldita señal de las Nornas del Destino, indicándome que este era mi camino para encontrar el amor que otros me habían arrebatado con su crueldad.

Cuando el viento se espesó con un leve toque de sal y musgo, las lágrimas se me escaparon de las comisuras de los ojos. El mar. Olas suaves rompían sobre grandes bancos de arena curvos cubiertos de pequeños cristales, de modo que cada vez que la marea los cubría, la playa parecía un reflejo de las estrellas del cielo.

—Deprisa —me apremió Gavyn.

Mis pies descalzos levantaban arena con cada paso furioso.

—Será incómodo —advirtió Gavyn sin mirarme—. El desplazamiento. Mi hermana dice que sientes pequeños cortes de una hoja durante el viaje.

Me daba igual si parecía que me arrancaban los huesos del cuerpo. Si podía salir de aquí, si podía volver a los brazos del rey eterno, atravesaría los tres infiernos sin una sola queja.

Desde la torre del palacio, una campana —estridente y furiosa— estalló en medio de la noche. En la oscuridad, gritos, cuernos y más alarmas resonaron por todas partes.

—Prepárate —gritó Gavyn. Sus pasos pesados rompieron la orilla.

Mi cuerpo salió despedido hacia atrás. Durante demasiadas respiraciones agónicas, pensé que la piel se me derretiría sobre los huesos. El sabor metálico de la sangre me llenó la lengua. Una neblina hirviente me nubló el cerebro. Parpadeé a través del aturdimiento y oí gritos amortiguados.

Allí, con el agua hasta las rodillas, Gavyn embestía con el hombro contra una barrera invisible, como si intentara derribar una puerta.

—Livia, me está empujando hacia atrás. No puedo atravesarla.

El miedo habitaba en la sombra oscura de sus ojos. Intenté correr de nuevo hacia la orilla, pero una descarga de fuego me atravesó el brazo. Caí hacia delante y aspiré arena húmeda. La sangre goteaba de mis palmas. Por el aspecto de la carne, parecía haber hundido los puños en brasas encendidas.

—Gavyn. —Mi voz se quebró—. No puedo irme. No… no puedo seguirte.

—No. —Su voz sonó como si hubiera quedado sumergida bajo el agua—. No. Inténtalo otra vez.

Le mostré las palmas destrozadas.

—Es el hechizo. La elfa me dijo que… que es mortal, Gavyn.

Sus labios se torcieron, como si quisiera gritar su rabia, maldecir la maldita suerte o rogarme que lo intentara de nuevo.

—Vete —pedí con suavidad.

Él negó con la cabeza.

—Por favor, Gavyn. Encuentra a Erik. Yo buscaré la forma de romper este encierro. Haz tu parte y tráeme a mi rey, y yo haré la mía.

—No puedo dejarte —dijo, golpeando con los puños la pared invisible que nos separaba.

—Sí puedes, y lo harás. No tenemos otra opción.

Su mandíbula se tensó. Una rabia roja y cruel se dibujó en los rasgos amables de su rostro. Lanzó otra maldición con un rugido.

—Escóndete. Por mucho tiempo que debas hacerlo, no dejes que te encuentren. Prométemelo.

—Conozco bien los caminos de la tierra, señor de los huesos.

—Más te vale. —Y por fin Gavyn se desvaneció entre las mareas.

—Serpiente, te amo —susurré desde lo más profundo de mi pecho, aun sabiendo que jamás llegaría hasta mi rey.

Las campanas de alarma seguían sonando en la noche. Pronto la orilla se llenaría de guardias o, peor aún, llegaría Larsson. Me aparté de las negras mareas vacías y corrí hacia las sombras del bosque.

Capítulo 14

La serpiente

Me incliné sobre la borda de la proa y lancé trozos de pan al mar, observando las aletas agitadas de las anguilas de cola amarilla que solo emergían en noches sin luna.

El viaje desde la Casa de Huesos hasta la Torre cubría una larga distancia, de un extremo al otro del reino. Sobre la superficie, habría llevado tres días. Bajo el agua, tardamos la mitad.

No di opción alguna a la realeza: nos sumergimos bajo las mareas.

Desde que dejamos a Torbellino, pasamos el día entero y parte de la noche bajo la superficie hasta llegar a los límites del territorio de la Casa de las Brumas, donde los elfos de la tierra prácticamente sollozaban por una bocanada de aire.

—Cantasangre —dijo Mira al acercarse por detrás.

Llevaba el cabello oscuro recogido en trenzas enrolladas como una corona alrededor de la cabeza, y se había puesto una falda nueva con un corsé de cuero y una gruesa tela roja que le rozaba los tobillos. Sin duda, Celine estaría refunfuñando otra vez por tener que compartir su vestuario.

—Princesa —respondí sin desviar la vista de la vorágine que se formaba en el agua.

—Escucha. —Vaciló—. Quería decirte… Bueno, yo… te creo.

—¿Creer qué?

Mira dejó escapar un suspiro profundo y apoyó los codos en la borda, reflejando mi postura. Durante unos instantes, observó cómo las anguilas removían el agua en busca de las últimas migas de pan.

—Creo que de verdad amas a Livie. Que no es una obsesión retorcida ni una maniobra de poder.

Solté una risa baja y sombría.

—¿Te ha dolido decirlo?

—Mucho. Estoy casi segura de que he vomitado un poco. —Suspiró—. La noche que te la llevaste sentí que se me vaciaba el pecho. No dejaba de imaginar todas las cosas horribles que podrías estar haciéndole.

Una punzada helada me atravesó las entrañas. Lo sabía demasiado bien. Ese era el veneno que había vertido: obligar al pueblo de la tierra a creer que la corrompía, que la desmembraba en la oscuridad.

La idea misma de herir un solo fragmento de Livia Ferus me abrasaba la mente, pero entendía su miedo. Era el mismo que carcomía cada respiración mía desde que Larsson la arrancó de mis manos.

Mira se volvió, quedó de espaldas a la borda y elevó sus ojos dorados hacia el cielo negro como la pez.

—Me culpé a mí misma. Yo la animé a ir contigo aquella noche.

—Te aseguro que nada habría podido detenerme.

—Lo sé. —La duda la rozó, tenue—. Una de las reinas… la reina del destino, como la llamamos…, es mi prima. Creo que Elise debió decirle que no estaba comiendo. Por todos los infiernos, no salía de mis aposentos en la torre. Mi prima… ella y su rey tienen el don de ver los caminos marcados, el destino de cada alma, supongo. Me envió esto unos diez días después del baile de máscaras.

La princesa me entregó un pedazo de pergamino desgastado, fino y quebradizo por haber sido doblado y desdoblado sin tregua.

Era una nota sencilla, directa, rebosante de afecto:

Mira…

Hay un hilo de destino entretejido aquí. Conviene que confiemos, aunque sea un poco.

Sabes lo que opino de las malditas Nornas, así que eso debería decirte bastante viniendo de mí.

Es lo mismo que le repito a mi rey maldito. Está bastante molesto conmigo, ya lo imaginarás, porque tal vez mantuve en silencio este giro particular del destino. Sí, sabía que aún quedaba un lazo con el mar desde que terminó la guerra. Pero entiéndeme: la última vez que intentamos alterar el

destino, nuestro mundo cayó en la guerra. Tenía que dejar que esto siguiera su curso marcado.

Pero en cuanto nos llegó la noticia, Silas y yo sentimos el mismo tirón, la misma certeza de que esto formaba parte de un nuevo camino del destino. Ambos tuvimos el mismo pensamiento:

«Un corazón robado por el odio y el dolor halla un amor que no se quiebra en su reclamo».

Hay más en esta historia, mi vida. Mantente alerta, mantente firme. Presiento que pronto se nos abrirán los ojos.

Calista

Leí la misiva una vez más antes de devolvérsela a la princesa.

—¿Crees que habla de Livia y de mí?

Mira asintió.

—Has reclamado su corazón, Cantasangre. Creo que lo hiciste hace ya diez ciclos. Cuando te vi en el baile de máscaras sentí el tirón que te unía a Liv. Incluso se lo dije. No quería creer que algo bueno pudiera nacer de todo esto, pero… te he visto aquí. La forma en que hablas, en que exiges, en que avanzas…, todo responde a un único propósito: encontrarla. Estás dispuesto a desangrar a los tuyos.

—Quienes se la llevaron no son los míos.

—Sabes a qué me refiero. —La princesa jugueteó con los cordones del corsé—. Confío en ti. Cuando tengamos a Livia, cuando regresemos, tendrás otra voz que hable por ti. Solo quería que lo supieras.

Por todos los dioses, odiaba momentos como aquel. Solo deseaba que me dejaran solo con los restos de mi corazón en carne viva, revolcarme un poco en mi miseria y luego imaginar nuevas formas de destruir a quienes me habían arrebatado a mi pajarilla. Pero allí estaba, y Livia me maldeciría si fingía no poseer algún vestigio de sentimiento.

Reprimí una mueca cuando el ardor en la cadera me atravesó y me volví hacia la princesa.

—Al final resultas bastante útil. Ese don tuyo para las ilusiones… es impresionante.

—Me tomaré ese cumplido como tu declaración de amistad eterna.

—Sería una estupidez hacerlo.

—Demasiado tarde, Cantasangre. Ya está hecho. —El rostro de Mira se volvió serio—. Gracias. Por luchar por ella.

—Aunque fuiste tú quien se la llevó primero, maldito —gritó Jonas —. Todos parecen olvidar ese pequeño detalle.

Puse los ojos en blanco y volví la mirada hacia el mar mientras los tres príncipes se acercaban. Tait y Celine se mantenían a cierta distancia, pero poco a poco —igual que Livia— la realeza del pueblo de la tierra iba encontrando su lugar entre los elfos del mar.

Excepto Mira y Tait. La princesa había puesto un océano de por medio entre ella y mi primo en cuanto la luz de los faroles reveló sus rasgos.

Celine resopló.

—Los efectos del cantor del mar ya se han desvanecido, elfa de la tierra. A menos que temas que haya otros motivos…

—Cantamareas —interrumpió Tait.

—Te aseguro que no hay nada que me vincule a Hablacorazones…

—Caminacorazones —corrigió Tait mientras sacaba uno de sus cigarros de hierbas.

—Lo único que agradezco —bufó Mira— es que tuvo la decencia de mantener las manos quietas. Dijiste tú misma, Celine, que fue inevitable.

—Cierto, pero admito que fue divertido verlo. —Cantamareas se sentó en la barandilla, dejando las piernas colgando sobre el mar.

—¿Estamos cerca de esa torre? —preguntó Sander mientras desplegaba un mapa del Eterno sobre la cubierta.

—Sí —respondí—. Llegaremos mucho antes del amanecer.

Sander asomó la cabeza por la borda.

—Veo muchas islas fértiles por aquí, pero cerca de la Torre dice que el mar toca los Fiordos de Hielo, ¿no?

Los mares alrededor de la Casa de las Brumas se parecían más a ciénagas espesas, empapadas de bruma. A lo lejos, islas ondulantes

se recortaban contra el horizonte. Árboles de troncos enroscados y hojas tan frondosas que oscurecían los cielos con enormes cúpulas verdes bordeaban las costas de ese territorio.

Ríos, estanques y marismas llenaban cada aldea, poblados de aves marinas de colores vivos y criaturas escamadas que vivían tanto en el agua como en la tierra. Hierbas, piedras y cristales abundaban en la Casa de las Brumas. Un lugar perfecto para las brujas y los hechiceros del mar.

—Los Fiordos de Hielo son de piedra blanca —expliqué—. No están hechos de hielo en realidad.

—Alek nos dijo que algunas de estas casas nobles no veían con buenos ojos la idea de una reina —comentó Jonas—. ¿Crees que tuvieron algo que ver?

—Sería una jugada temeraria, un precedente. Ningún rey eterno ha sido derrocado. Ni siquiera lo han intentado.

—¿Y por qué iban a hacerlo? —dijo Celine—. Los Reyes Eternos anteriores a ti mantenían a los señores de las casas poderosos, colmados de monedas y amantes. No llevaban la corona de sangre, pero se comportaban como si la llevaran.

—Erik estaba cambiando las cosas —señaló Aleksi—. A algunos les enfurecía.

—Larsson habría hecho esto con o sin Livia —dije—. Si tiene la sangre de Thorvald, está claro que aguardaba su momento.

—¿Entonces por qué ahora? —Sander se rascó el pelo oscuro y revuelto, estudiando el mapa como si pudiera ofrecer respuestas.

—Eso es lo que pienso averiguar. —Las incógnitas se amontonaban, pesadas y ardientes, en mi interior—. ¿Por qué esperar todos estos años si, en verdad, es mi hermano? Nos encontramos por primera vez cuando cumplí quince ciclos. Era más vulnerable entonces.

—La oscuridad forma parte de su estrategia, sin duda.

Tait le dio un capirotazo a su cigarro y expulsó una larga nube de humo.

—Livia estuvo aquí semanas. Si todo giraba en torno a sanar la oscuridad y tomar la corona, ¿por qué tardó tanto en arrebatártela?

—¿Qué importa? —espeté.

—Sí importa —intervino Sander, enrollando el mapa—. Piénsalo. El traidor esperó, probó ataques pequeños para no atraer la mirada hacia sí. Hasta ahora. Hay una razón por la que creyó que era el momento de traicionarte. Puede que tenga más apoyo.

No quería pensarlo. Todo lo que deseaba era planear cómo poner mis manos sobre Livia. Una parte de mí quería hacer sombra a todas las demás amenazas —Larsson incluido—, como si lo único necesario fuera recuperar a mi pajarilla para que todo volviera a encajar.

Pero el príncipe tenía razón. Había un motivo por el que Larsson había actuado ahora.

—El señor Joron, de la Casa de las Mareas, no estaba complacido, pero tampoco tan disgustado ante la idea de una reina como Hesh, de la Casa de las Espadas.

Celine frunció los labios y dejó escapar un bufido.

—Joron solo tiene una heredera. Tal vez ahora vea provecho en el concepto de una reina. Significa que su casa podría evitar pasar a estar en manos de un nuevo linaje masculino.

—Pero ese tal Hesh… —murmuró Jonas, acariciándose la barbilla —. ¿Sospechas que estaba intranquilo?

—Es el Navegante Supremo de la flota del reino, un hombre de guerra. Vive para la batalla, el acero y el poder. No quiere que el Eterno cambie, así que no, no le agradó en absoluto.

—Entonces ya despierta mis sospechas —dijo Jonas.

El príncipe podía alimentar todas las sospechas que quisiera, pero hasta que encontrara a mi reina, cada casa del Eterno era culpable por defecto, y solo probarían su inocencia al arrodillarse a sus pies.

La luz de las velas en los apliques bañaba las paredes de la Torre, castigadas por el mar, en un resplandor dorado. Conchas y piedras le daban un aire extravagante a los restos y al polvo acumulado en la entrada de la taberna.

—Pesha es quien mejor conocía a Larsson. Suele quedarse cerca de las salas principales —dijo Tait—. Pero podría estar en la casa de

las damas. Tendremos que enviar a Cantamareas a buscarla. Mejor aún: mandemos a la princesa. Me encantaría ver a una real consentida poner un pie en esas habitaciones.

—¡Hablacorazones! —gritó Mira—. Tomarme por una princesa mimada que juega con cuchillos de cristal será un error monumental.

—Caminacorazones —rezongó Tait por lo bajo—. Mándala a la casa de las damas, Erik. Te lo suplico.

—Primero vamos a la taberna —dije—. Portatormentas.

—Sí, mi rey. —Los hombros anchos de Portatormentas se abrieron paso rápido entre la tripulación. Inclinó la cabeza mientras ajustaba el parche sobre su cuenca izquierda—. ¿Cuál es la orden?

—Mantén a los hombres cerca del barco. Informa a Tavish que estaremos en la taberna y que, si alguien encuentra a Pesha, me la traiga.

Portatormentas se llevó dos dedos a la frente en un saludo sencillo y luego ladró las órdenes al resto de la tripulación.

Dentro de la taberna principal, la sangre me ardió. No hacía tanto que había probado por primera vez a mi pajarilla entre estas paredes. Sus suspiros, el dulzor de su piel en mi lengua, la forma en que enredó mis cabellos entre sus dedos delgados para reclamar lo que quería… Era un recuerdo que no pensaba olvidar jamás.

Por todos los dioses, necesitaba tenerla de nuevo en mis brazos.

El aroma salado de las raíces de las calas y las hierbas secas de las orillas se entremezclaba con el olor de cuerpos sudorosos y llenos de deseo. Las puertas de las habitaciones con catres y mantas ásperas de arpillera estaban cerradas. Llenas. Cada espacio ocupado por marineros y por el cuerpo que hubieran elegido amar esa noche.

Me volví para advertir a la realeza sobre la inminente depravación —no necesitábamos más miradas sobre nosotros—, pero Mira avanzaba entre la multitud con Sander y Aleksi, completamente indiferente al caos.

Jonas, en cambio, se perdió enseguida; charlaba con una de las muchachas de la taberna que limpiaba una mesa. La mujer se recogió tras la oreja su cabello liso y llamativo. Medio sirena,

apostaría, por esos labios carmesí y la forma en que seguía tarareando mientras rozaba la piel sobre el corazón del príncipe.

—Dioses. —Tait lo agarró del brazo—. ¿Eres de la realeza o no?

Jonas le guiñó un ojo a la muchacha y siguió a Tait.

—Mis padres eran ladrones. Aún lo son, en el fondo. Sander y yo nos sentimos más cómodos entre rufianes. Esto es como volver a casa.

—¿Ladrones reales? —Celine puso los ojos en blanco—. No me lo creo.

—Créelo —dijo Sander—. Nuestro «tiempo en familia» consistía en tramar locuras para conseguir cualquier cosa: un pastel de miel de las cocinas, un libro de historias nocturnas del archivo, un modo nuevo de colarnos en el mercado.

—Nuestro padre aún no ha aceptado que es un rey, ¿verdad, Alek?

Aleksi asintió, riendo por lo bajo.

—De donde nosotros venimos, los miembros reales no son tan rígidos ni tan dados a la grandilocuencia como los vuestros, Cantamareas. Quizá por eso Livia te resulta más cercana que él.

Celine se mordió el labio para contener la risa y sacó una silla de una de las mesas grandes.

Si Harald estuviera aquí, me exigiría arrancar un pedazo de carne a cada uno de ellos. No se tolerarían actitudes despreocupadas durante una misión. ¿Cuántas veces me arrojó al suelo, gritándome que debía ser despiadado, hasta que su saliva me corría por la cara?

¿Cuántas veces demostró cómo debía comportarse un rey siendo brutal con Tait? Era su modo de asegurar mi obediencia: torturar a mi primo hasta que yo cediera para que su dolor terminara. Y, de paso, dejar claro lo débil que era.

Si un padre podía quebrar a su propio hijo, ¿por qué un rey no habría de quebrar a sus súbditos?

Resultaba inquietante observar cómo la realeza del pueblo de la tierra era capaz de burlarse y provocarse entre risas, para al instante siguiente volverse afilada y peligrosa. Yo no era ligero ni dado a la jovialidad, y no me importaba. Livia, en cambio, podía arrancarme una risa, una sonrisa. Nadie más necesitaba eso de mí.

Pese a todo, supe entonces que Harald estaba equivocado. La lealtad se construye sobre el respeto y la confianza, jamás sobre el miedo.

La taberna estaba iluminada por velas de sebo que ardían en el centro de las mesas mugrientas, mientras las cartas de papel y las fichas de madera repiqueteaban contra ellas. Las armas chocaron entre sí cuando los demás dejaron sus hojas sobre la mesa. Yo, en cambio, permanecí de pie, atento, vigilando el lugar.

En distintos rincones, mujeres de faldas ondulantes se acomodaban en los regazos de hombres absortos en el juego, mientras otros se inclinaban para besar los cuellos de sus compañeras junto al mostrador. Algunas miradas se cruzaron con la mía; tras un leve gesto de respeto, se apartaban de nuestra mesa como si esta ardiera.

—Mi rey, bienvenido. Siempre es un placer servir a la *Nave Eterna.* —La patrona de la taberna llegó contoneando sus caderas generosas hasta nuestra mesa—. Ha llegado el mejor vino de pera salvaje desde las islas de Cristal. ¿Una ronda para tus muchachos?

Celine carraspeó.

La patrona resopló.

—Y para vuestras delicadas damitas, claro está.

Un siseo se escapó entre los dientes de Celine al mismo tiempo que lanzaba uno de sus cuchillos. La punta se clavó en la pared de listones de madera, a un dedo de la oreja de la patrona.

—Ah, qué modales, muchacha. —La mujer apenas pestañeó y arrancó el cuchillo de la madera. Señaló con él a Celine—. Recuperarás esto cuando te largues de mi taberna. Ni un instante antes.

Golpeé la mesa con la palma abierta.

—Mariope. Necesito a Pesha. ¿Está aquí esta noche?

—Ah. No sabía que andabas buscando compañía, mi rey.

—Pesha, mujer. ¿Dónde está?

Mariope se agitó y pasó un paño deslucido por la mesa, como si frotar le aliviara los nervios.

—Estuvo visitando la aldea al caer la tarde. Seguro que ya ha vuelto.

—Mándala llamar.

La mujer inclinó la cabeza y se alejó.

—¿Quién es Pesha? —preguntó Aleksi.

—La compañía favorita de Larsson cada vez que atracábamos.

Una ronda del vino prometido llegó a nuestra mesa justo cuando Pesha entró en la taberna. Sus rizos dorados coronaban su cabeza, sujetos con flores silvestres de los arbustos cercanos a la costa. Su piel, tostada por el sol, brillaba bajo un exceso de polvos, y sus labios rojos relucían.

Alisó su vestido azul marino, bajando el escote hasta que se hundió entre sus pechos, y posó una mano sobre mi hombro.

—Rey Erik. Me dijeron que solicitaste mi presencia. Es un honor, mi señor.

Intentó avivar mi ego, pero el temblor de su voz la delataba. Sin duda, sabía de mis cicatrices y de los rumores sobre mi supuesta brutalidad con mis amantes.

Aparté la silla a mi lado.

—Siéntate, Pesha. Estoy aquí por tus palabras, no por ti.

—No… —El rostro de Pesha se encendió—. Mi rey, con todo respeto, tengo que ganarme la moneda como todos. Tengo un encuentro en un toque de campana y, si esto se alarga…

Tait dejó caer sobre la mesa una bolsa de cuero de cerdo repleta de monedas de cobre y fichas de plata.

—Siéntate.

La mujer obedeció, aferró su nueva bolsa y la escondió entre el busto de su vestido. Con una sonrisa amplia, dejó relucir sus dientes afilados como agujas.

—Bien, ahora que está todo en orden, ¿en qué puedo servirte, rey Erik?

—¿Has oído algo de Guardahuesos últimamente?

Las pestañas espesas de Pesha aletearon sobre sus ojos como alas.

—Oh, Alteza… no lo he visto desde hace tiempo. Pero… —hizo una pausa— he estado en compañía de algunos hombres que han estado enmarañados con mi Guardahuesos. No estoy segura de recordar todo lo que pudieron haber dicho.

Con una mueca coqueta, Pesha sacó una moneda de la bolsa y la hizo rodar entre el pulgar y el índice.

—¿Te atreves a guardar secretos? Hablas con tu rey, mujer —dijo Tait, la voz grave y espesa.

—Lo sabe —reí, con una clase distinta de malicia, y pasé el pulgar por la punta de uno de mis colmillos hasta que una gota de sangre afloró.

Pesha trató de apartarse de la mesa. Ya me lo imaginaba. Le sujeté la nuca y acerqué su rostro pintado al mío.

—Querida Pesha… ¿quieres saber qué espero de ti?

Ella cerró los ojos, temblando, y dejó escapar un gemido cuando marqué su mejilla con mi sangre.

Apreté más los dedos sobre su cuello.

—¡Respóndeme!

—S-sí… —sollozó—. Sí, mi rey. ¿Q… qué… qué es lo que esperas?

—Espero —dije, acercando mi rostro al suyo— que cuando pregunte algo, algo como dónde está mi reina… lo respondas. Verás, estoy cansado de mentirosos, tramposos y traidores. No tengo paciencia para esa ralea, y prefiero sacarlos de mi reino que negociar.

Bajé la voz hasta un susurro y hablé directamente en su oído.

—¿Comprendes?

Pesha asintió con un temblor.

—S-sí, mi rey. Sí.

La solté, dejándola a un brazo de distancia.

—Bien. Ahora dime lo que sabes.

Capítulo 15

La serpiente

Pesha mantenía la mirada fija en la mesa, los dedos enredados entre sí como hilos en un telar. Ya había contado sus noches con el segundo oficial del *Tormenta de Fuego,* el barco de Hesh.

Respondía a algunas preguntas, pero planteaba muchas otras.

—¿Por qué habría de creerte cuando dices que no te has acostado con Larsson en semanas?

Pesha alzó la barbilla.

—Rey Erik, se lo juro por los dioses: no lo he hecho. Ya le dije que él fue y se buscó una compañera.

«Una compañera».

Pesha insistía en que Larsson pretendía forjar un vínculo con una mujer, muy parecido al mío con Livia. Sin duda, deseaba el poder que eso le otorgaría. La diferencia entre Larsson y yo era que yo amaba a mi compañera, con o sin un vínculo de corazón. Él caería preso de su propia manipulación de ese regalo, igual que mi padre.

Me encargaría de ello.

Golpeé la mesa con las yemas de los dedos.

—¿Estás segura de que la Casa de las Espadas se ha aliado con Larsson?

Pesha resopló.

—Sí. No sabía que estaban tramando traición, mi señor.

—Y el señor Hesh se ha aliado con un traidor. ¿Eso fue lo que te dijo el segundo oficial?

—Sí. Hasta donde entiendo, Guardahuesos tiene sus propios planes, pero cuando Guardahuesos se alce, el señor Hesh quiere resarcirse por lo que perdió durante las guerras con los elfos de la tierra. Quiere que los elfos de la tierra se arrodillen ante él. La Casa de las Espadas ya está enviando gente a través del Abismo para causar algo de tormento antes de que Hesh lleve la guerra.

Aquello explicaba los avistamientos de elfos marinos que habían obligado a dividir a los guerreros Rave por los reinos de los elfos de la tierra.

—Esto podría ser la razón por la que Larsson actuó —susurró Celine—. Ha encontrado algo, algún tipo de poder, y Hesh lo sabe, y eso lo envalentona.

Apreté el puño sobre la rodilla.

—Cuando estabas atendiendo al segundo oficial, ¿dijo dónde se estaban reuniendo?

—Soy buena en lo que hago, mi rey —respondió Pesha—. Lo mantuve hablando, y lo mantuve ocupado en otros asuntos, después de todo. Aunque temo que mi respuesta no le agradará.

—Dímela igual.

—Dijo que es una isla que la gente no puede encontrar, porque está protegida por hechizos. Solo el señor de las espadas puede cruzar. Tiene una marca o alguna llave, según me dijo. Paedar no sabía exactamente qué, pero es la única forma de encontrar y pisar esa isla. Ni siquiera la tripulación desembarca. Eso es todo lo que sé, mi rey.

Mi mente se estaba hundiendo en un tipo de oscuridad asfixiante. Un odio tan feroz que calentaba mi piel, abrasando lo que quedaba de mi corazón. La muerte sería demasiado rápida para Larsson.

Moriría, sí, pero le llevaría una eternidad. Quizá toda mi vida.

Sí. Lo atendería el resto de mis días: cortando, arrancando, tallando. Lo atendería hasta reducirlo lentamente a los huesos.

Pesha susurró una súplica para retirarse de la mesa. Le hice un gesto para que se marchara.

—Mareas oscuras, anguilita —susurró Sewell, el miedo vivo en sus ojos sombríos—. Se lo dije a nuestro zorro, ellos lo ven… —Se golpeó la piel cerca del pliegue del codo, señalando el lugar en el que habría estado la marca de la Casa de los Reyes en Livia—. La toman como tomaron a dos anguilitas por cambiar las mareas.

Sewell había perdido amor y familia por oponerse a las costumbres del Eterno. Larsson podía tener otras razones, pero Hesh formaba parte de aquello. Había contribuido al sufrimiento de mi

pajarilla por mi culpa. Porque yo deseaba un reino nuevo que no fuese el de mi padre.

Tendríamos que vigilar nuestras espaldas por Hesh y sus hombres. Si planeaban volver al hogar de los elfos de la tierra, a derramar más sangre, no cabía duda de que habría vigías atentos a la *Nave Eterna.*

—Sean cuales sean los hechizos oscuros que estén usando —propuso Aleksi—, podrían haberlos empleado para atrapar a Gavyn. Tal vez estaba cerca de encontrar a Liv y ellos lo supieron.

Asentí hacia Sewell, dispuesto a admitir que sin duda había algo extraño tanto en la ausencia de Gavyn como en el relato de Pesha.

—Rey Erik —interrumpió la patrona de la taberna—. Han solicitado su presencia en las habitaciones de arriba.

—No.

Mariope se movió con incomodidad.

—Mi rey, creo que querrá atender esta reunión.

—Buscadores, anguilita —dijo Sewell, con un soplo de esperanza.

Dioses, tenía razón. Podía ser Gavyn.

Mariope nos condujo por las escaleras terriblemente empinadas y tortuosas hasta la sala donde debíamos reunirnos. Como siempre, cuando por fin alcancé la cima, llegué a considerar seriamente cortarme la pierna. Nadie hizo preguntas; todos siguieron adelante, cada uno de los miembros de la realeza inquieto por las historias de Pesha.

Entré en la habitación, pero me detuve en seco.

—Narza.

Mi abuela estaba de pie frente a la estrecha cama del cuarto.

Su cabello, ahora de un tono suave coral, caía en ondas sueltas sobre sus hombros. Conchas y espinas de pez coronaban su cabeza, y su vestido, de satén de alga, relucía bajo la luz de las velas.

Tensé la mandíbula.

—No esperaba verte. Me dijeron que habías abandonado el Eterno.

Ella entrelazó los dedos frente al cuerpo, rígida y firme como siempre.

—Es cierto. Regresamos al amanecer, pero cuando me informaron que habías tomado el talismán, te seguí de inmediato, rey Erik. No estábamos muy lejos.

La Casa de las Brumas era conocida por navegar, a veces, incluso más rápido que la *Nave Eterna,* gracias a sus hechizos de corrientes e invocación de vientos.

Acaricié la correa de cuero de Torbellino alrededor de mi cuello.

—Por la forma en que dejamos los reinos de los elfos de la tierra, no estaba seguro de cómo te recibirían.

—No muy bien —respondió Narza, con una leve mueca—. Se hicieron pactos, pero considero que son para tu beneficio.

—Pactos —repetí, sintiendo cómo se erizaban los vellos de mi nuca—. ¿Qué clase de pactos?

—De los que te darán ventaja sobre nuestros enemigos.

Por el umbral de la puerta arqueada que daba al angosto lavabo, otra figura irrumpió en la habitación. Alta y de presencia toscamente imponente, vestía de negro como tinta derramada, con una máscara de tela roja que le cubría desde la nariz hasta el mentón. Tiró de ella hacia abajo, revelando la boca fruncida y la mandíbula apretada.

—Por todos los infiernos sangrientos —murmuró Aleksi.

Me quedé inmóvil, la lengua seca, paralizado por la sorpresa, sin poder ni pensar ni reaccionar.

Los ojos oscuros de Valen Ferus ardían con un odio palpable.

—Hola, Cantasangre —dijo con voz firme—. Aún tenemos asuntos pendientes.

Capítulo 16

La serpiente

El acero rebanaba el cuero. Tenía el sable libre, pero a mi espalda, Celine, Sewell y Tait también estaban listos. Valen simplemente apoyaba las manos sobre las cabezas de acero negro de sus hachas, con las gemelas de la muerte colgando de su cinturón.

De la misma habitación emergió otro hombre, vestido como un alto asesino. Una capucha de lana arrugada alrededor del cuello, gruesos cinturones que afinaban su cintura, y el brillo de cuchillos y dagas en cada extremidad.

—Guerrero.

—Erik. —Stieg se interpuso entre la punta de mi espada y su rey —. Guarda tu hoja.

—No han venido a matarte, rey Erik —dijo Narza, con una calma inquietante en la voz.

—Tú no estabas allí. —Mi mirada se fijó en el maestro de tierra, sin parpadear—. Te aseguro que nada le agradaría más.

Valen rodeó a Stieg, pero enfrentó a la joven realeza, sumida en una especie de desconcierto.

Aleksi tragó saliva con esfuerzo.

—Tío.

—Tor llegó al fuerte —dijo Valen con rigidez—. Sol envió noticias al Norte en el instante en que apareciste con vida. Así que tu padre llegó a un fuerte desprovisto del hijo que creyó muerto durante semanas. Vi a tus dos padres llorarte de nuevo. —El maestro de tierra se giró hacia la princesa—: Vi a tus padres al llegar. Dos almas que han perdido tanto; los vi perder la cordura intentando cruzar el mar hacia una hija que temen que se pierda como lo hizo la mía. Y vosotros dos. —Los príncipes gemelos se tensaron, pero mantuvieron la lengua quieta; el respeto por el maestro de tierra oscurecía sus rostros—. Vuestra madre y vuestro padre son de la gente más resistente que he conocido. —Valen se acercó tanto que

sus narices casi se tocaban—. No quiero volver a verlos quebrarse como lo hicieron cuando llegaron y no encontraron a sus hijos para recibirlos.

El silencio se espesó en el aire. Diez respiraciones, quizá más. La presión se me incrustó en los poros de la piel, como si el doloroso remordimiento de cada elfo real de la tierra fluyera por mis venas. Con cautela, Tait y Celine bajaron sus armas y se colocaron junto a Sewell.

Enfundé mi espada, sin saber muy bien cómo moverme.

Por fin, cuando las paredes parecían a punto de aplastarnos a todos, Aleksi inclinó la cabeza y enfrentó al maestro de tierra.

—Perdónanos, tío. Liberamos al rey eterno. Esto no fue obra del Cantasangre. Conozco al Eterno, conozco a este enemigo, y no podíamos esperar a que llegaran los demás. No podíamos esperar un consejo y una estrategia.

—Así que pensasteis que era sabio manipular a mi hijo para liberar a un hombre que ha matado a muchos de los nuestros, que raptó a una princesa de los reinos, y seguirlo sin una palabra de despedida.

—Dejé una nota —susurró Mira.

—Ah, sí. —Valen la fulminó—. Justo lo que todo padre quiere: un mensaje diciendo que quizá jamás vuelva a ver a su hija, escondido de tal forma —añadió— que no fue encontrado hasta casi dos días después.

Narza rozó mi brazo. Inclinó la cabeza, ordenándome en silencio que hablara. ¿Qué demonios se suponía que debía decir? No pensaba perder el tiempo llevando a la realeza de vuelta a casa solo para aliviar los corazones rotos de sus familias.

Ellos tomaron sus decisiones, y yo avanzaría desde aquí. No iría hacia atrás.

—Enfádate si quieres, maestro de tierra, pero no estaban equivocados.

Mi voz salió pareja, firme. Por dentro, hervía una inquietud densa.

—Iríamos con un retraso de días si me hubieran dejado en ese cuarto mientras reyes y reinas debatían cómo ejecutarme.

La boca de Valen se tensó. Sin duda quería aplastarme el cráneo bajo sus botas.

—No estamos diciendo que tú u otros no quisierais comenzar la búsqueda, tío —intervino Aleksi—. Pero se estaba perdiendo un tiempo que no teníamos.

—Él lo sabe. —Stieg se sentó en el borde de la cama, con una sonrisa en el rostro que estaba fuera de lugar—. Por eso estamos aquí solo dos. Tuvimos que hacer lo mismo.

Mira arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

Los rasgos de Valen se suavizaron, aún cargados, aún furiosos, pero con una grieta ligera en la rabia.

—¿Es que no estabais escuchando? Todas las coronas están en el fuerte. ¿Creéis que alguno de vuestros padres se habría quedado atrás por voluntad propia?

—Ya que lo sabéis, quizá ahora me escuchéis con más calma —dijo Narza—. Nuestros barcos simplemente no pueden albergar ejércitos completos junto con nuestras tripulaciones.

Jonas soltó una risa tímida, tensa, y poco a poco volvió el destello travieso a sus ojos.

—¿Os escapasteis? Elise te va a matar.

—Elise fue la mente detrás de ello. Alguien tenía que ir tras vosotros, y ella creyó al Cantasangre cuando dijo que la corriente la aplastaría. Después de atravesarla, concuerdo. Yo vine porque esta enemistad se ha forjado entre mi casa y el rey eterno.

Ahora Sander rio quedamente.

—Entonces estamos todos muertos cuando volvamos. ¿Tú incluido, Valen?

El maestro de tierra se aclaró la garganta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Estoy seguro de que mis compañeros reyes tendrán palabras duras sobre mi partida.

—No le preocupan los reyes —dijo Stieg—. Son las reinas.

Valen arrancó un hacha de su cinturón y luego la otra. Las colocó sobre la mesa, cruzadas por los mangos, y luego dio un paso atrás.

—Propongo a una tregua, Cantasangre. Por ahora. Nuestras ambiciones coinciden. Solo deseo encontrar a mi hija, y dado que no me diste otra opción más que seguirte hasta aquí, estoy contigo. Por ahora.

Oscureció el tono en la segunda declaración, dejando claro que cualquier alianza que pudiera formarse en aquella habitación mohosa sería temporal.

Aceptaría lo temporal.

Dejé caer mi sable sobre la mesa.

—De acuerdo, maestro de tierra.

Valen dio un golpe a la pata de una silla, deslizándola, y se sentó. Me hizo un gesto para que tomara asiento frente a él.

—Entonces dime lo que has aprendido.



Para cuando terminé de explicar la traición de Larsson, la posibilidad de que fuera hijo bastardo de Thorvald y el relato de Pesha, los demás ya habían encontrado dónde acomodarse en la sala.

Stieg se sentó junto a Celine y Sander en la estrecha litera. Jonas y Aleksi se habían encaramado al alféizar de la ventana, mientras Sewell, Mira y Narza se unieron a nosotros en la mesa.

—Tu hijo —dijo Valen, mirando a Sewell—. ¿No suele desaparecer así?

No había razón para ocultarle la verdad sobre la sangre de Gavyn a Valen. Los elfos de la tierra considerarían despreciable la destrucción de la compañera y la familia de Sewell.

Sewell tamborileó los dedos sobre la mesa.

—El muchacho habla a través del mar. Calma nuestros corazones.

—Lo que dice —añadió Celine— es que mi hermano suele enviar noticias. Incluso si solo es para hacernos saber que sigue con vida. Yo siempre estoy con Daj en el barco, pero Gavyn se mantiene aparte. Hablamos a menudo mediante misivas o a través de las mareas.

—¿Porque puedes oírlo y hablar a través del mar? —preguntó Valen, más bien repitiendo las palabras para que se asentaran en su mente.

—Sí —Celine se miraba las manos, y se daba golpecitos en la rodilla—. Maestro de tierra, yo no… no quiero que nos la quites.

—Cantamareas —dije entre dientes.

—Déjala hablar —dijo Valen—. ¿Qué quieres decir?

Celine era audaz, incluso mortal con una espada, cuando no estaba alterada. Con cualquiera que no fuera de su sangre, además de con Livia y conmigo, permanecía tan silenciosa como un susurro en la tormenta.

Aun así, enderezó la columna y enfrentó la mirada de Valen sin vacilar.

—Sé que odias lo que hizo mi rey, pero fue magia antigua la que los unió, de la que ninguno de nosotros entendía nada. Ni siquiera él. El Eterno la llamó, y ella es… bueno, ahora es parte de nosotros. Importa para ti, pero también importa para nosotros. He visto el vínculo; es real, maestro de tierra.

Por primera vez, el ceño fruncido de Valen desapareció. Se reclinó en su silla, estudiando a Celine. Tras un momento, una ligera sonrisa asomó en la comisura de su boca.

—Me alegra que no estuviera sola cuando fue obligada a venir aquí.

El padre de Livia siempre me despreciaría por lo que había hecho. No podía culparlo; yo siempre despreciaría a Larsson por hacer lo mismo.

—Debo zarpar —interrumpió Narza. Mi abuela permaneció en silencio, estoica, una mera espectadora durante la reunión.

—¿Regresas a la Casa de las Brumas? —pregunté.

—No. Regreso a través del Abismo.

—¿Qué?

—Te lo he dicho, rey Erik, se hicieron pactos.

—Eso no me dice nada.

Narza se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Con una confianza tan ferozmente rota, era necesario que hubiera algo que les asegurara que no estaba allí para causar daño

ni para hacerle daño a un rey.

Mi abuela asintió al maestro de tierra.

—¿A qué te refieres?

—Existe una magia antigua que antes se utilizaba durante los tratados de paz, una demostración de alianzas sólidas tras batallas o escaramuzas. Es un hechizo llamado *neach-dai.* Cada vínculo genera la necesidad de proteger, pero esa es la única similitud entre este y otros vínculos. Por lo demás, es bastante especial, porque las especificaciones de lo que traerá más paz las determinan aquellos que recibirán al vinculado.

—¿Qué has hecho, Narza? —Mi voz era una hoja, afilada y cortante.

—Es un vínculo de por vida —continuó ella, con voz áspera—. Un vinculado solo se libera mediante la muerte o un intercambio, cuando otro acepta el *neach-dai* en su nombre. Ahora estoy vinculada a los elfos de tierra y he jurado protegerlos según las necesidades especificadas.

—¿Pero qué condenados infiernos…? —Me volví hacia el maestro de tierra, atónito—. Ella es una dama del Eterno.

El rostro de Valen ardió.

—Y mi hija es una princesa.

Dioses sangrantes. Negué con la cabeza, encarando a mi abuela.

—¿Qué especificaciones? ¿Qué significa eso?

Cuando Narza vaciló, Valen se puso de pie.

—Solicitamos que permaneciera en nuestros reinos para resguardarlos contra los pueblos del mar si llegaban a suponer una amenaza. Lo cual encaja, ya que, por lo que parece, más de ellos planean serlo.

—Ella lidera la Casa de las Brumas aquí —repliqué, frenético—. Tiene familia aquí.

Valen mostró un atisbo de pesar en la mirada durante media respiración, luego su expresión se endureció.

—No tengo problemas con la bruja del mar, pero ya estás aprendiendo lo devastador que puede ser, Cantasangre.

Odiaba cada palabra, pero tenía razón. Me había llevado a Livia con la intención de devastar a su gente y a quienes amaba. No

estaba particularmente unido a Narza, pero se me hizo un nudo en el pecho ante la idea de que se viera obligada a vivir en otro lugar.

—Lo acepté, Erik —susurró Narza, acercándose despacio—. Esto, por lo que luchas, lo que estás haciendo, es más importante que dónde viva el resto de mis días. No son gente cruel. No me harán daño. El *neach-dai* está pensado como un vínculo pacífico para nuevos aliados. Yo los protejo, pero ellos también me protegen. Como vinculada, simplemente cumplo con los parámetros establecidos en el acuerdo. Tienen costas abiertas, y conozco los movimientos de los elfos del mar; la necesidad de protección en sus reinos es razonable.

—¿Volverás alguna vez?

—No puedo quedarme mucho si lo hago. Ya siento que me pide que vuelva.

—¿Y si no lo haces?

Narza inclinó la cabeza.

—Creo que entiendes los lazos profundos lo suficiente para adivinarlo, nieto.

Moriría. Romper el vínculo y morir.

—No puedes retenerla —dije a Valen—. No te habría traicionado. Tienes una catadora de mentiras. ¿No fue suficiente su palabra?

—Junius ya había ido a encontrarse con su gente, esperando transmitir lo que ella había aprendido, para ahorrar tiempo en nuestros consejos. Este vínculo fue un acuerdo, Cantasangre —dijo Valen—. Después de todo lo que has hecho, ¿cómo esperas que confiemos en los elfos del mar? Sin mencionar que todos los condenados herederos de todos los condenados tronos están aquí en el Eterno, salvo mi hijo. Necesitábamos asegurarnos de que ninguna línea real sería destruida por confiar equivocadamente.

—Erik —dijo Stieg—. Así fue como pudimos tomar una decisión rápida. Necesitábamos certezas.

—De verdad —dijo Narza, con una suave sonrisa en los labios—. ¿Me creéis tan frágil que no puedo defenderme? Ahora que sospechamos de Hesh, admítelo, rey Erik: esto demostrará la unidad que deseabas para nuestro pueblo. Si él llega, se encontrará con las fuerzas de dos mundos.

—No sabemos qué fuerzas ha reunido Larsson —susurré—. ¿Y si se te necesita aquí?

—Tendrás todo el apoyo de mi casa, Erik. —Los ojos de Narza se volvieron vidriosos al mirarme—. Debí haber luchado más. No debí haber asumido tan rápido que serías otro Thorvald, más allá de toda crítica. Me equivoqué. Eres el rey que el Eterno necesita, y la Casa de las Brumas está contigo.

Quería desvanecerme entre las tablas del suelo. Cada maldito par de ojos seguía aquella interacción desconcertante.

Mi abuela no era una mujer suave ni gentil. Era una líder, una bruja del mar capaz de conjurar hechizos aterradores. Odiaba ver ese lado suyo, un asomo de remordimiento en sus facciones, lo odiaba con cada respiración. No quería que se detuviera.

—¿Tu gente no le hará daño? —pregunté a Valen, con la voz áspera.

—En lo más mínimo —respondió—. Y cuando regresemos, me aseguraré personalmente de que tenga cuanto desee. Cualquiera de los suyos, como has dicho, su familia, será bienvenido en nuestras tierras.

No me bastaba. Quería arremeter contra el maestro de tierra, contra el guerrero. Quería culparlos por lo ocurrido, por los pactos hechos, pero todo recaía sobre mis hombros.

—Deberíais usar la caracola pronto, rey de la tierra —dijo Narza—. ¿Recordáis cómo se hace?

Valen extrajo una cadena de plata de debajo de su túnica. En el centro pendía una caracola pálida y enroscada.

—¿Basta con hablarle?

—Empieza siempre por su nombre.

El maestro de tierra frunció el ceño, incrédulo, pero alzó lentamente la boca de la caracola hacia sus labios.

—Ror. ¿Me oyes?

Mi abuela se situó a mi lado.

—¿Recuerdas este hechizo?

—El festival de la cosecha. —Observé al elfo levantar la caracola hacia su oído, expectante—. Cuando no dejaba de escaparme y mi

madre temía que me perdiera. Hechizaste dos caracolas para que pudiera llamarla.

—Eras un niño terriblemente inquieto. —Narza bajó un poco la cabeza—. Le daba paz a Oline saber que siempre podía hablar contigo. Pensé que podría ofrecer lo mismo a quienes se quedaron atrás.

—Gracias. —Me aclaré la garganta—. Abuela. Este sacrificio… jamás será olvidado.

—Su ayuda es necesaria. Tú y tu reina estáis destinados a sanar el odio entre mundos, Erik. Lo sé hasta en los huesos. —Narza hizo una pausa, tomándose un instante para sonreír ante la charla que llenaba la habitación—. Y hablo en serio: no son crueles, Erik. Están heridos.

—No conociste a un padre amable, pero él —asintió hacia el maestro de tierra— es un padre que haría cualquier cosa por proteger a sus hijos. Este vínculo no lo tomó a la ligera y solo fue porque yo lo animé a hacerlo. Solo quiere que su hija esté segura. No lo culpes por mi elección, no te culpes a ti mismo, y no dejes que sea en vano. Búscala. Y, por supuesto, ven a verme de vez en cuando.

Solté una risa suave, apenas audible.

—¡Lo oigo! —Valen se puso de pie, dejando escapar una risa áspera de su garganta. El sonido era extraño. Lo conocía solo de una guerra, severo y desesperado por la paz, y ahora como un hombre que probablemente soñaba con derramar mi sangre. No esto, no un padre riéndose al escuchar la voz de su hijo.

—Sí —habló de nuevo a la caracola—. Dile a Maj que los encontramos. No, Rorik, guarda silencio un momento, tu madre se encargará de Ari, no tú.

Valen miró a Mira, cuyo mentón temblaba.

—Sí, tenemos una pista sobre Liv.

La sonrisa de Valen era genuina al escuchar la respuesta de Rorik.

—No, hijo, no lo he matado. —El maestro de tierra negó con la cabeza—. No, y tampoco he decidido si me agrada que le hayas tomado afecto.

Jonas resopló.

—Conquistando a Ror con unas pocas palabras, rey eterno.

—Le dije que era temible con la espada.

—Eso bastará —dijo Aleksi—. Haz que crea que será el próximo capitán de los Rave, y Ror será tu amigo más leal.

Era demasiado raro, demasiado extraño. Conseguir una alianza para salvar a Livia era una cosa, pero sentir un lazo de amistad con los elfos de tierra era otro asunto que no sabía cómo asimilar.

—Ror, no puedo escucharte.

—Se desvanece —explicó Narza—. Solo dura unos instantes desde que comienzas a hablar. Con esta distancia, el canal probablemente solo se abrirá una vez, quizá dos al día.

—Se está desvaneciendo, hijo. Hablaré contigo pronto —dijo Valen, con voz suave—. Presta atención a lo que tu madre y tus tíos te pidan. Estoy orgulloso de ti. Te quiero.

Un sentimiento extraño se enraizó en mi pecho: un poco de envidia, un toque de anhelo, un montón de remordimiento. Ni una sola vez mi padre me había dicho algo así. Cuando me secuestraron a los cuatro años, gritó que devolvieran a su heredero, no a su hijo. Un recuerdo difuso de Thorvald exigiendo que honrara al Eterno era todo lo que tenía del hombre en mi momento más aterrador.

—No puedo escucharlo. —Valen miró a Stieg, luego guardó la caracola hechizada bajo su túnica—. Entonces, Cantasangre, ¿vamos o no?

Una vez fuera de la Torre, nos situamos cerca de los muelles mientras la tripulación del Eterno cargaba lanchas y botes con algunos suministros.

Tavish había bajado de su barco y estaba junto a Narza, discutiendo sobre la tripulación de su nave y sobre las ventajas de un vínculo *neach-dai,* hasta que vio la inutilidad de ello, se despidió con un sombrío adiós y se marchó a preparar a su tripulación.

Narza se cubrió los hombros con una capa plateada que parecía luz estelar, con la mirada fija en la *Nave Eterna* en el mar.

—Cuídate, nieto. El vínculo me está llamando de vuelta.

Tragué saliva.

—Enviaré noticias cuando pueda.

Extraño, pero un nuevo vacío se abrió en mi pecho cuando Narza se deslizó hacia la embarcación más pequeña que Tavish había traído. Había insistido en que el *Ala Sombría,* el barco de la Casa de las Brumas, quedara para nuestro uso, y Tavish lo pilotaría junto a la *Nave Eterna.*

—Mi rey. —A mitad del muelle, Pesha agitaba las manos.

—Tenemos viento que aprovechar, mujer. —No me detuve y me dirigí a la orilla.

—¡Rey Erik! —Pesha puso la voz aguda y me tocó el brazo—. Espere.

—¿Qué pasa?

—Paedar… no se lo dije, y debí haberlo hecho, pero… no puedo guardarlo más. No después de lo que sé.

—¡Habla! —bufé.

—Él era… él era mi encuentro, mi rey.

Pesha gritó cuando le tomé el brazo, no lo suficientemente fuerte como para hacerle daño, más bien me había dejado llevar por el pánico, por la esperanza de que tal vez…

—¿Está aquí? ¿La tiene?

Lágrimas bordeaban sus larguísimas pestañas.

—No, mi rey. Solo vino a un encuentro, pero esta vez venía acompañado de otro hombre de la tripulación. Ellos… vieron el barco real. Están escabulléndose a bordo de sus cubiertas.

Clavé la mirada en la *Nave Eterna.* Una sonrisa oscura se curvó en el lado de mi boca cubierto por una cicatriz. ¿Los hombres de Hesh abordando el barco del rey?

Esperarían enviarme al Otro Mundo.

Y, en cambio, yo me encargaría de enviarlos a ellos.

Capítulo 17

La serpiente

—¿Crees que decía la verdad? —Tait se rascó la barbilla sombreada por la barba—. No he visto a nadie fuera de lugar.

—Podrían haberse mezclado con la tripulación en la Torre —dijo Aleksi.

—Más asesinos medio idiotas. —Me dejé caer en una silla junto a la mesa.

Los asesinos eran un estorbo cualquier día, pero estos desgraciados —dondequiera que estuvieran en la cubierta— eran pura molestia. Cada pausa, cada retraso, me separaba más de Livia y añadía otra capa de violencia a mi interior.

Sewell tamborileó sobre la página del libro.

—Mareas oscuras, anguilita. Mareas muy oscuras. Pero si logramos que uno susurre, quizá veamos la mente de las falsas anguilas.

—Sí. Bien dicho, Sewell. —Le sujeté el hombro y lo sacudí con suavidad—. Si hacemos gritar a uno, quizá averigüemos exactamente dónde tienen Hesh o Larsson a Livia. Que griten ahora.

Valen, sombrío y callado, apoyado contra la pared, escrutaba cada uno de mis movimientos. El elfo de tierra había dicho poco sobre traidores; solo nos seguía, atento, escuchando cómo nuestro plan se urdía con rapidez para mostrar lo que ocurre cuando se traiciona al rey eterno.

La boca de Sewell se contrajo en un leve tic.

—Quema los huesos, anguilita.

Cuando pusiera mis manos sobre ellos, harían más que quemar: se pudrirían de adentro hacia fuera.

En la cubierta principal, Tait y los elfos de tierra ordenaron a la tripulación formar una fila. Algunos hombres se movían con inquietud; otros ni se inmutaban, fumaban hierba y exhalaban nubes hacia la luz moribunda.

Cuando pisé la cubierta, todos enderezaron la espalda.

Nadie parecía fuera de lugar, y eso solo avivó la rabia en mi sangre.

—Caminacorazones —dije en voz baja, para que nadie me oyera por encima del bramido del mar—. ¿Alguno desea mi muerte?

—Estoy bloqueado, Erik. Han venido preparados con conjuros o resguardos, sabiendo lo que hace mi voz, sin duda.

Resguardos. Hechizos. Una isla a la que no se podía acceder sin una maldita llave. Cuantos más relatos oía, más claro tenía que Larsson contaba con la ayuda de esas condenadas brujas del mar.

—Entonces lo haremos a mi manera.

—Por esto prefiero tu manera —dijo Tait, con los dientes brillando con fiereza.

Tavish se apartó de la barandilla. Había subido a bordo insistiendo en ayudarnos en la caza.

—Trabajaré para romper cualquier maldición o hechizo.

—Sin que se den cuenta.

—Jamás lo hacen —dijo, desvaneciéndose en dirección al extremo opuesto de la cubierta.

Me planté en el centro, frente a la fila de mis hombres, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Brazos extendidos, desgraciados. Si alguno se sale de la fila, se traga su hoja.

Murmullos nerviosos recorrieron al grupo mientras se remangaban las túnicas, mostrando toda clase de cicatrices y tatuajes. Algunos lanzaron miradas cautelosas al ver que Sewell, Celine y Tait no estaban con ellos, sino reuniendo armas.

Valen vería las partes más oscuras, los bordes de mi alma que su hija decía amar, y no podía contenerlos a pesar de su presencia. Estaba endemoniadamente cerca de necesitar que cualquiera que hubiese tenido algo que ver con el daño a Livia sufriera.

Él lo aceptaría, o no. En este momento, me importaba poco.

El primer hombre de la fila era un bastardo anciano conocido simplemente como Cicatriz, por la línea tensa y macabra de carne mutilada que hundía la mitad de su rostro.

Le abrí la fina piel de la muñeca con un tajo.

Cicatriz se estremeció; los ojos se le cerraron de golpe y desaparecieron bajo los pliegues de piel y las cejas espesas. Antes de que pudiera apartarse, me corté el pulgar en uno de mis colmillos y presioné la punta contra la herida abierta de su brazo.

Murmullos crecieron entre la tripulación, alimentando la inquietud. Nadie protestó. Nadie dio un paso atrás, pero cada vez menos hombres se atrevieron a mirarme a los ojos.

—No he hecho nada para dañar su vínculo, rey Erik —susurró Cicatriz, aún con los ojos cerrados.

Esperé diez respiraciones antes de revisar sus venas. Azules y marcadas bajo su piel envejecida, pero sin vetas negras, sin espasmos. El vínculo de sangre del barco seguía intacto. Todavía era respetado. La tripulación del Eterno, mientras se mantuviera leal, no podía ser dañada por mi sangre estando a bordo.

Solté el brazo de Cicatriz y avancé por la fila. Uno por uno, los hombres permitieron que envenenara su sangre.

Portatormentas ofreció su brazo antes de que yo llegara a él.

—No soy idiota, mi rey. Sé muy bien de qué va todo esto. Mándeme a los infiernos del mar si he traicionado a mi rey y a nuestra tierra querida.

Por primera vez, dudé. Cuando me rescataron de los elfos de tierra siendo un crío, Portatormentas era un muchacho de quince, cumpliendo su primer turno en la *Nave Eterna.*

Después de que Thorvald cayera bajo el hacha de Valen, para distraerme, Portatormentas me llevó a la cubierta inferior, después de robar unas gotas de miel de un escondite secreto en la cocina, y me contó historias de su isla natal cerca de la Torre hasta que me quedé dormido.

Yo siempre había sido distante, algo frío con mi tripulación, pero aparte de Sewell, Celine y Tait, Portatormentas era uno de los pocos a quienes no deseaba matar.

—Cuando la verdad salga a la luz —dijo Portatormentas, inclinándose hasta que la correa del parche que cubría su ojo perdido casi rozó mi ceja—, lo mejor es hacerles pagar con dolor, digo yo.

Su sangre no se pudrió al mezclarse con la mía. Tal vez me lo imaginé, pero creí que Celine dejó escapar un suspiro de alivio en cuanto avancé hacia el siguiente.

El tercer hombre de la segunda fila… no sabía su nombre. No era algo del todo inusual. Tait y Larsson reclutaban a más gente que yo y, con el paso de los ciclos y la oscuridad, hacía mucho que había dejado de intentar conocer a los nuevos. Mi mente estaba en otros sitios.

Aun así, el vello de mi nuca se erizó cuando estudié su rostro.

—¿Recluta nuevo?

—Sí —dijo con rudeza, dedicándome una mueca desde debajo de una barba rojiza y áspera.

Le agarré la muñeca y abrí su piel con un tajo. Mi sangre cayó en la herida. Una respiración. Cinco. Nada.

Solté su muñeca, intranquilo, y estaba a punto de avanzar al siguiente cuando tosió. El bastardo se dobló en dos, llevándose una mano al pecho; la espuma oscura se le acumulaba en los labios. Sus ojos se tiñeron de un amarillo enfermizo y encontró los míos con un horror absoluto.

—¿Cómo? —Le dio una arcada—. Ella d… d… dijo que nos… protegería…

Tavish soltó una carcajada desde el otro extremo de la cubierta.

—Ah, vuestra brujita quizá lo prometió, pero esas protecciones solo sirven si ningún otro rompe el hechizo. —Movió los dedos en el aire y me guiñó un ojo, como si fuéramos amigos—. Disfrute, mi rey. Parece que tiene uno más.

En el extremo de la fila, un hombre envuelto en un grueso abrigo de lona salió disparado hacia la baranda del barco. Los príncipes gemelos estaban más cerca y bloquearon su huida. Con ojos del color de la medianoche, Jonas y Sander acorralaron al cobarde lejos del borde. En segundos, el elfo suplicaba a alguna criatura, algún horror, que lo dejara en paz.

Gimoteó, cayendo de rodillas. La presión en el aire se acumuló como una tormenta en ciernes. Los príncipes se arrodillaron junto a su víctima sin pronunciar una palabra, pero fuera lo que fuera que

hacía su magia, estaba torturando al traidor a través de la mente. El hombre chilló, luchando contra enemigos invisibles.

Magia de pesadilla. Sonreí, satisfecho al instante de haberme llevado a unos cuantos elfos de tierra.

El bastardo a mis pies convulsionaba por el veneno que se extendía. Demasiado simple.

Mis dedos se cerraron alrededor de su garganta; arrastré su rostro enrojecido hasta el mío y tarareé. El sonido fue bajo, oscuro, cruel. Su cuerpo dejó de convulsionar y sus venas se aclararon.

Cuando sus respiraciones se volvieron más lentas, lo arrojé hacia atrás.

—¿Cómo te llamas, traidor del Eterno?

—Paedar Reclamahojas, mi rey.

—Ah. Segundo oficial del *Tormenta de Fuego,* según he oído.

No respondió de inmediato, pero terminó inclinando la cabeza despacio.

—Pero yo… yo… yo no hice nada, lo juro por los dioses. No hice nada. Estoy ligado a la tripulación, verá, y… —Se detuvo para tragar la saliva espesa que le colgaba de los labios—. No tenemos elección si nuestro señor lo ordena. Lo juro. Pero yo no le hice nada a ella.

Un calor abrasador recorrió las cicatrices, las fracturas que aún persistían en los huesos de mis piernas, cuando me agaché frente al bastardo. Sus facciones estaban endurecidas por largos días bajo el sol. Mechones apelmazados le caían sobre los hombros anchos, y los dientes inferiores sobresalían por encima de los superiores, ocultando las puntas afiladas de los colmillos.

Era más grande que yo, sin duda más fuerte, y aun así temblaba como una anguila enganchada en un anzuelo.

—¿No hiciste nada, dices?

Hice una pausa lo bastante larga como para que Reclamahojas no supiera cuál sería mi siguiente movimiento. Luego, hundí la punta de mi espada en la grasa de su vientre.

—Lo que no hiciste —le siseé al oído— fue confesarle a tu rey que el señor de tu casa había traicionado a su reino. Lo que no hiciste… —retorcí el sable en su carne, saboreando el sollozo de dolor— fue impedir que Guardahuesos conspirara contra mí. —Otro giro, otro

alarido—. Y lo que no hiciste fue hablar de dónde se la llevaron. Eso, por supuesto, es lo peor de todo lo que no hiciste.

Me mordí la punta de la lengua hasta que el gusto agrio de la sangre me llenó la boca, y luego escupí en su rostro, observando cómo la sangre aguada bajaba por su nariz torcida hasta sus labios. Con un dedo, recogí la mezcla y le pinté el interior de la boca.

Reclamahojas gritó y se agitó, y yo hundí aún más la espada que seguía clavada en su vientre.

Con una rodilla, lo empujé hacia atrás, observando por el rabillo del ojo cómo su cuerpo se retorcía y convulsionaba, cómo las venas ennegrecidas se deslizaban por los costados de su cuello.

Se alzaron murmullos entre los presentes —probablemente elfos de tierra— al contemplar con cierto horror la verdad de lo que mi sangre podía hacer. Me importaba una mierda. Las garras de la sed de sangre ya se habían aferrado a mí, y lo único que anhelaba eran esos malditos gritos que desgarraban la noche.

Mientras Reclamahojas sucumbía al veneno, fue perdiendo los dedos uno por uno. Jadeaba cuando perdió los ojos. Su corazón se detuvo antes de que yo terminara de arrancarle las puntas de las orejas.

Me limpié la sangre de las pestañas con la manga y escupí sobre las tablas del suelo. Me giré hacia donde Jonas y Sander aún se mantenían cerca del elfo que gimoteaba, encogido a sus pies.

—¡Llévenlo a los calabozos! —grité, haciendo un gesto hacia dos tripulantes—. ¡Asegúrense de que sepa lo que les ocurre a los traidores en la *Nave Eterna!*

Los hombres arrastraron al segundo asesino de Hesh, pasándolo junto al traidor caído. Mis labios se curvaron en una sonrisa austera cuando el muy cobarde vomitó ante la carnicería.

—¡Mi rey! —vociferó Tavish desde la otra punta de la cubierta.

El corazón se me detuvo, inmóvil como el cuerpo a mis pies, cuando Alek irrumpió entre la tripulación con un hombre apoyado en su hombro.

—Erik. —La cara de Gavyn estaba demacrada, con un hilo de sangre cayéndole del labio—. La encontré.

Capítulo 18

La serpiente

Gavyn encontró un asiento al borde de mi catre, la columna curvada como una guadaña.

Le habían ofrecido una túnica limpia y pantalones a medio cortar, pero mantuvo los pies descalzos. Aunque rara vez estaba desaliñado, ahora su cabello oscuro caía suelto alrededor de sus rasgos, y más barba que de costumbre oscurecía su piel morena. En sus manos sostenía un recipiente de hojalata humeante con una mezcla de Sewell que olía a clavo y menta.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Tait.

Antes de que Gavyn respondiera, Tavish levantó tres dedos.

—Disculpen, ¿debería pedir permiso antes de lanzar hechizos de señal? —dijo—. Pensé que debíamos tener una forma de traerlo de vuelta, ya que no sabía que vos llevabais el talismán rastreador. —Dioses, anoté mentalmente darle las gracias a Torbellino por enviar a su maldito hijo—. Si ya no se me necesita —continuó Tavish, ajustándose un sombrero de cuero sobre la cabeza—, lo mejor es que atienda a mi propia tripulación. Tengo la sensación de que pronto necesitaremos estar descansados para una batalla.

Otro guiño, otra sonrisa burlona, y nos dejó en mis aposentos.

—Cuéntame —fue todo lo que necesité decir antes de que Gavyn se lanzara a relatar su historia.

Fione era la nueva y optimista compañera de Larsson. A decir verdad, su implicación no era ninguna sorpresa; ya sospechaba que una bruja del mar estaba de su lado. Había una bruja del mar en el Eterno que quería que yo pagara por su humillación al ser descartada como futura compañera del rey: Fione.

La traición de Hesh quedó confirmada —grabada a fuego—, aunque Celine pareció disfrutar un poco al explicar que la víctima de la carnicería con la que su hermano se había topado era el segundo de Hesh.

Lo que no lograba comprender era cómo Larsson había encontrado el camino hacia aquella isla extraña que había convertido en su fortaleza… y cómo jamás había descubierto que era mi maldito hermano. ¿Estaba tan desesperado por sentirme aceptado que ignoré todas las señales de su desprecio?

Mientras los demás preguntaban a Gavyn por su viaje, yo escarbaba en mi interior; mi alma, mi corazón, cualquier rincón silencioso donde aún pudiera escuchar su voz.

«Alondra, respóndeme».

Cerré los ojos. Un denso y embriagador temor se apiló en mi estómago. El vínculo, el hilo luminoso que mantenía mi corazón lejos de la desesperación, estaba completamente muerto.

—¿Dónde estaba cuando la dejaste? —pregunté, abriendo los ojos y fulminando a Gavyn con la mirada.

—Lo dices como si hubiera tenido otra opción.

—La tuviste. Arrebatársela de las manos. —Di un paso hacia él—. Eso era lo que debías hacer si la encontrabas; en cambio, la dejaste atrás.

Gavyn se puso de pie de un salto.

—No la dejaba ir. ¿No me has escuchado? Hay hechizos que la retienen allí.

Golpeé la mesa con la palma, haciendo a un lado una vela apagada y una vieja brújula de oro.

—No pedí excusas. Pedí que la trajeras, sin importar el precio.

—Cantasangre. —Valen, para sorpresa de todos, me sujetó del hombro, apartándome antes de que atacara a uno de mis pocos amigos verdaderos—. Escúchalo. Es nuestro único vínculo con Livia. Mantén la cabeza fría.

Gavyn fue indulgente. Cuando me enfrenté a él de nuevo, su expresión era taciturna, no llena de odio. Bajó la barbilla y pasó la punta de los dedos por el borde de la lata.

—Intenté volver con ella, Erik. Planeaba desplazarme con ella por el mar, pero en cuanto crucé los hechizos protectores, la isla empezó a desvanecerse para mí. Como si un escudo se levantara más y más hasta perderla de vista por completo. No sé cuánto tiempo podrá esconderse o resistir si la encuentran.

Hielo corrió por mis venas, volviéndose cada vez más frío y entumeciéndome mientras Gavyn relataba cómo había descubierto sin querer aquella isla que se desvanecía. Su historia coincidía con la de Pesha. No mucho después de que la Casa de las Brumas llegara a su mansión, Gavyn sintió una necesidad antinatural de cambiar de forma, como si su voz actuara por su cuenta.

Se había retirado al exterior —para tomar aire, según él— y entonces, sin poder evitarlo, fue arrastrado hacia las mareas hasta salir despedido de una palangana… directamente a la cámara de Livia.

—¿Qué clase de poder puede hacer eso? —Celine enroscó un mechón de su cabello en un dedo, la rodilla rebotando mientras se sentaba cerca de su hermano.

—Os lo digo —respondió Gavyn—, hay algo extraño en esa isla. A Livia le dijeron que son elfos de las sombras.

—¿De las sombras? —Sander negó con la cabeza—. Hay mucho debate sobre si están o no extintos.

—Estos no eran como los de las historias —insistió Gavyn—. Y esta isla… juro por los dioses del mar que me llamó. Me arrastró hasta ella.

—¿Cómo salisteis los dos de la fortaleza? —pregunté.

Gavyn describió su huida a través del extraño palacio excavado en la ladera, y cómo habían masacrado guardias a su paso.

Una parte de mí no quería preguntar más. No quería imaginarla encadenada, asustada, herida.

—¿Qué le ha hecho Larsson?

Gavyn lanzó una mirada vacilante a Valen. Maldición. Temía la reacción del maestro de tierra.

—Dímelo —exigí.

—Larsson y Fione utilizaron a una de las mujeres de esa isla para eliminar vuestro vínculo de corazón. No sé cómo lo hicieron.

Me tiré del cuello de la túnica, dejando al descubierto la hendidura sobre mi pecho.

—Ya lo sé. ¿Por qué? ¿Él lo reclamó? ¿La obligó a vincularse con él?

—No. Había un propósito detrás. Algo relacionado con los conjuros que protegen la corona de sangre. Pero también pensó que podría hacer que te odiara, como si la única razón por la que te amaba fuera el vínculo. —Gavyn alzó las manos—. Falló, te lo aseguro. Tu reina está aún más decidida a encontrarte.

—Dinos lo que no estás diciendo, Gavyn —dijo Tait—. Puedo sentirlo, tu deseo de ocultarle algo al rey y al maestro de tierra.

—Será mejor que nos lo cuentes todo —respondió Valen en mi lugar.

—Habla con verdad, muchacho —le dijo Sewell a su hijo en voz baja—. Mata las mentiras.

—No estoy mintiendo. Estoy omitiendo. —Gavyn vaciló—. Cuando llegué, fue poco después de que Larsson… la atacara. Ella se defendió, pero él había querido… reclamarla, marcar su cuerpo.

Los bordes de mi visión se ennegrecieron. Sus palabras extinguieron los últimos destellos de luz en mi corazón, dejándolo lleno solo de odio, venganza… y furia. A través de la neblina escuché la arenga de Valen, su ira escupida y sus exigencias de que fuéramos a por su pequeña.

En eso, el maestro de tierra y yo no podíamos estar más de acuerdo.

Sin decir palabra, salí de mi cámara, ignorando las pocas voces que gritaban mi nombre. Como perdido en un sueño, avancé por la cubierta, bajé por la escotilla y llegué a la celda del fondo de la bodega, donde el asesino de Hesh estaba sentado en un rincón, con las piernas extendidas y los tobillos cruzados.

En la siguiente respiración ya había abierto la puerta enrejada; mi puño se cerró alrededor de su garganta.

—¡Dime dónde está!

El hombre escupió aire, ahogándose.

Le estrellé el cráneo contra la pared una vez, dos, tres, hasta que la sangre resbaló por las astillas de la madera.

—¡Erik! —Aleksi entró en la celda.

—Atrás, Invocasangre. —Solté al asesino y saqué un cuchillo del cinturón para abrir un tajo en mi muñeca—. ¿Cuántas veces puedo

envenenarte antes de que estés demasiado corrompido para que los dioses te acepten?

El tripulante de Hesh levantó las manos, temblando.

—Por favor…

—Ya estamos más allá de las súplicas. —Clavé la punta del cuchillo entre sus costillas, solo lo suficiente para sacar sangre—. No quiero que pierdas demasiada; quiero tu cabeza lo bastante despejada para sentir cada instante de esto.

—¡Déjame vivir! —El hombre atrapó mi muñeca, mi sangre colándose entre sus dedos—. Déjame vivir y juro que te diré todo lo que sé.

Cobarde.

Me aparté, consciente de que había más observadores al otro lado de la reja. Con el borde de mi túnica limpié parte de mi sangre, una sonrisa torcida en mi rostro.

—De acuerdo.

El hombre soltó un largo suspiro y se incorporó lentamente del suelo.

—Tú… tú nunca encontrarás la isla.

—Respuesta de mierda.

—No. —Alzó las palmas, un escudo débil entre nosotros—. Nunca encontrarás la isla sin el señor Hesh. Ha sido marcado por un hechizo que le permite entrar a través de las barreras. Y sé que, actualmente, el señor Hesh no está en la isla. La dejó para enviarnos a buscaros y hacer planes sobre la mejor forma de empezar a atacar los reinos de tierra. Está seguro de que pronto habrá un nuevo rey en el trono y no quiere perder tiempo.

Los gemelos palidecieron. Alek apretó un puño, con la otra mano en la empuñadura de su espada, mientras Celine ofrecía su versión de consuelo, que sonaba más a promesas de degollar en su nombre si algo les pasaba a los padres que habían dejado atrás.

Valen y Stieg ni se inmutaron. Stieg incluso llevaba una sonrisa soberbia, como si la idea le irritara más que asustarlo.

—¿Qué es esa marca o llave para entrar en la isla? —Giré el cuchillo, un recordatorio silencioso de lo que le esperaba si mentía.

—N-no estoy del todo seguro…, solo sé que la hizo la bruja del mar, y que es permanente.

Me cansaba este juego, estas complicaciones que me alejaban de mi alondra.

—¿Qué más sabes?

—Nada. —Cayó de rodillas—. Lo juro, mi rey. Te he dicho todo.

—Lo que pensaba. —Pasé el cuchillo por mi palma y presioné mi mano contra su boca.

Torpe, abrió la boca para gritar. Su aliento caliente y la humedad de su lengua rozaron la sangre en mi mano. Me aparté, dejándolo caer hacia atrás; ya sus venas ardían negras como madera carbonizada.

—Lo prometiste —sollozó—. Juraste que podía vivir.

—Te permití vivir, tal como prometí. —Me giré desde el umbral de la celda—. Fuiste tú quien no negoció cuánto tiempo.



El viento en las velas nos llevaría a la Casa de las Espadas. Pero fue en el ínterin, entre planes y odio, cuando Sewell roció el vino del rey con hierbas para dormir. Llevaba días sin descansar de verdad, así que el bastardo simplemente tomó el asunto de mi sueño en sus manos.

Lo supe en cuestión de instantes, cuando no pude mantener los malditos ojos abiertos mientras me ataba espadas, cuchillos y dagas a las fundas de los muslos y del cinturón, preparándome para arrasar la Casa de las Espadas.

Un momento estaba de pie, firme y erguido; al siguiente, tropecé hacia atrás, medio cuerpo sobre el catre de las cámaras del rey, medio fuera de él. El sueño me tomó como la muerte le arrebataba el aire de los pulmones. No pude escapar, no pude luchar.

Soñé con Livia.

Y no quise despertar jamás.

Capítulo 19

La alondra

Lluvia limpia, un toque de cuero y sal calmaban mi corazón. Acurrucándome contra el calor de su piel, inhalé una larga bocanada, codiciosa.

Dioses, no había nada tan eufórico como yacer junto al cuerpo desnudo del rey eterno. Su risa, profunda y áspera, retumbaba desde su pecho cuando mi pie se enredaba alrededor de su pantorrilla, como una aguja tirando del hilo, acercándome más.

—Te romperás los dedos si sigues haciendo eso, amor.

—Entonces deja de intentar dormir con tanta distancia entre nosotros.

—¿Distancia? —Erik rio de nuevo y se giró sobre su hombro, arrastrándome con su peso a través de la cama hasta que mi pecho quedó aplastado contra el suyo. Tener tan cerca sus ojos carmesíes hizo que mi pulso se agitara.

Sus yemas callosas recorrieron mi mandíbula, como restaurando el recuerdo de cada línea, cada curva.

—Estoy lo más cerca que puedo sin estar dentro de ti.

—Ah, pero ahí está el problema, Serpiente. —Deslicé mis labios sobre su garganta. El calor se acumuló entre mis muslos cuando Erik palmeó mi trasero, colocándome encima de su fuerte cuerpo—. ¿Por qué no estás dentro de mí?

Él me apartó el cabello de la frente, acomodándolo detrás de mis orejas.

—Dioses, eres hermosa.

Había un filo roto en su voz, como un fragmento de vidrio. A través de los pedazos astillados, algo oscuro y lúgubre me golpeó en la cabeza. Un recuerdo distante que rompió mi hermosa ilusión.

Esto no era real.

—Encuéntrame, Erik —susurré.

—Lo intento, amor. —Sus palmas descendieron por mi columna, tocando cada hendidura, hasta descansar en mis muslos, a horcajadas sobre su cintura—. Dime, al menos, que este momento significa que estás a salvo. Por ahora.

Cerré los ojos, temiendo destruir la paz y, aun así, desesperada por recordar qué estaba ocurriendo a mi alrededor.

—Estoy escondida.

Los dedos de Erik se deslizaron por la parte interna de mis muslos, acercándose al calor de mi centro, pero, como un maldito villano, retiró las manos justo antes de tocar. Por la sonrisa sangrienta en su boca, sabía perfectamente lo que hacía.

—Estás tan sonrojada, Alondra.

Era un villano, sí, pero yo sabía cómo poner a un villano de rodillas.

Llevé la mano entre mis piernas y cerré los dedos alrededor de su sexo hinchado.

Erik inhaló entre dientes.

—Mujer…

—¿Sí? —Deslicé la mano por su erección, sonriendo. Parecía tan real, tan cercano.

Erik apartó las manos de mis piernas, llevándose las palmas a la cara, y gimió cuando sus caderas comenzaron a moverse, empujando lentamente contra mi caricia. Tras un momento, dejó escapar un sonido ronco, casi un gruñido, y me retiró la mano con suavidad.

Erik presionó mis yemas contra sus labios.

—No puedo oírte.

—Ni yo a ti. —Sabía a qué se refería. Dondequiera que viviera la realidad, allí no éramos esto. No estábamos cerca, sino rotos.

—Sé cómo encontrarte, Alondra —susurró—, y lo haré.

Fue el sueño, donde las reglas de la comprensión no se aplicaban como en el mundo despierto, o tal vez el destino, que nos juntó en ese momento, lo que me llevó a hablar sin pensar. Como si, en algún lugar profundo de mi mente, supiera lo que él estaba haciendo. Como si aún pudiera escucharlo a través de los restos de nuestro vínculo roto.

—Apunta al corazón, Erik. —Presioné mi palma sobre su pecho cicatrizado. Hermosas líneas de su fuerza, su resistencia. Besé varias antes de levantar la mirada—. Me encontrarás en el corazón.

Un amanecer sombrío me recibió cuando abrí los ojos. El espacio a mi lado no era la cálida seda de nuestra cama en el palacio. Solo quedaban hojas secas, ramitas húmedas y tierra fría. Erik nunca había estado allí.

Me puse de lado, pasando la palma por el lugar donde deseaba que él estuviera, y dejé que una lágrima humeante cayera sobre una hoja marrón. Allí, la daga y el cuchillo de Gavyn seguían ocultos entre los arbustos.

Después de huir de la playa, había hallado escondite en un refugio natural entre los árboles, pero esta no era la misma estructura que había reclamado la noche anterior. Ahora, las ramas se arqueaban en un domo sobre mí.

Había construido algo similar cuando era niña. Alek y yo montábamos nuestros campamentos de guerra en el bosque detrás del castillo de mi familia, jugando a héroes de la Rave, y una vez llegué a crear una impresionante casa comunal en el bosque.

Con el tiempo, Mira, Jonas y Sander, todos nosotros, añadimos detalles: una piel de cuero como puerta, ventanas con bordes de arcilla, incluso una mesa y esteras para descansar nuestras cansadas cabezas de guerreros.

Me quedé mirando las ramas arqueadas, luego mis palmas, estudiando cada dedo como si fuera nuevo en mi mano. ¿Había sido mi furia la que había dado órdenes a Natthaven? El calor de la magia de furia goteaba bajo mi piel. Susurros —imaginados o reales— se colaron en mis pulmones: «Eres la reina eterna».

No estaba indefensa, por más que Larsson y Fione intentaran hacerlo parecer así.

Con mi rey, había librado colinas y aldeas, valles rocosos y profundas gargantas de la plaga cuando ni siquiera la dama de las brujas había podido encontrar una cura. Nací de guerreros, hija de la furia de la tierra, y no estaba indefensa.

Uno a uno, mis dedos se abrieron sobre el tallo caído de un capullo cerrado. Los pétalos dormían al abrigo del frío del amanecer,

pero, bajo mi mano, una chispa de vida desplegó cada pieza de satén, y la despertó, hasta que el rostro de la flor se alzó hacia el cielo sombrío.

No estaba indefensa.

Hoy. Me iría de esa maldita isla hoy.

Arranqué una hoja gruesa de algodoncillo cercano y fabriqué una funda miserable, ajustando cada puñal a mi espinilla. Una vez que el cuchillo y la daga quedaron asegurados, aferré la falda del camisón con una mano, ofrecí un agradecimiento silencioso a los árboles de la isla por protegerme y luego encaminé mis pasos hacia la orilla.

Si podía dar órdenes a la tierra como hija de la furia, ¿podría hacer que el mar me llevara a casa como reina de lo Eterno?

Me deslicé entre dos abetos y solté un gemido cuando mis pies desnudos y maltratados cayeron sobre raíces heladas. Una espina se me clavó en el talón. Cojeé hasta un tronco caído y me senté, retirando con cuidado la punta afilada.

Un suave parpadeo atrajo mi mirada. Una vez, luego otra. Un pequeño destello dorado rompía contra la luz tenue. Alas de sol. Esparcidas entre los árboles empapados de niebla, las criaturas parecían alinearse, formando un hilo titilante tejido a través del bosque, como si me guiara hacia delante.

Asombrada, un poco insegura, seguí el primer destello. Un zumbido leve de alas rápidas rozó mi oído, hasta que la criatura desapareció en la oscuridad, desplazándose a otro punto de la fila.

No había tiempo para cuestionarlo. Skadi dijo una vez que, si las criaturas confiaban, ayudarían a atravesar pantanos y terrenos traicioneros.

Una y otra vez, las alas de sol me guiaron, zigzagueando entre los árboles, por senderos de madera cubiertos de zarzas y nudos de raíces que sobresalían en las aguas turbias.

Al fin, tras un descenso constante por una pendiente, mis piernas temblaban del agotamiento. El aire ardía como una llama, pero la niebla había disminuido; un rayo pálido de sol luchaba con fiereza por romper la oscura capa de nubes. Cada ráfaga de viento cargaba el peso del mar y la arena.

Estaba cerca.

Con cuidado, me impulsé por encima de un tronco caído, manteniendo mis pasos cautelosos cuando el sendero tomó una pendiente pronunciada. Resbalé y me deslicé sobre mi trasero varios tramos hasta rodar sobre tierra compactada.

Lo que parecía ser el vaivén de un farol en una mano se acercó a través de los árboles. Después de haber permanecido oculta tanto tiempo, debería haber sabido que la isla estaría cubierta de guardias, probablemente ansiosos de sangre desde que encontraran a sus guerreros caídos. Ya fuera uno o una docena de guardias élficos los que se aproximaban, poco importaba.

Hoy. Me iría hoy. Aunque tuviera que pelear.

Me impulsé hasta quedar sobre mis rodillas y tiré de la daga, liberándola del nudo de hierba en mi espinilla justo cuando otra figura entró en mi refugio.

No era un guardia, sino Fione. Encapuchada, con una larga daga estilete en una mano, la bruja del mar me miró desde arriba con una mueca burlona.

—Creí haber oído pasos torpes. Nuestra reina fugitiva. Se te ha echado mucho de menos.

Maldita sea. Retrocedí. Fione no avanzó, solo observó mis movimientos con una sonrisa divertida.

—Eres bastante patética. —Fione frunció sus rasgos suaves con falsa lástima—. El Eterno no es lugar para elfos de tierra libres.

Ramas se quebraron en la oscuridad entre los árboles. Un cuerno sacudió la quietud del bosque, y bufidos y gruñidos de órdenes se fueron acercando. Los elfos venían por mí. Fuera cual fuera la búsqueda que habían emprendido para encontrarme, habían tenido éxito.

—No voy a volver contigo, Fione. —El calor se reunió en mis palmas. Los árboles temblaron a nuestra espalda. Por un instante, quedé cautivada por el movimiento. Luego, una especie de oscuridad sedosa se esparció dentro de mi pecho. Como un manto de noche que protegía las partes tiernas y amables de mi corazón de lo que estaba a punto de hacer.

Fione dio un paso lento hacia delante.

—Sé buena ahora y vuelve a tu habitación, o te mantendré encerrada y encadenada en las celdas frías de este palacio. Y la próxima vez, no detendré a Larsson cuando intente hacer contigo lo que quiera.

—Sabes lo que intentó hacer, sabes cómo es, y aun así lo apoyas.

Solté un grito de sorpresa cuando Fione se lanzó sobre mí. Me agarró del cabello, acercando mi rostro al suyo.

La bruja del mar deslizó suavemente la punta de un cuchillo torcido por el costado de mi cara.

—¿Qué te dije, elfa de tierra? Cuando eres una mujer en el Eterno, más te vale saber cuál es tu lugar.

—Estaba cambiando —escupí—. Erik me hizo su reina. ¿Larsson hará lo mismo, o solo serás un cuerpo en su cama para parirle herederos?

Por un instante, el gesto confiado de Fione vaciló.

—Mejor ser un cuerpo en la cama de un rey que no ser nada.

No iba a morir allí, no sin ver a Erik, a mi familia y a mis amigos al menos una vez más. El suelo tembló con vivacidad, vibrante y feroz. Lianas emergieron de los helechos, deslizándose hacia la orilla como serpientes oscuras y espinadas.

Dentro de mi pecho, algo se tensó. Algo cruel, algo salvaje. Extendí la palma, y los árboles temblaron.

Fione retrocedió tambaleándose, atónita. La duda solo duró un momento antes de que la bruja del mar volteara su cuchillo, apuntando la hoja al cielo.

No tuve tiempo de pensar antes de que arrojara la hoja directa a mi corazón.

Capítulo 20

La serpiente

Esta noche. Tendría a mi reina en mis brazos esta noche.

Tras el sueño, desperté con la polla dolorida, el sabor de su piel en mi lengua y su dulce sonrisa en mi mente. No aceptaría menos.

La obsesión por Livia Ferus nunca se había desvanecido, pero ahora un fuego se había encendido en mi pecho. No volvería a despertar para ver el amanecer —como si su ausencia fuera el veneno más letal— sin sentir su cabello enredado en mis dedos, su aliento sobre mi piel y su cuerpo presionado contra el mío.

Un olor a azufre impregnaba el aire. Estábamos en los límites de la Casa de las Espadas.

Cuando desperté del sueño inducido por el brebaje, escupí amenazas sin fin acerca de volver a adormecer al rey, amenazas que fueron ferozmente ignoradas, y pasamos las primeras campanadas de la mañana planeando.

Jonas y Sander resultaban bastante aterradores en su capacidad para conspirar, incluso en un reino que no era el suyo. Era como si un simple croquis de la Casa de las Espadas, una descripción básica, hubiese puesto en marcha en sus mentes una docena de estrategias detalladas para entrar, destruir y abrirnos camino hacia Livia.

Había en mi interior una embriagadora gratitud, una lealtad que tomaba forma —nadie dudaba en pelear por ella—. No era de extrañar que amara tanto a su gente.

Podía admitirlo solo ante mí mismo: sentía alivio de que los elfos de la tierra estuvieran a bordo de la *Nave Eterna.*

La confianza se filtraba entre los listones, pero había algo más. Algo feroz, algo salvaje, impregnaba el aire. Por muy poco tiempo que Livia hubiese estado en esta nave o en el Eterno, nos había reclamado a todos. La tripulación me era leal, pero una parte de mí se preguntaba si no estarían listos para luchar únicamente para vengar las ofensas cometidas contra mi alondra.

Como si se hubiera vuelto parte de la tripulación tanto como de su rey.

La princesa Mira pintaba los rostros de sus compañeros reales. Cada elfo de la tierra delineaba sus ojos con *kohl* oscuro, y runas descendían por sus gargantas. Después, Mira sumergió los dedos en un cuenco de madera lleno de sangre de pez plateado y pasó las yemas por sus narices y mejillas.

Celine se quedó mirando a Alek cuando él se abrió paso entre la multitud, con sangre en la nariz y los labios.

—Pareces un tritón salvaje, Invocasangre —dijo.

Alek se irguió, satisfecho, hasta que los príncipes gemelos avanzaron y Celine dejó escapar un chillido de horror.

La sangre goteaba sobre los dientes blancos de Jonas cuando esbozó una sonrisa.

—Exactamente la reacción que quería.

—¿Qué les pasa en los ojos? —preguntó Celine, arrugando la nariz—. Son absolutamente horribles.

El blanco de sus ojos había sido devorado por un negro lustroso, como si una noche interminable habitara en sus miradas.

—Idiotas —murmuró Alek, cuando Celine fue a observar más de cerca a los príncipes y a oír la explicación de su magia de pesadilla.

—Cantasangre.

Valen y Stieg se acercaron, armas envainadas, los rostros cubiertos con sus salvajes marcas de elfos de la tierra.

Un estremecimiento me recorrió, un viejo temor que regresaba de una batalla lejana en la que vi a Valen Ferus defender sus tierras con una brutalidad casi bestial. Apenas había cambiado desde entonces.

Durante toda la conspiración, Valen me había observado con atención, evaluando cada palabra y cada decisión que tomaba en el barco, como si buscara probar que yo no tenía autoridad… o, quizá, confirmar que sí la poseía.

El maestro de tierra me inquietaba de muchas maneras, pero en estas aguas, en esta nave, yo prosperaba.

Valen se apoyó con los codos en la baranda.

—¿Dices que esta casa noble tendrá muchos guerreros?

Me volví hacia la explosión de rojo que teñía el horizonte.

—Sí. Todos diestros con la espada.

Valen se frotó la barbilla.

—¿Alguna idea sobre esta marca permanente?

—No, pero pienso no darle a Hesh más opción que contárnoslo. Se recrea en el derramamiento de sangre. Yo haré lo mismo.

—Si es un desgraciado, ¿por qué no destituirlo?

La irritación me hirvió bajo la piel.

—Ascendí al trono con apenas cuatro ciclos, maestro de tierra, obligado a someterme a un tío despiadado que permitió que hombres así gobernaran casas nobles. Más tarde, me dejaron solo, a los catorce años, para ganarme el respeto de todo un reino tras una guerra. En un mundo hambriento de poder, hizo falta una astucia enorme para quebrar al Eterno de Thorvald y de cada maldito rey que lo precedió.

Me incliné hacia delante, la voz baja.

—Dime, cuando tú luchaste por un cambio en tus cortes, ¿con qué rapidez llegó?

Los ojos de Valen ardieron como brasas calcinadas. No dijo nada cuando volvió el rostro al mar, la mandíbula tan tensa que pude distinguir cada tendón, cada músculo palpitante.

—Sigues buscando mis fallas como rey para pintarme como un bastardo cruel, indigno de tu hija. Nunca negaré que soy indigno, ni negaré que soy cruel. No soy un buen hombre, maestro de tierra. Pero no soy una amenaza para ella.

—Eres la mayor amenaza para ella, Erik.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Volví mi atención a las olas blancas que se enroscaban contra el casco.

—Si crees que pongo algo por encima de ella, incluido mi reino, te equivocas. No me importa nada más que recuperarla.

—Por eso eres una amenaza —dijo Valen, con menos veneno en la voz que antes—. Tienes su corazón, y ese es un tesoro invaluable que juré proteger desde sus primeros alientos. Ahora estoy obligado a confiar en que el mismo hombre que me arrebató a mi niña cuidará de ella de un modo que esté a su altura.

Quizá no comprendiera el amor de un padre por su hija, pero entendía lo suficiente para reconocer la violencia en los ojos de

Valen Ferus y hablar con cuidado.

—Nunca te daré una razón para no confiarme su corazón.

—Si eso es cierto —el maestro de tierra me atravesó con una mirada oscura—, entonces escúchame bien, rey eterno: si le rompes el corazón, sea cual sea la razón, no dudaré como dudé en el fuerte en dispersar tus huesos.

—Si le rompo el corazón, entonces te entregaré mi propia hoja.

El pómulo de Valen se contrajo.

—Mientras nos entendamos.

Sewell emergió de la escotilla. Se había cubierto todo el cuerpo de negro, de la parte superior hasta las botas, y parecía que uno de los elfos de la tierra había logrado meter mano en su espeso cabello: una trenza recorría como una cresta el centro de su cráneo.

Se detuvo, dedicándole a Valen una sonrisa.

—De padre a padre, Lobo. Anguilita siente chispas en el corazón por nuestro zorro. Yo pondría mi pez trueno en sus manos si la marea se invirtiera.

Valen probablemente no comprendió lo que Sewell estaba confesando, pero a mí se me espesó algo terrible en la garganta. Una oleada de algo miserable, un afecto lastimoso por el hombre que aparecía a mi lado en todos mis recuerdos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Valen, con una sonrisa ladeada en su rostro pintado para la batalla—. Si fuera tu hija, ¿estarías tranquilo después de lo que él hizo?

—¿Entendías lo que estaba diciendo? —pregunté antes de pensar mejor si debía o no interrumpir.

Valen me observó un instante.

—He tenido muchas conversaciones con Sewell desde que zarpamos. Preguntaré de nuevo: si él tomara a tu chica, ¿estarías en paz? ¿Eso intentas decirme?

—Sí. Si yo viera lo que se ve, dormiría tranquilo. —Sewell soltó una carcajada—. Aunque no niego que Anguilita no se comería un par de mis nudillos con la lengua.

Valen sonrió, una sonrisa sincera que me recordó a su hija con demasiada fuerza. Sewell rio de nuevo, dio una palmada en el

hombro de Valen y me lanzó un guiño antes de alejarse de mi lado… junto a él.

—Lo creas o no, Valen te respalda porque ya te ha confiado su corazón, Erik —susurró Stieg.

—Siempre me despreciará, guerrero —respondí—. Y ni siquiera puedo culparlo.

—Lo que ves como odio es un padre aterrorizado ante la idea de no volver a ver a su niña. Recupérala, deja que escuche su historia de su propia boca, y tendrás al aliado más feroz en el rey del pueblo de la Noche.

—He sobrevivido suficiente tiempo sin nadie a quien llamar padre. No necesito el apoyo de uno ahora. Si podemos llegar a entender que él y yo la amamos, eso basta.

—Obtendrás más —dijo Stieg con una sonrisa cómplice—. Conozco a Valen Ferus desde los días antes de que fuera rey. Nunca he conocido a un hombre que luche por su familia con tanta fiereza. Te guste o no, muchacho, ahora formas parte de su casa.

Como los demás, Stieg también se alejó de mi lado.

Dudaba que Valen llegara a apreciarme, pero confiaba en que lucharía hasta el final más brutal para encontrar a Livia, y eso era todo lo que realmente deseaba.

—¡La Casa de las Espadas! —gritó Cicatriz desde la cofa.

Neblinas, lo bastante densas como para cortarse en pedazos, rodaron sobre la cubierta de la nave como dedos fantasmales intentando aferrarse a nuestros tobillos. Cuando la proa abrió paso, la luz de un amanecer tibio iluminó las distantes y ardientes cumbres de la Casa de las Espadas.

Mis uñas se clavaron en la madera de la baranda.

—Dividan las cuadrillas de lanzas —ordené, cojeando escaleras arriba hacia el timón—. Listos con las piedras de ascua.

Un eco de mi mandato recorrió la cubierta. Los hombres se separaron en parejas y se colocaron junto a sus lanzas. La tripulación se desplazaba por sus puestos como en un vals brutal, cada uno preparado junto a las velas, los cabos, las lanzas de ascuas. Cada hoja lista para derramar sangre.

Cerca del timón, arrebaté el catalejo de las manos de Portatormentas. El poblado principal de la Casa de las Espadas estaba formado por cabañas sencillas con techos de musgo, muros de piedra y madera de deriva. Dormían sobre esteras de hierba y tenían algunos de los cultivos más fértiles, nacidos del suelo oscuro y ardiente a los pies de sus montañas humeantes.

Con menos tierras que otras casas, Hesh había hecho de sus poblados más una fortaleza que una aldea. A los niños se les entregaba su primera arma a los dos ciclos, y a las niñas se las entrenaba para afilarla a los tres.

A lo largo de la costa de la isla, se alzaban muros marinos y, sobre ellos, enormes trabuquetes con calderos de hierro negro llenos de aceite. Los guardias de la Casa de las Espadas aguardaban listos, antorchas en mano, con una piedra envuelta en piel de cerdo preparada para caer sobre la eslinga.

—Se preparan para enfrentar el viento —gruñó Portatormentas.

Me lo imaginaba.

En el lado occidental de la isla, los barcos menores de guerra de Hesh estaban aprovisionados, velas listas, marineros recorriendo las pasarelas arriba y abajo, todos apuntando hacia el Abismo. Pero el *Tormenta de Fuego* permanecía anclado en la marea, sus velas negras totalmente desplegadas, el estandarte de sus espadas cruzadas en lo alto.

—Se están moviendo hacia los reinos de la tierra —dije, inclinándome sobre la baranda de la cubierta de popa, observando a los hombres de abajo. El bullicio cesó cuando la mayoría me vio y miró hacia el timón—. Hoy nos enfrentamos a un traidor del Eterno. ¿Qué hacemos con los traidores?

—¡Marcamos sus huesos!

—¡Los damos de comer al mar!

—¡Pintamos las arenas con sangre!

Incontables gritos y burlas envenenadas estallaron por la cubierta, cargados de un nuevo tipo de vitriolo. La traición, la felonía, la deslealtad…, todo ello era un pecado de la peor clase para una tripulación unida por sangre a su capitán, a su tierra.

—Saquead donde queráis, matad lo que deseéis, pero dejad a las mujeres, a los pequeños y al señor de las espadas. —Recorrí con la mirada los fieros ojos a mis pies—. Hesh es mío.

Tait estaba al timón, pero se hizo a un lado en silencio cuando tomé una de las cabillas.

—Portatormentas. Ponemos rumbo al viento.

Con los brazos abiertos, Portatormentas apoyó un pie en la baranda y cantó; un sonido tenebroso, suave pero poderoso, frío pero temible. Cerca de la proa, el arrullo de la voz de Celine se unió a Portatormentas: miel contra fuego. Solos eran formidables; juntos, creaban algo imparable.

Las jarcias crujieron y chasquearon bajo la fuerza. El barco se sacudió.

Atravesamos las corrientes con rapidez. La tormenta nos seguía de cerca. Violencia a veinte pasos en cualquier dirección. Sobre nuestras cabezas, la situación no era muy distinta: estallidos de truenos, relámpagos afilados, chaparrones pesados…

Cuando la orilla estuvo a no más de una eslora, cedí el timón a Devoracráneos y avancé cojeando hacia la baranda.

Tait, Jonas, Sander, Gavyn y media docena de mi tripulación se reunieron a mi alrededor. El maestro de tierra avanzó hacia la escotilla con Sewell, Mira, Aleksi, Stieg y otra media docena de mis hombres. Sobre el hombro de Tait, atrapé la mirada de Valen.

Por un instante, antes de que desapareciera bajo cubierta, pareció que ambos abrigábamos el mismo pensamiento: la recuperaríamos, fuera cual fuera el costo.

Con premura, tomé una daga y la enfundé en la parte baja de mi espalda. Coloqué un cuchillo envuelto entre mis dientes y me aseguré de que mi alfanje estuviera bien sujeto.

Tait gritó, casi como un maniaco:

—¡Que lamenten el día en que se volvieron contra la *Nave Eterna!*

Pasé una pierna por encima de la baranda y me dejé caer al agua oscura que había debajo.

Capítulo 21

La serpiente

Torbellinos de burbujas estallaban a mi alrededor mientras, uno a uno, los que seguían al rey eterno se hundían en la marea. Nadé hacia el casco oscuro del *Tormenta de Fuego,* justo delante.

Pronto, si Celine y Portatormentas cumplían con su deber, retraerían la tormenta lo suficiente como para revelar las velas carmesíes, lo bastante para acelerar el pulso de la Casa de las Espadas.

Remé y pateé contra la corriente, tranquilo, en mi elemento. Tait se adelantó y fue el primero en tocar el casco con la palma. Jonas, Sander y los guerreros en nuestra estela, un paso por detrás. Ver a duras penas bajo el agua era una proeza para los elfos del mar. Quizá la visión se distorsionara un poco, pero nunca dolía, nunca quemaba. Tait asintió, señal de que permanecería a mi flanco.

Con los brazos extendidos y las palmas abiertas, tarareé, llamando al mar para que nos elevara. El oleaje respondió a su rey, y la línea del agua subió suavemente, poco a poco, hasta que emergí y pude enganchar un brazo sobre la baranda.

Bajo el manto de la noche, nos deslizábamos por la cubierta con precisión depredadora.

Mi cabello húmedo se desprendía del pañuelo, dejando caer agua sobre mis labios curvados, con el cuchillo entre los dientes. La tripulación de Hesh se movía distraída. Melodías del mar fluían sobre la cubierta. Las espadas estaban apiladas, algunas afiladas, otras sin pulir y manchadas de sangre antigua.

Me agaché detrás de un barril, sentado espalda con espalda con Tait, y saqué el cuchillo de mi boca, el alfanje de su funda. Los gemelos se deslizaron entre los rollos de cuerdas. Como una ola oscura, los demás irrumpieron por la baranda.

La tensión chisporroteó en el aire. Sin señal, sin palabra alguna, abandoné el barril y avancé hacia las grietas de luz lunar. En un

movimiento fluido, el filo de mi cuchillo pasó por el cuello de un bruto que apuraba un frasco de ron agrio. El hombre se desplomó con un gruñido húmedo y se ahogó en su propia sangre.

Una por una, nuestras hojas encontraron la carne de los desprevenidos, un baile fantasma de sangre. Sander cubría bocas, Jonas abría hígados. Tait se mantenía bajo, destripando hombres con su violento modo de girar las dagas. Yo prefería un tajo limpio, apagar sus gritos, y luego ver cómo sus ojos se abrían al reconocer a su rey antes de llenar sus gargantas con mi acero.

Nuestros pasos surcaban la sangre que encharcaba la cubierta. Desde la costa, un destello de neblina rodante se acercaba al poblado. La princesa, ilusionista como era, parecía estar resultando bastante útil.

—Maldita sea —siseó Gavyn al hundir su cuchillo en el pecho de un hombre dormido, de barba oscura y rala, y ver cómo el bulto de mantos junto al cadáver se movía.

Un bruto, tan macizo como una piedra, despertó. Con una oleada de horror en el rostro, vio a su compañero ensangrentado.

Fue suficiente tiempo para que emitiera un silbido, agudo y ensordecedor, antes de venirse abajo con un cuchillo atravesándole el oído en un golpe desesperado.

Pero la alarma estaba dada, y la tripulación de Hesh entró en la lucha.

El acero se deslizó del cuero. Los gritos sobre nuestra cabeza sacudieron los tablones.

En algún lugar cerca de la proa, un estallido de fuego chisporroteó en la noche, una bengala, una advertencia para el fuerte de la Casa de las Espadas.

Como respuesta, las campanas repicaron a lo largo de los muros de piedra de Hesh, y los gritos de sus guardias rodaron por la playa.

«Haz tu parte, maestro de tierra».

Hundí mi espada en el vientre blando de un hombre que cargó contra mí, su alfanje imprudentemente alzado sobre la cabeza, ofreciéndome el punto perfecto para golpear. Otra hoja se lanzó hacia mí. La desvié, le pateé la rodilla. Estaba muerto para cuando avancé hacia el siguiente desgraciado.

Jonas y Sander se mantenían cerca el uno del otro. Con los ojos negros, los príncipes gemelos danzaban alrededor de un grupo de hombres sollozantes, suplicando que los horrores cesaran.

Fuera lo que fuera que habían sembrado en sus mentes, los estaba pudriendo desde dentro. Con golpes directos, ambos príncipes acabaron con su miseria y pasaron a los siguientes.

Tait estaba rodeado por cinco hombres, pero una sonrisa le partía el rostro. Antes de que el primero pudiera atacar, Gavyn apareció desde el agua que encharcaba la cubierta. Hundió su daga en el costado de una garganta y volvió a desvanecerse. Tait intervino, matando a un tonto aturdido, y Gavyn surgió de nuevo y degolló al siguiente.

Un hombre me lanzó un garrote de madera. Me giré bajo su brazo, la vara silbando cerca de mi rostro. Cuando me incorporé de nuevo, pasé mi alfanje por su abdomen y lo vi caer a mi espalda. En ese breve respiro, desenvainé mi cuchillo y aferré la hoja, exprimiendo la sangre entre mis dedos curvados.

Dos hombres me desafiaron. Con el cuchillo empuñado y la mano ensangrentada, recibí sus golpes. Cuando las armas chocaron, cubrí la boca de mi oponente con mi palma mojada.

Uno tras otro, cayeron, tosiendo, escupiendo, venas negras cubriéndoles el cuello.

Mi cojera se hizo más pronunciada. No me detuve.

La cámara del capitán estaba a cinco pasos. Tres hombres hacían guardia, pero había un destello de miedo en sus ojos. El del centro sería el primero en quebrarse.

El bastardo levantó una mano temblorosa, la voz áspera cuando dijo:

—Mi rey, nosotros hicimos…

Nunca supe qué hicieron. Lo acuchillé antes de que pudiera pronunciar otra palabra.

Al hombre de la derecha le cubrí la boca y la nariz con la palma; después lo aplasté contra la puerta de las cámaras de Hesh mientras su cuerpo sucumbía a mi veneno.

Al hombre de la izquierda le gruñí:

—Abre esta puerta o te reunirás con los dioses, seguido de tu compañera, tu amante y cualquiera de tus pequeños bastardos. No me detendré hasta que tu sangre sea borrada del Eterno.

Parpadeó, respiró hondo para abarcar el caos en la cubierta, los cuerpos amontonados sobre las barandillas y las cuerdas. Le temblaron los dedos mientras hundía una llave de bronce en la cerradura.

Pateé la puerta, ignorando el fogonazo de dolor que me subió por el muslo.

—Hola, Hesh. ¿No me esperabas?

El señor Hesh se incorporó de su catre, medio desnudo.

Una mujer se cubrió los pechos bajo las mantas, gimoteando.

—Cantasangre —dijo Hesh, como si solo le irritara que lo hubiera interrumpido.

—Ah, ¿ya no soy tu rey?

Resopló, tomando su alfanje de la mesa en el centro de la habitación.

—Muchacho, sabes bien la respuesta, o no estarías aquí. Pero, en fin, has desperdiciado tu tiempo.

—Matarte nunca será una pérdida de tiempo.

—Si me matas, jamás la encontrarás. Si me dejas con vida, nunca te guiaré hacia ella. Te conviene abdicar, evitar un baño de sangre y librarnos a todos de un poco de vergüenza.

Dioses, cómo lo haría gritar. Casi podía saborear sus alaridos en mi lengua.

—Creo que sería bueno, al menos para tu casa, que revelaras esa llave que tienes… la que abre la isla donde él la mantiene.

Hesh arqueó la ceja.

—Así que has aprendido algunas cosas.

—Más de las que imaginas. —Hice girar mi hoja en la mano, avanzando hacia la izquierda cuando Hesh imitó mi movimiento. Nos rodeábamos, dos bestias buscando el punto débil donde atacar.

Por mucho que me despreciara, mi tío había insistido en que aprendiera el manejo de la espada con más destreza de la que tenía para caminar. Arranqué el puñal atado a la parte baja de mi espalda, lo liberé de la funda y lo lancé al otro lado de la cámara.

Hesh rugió, una mano aferrando la empuñadura que sobresalía de su cadera.

Estratégico. No quería que el bastardo muriera. Aún no.

Lanzó un golpe desesperado con su hoja. Lo bloqueé con el filo de mi alfanje y retorcí su agarre hasta arrancarle la espada de la mano.

—¿Eras tú la mejor opción que tenía mi padre para señor de las espadas? —Solté un suspiro desdeñoso—. Qué decepción.

La mujer en su cama chilló cuando tomé un puñado del grueso cabello de Hesh, aclarado por el sol, y arrastré su culo sangrante hacia la cubierta.

—¡Dejad caer vuestras armas! —grité sobre el estruendo—. O veréis a vuestro señor descender a los infiernos… y luego iréis vosotros.

Unidos por sangre, lo que quedaba de la tripulación del *Tormenta de Fuego* vaciló. Las hojas cayeron en golpes pesados. Los hombres torturados por Jonas y Sander sollozaron cuando los dos príncipes devolvieron sus ojos al verde musgo.

Tait ignoró mi orden; cortó la garganta del hombre que tenía inmovilizado y luego me lanzó una sonrisa engreída.

Gavyn se agachó frente al señor Hesh, los dientes descubiertos.

—Sé todo lo que has hecho, traidor. La encontré. La saqué de esa habitación.

Los ojos de Hesh se abrieron de par en par.

—Imposible.

—Tal vez no deberías haber apostado por un rey impostor. —Gavyn le dio unas palmaditas en la mejilla con condescendencia antes de incorporarse.

—Dices que la encontraste, y sin embargo estás aquí sin ella. —Hesh soltó una risita, pero gimió cuando la hoja aún clavada en su cadera se movió—. Descubriste que no hay escapatoria de ese lugar para la pequeña elfa de la tierra, ¿verdad?

Golpeé la empuñadura de mi daga contra su cabeza.

—Hablando de los elfos de la tierra, han corrido rumores de que tenías la grandiosa ilusión de reclamar sus reinos. Creo que descubrirás que no tienen intención de permitirlo.

Antes de que pudiera apartarse, le arranqué la daga de la cadera y le clavé la espalda contra la cubierta. Con una rodilla sobre el pecho del señor de las espadas, forcé su brazo a estirarse y hundí la punta de mi daga en su muñeca hasta que el filo atravesó hueso y carne, clavándose en la madera del barco.

Hesh gritó de angustia.

Apoyé una bota sobre la empuñadura de la daga. Hesh se retorcía y siseaba de dolor.

—Más te conviene admitir tu derrota y ahorrarnos a todos un poco de sangre y vergüenza.

—Vete al infierno, Cantasangre.

Me encogí de hombros y retiré la daga de su muñeca.

—Me pregunto qué pensará la gente de tu casa al saber que trajiste esto sobre sus propias cabezas.

Tait y Celine ayudaron a levantar a Hesh contra la baranda de su nave, girándolo para que mirara hacia sus propias costas.

A mis espaldas, uno de mis hombres lanzó un alarido hacia la noche. No pasó mucho tiempo, apenas unos instantes, antes de que una lanza ígnea retumbara, disparando una piedra de ascua hacia la costa de la Casa de las Espadas.

—Poco aterrador, lo sé —murmuré junto al oído de Hesh con un gruñido bajo—. No te preocupes. Solo era la señal.

A lo largo de la orilla, la noche destelló. Se desvaneció como bruma marina y reveló la verdad oculta tras la ilusión de Mira.

La tripulación del Eterno combatía a los guardias en las puertas y obligaba a la gente aterrada, aún en ropa de dormir, a ponerse de rodillas en la costa.

—Mira a ese hombre —ordené, señalando hacia donde una figura se arrodillaba en el suelo.

Desde el barco no podía sentir la fuerza de lo que ocurría, pero los gritos eran una pista deliciosa.

Los muros temblaron. La tierra se fracturó. Los grandes calderos de piedra fundida —que la Casa de las Espadas extraía de sus piscinas ígneas en los acantilados— se volcaron sobre las puertas, tragándose a parte de las patrullas de Hesh en un incendio abrasador.

Observé, con un oscuro deleite ardiendo en mi pecho, cómo el suelo se sacudía y gemía. Mi mirada se deslizó hacia el pico directamente detrás de la fortaleza de Hesh. Humo brotaba del respiradero en su cima. Una montaña de fuego. Cuanto más ordenaba el maestro de la tierra al suelo del Eterno que cediera, más escupía aquella montaña ráfagas de ceniza y ascuas.

Las llamas arrasaron los techos de césped. La gente corría, sus pequeños aferrados contra el pecho, desesperada por escapar de la tormenta de fuego que caía desde sus propias colinas.

No disfrutaba de los gritos de los niños, pero mi tripulación estaba allí para conducir a los inocentes hacia nuestras lanchas en la rompiente. Sewell dirigía la evacuación, Aleksi a su lado, gritando por los pequeños y por las mujeres.

La furia de Valen desataba el fuego bajo la tierra de la Casa de las Espadas.

Si Hesh no cesaba en su empeño, vería caer su parte del reino al mar. El señor de las espadas observaba el caos con un atisbo de horror.

—A estas alturas, estoy seguro de que lo comprendes —susurré, aferrándole la nuca—. Al rey maestro de la tierra no le han sentado bien tus amenazas contra su gente.

—¡Mi rey, por favor! —La mujer de la cámara de Hesh, envuelta en una manta, cruzó corriendo la cubierta—. Por favor, detened esto. Os lo ruego.

Se desplomó de rodillas, aferrándose a mis piernas, lágrimas en los ojos.

—No soy yo a quien debería suplicar, señora. Su señor lo vería todo arder con tal de proteger sus secretos.

Sus ojos vidriosos se movieron hacia Hesh. Un rubor subió por sus mejillas, y le secó las lágrimas.

—Mi rey, por favor… mi pequeña sigue en tierra firme. N-no tengo a nadie que llegue hasta ella. Está sola, es inocente.

«Malditos dioses, Hesh».

—Y mi reina está perdida para mí. Parece que ambos tenemos problemas, señora.

La mandíbula de la mujer se tensó con tal fuerza que parecía que sus huesos intentaban recolocar dientes que se le hubieran aflojado.

—Su señoría habla un montón cuando se acuesta con una mujer —dijo con desdén—. Le gusta alardear de sus hazañas y demás. Me temo que es la única manera en que consigue correrse: hablando de sí mismo.

Una risa colectiva surcó la cubierta, emanando de quienes habían venido con nosotros.

—Cierra la boca o perderás la lengua, Evanlee —gruñó Hesh.

—Ah, ¿sí? —Le golpeé la cabeza otra vez con el puño—. ¿Y quién va a quitársela? ¿Tú? Lo dudo. ¿Qué sabes, mujer?

Ella soltó un suspiro y se irguió lentamente.

—Dijo que solo él podía encontrar el lugar oculto donde un nuevo rey está levantando sus fuerzas. Un lugar en los bordes de las Islas Oscuras.

La frágil coraza que me impedía hundir toda la casa bajo el mar empezó a resquebrajarse.

—Las Islas Oscuras —murmuré—. Ha estado en las Islas Oscuras todo este tiempo.

No muy lejos de la ciudad real.

No muy lejos de la Torre.

Había navegado alrededor de mi alondra sin siquiera saberlo.

—Si es cierto, fuerzas oscuras habitan esa tierra oculta —susurró Evanlee—. Nadie más sale sin perder el camino de regreso, según dice. Solo él conoce la senda. Está marcada dentro de él. Invoca la maldición de ese suelo maldito por los dioses.

—¿Dentro de él?

—En sus huesos, mi señor. —Asintió ella frenéticamente, ignorando las maldiciones y amenazas de Hesh—. Está sobre su corazón. Él mismo me lo dijo, me mostró la quemadura del hechizo.

«Me encontrarás en el corazón».

Tomé el mentón de la mujer entre mis dedos.

—Gracias, señora. Usted y su hija tendrán refugio en la ciudad real.

Su aliento tembló. Me dio un beso rápido en los dedos antes de que yo arrojara a Hesh hacia atrás. No había forma de saber cuán

delicado podía ser ese conjuro. No arriesgaría un solo movimiento en falso. No cuando estábamos tan cerca.

Apreté la nuca de Gavyn con la mano.

—Necesito que vayas a la costa.

—¿Para qué?

—Tráeme a Desgarracarne.

—Erik, no.

—Hazlo, Gavyn. ¿O tus propios temores pesan más que su vida?

Injusto por mi parte, sin duda, y Gavyn probablemente me guardaría rencor por poner sobre sus hombros una elección imposible.

Me importaba poco.

No dijo nada antes de lanzarse por la borda, parte de las mareas.



La Casa de las Espadas ardía a lo lejos. Algunos bergantines y botes de remo se deslizaban sobre el mar hacia la Casa de los Reyes con los desplazados, incluidas Evanlee y su hija. El resto quedaría en sus tierras calcinadas, a la espera del regreso de su rey con un nuevo señor de su casa.

Esperarían un buen tiempo.

Hesh todavía respiraba, pero no lo haría en el momento en que su utilidad se agotara.

Habíamos regresado a la *Nave Eterna* después de enviar al *Tormenta de Fuego* a los barrancos más profundos del mar.

A pocos pasos, Valen bebía un té de hierbas preparado por Devoracráneos para ayudar a reponer la furia en su sangre. La manera en que había roto la tierra lo suficiente como para que brotara fuego de los acantilados había dejado agotado al padre de Livia. Aun así, miraba a Hesh por encima del borde de su taza con una sed de sangre que rozaba la locura.

Gavyn y Celine se mantenían cerca de Sewell como escudos gemelos, ambos tensos cuando me acerqué. Celine suplicaba en voz baja. Los ignoré.

—Sewell. Gavyn te dijo que necesito a Desgarracarne.

Sewell se movió inquieto.

—Eso fue lo que susurró.

Le agarré el hombro, con la voz baja.

—Sé que lo que pido es arriesgado.

La expresión suave y bondadosa dio paso al hombre que conocía desde niño: el audaz señor que defendía su reino, que había navegado los mares más feroces.

—¿Por nuestro Zorro, Anguilita?

Le di una palmada en el hombro.

—Por nuestro zorro.

Sewell se acercó al señor Hesh. Las palabras a veces se enredaban en su lengua, pero la tortura de Harald nunca había apagado la voz del mar de Sewell.

—Erik, si esto lo mata… —Gavyn no terminó su amenaza. No hacía falta. Esto expondría a Sewell. Nadie tenía la voz del antiguo señor de los huesos y, por su sacrificio, pasaría el resto de mis días asegurándome de que nada le ocurriera.

La gente que había pensado como Thorvald, quien todavía veía a Sewell como un traidor, estaba muriendo, ya fuera por la guerra o a manos de un joven señor. Pero ya era hora de permitir que Sewell Desgarracarne, por fin, fuera libre. No había cometido pecado alguno a mi entender por amar a su compañera, ni tampoco sus hijos.

Sewell se agachó frente a Hesh, sonriendo.

—¿Me ves?

Hesh entrecerró los ojos, escudriñando el rostro de Sewell, que siempre mantenía oculto bajo el ala del sombrero, una barba salvaje y nuevas cicatrices.

Tras un momento, Hesh palideció.

—Sigues vivo.

Con una carcajada profunda, Sewell empujó a Hesh contra la cubierta y se montó sobre sus caderas. Herido y debilitado, Hesh aún trató de arrastrarse lejos… hasta que un hacha de hoja negra se hundió en su espinilla.

El señor de las espadas chilló de agonía.

—Te llevaste a mi chica. —Valen lo miraba desde arriba.

—No… yo no, rey de la tierra. Guardahuesos.

—Sí, he oído ese nombre muchas veces. Parece que ayudaste a ese hijo de perra. Lo mismo hubiera sido que la agarraras tú mismo. —Valen retrocedió, temblando, girando su segunda hacha en el agarre—. Si no quieres saborear la otra, quédate muy quieto.

Sewell apoyó su palma sobre el pecho de Hesh y tarareó, suave y espectral. Como un fino pergamino en llamas, la piel ensangrentada sobre el corazón de Hesh ardió y se consumió hasta convertirse en ceniza, hasta que solo quedó el hueso.

El señor de las espadas puso los ojos en blanco. Murmullos se alzaron entre la tripulación al ver a Sewell actuar. Desgarracarne, de gran valor alguna vez para el rey Thorvald, era un hombre capaz de arrancar la carne de los huesos mientras el alma aún vivía.

Harald siempre lamentaba lo trágico que era matar a Desgarracarne, pues admiraba la exquisita habilidad de Sewell para torturar y obtener respuestas, para amenazar, para mantener a la gente temblando bajo los pies de los nobles del Eterno.

Las capas de piel se desprendían del cuerpo de Hesh, pero bajo el toque de Sewell, los bordes se chamuscaban y cauterizaban, quemando la sangre antes de que pudiera brotar.

Gavyn me había contado que el rey Thorvald había usado a Sewell muchas veces para dejar heridas abiertas en sus enemigos; decididamente dolorosas, pero las víctimas nunca se desangraban hasta la muerte, simplemente vivían durante semanas, meses, con monstruosos agujeros supurantes en sus cuerpos.

Algunos sonidos de arcadas surgieron desde la parte trasera del barco. Jonas cayó de rodillas, seguido por Alek, como si los dos príncipes estuvieran por completo fascinados.

La voz de Sewell se cortó cuando el pecho de Hesh quedó desollado, abierto y expuesto. Su esternón ensangrentado quedó al descubierto. Allí, grabado a fuego en el hueso, había un símbolo rodeado de una pequeña escritura en un idioma que no conocía.

Arrastraría hasta allí a cualquier maldito erudito, cualquier bruja, cualquier elfo del mar que entendiera palabras antiguas antes de que terminara la noche. La encontraría esa misma noche.

Capítulo 22

La alondra

El cuchillo de Fione se detuvo en el aire, la punta a un dedo de mi nariz.

Los ojos de la bruja se abrieron.

—¿Cómo…?

Raíces y enredaderas se enroscaron frente a mí como un escudo arbóreo que surgiera para recibir el golpe en mi lugar. Ramas y troncos se dispararon hacia delante y envolvieron su cuchillo, deteniéndolo a una distancia segura de mi rostro.

Hice girar la palma de mi mano, y los árboles apuntaron el acero hacia el suelo. Mi puño se cerró, y las ramas apretaron con fuerza el cuchillo hasta que la hoja se quebró bajo la presión.

Dejé caer mi brazo a un lado, y con él, los árboles dejaron caer los fragmentos dentados del cuchillo formando un pequeño montón sobre la arena.

De la vaina de hierba que yo misma había tejido, saqué la daga de Gavyn, con su peculiar empuñadura: amatista y runas grabadas. Fione me miró, los ojos abiertos y las mejillas teñidas de un rojo intenso.

—¿Te das cuenta de que quizá no he estado sola en absoluto? —dije con una sonrisa, una máscara para ocultar el miedo que me oprimía el pecho.

La frialdad de Fione se volvió aún más cortante. Con dedos rápidos, recogió arena y guijarros ásperos y gritó en señal de aviso para cualquier guardia que pudiera estar escondido por la zona. Después los lanzó con violencia, rompiendo el aire con un estallido seco.

Se movió con una rapidez furiosa, como un mar embravecido, y apenas tuve tiempo de comprender lo que hacía antes de que un zumbido dulce y letal golpeara mis oídos.

Cuando los guijarros cayeron al suelo, en vez de oscuras piedras lisas y copos de arena negra, se transformaron en barrotes y postes crueles a mi alrededor, atrapándome.

Chillé y golpeé con mis puños las piedras, agitando mi nueva jaula. Las voces y los gruñidos estaban cada vez más cerca. A través de los árboles, aparecieron en la playa una docena de hombres con sus respectivas espadas.

Fione me lanzó una sonrisa rápida.

—Creo que a partir de ahora pediré que te aten a la cama. El cuerpo extendido. Así será más fácil cavar un agujero en tu piel si alguna vez requiero sangre para un hechizo. Me pregunto cuánto vivirás antes de desangrarte.

Me caí de rodillas, con las palmas abiertas sobre la playa rocosa, la furia hirviendo en mis venas.

Hoy. Me iba a ir hoy.

Este momento me ponía a prueba como reina; este momento o bien me acercaba a mi rey o me mandaba al Otro Mundo, una luz en su oscuridad hasta que me encontrara en el salón de los dioses.

El dolor habitaba esta tierra. Cuanto más ahondaba en ella con mi propia magia, más me consumían los recuerdos de Natthaven.

Una mano cruel me apretó la garganta como una prensa, hundiéndose en mí y anclándome al sitio. En mi mente, el ruido metálico de acero chocando contra acero, vibrando. Humo y carne quemada ardían en mi nariz. Lágrimas de pérdida. Se habían librado guerras sobre estas orillas. Pero también habían conocido la felicidad. Un consuelo, suave como la seda, nació en mi pecho. Una risa cantarina resonó en mis oídos. Fiestas. Bailes. Música.

Natthaven devoró mi furia, revelando su dolor y su alegría con cada latido que enviaba a la orilla. No sabía lo que buscaba de la tierra. Todo lo que podía visualizar en mis pensamientos era hoy.

Me iba a ir hoy.

—Lleváosla —espetó Fione, pero su tono cambió—. ¿Qué es esto? No, ¡lleváosla!

Los músculos de mis brazos temblaban. Me incorporé lentamente, todavía atrapada entre los postes de piedra encantados de Fione. Pero la arena y los guijarros vibraban y crujían bajo mis pies,

anunciando peligro. Fione alcanzó su bolsa, buscando un nuevo hechizo, un nuevo ataque.

La orilla se abrió ante nosotros.

Del mar surgieron brotes verdes, húmedos y viscosos, estallando como flores extrañas. Serpientes de hojas verdes y negras se enroscaron y retorcieron alrededor de los postes de piedra que formaban mi jaula. Los guardias élficos se detuvieron, asombrados. Algunos reunían luz en sus palmas, al igual que hizo Arion contra Skadi, preparándose para lo que estaba por venir.

Nunca tuvieron oportunidad de atacar. Raíces y ramas del bosque surgieron del suelo en un ataque contra las enredaderas de la tierra y las algas del mar; derribaron a los guardias élficos, esposaron sus muñecas. Los hombres gritaban, atónitos, golpeaban el follaje, y luego desenvainaban sus espadas. El acero chocó con corteza y zarza.

Grité, el agotamiento quemaba mis antebrazos.

¡Hoy! Hoy me iba.

Las plantas marinas comenzaron su retirada hacia el agua, pero mientras lo hacían, la fuerza de su agarre alrededor de los pilares de piedra que me mantenían cautiva crecía. El crujido de la piedra al romperse se mezclaba con los gritos de los guardias.

Una y otra vez, las plantas marinas tiraron y lucharon contra las barras malditas de Fione… hasta que se hicieron añicos.

Polvo, escombros y sal llenaban mis pulmones. Cubrí mi cabeza contra la lluvia de guijarros y piedras rotas.

Cuando todo se asentó, tomé la daga de Gavyn, mis brazos tan firmes como hierba húmeda, pero lista para luchar. Si el Otro Mundo reclamaba mi vida, rogaría a los dioses que me hicieran arder con fuerza en los cielos del Eterno.

Que Erik me viera noche tras noche, hasta que, al fin, me encontrara de nuevo.

Mi Fuego de la Noche.

Pero tropecé hacia atrás.

La jaula de Fione se había derrumbado. Las hojas marinas dejaron huellas en la orilla, pero entre el bosque y el agua se había

levantado un muro retorcido y en constante movimiento de raíces, enredaderas y ramas.

Los elfos trataban de rebanar la barrera. Donde una rama se astillaba, otra se deslizaba en su lugar. Viva. El muro estaba vivo, un muro de serpientes hechas de madera y espinas.

A través del muro, Fione siseaba, haciendo todo lo posible por atravesarlo. Los elfos gritaban órdenes con un toque de incredulidad. Las campanas de la torre sonaron.

A mi lado del nuevo muro, no había nada más que bosque y noche.

«Respira. Concéntrate».

Un destello iluminó el horizonte y luego se desvaneció en la oscuridad. Entrecerré los ojos, buscando en el mar, hasta que el sonido de la madera astillándose me devolvió al presente. Mi muro de furia retorcida se debilitaba.

Los guardias cortaban las ramitas, y ahora no había nada que las reemplazara.

La madera retrocedía.

—¡Lleváosla! ¡Ahora!

Larsson. A través de una de las grietas en mi barrera, su rostro se contorsionaba de rabia. Giré sobre mis talones y avancé tambaleante hacia el bosque.

Los árboles se inclinaron lejos de mí, como si el bosque, una vez más, me invitara a su santuario. Con la daga floja a mi costado, me agaché bajo las hojas y los emparrados, la mandíbula apretada.

Esto no había terminado, pero terminaría. Ya fuera por mar o por muerte, me iba de esta isla.

Capítulo 23

La serpiente

El cadáver de Hesh estaba atado al mástil central con gruesas cuerdas, como si la madera misma intentara retenerlo. Su pecho yacía abierto, el esternón arrancado, y una daga se hundía en su corazón silencioso. Lo habían despojado de sus finas vestiduras, le habían arrancado los ojos y clavado la lengua en la frente, mientras la sangre de la herida que Valen le infligió con su hacha goteaba sobre la cubierta.

Tavish y su barco se mantenían a la popa de la *Nave Eterna,* atentos a cualquier señal, a cualquier indicio de un hechizo. A la luz de la luna, podía distinguir la silueta de Tavish recostado sobre el bauprés, tarareando, extrayendo cualquier hechizo desconocido que pudiese haber sobre el Mar Eterno.

Sander estaba sentado frente al cadáver del señor de las espadas, impasible ante la sangre, mientras trazaba con los dedos los símbolos grabados en el esternón ensangrentado. El príncipe examinaba los símbolos y luego hojeaba gruesas páginas de pergamino con escritos que había sacado clandestinamente del fuerte de los elfos terrestres.

La curiosidad del príncipe nos resultaba muy conveniente, y ya había descubierto antiguos símbolos que hablaban de un fuego en la luna. Portatormentas insistía en que eso significaba que habría un destello, una señal celestial, cuando nos acercáramos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sander.

—Hogar —dijo Portatormentas—. En mi aldea se valoraban mucho las lenguas antiguas y el conocimiento ancestral. Mi mamá me crio leyendo símbolos, runas, poemas y sagas antiguas, hasta que se fue con mi papá al Otro Mundo. Sé de símbolos y traducciones.

Después de que varios miembros de la tripulación gritaran y maldijeran a Portatormentas por no dejar entrever su ingenio, se acomodó junto a Sander, traduciendo el esternón.

—¿Tienes más? —pregunté.

Las Islas Oscuras ya estaban a la vista, la luna brillaba en lo alto, y no iba a perder la oportunidad de echar un vistazo a esa maldita isla protegida por hechizos.

Sander deslizó un pulgar sobre el fragmento de hueso.

—Portatormentas ha ido a buscar entre sus pertenencias algo sobre la antigua sabiduría de brujas marinas; tiene un libro que le dejó su abuela.

Por los infiernos, ni siquiera sabía que aquel hombre supiera leer.

—Hay un encantamiento grabado en el hueso —continuó Sander —, y creemos que nos falta una parte.

Voces tensas se elevaron sobre la cubierta cerca de la escotilla. Portatormentas, el hombre que necesitaba a mi lado, se detuvo en la cima de los escalones, los brazos cargados con cuero reseco que protegía antiguos pergaminos.

Pálido, casi asustado, bajó a la cubierta como si las tablas pudieran quebrarse bajo su peso, con la mirada fija en la fuente de su inquietud.

Sewell se apoyaba en el mástil de proa, brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, mirando únicamente a Portatormentas.

—¿Qué ocurre? —exigí.

Portatormentas avanzó con cautela hacia mí.

—Nada, mi rey. No es nada.

—Mentiras en la lengua —gruñó Sewell.

—¡Portatormentas! —grité—. ¿Tienes problemas con el señor Sewell ahora que ha hecho sonar su voz? Te aseguro que, sin importar tu historia en este barco, la mía con él es más larga. Él saldrá vencedor.

—No —dijo Portatormentas, lamiéndose los labios para limpiar la sal del aire—. Ningún problema, mi rey.

Celine se situó junto a su padre.

—¿Qué te ha pasado?

Sin decir palabra, Sewell atrajo a Celine hacia su costado —su primera muestra de verdadero afecto hacia su hija frente a la tripulación— y mantuvo su mirada fija en Portatormentas.

—Los ojos mal puestos, muchacho.

—Dioses…, Sewell, quiero decir, señor —dijo Portatormentas, dando otro paso hacia Sander—. No estaba mirando, y no lo sabía. Jamás… si lo hubiera sabido, no hablaría de semejantes cosas.

En ese momento, Gavyn apareció con un cuerno de cerveza recién servido.

—¿Qué pasa aquí? ¿Es la hora?

—No, pero si una maldita discusión arruina el momento, os colgaré a todos —dije, sin ganas de más conflictos en la cubierta—. Dejad vuestros pleitos. Portatormentas, si has ofendido a Sewell, termina con ello.

—Nunca quise faltar al respeto —dijo Portatormentas—. No sabía que ella era tuya…

Gavyn se erizó de inmediato.

—Dime, ¿hablabas sin saber de mi hermana frente a mi padre?

—Tenía un deseo propio —dijo Sewell.

—Espera. —Celine se apartó del abrazo de su padre—. ¿Le hablaste de mí a Portatormentas?

—Hace semanas —dijo Portatormentas, con la voz quebrada.

El labio de Sewell se curvó en una mueca de desdén.

—Pensó que podía probarte…

—No dije eso —replicó Portatormentas.

Gavyn lo desestimó con un gesto.

—Significa que hablaste como si la vieras como algo más que una compañera de tripulación. Como si la desearas.

Alzó las cejas en dirección a Celine, riéndose cuando su piel se tiñó de un rubor profundo por la vergüenza.

—¿Es cierto, Finn? —preguntó Celine, con voz suave.

En ese instante, incluso yo me detuve. Nadie usaba el nombre de pila de Portatormentas. Lo detestaba; decía que lo hacía parecer parte de los seres marinos.

Portatormentas bajó la mirada hacia la cubierta.

—No quise faltar al respeto, Cantamareas. Es solo que… compartimos… compartimos un vínculo con las tormentas y todo eso, pero le dije a Sewell que podría ser algo más. Al menos así parecía. Creí que hablaba con nuestro cocinero, no con tu maldito papá.

Celine fulminó a su padre con la mirada.

—Ah, ¿y qué tenía que decir Sewell?

—Nada —dijo Portatormentas—. Me dijo que me atuviera a mis mareas, y yo entendí que no debía andar socializando con la única dama a bordo, así que lo dejé ahí.

—¡No tiene el corazón adecuado para mi Pez Trueno! —gruñó Sewell.

Gavyn agarró los hombros de Sewell y los sacudió levemente.

—¿Alguien va a ser digno de tu preciado Pez Trueno?

Me preparé para estallar, gritar, maldecir y exigir que dejaran de hablar, hasta que la profunda risa de Valen me hizo sentir un extraño desasosiego.

—Sewell —dijo el maestro de tierra—, de padre a padre, si mi hija encontrara a un hombre tan íntegro como… ¿Portatormentas, verdad?

—Sí, rey de la tierra —dijo Portatormentas, pálido, encogido sobre sí mismo.

Valen apoyó un codo en la barandilla, sonriendo.

—Bueno, yo no tendría problema—

—Silencio en la lengua, Lobo —gruñó Sewell.

—No es tan agradable cuando se te aplica a ti, ¿verdad? —Valen golpeó el pecho de Sewell con el dorso de la mano.

Celine parecía a punto de desvanecerse entre las tablas; Aleksi y Mira reían mientras Gavyn seguía intentando acercar a Portatormentas, y Sewell siseó al hombre antes de caminar hacia la escotilla, dejándonos con toda la arrogancia de un señor de casa.

—No lo sabía —murmuró Portatormentas—. ¿Cómo iba a saber que él es el Desgarracarne? ¿Cómo iba a saber que la magia de Cantamareas corre por su sangre?

—Déjalo ya —interrumpí—. Mantened los ojos en las estrellas, malditos.

Portatormentas lanzó una mirada cautelosa a Celine, que ya había salido corriendo, fingiendo ocuparse con un trozo de cuerda; finalmente se sentó junto al príncipe Sander.

—Encontré esto, príncipe de la tierra —dijo. Desdobló una gran hoja de pergamino antiguo—. Un viejo hechizo rúnico para revelar

cosas perdidas; su traducción literal sería 'deseos ocultos'. Aun así, supuse que deseamos encontrar lo oculto, y se parece mucho a ese símbolo de allí.

Portatormentas señaló una runa larga y angular en el borde del esternón.

—De acuerdo —asintió Sander, volviéndose hacia el mar—. Estamos hablando del cielo. Creo que estas… —su dedo rozó el lado opuesto del hueso— son estrellas. Estamos alineados, ¿verdad?

Portatormentas tomó el hueso, entrecerrando los ojos mientras lo levantaba hacia el cielo.

—Sí. Nada de esto forma parte de un hechizo o de algún saber antiguo. Es una posición… bajo el Rey Estelar y sus doce damas, rey Erik.

El Rey Estelar, otra constelación, la historia de un monarca bastante consentido que vivía en un constante baile con doce posibles parejas girando a su alrededor. Miré al cielo. El brillo de la estrella central parpadeaba, y la luz más suave de la docena de estrellas que lo rodeaba titilaba como si nos llamara.

—Sí. Estamos alineados—. Dioses, esto tenía que ser.

—Bien. —Sander se agachó sobre una rodilla—. Si lo entiendo correctamente, debemos iniciar el encantamiento, y debería comenzar a revelar lo oculto. Al menos así lo interpreto.

El maestro de la tierra se había unido a nosotros, con el rostro impasible, pero la inquietud se revelaba en la forma en que se crujía un nudillo tras otro, una y otra vez. Jonas, Aleksi y Mira permanecían cerca de la barandilla, observando, con un atisbo de desesperación en sus rostros.

Conocía esa sensación demasiado bien.

—Entonces, hazlo —dije, con la voz áspera y tensa.

Sander asintió.

—Se moverá rápido una vez comencemos. Déjanos un momento para asegurarnos de que el dialecto sea el correcto, pero prepárate, Cantasangre.

Yo ya estaba listo. Desde el instante en que supe que Livia había sido tomada, había estado listo para volver a sostenerla, por todos los dioses.

El viento mordía mi rostro, duro y frío. Volví a concentrarme en el horizonte.

—¿Es esta tu primera vez enfrentándote a un traidor? —preguntó.

Levanté la vista, molesto por la interrupción, pero la sensación desapareció al ver a Valen. El maestro de la tierra se había recuperado con tónicos y, en verdad, me pareció que disfrutaba un poco al ver a Hesh, como si su sufrimiento lo revitalizara.

—¿De tal magnitud? Sí. En toda nuestra historia, nadie ha intentado jamás usurpar el trono del rey eterno. Soy el primero en recibir semejante honor.

—¿Crees que eso te hace menos rey?

—No soy amado, maestro de la tierra. Me ven como alguien débil.

Valen hizo una pausa de unos segundos y luego suspiró con un toque de irritación.

—Mira, Cantasangre, no eres el primer rey que es traicionado, ni serás el último. Fueron los actos de un traidor los que finalmente me obligaron a aceptar mi propia corona, porque casi mata a la madre de Livia. Luego, otro traidor intentó vender a Elise a nuestros enemigos. Jamás lo habría sospechado, y me consideré muy débil por no haberlo visto.

¿Acaso… me estaba consolando?

—Y… —dije, ajustando innecesariamente el sable en mi cinturón —, ¿qué hiciste?

—Degollé al primero. —Los ojos de Valen se oscurecieron—. Y al otro, le arranqué los pulmones a través de la columna. Nada menos de lo que tú has hecho.

En algún lugar de mi pecho, un extraño anhelo me atrapó. Era un deseo que se abrió paso desde mi cráneo hasta el corazón, enredándose en él; la necesidad de pedir consejo a un rey que había luchado por su reina. Un rey que no me miraba solo para medir mis cicatrices.

Quería preguntar mil cosas: ¿cómo se ganó el respeto de su pueblo? ¿Cómo confiaba en él? ¿Cómo le hablaba?

«Quédate, Erik Cantasangre».

Por un instante, sentí que entendía lo que Valen Ferus quería decir cuando me pidió que me quedara. Cuando insistía en que no

deseaban mi corona, solo estar al lado de un rey niño mientras este enfrentaba el imposible reto de gobernar un reino tras la destrucción de la guerra.

—Puede que esto te sorprenda —dijo Valen, con un tono ahora más sereno—, pero me complace la sangre derramada en tus manos hoy. Masacré hombres de las formas más dolorosas que pude imaginar por traicionar a mi reina. Al igual que tú has hecho… por la tuya. Sé cuánto amo a mi esposa, Erik.

Valen se volvió, mirando al mar, y se encogió de hombros.

—Tómalo como quieras.

Lo tomaría, sin lugar a dudas, como la confesión del maestro de la tierra de que sabía que yo movería cielos y mares por su hija herida.

—¡Erik! Está empezando. ¡Mira! ¡Dioses, ahí está! —La voz de Sander hizo añicos la noche.

El príncipe alzó el hueso y, como un destello de luz estelar que explotara sobre nuestras cabezas, un fulgor azul, intenso y fugaz, parpadeó en el cielo.

—*Skriva till a natt* —murmuró Portatormentas. Su voz, por lo general áspera y seca, era ahora suave como una marea tranquila. Clara. Concentrada.

Mis dedos se hundieron en el hueso rugoso de una de las púas que sobresalían del casco. Mantuve una pierna apoyada en la barandilla, escrutando los mares vacíos.

Nada.

En la siguiente respiración, las corrientes se tornaron más violentas, el barco se balanceó y un aire nuevo, tibio, acarició mi carne en lugar de helarme la piel.

La nave se sacudió con fuerza. Tuve que aferrarme al aparejo para no caer por la borda. Sobre nuestras cabezas, el estandarte de nuestros colores chasqueó y ondeó con furia, antes de girar y señalar la dirección opuesta.

—El viento ha cambiado —susurró Portatormentas.

—Por los tres infiernos. —Valen se inclinó sobre la borda—. Mira.

Justo delante de nosotros, una nueva curva de tierra rompió el horizonte. Tierra desconocida: acantilados imponentes, antorchas,

faroles, todo ello iluminando una playa hecha de cristales oscuros, no de las suaves arenas del Eterno.

A lo lejos, el tañido de una campana resonó sobre las mareas.

La tripulación rugió con ferocidad. Las espadas se alzaron al compás de sus voces, y una lanza de fuego estalló en un torrente de carmesí y ceniza que rasgó la oscuridad de la noche.

«¡Alondra!», grité a través de mi corazón, desesperado por que me oyera. «Mira de nuevo hacia el mar, amor mío… ¡te hemos encontrado!».

Capítulo 24

La alondra

Un vendaval sacudía el bosque. Avanzaba a duras penas, con la cabeza inclinada, abriéndome paso hacia mi refugio y buscando un camino hacia Skadi.

Si lograba encontrar a la princesa, podría liberarnos de estos hechizos. Podría liberarse de cualquier acuerdo que Arion le hubiera impuesto. Se había producido un cambio en Skadi desde que había usado su oscuridad, pero ella era la última esperanza que me quedaba. Parecía ser la única con suficiente poder para romper barreras místicas.

No sabía cómo localizarla en el palacio ni cómo escapar después. Otra vez.

El profundo tañido de las campanas de la torre del palacio retumbó en la tierra. Por encima del frenesí, se escuchaban gritos, órdenes y el golpeteo de pasos apresurados.

Sentí un tirón en la cintura, un empujón que me instaba a volver hacia el mar.

No. Debía dirigirme al palacio. Pero un calor brillante y casi familiar ardía en mi pecho, empujándome de nuevo hacia el agua.

«Él viene».

Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante aquel pensamiento. No era del todo mi voz, sino más bien un filo helado que se hundía en mi sangre. Un sonido gélido, el raspar de garras sobre mi cráneo, pero no traía miedo. Era como si algo parecido a mi propia furia se apoderara de mí, ansioso por guiar mis pasos.

Levanté el borde raído de la túnica, soportando el dolor que los afilados arbustos y zarzas provocaban en las maltrechas plantas de mis pies.

Las ramas crujían a mis espaldas, como si un ejército entero me rodeara. Los elfos eran formidables, sin duda. Conocían su tierra. No tenía deseo de encontrármelos.

—¡Alejadme de ellos! —grité, mientras los últimos rescoldos de furia recorrían los extremos de mis dedos. Pasé la palma de mi mano sobre un olmo retorcido.

Las zarzas en el estrecho sendero se espesaban, obligándome a girar en una curva, adentrándome más en las sombras de los árboles. El vello de mis brazos se erizó; la inquietante sensación de que ojos invisibles me vigilaban recorrió mi columna a grandes sacudidas.

«Él viene».

No me importaba ya si era la voz de Natthaven, mi propia furia o un espectro. La voz en mi mente me atenazaba con pánico.

Larsson venía.

Aceleré el paso hasta salir de entre los árboles. Un regusto a sangre me quemó la garganta, y sentí el pecho como si hubiera tragado llamas. No, dioses, no. Estaba de nuevo al descubierto. Expuesta a las flechas, a la mirada de Larsson.

Un estruendo sacudió los guijarros cristalinos bajo mis pies.

La espesa noche estalló en una esfera de fuego. Breve, pero suficiente para que la luz dorada de una piedra de ceniza iluminara los enormes cuadrados de las velas carmesí. Suficiente para revelar el brillo de un casco de alquitrán cortando las mareas.

Tropecé.

—Erik.

Por un instante, el tumulto del bosque cesó, como si toda la isla hubiera quedado paralizada ante la visión de la *Nave Eterna.*

Él estaba aquí. Infiernos, el empujón, la voz, me habían estado conduciendo hacia mi rey, hacia mi serpiente, todo este tiempo.

Un viento feroz azotó y enrolló la falda de la túnica alrededor de mis piernas. Entonces, las velas carmesíes giraron, apuntando al lado equivocado de la maldita isla.

—¡No! ¡Erik! —grité su nombre, consciente de que las mareas, el viento y el crujir de las velas de la *Nave Eterna* devorarían mi voz antes de que llegara a él. Luchaba contra el tirón que me ataba a esta tierra—. ¡Erik!

Contuve la respiración. Una luz brillaba en la oscuridad, Fuego de la Noche. Erik era mi Fuego de la Noche, recorriendo mares y cielos

en busca de su amor perdido.

Debía atraerlo hacia mí con la luz. Dioses, cómo deseaba que mi tío Tor, un elfo de fuego, estuviera aquí. Podía encender una llama con un simple gesto de su mano.

Desesperada, miré a mi alrededor. Al doblar la isla, apenas podía distinguir la punta de mi muro de madera, que cedía. La mayor parte aún resistía, aunque no tardaría en caer.

Algunos guardias élficos habían perdido la paciencia, avanzando a caballo entre el andar y el nado para rodear los bordes del muro. Uno sostenía una linterna sobre la espuma de las olas.

Necesitaba esa llama.

Exhausta, me arrodillé sobre la tierra y recogí un puñado. Un poco más. Otra vez.

—Ilumina su camino hacia mí.

Por un instante, no pasó nada. Luego, un grito de sorpresa quebró la noche. El elfo que sostenía la linterna fue arrastrado fuera del agua. Desde lejos apenas podía distinguir su figura, pero sus gritos se extendieron por la playa, lejanos pero claros.

Algo se movía a su alrededor. ¿Raíces? ¿Ramas? No lo sabía. En la siguiente respiración, el brillo de su linterna recorrió la playa, libre del guardia, y se lanzó hacia el bosque.

Se escucharon gritos confusos. Los elfos corrieron hacia los árboles, persiguiendo la llama robada, esperando seguramente encontrarme allí.

Me giré, mirando hacia el bosque, esperando. Mis dedos se curvaron, se estiraron y se abrieron una y otra vez, hasta que mi pulso se aceleró tanto que dolía.

En la ladera, cerca de donde el bosque había arrebatado la linterna, una chispa saltó entre las copas de los árboles. Llamas doradas lamieron el tronco de un imponente roble en el centro de la colina. Otra saltó a un esbelto abeto. Otra a un álamo. Una por una, las llamas danzaron de rama en rama, sobre hojas y arbustos, iluminando el bosque en un estallido de fuego.

Un lento incendio se fue formando. Pero era más que eso. Los árboles no permanecían quietos; se movían y se inclinaban. Los arbustos se plegaban en formas definidas. Mi sangre ardía, pero no

como debería haberlo hecho ante una hazaña así. Esperaba colapsar, gastar toda mi magia de furia hasta perder el conocimiento. Sin embargo, permanecí en pie, fatigada, pero lista para actuar cuando fuera necesario.

Era la reina eterna. Era como si mi furia lo aceptara, como si estuviera demostrando su poder al mar y a la tierra. Como si mi furia luchara con la misma desesperación que yo por encontrar al rey eterno.

Retrocedí, observando con cierta admiración cómo el fuego lamía los árboles, enroscándose y elevándose en espirales hacia la oscuridad. Una sonrisa se dibujó en mi rostro cuando los gritos de miedo de mis cazadores se perdieron bajo el rugido de las llamas salvajes.

Luz en la oscuridad, guiando a dos corazones perdidos de regreso a casa.

Capítulo 25

La serpiente

La campana era una advertencia. Algo había salido mal.

—¡Cubridlo todo, malditos! —rugí—. ¡Encended esas malditas lanzas!

Otro estruendo, otra piedra de ceniza se lanzó hacia la isla oscura.

Tal como nos habían advertido aquellos con quienes nos cruzamos, esta tierra no pertenecía al Eterno. Un manto oscuro de niebla flotaba por los bordes y la isla parecía atrapada en una tormenta violenta.

Era como si luchara por no revelarse, como si se estuviera retirando.

Las velas cenicientas del barco de Tavish se sacudieron ante el azote del viento que lo hacía avanzar. Los gritos de su tripulación resonaban sobre la *Nave Eterna* mientras la Casa de las Nieblas viraba, alineando el casco con la línea de la costa. La presión, como un viento cálido antes de la violencia de una tormenta, hinchaba las velas.

Desde aquí podía distinguir la figura de Tavish. Estaba sobre las barandillas, una mano en el aparejo, la otra extendida.

—¡Está rompiendo los hechizos! —grité—. ¡Seguid apuntando a la costa! Cuando esos resguardos se rompan, no quiero que quede un hombre con vida en esa maldita isla.

—¡Rey Erik! —Un hombre se echó hacia atrás sobre la barandilla —. Las brujas del mar dicen que estos hechizos son resistentes. No se puede asegurar que se rompan del todo.

Maldita sea.

—¡Seguid disparando!

Las peticiones de lanzas resonaron en la cubierta. La *Nave Eterna* dio una sacudida antes de llegar a la zona de aguas poco profundas, obligada a detenerse.

—Voy yo. —Me apresuré hacia el costado de babor del barco.

—No te dejará —gritó Gavyn—. Esto es lo que ocurre. Puedo permanecer en el mar, pero no puedo penetrar la orilla.

—No sin el hueso. —Sander agitó el esternón de Hesh—. Es la clave. Recuerda lo que dijo la mujer: él pudo atravesar las barreras pero su tripulación no. El hueso y las runas son tanto localizador como llave para pisar la costa.

Sin decir una palabra, le arrebaté el hueso al príncipe y apoyé ambos pies en la barandilla. Me aferré al aparejo, escudriñando desesperadamente la orilla.

Gavyn ya había llegado al agua. Livia no era tonta. Habría desaparecido. Las campanas que resonaban sobre la costa repicaban desde antes de que encontráramos la isla, y un mal presentimiento me encogió el estómago: la habían encontrado.

Otra piedra de ceniza estalló en la noche, pero cayó al mar, a veinte pasos de la orilla.

«Alondra».

Celine me entregó sus cuchillos, atándolos a mi cinturón, ofreciéndome su propio sable, como si temiera lo mismo que yo: había una posibilidad de que tuviera que depender de las armas hasta encontrar a Livia.

Y así sería. No me detendría hasta volver a ver a mi reina.

—Cantasangre. —Valen tomó la cuerda a mi lado—. Solo tienes una verdadera oportunidad. No puedes enfrentarte a esto solo.

—No hay elección, maestro de la tierra. Solo uno puede llegar a la costa, a menos que Tavish logre abrirse paso.

—Entonces iré yo —dijo—. Destruiré esta maldita isla.

Podía confiar en que su propio padre la encontraría, sin duda, pero no había garantía de que tuviera poder sobre esta isla. Ni de que yo pudiera controlar los bordes de ese mar. Aquí flotaba un zumbido de extraña magia.

En una cala, moteada de árboles y bosque, un destello de luz dorada surgía entre las sombras. Llamas carmesíes se extendían en un patrón definido, trepando por la ladera, devorando las sombras como una bestia que se tragara la tierra.

El aire abandonó mis pulmones cuando el fuego llegó a su fin: las llamas formaban una figura retorcida sobre las copas de los árboles.

La lumbre se extendía siguiendo el contorno deliberado de una serpiente marina en movimiento.

—¡Ahí! Livia está ahí.

Valen se inclinó aún más sobre la borda.

—¿Cómo lo sabes?

No respondí. No pensé. Apreté el huesollave con fuerza y me lancé al mar.

—Maldita sea, Cantasangre. —La furia de Valen me golpeó la espalda cuando salí a la superficie.

Me sumergí de nuevo, exigiendo a la corriente que me arrastrara hacia delante. En cuanto mis rodillas tocaron tierra, me incorporé y avancé a toda prisa hacia la orilla. Mi pierna protestó. Cerré el puño sobre el punto de dolor y obligué a los huesos a obedecer, forzando a mis piernas a acelerar el paso.

Espesas columnas de humo se alzaban sobre la isla. Perdidos entre el frenesí del fuego y la ceniza, los gritos claros de los hombres revelaban la verdad: Larsson comandaba un maldito ejército.

—¡Livia! —Parpadeé contra el escozor del humo, con la visión borrosa—. ¡Livia, respóndeme!

Seguí el rastro del incendio por la parte posterior de la pendiente; el aire ardiente me provocaba tos y arcadas.

El pie me resbaló en una piedra y caí de bruces sobre la orilla de guijarros. Respirar era un esfuerzo. Me cubrí nariz y boca con el antebrazo y avancé cojeando entre el humo espeso.

—Livia. —Mi voz salió rota.

Rodeé una curva de la costa y me encontré con otra pendiente. El corazón se me detuvo.

Allí, aferrada al tronco delgado de un árbol pequeño, mi alondra —cubierta de tierra, salvaje y feroz— había detenido su descenso por la cornisa rocosa. Sus ojos, profundos como el mar, se clavaron en los míos durante un aliento eterno.

Olvidé el dolor de la pierna y crucé la orilla corriendo.

—¡Erik!

Su grito me partió hasta la médula de los huesos. Un grito quebrado, un grito de alivio.

Livia usó las hendiduras de la tierra para bajar hasta la playa, sin esperar siquiera a que sus pies tocaran los guijarros antes de saltar al vacío. Tropezó, pero recuperó el equilibrio. Veinte pasos. Diez.

La distancia desapareció, y la estreché contra mí. Su cuerpo encajó con el mío como si nuestra carne y nuestros huesos anhelaran fundirse en uno solo.

—Dioses —jadeé, frenético, apartándole el cabello del rostro, un nuevo impulso imposible de ignorar.

Las manos de Livia recorrieron mis hombros, mi espalda, mi pecho, como si no estuviera segura de que aquello no fuera un sueño cruelmente hermoso. Me aparté lo justo para apoyar la frente en la suya, lo suficiente para respirarla.

Atrapé su rostro entre mis palmas. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Mis propios ojos ardían; su rostro se desdibujaba.

—Hola, amor. —Mi voz se quebró, seca y áspera—. Te prometí que vendría a por ti.

—Erik.

Mi nombre se deslizó por sus labios como una esperanza fugaz, una que, si se pronunciaba con demasiada fuerza, podría secarse y desaparecer llevada por el viento.

Con el pulgar seguí la curva impecable de su labio inferior. Anhelaba saborearlo, dejar en él el rastro insistente de mi boca, como si cada marca fuera un juramento silencioso: que ninguna tierra, ningún reino, ninguna mirada dudara jamás de a quién pertenecía el corazón que ella reclamaba.

El estallido de una lanza de ceniza me devolvió al mar. La *Nave Eterna* lanzó ráfagas de luz fulgurante, una tras otra, todas dirigidas hacia nuestra cala. Un rugido de furia desatada chocó con el estruendo de la *Nave Eterna.* Gritos y órdenes se perdieron en el caos, pero había guerreros allí. Enemigos. Acero.

Desenvainé mi sable y busqué una daga en el muslo.

Livia me tocó el brazo.

—Tengo una.

Sacó una daga esbelta de una trenza de hierba atada a su muslo. Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando avanzamos hacia la curva de la costa.

Mi reina salvaje.

La devoraría en cuanto saliera de esta maldita tierra.

Apreté los dedos de Livia con fuerza. Si mi agarre dolía, ella no se quejó y permaneció pegada a mi lado. Otro estallido golpeó la orilla. La piedra de ceniza llameante se arqueó en la oscuridad, luego pareció chocar contra un muro invisible, cayendo en las mareas poco profundas.

Cada vez más cerca. Los resguardos caían.

—¿Sigue Fione construyendo los resguardos? —pregunté. Matar a la bruja debilitaría sus hechizos persistentes, beneficiaría a Tavish y aceleraría su trabajo.

—No lo sé. La atrapé.

—¿Dónde?

—La furia la bloqueó detrás de ese muro. —Livia señaló la curva de la orilla.

A lo lejos, podía distinguir una barrera oscura de raíces retorcidas, ramas y enredaderas.

Acercando su boca a la mía, le sostuve la nuca con la palma.

—Tú, alondra, eres la enemiga más despiadada.

El suelo tembló. Livia inspiró con fuerza, los labios entreabiertos, mirando al mar como si supiera. Si la magia de furia de Valen estaba doblando el suelo de esta isla, Tavish estaba rompiendo los resguardos.

—Es hora de irnos, amor. —Entretejí nuestros dedos.

—Ella no puede irse.

Me giré, una mano en la cintura de Livia, y la empujé detrás de mí. Flechas con plumas de gaviota apuntaban a nuestros corazones. Los arqueros solo me miraban a mí. En el centro, una mujer ataviada con un sombrío vestido de ébano. Sus ojos apagados, como una estrella moribunda. Perdidos, vacíos.

—Skadi —susurró Livia contra mi cuello—. Skadi, ¿qué te han hecho?

Apunté hacia la mujer con la punta de la espada.

—Harán falta más que unas flechas para detenernos.

—Las flechas no os detendrán. —La mujer entrelazó los dedos, mirándome como si pudiera ver dentro de mi alma—. Ya se lo he

mostrado a ella: la isla no la dejará ir.

Los ojos de Livia se humedecieron.

—No puedo irme. L-lo he intentado —jadeaba, entrecortada.

—Alondra, escúchame. —Mientras me movía, las cuerdas de los arcos crujieron cuando los arqueros se preparaban para disparar. No les presté atención y atrapé su rostro entre mis manos—. Encontraremos una forma.

—Vete. —Livia me empujó por el pecho—. Debes irte, Erik. Te matarán.

Mi labio se curvó. Enredé mi mano en su cabello, sosteniéndola contra mi cuerpo.

—No te voy a dejar. Nunca me lo pidas otra vez.

—No permitiré que Natthaven sea atacada. —La mujer señaló los estallidos del barco—. Caeremos en las nieblas.

—¡Skadi! —gritó Livia—. Por favor. Ayúdanos, y te juro que te ayudaré.

La mujer apenas parecía necesitar ayuda. Sus ojos duros nos examinaban. Inclinó la cabeza hacia un lado al fijar la mirada en Livia.

—No tengo tiempo para ayudaros cuando debo proteger mis tierras.

—No —dijo Livia, sacudiendo la cabeza—. Esto no eres tú. ¡Esto no es lo que querías! Dioses, Skadi, despierta. ¿Qué te han hecho?

No hubo respuesta. Solo extrañas cintas iridiscentes de oscuridad alrededor de sus manos.

Un viento furioso y antinatural azotó los árboles, obligando a cada rama, a cada tronco, a ceder a su ira. Me armé de valor contra la tormenta, acunando la cabeza de Livia contra mi cuerpo. Los guijarros bajo mis pies resbalaban y chocaban entre sí, rodando hacia los árboles. La bruma salada del mar se me clavaba en la cara como mil agujas.

—¡No! —gritó Livia—. La isla… puede desvanecerse si se siente amenazada.

—Entonces nos vamos ahora.

Ella tiró de mi muñeca.

—Puedo sentir cómo me retiene aquí.

—¡Cantasangre! —Detrás de la mujer de ojos vacíos, Larsson avanzaba, luchando contra la fuerza de la isla.

Una rabia familiar emergió de mi interior, como un viejo amigo que siempre había llevado conmigo, dormido y dócil, encerrado en los bordes chamuscados de mi alma. Larsson tropezó. Su cabello oscuro voló por su rostro, un rostro que ahora veía de forma muy distinta. Casi podía vislumbrar rasgos de mi padre… de mí, en él.

Me dieron ganas de arrancarle la cabeza del cuello.

—¡Llévatela y matarás a tu amante! —rugió Larsson—. Quédate, y haré que tu muerte sea rápida.

Estábamos rodeados de arqueros y flechas llameantes. Las llamas iluminaban las lágrimas en las mejillas de Livia, el brillo de mi espada. No sabía nada sobre islas que se desvanecen, nada sobre cómo romper un vínculo que mantenía a mi reina prisionera. Todo lo que sabía era que los dioses no podrían arrancarme de su lado.

—¡Si muero, morirás conmigo! —grité.

Más lanzas de ceniza llameante llovieron sobre la isla. Una piedra atravesó el pecho de un guardia, salpicando huesos y carne sobre las rocas bajo sus botas. Los gritos de pánico se filtraron entre los guardias. Otra piedra destrozó una rodilla y un hombro. Incluso Larsson se agazapó.

—¿Cómo diablos se están rompiendo los resguardos? ¡Arrástranos hacia la niebla! —le gritó a la mujer.

Un hombre de cabello carmesí con motas doradas maldijo.

—Si sigues tirando de ella hacia lo más profundo de su ser, nunca volverá en sí.

Larsson lo ignoró y ordenó de nuevo a la mujer que los hiciera desaparecer. Su rostro mostraba una indiferencia pétrea, una máscara sobre lo que pudo haber sido hermoso.

—¡Erik, me está llevando! —gritó Livia—. ¡Skadi! Déjame ir. Esto no eres tú.

Incontables árboles desaparecían ya en un furioso ciclón de niebla oscura, desvaneciéndose en la noche. Solo el anillo exterior de la isla parecía permanecer. La estaba arrastrando consigo, y no iba a perderla.

Con Larsson consciente de que podríamos encontrarlo, no había forma de saber cuánto tiempo se resguardaría antes de atacar de nuevo.

Dos fuerzas luchaban entre sí: la magia de la isla tiraba de Livia hacia la tierra, mientras otra magia feroz fracturaba la orilla, desesperada por arrastrarnos de vuelta al mar.

—Rey del mar —dijo la extraña mujer, inmóvil en medio de la colisión de magias, con el cabello alborotado por el viento y los dedos entrelazados frente a su cuerpo—. El hierro blanco es una hoja interesante.

De la oscuridad alrededor de sus manos cayó una daga, toda de plata y nácar, como si no fuera más que hueso. La hoja aterrizó a mis pies. Tal vez la hubiera forjado con su oscuridad, invocándola de algún abismo infernal; poco importaba. Tras una mirada a la mujer y una maldición de Larsson al ver la daga, la tomé.

En cuanto mi puño se cerró en torno a la empuñadura de marfil, un tirón me sacudió el abdomen y la orilla se fracturó y se abrió. Como si al tocar la hoja se rompiera algún tipo de cadena que nos mantenía anclados al suelo.

Ráfagas de tierra y roca brotaron de la profunda grieta, apuntando a las estrellas. La orilla se desprendió de la isla y nos lanzó a Livia y a mí al mar.

Antes de que las mareas nos tragaran por completo, la niebla de la isla devoró a la extraña mujer y el rostro de Larsson, reduciéndolos a la nada.

Pateé hasta la superficie, con Livia en mis brazos.

Donde antes se alzaban picos, linternas y bosques, ahora se extendían mares vacíos. Donde antes rugían mareas y vientos furiosos, ahora reinaba un silencio inquietante.

Livia tembló.

Un horror frío y punzante inundó mi pecho. Sus ojos giraban salvajemente en sus órbitas. Sangre brotaba de su nariz, sus oídos, su maldita boca. Los hechizos restantes la desgarraban.

—¡Mierda, mierda! ¡Livia! ¡Livia, mírame! —Incliné su cabeza entre mis manos. Parpadeó. En la siguiente respiración, imploré, rogué a las mareas que nos levantaran, que nos ayudaran. Mi mente

daba vueltas; apenas sentí el golpe de la dura cubierta del barco cuando el mar nos arrojó a bordo.

Con las manos temblorosas, acosté a Livia sobre la cubierta. Dioses, cada uno de sus miembros estaba empapado en sangre; nuevas heridas seguían abriéndose.

—¡Livia! —La voz de Valen, frenética y temerosa, vino desde el otro lado de la cubierta.

De un solo tirón me arranqué la camisa y me llevé mi propia daga al vientre. Un tajo largo, profundo y veloz.

—¡Erik! —gritó Tait—. ¡Maldita sea, es demasiado!

Nunca habría un límite a lo que yo sería capaz de hacer para mantener a Livia Ferus con vida. ¿Acaso no lo sabía?

La sangre me empapó el vientre y los muslos. Envolví el cuerpo de Livia con el mío, alineando sus innumerables heridas abiertas con las mías, y canté. Desesperado, roto, mi canto no se parecía a nada que hubiera oído antes.

Su cuerpo convulsionó entre mis brazos. Cerré los ojos y me concentré, aislando los gritos, las voces, todo.

Una bruma se formó en mi mente, una especie de paz, y a través de ella apareció Livia, sonriendo.

Profundicé el canto, estreché mi abrazo alrededor de su cuerpo ya sereno. Había dejado de temblar. En mi mente, su sonrisa se ensanchó. Me hizo un gesto para que la siguiera.

—¡Erik! —Alguien me llamaba desde muy lejos, como si su voz viajara con el viento. Lo ignoré y estiré la mano hacia la de Livia.

Algo me apartó de ella. Me sacudí e intenté alcanzarla de nuevo.

—Cantasangre.

La voz era áspera, profunda. Familiar. Una voz que había escuchado desde la infancia. La del maestro de la tierra. Otro tirón, y perdí el contacto con la mano de Livia. Luché por volver a ella, por alcanzarla otra vez.

Unas manos se posaron sobre mi piel. Demasiado grandes para ser las de mi alondra.

—Basta, chico. Ya ha sido suficiente.

La imagen del rostro de Livia se desvaneció de mi mente. Sobre mí se alzaba Valen Ferus. Sus manos estaban empapadas de mi

sangre. Lo comprendí y, en verdad, no lo culpé por asestarme el golpe que había prometido darme como pago por habérsela arrebatado.

Al menos Livia ahora era libre.

Dejé que los ojos se me cerraran, resignado a mi final, y la oscuridad se apoderó de mi mente.

Capítulo 26

La alondra

Una bruma espesa me impedía ver con claridad, pero aun así reconocí los cristales de la ventana de la cámara del rey en la *Nave Eterna.* Estaba sangrando, tendida sobre la suave colcha azul del lecho del rey. Logré entreabrir los ojos lo suficiente para ver unas manos fuertes sobre mi piel empapada de sangre, limpiándola con ternura con un fino lienzo de lino.

Conocía esas manos. Me habían amado desde mis recuerdos más tempranos.

Intenté llamarlo, quise ver la risa que conocía tan bien en aquellos ojos oscuros, pero las palabras se volvieron ceniza en mi garganta y me hundí de nuevo en una negrura densa y embriagadora.



Cuando desperté de nuevo, no supe cuánto tiempo había estado dormida; solo que debía de haber sido mucho. Tenía los labios agrietados y secos, la garganta abrasada y desesperada por agua.

Entrecerré los ojos y miré a través del vidrio de burbujas. Mar —el hermoso Mar Eterno, de un azul cerúleo— me rodeaba por todos lados. Una bruma fantasmal flotaba sobre las crestas blancas de las olas, pero una franja de luz dorada estaba ahuyentando la noche turbia.

Un gemido suave se me escapó al rodar sobre el hombro. Junto a la cama había una palangana de barro y un aguamanil. Con manos torpes y urgentes, agarré el aguamanil y lo incliné contra mi boca, bebiendo y bebiendo, hasta que la lengua dejó de pegarse al interior de mis mejillas.

Cuando volví a dejarlo en su sitio, me sobresalté.

Allí, sentado en una silla de madera, con el mentón oscuro y cubierto de barba apoyado en la garra de su mano, estaba el primer hombre al que amé.

El rostro dormido de mi padre mostraba cansancio, pero seguía siendo fuerte como siempre. Joven y, al mismo tiempo, envejecido por la preocupación. Sus manos estaban manchadas de sangre —mía o suya, no lo sabía—. Su respiración era regular mientras dormía, pero su cuerpo permanecía tenso, inquieto, como si estuviera listo para entrar en batalla ante el menor sonido.

Me incorporé, y el crujido de la cama hizo que abriera los ojos. Mi padre dejó caer el brazo y, durante un instante, recorrió la habitación con la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

Un latido, y su rostro se contrajo. Dos latidos, y salió disparado de la silla. Tres, y sus brazos, seguros y fuertes, me rodearon, tal como siempre lo habían hecho.

Me aferré a su cuello, desesperada por contener el sollozo húmedo que me traqueteaba en el pecho.

—Livie —susurró contra mi cabello—. Dioses, cuánto te he echado de menos.

Mi empeño por mantener la compostura se resquebrajó. Más bien, se hizo añicos.

Me aferré a la túnica de mi padre y rompí a llorar. Lloré por el dolor de haberlo extrañado a él y a mi familia, por el dolor que ellos debieron sentir. Lloré sabiendo que había venido a buscarme, por la verdad que tendría que contarle y por cómo volvería a romperle el corazón. Porque los quería a todos con una ferocidad inmensa, pero el Eterno era mi hogar.

Durante todo ese tiempo, Valen Ferus no dijo nada; simplemente me dejó llorar.

Me sequé los ojos.

—Daj… estás aquí.

Tomó mi rostro entre sus manos, con una sonrisa húmeda en los labios.

—Siempre.

—¿Cómo… cómo es posible que siga viva? —pregunté. Apenas quedaban rastros de los cortes carnosos que habían surcado mis brazos cuando sentí que todos los huesos de mi cuerpo se hacían añicos.

Mi padre dudó un instante.

—Parece que a bordo de esta nave corre sangre con un poder curativo extraordinario.

Erik. Para sanar tanto, aquello debió de haber sido peligroso para él. Abrí la boca para preguntar por mi rey —necesitaba verlo, tocarlo, tenerlo ante mis ojos cuanto antes—, pero unas voces al otro lado de la puerta me interrumpieron.

—¿Hola? Ya hemos esperado lo suficiente.

Me llevé una mano al pecho. Reconocí ese tono burlón.

Unos cuantos chasquidos, unos segundos después, y la puerta se abrió de golpe. Una avalancha de cuerpos irrumpió tropezando, todos hablando a la vez, aunque una voz atronó por encima de las demás.

—Livia, quiero que conste que he luchado con más ahínco que nadie por volver contigo: primero herí a tu amante, en tu honor, por supuesto, luego complací a una encantadora Rave para liberarlo…, no se lo digas a mi madre, Valen, y espero el agradecimiento más feroz.

—Jo… —No llegué a terminar su nombre antes de que Jonas Eriksson se abalanzara sobre mí como una tormenta desatada. Me estrechó contra su ancho pecho y juraría que hubo un leve temblor en la forma en que soltó el aliento.

—Te he echado de menos, Liv —susurró.

Me quedé con la boca abierta, estúpida y atónita, cuando Sander fue el siguiente en abrazarme, mascullando todo lo que había estado estudiando sobre el Eterno, teorías sobre la isla que se desvanecía y sobre lo que le gustaría investigar después, antes de que Mira se abriera paso a empujones.

Me aplastó la garganta contra su hombro.

—No nos van a dejar entrar en un baile jamás —dijo, riendo entre lágrimas—. A menos que lo organices tú, claro. Reina.

Dioses…, lo sabían todo.

—¿V… vinisteis todos a por mí?

Jonas puso los ojos en blanco.

—Lo dice como si de verdad creyera que no lo haríamos.

—Es probable que me nombren traidor, o que al menos pierda mi posición entre los Rave, pero valió la pena.

En el umbral de la puerta, Aleksi sonreía, apoyando un hombro contra el marco.

Mi padre me ayudó a ponerme de pie. Cada articulación dolía, cada músculo protestaba, pero había un dolor agudo que ardía con mayor ferocidad en mi pecho, uno que no podría calmar si no lo encontraba pronto.

—Os quiero a todos —dije, vacilando—. Pero necesito…

—Allí fuera. —Mira señaló hacia la cubierta principal—. Quiero saberlo todo.

Miré a mi padre de reojo; parecía debatirse entre dejarme salir de su vista o no. Tal vez era egoísta por mi parte desear estar en cualquier otro lugar, pero cuando negó con la cabeza y me hizo un gesto para que fuera, mis pies no tardaron ni un segundo en obedecer.

La tripulación andaba ocupada con sus tareas. Al verme, inclinaban el mentón, sonreían, me saludaban con un suave:

—Bienvenida de vuelta, querida.

Hice lo posible por responder, pero mi pulso iba desbocado. Examiné los cuerpos, miré hacia el timón, desesperada por encontrar…

Unos ojos carmesíes se alzaron por encima del hombro de un hombre al que no conocía.

En aquellos ojos habitaba un hambre hermosa, devoradora, mía. El rey eterno llevaba la camisa desatada sobre el pecho, dejando al descubierto sus cicatrices y la tinta oscura de las olas sobre su piel.

—Estoy intentando fijar el hechizo. Quédate quieto —ladró órdenes el hombre alto que estaba frente a él.

Erik no le prestó la menor atención y se abrió paso con la fuerza de una docena de hombres.

No me encontré con mi rey con delicadeza. Mis brazos, mis piernas, todo mi cuerpo se enroscó en torno a él, obligándolo a

chocar de espaldas contra la borda.

Erik me rodeó con los brazos y apoyó el rostro en la curva de mi cuello. Su cuerpo descendió hasta la cubierta; yo quedé sentada a horcajadas sobre sus caderas, con su espalda apoyada contra el costado del barco y sus brazos firmes alrededor de mi cintura. Aspiró profundamente. Sus manos se agarraron a mí con intensidad contenida. Deslicé una mano entre su cabello y luego me aparté apenas lo suficiente para contemplar su rostro. Lo atravesaban líneas severas, la cicatriz que cruzaba el labio superior y los colmillos alargados apenas visibles entre los labios entreabiertos.

Su pulgar rozó mi mejilla, una vez, dos veces, y luego su boca se precipitó sobre la mía. No había dulzura ni delicadeza en aquel beso: estaba cargado de deseo, de la urgencia de un anhelo contenido demasiado tiempo. Sus labios reclamaban los míos una y otra vez, fundiéndose en un beso tras otro en un ritmo que no admitía pausas.

—Alondra —murmuró contra mi cuello, en voz baja, casi un gruñido.

Mis dedos se deslizaron bajo el escote de su camisa, recorriendo las cicatrices de sus hombros, de su espalda, deleitándose en el calor de su piel después de tanto tiempo sin él, mientras me preguntaba si alguna vez volvería a sentirlo así. Erik se estremeció y me atrajo con más fuerza hacia su cuerpo, profundizando el beso.

Su lengua rozó la mía. Dioses, su sabor. Sal y fuego, todo colisionó en mi boca, y dejé escapar un gemido. No podía tener suficiente.

Hasta que alguien se aclaró la garganta.

Nos separamos, su frente apoyada en la mía, nuestras respiraciones agitadas componiendo una canción entre los dos. Erik no apartó la mirada; me sonrió. Una sonrisa auténtica, la vista más hermosa.

—Quiero decir que asesinaré a quienquiera que nos haya detenido —susurró—, pero apenas puedo reunir una gota de ira contigo aquí.

Sus palmas recorrieron mi cabello, mi cuello, mis hombros, como si estuviera demostrando la verdad de sus palabras.

Besé la curva de su mandíbula.

—No deseo estar nunca en ningún otro lugar.

—Buenos infiernos. Son horribles —gruñó Jonas a nuestra espalda, provocando algunas risas.

Entonces me di cuenta de que mi padre había sido un espectador involuntario de mi momento de pasión. Y, además, Stieg también estaba allí, por todos los dioses. El rostro se me encendió. Me aclaré la garganta y me aparté del regazo del rey eterno.

—¡Erik Cantasangre! —Le di un manotazo en las costillas. Sangre fresca empapaba su túnica—. ¿En qué estabas pensando?

El hombre alto siseó una maldición.

—Esta es la última vez que te coloco esta maldita venda. Si tu horrible sangre me mata, que sepas que mi compañera irá a por ti por haber privado a mis hijos de su padre. Catriona es bastante hábil con los hechizos, y no se contendrá siquiera ante la realeza.

—¡Si vas a seguir gimoteando, deja que lo haga uno de nosotros, los tripulantes! —gritó Devoracráneos—. Mientras estemos en nuestra nave, estaremos a salvo.

—No. Ahora esto se ha convertido en un desafío que debo superar, imbécil —replicó el hombre, hurgando de nuevo en la herida de Erik.

Quizá era la pérdida de sangre, quizá Erik estaba delirando de alivio, como yo, pero en lugar de fruncir el ceño, murmuró entre dientes:

—¿Se parecen tus pequeños en algo a mí, Tavish?

Las manos del hombre se detuvieron sobre la venda empapada en hierbas.

—No se deberían hacer tales preguntas sin un buen jarro de hidromiel fuerte, rey. Pero me pregunto si alguna vez te atreverás a hacerle a mi padre la pregunta que tanto deseas.

—Difícil —dijo Erik, haciéndolo a un lado con la mirada ardiente puesta en mí—. Tavish está molesto conmigo, Alondra. Parece que cuando estás al borde de la muerte, pierdo la cabeza y me destruyo.

Este maldito hombre. Le lancé una mirada fulminante que apenas pude mantener antes de que se transformara en algo más intenso, más lascivo.

—Sigo tratando de descifrar qué clase de hechizo causó tanto daño —murmuró Tavish, concentrado en las vendas.

—Me dijeron que los hechizos de sangre me mantendrían en la isla mientras Fione permaneciera —dije, con voz suave—. Solo la muerte del hechicero o una separación forzada podía romperlos por completo.

—Tu padre rompió la tierra y nos arrancó de allí —dijo Erik con un gesto de dolor—. Te obligó a marcharte.

Asentí.

—Pero la sangre… Me dijeron que abandonar la isla era fatal.

El hombre que vendaba la cintura de Erik se detuvo durante un tenso instante.

—Entonces es una bendición extraordinaria que el rey estuviera ahí para sanarte. Hechizos de sangre tan oscuros como ese… Nunca había oído de nadie que sobreviviera. La buena noticia es que hay verdad en la ruptura forzada de los lazos de sangre. Las barreras que crearon ya no existen. Podemos volver a pisar esas costas sin el hueso marcado.

¿Hueso marcado? Debía ser a lo que Skadi se refería cuando dijo que Hesh y Larsson eran los únicos capaces de atravesar las barreras sin problemas.

Mientras Tavish vendaba la herida, me hice a un lado y encontré a Celine junto a Gavyn y Sewell.

—No vuelvas a hacer algo así —susurró Celine, entrelazando sus manos sobre mis hombros cuando la abracé—. Nos mantenemos juntas, ¿recuerdas? No puedes arriesgarte a que te secuestren.

—No pienso salir de una habitación sin al menos una docena de guardias, por si otro mentiroso intenta raptarme —respondí.

Los ojos de Celine brillaron.

—Créeme, el rey nunca te dejará fuera de su vista otra vez.

No estaba segura de que eso me molestara.

—Me alegra que hayas logrado salir de la isla, mi reina —dijo Gavyn, apoyando los codos con esa suficiencia de señor que había visto desde lejos antes de que nuestro mundo se viniera abajo—. Si hubiera sabido que podía obligarte a irte simplemente arrancando

toda la carne de tus huesos, lo habría hecho sin dudar y me habría evitado un montón de amenazas desagradables del rey.

—Me alegra que no lo hicieras —respondí, con una leve sonrisa.

Gavyn frunció los labios.

—Habría sido una gran aventura.

—Pequeño zorro. —Sewell apartó a Gavyn, su hijo, y me estampó un beso en la cabeza—. Fuerte como el mar.

—Es bueno verte, señor Sewell —susurré contra su pecho.

Sewell llevó un dedo a los labios y se escabulló de nuevo entre sus hijos.

—¡La ciudad real! —gritó Tait, vivo y serio, desde el timón. Por un instante, su mirada se fijó en mí, pero tan rápido como lo hizo, volvió al mar. La tensión me oprimió el corazón. Necesitaba hablar con él, pero no saber qué decir, cómo darle las gracias, dejaba mi lengua atrapada.

Me apoyé contra Erik, rodeando su cintura recién vendada. Chapiteles de oro, acantilados y calas, el brillo de las pálidas costas de la ciudad real resplandecía bajo el sol naciente.

Erik me dio un beso prolongado en la frente. No necesitábamos un vínculo que hablara a través del corazón; sabía lo que pensaba porque yo pensaba lo mismo.

Estábamos en casa.

Los tritones guiaron la *Nave Eterna* hasta el puerto. Sus ojos esféricos emergían cada pocos instantes, escudriñando las bordas para echar un vistazo al rey y su tripulación. A la vez aterradores y hermosos, los tritones despertaban la admiración de mis compañeros de la realeza.

Mira jadeó cuando una mujer de cabellos verde musgo y piel del color de una tormenta le sonrió desde las corrientes, mostrando sus dientes irregulares y entonando un lamento cargado de tristeza.

Incluso mi padre parecía fascinado por sus aletas iridiscentes y sus voces astutas, que incitaban a los elfos de la tierra a unirse a

ellos en un baño.

—Ni se te ocurra, Jonas —dijo Sander, agarrando el brazo de su hermano.

—Tiene cierto encanto —señaló Jonas, apuntando hacia una sirena esbelta.

—No tienen interés en tu vida una vez que estás bajo las mareas —insistió Gavyn, echando un pesado saco de lona por la borda hacia algunas de las pequeñas embarcaciones que transportaban provisiones a la ciudad—. Te enamoran, pero pronto pierden el interés.

—Me aseguraría de que no lo perdiera.

Gavyn se rio. Era extraño ver un atisbo de camaradería entre mis viejos amigos y familiares y mi nueva gente.

Excepto entre dos de ellos.

Daj se mantenía cerca de mí, siempre a unos pasos de distancia, mientras que entre Erik y mi padre se había levantado un muro invisible. Se saludaban con un gesto ocasional, pero no hablaban.

Quería saberlo todo: el viaje de Erik a mi tierra natal, cómo regresaron, cómo descubrieron la isla. Quería conocer los pensamientos de mi padre sobre las pocas veces en que estaba segura de que me había escuchado ser llamada reina.

Lo que más deseaba era escaparme con mi serpiente. Quería tocarlo, abrazarlo, entrelazar brazos y piernas con él y, por un instante, olvidar que alguna vez habíamos estado separados. Había asuntos que debían resolverse: Larsson, Arion y Fione aún conservaban cierto poder sobre Skadi y su gente, aunque débil y miserable.

Larsson había quedado magullado, nada más, pero no detendría sus ansias por la corona. Ahora, simplemente, no sabíamos cómo atacaría.

Un nuevo cuerno fue seguido por vítores de las multitudes apiñadas a lo largo del sinuoso camino de piedra. Desde las ventanas de los techos rojos a dos aguas, los niños agitaban banderas de la *Nave Eterna,* y las mujeres ondeaban sus sábanas blancas, saludando a sus hombres, que regresaban a casa.

—Así que —dijo Daj, con voz baja—, esto es el Eterno.

Erik dio un paso al lado, ofreciéndonos en silencio un momento a solas, y fingió ocuparse del desembarco de mochilas, cajas y tripulación.

Redes de calles empedradas serpenteaban entre cabañas y tabernas. Arcos de piedra imponentes marcaban cada curva, y poderosas cascadas se derramaban sobre los salientes rocosos. La colina verde que abrazaba los niveles escalonados del palacio brillaba bajo los rayos del sol, como si la ciudad real celebrara el regreso de su rey.

—Esta es la ciudad real —dije, entrelazando mi brazo con el de mi padre y apoyando la cabeza en su hombro—. Es… es hogar, Daj.

Él bajó el mentón, cerró los ojos por un instante y luego tomó la mano que descansaba sobre su brazo; se llevó los nudillos a los labios.

—Lo sé.

—No significa que no os haya echado de menos horriblemente —susurré, mortificada por el temblor temeroso en mi voz—. No significa, ni podría significar, que haya disminuido cuánto amo…

—Livia. —Mi padre me atrajo hacia su pecho, sosteniéndome con fuerza—. Lo sé.

Mil palabras no dichas residían en esa simple declaración: él sabía lo que era cargar con el peso de un reino. Sabía lo que era entregar tu corazón y tu alma a otro.

Sabía que ya no era solo su hija.

—Los carruajes esperan, amor. —El tono grave de Erik me arrancó de los brazos de mi padre.

Con un leve titubeo, el rey eterno miró al rey del pueblo de la Noche y luego me ofreció la mano.

Desde fuera, el gesto parecía sencillo. Para mí, era decisivo: un momento en el que soltaba a mi padre, a mi gente, y tomaba la mano del hombre que había venido a poseer cada rincón de mi alma.

Erik lo comprendió y apretó mi palma con suavidad mientras avanzábamos por la pasarela.

Daj también lo entendió y se mantuvo varios pasos detrás de mí, uniéndose a Stieg y a los demás, como aceptando un nuevo lugar

desde el que podía vigilar a su chica con cautela, mientras la dejaba asumir su propio poder.

Capítulo 27

La alondra

Había diferencias entre esta llegada y la primera vez que puse un pie en el gran salón del palacio. No era que ahora me aferrara a Erik Cantasangre con facilidad en lugar de con miedo, ni que los carruajes hubieran llevado tanto a los elfos marinos como a los elfos de la tierra hasta las puertas, sino una sensación en el palacio.

Sombría y alegre, frágil y brillante. Como si cortesanos y aldeanos se alegraran por la llegada de la nave real, pero supieran lo que significaba: más batallas se avecinaban.

Alistair nos esperaba en el amplio pasillo, tan pomposo como siempre, mal ajustado en su jubón y calzas de seda azul, pero con un leve tic en sus labios delgados cuando Erik irrumpió por las puertas. El viejo mayordomo se inclinó desde la cintura.

—Bienvenido a casa, mi rey —dijo Alistair, con la mirada apagada fijándose en nuestras manos entrelazadas—. Y a ti, mi reina.

Mi corazón se agitó cuando más de un cortesano que merodeaba por el salón se inclinó de rodillas o de cintura. Algunas brujas y sirenas estudiaban a Jonas, Sander y Aleksi. Cuando llegó, Alek había sido objeto de curiosidad y atracción para muchos en la corte real. Ahora, había más príncipes de la tierra para contemplar.

Cuando Jonas dejó entrever una sonrisa, los cortesanos soltaron risitas y se agruparon con un deleite contenido, ocultando sus labios carnosos tras los guantes de satén.

El murmullo se apagó al ver a Stieg y a mi padre.

Unos cuantos susurros sobre un maestro de la tierra retumbaron sobre las losas del salón.

Apenas me había detenido a pensar en la verdad de que Valen Ferus fuera el asesino de un rey eterno, ni en cómo reaccionaría el pueblo de la ciudad real ante su presencia.

Erik no parecía afectado. Ignoró a la mayoría de quienes nos saludaban y habló con rapidez a Alistair:

—Tenemos invitados, realeza visitante. Asegúrate de que sean alojados en estancias adecuadas.

El viejo mayordomo bufó.

—Tal vez, mi rey —y esto es solo una idea, una sugerencia—, podría enviarse un aviso anunciando que una realeza tan ilustre estaría presente.

—Alistair —dijo Erik, con una satisfacción apenas disimulada—, ¿no me hablaste sin parar, antes de que comenzara toda esta desgracia, de lo preparado que estaría el palacio para recibir a los elfos de la tierra?

—Eso no suena propio de mí.

Erik se inclinó hacia él.

—Encárgate de ello, o ¿prefieres que designe a otra persona para la tarea?

—Las amenazas no logran intimidarme, Alteza. Si deseas condenarme al destierro, hazlo; no pienso doblegarme. Y ya que están a punto de marcharse —por los dioses, ojalá también se dignen a asearse—, pensé que nuestra Señora del Eterno tal vez quisiera presenciar algo.

Señora del Eterno. Tragué saliva, sintiendo cómo el nudo en mi garganta se apretaba.

—No me lo preguntes a mí —dijo Erik, apoyando su mano en la parte baja de mi espalda—. Pregúntale a tu señora. Su voz pesa tanto como la mía.

La verdad, lo único que deseaba era escabullirme a nuestros aposentos y no salir de allí durante al menos un mes. Aun así, dirigí un leve asentimiento hacia Alistair.

—Me gustaría verlo.

El mayordomo resopló y se dio la vuelta antes de que pudiera percibir del todo la satisfacción que se dibujaba en su rostro, conduciéndonos hacia la sala del trono. La sangre había desaparecido del suelo tras aquella noche terrible y hermosa en que Erik me había hecho su reina. Las baldosas pulidas formaban una espiral que llevaba la mirada desde los bordes de la estancia hasta el centro, como corrientes convergiendo en el corazón del mar. Los

apliques brillaban, bañando los muros de piedra clara con su luz cálida y temblorosa.

Sobre la tarima, junto al trono de caoba oscura de Erik, se alzaba un segundo asiento, majestuoso y exquisitamente tallado. Enredaderas de hiedra trepaban por los apoyabrazos, mientras rayos de sol, espinas y capullos de rosa se entrelazaban formando el respaldo elevado. En los bordes, diminutos zorros parecían cobrar vida, como si corrieran de un extremo a otro tallados en la madera con un detalle que rozaba lo mágico.

—¿Os complace? —preguntó Alistair, con expectación.

—Es precioso —logré decir, con la voz quebrada.

Erik tomó mi mano entre las suyas y la rozó con un beso suave. Mira y Celine intercambiaron comentarios rápidos sobre la maestría del trabajo, señalando lo armonioso que resultaba el trono entre los tapices y el mobiliario excesivamente recargado de los antiguos reyes eternos.

Mi padre guardaba silencio, absorto en sus pensamientos, y yo no quise interrumpirlo. Primero debíamos tomar un respiro, descansar, comer, un baño, como había sugerido Alistair. Solo después habría tiempo para hablar.

Satisfecho con mis elogios, Alistair dio una palmada y convocó a una oleada de sirvientes del palacio, listos para atender a los recién llegados.

—Daj es un enemigo aquí —susurré a Erik—. Mató a un rey, y todos lo saben.

Los ojos de Erik centellearon.

—También es el padre de nuestra reina. Creo que he dejado muy claro —en esta misma sala— qué ocurre con cualquiera que dañe a mi reina, Alondra. Si él resulta herido, tú resultarás herida también.

Alguien se aclaró la garganta. Alistair, con la nariz en alto, se colocó a nuestro lado.

—Disculpad la intromisión, pero me encargaré personalmente del rey de la tierra. Os aseguro que tendría pocas probabilidades si intentara atacarlo. Después, habrá un banquete para celebrar esta nueva unión, naturalmente. El rencor tiende a apagarse con una buena comida, una melodía animada y el vino del rey.

Se alejó con paso decidido antes de que pudiéramos objetar. Hacía tiempo que había aprendido que Alistair servía al palacio, y resultaba bastante inútil interponerse en su camino cuando tenía un plan.

—Se ocupará de Daj y de Stieg porque todos los demás les tienen verdadero miedo —susurré.

Una vez que mis amigos y familiares fueron asignados a sus asistentes, Erik nos condujo al estudio, con un escritorio de madera pulida, una amplia ventana que daba al mar y uno de los intrincados pasadizos secretos del rey en las paredes.

Mi interior ardía hasta que el calor se convirtió en un dolor intenso entre mis muslos cuando Erik atravesó la pared y entró en la cámara exterior del ala real.

Alguien había encendido el extraño fuego azul en la chimenea. Vino dulce y ron oscuro reposaban sobre una bandeja de madera en la mesa, y vapor escapaba del baño.

Una docena de recuerdos de esta habitación giraban ya en mi mente: las discusiones, el cambio de captor a amante, la alegría y la pasión. Todo se revolvía en mi cabeza hasta que nos detuvimos frente a la puerta del baño.

Erik forcejeó con el picaporte.

—Podemos lavarnos, luego…

No llegó a terminar la frase antes de que yo empujara su espalda contra la pared y lo besara, con una furia contenida que casi dolía. Mis dientes rozaron los suyos en un instante eléctrico. Erik atrapó mi cabello entre los dedos, inclinando mi cabeza hacia atrás con firmeza, buscando el ángulo perfecto. Arqueé las caderas contra las suyas, gimiendo al sentir la dureza de su cuerpo, mientras cada roce encendía la piel y cargaba el aire que nos rodeaba de electricidad.

—Lávate cuanto quieras —dije entre respiraciones—, mientras esté aquí con mis manos sobre tu piel.

—Dioses, mujer —maldijo, arrancándose la prenda sucia, corroída por la sangre vieja.

Estábamos desgastados, cortados y lacerados, pero nada de eso importaba mientras yo desataba su cinturón y Erik se quitaba las

botas. Dedos frenéticos desataban los cordones de mi corpiño y los cierres de sus calzas.

—Tienes heridas abiertas —susurré entre besos, echando un vistazo a la venda sobre sus costillas—. No dejes que tu sangre me envenene antes de que tenga un poco más de ti, Serpiente.

Su sonrisa rozó mi boca.

—Tavish tiene trucos que ni un Guardahuesos conoce —dijo—. Las vendas coagulan la sangre con un hechizo, amor. No las toques, y deberían resistir mucho movimiento.

Perdida la paciencia, Erik agarró los bordes del corpiño y lo abrió por las costuras hasta que cayó por completo. El aire fresco sobre mi piel hizo que mis pezones se erizaran. Él dejó escapar un siseo de deseo antes de empujar mi espalda contra el marco de la puerta y cubrirme la boca con sus labios.

De mis labios brotaron suspiros agudos, urgentes, que escapaban antes de poder contenerlos. Sujeté su nuca, acercándolo más a mí. Erik recorría mi piel con lengua y labios, mordiendo apenas la punta, rozándola con los dientes, lamiéndola con un ansia que me dejaba sin aliento.

Mi centro palpitaba con fuerza. Me arqueé contra sus caderas, ya desesperada por la liberación. Su toque era una hermosa maldición: probarlo una sola vez, y nunca parecía suficiente.

Clavé los pulgares en la cintura de sus pantalones y los deslicé lentamente por sus caderas. Se endureció al instante entre mis manos, y Erik gimió contra mi pecho mientras lo acariciaba.

—Alondra —dijo, levantando la cabeza, con ojos que parecían oro líquido.

El rey se incorporó y apoyó sus palmas a ambos lados de mi rostro. Su mirada siguió mi mano sobre él, mientras mecía las caderas con labios entreabiertos, embriagado de deseo, y mi pulgar recorría la estrecha rendija hasta que su excitación se perlaba en la punta.

—¿Mi mano —le susurré al oído— o mi boca?

Erik dejó escapar un gemido; su frente cayó sobre mi hombro.

—Si crees que voy a correrme antes que tú después de todo esto, estás equivocada.

Solté un grito cuando Erik me alzó por debajo de los muslos, atrapando mis piernas alrededor de su cintura, y me llevó hasta el baño.

La pileta de piedra estaba ya lista, profunda y tentadora; sin duda, había que agradecer a Alistair y a su meticulosa atención a los detalles.

Erik me apoyó al borde y, con un movimiento ágil, retiró el paño húmedo que cubría mi corpiño rasgado.

De rodillas, con los pantalones caídos hasta sus muslos, el rey se acomodó sobre sus talones y me estudió detenidamente. En otra situación, quizá me habría sonrojado al estar así ante alguien. Pero con Erik Cantasangre nunca era igual: su mirada, su tacto, su pasión despertaban en mí un deseo ardiente de corresponderle con la misma entrega.

El negro profundo de sus pupilas se dilató cuando deslicé mis manos por mis muslos, separando las piernas sobre el borde de la tina de piedra, entregándome a su mirada por completo.

Erik maldijo suavemente y hundió una mano entre mis muslos; sus dedos, ásperos y precisos, despertaban cada nervio con caricias calculadas. Dejé caer la cabeza hacia atrás mientras su lengua recorría de nuevo mi pecho, bajando en un sendero de besos hasta mi vientre. Sus dedos se curvaron en mi interior, y me abandoné por completo a su deseo.

—Erik.

Cada inhalación me quemaba el pecho, pero no me importó; impulsiva, apoyé una pierna sobre su hombro.

—¿Por qué sigues vestido?

Erik se detuvo, apartó mi pierna con suavidad y se despojó de la prenda manchada de sangre. Contuve el aliento. Allí, descendiendo por su pecho, podía ver con claridad la herida aún cicatrizando sobre su corazón. Rodeó mi cintura con un brazo, atrayéndome hacia él, y deslizó con ternura la palma sobre esa misma cicatriz, entre la curva de mis pechos.

—Escúchame, amor —susurró contra mis labios—. Sea lo que sea que ese bastardo creyera arrebatarnos, fracasó. Te pertenezco, en cada parte rota y miserable de mí. No necesito hechizos ni ataduras

para demostrarlo. Te elijo, Livia Ferus. Más allá incluso de mi último aliento.

Las lágrimas me surcaron las mejillas.

—Tus palabras ayudan, Serpiente.

Me entregué a su beso, intenso y envolvente. Con calma, Erik me acomodó dentro del agua, apartándose solo el tiempo suficiente para quitarse los pantalones antes de envolverme con su cuerpo, mientras el vapor se arremolinaba alrededor de nuestros rostros.

Sus ojos ardientes me recorrieron con avidez, brillando con esa ferocidad que siempre había amado: esa mezcla de deseo y posesión que me hacía estremecer. Las yemas de sus dedos recorrieron el contorno de mi rostro, las curvas de mis pechos y mi vientre, descendiendo con lentitud hasta los pliegues de mi intimidad. Mi cabeza cayó hacia atrás contra el borde de la pila. Dejé que mis rodillas se abrieran. Dioses, había pasado demasiado tiempo privada de su tacto. La anticipación de su aroma terroso, de su sabor, me llenó la boca de deseo. Volví a buscarlo, pero él se apartó, esquivando mis manos.

Erik mordisqueó mi mandíbula.

—¿Qué fue lo que dije? Tú primero.

—Joder —gemí cuando añadió un segundo dedo y marcó un ritmo cruel, implacable.

Una sensación embriagadora me recorrió de pies a cabeza, borrando pensamientos, miedos y cualquier otra cosa que no fuera él. Los callos de sus manos, la firmeza de su roce, el ritmo de su cuerpo contra el mío me absorbían por completo, despertando un fuego que recorría cada rincón de mi ser.

Mis caderas se arqueaban instintivamente, obedeciendo sus dedos, rendidas al deseo que nos consumía sin medida ni control. El agua se desbordaba suavemente, derramándose sobre el suelo mientras su cuerpo me reclamaba con insistencia y precisión. Presionó la punta de su pulgar contra mi punto más sensible, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Gemí, entregada al instante, tensa y al borde de rendirme por completo a él.

—Haz que mis palabras sean verdad —gruñó Erik, con una ferocidad oscura que le marcaba el rostro—. Eres mía.

Aumentó la presión de su pulgar, profundizó el vaivén de sus dedos y su voz se hizo peligrosa, baja, implacable:

—Que todo maldito ser en este palacio lo sepa.

Me rendí a su tacto.

El agua se arremolinaba a nuestro alrededor, y un temblor recorrió todo mi cuerpo mientras su nombre se escapaba de mis labios. El rey silenció mis gemidos con un beso que me estremeció hasta los huesos. Sus dedos se movían dentro y fuera con precisión, hasta que mi cuerpo se entregó por completo.

Apoyé la palma de la mano en la frente, jadeando.

—¿Satisfecho? Ganaste.

Erik esbozó una sonrisa traviesa y besó la curva de mi cuello.

—Ni siquiera cerca, amor.

Capítulo 28

La serpiente

La sangre envenenada, con innumerables cortes y heridas recorriéndome el cuerpo, resultaba bastante inconveniente cuando lo único que deseaba era tener a mi alondra desnuda, apretada contra mí.

Mis manos se movían con rapidez pero con cuidado, limpiando la suciedad de nuestros cuerpos. Aun estando convencido de haber atendido mis propias heridas sin manchar su piel, gruñía por lo bajo cada vez que un trozo de lino se teñía de carmesí o una gota caía en el agua.

No pensaba ponerla en riesgo ni un instante.

Livia volvió a fruncir el ceño al reparar en los vendajes que rodeaban mi abdomen, a punto de protestar por mi decisión de hacerme un corte en mi propio cuerpo. La besé antes de que pudiera decir palabra, y poco a poco cedió, dejando que su tensión se disolviera junto a mí.

—Erik —susurró Livia—. Más.

—¿Quieres más? —Besé su mandíbula, su cuello esbelto—. ¿Quieres saborearme, Alondra? ¿Quieres ahogarte en mí? ¿Quieres que te devore?

Livia dejó escapar un sollozo suave y asintió. Su cuello se arqueó hacia atrás, como si se ofreciera sin reservas a mis deseos.

—Levántate. —Tomé su brazo, perdiéndome en cómo el agua perfumada resbalaba por sus curvas.

Livia obedeció sin titubear, aferrándose a mi cintura mientras la conducía hacia la alcoba. Inspiró profundamente cuando sus piernas tocaron el colchón de musgo que cubría la enorme cama. Nuevas colchas carmesí protegían las sábanas, y en el centro, hilos de oro dibujaban un delicado motivo de hiedra entrelazada con olas del mar.

Agradecería a Alistair más tarde haber encargado muebles que unieran nuestros mundos. El viejo tonto lo había hecho todo a nuestras espaldas, como si supiera que no existiría realidad alguna en la que yo no regresara con mi alondra.

Sus dedos se clavaron con suavidad en mis caderas. Perfecto. Esperaba que dejara su marca. Hacía demasiado tiempo que mi piel no sentía el contacto de mi compañera.

La giré suavemente, apoyando mi espalda contra la cama, y sostuve su rostro entre mis manos, atrapando su mirada con la mía.

—¿Confías en mí?

—Siempre.

Me recosté lentamente sobre la cama, apoyando la cabeza sobre las almohadas de satén.

—Ven aquí.

Livia, con las mejillas encendidas, se acercó y se acomodó sobre mis caderas. Una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

—Ahí no, alondra.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir…?

Se quedó sin palabras cuando la levanté con cuidado, apoyándola sobre mi pecho. Sus rodillas quedaron a los lados de mis hombros.

—Erik, ¿qué estás haciendo?

—Ya casi… —susurré, presionando sus caderas contra mí hasta que sus rodillas quedaron cerca de mis orejas—. Manos en los postes, caderas abajo.

—No puedo… Erik, no puedo sentarme sobre ti.

—Sí puedes. —Acercé mi nariz a su calor, inhalando su aroma—. Lo harás.

Con los dedos temblorosos, Livia tomó los postes que formaban la cabecera. Inspiró con un jadeo agudo cuando mi lengua recorrió su centro, de atrás hacia adelante. Dioses, volver a probarla…

—Erik. —Su voz apenas existía, un susurro áspero, casi un instinto, justo donde pertenecía mi maldito nombre.

Poco a poco, el cuerpo de Livia se arqueaba y se movía conforme profundizaba con mi lengua y mis dedos. Las puntas de mis dientes

rozaban su carne sensible, subiendo hasta la cara interna de sus muslos.

—Tan perfecta —solté entre jadeos. Desde este ángulo, podía ver su cuerpo al completo: sonrojado, reluciente de agua y sudor. Empujé suavemente sus muslos—. Ábrete más para mí.

Jadeó con un suspiro ahogado mientras mi lengua exploraba su centro más sensible. Livia gimió, inclinándose un poco hacia delante, apoyando la frente contra el poste de la cama y hundiéndose más sobre mi boca.

Una reina de rodillas, rendida ante mis besos; contemplarla así hacía que mi miembro latiera con necesidad. Sollozos y maldiciones se estrellaban contra las paredes de nuestra habitación, hasta que resultaba casi imposible distinguir quién emitía cada sonido.

Echó la cabeza hacia atrás mientras mis labios succionaban con mayor intensidad y mis dedos se hundían en su piel, aferrándose a ella con fuerza. Un jadeo tras otro, la probé una y otra vez, hasta que su cuerpo se tensó, rígido, entregado al éxtasis que lo recorría como fuego.

No permití que el momento se desvaneciera. La giré para ponerla debajo de mí, colocando mis caderas entre sus muslos. Su cuerpo se arqueó, ansioso por liberar la presión que lo atenazaba.

—Por favor. —Enganchó los tobillos alrededor de mis piernas, acercándome más.

En un solo impulso, me deslicé dentro. Una brillante descarga me recorrió la mente y el corazón ante el placer. Livia gimió ante la invasión y luego enterró su rostro en mi cuello, mordisqueando donde me latía el pulso.

Incliné sus caderas apenas lo suficiente para hundirme más. Por un instante, me detuve. La sensación de su cuerpo abrazándome de nuevo era casi abrumadora. Retrocedí y volví a impulsarme dentro. Ella dejó escapar un suspiro suave. Las curvas perfectas y los contornos suaves de su cuerpo chocaban contra mi pecho.

—Dioses, todos los dioses —susurró, arañando mi espalda.

Aceleré el ritmo. Un vaivén entre nosotros. Mi sangre se estremecía. Metí la mano entre nosotros y pellizqué su pezón hasta endurecerlo entre mis dedos. Mis labios cubrieron los suyos. Livia

chupó mi lengua y devoró mi boca como si no fuera a tenerme nunca más.

Mi cuerpo tembló cuando la tensión acumulada en mi interior alcanzó su punto álgido. Perdí el control y me moví con fuerza. Livia respondió al nuevo frenesí, restregando su cuerpo contra el mío, hasta que susurró mi nombre una y otra vez, estremeciéndose mientras llegaba a un nuevo clímax.

—Te amo. —Mi voz fue apenas un susurro y, aun así, se quebró.

Frunció el ceño y me besó con más fuerza. El choque de nuestra piel, el calor de nuestra respiración, el vaivén de la cama contra la pared. Era un momento tan perfecto que quería luchar para que nunca terminara.

El cuello de Livia se tensó cuando su centro pulsó. En el siguiente instante, la tensión se rompió y mi miembro reaccionó. Me congelé por unos segundos mientras mi orgasmo se derramaba dentro de ella en oleadas largas y ardientes. Mordí su hombro, girando mis caderas para prolongar el placer.

La abracé por la cintura para sostenerla contra mí; respiraba con dificultad. Le besé el pulso y luego me retiré lentamente.

Caímos juntos sobre la cama, mirando las vigas del techo. Tras un momento, Livia se acomodó sobre mí, una pierna cruzada sobre la mía. Me besó despacio y dulcemente, con los ojos húmedos de lágrimas.

—Yo también te amo, Erik Cantasangre. Nunca podré expresar lo maravilloso que es estar de nuevo entre tus brazos.

Deslicé mi pulgar por la curva de su labio inferior, deposité un beso tierno en su frente y luego me acurruqué a su lado. Mi brazo se apoyó sobre su cintura, rodeándola con delicadeza, y poco a poco nos dejamos llevar por el sueño, seguros por fin, envueltos en la quietud de nuestra paz.

Capítulo29

La alondra

Me desperté sola.

El pánico me atravesó el pecho con una intensidad que me dejó sin aliento. Mi mano buscó el lado de la cama de Erik. Todavía conservaba algo de calor, pero se enfriaba a un ritmo alarmante.

—¿Erik? —Me incorporé de un salto, con la sangre subiéndome a la cabeza hasta martillarme en los oídos. Las cortinas de satén oscuro bloqueaban la luz, pero entre las rendijas se filtraba un rayo de sol, más brillante que el amanecer.

La puerta del baño conectaba nuestra alcoba con la sala de estar, pero esta parecía vacía, salvo por la ropa que habíamos dejado tirada, dispersa sobre el suelo. Apoyé el talón de la mano sobre el corazón; la piel aún dolía por la ausencia del vínculo de corazón.

—Erik.

Dioses, me sentía como una tonta por desmoronarme de esa manera. No era ni guerrera ni reina, incapaz de sostenerme frente al vacío de mis propios pensamientos. Crueles y persistentes, se infiltraban en mi mente, susurrando que todo había sido una ilusión hermosa, un juego vano, y que, en realidad, mi serpiente seguía perdida para siempre.

Deslicé las yemas de los dedos por las marcas de mi garganta, recuerdos que la boca traviesa de Erik Cantasangre había dejado.

Respira. Concéntrate. Parpadeé, y las lágrimas cayeron de mis pestañas. Las aparté con rapidez, al borde del llanto, presa del pánico.

La puerta que daba a la sala cedió y Erik entró, desnudo de la cintura para arriba, con una bandeja entre las manos: infusiones de hierbas aún humeantes y pequeños pasteles esponjosos cubiertos de glaseado rosa y azúcar. Mantenía la atención fija en el frágil equilibrio de la bandeja, sin notar que yo me había convertido en una piedra llorosa en el centro de nuestra cama.

Dioses, era hermoso: fuerte, con un cuerpo hecho para deslizarse por el mar. Su cabello oscuro seguía revuelto por mis dedos.

Entonces alzó la mirada carmesí, y una sonrisa espontánea apareció en sus labios.

—Planeaba despertarte a mi manera, pero… —La voz de Erik se apagó. Frunció el ceño mientras dejaba la bandeja con rapidez sobre una cajonera junto a la pared—. ¿Alondra? ¿Qué sucede?

La vergüenza me calentó las mejillas, implacable. Forcé una sonrisa, sacudiendo la cabeza.

—Nada.

Erik se deslizó sobre la cama; apoyó una mano suave sobre mi corazón y me empujó con cuidado hasta recostarme en el colchón. Con su cuerpo formó una jaula sobre mí.

—¿Es este el momento en que empezamos a mentirnos? Creí que hacía tiempo habíamos decidido que esas cosas no tenían sentido.

—Es una tontería —susurré.

—Entonces me intriga aún más, porque todavía no he escuchado nada insensato salir de tu boca.

Deslicé la mano por su brazo, siguiendo un grupo de cicatrices cerca de su muñeca.

—Solo pensamientos errantes intentando escapar otra vez.

Erik se acomodó detrás de mí, rodeándome la cintura con un gesto posesivo; sus labios rozaron mi oreja.

—Tú eres Livia Ferus. —Me aferré a su brazo con fuerza, como si fuera parte de las mantas revueltas que nos cubrían, deleitándome en la aspereza grave de su voz—. Hija de guerreros —continuó, dejando besos detrás de mi oreja—, aniquiladora de traidores, mordedora del rey eterno…

—No te he mordido.

Erik ladeó la cabeza, dejando al descubierto los moretones con forma de dientes a lo largo de su hombro.

Fruncí los labios y aparté la mirada.

—No te he oído quejarte.

Sus dedos recorrieron lentamente la punta afilada de mi oreja.

—Nunca me ocultes tus miedos, alondra.

—Solo fue un instante de inquietud cuando no estabas; pensé que quizá todo había sido un sueño. Sabía que no tenía sentido, pero aun así caí en ese torbellino de pensamientos.

—Estoy decepcionado —dijo, tomando mi barbilla para obligarme a mirarlo—. Aún no he oído nada insensato de tus labios.

—Me consientes demasiado, Erik Cantasangre. —Le pellizqué el hueso de la cadera.

—Ni siquiera sé cómo hacer eso —replicó, tirando de mi cintura hasta que rodé sobre el hombro para encararlo—. ¿Qué te dije, amor? El miedo es poderoso. Cada mente lo percibe de forma distinta, pero es un honor para mí caminar contigo a través del tuyo, por ilógico que te parezca. ¿Acaso no harías lo mismo?

Suspiré.

—Claro que sí. Tú, rey eterno, podrías permitirte tropezar un poco más, para que yo pudiera ayudarte a levantarte también. Eres demasiado inquebrantable. Eso hace que los demás —me señalé— se vuelvan bastante ariscos cuando no logran ser igual de firmes.

Rozó mis labios con un beso breve.

—Sabes mejor que nadie, amor, que no es más que una máscara.

Acaricié la sombra áspera de su mandíbula.

—Conmigo no uses máscaras, Serpiente.

—Así será. —Me besó de nuevo, más lento, más tierno—. Siempre que tú hagas lo mismo.

—Está bien. —Solté un suspiro exagerado—. Por los dioses, eres exigente.

Erik acomodó su cuerpo sobre el mío, sonriendo con la misma ferocidad que había amado desde aquellas noches en que lo observaba a través de los barrotes de su celda.

—Tengo maneras de exigir que quizá disfrutes —dijo, besando las curvas de mis pechos antes de rodar fuera de la cama—. Por desgracia, tendrá que ser más tarde. Nos requieren en el salón.

Recogió la bandeja con comida y la dejó sobre la cama. Erik se tumbó de costado a mi lado, apoyado en un codo.

—He intentado amenazar de muerte a Alistair para que nos deje en paz; incluso he jurado despojarlo de sus malditos jubones, pero me temo que aquí él es el rey.

Solté una risita y me llevé un pequeño pastel a la boca. Un gemido de placer me encogió los dedos de los pies. El glaseado lechoso me cubrió la garganta con una explosión de dulzura, seguido de la miga suave del bizcocho.

Erik observaba, con su propio dulce a medio camino de los labios.

—Pídemelo, amor, y haré que vuelvas a emitir sonidos así. Tendría que ser rápido, pero no podría soportar oírlo de nuevo sin estar dentro de ti.

Le lancé una pequeña semilla de grosella a la frente.

—He pasado días sin comida decente. Larsson no fue generoso con su mascota.

Levanté una copa hasta mis labios y me detuve al ver cómo el rostro de Erik se ensombrecía.

—No te llames así —dijo. Su mandíbula palpitó—. Gavyn nos contó cosas…, lo que te hizo.

La bilis me subió a la garganta. Apoyé una mano en su brazo.

—Sigo siendo tuya, Erik.

—Dioses, Livia. —Se incorporó y dejó caer los pies al suelo, apoyándose sobre las rodillas—. ¿Pensaste que no lo serías? ¿Que te vería como algo menos?

—No. No he querido decir eso.

Erik dudó un instante, y luego habló:

—Por cada momento que te tuvo, ya había planeado hacerlo sufrir. Pero saber que puso sus manos sobre ti, que te arrancó sangre… No habrá reino alguno, entre los dioses y tu pueblo, que no escuche sus gritos. Se convertirán en leyendas, en espectros que atormenten los mares. —Giró el rostro, ofreciéndome el perfil, pero no alzó la mirada—. No soy un hombre al que muchos consideren sentimental, pero siempre puedes hablar conmigo, amor. Si alguna vez deseas, o necesitas, hablar de lo que te hicieron…

—De lo que nos hicieron —lo interrumpí—. Esto nos lo hicieron a los dos.

Con cuidado, me deslicé por la cama y rodeé su cintura por detrás con los brazos. Apoyé la mejilla en el calor de su espalda y besé el espacio entre sus omóplatos.

Erik cubrió mis manos, que descansaban sobre su vientre, con una de las suyas.

—Puede que no sea hábil en la gentileza —dijo—, pero no quiero que la violencia que siento te impida hablar conmigo de nada. Siempre te escucharé primero. La furia puede venir después.

Lo que Erik decía con sinceridad encendió una nueva vena de afecto en mi corazón por el rey eterno. Por doloroso que fuera escucharlo, me estaba ofreciendo su hombro, sus brazos. Me ofrecía su refugio, su seguridad, si alguna vez la necesitaba.

Deslicé los dedos por una de las cicatrices de su espalda alta.

—Lo que más temí fue no volver a verte jamás. Cuando… cuando Larsson se aseguró de que el vínculo del corazón fuera arrancado, pensé que nunca volvería a respirar. En mis pensamientos más oscuros, llegué a creer que podrías darme por muerta… y abandonar la búsqueda.

Con lentitud, Erik se acomodó en el borde del colchón: una pierna doblada sobre la cama, el otro pie aún apoyado en el suelo. Me tomó el rostro en las manos.

—Asaltaría las puertas del Otro Mundo para encontrarte, alondra. Cuando llegó el vacío, jamás consideré poner fin a la búsqueda. Nunca permití que la idea de que te habías ido echara raíces en mí. Para mí no importaba. Nunca me habría detenido.

Una nueva lágrima me quemó la mejilla. Erik la secó con el pulgar.

—Aquella noche, cuando me tocó… —Mi voz se quebró, y Erik me estrechó contra su pecho, sujetándome como si su cuerpo se hubiera solidificado a mi alrededor. El aire me llegaba en jadeos cortados contra su piel—. Su contacto fue cruel, repulsivo… y sentí que jamás podría borrar de mi piel los restos de aquello.

Besos suaves se posaron en el lateral de mi cabeza.

—Si alguna vez mis manos son demasiado…

—No. —Rodeé su cintura con los brazos—. Tu contacto es lo que anhelo. —Cerré los ojos con fuerza—. Aquí, a tu lado, es donde encuentro la paz, Erik. No dejes nunca de tocarme.

El rey eterno guardó silencio, pero apretó aún más su abrazo, como si me asegurara sin palabras que esos brazos jamás me

soltarían.

—Mi crianza siempre estuvo marcada por el control —dijo al fin, despacio, con vacilación—. Después de la guerra, seguí bajo el yugo de las expectativas de los nobles y del pueblo del Eterno. Me he acostumbrado a controlar la *Nave Eterna:* ya fuera durante una incursión o al navegar hacia encuentros con las casas, siempre mantuvimos cierto orden. Desde que te secuestró, no he sentido nada más que caos. No sé cómo se siente un mortal al ahogarse, pero dicen que es como si los pulmones fueran a estallar. Así fue cada instante que estuviste ausente, amor. Solo cuando volviste a mis brazos pude respirar de nuevo.

Besé sus labios, suave, lentamente.

—Yo sentí lo mismo.

—Jamás, en toda mi amarga vida, he deseado tanta violencia —continuó Erik—. Ni contra mi tío ni para vengar a mi padre. Solo por ti. Sospecho que eso me convierte en un miserable, poco digno de un corazón tan bueno como el tuyo, pero esa es la fealdad de mi verdad, amor.

Durante un largo instante, el único sonido en la habitación fue el de nuestras respiraciones.

—¿Serpiente?

—Alondra.

—Seguiría tu oscuridad, cada fea verdad, a través de cielos y mares.



Nos habíamos vestido con rapidez: Erik, de negro reluciente; yo, con un nuevo vestido de jade, calado con filigranas de hilos bañados por el sol, como haces de luz que se extendían sobre los claros de los jardines del palacio.

Las doncellas acudieron a la estancia para trenzarme el cabello, pero les rogué que atendieran a Mira o a Celine —quien, con toda seguridad, me lo reprocharía— con tal de ganar unos instantes más a solas, tranquilos, junto al rey eterno. Ondas sueltas caían por mi

espalda, y hasta Erik se había desprendido de los gruesos cinturones de cuero y de las numerosas hojas que solía llevar ceñidas a los hombros y la cintura.

No habíamos acudido allí para ser magnánimos. A quienes aguardaban tras las puertas poco les habría importado que llegáramos en ropa de dormir.

Las puertas se abrieron a un murmullo bullicioso, pero en el instante en que cruzamos el umbral, toda conversación se extinguió. Sentados al fondo de la larga mesa de roble marino estaban mi padre y Stieg. Daj vestía ropas ominosas, muy similares a las de Erik. Llevaba el cabello oscuro trenzado hacia atrás y el mentón más despejado que antes. Desde que descendió de la *Nave Eterna,* había perdido al menos una docena de ciclos.

Stieg se había limpiado la sangre seca del rostro, dividido la barba en dos trenzas rematadas con cuentas de plata y lucía una gruesa trenza que recorría el centro de su cráneo. Pura esencia Rave, siempre.

Jonas y Sander vestían túnicas al estilo del Eterno, abiertas sobre el pecho, combinadas con pantalones oscuros. ¿Serían repuestos de Erik? Tal vez prendas prestadas por Tait. Aunque, siendo sinceros, existía la posibilidad de que los gemelos hubieran despojado a algún pobre mayordomo camino a la cámara que les asignaron.

Mira estaba sentada junto a Celine. En cuanto sus ojos se posaron en mí, se puso en pie, alisando la falda de su vestido azul como las lagunas cercanas a la costa, visiblemente complacida con las telas más ligeras y las aberturas altas propias de los atuendos de los elfos del mar.

Aleksi se hallaba recostado, con una pierna colgando del brazo de la silla, afilando una hoja curva con una piedra de amolar. Al otro lado de mi primo aguardaban Sewell, Gavyn y Tait, expectantes ante la llegada de su rey.

Erik no nos condujo a las sillas menores. En su lugar, me guio hasta el trono de madera dispuesto en la cabecera de la mesa.

—Este es tu lugar, alondra —susurró.

Parpadeé, con el pecho oprimido, y me senté despacio en el nuevo trono. Mis dedos recorrieron las figuras de zorros y

enredaderas. Acaricié el satén dorado que caía sobre el respaldo, probándolo, memorizando su textura.

Erik ignoró su propio trono y permaneció de pie a mi lado, una mano apoyada en mi espalda, como si aún no pudiera desprenderse de mi contacto.

Al fondo de la mesa, me encontré con unos ojos color medianoche. Daj tamborileaba los dedos sobre el borde de la mesa, los dientes apretados, como si masticara palabras antes de dejarlas escapar.

Por fin, retiró la mano y se quedó inmóvil.

—Te llaman «reina», Livie.

—Sí, Daj.

Su mirada saltó de mí a Erik, y luego regresó a mí.

—¿Pronunciaste votos?

—Bueno… no.

—Entonces no lo entiendo.

—La palabra del rey lo convirtió en realidad —explicó Tait—. Le concedió el título de reina ante la corte.

—¿Y eso basta?

—Sentarse en el trono del rey eterno convierte a quien lo ocupa en su igual —dijo Erik—. Ella fue colocada en el trono. Yo hinqué la rodilla. El título no había existido nunca en el Eterno. No es ninguna tradición.

—Así que te la inventaste sobre la marcha, Cantasangre. —Jonas alzó una jarra de estaño llena de hidromiel del rey, sonriendo—. Respeto ese tipo de iniciativa descarada.

—Fue todo un espectáculo —añadió Alek, golpeando rítmicamente la mesa con la hoja de un cuchillo.

—La mayoría aceptó mi palabra —continuó Erik—, pero está claro que hay quienes se resisten a cada cosa que digo.

Mi padre frunció el ceño, aunque su inquietud parecía nacer más del choque con una cultura nueva que de la decepción. Tras una pausa, golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Bien. Si este es el reino de mi hija, entonces estamos aquí para luchar por él. Supongo que no tienes intención de dejar que ese bastardo simplemente desaparezca en el mar, Cantasangre.

El puño de Erik se tensó junto a su pierna.

—No hasta que no sea más que huesos.

—Entonces, necesitamos saber cómo atraerlo de nuevo y acabar con esto. —Mi padre se volvió hacia mí—. Tenemos que saberlo todo sobre esa isla, Liv. Por muy difícil que creas que será para nosotros escucharlo, cuéntanoslo.

«Nosotros». Conocía lo suficiente a Valen Ferus como para saber que no se refería a toda la sala. Hablaba de él mismo y del hombre a mi lado. Un afecto cálido y embriagador me hinchó el pecho. A su manera, era la forma de mi padre de aceptar que la Casa Ferus ahora contaba con un miembro más.

Y tenía razón. No había tiempo para suavizar palabras ni proteger sentimientos. Larsson y Fione albergaban demasiado potencial en Natthaven, y era necesario sofocarlo. Comencé mi historia en el instante en que desperté en aquella cámara. Las menciones a Skadi despertaron un gran interés —especialmente en Sander—, y Erik mandó llamar a Alistair para que trajera cualquier escrito sobre el pueblo élfico que pudiera encontrar dentro de los muros del palacio.

Cuando terminé de relatar las confesiones de Larsson sobre su linaje y sobre cómo la oscuridad era en realidad la marca de sus hechizos sedientos de sangre, les hablé de su posterior ataque. Para entonces, mi padre caminaba de un lado a otro, y los ojos de Erik se habían ensombrecido de odio.

—Debo interrumpirte —dijo Gavyn, alzando una mano—. Te dejaste mi detalle favorito: le arrancó la maldita oreja de un mordisco.

La expresión de Celine pasó del miedo y la compasión al júbilo.

—Por supuesto que lo hizo. Es del Eterno.

—Mordiscos certeros, golpes profundos, pequeño zorro —añadió Sewell con un guiño.

Relaté la huida; Gavyn aportó sus propios detalles sobre los guardias, las armas y la disposición del palacio de Natthaven.

—La furia me mantuvo con vida. —Entrelacé los dedos con los de Erik—. Hasta que te vi. Larsson y Fione rompieron el vínculo del corazón para destruir lo que lo mantenía alejado de la corona de sangre; hechizos que no comprendo. Pero algo me llamó. Algo me

llevó hasta la orilla. Era como si mi furia, o aquella isla, supiera que tú eras mío.

Un destello carmesí ardió en los ojos de Erik.

—Te lo dije: no se llevaron nada, alondra. Solo tendré que repetir en público todas las cosas indecentes que antes te susurraba en privado.

—Preferiría que no —gruñó Aleksi.

—Mi palacio, Invocasangre.

Lo extraño fue que el rostro de mi padre no se contrajo de ira ni se endureció con desdén al escuchar que un hombre hablaba así de mí. Incluso soltó una carcajada cuando Stieg se inclinó hacia él y murmuró algo por lo bajo.

—¿Qué, Daj?

—Nada, pequeña —respondió.

Los ojos de Stieg brillaron.

—Le recordaba al rey cuántas veces él y tu madre nos han echado de la habitación para quedarse a solas en conversaciones como esta. Le he dicho que sigo esperando que hagas lo mismo y nos arrojes a todos fuera.

Un calor abrasador me subió al rostro, tan intenso como el rubor de mi padre. Empeoró cuando Erik añadió:

—Con gusto.

Le clavé el codo en las costillas.

—Ahora que sé mucho más sobre mis padres de lo que jamás quise saber, ¿qué hacemos a partir de aquí?

La sala se volvió solemne.

Erik se inclinó y sacó de debajo de su trono una vaina que envolvía una hoja de un blanco dorado.

—No sé si lo recuerdas, pero la mujer, justo antes de que la orilla se desplomara, dejó caer esto. Pareció surgir de la nada.

La huida de Natthaven había sido un instante borroso; no había notado que Skadi abandonara un arma. Aun así, el pecho se me encogió con un afecto inesperado por una mujer a la que apenas tuve ocasión de conocer. Aun perdida por el hechizo que la había reclamado, ofreció ayuda. Aun así, luchó.

Runas elegantes y extrañas recorrían los bordes, y la empuñadura estaba hecha de un cristal pálido.

—Lo llamó «hierro blanco» —dijo Erik.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Hierro blanco? Una hoja élfica. Erik, ella me dijo que Fione está protegida por hechizos oscuros. Que mientras la bruja del mar siga con vida, Larsson también.

—Eso es endemoniadamente oscuro —dijo Tavish en voz baja—. Manipular la muerte saca a la superficie lo más cruel del alma.

Examiné la hoja.

—Según Skadi, Fione no puede ser asesinada con un arma común. Está demasiado corrompida. Según me dijo, el hierro blanco, forjado por elfos de las sombras, tiene el poder de quemar el corazón, eludiendo cualquier hechizo.

—¿Crees que la dejó a propósito? —preguntó alguien.

—¿Por qué, si no?

Erik se detuvo, inhalando despacio.

—Entonces la dejó para ti. Consérvala, amor. Me aseguraré de que tengas la oportunidad de usarla. —Alzó la vista hacia la mesa—. Larsson tiene derecho a la corona de sangre por linaje y, ahora, al parecer, también por contacto. Si llegara a tomarla, si se sentara en el trono, el mismo razonamiento que usé para hacer reina a Livia podría servir para proclamarlo rey.

—Nunca basta cuando un rey solo ambiciona poder —dijo mi padre—. Hemos combatido a bastantes bastardos arrogantes como él, rey eterno. Que su codicia sea su ruina.

Erik sostuvo la mirada de mi padre durante un largo instante.

—Larsson posee esta isla que nos es desconocida, cuenta con su bruja y con la ayuda de ese elfo de fuego.

—Arion —dije—. Un príncipe élfico que hace todo esto para reclamar su propio trono en su cultura. Aun así, es una amenaza, y quiere a Skadi. Ella posee un poder que él necesita, y siento que nos falta comprender mucho. Esa isla guarda demasiados secretos.

—Como la maldita voz de Guardahuesos —gruñó Celine, mientras se masajeaba las sienes—. ¿Cómo no supimos que tenía una voz del mar?

—Ha estado bien protegido gracias a Fione.

—Robar magia… —Gavyn se frotó los ojos y parpadeó varias veces—. Eso es peligroso. ¿Crees que podría beber tu sangre y sobrevivir, Erik?

—Siempre podemos drogarlo y averiguarlo —dijo Sander, y, a decir verdad, sonó menos a broma que a genuina curiosidad.

—Thorvald no pudo soportar mi sangre —respondió Erik.

—Es curioso —añadió Celine—. El maestro de la tierra estaba cubierto de tu sangre cuando te sacó de allí, y no le ocurrió nada.

Mi padre se dejó caer en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No es ninguna hazaña. Sabía que no debía metérmela en la maldita boca. He visto de lo que es capaz su sangre, ¿recordáis? Se libró toda una guerra contra el joven rey del Eterno.

—Aun así, corriste el riesgo —susurré—. Fuiste tú quien detuvo su canto antes de que le hiciera daño, Daj.

Mi padre tragó saliva.

—Se estaba apagando. Tú estabas sana. No tenía sentido dejar que se desangrara.

Erik se fijó con atención en la veta de la mesa, y los demás guardaron silencio. No era solo lo que mi padre hacía ver. Podía fingir indiferencia cuanto quisiera, pero Valen Ferus había impedido que el rey eterno perdiera demasiada sangre porque le importaba Erik y su capacidad para seguir respirando.

Por mí o por el propio rey, no importaba. Mi padre ya no representaba ninguna amenaza para Erik Cantasangre. Ya no.

Erik finalmente se acomodó en su trono, los tendones de su cuello tirantes.

—Incluso magullado, Larsson estará en alerta para proteger lo que le queda. Aun así, lo conozco. No querrá que lo vean derrotado por la pérdida de Hesh y Livia.

—Entonces más nos vale preparar las puertas —dijo Tait en voz baja, mirando a Gavyn—. Cada casa. Larsson se enfrentará a Erik. No nos dará mucho tiempo para presentarlo como la peor opción entre dos reyes.

Erik vaciló.

—Esto no tiene por qué afectar a los reinos de la tierra. Hesh ha sido detenido. Narza permanece para proteger vuestras fronteras…

—¿Espera, qué? —Lo miré.

—Te lo explicaré después, amor —dijo Erik, volviéndose hacia Stieg y luego hacia mi padre—. Vinisteis a ayudar en el rescate de Livia, y lo habéis hecho.

Jonas gruñó con vigor, interrumpiendo al rey.

—Dioses, no me digas que esto va a ser un discurso sobre cómo ya no necesitamos arriesgarnos y podemos volver a nuestras cómodas vidas.

Erik fulminó al príncipe con la mirada. Jonas hizo lo propio, entornando los ojos ante la oscuridad que ocultaba tras su ligereza.

—¿Qué pasa, Cantasangre? —dijo—. Escuchaste al rey del pueblo de la Noche. Esto ahora es el reino de uno de nuestros miembros de la realeza; Liv es de la familia. Nos tendrás, quieras o no quieras. Y, ojo, esperaré mis propios aposentos privados en tu palacio una vez me convierta en héroe laureado del Eterno.

Apreté el antebrazo de Erik.

—¿Serpiente?

—¿Alondra?

—No tienes que cargar con el odio en soledad —susurré—. Ya no. Lo compartiremos contigo, a tu lado.

Erik besó el dorso de mi mano.

—Entonces será mejor que empecemos a planear cómo matar a mi hermano.

—Antes —intervino mi padre. Entre sus dedos sostenía una caracola pálida—. Hay alguien que lleva mucho tiempo esperando hablar con Livia.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando mi *daj* se acercó y dejó la caracola en la palma de mi mano.

—Póntela en la oreja.

Con una ceja arqueada, llevé la caracola a mi oído y aspiré con brusquedad.

—¿Hola? ¿Daj? No te oigo. Oye, bruja del mar, esto no funciona.

—¿Rorik…? —Me cubrí la boca con la mano.

La voz de mi hermano, salvaje y vibrante, resonó dentro de la caracola: distante, apagada, como si hablara a través de uno de sus cojines de plumas, pero inconfundible.

—¿Livie? —Rorik aspiró con fuerza antes de soltar una avalancha de palabras atropelladas—. Siento no haberte rescatado, pero tienes que saber que sí salvé a Cantasangre. Me colé en esa habitación como un maldi… quiero decir, como un Rave, y lo liberé. Jo y Alek dijeron que era la única forma de recuperarte, así que supongo que, bueno… te rescaté un poco. Livie, ¿cómo es el Eterno? ¿Está todo el tiempo bajo el agua? ¿Hay peces enormes con dientes afilados? ¿Cómo son los sirénidos…?

—Ror. —Me reí, interrumpiendo su temblorosa verborrea.

Las lágrimas me ardían en los ojos.

—Eres el Rave más valiente que conozco.

Mi hermano hizo una pausa; su voz se volvió más suave, como si hablara con alguien cercano.

—Oye, Livie, la bruja del mar… —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro rasposo—. Siempre se me olvida su nombre. Está preguntando dónde estás en el Eterno.

—Estamos en el palacio, en la ciudad real.

Rorik dudó.

—Dice que vayáis a la cala de Oline. No sé qué significa eso, pero dice que todos deberíais ir y que Cantasangre deje caer un poco de sangre en el agua. Apostaría a que va a hacer un hechizo. Livie, lanza hechizos salvajes. ¡Le puso la cara azul a Alva durante toda una campanada cuando me robó las malditas botas!

Bajé la caracola.

—Ror dice que deberíamos ir a la cala de Oline. ¿Dónde está?

Erik se tensó.

—El refugio de mi madre —dijo en voz baja—. Nuestra cala, alondra.

El corazón me golpeó con fuerza el pecho. Nuestra cala: el lugar oculto donde le había dicho al rey eterno que era mío. La noche en que abrimos nuestros corazones el uno al otro. La noche en que los asesinos de Larsson intentaron separarnos.

—Ror —dije con suavidad—. Dile que estaremos allí pronto.

Capítulo 30

La serpiente

Las aguas verdes permanecían inalteradas, una sábana de esmeraldas sobre la arena blanca. La quietud y el color de la cala eran lo que más había amado mi madre. A veces, al pisar la estrecha playa, podía escuchar su voz, recuerdos lejanos que se aferraban a la mente de un niño pequeño.

«¿Puedes imaginarlo, amor mío? Estas aguas son como mirar a un mundo nuevo, un lugar lleno de aventuras maravillosas. Eso es lo que me gusta imaginar aquí: tú y yo, embarcados en un gran viaje por un mar lejano».

Había pasado muchas noches en ese lugar, soñando con esas aventuras después de la guerra, solo y lleno de rabia. Estas costas siempre habían sido un recordatorio cruel de lo que se había perdido por mi culpa. A decir verdad, pensé que quizá venía aquí a torturar mi propia cordura, como una penitencia por ser la causa de la muerte de mi madre.

Hasta que una persistente y hermosa alondra rasgó las últimas capas que cubrían mi corazón chamuscado, transformando esta cala —desde los muros de piedra erosionados por el viento hasta la arena de alabastro— en un santuario. Un nuevo lugar de recuerdos que atesoraría hasta mi último aliento.

Extendí la mano, guiando a Livia por un escalón cubierto de musgo que conducía a la playa. Valen estaba junto a Celine y, por instinto, extendió la mano para ayudarla.

Celine contempló la palma del maestro de la tierra durante un instante antes de que una sonrisa iluminara sus labios. Alzó el mentón con la elegancia de una dama de casa noble y aceptó.

—Muchas gracias, maestro de la tierra.

Tait se situó frente a la princesa Mira. Ella entrecerró los ojos, se recogió la falda y pisó la orilla por sí misma.

—No te preocupes, Hablacorazones. Puedo arreglármelas sola.

—No tenía intención de entrometerme —gruñó Tait—. Y es Caminacorazones.

Me adentré en el agua hasta las rodillas y pasé el pulgar sobre la punta de mi diente. Los hechizos de las brujas a menudo requerían sangre. Sin duda, Narza tendría algún truco preparado, así que no perdí tiempo cuestionándolo y dejé que unas gotas de mi sangre cayeran sobre la superficie cristalina del agua.

Un anillo de espuma se formó alrededor de las gotas, burbujeando y creciendo. Retrocedí. Livia se agarró de mi brazo y miró por encima de mi hombro, con los ojos abiertos de par en par. El agua se arremolinaba y burbujeaba, como un banco de peces atrapados acercándose a la superficie. Pronto, el agua volvió a calmarse, pero el anillo seguía brillando tenuemente.

Livia apretó mi brazo con fuerza.

—¿Eso… son… voces?

Desde el agua, surgieron murmullos. Entrelazando los dedos, empujé suavemente a Livia hacia el agua y observé el anillo de espuma en la superficie. Un corto y jadeante suspiro se escapó de Livia, un sonido a medio camino entre un sollozo y una risa.

—¡Maj!

Allí, entre las ondas, apareció el rostro fragmentado de la reina Elise. La reina parecía mirar a través de un espejo en el suelo.

Me quedé boquiabierto, sorprendido; nunca había visto un hechizo así. Había muchas formas de hablar a través de las mareas, mediante la voz o los trucos de una bruja, pero ¿ver un rostro? Cuanto más aprendía de mi abuela, más me daba cuenta de lo poco que sabía de ella.

No era de extrañar que mi padre sintiera algo de miedo ante la señora Narza.

—¡Livia! —La voz de Elise flotaba como un eco en el viento, un sonido sacado de un sueño. Aun así, era lo suficientemente clara. La reina extendió los dedos. Su toque hizo ondular la superficie, distorsionando la imagen por un instante. Cuando se estabilizó, la reina sonreía con los ojos entrecerrados, y si el agua no estuviera tan difusa, habría jurado ver lágrimas en sus mejillas—. Mi niña… realmente estás allí.

Elise sollozó y extendió las manos hacia Livia, desesperada por tocarla. Se detuvo antes de enturbiar de nuevo la imagen acuosa.

Livia se arrodilló en la orilla, con voz suave:

—Te he echado de menos.

Elise aspiró con fuerza.

—Te he echado de menos cada instante de cada día. Dime que estás bien. Dime que estás a salvo.

—Estoy a salvo —respondió Livia, alzando la vista y sonriendo—. Tan a salvo como puedo estar, Maj.

Elise se quejó cuando Rorik se interpuso.

—¡Livie! —dijo el muchacho, sin aliento—. ¡Maldita sea! Quiero decir… ¡hala! Te puedo ver. ¿Está Cantasangre ahí? Quiero mostrarle cómo puedo lanzar el cuchillo que me dejó. Ah, y mi *daj…,* también quiero ver a Daj.

Elise despeinó a su hijo y pidió, también, ver a Valen. Algo sorprendidos, el maestro de la tierra y Stieg se unieron a Livia al borde del reflejo espectral.

Elise soltó una risa al ver a su esposo, pero pronto se desató una encarnizada disputa entre el príncipe Rorik y su madre sobre quién tenía el privilegio de hablar primero. Al final, Valen se conformó con observar a su hijo lanzar el cuchillo, sin revelar que en realidad no podía ver dónde caía fuera del hechizo proyectado sobre el agua.

—No vas a regresar ya, tal como yo desearía, ¿verdad? —preguntó Elise, con voz más suave que antes.

—Todavía no, mi amor. Quedan algunas batallas por librar aquí.

El rostro de Valen, cada vez que hablaba con su reina, distaba mucho del enemigo que yo había imaginado en mis recuerdos. Miraba a su esposa con la misma suavidad y asombro que yo esperaba demostrar ante su hija, en cada gesto y en cada mirada.

Valen y Stieg explicaron brevemente los planes de Larsson, su amenaza contra el Eterno, contra Livia. No le ocultaron los riesgos; el maestro de la tierra no protegía a su esposa de lo sombrío, la trataba como a su igual en el campo de batalla. Una reina guerrera.

—¿Todavía no has matado al rey eterno? —En la voz de Elise se percibía un atisbo de risa.

—Maj —se quejó Livia, tomando mi mano.

Valen me echó un vistazo por encima del hombro.

—No lo he hecho. Es extraño, pero el rey del mar casi termina cayéndote simpático.

Aparté la mirada, con ganas de volver al palacio para evitar otro medio cumplido. Sin embargo, me vi obligado a quedarme cuando Livia comenzó a hablar entre lágrimas con su madre y su hermano.

En medio de su charla, los dos padres de Aleksi se acercaron al grupo. El príncipe comenzó con disculpas, como Livia, y pronto las palabras se tornaron en afirmaciones afectuosas, promesas grandiosas de regresar entero, y risas sobre las damas del pueblo de la tierra que ya habían acudido a sus padres para elogiar la valentía y audacia de su hijo frente a los horribles elfos del mar.

Jonas observaba las interacciones con su habitual valentía, pero el rostro del príncipe palideció cuando una voz profunda y áspera pronunció su nombre, seguido del de Sander.

Jonas agitó las manos y golpeó el pecho de su hermano.

—Está bien, hablas tú primero con Daj. Haz que se ablande un poco. Yo me encargo de Maj.

Al final, enfrentaron a sus padres y a su gente como uno solo. Su padre, aunque no vi su rostro, habló con voz ronca y grave, reprendiendo a sus hijos por su estupidez, mientras exigía que regresaran a casa para continuar regañándolos cara a cara.

Luego, Mira se acercó al agua. Su gente era más frenética, más caótica. Gritaban, maldecían, reían juntos, para repetirlo todo al instante siguiente.

El hechizo sobre el agua comenzó a desvanecerse y los miembros de la realeza se reunieron, lanzando apresurados adioses.

—Extraño, ¿verdad? —susurró Celine, acercándose a mí mientras Livia despedía a su madre entre lágrimas—. Hace no tanto, queríamos que todos estos tipos estuvieran muertos y enterrados. Ahora, es como si… siempre hubieran estado aquí.

—No te pongas sentimental, Cantamareas.

—Está bien —dijo Celine, levantando las manos—. No voy a terminar lo que iba a decir. Guardaré mis pensamientos sobre lo maravilloso que es ver estos cambios en el reino. Me morderé la

lengua antes de atreverme a decir que sé que tú eres el rey que el Eterno necesita.

No la miré, ni aparté la vista del mar. Apenas incliné el mentón y murmuré:

—Sabia decisión. Mejor guardarte esos pensamientos.

Capítulo 31

La alondra

—Entonces… ¿a dónde se escabulle Cantasangre cuando no está completamente absorto mirándote? —Mira retiró una de las dagas de Erik de unos clavos junto al hogar de nuestra habitación.

—Está con Gavyn y un topógrafo. Seguro que ya mismo regresan. —Ajusté una cuenta en la trenza que caía sobre mi hombro—. El topógrafo puede captar los hechizos del mar y ha estado explorando la isla. Tait también los acompaña.

—No entiendo por qué has mencionado a Caminacorazones —dijo Mira, y el sonido metálico sobre la madera delató que había devuelto la daga a su lugar.

—Porque eso es lo que realmente quieres saber, elfa de la tierra —replicó Celine, riéndose mientras salía del baño—. No te interesa el paradero del rey; habla con sinceridad.

Los ojos de Mira brillaron.

—De ninguna manera. Francamente, Celine, no sé cómo puedes soportar navegar con alguien como el primo del rey. Es terriblemente hosco.

Celine resopló, tomó una de las pequeñas dagas de Erik de la mesa y se la guardó en la bota.

—No encontrarás a un tipo más leal que Caminacorazones. Pero debo decir, elfa de la tierra, que te gusta señalar su mal humor más que a nadie.

Una mancha rosa le surcaba los pómulos dorados por el sol a Mira. Lanzó a Celine una mirada oscura, casi desafiante, y luego se giró.

—Livie, ¿sabías que un tipo bastante apuesto y rudo de la tripulación del Eterno tiene un gusto especial por Celine?

—¿Qué? —Me giré de inmediato—. Celine Cantamareas, ¿qué no me has contado?

—Dioses, nada —dijo Celine, llevándose los dedos al pendiente que atravesaba su única oreja—. Nunca imaginé que todos vosotros, malditos elfos de la tierra, fuerais tan charlatanes. Vistámonos y vámonos. Menos palabras, os lo suplico a ambas.

Enlacé mi brazo con el de Celine, observando su perfil, disfrutando un poco de la manera en que evitaba mi mirada con estrategia.

—Celineee. —Prolongué su nombre—. ¿Qué ocurrió en mi ausencia? Debes contármelo.

—No debo hacer nada —replicó.

—He sido secuestrada dos veces, he pasado hambre, me han golpeado y he sido amenazada por un enemigo, así que sería una amabilidad que me dijeras algo agradable.

Resopló.

—Te estás volviendo demasiado manipuladora. Creo que la crueldad del rey se te está pegando.

—Oh, creo que se le está pegando más que eso —dijo Mira, chillando cuando le pellizqué el brazo por detrás—. Vamos, Livie, tu *daj* no está aquí, ni tu amante, y yo he estado ansiosa por conocer cada detalle subido de tono desde que te vi alejarte con un hombre enmascarado.

—Pensé que querías matar a mi rey después de aquella noche —dijo Celine, sonriendo.

—Oh, solo durante unas semanas —respondió Mira, haciendo un gesto de desdén con la mano y luego apoyando la barbilla en mi hombro, batiendo las pestañas—. Ahora solo quiero cotillear, tal vez sentir un poquito de envidia de que tú estés siendo complacida y yo no.

—Os diré lo mismo que a Alek: Erik es mi *hjärta,* la canción de mi corazón, y lo dejo ahí —dije.

Mira arrugó la nariz.

—Casi nada satisfactorio. Al menos tranquilízame y dime que sabe tratar a una mujer correctamente.

Un calor indecoroso me atravesó el vientre y se deslizó entre mis piernas, allí donde esa mañana el rey me había llevado al límite con la destreza cruel de sus dedos y su cuerpo, hasta robarme el aliento.

—Desde luego, no hay nada de correcto en sus formas —murmuré, riendo cuando Mira aplaudió perezosamente y me lanzó una sonrisa traviesa—. Aunque yo pensaba que hablábamos de Celine y de algún tripulante.

Celine se aclaró la garganta; el rubor le subió al rostro hasta teñirlo de un rojo intenso, como una hoja empapada en sangre.

—No… no nos referíamos a eso.

—¿De quién se trata?

—Debo retirarme, mi reina —dijo Celine, dando una larga zancada hacia la puerta.

Me ajusté rápidamente el collar de huesos en torno a mi garganta. Una vil sonrisa tiró de las comisuras de mis labios cuando las runas grabadas en oro se asentaron sobre mi corazón; un recordatorio despiadado de lo que les espera a los enemigos del rey eterno y su reina.

—Espera, Celine. —Me giré hacia la puerta antes de que se escabullera al pasillo—. Vamos todas al estudio, así que no creas que no hay tiempo para que me reveles su nombre.

—Lo haré yo —dijo Mira, a la par que se hacía con unos raídos pergaminos sobre sabiduría élfica que llevábamos casi dos días estudiando—. Atraetormentas, Llamatormentas…

—¿Portatormentas? —Abrí la boca de par en par.

—No significa nada —protestó Celine—. No es que la tripulación de la *Nave Eterna* tenga muchas opciones cuando estamos en mar abierto; se conforma con lo que hay.

—Lo tienes hechizado; no te quites importancia —dijo Mira—. Liv, la mira como si iluminara el cielo.

Celine maldijo por lo bajo.

—La vida era pacífica antes de que las princesas infestaran el Eterno.

Entrelacé mi brazo con el de Celine, y Mira hizo lo mismo con el otro, como si fuera algo que hiciera desde siempre, como si Celine Cantamareas nos convirtiera en un trío de toda la vida, y no en un dúo.

Me incliné para añadir en un susurro:

—Portatormentas sería un idiota si no bebiera los vientos por ti, y no solo porque seas la única mujer de la tripulación.

Celine se pasó las palmas de las manos por la cara, gruñendo, pero cuando aceleró el paso, la más leve de las sonrisas se asomó a sus labios.

Cuando bajamos las escaleras hasta la primera planta, chocamos contra Sewell y Tait, que también se dirigían al estudio. Mi pulso se aceleró. Tait me miró a los ojos un instante, luego dio un paso atrás. A los lados, mis dedos danzaban inquietos.

—Sewell, ¿serías tan amable de ocupar mi lugar y acompañar a Mira y a tu hija adentro?

Una expresión traviesa iluminó el rostro de Sewell, que le ofreció un brazo a cada mujer, dejándome a solas con la nuca de Tait.

Iba directo al estudio. El muy idiota quería ignorarme tanto como yo sufría en su presencia.

—Caminacorazones.

Tait se detuvo, pero ladeó la cabeza para observar las vigas transversales del techo.

—No es necesario decir nada.

—Eres tan exasperante como tu primo. Quizá más.

Tait se dio la vuelta. El rojo no estaba tan presente en sus ojos como en los de Erik; los suyos eran más bien dorados, con trazos color marrón oscuro, como arena mojada. Aun así, había partes carmesíes; sangre grabada en la oscuridad.

—Nos necesitan dentro.

—Llegaremos.

Uní mis manos frente a mí y di un paso atrás. Frente a frente, cara a cara. Durante un momento no dije nada, simplemente lo observé detenidamente. Tait tenía aspecto de bruto, pero, en el fondo, todo lo que había hecho, todo lo que había arriesgado, había sido por lealtad.

El hombre lo había arriesgado todo para proteger la Casa de los Reyes: ayudando a Erik cuando lo apuñalaron, sin inmutarse ante la sangre de su primo; interponiéndose entre una hoja y yo, sin temer por su propia vida.

—Creí que habías muerto.

Metió una mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó papel de fumar, enrollándolo entre sus dedos. Si tuviera que adivinar, diría que era más un hábito nervioso que una necesidad.

No me miró.

—No fue un corte profundo.

—Lo vi. Debería haber sido letal.

Tait dejó escapar un suspiro áspero.

—¿Qué querías que dijera? ¿No debería haber hecho nada?

Una sonrisa leve se dibujó en mis labios.

—Sé que no te importo demasiado, pero quería darte las gracias. —Vacilé un instante antes de apoyar la mano en su brazo—. Nunca olvidaré lo que hiciste, y me alegra que sigas con vida.

Dicho esto, me giré y me dirigí al estudio.

—Elfa de la tierra. —Tait se aclaró la garganta—. Livia.

Me volví despacio, mirándolo por encima del hombro.

—Estás… estás equivocada.

Por primera vez, Tait sostuvo mi mirada sin apartarla.

—¿En qué?

Se acomodó el rollo de papel entre los dientes, apagado, y metió las manos en los bolsillos.

—Me importa lo que te ocurra. Aunque a veces no lo parezca. Yo… no sé mostrar… —Hizo un gesto vago con las manos, como si buscara las palabras que siempre se le escapaban.

—¿Tu corazón, Caminacorazones? —El borde de mis labios se curvó ligeramente.

Tait frunció el ceño.

—Erik fue mi hermano cuando éramos niños, antes de que mi padre se volviera un hombre brutal y despreciable. Hay lazos que nunca se rompen, por más que otros intenten destruirlos. Nos enseñaron a odiarnos, pero él mató a Harald para salvarme; lo sé, no me cabe duda. Defendió al Eterno a pesar de sus detractores, aquellos que jamás vieron en él nada más que un fracaso. —Contuve la respiración ante la pausa de Tait. Esta era, quizá, la vez que más lo había oído hablar—. No quería que vinieras —admitió—. Vi la forma en que él te miraba, cómo todo empezó a cambiar casi de inmediato. Incluso cuando percibí el afecto que sentías por él, no

logré confiar en ti. Creí que lo utilizarías, que lo abandonarías y que, llegado el momento, pondrías a tu gente en su contra.

Las lágrimas nublaron mi vista. Luché por mantener la voz firme.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Haría cualquier cosa por ti —dijo Tait; un leve rubor le encendió los pómulos—. Desde que estás a su lado, mi hermano es diferente. Le das una calma que jamás conoció, algo que siempre le fue negado. Dejémoslo así, ¿vale? Sin agradecimientos, sin culpa. Volvería a hacerlo si hiciera falta.

Sin añadir nada más, Tait me ofreció el brazo.

Me enjugué una lágrima y lo tomé, esbozando una sonrisa suave.

—Entonces, lo dejaremos así, Caminacorazones.

Él inclinó la cabeza a modo de respuesta silenciosa.

—Aun así —dije en voz baja— sigues siendo un dolor de cabeza.

Por primera vez desde que lo conocía, sonrió de verdad, y se le iluminó el rostro por completo.

Capítulo 32

La alondra

La ventana del estudio tenía vistas a la ciudad real. Tejados rojos, senderos empedrados serpenteantes y arcadas de piedra alrededor del mercado, que bullía de vida ahora que la *Nave Eterna* había regresado. Las familias se reunían y la vida continuaba a su ritmo.

La corona de sangre reposaba sobre la repisa de la chimenea del estudio, siguiéndonos allí donde Alistair sabía que estábamos durante el día. Las olas violentas azotaban los bordes de la corona, moldeando sus picos. Entrecerré los ojos, despreciando aún más al padre de Erik. Thorvald sabía que había otro niño con su sangre; nunca dijo una palabra, nunca preparó a su hijo ni a su reino.

Claro que Thorvald había ordenado a su pequeño hijo matar a su propia madre. Qué tontería pensar que el hombre fuera capaz de algún afecto.

—Supongo que esto no fue obra de Cantasangre —dijo mi padre, materializándose a mi lado. Sus dedos recorrieron las esquinas de las ventanas, donde las enredaderas pintadas brillaban sobre el cristal.

—Alistair siempre ha sido, y sigue siendo, un crítico bastante severo. Me empeñé en pintar todo el palacio para ganarme un poco de su aprobación.

Daj dejó caer la mano. Por un instante, estudió las enredaderas, el ceño fruncido, como si intentara descifrar un significado oculto entre las hojas.

—Nunca sabrás el alivio que es descubrir que mis temores sobre lo que estabas soportando no eran ciertos —dijo.

—Daj, sé que no hemos tenido mucho tiempo para hablar, pero debes entender que ya había hablado con Erik cuando atacó el fuerte. No fue del todo casual que me llevara. Al terminar la guerra fue capturado y yo…

—Ibas a su celda —interrumpió.

Mis palabras se entrecortaron.

—¿Te lo ha contado?

—No. Ya lo sabía. —Mi padre se sentó en el alféizar de la ventana, con los ojos oscuros brillando con un toque de travesura—. Cuando fui a hablar con el joven rey tras la guerra, para intentar convencerlo de que no éramos enemigos, noté un pequeño pergamino que trataba de ocultar. Había florituras en algunas de las letras.

—Dioses, pensé que había sido muy astuta, deslizando una nota entre los barrotes. Quería presentarme antes de hablar con él por primera vez.

—Tu madre y yo la vimos una noche y la interceptamos —dijo.

Incliné la cabeza.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Por qué crees que insistí en que Cantasangre se quedara? —Mi padre se levantó y apoyó sus manos sobre mis hombros—. Sabía que ese joven rey me rompería el corazón, incluso entonces.

—No entiendo.

—Siempre he deseado que mis hijos experimenten un amor como el que tuve con tu madre. Pero eso no significa que quisiera que llegara ese día. Sabía que mi corazón se partiría cuando otro hombre se llevara el tuyo. Sentí ese dolor al mirar al chico con el que mi hija había entablado amistad.

Parpadeé, un poco atónita. Todo este tiempo, tanto mi madre como mi padre habían sabido que le leía cuentos a Erik, que existía entre nosotros una conexión inesperada.

—Sintiendo eso, ¿no te preocupaba que regresara?

Mi padre suspiró.

—Con el tiempo, ya no. Creía que las barreras contra los elfos marinos serían suficientes. Imprudente por mi parte, considerando todo lo que he enfrentado en mi vida. Debería haberlo imaginado —dijo, tomando mi mano y apretando mis dedos como solía hacer cuando era niña—. Sabía reconocer los juegos de las Nornas, y tanto tu madre como yo percibimos algo entre el rey eterno y nuestra hija.

—¿Realmente le pediste a Erik que se quedara por mí? —pregunté, con un hilo de incredulidad.

—Haría cualquier cosa por tu felicidad. Siendo sincero, Liv, todos compartíamos la sensación de que Cantasangre había entrado en nuestro mundo con un propósito mayor. Stieg se llevaba bien con el chico, y luego salvó a tu tío Tor. —Mi padre hizo una pausa, un poco de reticencia asomando en su rostro—. Creo que simplemente fui demasiado obstinado para admitir que era por ti.

Le devolví una media sonrisa.

—Podría fingir que Erik se arrepiente de lo que hizo, pero ambos sabemos que no es cierto. Aun así, Daj, quiero que sepas que nunca me hizo daño. Es extraño; quizá algunos lo vean como locura, enamorarse de un hombre que mintió y te arrebató tu vida…

—No es tan extraño —dijo mi padre, estudiando sus palmas ásperas—. Sabes de las maldiciones que me aquejaron una vez, pero no estoy seguro de haberte contado jamás los planes que tramé contra tu madre para romperlas.

—Creí que os conocisteis cuando negociabas sus votos con un mortal. Pero, en cambio, os enamorasteis.

—¿Y qué, Liv? —dijo él—. ¿Crees que eso estaba permitido? El tío de tu madre era un rey tiránico que despreciaba a los elfos y a cualquiera que se saliera de sus planes.

Eso me arrancó una risa.

—Daj, ¿te llevaste a Maj para intercambiar votos en contra de la orden de un rey?

—¿Jurarle votos? —Su expresión se volvió casi melancólica—. Me tienes en demasiada estima, hija. Me la llevé para usarla, o al menos eso creía. No fue exactamente como Cantasangre, pero engañé a tu madre, hice que confiara en mí, para luego revelarle que había puesto su fe en un enemigo que quería destruir su mundo. Debería haberlo sabido desde el día que la conocí: ella sería quien desharía mi mundo.

Era extraño escuchar secretos de un amor que había admirado desde mis primeros recuerdos. Sabía que existían tensiones entre mortales y elfos mucho antes de que yo naciera, pero nada sobre mi padre engañando y mintiendo a mi madre. Nada acerca de su desprecio por su gente.

La puerta del estudio crujió al abrirse y chocar contra la pared. Mi corazón se hinchó al ver a Erik, sumido en una conversación con Sander, entrar acompañado de Gavyn y Aleksi.

—Solo digo que quizá entiendo cómo hemos llegado hasta aquí más de lo que crees —dijo mi padre, guiñándome un ojo—. Parece que empieza la reunión.

Los sofás de satén, el borde del escritorio pulido y unas cuantas sillas de patas estrechas estaban ocupados. Tavish y su padre, un hombre al que Erik llamaba Torbellino, también estaban presentes. Las sospechas de Erik sobre su relación con la señora Narza eran curiosas. Al igual que con la confesión de mi padre, cuando todo esto terminara, cuando la sangre de Larsson manchara las arenas del Eterno, tendría muchas preguntas que desentrañar.

Erik alzó la mirada, y una sonrisa áspera curvó la cicatriz de su labio. Mientras Sander continuaba hablando, el rey se apartó bruscamente de su lado y avanzó hacia mí con paso decidido.

La punta de su dedo índice recorrió los contornos de mi clavícula.

—Lleva solo esto esta noche. Nada más.

—Serpiente, ¿debo recordarte que mi padre está en esta habitación?

—Alondra —susurró Erik en mi oído—. ¿Crees que no se ha dado cuenta de que compartimos cama?

Gruñó cuando mi codo se incrustó en sus costillas.

—Eres un demonio, Erik Cantasangre.

—Me ofende que lo notes ahora, amor.

Nos acomodamos en el sofá mientras Sander hojeaba lo que parecía ser un libro de fábulas para pequeños.

—¿Para qué es eso? —pregunté.

—Hay algunos mitos que involucran a los elfos.

Dibujos descoloridos mostraban una batalla mística entre nubes doradas y sombras oscuras. Guerreros con espadas tan largas como sus cuerpos estaban pintados en lados opuestos de un campo.

—Mi madre me leía este cuando era niño. —Gavyn señaló una página en la que la noche y el día colisionaban—. Un cuento sobre una princesa del sol que huyó con un enemigo del pueblo de la Noche para poder estar juntos. Se desataron batallas, pero al final

su gente aceptó la unión. Es uno de los pocos finales felices de la mitología élfica.

—Todas las sagas y mitos se moldean a partir de alguna verdad. Esta fábula, creo, es una historia sobre cómo se formaron los clanes élficos: luz y sombra. Encaja perfectamente.

Celine frunció el ceño.

—¿Larsson es un elfo de luz?

Me encogí de hombros.

—Eso dijo él.

—Quiere la corona del Eterno —dijo mi *daj,* inclinándose sobre sus rodillas mientras recorría la habitación con la mirada—. Pero Liv dijo que aun así sus parientes elfos quieren enfrentarse a nosotros.

—Creo que es una costumbre —dije—. Arion, el príncipe elfo, insinuó que la victoria en una batalla es necesaria para reclamar su derecho de nacimiento.

—Entonces, ¿por qué tan protector con la mujer de las sombras? —preguntó Sander—. ¿No dijiste que parecía también atrapada?

—Los secretos que rodean a Skadi son vastos —admití—. Larsson estaba menos interesado en ella, pero tenía cierto poder sobre ella gracias a su primo elfo. —Mi pulso se aceleró hasta alcanzar un ritmo frenético—. Hay algo en esa isla que mantiene a Skadi sumisa y a Arion comprometido con la victoria de Larsson. Antes de que se le ordenara ayudar a romper el vínculo del corazón, Skadi le dijo a Arion que había violado algún tipo de acuerdo.

—¿No tienes idea de qué podría ser? —preguntó Erik.

Me froté el puente de la nariz.

—No. Pero Skadi estaba furiosa con él y con Larsson. Se opuso a la ruptura del vínculo, trató de hacer que se detuvieran cuando vio cómo él… me rasgó la piel.

Erik tomó mi mano, pero no pude evitar notar cómo se llevaba la otra mano al pecho.

Entrecerré los ojos, con un dolor fantasma en el corazón.

—Skadi estaba asustada por tener que robar el vínculo mediante el dolor.

—Debe ser poderosa si puede arrebatar un vínculo a través de la sangre —dijo Sander, con voz acelerada por la excitación.

—Creo que es más bien que puede extraer la materia —dije—. Al menos, así lo expresó ella. Dijo que la magia, por mística que sea, sigue teniendo una dimensión física. Un residuo que puede encontrar… y arrancar.

—Interesante —murmuró alguien—. Dijiste que fue, en cierto modo, amable contigo, ¿no?

—Lo fue, pero algo cambió. Era como si estuviera perdida dentro de sí misma, más fría, distante. No supe mucho más después de eso porque Gavyn me encontró. —Me puse de pie de golpe y comencé a pasearme por la estancia.

—Liv —dijo Mira, extendiendo un brazo hacia mí, con una sonrisa suave—. ¿Qué es lo que te inquieta?

—Skadi es importante tanto para Larsson como para Arion. Puede que no sea una pieza vital en esta batalla por el Eterno, pero necesitan su magia. Es oscura, casi como la de vuestro *daj.*

Miré a Jonas y a Sander. Su padre estaba hecho de sombras cuando se sumergía por completo en su poder.

Un silencio cargado de melancolía se adueñó de la estancia. Volví a sentarme junto al rey. Erik estrechó mi mano y, de vez en cuando, deslizó el pulgar sobre mis nudillos, como si aquel gesto le sirviera para calmarse.

—Necesitamos averiguar de qué recursos dispone Larsson —dijo Aleksi—, ya sea a través de esa mujer, del príncipe elfo o incluso de la bruja del mar.

Tavish había guardado silencio durante casi toda la conversación, pero entonces se aclaró la garganta. Sus dedos repiquetearon con nerviosismo sobre los muslos.

—¿Y si intentáramos parlamentar con ese bastardo?

Erik entornó los ojos.

—No sé de qué demonios hablas, Tavish. No voy a sentarme a negociar con Guardahuesos. La próxima vez que nos crucemos, será con mi hoja en su garganta.

—Podría servir para entrever sus planes —insistió Tavish—. Provocarlo un poco, herir su orgullo, obligarlo a venir a por ti… y así poner fin a esta maldita guerra.

—Larsson quiere a Erik muerto —intervine con brusquedad—. No aceptará ningún encuentro pacífico.

—Ah, pero hay formas de conectar dos mentes, mi reina —dijo Tavish—. Se reuniría con él sin posibilidad alguna de ser herido.

—Por los dioses. —Los ojos de Gavyn se abrieron de golpe—. Hablas de Atrapamentes.

—Mierda —maldijo Erik y se puso en pie—. Avaline.

—¿Qué pasa? —Tiré de su muñeca—. ¿Quién es Avaline?

Los ojos de Erik se incendiaron; brasas sobre dorado.

—La hija de Joron.

—¿Y por qué necesitamos a esta niña, chica o mujer? —preguntó Jonas.

—Mujer. —Erik se pasó las manos por la cara—. Tiene una voz del mar poco común.

—Es una bruja del mar poderosa —dijo Tavish con amargura—. Joron se jacta de que las voces de su casa son siervas de la marea, no brujas. Aun así, se niega a dejar que su hija trabaje su voz en la Casa de las Brumas. Se la guarda para él y rara vez la deja ver la luz del día.

—Atrapamentes. —Paladeé la palabra—. Entonces, ¿tiene una habilidad parecida a la de Tait, que lee corazones?

—Algo así —dijo Tavish—. Sus poderes permiten tomar el control de la mente de otro. Algo aterrador si te paras a pensarlo.

—No tengo duda de que Joron ha usado a esta chica para colarse en una o dos mentes —dijo Erik—. Es famoso por creer que todo el mundo quiere matarlo.

—Ha mantenido a la chica oculta en su propia casa —dijo Tavish —, pero ella podría establecer una conexión entre Erik y Guardahuesos. Comparten sangre; así es mucho más fácil. De lo contrario, necesitaríamos un poco de pelo, piel, un ojo, algo de la persona en cuya mente queremos infiltrarnos.

Dioses sangrientos.

—Tiene un precio —dijo Erik—. Su voz puede conectar dos mentes, pero no siempre es fácil traerlas de vuelta.

—No. —Alcé una mano—. No, no nos arriesgaremos a que te quedes atrapado en la mente de Larsson.

—Necesitaremos un ancla —dijo Tavish—. Pero estoy seguro de que podríamos conseguirla.

Me giré hacia Erik cuando guardó silencio, mientras le acariciaba la barbilla con los dedos.

—No puedes estar pensando en serio en arriesgarte así.

—Si queremos saber a lo que nos enfrentamos con Larsson, sí.

—Acabo de recuperarte —susurré.

—Y no volverás a perderme —respondió él.

La guerra siempre era un riesgo, y la odiaba. Me invadían las ganas de patalear, de gritar, de negarme. Cerré los ojos y apoyé la frente contra la de Erik.

—Si no cumples esa promesa, te mataré, Serpiente.

—Entendido, amor —dijo, besando el dorso de mis nudillos.

—Aún nos queda el problema de que Joron jamás permitirá que nos acerquemos a Avaline —murmuró Tait.

—Lo sé —reconoció Erik, con la voz áspera—. Y precisamente por eso creo que ha llegado el momento de que el señor Joron rinda cuentas ante su rey.

Capítulo 33

La alondra

Una vez más, el lado de la cama del rey yacía frío. La ausencia del vínculo del corazón se hacía más punzante cuando no podía alcanzarlo, cuando Erik se me escapaba incluso al tacto, imposible de sentir o encontrar. Me puse una capa translúcida sobre la camisa de dormir y me deslicé por el pasaje oculto en la pared, como una sombra en la quietud de la noche.

Recordé cómo, a medida que avanzábamos en la planificación, una expresión imperturbable se había apoderado de su rostro. Trazamos estrategias, revisamos planes, discutimos sin reservas. Y, antes de separarnos para buscar unas horas de sueño, parecía que al fin habíamos dado con la manera de aproximarnos a Joron, de valernos de su hija y de arrancarle a Larsson algunos de los secretos que guardaba con tanto recelo.

El estudio estaba vacío. Sobre la mesa quedaban pergaminos y libros abiertos; jarras y copas, abandonadas.

Los pasillos permanecían vacíos, custodiados tan solo por dos guardias en las entradas. No debería haber sentido alarma alguna y, sin embargo, algo en mí se tensó. Si a Erik le hubiera ocurrido una desgracia, lo habría sabido. Más allá del vínculo de corazón, entre mi serpiente y yo existía una fuerza salvaje: un latido que se aceleraba cuando él sufría o se aproximaba, y que recuperaba la calma cuando estaba tranquilo o quieto.

Destellos de luz se filtraban por las rendijas de las pesadas puertas que resguardaban la sala del trono. Dos guardias las custodiaban en silencio. Carraspeé y, tras vacilar un instante, se apartaron para franquearme el paso.

Las bisagras envejecidas gimieron al ceder ante mi empuje, y el eco recorrió las paredes desnudas, extendiéndose por la sala como un susurro fantasmal.

El pulso se me desbocó al encontrar el cuerpo fibroso de Erik reclinado en el trono, el torso desnudo y la pierna herida extendida ante él. El rey parecía ajeno a cuanto lo rodeaba, concentrado en hacer girar la corona de sangre entre sus dedos.

—Nadie entra hasta que demos la señal —susurré a los guardias.

Vacilaron de nuevo. No podía reprochárselo. Hacía tan solo unas semanas que habían descubierto que el rey eterno había tomado esposa, y yo jamás había emanado autoridad alguna antes de ser arrancada de aquel lugar.

Aun así, tras unos segundos de duda, asintieron y reforzaron su guardia frente a la puerta.

Erik estaba tan absorto en sus propios pensamientos que no volvió la cabeza cuando las puertas gimieron al cerrarse, ni advirtió el leve roce de mis pasos sobre las losas de piedra. No se movió hasta que las yemas de mis dedos recorrieron las cicatrices de su pecho. Su respiración se quebró, breve y áspera, y entonces dejó caer la cabeza contra el respaldo del trono, ladeándola mientras mis labios, y mis dientes, se aventuraban a explorar la línea vulnerable de su garganta.

—Alondra —dijo con voz ronca—. Deberías estar durmiendo, amor.

—Pensé que ya lo sabías, Serpiente —respondí entre besos—, no duermo bien sin ti. Tu calor se me ha vuelto imprescindible.

—No soy yo quien arde —replicó—. Eres tú la que está hecha de hielo.

Rodeé el trono hasta quedar entre sus rodillas y, con la yema de los dedos, recorrí las crestas de las olas en su corona.

—¿Qué te ronda la cabeza?

—Nada interesante —dijo, antes de besar la palma de mi mano.

Aquel hombre poseía mi alma, al igual que yo poseía la suya; de eso no había duda. Pero no estaba acostumbrado a dejar su corazón al descubierto, a dar voz a sus miedos, a todo aquello que le habían enseñado a llamar debilidad.

Recorrí la línea de su mandíbula y lo obligué a alzar el rostro, hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—Pues resulta, Cantasangre, que quiero prestar atención incluso a lo más insignificante que te ronde la cabeza.

Los ojos de Erik se ensombrecieron al ritmo vacilante de las velas. Dejó la corona sobre el asiento de mi nuevo trono y se hundió en el suyo, con un cansancio más hondo que antes.

—No estoy seguro de que valga la pena. El Eterno, esta lucha, este plan.

Me arrodillé ante él.

—¿Qué estás diciendo?

Nuestras miradas chocaron, brasas contra marea, y ahí, tras la dureza y la ira del rey eterno, quedó al descubierto la desazón profundamente humana que lo habitaba.

—Quiero abdicar. Entregar la corona a Larsson y llevarte lejos de aquí. Pero, si lo hiciera… sería una recompensa miserable para ti, después de todo el dolor que has soportado.

Una oleada de frustración me recorrió las venas.

—¿Recompensa? ¿Crees que lo único que importa es que me den un título como compensación por cómo volvimos a encontrarnos?

—Te puse en peligro al traerte aquí, Alondra. El único consuelo al que me aferro es que ahora eres reina. Y, aun así, quiero llevarte lejos, vivir como simples campesinos si hace falta. Quiero ponerte tan lejos de Larsson, tan lejos del peligro, que me vuelve loco.

Le acaricié el rostro con una mano.

—Me trajiste aquí, pero mi consuelo no nace del título que me otorgaste, Cantasangre. Nace de saber que tengo esto.

Deslicé lentamente la palma desde su mejilla hasta su garganta, bajé por su pecho y la detuve sobre su corazón.

—No te atrevas a empezar a lamentarte por haber añadido cargas a mi vida.

—¿Ni siquiera si es verdad? —Arqueó una ceja—. Estarías con tu familia, a salvo. No te habría hecho daño si no fuera por mí.

Este hombre. Hermoso y cruel. Un hombre que había luchado desde la infancia por su pueblo, que amaba con tanta fiereza que sería capaz de renunciar a todo por mí, y que aún no comprendía la fuerza extraordinaria que podían engendrar la oscuridad y la pasión de su corazón.

—Seguiría buscando algo que podía sentir pero no encontrar. —Apoyé las manos sobre sus muslos—. Al menos, no hasta que crucé la mirada con un desconocido enmascarado al otro lado del salón de baile. En aquel instante, algo despertó en mí y, sin importar el miedo, el dolor o el riesgo, todo ha merecido la pena.

Erik me observó sin decir nada, como si no terminara de creer mis palabras. Me puse en pie, solté el broche de la capa que descansaba sobre mis hombros, y luego alcé el dobladillo de la camisa por encima de mi cabeza. Un gruñido profundo y ronco vibró en la garganta de Erik.

—¿Qué estás tramando, amor?

Desnuda, ofrecida a mi rey, toqué el collar de hueso alrededor de mi cuello.

—¿No habías pedido que solo llevara esto esta noche?

La lengua de Erik asomó para humedecerle los labios. Curvó dos dedos, llamándome. Me incliné sobre su regazo y lo cabalgué en su trono. Las comisuras de sus labios se alzaron; me sujetó por la cintura y me atrajo más hacia él.

Deslicé los nudillos por su rostro.

—Rey o no, Erik Cantasangre, seguiría tu oscuridad a través de cielos y mares. Eres mío; un hermoso monstruo, un amante apasionado, un amigo leal, un rey despiadado. Todo mío. Y eso es lo único que siempre querré.

Erik me besó antes de que terminara de hablar. No fue un beso dulce; fue un beso hambriento, casi brutal. Nuestros dientes chocaron, nuestras lenguas lucharon. Era un beso cargado de promesas de deseo, de una devoción inquebrantable.

Aquel beso fue más allá del corazón: Erik era mío hasta el alma.

Algo arrancó a Erik de su melancolía. Enredó mi cabello en su mano y me echó la cabeza hacia atrás. Con una sola mirada, oscura de deseo y breve como una respiración, el rey eterno reclamó la curva de mi cuello con su boca.

Un sollozo ahogado resonó en la sala del trono vacía cuando las puntas afiladas de sus dientes rasgaron mi carne. Erik mordió mi piel; su lengua siguió el dolor punzante, acumulando calor y ansia en el centro de mi vientre.

Mi cuerpo respondió a cada roce de sus dedos, a cada presión de sus labios. Me mecí sobre su regazo, desesperada por más.

—Maldita sea —jadeó Erik, apoyando la frente en mi hombro mientras su palma recorría los surcos de mi columna.

—¿No quieres esto? —Dioses, sentí que podría arrancarme la piel si se detenía.

Los ojos de Erik destellaron con una furia oscura.

—Sí, Alondra, lo quiero. Te estás meciendo contra mi maldito sexo y temo vaciarme sobre mí mismo como un condenado muchacho.

El calor me subió a las mejillas. Abrí más las rodillas y descendí mi centro sobre el bulto tenso de sus calzones, balanceando las caderas hasta que Erik tosió. Sus dedos se clavaron en la carne de mis caderas.

Dioses, deseé que quedaran marcas al amanecer.

Con la cabeza hacia atrás, Erik cerró los ojos. Guiado por puro instinto, por la sensación que le provocaba, condujo mis caderas sobre su dureza.

—Necesito estar dentro de ti —susurró, la voz espesa de deseo.

—Estoy de acuerdo, Serpiente.

Una palma descendió por su pecho, por los planos firmes de su vientre, hasta los cordones de sus calzones. Erik gimió y apretó la mandíbula, casi como si su cuerpo ardiera de dolor, no de placer.

Desaté el primer nudo y besé el latido de su pulso.

—Crees que añadiste más peligro a mi vida. Te equivocas. En el instante en que posé los ojos en ti, en el verdadero tú, cada fragmento oscuro y hermoso llevó a mi corazón más luz de la que jamás había conocido. En ese momento, todo el miedo, el pánico, los riesgos… se desvanecieron.

Erik entreabrió los ojos y me observó a través de las pestañas mientras yo enganchaba los pulgares en la cintura de sus calzones. Alzó las caderas lo justo para que pudiera deslizarlos por sus piernas. Cubrió mi mano cuando aferré la piel tersa de su sexo y se acarició conmigo.

El rey eterno observó en silencio, casi con reverencia, mientras guiaba la punta de su dureza hasta mi entrada empapada. Su agarre sobre mi cuerpo se congeló, firme y posesivo, cuando descendí

sobre él, de la punta a la raíz. Durante un instante no nos movimos; solo nos miramos, compartiendo el aliento.

Erik tiró suavemente de mi labio inferior con el pulgar.

—Eres mi luz en el cielo, amor.

Había calmado mi corazón cuando los miedos me atenazaban con garras podridas, pero en ese instante, el inquebrantable rey eterno ofreció su confesión como un hombre que se rinde tras una batalla de toda la vida. Forjado para ser de piedra, frío y sin sentimientos, Erik Cantasangre me atrajo hacia sí y me dijo, con palabras y manos, que quería doblegarse y caer, siempre que fuera yo quien lo recogiera de nuevo.

Erik me besó otra vez. Sacudió las caderas, provocándome, poniéndome a prueba. Mordisqueé su oreja y susurré:

—Si crees que busco delicadeza, Serpiente, estás equivocado.

—Mujer —siseó, y se hundió más profundo en mí con una embestida áspera—. Prepárate para mantener tu palabra.

Me aferré a su cuello, jadeando sobre su hombro. Nuestros cuerpos, febriles, se mecían sobre el trono del rey, tomando y entregando. Frenéticos y moderados a la vez.

Erik me sujetó la mandíbula, obligándome a alzar el rostro hasta quedar dentro de su campo de visión, observando cada uno de mis gestos. Sonrió como si hubiera ganado un desafío en el instante en que mi ceño se frunció y el placer empezó a crecer. Mis dedos se enredaron en su cabello, tirando de las raíces, buscando desesperadamente asidero cuando alzó mis caderas solo para estrellar de nuevo mi cuerpo contra su miembro, una y otra vez.

Respondió a mi exigencia de ardor, no de dulzura, y frotó nuestros cuerpos hasta que no quedó ni un resquicio entre nosotros.

Con el cuello expuesto, perdí todo control, gimiendo y suspirando el nombre del rey sin preocuparme de que los guardias estuvieran a solo unos pasos. Erik embistió con tal fuerza que el trono chirrió contra la piedra.

El placer me entumeció la mente. Lo único que pude hacer fue abandonarme a una maraña de instintos para arrancarle más gruñidos salvajes y ásperos del pecho, hasta que su propio deseo tensó sus facciones.

—Livia —jadeó mi nombre como un ruego final cuando cambié el ángulo de mi cuerpo, llevándolo aún más profundo.

Cerré los ojos cuando el fuego entre mis piernas se desbordó. Mis dedos se clavaron en sus hombros; mi cuerpo se tensó, sacudido por espasmos mientras repetía el nombre de Erik una y otra vez. Una niebla me cubrió la mente cuando Erik embistió con más fuerza, hasta que el torrente de su propia liberación se derramó en mí.

Nos dejamos caer el uno contra el otro, intercambiando besos débiles, riendo al notar lo desalineado que había quedado el trono de Erik en comparación con el mío. Con cuidado, Erik me ayudó a volver a ponerme el camisón, luego se colocó los calzones antes de acomodarme sobre su regazo y hundir el rostro en mi cuello.

Tal vez el rey eterno no fuera un hombre que supiera expresar su corazón con palabras, pero resultaba hipnótica la forma en que lo hacía a través del tacto. En esos instantes, cuando Erik Cantasangre me sostenía, quieto y sereno, yo podía comprender cada maldita palabra.

Porque mi corazón gritaba lo mismo: este mundo, este reino, todo esto solo tenía sentido si él formaba parte de ello.

Capítulo 34

La serpiente

La Casa de las Mareas era más fría que cualquier otro lugar del Eterno, y ese frío se filtraba en la brisa marina. La luz de la luna se deslizaba sobre las olas oscuras mientras la proa de la *Nave Eterna* cortaba el mar a su paso. El aire olía a sal y a madera quemada. Las llamas rasgaban la noche: las costas de Joron estaban protegidas por firmes torres de piedra, y grandes braseros de fuego azul y dorado guiaban a los barcos hasta el puerto.

La costa carecía de los picos abruptos de la Casa de las Espadas y de la ciudad real, pero cabañas de piedra se agrupaban sobre las playas rocosas, todas dispuestas alrededor de la plaza del pueblo.

Como un fantasma sobre el agua, la nave se deslizó silenciosa entre los estrechos islotes que conducían a la costa principal. Un aroma salado impregnaba el aire, mezclado con la fragancia de los huertos de ciruelas ígneas, un fruto de piel espinosa y naranja que los tejedores de huesos utilizaban para aliviar el dolor, mientras que su pulpa se comerciaba como una exquisitez entre las casas nobles.

Cuando cruzamos la desgastada puerta marítima, unas campanas alegres resonaron por la costa, anunciando nuestra llegada.

Las llamas de los grandes braseros de hierro en la cima de los muros se tornaron de un verde venenoso, y las pesadas puertas de madera se abrieron con un crujido. Pequeñas embarcaciones aguardaban en la marea, listas para trasladar a los recién llegados hasta la orilla sin saturar los puertos y muelles con naves grandes. Joron era un hombre de orden, y disfrutaba de tener un poco de control sobre quienes pisaban sus costas, ya fueran reyes o plebeyos.

No ofrecí saludo a quienes vinieron a recogernos; simplemente extendí la mano hacia Livia.

Dioses, aquella mujer era un espectáculo. Casi la había arrastrado de vuelta a nuestra cámara cuando apareció con el cabello recogido

en trenzas tradicionales adornadas con cuentas de hueso de su pueblo, aunque sobre su cabeza descansaba uno de mis pañuelos negros, manteniendo el cabello lejos de sus ojos. Un corsé ajustado acentuaba sus curvas y una falda gruesa cubría sus piernas, lo bastante resistente para soportar los vientos del mar.

Una colisión perfecta de dos mundos.

Después de tomar nuestros lugares en el pequeño velero, los elfos de la tierra, Celine y Tait, nos siguieron. Stieg y Sewell permanecieron en la orilla, y Gavyn y Tavish vigilarían las embarcaciones en la marea.

Los muelles se adentraban en el agua, y nos esperaba un carruaje negro pintado con el sello del estandarte de Joron: un cráneo atrapado en una ola violenta.

—Erik. —Livia sacudió mi brazo y señaló a los aldeanos que deambulaban por la plaza del mercado, en el núcleo de Joron. Chales delgados que les cubrían la cabeza, tosidos constantes y muchos de los habitantes, raquíticos y delgados como postes.

Pocos se molestaban siquiera en mirarnos.

Un escalofrío recorrió mis brazos. Apreté con más fuerza la mano de Livia.

—Mantente cerca.

—Mi rey. —Un lacayo inclinó la barbilla, sosteniendo la puerta de un carruaje brillante tirado por cuatro horthane que relinchaban.

Me detuve, un pie en el escalón, y enfrenté al hombre.

—¿Y?

Levantó la mirada, dudoso.

—¿Perdón?

—Mi rey y —gruñí, rodeando la cintura de Livia con mi brazo—, ¿te parece que soy el único miembro de la realeza aquí?

Los ojos del hombre se abrieron, inseguros, pero se inclinó a la altura de la cintura.

—Perdone, mi señora…

—Reina, bastardo. No es solo la señora del palacio, es la reina eterna.

Livia inhaló por la nariz con fuerza, pero no se acurrucó contra mí. Si nuestro vínculo permaneciera, sin duda habría sentido su pulso

acelerado, el tirón que a menudo la instaba a desaparecer cuando se ponía nerviosa. Luchó contra él; no había duda, se mantuvo erguida y reclamó su posición.

—Por supuesto —dijo el hombre, ofreciendo una nueva reverencia, esta vez frente a Livia—. Alteza. Bienvenida.

—No me hagas recordártelo de nuevo —gruñí, guiando a Livia hacia el interior antes que yo.

El lacayo salió apresurado para saludar a los demás, limitándose a llamarlos «invitados honorables».

—Así que esta es tu Casa de las Mareas —rio Jonas—. Una manera maravillosa de ganarte la lealtad, mi rey. Muerdes y amenazas a cada alma que ves.

Resoplé y miré por la ventana, entrelazando mis dedos con los de Livia. La gente, agotada, bordeaba las calles, vacía, casi desesperanzada. ¿Qué demonios? Joron siempre había construido su ego sobre los hombros de sus fincas, su orgulloso pueblo, su glorioso comercio.

Pero la gente junto a la que pasábamos parecía debilitarse con cada paso.

Valen siguió a los habitantes a través de la otra ventana.

—Ha hecho lo correcto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jonas.

—Si la percepción de su autoridad ha de cambiar, no puede permitir que falten al respeto a su reina. Ni en lo más mínimo. —Valen hablaba con tanta claridad, apoyando mi estallido, que no estaba seguro de haberlo oído bien.

—¿Hablando por experiencia, Daj? —Livia se mordió los labios.

—Sí.

—Dioses. —Livia sacudió la cabeza—. ¿Por qué tú y Maj no nos habéis contado todos estos detalles tan escabrosos de vuestra historia?

Valen sonrió.

—¿Y permitir que me veáis como alguien que no está en perfecto control de su temperamento? Creo que no, cariño.

—Nunca pensé que lo diría, Serpiente —susurró Livia—, pero tienes mucho más en común con mi padre de lo que imaginaba.

Era cierto. Cuanto más aprendía sobre el asesino de mi padre, más comprendía sus movimientos, su brutalidad, como si me viera reflejado a través de un cristal. Cada paso dado, incluso la muerte del rey eterno, había sido para defender a su reina, su familia, su pueblo.

La distancia hasta la mansión de Joron era corta: una construcción de madera y zarzo, de tres niveles, con sencillas banderas azules ondeando en la brisa en cada ventana, imitando el flujo del mar.

—Rey Erik, qué honorable sorpresa —dijo Joron desde lo alto de un escalón de piedra, observándonos salir uno a uno, con una sonrisa burlona y un tono tan pretencioso que pensé que podría toser por el esfuerzo de hablar por la nariz.

Dos pasos detrás de él, una mujer de cabello plateado —un destello de luz estelar— se mantenía erguida. La barbilla levantada en señal de desafío, sus ojos oscuros, un abismo submarino.

Ignoré a Joron y miré a la mujer.

—Señora Avaline. No la he visto en la corte.

Avaline Atrapamentes tenía apenas un año menos que Livia. Debería estar en la ciudad real como cortesana desde hace tiempo, pero Joron nunca se había separado de su preciado tesoro.

Ella inclinó la barbilla.

—Alteza. Mi padre considera que estoy mejor aquí.

Por supuesto que sí.

—Joron. Como le dije a tu lacayo, quiero que te dirijas a la reina correctamente. Me irrita que la ignoren.

Joron esbozó una sonrisa, bestial y cargada de desdén, e inclinó la cabeza.

—Bienvenida a la Casa de las Mareas, reina.

Solo «reina». No «su» reina. Quise dejar de lado nuestros planes y partirle la cara a Joron, borrándole la sonrisa para siempre.

—Me alegró saber que llegaba el rey —dijo Joron, girando su copa de vino más que bebiendo de ella—. Aunque no estoy familiarizado con sus invitados.

—Entonces has demostrado, una vez más, lo poco que luchaste durante la guerra. —Abrí el brazo en dirección a los elfos de la tierra

—. Permíteme presentarte a los linajes reales de los reinos de la tierra y al rey del pueblo de la Noche, maestro de la tierra.

Los ojos de Joron se desorbitaron.

—¿Tú… estás aliado con el asesino del rey eterno?

—El rey eterno no ha muerto. —Me di una palmada en el pecho —. Si te refieres al rey anterior, entonces sí. Estoy con quienes están del lado de mi reina. Su padre parece hacerlo bastante bien.

El bastardo se alisó el jubón chillón y resopló con desdén.

—Por supuesto. Naturalmente. Bien, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—Seguro que lo has oído, Joron. Somos un reino dividido.

Joron dio un sorbo lento, sin pestañear… Esos ojos pálidos.

—Ha habido rumores. Supongo que habéis venido a pedirme apoyo contra… otro heredero de Thorvald, ¿lo he entendido bien?

—En realidad, me importa poco tu apoyo. —Señalé a su hija—. Buscamos una audiencia con la señora Avaline.

Un rubor encendió sus mejillas pálidas al ser tomada por sorpresa. Sin embargo, un leve destello de sonrisa asomó a sus labios, como si la idea de hablar con alguien que no fuera Joron le provocara un auténtico placer.

Joron frunció el ceño, contrayendo su anguloso rostro, como una tempestad que se forma sobre el mar, lenta pero cruel.

—Me temo que no puedo permitirlo, mi rey. Mi hija no se lleva bien con otras personas. Y mucho menos con extraños como los elfos de la tierra.

—Parece estar manejándolo bastante bien —intervino Sander.

Joron hizo una mueca.

—Seguro que habéis oído hablar de sus… episodios, rey Erik.

Avaline bajó la cabeza y dio un pequeño paso atrás.

—He oído hablar de ellos —respondí—. Aunque, curiosamente, nunca he presenciado ninguno.

—Solo porque la he mantenido dentro de nuestros muros.

—Necesito hablar con tu hija. —Mi paciencia había llegado a su fin.

—Y, una vez más, temo por el bienestar de mi hija, así que debo negarme. —Joron inclinó la barbilla con desdén—.

Respetuosamente.

Respetuosamente, le arrancaría los malditos testículos y se los haría tragar si volvía a burlarse de mí.

—¿Y tú qué dices, Avaline?

Ella se sobresaltó, alzando la vista. Avaline echó un vistazo al rostro retorcido de Joron. Él la fulminó con la mirada, frunciendo los rasgos como si cordones invisibles tensaran su ceño y sus labios.

En su silencio, no me había dado cuenta de que Livia se había asomado por la esquina de la casa, hasta que otra tos seca tiñó su voz de pánico.

—¡Erik! —Livia estaba de rodillas—. Dioses, mira.

—Perdóneme. —Joron se precipitó hacia el borde de su mansión —. No hay nada de interés para la Casa de los Reyes, y no permito hurgar sin motivo.

Al dar un paso hacia Livia, Joron se encontró con el filo curvado de un hacha de batalla apoyada bajo su barbilla. Los ojos de Valen eran negros como la pizarra.

Avaline lanzó un grito de sorpresa y se cubrió la boca, pero no se acobardó; simplemente observó cómo cada paso de Valen empujaba a Joron de regreso a la entrada de su mansión.

—No te acerques a ella —fue lo único que dijo el maestro de la tierra.

—¿Rey Erik? —Joron parecía horrorizado, con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—¿Qué quieres que haga? —dije—. Creo que debería enterrarte en tus propias tierras hasta que terminemos.

Mira deslizó los dedos sobre el hombro de Joron, una especie de oscuridad escalofriante escrita en sus brillantes ojos.

—Me pregunto cuánto tiempo podrías vivir enterrado antes de que la locura te alcanzara.

El ceño de Tait se frunció, pero desvió la mirada a su reloj de bolsillo y maldijo.

—Aquí hay peligro.

—¿Qué tiene de importante ese maldito reloj? —susurró Mira, siseando.

—Revela peligro —respondió Tait con brusquedad.

Con una ceja arqueada, la princesa inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no lo has estado observando todo este tiempo?

—Peligro para el Eterno, es decir, la corona. —Tait devolvió el reloj dorado a sus pantalones—. Un hechizo de la Casa de las Brumas para ayudarme a localizar a cualquiera que quiera hacerle daño al rey… y ahora a la reina. Lo único que Harald hizo bien fue encargar esto.

—¿Solo funciona cerca de Cantasangre?

Tait no respondió; se limitó a lanzar a la princesa una mirada exasperada, como si ya lo hubiera explicado con todo lujo de detalles.

No necesitaba un reloj místico para saberlo: el cosquilleo en la piel y el peso en el estómago bastaban para advertirme de que algo iba mal en la Casa de las Mareas.

Livia acariciaba el cabello de una niña. Era una cría, con las trenzas apelmazadas enredadas alrededor del rostro enrojecido; la pobre apenas lograba tomar aire entre los ataques de tos. Temblaba, ardía en fiebre y, a su lado, había caído un cesto de…

—¿Qué demonios es esto? —Levanté un fruto, cubierto por una piel ennegrecida—. ¿La oscuridad?

Livia se aferró a la niña, pero una nueva clase de villanía ardía en el azul profundo de sus ojos.

—Se lo están comiendo. Esta isla está infectada.

Entonces miré los campos detrás de la mansión. Praderas muertas, riveras y cultivos marchitos. Tierras que parecían haber sido devoradas por un incendio salvaje rodeaban la Casa de las Mareas.

—Tres infiernos. —Valen contempló el paisaje—. ¿Esto es lo que has estado sanando?

—Esto es lo que nos ha estado devorando —repliqué, la voz áspera, más siseo que palabras.

Rodeé la esquina con el fruto ennegrecido aún en la mano y agarré a Joron por la garganta.

—¿Por qué nunca enviaste aviso? El estado de tus tierras… Demonios, Joron, llevan meses infectadas.

El señor de las mareas logró zafarse.

—En la Casa de las Mareas nos ocupamos de los nuestros. Nuestros dones nos fueron concedidos por una razón: si no podemos salvarnos solos, entonces no merecemos ser salvados.

—No te corresponde tomar esas decisiones por mi pueblo. —Le estrellé la mano contra el pecho, empujándolo contra el muro—. Tu gente se está muriendo.

—¿Les has estado dando de comer cultivos infectados? —Livia, furiosa y alterada, se colocó a mi lado, agitando otro fruto ennegrecido—. Los has estado matando de hambre, ¿verdad? No les queda más remedio que tomar de los campos ennegrecidos.

Los ojos de Joron destellaron de odio.

—Nunca permití que mi gente tomara de esos campos. Si se comprometieran y racionaran como es debido, no estarían así.

Un gruñido de rabia creciente brotó de mi pecho y lo volví a estrellar contra la pared.

—¿Creíste que no nos daríamos cuenta al llegar? ¿Por qué has permitido que esto continúe?

En el silencio de Joron, lo comprendí todo. La risa que escapó de mi garganta fue amarga, hueca.

—Ah. Esperabas a un nuevo rey. Al creador de la oscuridad. Lo quieres gobernando, limpiando tus tierras, ¿no es así? Así que te sientas aquí como un cobarde y ¿qué? ¿A esperar a que me consuma? ¿A esperar mi muerte?

—No es así —murmuró Joron—. Es… lógico. Ya hemos oído quién es el responsable de la maldición. Él… él podrá acabar con ella.

—También puede hacerlo tu reina —repliqué con aspereza.

—Sí, pero será más rápido si quien creó la maldición rompe su propio hechizo. —Joron me fulminó con la mirada—. Si no fueras tan orgulloso y simplemente renunciaras a la corona de sangre…

Mi puño se estrelló contra la mandíbula de Joron. Insatisfecho, volví a golpearlo, y otra vez más, hasta que se dobló sobre sí mismo. Joron tosió y pataleó, desesperado por liberarse, cuando el suelo tembló bajo la magia de furia de Valen, una advertencia de lo que estaba por venir.

Avaline retrocedió, horrorizada. Mira se acercó a ella, colocándose frente a la mujer, y con voz suave le dijo:

—Sabes que algo va mal aquí, ¿verdad? No quieres esto. Mira a tu gente, está enfermando.

Avaline dejó caer la mano que cubría su boca. Me miró a mí, luego a Livia, que estrelló el fruto podrido contra las piedras a nuestros pies.

—Mi padre… cree que es una señal de los destinos, que un nuevo heredero de sangre está destinado a alzarse. —Avaline hizo una mueca—. Después de tantos ciclos en los que la plaga no pudo ser sanada, pensó que este nuevo rey podría tener respuestas.

—¿Pero tú no estás de acuerdo? —insistió Mira con delicadeza.

Avaline no respondió.

Celine fue la siguiente en dar un paso al frente.

—Mírame. —Cantamareas esperó hasta que la mujer alzó la vista —. Guardahuesos inició la oscuridad. ¿Por qué querríamos verlo en el trono?

—Padre dice…

—Cállate, muchacha —escupió Joron.

Volví a golpearle el labio; la sangre manó sobre mis nudillos.

—Habla, Avaline.

Ella exhaló con brusquedad.

—Padre dice que no tenemos elección. Sí, oímos que la oscuridad fue obra suya, pero él… bueno, quiere restaurar el Eterno, devolverlo a lo que fue, no a lo que…, perdóneme, mi rey, no a lo que usted está creando.

—Ya veo.

Livia dio un paso al frente, la mirada fija en Joron, en nada más.

—Así que todo vuelve a girar en torno a la reina.

—Alondra —le advertí cuando se arrodilló, pero aparté la mano. El instinto de protegerla, de apartarla de más daño, ardía como luz de lámpara en mi pecho. Y, aun así, ella era reina. Era la voz del Eterno.

Livia se puso a la altura de Joron, mirando con desprecio su rostro ensangrentado.

—Odias que Erik me haya puesto en el trono, ¿verdad? Preferirías coronar al bastardo que está matando tus tierras, a tu gente, con tal

de que una reina no se alce por encima de ti.

—Es más que eso.

—Tal vez —dijo ella—. Pero eso es una gran parte. ¿Crees que él es tu respuesta? Hmm, me pregunto por qué tuvo que secuestrarme a mí, entonces. Déjame decirte algo. —Livia se inclinó más cerca, con el labio curvado—. No será un traidor quien salve tus tierras. Será tu reina.

No dijo nada más. Recogió los restos aplastados del fruto a sus pies. Con las manos ahuecadas, cerró los ojos. Incluso sin tocar la tierra como solíamos hacer, un zumbido furioso recorrió las losas de piedra. Se propagó por el patio. Me acerqué a su lado y posé una mano en su hombro, y casi cedí cuando una oleada de calor irradiada por su piel me atravesó.

Jadeos, incluso gritos de alabanza, surgieron desde el otro lado de la mansión de Joron.

—Cielo santo, Liv —exclamó Jonas desde la esquina—. Sigue. Valen, mira.

El maestro de la tierra se colocó tras él. No mostraba asombro; sonreía con un orgullo abrasador.

—Se está retirando de esos campos.

—Ni siquiera los está tocando esta vez —susurró Tait.

—No —dije, sujetando con firmeza el hombro de Livia. Con vínculo o sin él, había un poder que fluía entre nosotros, una fuerza inconfundible—. Pero no subestiméis la ira de la reina eterna. ¿Lo sujetas, por favor?

Mira y Sander se colocaron junto a Joron sin vacilar. Mira aturdió al señor de las mareas con una ilusión de oscuridad. Sus sollozos resultaban dulces, como el amanecer después de una noche miserable.

—Vamos. —Ayudé a Livia a ponerse de pie—. Para cuando terminemos esto, nadie dudará de quién eres.

Desde que nos volvimos a encontrar, habíamos tenido poco tiempo para buscar la plaga y el veneno que infestaban el Eterno. El riesgo de enfrentar a Larsson sin estar preparados era demasiado grande y, en verdad, no estaba seguro de que Livia estuviera lista.

Ella me demostró que estaba equivocado.

Sin pausa, Livia se dirigió a los campos traseros. El zumbido de la magia, caliente y palpable, ardía entre nosotros. El destino nos había unido desde la infancia, y ahora nos acompañaba en cada paso por los campos de Joron.

Los cultivos, las briznas de hierba, las flores silvestres, los frutales destrozados volvieron a la vida: exuberantes, cargados y maduros. Livia no flaqueaba. La tensión palpitaba en su mandíbula, pero si sentía cansancio, no lo mostraba; simplemente nos instaba a continuar por las llanuras.

La observé, sosteniendo su mano mientras trabajaba sobre un roble silvestre chamuscado y marchito.

«Eres la reina, amor». No me escuchó, pero su mirada encontró la mía, como si algo en su corazón se agitara. Con una sonrisa astuta, señaló hacia los campos más alejados y siguió adelante.



Dos campos. Tres praderas. Un huerto entero de ciruelos ígneos que habría alimentado a casi todo el poblado durante un mes. Livia apartó la tierra envenenada con una fuerza mayor de la que había esperado. A decir verdad, lo hizo con más entereza que yo. Cuando por fin se desplomó contra mi pecho, exhausta, estuve a punto de suplicar que regresáramos.

Logramos tambalearnos de vuelta hasta un lateral de la mansión de Joron, donde nos esperaba una pequeña multitud, boquiabierta, sobrecogida.

—Malditos infiernos sangrantes —murmuró Celine, arrodillándose frente a nosotros con un cucharón y un cubo de agua fresca. Nos llevó la cuchara a los labios, humedeciéndolos—. ¿Habéis visto hasta dónde habéis llegado?

—No, Cantamareas. —Me dejé caer sobre la hierba, acunando la cabeza de Livia contra mi corazón—. No nos hemos dado cuenta, pero dime, ¿hasta dónde?

Celine chasqueó la lengua.

—No os podréis poner de pie en días.

No se lo discutí.

Un movimiento cerca de nuestras cabezas me obligó a entreabrir los ojos. El maestro de la tierra se alzaba sobre nosotros, la cabeza ladeada.

—¿Daj? —murmuró Livia con debilidad—. ¿Qué… por qué me miras así? Ya me has visto hacer florecer la tierra antes.

Su expresión no era de desconcierto ante sus habilidades; era otra cosa. Nos observaba a ambos.

—¿Por qué la tocabas mientras retiraba la podredumbre?

Cerré los ojos, demasiado cansado para mantenerlos abiertos.

—Descubrimos que ayuda. Pensé que sin el vínculo del corazón no funcionaría, pero…

—Funcionó. —Livia me dio unas palmaditas en el vientre, como a punto de quedarse dormida—. Tus palabras… sí, ayudan, Serpiente.

Valen se pasó una mano por el rostro.

—¿Tu contacto la fortaleció?

—Supongo —respondí, preguntándome si no se daba cuenta de que quería dormir, como mínimo, dos días enteros.

—Maldita sea —gruñó y, al alejarse, pareció que decía—: Como Elise.

Claro que bien pudo haber sido una invención de mi mente nublada.

—Erik. —Tait dio una patada a la suela de mi bota—. Dormirás pronto, pero primero tenemos que ocuparnos de Joron.

Maldito bastardo. A regañadientes me separé del cuerpo de Livia y, juntos, nos pusimos en pie.

Joron estaba empapado en sudor, pero ya libre de la ilusión que Mira había usado para mantenerlo sometido. Parpadeó al alzar la vista hacia nosotros.

—De rodillas —ordené, con la voz baja—. Inclínate ante tu reina. Agradécele su misericordia y, quizá, te permita conservar los ojos. Aún no he decidido qué hacer con tu lengua.

Joron avanzó arrastrando los pies. Se inclinó hasta tocar las piedras con la frente y extendió las palmas ante Livia.

—Mi reina.

Livia se apoyó en mí, buscando mi fuerza del mismo modo en que yo buscaba la suya. Miró a la gente curiosa que nos rodeaba y alzó la voz cuanto pudo.

—Soy Livia Ferus, y me he sentado en el trono del rey eterno. Soy su reina. Si permanecéis con nosotros, no sufriréis como vuestro señor os ha hecho sufrir. No se os obligará a elegir a un tirano que roba una corona, que envenena vuestra tierra y vuestro hogar.

Mantuve una mano posesiva en su espalda, pero no dije nada. Ni cuando algunas miradas se posaron en mí, como si no supieran qué hacer; ni cuando Joron escupió su desprecio por lo que él llamaba «abuso de su título».

—Yo elegiré a una reina eterna. —Avaline, tímida e insegura, dio un paso al frente. Un murmullo recorrió su casa—. Os elegiré… a los dos, para guiarnos a través de… bueno, simplemente para guiarnos. No sé exactamente qué está ocurriendo ahí fuera.

—Los reinos de la tierra están con Erik Cantasangre y Livia Ferus —proclamó Aleksi, golpeándose el pecho con el puño.

Los murmullos crecieron cuando algunos se arrodillaron. Unos elevaron plegarias a los dioses. La mayoría parecía demasiado aturdida para moverse, demasiado insegura de a quién seguir: a su rey, a una nueva reina o al señor de su casa.

—Mi rey. —Avaline se acercó, rodeando ampliamente a su padre —. Dijiste que habías venido a hablar conmigo.

—Así es. A eso hemos venido.

Ella entrelazó las manos frente a su cuerpo.

—Me gustaría escuchar lo que queríais decirme.

No fue difícil convencer a Avaline de que nos acompañara a la ciudad real. No estaba seguro de si deseaba unirse para ayudarnos con su voz o simplemente para ver un poco más del Eterno.

En los muelles, Gavyn ayudaba a subir a los más débiles a su nave.

—¡Tendréis acceso a comida limpia, tejedores de huesos y camas nuevas! —grité desde la borda de la *Nave Eterna,* inclinándome para ocultar lo desesperado que estaba por dejarme caer sobre la cubierta—. Sois de la Casa de las Mareas, pero sois del Eterno antes

que nada. No permitimos que nuestra gente sufra como se os ha obligado a sufrir.

Algunos subieron a la *Nave Eterna;* otros se quedaron en tierra, aún capaces de trabajar y, ahora, de encontrar alimento no corrompido. Hombres de la Casa de los Huesos y de la *Nave Eterna* se ofrecieron a quedarse atrás para vigilar a Joron; una especie de prisión dentro de su propia mansión hasta que todo terminara. Si yo moría, Larsson podría liberarlo o matarlo. Poco me importaba.

Avaline cerró los ojos contra la bruma del mar.

—Mi voz es peligrosa, mi rey. Espero que lo sepas.

—Lo sé, en parte —admití—. Pero hay una conexión que debo entablar.

Avaline soltó una risa incrédula.

—No encajas en las viejas costumbres del Eterno, rey Erik.

—No soy del Eterno. —Miré a Livia—. Soy de ella. Tu voz me ayudará a encontrar a quienes se la llevaron, a quienes la dañaron, a quienes iniciaron la oscuridad y a quienes buscan devolver el Reino Eterno a manos de brutos como el rey Thorvald.

Avaline me dedicó una leve inclinación de cabeza.

—Entonces acepto. Creo que merecerá la pena correr el riesgo.

Capítulo 35

La alondra

La risa brotó desde un rincón del gran salón del palacio. Jonas y Aleksi se turnaban para relatar dentro de la caracola el viaje a la Casa de las Mareas. Por el tiempo que los príncipes de la tierra llevaban hablando, Rorik debía de estar completamente embelesado con la historia, y en más de una ocasión se les escapó algún que otro detalle exagerado.

Pronto, mi hermano menor acabaría creyendo que prácticamente habíamos librado una guerra en las costas de la isla de Joron.

Yo había disfrutado cada maldito instante del balbuceo indignado del señor de las mareas.

Una oscura necesidad de acabar con aquel hombre floreció en mi pecho, del mismo modo que lo había hecho cuando me abrí paso entre los guardias junto a Gavyn o cuando hinqué los dientes en la carne de Larsson. Sufrimiento, eso era lo que quería. Sufrimiento.

Erik no rehuía la sangre, pero yo no estaba acostumbrada a que la sed de dolor me atenazara por la espalda como a un bandido, despojándome de los últimos trazos de gentileza. El amor podía arrancar las partes más brutales del corazón. ¿No se lo había dicho una vez a Erik? Cada paso dado para sacar a Larsson de su escondite no hacía sino confirmarlo.

—Está bien. —Jonas agitó la caracola hechizada—. La bruja del mar está lista para guiarte, Cantasangre.

Erik sostuvo la caracola en la palma de la mano; la cicatriz sobre su labio se volvió blanca cuando apretó la boca en una línea tensa.

—¿Qué tenemos que hacer?

Se llevó la caracola al oído y se detuvo mientras Narza respondía. Se frotó el costado del muslo, un gesto casi habitual ya, y asintió.

—Parece bastante sencillo. —Otra pausa—. No estoy minimizando el riesgo. Sí, Tavish se quedará y se asegurará de que se cumpla

todo. —Erik gruñó—. Narza, volvamos a la hostilidad; esta nueva manía tuya de preocuparte resulta inquietante y poco bienvenida.

Capté la mirada de Celine por encima del hombro del rey. Juntas, sofocamos una sonrisa. Erik Cantasangre había vivido apartado, convencido de que había muy pocos en los reinos a quienes les importara si vivía o moría. Ahora, los rostros que llenaban el gran salón del palacio demostraban lo contrario. A todos les importaba. Incluso al asesino de su padre.

Daj siempre decía que él estaba allí por mi bien y solo por el mío, pero el problema era que yo conocía bien a mi padre. Si mi corazón reclamaba a Erik, Valen Ferus siempre defendería los fragmentos de ese corazón.

Tras unos instantes más, Erik devolvió la caracola a mi padre.

—La conexión se ha perdido.

—¿Comprendes el procedimiento? —Tavish se apartó de la pared del fondo, sujetando un mortero de piedra.

—Sí. Murdock tendrá que extraer mi sangre.

Llevaron un sillón reclinado al centro del salón; colocaron mesas y, entre ellas, un puñal. Murdock, el tejedor de huesos, le arremangó la túnica al rey, dejando al descubierto las muescas y cicatrices abultadas que marcaban las muñecas y los antebrazos de Erik.

Avaline entró en la sala vestida con una túnica ligera, el cabello plateado suelto sobre los hombros.

—La cosa se pone bastante intensa, para que lo tengáis en cuenta —explicó—. Será mejor evitar molestias como ropa ajustada y similares.

Mantenía la espalda erguida y el cuerpo tenso, pero había más color en sus rasgos pálidos después de haber sido atendida por varias doncellas desde que llegamos a la ciudad real.

Erik se despojó por completo de la túnica, y su piel desnuda quedó teñida por un rubor rosado, sin duda fruto de la incomodidad y el rechazo que le provocaba saberse observado por tantos. Me acerqué a su lado y tomé su mano. El sudor perlaba mi frente y mi respiración era rápida, entrecortada.

Sostuve su mirada, y en el rojo de sus ojos titiló un destello de preocupación. Si el vínculo del corazón aún palpitara entre nosotros,

sabría que la inquietud había corrompido mis entrañas. Sabría que mi piel ardía, febril, ante todo lo que podía salir mal. Me estaría susurrando palabras provocadoras a través del corazón para arrancarme una sonrisa justo cuando Avaline alzara el puñal.

—Así es como funciona —dijo Avaline en un susurro, suave y ligero—. Cada uno llenará el mortero con sangre. Normalmente necesitaría una muestra de ambos, pero como compartís la sangre de Thorvald, debería conectarnos con el único otro que porta esa misma sangre.

—¿Acaso Tait no la comparte también? —murmuró Jonas.

Avaline frunció el ceño e inclinó la cabeza.

—¿Un primo de sangre por parte paterna? Podría, quizá, conectar con él al rey, pero su mente no brillaría con la misma intensidad. La sangre de un hermano representa un vínculo más estrecho. Nos llevará hasta quien buscamos con mayor rapidez.

—Mantente fuera de mi cabeza —gruñó Tait, encajándose uno de sus cigarrillos de papel entre los dientes mientras examinaba el pequeño reloj que sostenía en la mano—. El tiempo está de nuestro lado. Por ahora.

Erik apretó mi palma un par de veces, con firmeza, y se recostó en el sillón.

—Entonces, hagámoslo. Tengo una conversación pendiente con mi hermano.

—Tendrás que apartarte —me susurró Avaline.

—¿No puedo estar cerca de él?

No. No podía ver a Erik deslizarse hacia un sueño interminable, atrapado en la mente de Larsson. Necesitaba saber que seguía vivo, que respiraba, que aún estaba caliente. Un hormigueo de calor me recorrió el cuero cabelludo. Me sentí mortificada cuando el mentón me tembló y una emoción afilada, espinosa, se me anudó en el fondo de la garganta.

Hasta que Avaline me dio una palmada en el hombro, torpe, más parecida a un golpe que a un gesto de consuelo, como si apenas supiera cómo reconfortar a otra alma. Como había estado encerrada casi toda su vida, dudaba que lo supiera.

—Solo durante el sangrado —dijo, señalando un punto a apenas tres pasos de distancia—. Colócate allí. Cuando se establezca la conexión, creo que, de todos los presentes, tú serás el ancla más poderosa. —Con una mirada nerviosa alrededor de la sala, añadió—: No es que al rey no le importéis todos. Estoy segura de que sí.

—Creo que yo sería un ancla mucho mejor que Livie —insistió Aleksi—. Cantasangre y yo somos inseparables.

Erik fulminó con la mirada a mi primo, pero a esa distancia pude ver el destello de una sonrisa en sus labios.

—Ponme las manos encima y nos separaré con rapidez.

—Oh, debería ser Valen —dijo Mira, sonriendo con un punto de malicia—. Te asustará hasta devolverte la compostura, rey eterno.

Sabía exactamente lo que estaban haciendo. Ocurría cuando uno crecía rodeado de otros desde la infancia. Conocían la tensión que se acumulaba en mi sangre, el ardor en mis pulmones. Sabían del torrente interminable de desenlaces horribles que arrasaban mi mente.

Con sonrisas y bromas, estaban deshilando parte de la presión que se había entretejido en la sala, y los quise por ello. La verdad es que pensé que Erik parecía más relajado.

Avaline llamó a Murdock para que se encargara de la sangre en cuanto la piel de Erik se abriera. Me abracé el vientre, en silencio e inmóvil, mientras la hija de Joron le hacía un corte en un brazo y luego en el otro. Murdock presionó la carne del rey, drenando la sangre en potentes oleadas hasta que el fondo de cada mortero quedó cubierto.

Tavish se situó junto a Avaline frente a uno de los morteros. Juntos, los brujos añadieron hierbas y, con un gesto de las palmas, ambos cuencos de sangre chisporrotearon con un destello negro, llenando la estancia del áspero olor a hierro y sal.

Con un gesto de agradecimiento hacia Tavish, Avaline hundió los dedos en los morteros, cubriéndose ambas manos.

—Descansa, rey Erik. Piensa en aquel a quien deseas ver.

Tras dedicarme una última mirada prolongada, Erik cerró los ojos, y Avaline comenzó a cantar.

Capítulo 36

La serpiente

El agua infinita me arrastró más y más profundo, hasta perderme en un mar sin fondo. Entonces, mis pies tocaron suelo firme y mi pierna débil se dobló bajo mi peso.

Las tablas del suelo golpearon mi mejilla, magullando mi hombro y mi cadera. Gemí y rodé sobre mi espalda. Por encima, una luz tenue se filtraba entre la brisa marina cargada de humedad, iluminando motas de polvo sobre las oscuras tablas de madera.

El minimalismo dominaba la pequeña y sombría estancia. Cuando el suelo se balanceó, se hizo evidente: estaba en un barco.

Un arcón de madera teñida de cerezo sostenía tazas de hojalata y copas de vino añejo, además de un rico hidromiel ámbar. Hierbas secas impregnaban el aire con un aroma rústico y potente, y esparcidos entre los barriles de cerveza había huesos: astillas y piezas enteras, dientes y dedos.

Un nuevo gemido, que no brotaba de mi pecho, desvió mi atención hacia la estrecha cama empujada contra una pared.

Cuando abrió los ojos y atrapó mi mirada, Larsson se lanzó hacia una espada tirada en el suelo.

Rodé fuera de su alcance cuando el filo golpeó la madera, astillando algunas tablas con el corte. Volvió a arremeter. Levanté las manos, esquivé y luché por ponerme de rodillas. Pero fui demasiado lento, estaba demasiado desorientado: la punta de su sable atravesó mi pecho.

Una respiración brusca y luego… nada.

Ni dolor ni sangre, nada más que una inquietante bruma fría.

—¿Qué es esto?

Una sonrisa cruel se dibujó en mi rostro. Con su espada aún clavada profundamente en mi corazón, me puse de pie. Larsson retrocedió tambaleante, dejando caer la espada. Esta cayó a través

de mi cuerpo como si no fuera más que una proyección de sus pesadillas.

—Hola, hermano. —La palabra era veneno en la lengua, aguda y dolorosa.

La visión de su oreja deformada me llenó de un orgullo intenso y de una rabia paralizante al mismo tiempo. Larsson, con el cabello oscuro cayendo sobre la frente, torció sus rasgos en un gesto de desdén. Un rostro en el que había confiado, en mi barco, en mi palacio, junto a Livia.

Ya no reconocía ese rostro.

Con un resentimiento contenido, pasé junto a él y me senté en la cama. No cedió bajo mi peso ni parecía ser de mucha calidad. Aun así, fruncí el ceño.

—Bastante incómoda para un miembro de la realeza, ¿no crees? ¿En qué barco estamos?

—¿Qué es esto?

—Sigues diciendo lo mismo. ¿Asustado, Guardahuesos?

—No eres más que un espectro. ¿Divirtiéndote con las brujas del mar, Cantasangre? —Larsson miró por encima del hombro, como si esperara encontrar a Narza escondida entre las sombras.

—Probablemente tanto como tú.

Larsson cruzó los brazos sobre el pecho y me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres?

—Un encuentro —dije—. ¿No es eso lo que hacen los enemigos? Parlamentar para presentar sus demandas.

—Ah, pero no somos enemigos. —Sus dientes brillaron a la luz de la mañana—. Somos hermanos.

Cualquier atisbo de ligereza desapareció de mi sonrisa.

—Podríamos haberlo sido. Tú sabías cuánto detestaba la corona.

—Sabía cuánto querías complacer a nuestro padre muerto. No pretendas que alguna vez habrías renunciado a tu título.

Él sabía tan poco.

—Veo que Thorvald ha hecho lo mismo contigo.

El veneno teñía la sonrisa de Larsson.

—No me importa nada Thorvald. Lo único que necesitaba de él era el poder que dejó atrás en los reinos de la tierra. Era la única manera de romper las barreras que levantó contra mí. —Elevé una ceja—. No lo sabías, ¿verdad, hermano? —Larsson eligió un fragmento de hueso del arcón y lo examinó—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué no favoreció a un hijo medio elfo? Un linaje bastante singular, al fin y al cabo. Mi madre incluso era sobrina de un rey élfico. —Curvó los dedos alrededor del fragmento de hueso, con ojos como una noche sin luna—. Pero Thorvald me temía.

Las preguntas martillaban mi cráneo, pero guardé silencio y él continuó:

—Quieres que te cuente todo —se burló—. ¿Quieres conocer todos mis secretos? Te aseguro que saber cómo llegué hasta aquí no te ayudará en esta pelea, Erik. No puedes detenerlo. Tengo demasiado de mi lado.

—Entonces, ¿dónde está el riesgo? No puedo tocarte. Ni siquiera estoy seguro de que vaya a recordar lo que digas. Te detesto. Quiero ver correr tu sangre. Pero no comprendo cómo podrías destruir el reino que pretendes reclamar. ¿Cómo esperas que el pueblo te siga después de lo que has hecho?

—Lo harán. Soy el primogénito, y ambos sabemos qué clase de poder tiene eso en el Eterno.

Fingí aburrimiento e incredulidad. Sewell había coincidido con el maestro de la tierra en que debíamos cebarnos con la arrogancia de Larsson, con su certeza de que ganaría esta batalla: restarle importancia, hacerlo sentir pequeño. Era el tipo de hombre que lo soltaría todo con tal de demostrar que yo estaba equivocado.

—Te tienes en demasiada estima —dije, hurgando en las yemas de mis dedos como si me fuera completamente indiferente—. No tienes nada que seduzca al pueblo del Eterno. Eres un bastardo al que abandonaron y dejaron atrás, no deseado. Difícilmente impresionante.

—¿Impresionante? —El rostro de Larsson se endureció—. No tienes idea del poder que poseo, Cantasangre.

Cuando devolvió el fragmento de hueso al arcón, Larsson volvió a enfrentarse a mí.

—Como dije, no fui rechazado; se me temía. Después de que los tejedores de huesos me inspeccionaran, el rey eterno consideró que mi voz representaba un riesgo demasiado grande.

—¿Fuiste inspeccionado por tejedores de huesos? —Me maldije por haber dejado escapar la pregunta. La indiferencia, la arrogancia… eso enfurecería a Larsson más que cualquier intriga inútil.

Una sonrisa satisfecha confirmó que tenía razón.

—Por supuesto. Durante un tiempo incluso dormí en tu pequeña cama principesca. Cuando nuestro padre descubrió que era un ladrón de voces, se lavó las manos conmigo. Thorvald sabía que, una vez lo suficientemente fuerte, podría tomar su sangre, volverme más poderoso que él y eclipsar su legado.

Crucé los brazos sobre el pecho, fingiendo aburrimiento.

—Si todo eso es cierto, ¿por qué nadie recuerda a los elfos de las sombras? Dices que son tu gente, y, sin embargo, se habla de ellos como si fueran un mito.

—Deberías preguntarle a la señora Narza.

Mi corazón dio un vuelco. No…, Narza no podía saberlo. No podía haberlo sabido.

Larsson se inclinó hacia adelante.

—Cuando Thorvald acudió a ella con su lamentable error, ella colocó protecciones contra los elfos de las sombras y el Eterno, mucho antes de que tú existieras, Cantasangre. Sus habilidades eran impresionantes. Me imagino que el rey eterno vio las ventajas de unirse a su casa. Me han contado que fue entonces cuando comenzó su nueva cruzada para manipular a la hija de Narza, con la esperanza de crear un heredero poderoso… pero controlable.

Malditos infiernos. Mi gente, todos los que conocían los remordimientos de mi padre, no me habían ofrecido más que mentiras y engaños.

—Si esto es cierto, ¿cómo regresaste?

—A través de la muerte —dijo Larsson—. Cuando el rey eterno se desvaneció, los antiguos resguardos que me mantenían alejado de los límites del reino comenzaron a debilitarse. La pieza que me faltaba para poder alcanzar el Mar Eterno era mi madre. —Negó con

la cabeza y tocó un delgado fragmento de hueso—. Me tomó tiempo darme cuenta de que había protegido su sangre. Justo, supongo. También tuviste que matar a tu madre.

Bastardo. Su sonrisa era escalofriante, como si el hielo fluyera por mis venas. Se mostraba orgulloso, casi como un maniaco, mientras relataba cómo había terminado con la vida de su propia madre para romper los últimos hilos de protección de los elfos de las sombras y del Eterno.

—¿Cuánto tiempo llevas planeándolo?

—Desde el principio, Erik.

Mi mandíbula palpitaba. Ninguna de sus muestras de lealtad, de las simples noches a bordo de la *Nave Eterna,* nada había sido sincero.

Larsson negó con la cabeza.

—Se necesita tiempo para derrocar conjuros y coronas de sangre.

Chasqueé la lengua.

—Bastante patético que hayas estado a punto de destruir el Eterno con la oscuridad.

—Los conjuros oscuros dejan restos. Por supuesto, no imaginé que se expandiría y envenenaría.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué llevártela?

—¿Tu amante? —Larsson chasqueó la lengua—. Ella es el poder del Eterno.

—Narza dijo que ella no es el manto de Thorvald.

—Ah, pero lo absorbió. Aunque ahora te pertenezca a ti, una vez fue de Thorvald. El último vestigio de su voz era lo que necesitaba.

—Entonces tomaste el vínculo del corazón —dije, más para mí mismo que para él. Todo se enredaba en mi mente, abrumador e irritante.

—Lo tomé. Y Fione ya ha roto las protecciones contra esa corona. Se asentará sobre mi cabeza en el instante en que esté en mis manos. —Larsson cruzó la habitación, inclinando la cabeza, casi gruñéndome con desprecio—. Disfruta de tus elfos de la tierra, hermano. Volveré a llevármela, y sin las barreras que me detienen, no podrás impedirlo. No con el poder que poseo.

—Ya no la necesitas. Has obtenido lo que querías.

—Lo hice. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro cruel—. Pero disfrutaría enormemente viendo tu rostro cuando la reclame para mí antes de matarte.

—Ten cuidado, Guardahuesos —dije—. Puede que te arranque la nariz de un mordisco si lo intentas de nuevo.

Los ojos de Larsson se estrecharon hasta formar rendijas oscuras.

—Mientras la tenga conmigo, tendré a los elfos de la tierra domesticados.

«Erik…». Una voz, suave y cálida, se alzó a lo lejos. «Tiempo… regresa».

Miré por encima del hombro, pero no vi nada. Una urgencia echó raíces en mi pecho, como si llevara demasiado tiempo corriendo por un pasillo interminable. Como si hubiera un lugar al que debía volver.

Me levanté de la cama, sacudiéndome un poco del polvo de la caída.

—Qué decepción. Presumes de tu poder sin saber nada del mío.

Él rio.

—¿Y qué tienes tú? Yo poseo la Casa de las Espadas…

—Creo que el cadáver de Hesh pronto será convertido en la corona de mi reina.

—Tengo a su tripulación, bastardo. —El rostro de Larsson se endureció—. Tengo naves élficas. Y tengo elfos de las sombras con la afinidad necesaria para mantener a la gente dócil sin dificultad alguna, incluida tu pequeña elfa de la tierra. Te aseguro, hermano, que no tienes idea de lo que ella… de lo que ellos pueden hacer.

Un desliz. Eso era todo lo que necesitaba. Ella, no ellos. Tenía que ser la mujer que Livia conocía. Dudaba que Larsson confesara qué clase de magia poseía. Aun así, había dicho lo suficiente para saber que formaba parte de sus planes para apoderarse del Eterno y drenar al pueblo de Livia.

«Erik. Vuelve conmigo».

La voz, suave como una corriente apacible, tiró del centro de mi pecho, de las cuerdas de mi corazón. Como un vínculo imposible de sacudir. Me llevé una mano al brote de calor. La habitación pareció encogerse; el aire, enfriarse.

—Tienes tus armas —dije—. Pero no bastan. Escucha bien, Guardahuesos: poseo el poder de los elfos de la tierra. Ellos están del lado del verdadero rey.

—Mentiras.

—¿Eso crees? —Incliné el rostro hasta quedar tan cerca que casi podía rozar su frente con la mía—. ¿Cómo crees que nos hundimos en el maldito mar para huir de ti?

Por primera vez, Larsson palideció, vacilante.

—Tengo la Casa de las Brumas…

—Yo también. —Se golpeó el pecho—. Fione rivaliza con Narza.

—Lo dudo. —Bajé la voz hasta convertirla en un ronroneo oscuro —. Y, lo que es más importante, porto la corona de sangre y no necesito robarla. El Eterno me responde a mí. Ella jamás te obedecerá a ti, un bastardo sin hogar ni derecho de nacimiento, pese a proclamarte miembro de dos linajes reales.

El pecho de Larsson subía y bajaba con violencia. Su cuerpo temblaba, como si su piel fuera a resquebrajarse bajo la furia en la siguiente respiración.

—Pronto lo veremos, hermano.

—Estoy aterrorizado. —Lo aparté con un gesto, como si no fuera nada—. Aquí estoy, de pie frente a ti, y no puedes hacer nada. Nunca serás nada.

—¿Nada? —escupió Larsson—. Ya veremos quién no es nada. Estate pendiente de los mares, Cantasangre. Iré a por ti con ejércitos de tierra y mar, mayores de lo que imaginas poseer. No nos verás llegar hasta que sea demasiado tarde.

«Erik Cantasangre. Vuelve conmigo ahora».

«Alondra».

Livia. Allí estaba. La sentí, hasta lo más profundo de mis huesos, tanto como la había sentido antes de que nos robaran el vínculo del corazón.

Dioses, incluso sentí la sorpresa ante mi propia respuesta. ¿Me habría escuchado? Quería abrazarla, tocarla, ver cómo sus ojos brillaban bajo la luz del sol, mucho más de lo que deseaba mirar el rostro de Larsson.

La habitación se apagó, se volvió sombría y gris.

—Considera nuestro parlamento terminado. —Un eco empapó mi voz—. Nunca soportarás el peso de la corona, Guardahuesos. —Hice una pausa, esbozando una última mueca de desprecio—. Te aplastaría. Mejor déjasela al verdadero rey y sigue acobardado entre tus sombras.

Larsson se lanzó hacia mí, pero la habitación se hundió en el mar infinito.

Fui arrastrado hacia atrás, abriéndome paso entre mareas turbulentas, hasta que la luz quemó detrás de mis ojos. Me incorporé de golpe, jadeando. Al instante siguiente, unos brazos me rodearon el cuello, sujetándome como si jamás pudiera ser libre de nuevo.

No hay duda, ese era el tipo de libertad que jamás querría.

Capítulo 37

La serpiente

Paseaba de un lado a otro frente a la cala, esperando que el agua bullera.

Mi piel seguía empapada de sudor, los huesos me dolían. Apenas me había orientado en los alrededores del gran salón cuando exigí un encuentro con una bruja del mar.

Livia estaba cerca, observándome como si temiera que me desplomara y volviera a desaparecer dentro del hechizo de la travesía mental.

—Estoy bien, amor —dije, cortante y mordaz. Respiré hondo por la nariz, hice una pausa, la miré y, con un nudillo, levanté suavemente su barbilla—. Estoy bien. Me trajiste de vuelta justo como Avaline dijo que lo harías.

El sol poniente iluminaba un destello dorado en sus ojos azules, como si el cielo liberara el fuego que ella guardaba dentro.

—Te sentí. —Livia guio mi palma hasta su corazón—. Aquí.

—Yo también —dije—. Así es como me trajiste de vuelta.

—¿Qué pasó, Erik? —Se mordía el labio inferior, preocupada—. Fue horrible.

Se aferró a mí en cuanto desperté, temblando, recorriendo con sus palmas mi rostro, mis brazos. Celine, con menos tacto, me contó que me retorcí como una anguila moribunda y gemí como un lamento arrastrado por el viento.

—Te lo diré todo, pero primero necesito hablar con la señora de las brujas. Torbellino, ¿dónde demonios está?

Torbellino permanecía en la cala, con el agua hasta las rodillas, y dejó de mover la palma sobre la superficie del mar.

—Lleva tiempo invocar la conexión, rey Erik.

—Sabes —dijo Tavish, apoyado contra un delgado tronco—, si este tipo te contara algo sobre la señora Narza, yo lo tomaría con un generoso grado de desconfianza.

Curvé el labio, ignorando a los demás, que me observaban con aprensión. Los elfos de la tierra se mantenían a distancia, inseguros sobre el motivo de mi angustia; Celine, Gavyn y Tait habían visto suficiente de mi ira como para apartarse naturalmente hasta que se calmara.

Un resplandor en la superficie del agua me atrajo hacia el borde. Como antes, la luz formaba ondas sobre las mareas, distorsionando los rasgos de Narza, pero allí estaba.

No perdí tiempo.

—Sabías que Thorvald tenía otro hijo.

—¿Erik? —Narza se inclinó hacia adelante—. ¿Qué ha pasado?

—Permíteme hablar más despacio. Tú sabías. Que Thorvald. Tenía. Un bastardo.

—Erik —advirtió Torbellino.

Lo ignoré y me asomé sobre la superficie cristalina.

—Dime la verdad, Narza. ¿Ayudaste a mi padre a esconder a Guardahuesos, a su pueblo y a su madre, para que jamás pudieran cruzar al Eterno?

Durante una docena de latidos, guardó silencio. Casi parecía congelada. Su voz sonó hueca cuando habló:

—No lo sé.

Más de un jadeo se escapó detrás de mí. Incluso Tavish mostraba un atisbo de angustia en su rostro.

El pecho se me cerró de golpe.

—Todo este tiempo… Podrías habérmelo dicho. Eres igual que él: secretos, mentiras, como si hubieras querido verme fracasar.

—No lo entiendes —replicó Narza con brusquedad—. Digo que no lo sé porque no puedo recordarlo. Solo sé que hubo algo que hice para ayudar al último rey eterno. Hace muchísimos ciclos. Algo se hizo para proteger al Eterno, pero… ha sido borrado de mi memoria.

—¿Borrado de tu memoria? —La rabia me quemaba por dentro; quería atacar, hacer sangrar a alguien, cualquier cosa antes de que me consumiera por completo—. Qué conveniente.

—No, no lo es —insistió Narza—. Todo lo que hice tuvo consecuencias. Sin duda, se estableció un acuerdo entre Thorvald y yo que borraría de mi memoria lo que había hecho. Pero la voz de

una bruja del mar siempre deja restos. Hasta mis huesos sabían que había algo relacionado con el rey eterno en el abismo de mi mente; simplemente no podía recordarlo.

—Erik —susurró Torbellino—. En acuerdos vinculantes sellados con sangre, como el vínculo que ella ha establecido con los elfos de la tierra, puede haber una cláusula que obligue al brujo a proteger su propia memoria sobre el hechizo, como le ocurrió a Narza.

Entrecerré los ojos y miré hacia la cala. No teníamos mucho tiempo antes de que la conexión se desvaneciera.

—¿Aceptarías literalmente olvidar un hechizo?

Ella vaciló.

—Para aceptar algo así, tendría que haber creído que existía un riesgo enorme si alguien que no fuera el rey lo llegara a saber.

«Él me temía». Quizá Larsson tenía razón al asumir que Thorvald habría hecho todo lo posible para mantener al ladrón de sangre fuera del Eterno.

—Ha sido como un recuerdo que no puedo sacar de las sombras —dijo Narza—. Pero la sensación de lo desconocido es la razón por la que nunca confié completamente en Thorvald. Por eso exigí el vínculo de corazón para Oline.

—Explícate.

—Creí que protegería a Oline de cualquier secreto que él guardara de su pasado, cualquier secreto que yo le hubiera ayudado a ocultar. Nunca… —Narza soltó un suspiro áspero—, nunca imaginé que usaría a su hijo para romper el vínculo por él. El vínculo de corazón fue creado para protegerla a ella, para protegerlos a ambos, y aun así encontró la manera de destruirlo.

—Debes dejar de culparte —dijo Torbellino, con voz suave y tierna.

A través de las ondas, Narza se irguió.

—Dime qué ha provocado todo esto. No te miento; quizá debí decirte que había algo en mi pasado que no lograba recordar, pero te juro que nunca pensé que estuviera relacionado con esto. Siendo sincera, no volví a pensar en ello desde que Thorvald murió.

Una mano suave se cerró alrededor de mi brazo. Livia estaba a mi lado, de pie en el agua. No dijo nada; no hacía falta. Bastaba con

que estuviera allí.

Relaté con premura la confesión de Larsson: su creencia de que Thorvald había repudiado a su primogénito por temor a su oscura magia de sangre. Insistí en la fuerza de aquellos resguardos, en la corona, en los límites del reino, en el misterio que suponían los elfos de las sombras para la gente del mar. Lo expuse todo, sin reservas.

Narza se llevó una mano a la boca.

—Es… es posible, Erik. Pero un hechizo de protección de tal magnitud supondría un esfuerzo enorme.

—Tuviste fiebre durante meses; te llevó a los límites del Otro Mundo —susurró Torbellino—. Dos ciclos antes de que el rey eterno fuera a por Oline, ¿lo recuerdas?

—Es todo tan confuso… Apenas recuerdo siquiera aquellos meses. Podría… podría estar relacionado. —Narza se frotó la frente y alzó la mirada, cansada—. Soy una necia, nieto mío. Nunca quise hacerte daño, pero he tenido demasiado que ver en tu sufrimiento.

—Entonces, ayúdanos ahora —dije, con una dureza tan cortante como el viento más afilado—. Al apropiarse de nuestro vínculo y asesinar a su propia madre, él asegura que todos esos resguardos de sangre han desaparecido.

—Hay ciertos hechizos que deshacen otros, como una cuerda que se deshilacha —dijo Tavish—. Pero mantener tales hechizos deshilachados requiere muerte, sangre y sacrificio. Constantemente. No tengo duda de que mataban por turnos, Erik, todo para evitar que los resguardos de sangre volvieran a alzarse.

—Fue la oscuridad —dije—. Un remanente de magia oscura que dejaron tras de sí al masacrar el reino a su paso.

—¿Cómo empezó todo? —preguntó Livia.

—La muerte de Thorvald. —Dejé escapar un suspiro—. Ese fue el detonante. Después, cuando mató a su madre, los resguardos que lo mantenían alejado del Eterno se vinieron abajo. Nadie aquí lo conocía, podía empezar de nuevo, poner en marcha su plan.

—Le diría la verdad a Fione. —Tait frunció el ceño—. Estaría tan resentida como Guardahuesos. ¿Recuerdas lo que hiciste en cuanto regresamos de la guerra?

Asentí.

—Rompí el acuerdo de pareja.

—Larsson apareció al poco tiempo, Erik. Apostaría mi voz a que ahí fue cuando se encontraron el uno al otro.

Maldita sea. Era como si todo lo que había conocido, cada una de mis respiraciones, naciera de una gran mentira letal.

—Mató a su propia madre. —Livia cerró los ojos, pero alzó un dedo frente a mí—. Ni se te ocurra.

Mis labios estaban ya entreabiertos.

—¿Qué?

—No te atrevas a insistir en que tú hiciste lo mismo. No es lo mismo.

—Guardahuesos es un lunático —insistió Celine—. Maldito bastardo insensible.

—Pero para ponerse la corona de sangre necesitaba un último hilo que rompiera el hechizo que lo retenía. —Deslicé un nudillo por la mejilla de Livia—. El último resquicio del poder de Thorvald sobre el Eterno, nuestro vínculo de corazón. Por eso le llevó tanto tiempo atacar de verdad. Necesitaba que el Abismo se abriera con la misma ferocidad que yo.

—Pero era nuestro vínculo, no el de tu padre —dijo Livia.

—Se originó con Thorvald —respondió Narza, sombría—. Fue el mismo poder que resguardó la corona. Él lo necesitaba.

Livia se abrazó a sí misma.

—Estoy segura de que, cuando llegué al Eterno, Larsson contactó a sus parientes elfos. Skadi… dijo que Arion se negó a actuar hasta que la batalla estuviera asegurada, hasta que Larsson estuviera preparado para reclamar su trono. Una vez que los elfos de las sombras se pusieron de su lado…

—Te tomó a ti —dije, con la lengua como un látigo.

Larsson, a pesar de todos sus cabildeos y conspiraciones, merecía morir solo por ese acto.

El hechizo del espejo se desvaneció con las apresuradas garantías de Narza de que la Casa de las Brumas siempre estaría a mi lado, pero una nueva inquietud creció en la orilla, como si nadie supiera realmente qué pensar ni qué decir.

Salí de la cala a grandes pasos.

—Vendrá pronto a por la corona —dije—. Cree que su poder con los elfos superará al nuestro. No tenemos mucho tiempo para trazar nuestros planes.

—Erik —susurró Livia—. No todos los que están allí están con él.

—Lo que sabemos es que Larsson posee magia oscura, y toda ella descansa en manos de los suyos. —Apoyé la palma en su mejilla, acariciando su piel tibia con el pulgar—. No soy un héroe, amor. No estoy aquí para salvarlos. Estoy aquí para mantenerte con vida, que le den al resto. No tiene sentido perder el tiempo pensando en posibles formas de que los elfos sobrevivan: solo velaré por ti y por tu vida. Estas son las partes más oscuras de las que te advertí.

—No le temo a tu oscuridad, Serpiente. Ya estoy consumida por ella. —Livia besó las yemas de mis dedos—. Pero algunos merecerán una oportunidad, si es posible.

Dioses, las cosas que deseaba hacerle. La forma en que me miraba, imperturbable ante los extremos a los que sería capaz de llegar para mantenerla a mi lado.

Una oportunidad. No era del todo despiadado. Le concedería una a la mujer que había intentado luchar por mantener a Livia a salvo, pero si eso implicaba poner en peligro a mi alondra, ordenaría al maestro de la tierra que hundiera a todos en las profundidades del Mar Eterno.

Capítulo 38

La serpiente

Livia me encontró bajo Fuego de la Noche y su amante. La mitad de la luna estaba oculta tras nubes turbias, y su resplandor iluminaba con más fuerza los bordes de la estrella perdida.

—¿Quieres estar solo? —Caminó por la arena, dejando que las suaves olas la rozaran, descalza y con un etéreo vestido sobre su cuerpo. Lino delgado, hombros desnudos, unos pocos encajes cubriendo sus pechos. Nunca había visto criatura más hermosa en mi vida.

—No —dije, apartándome un poco y alisando la arena a mi alrededor. Apoyé los antebrazos sobre las rodillas y mantuve la mirada fija en los símbolos frente a mí mientras ella se acercaba.

—¿Qué es esto…, por los dioses sangrientos?

—A menudo tengo la misma reacción cuando vengo aquí —dije, con veneno en las palabras—. La piedra funeraria de mi padre siempre provoca todo tipo de emociones y exclamaciones.

—No sabía que estaba aquí. —Livia recorrió con vacilación la piedra perlada, los símbolos del título de Thorvald.

Su cuerpo había desaparecido en el mar, pero Harald levantó su lápida en cuanto regresamos al Eterno. Sin cuidados desde la muerte de mi tío, ahora un espeso musgo marino cubría su reverso, y hierba y zarzas trepaban por los bordes como dedos nudosos desesperados por arrastrarla hacia los infiernos que se hallan debajo.

—¿Qué te trae aquí? —Livia frotó su pulgar entre mis cejas, aliviando la tensión.

Me encogí de hombros, sin saber bien cómo articular las palabras.

Livia apoyó la cabeza en mi hombro.

—Fuego de la Noche está más cerca que nunca de su amor perdido.

—Eso parece —respondí.

—Me pregunto qué le dirá cuando la encuentre. —Livia deslizó su mano por mi brazo, acercándome más a ella—. Seguro querrá escuchar todo lo que guarda dentro.

Maldita mujer. Le besé la coronilla.

—Eres astuta, alondra. Pero ya te tengo descifrada.

—Me ayudas a atravesar mis miedos, Erik. Solo quisiera aliviarte el peso de tus cargas, eso es todo.

Apoyé la mejilla sobre su frente.

—He venido aquí para… maldecir a mi padre, supongo. Tal vez para preguntarle por qué hizo todo esto. Lo odio, pero todavía hay una parte débil de mí que desea, aunque sea un poco, recibir su aprobación.

Livia acarició mi brazo, siguiendo con los dedos las cicatrices bajo mi túnica.

—No es debilidad, Erik. Era tu padre.

—Sabía que había abandonado a un hijo, uno con una voz temible. ¿De verdad fue tan arrogante que creyó que el chico aceptaría perder su derecho de nacimiento? Dioses, lo mínimo que pudo haber hecho fue admitir que no era el primogénito, para que yo pudiera estar atento.

Thorvald era un cobarde a mis ojos. Un padre miserable no de uno, sino de dos hijos. Sentía poca compasión por Larsson, pero entendía lo que era vivir a la sombra del resentimiento y el remordimiento de Thorvald.

—Sigo pensando que, si no hubiera sido un cobarde, habría criado a Larsson, le habría enseñado a no usar su voz para la maldad. Habría dejado en paz a mi madre, y ella estaría viva.

—Erik. —Livia alzó mi barbilla, obligándome a mirarla—. Pero entonces tú no estarías aquí, y muchas otras vidas no serían plenas. Hay momentos en los que te miras a ti mismo a través de los ojos miopes del rey Thorvald. Él solo te vio por tu derecho de nacimiento, y qué tragedia, porque se perdió la oportunidad de conocer a su hijo extraordinario.

—¿Me estás consolando, alondra?

—Déjame hacerlo, solo esta vez. —Acarició el cabello en mi nuca —. Ojalá pudieras verte a través de los ojos de los demás. A través

de los míos.

Solté una risa breve.

—¿Y qué ves?

—Veo a un hombre astuto. —Me besó el hombro—. Un espadachín implacable. —Otro beso en la mandíbula—. Veo a un rey fuerte que lucha por quienes no siempre luchan por él. —Livia rozó con un beso la comisura de mis labios—. Veo un hermoso corazón negro que me ha engullido por completo.

Atrajo mi boca hacia la suya. Su lengua se deslizó entre mis labios, rozando la mía. Atrapé su rostro entre mis manos, atrayendo su cuerpo sobre el mío en la arena.

Le aparté el cabello de los ojos.

—Voy a detener esto, amor. Voy a reclamar mi paz contigo. Eso es lo que deseo, no la corona de sangre, ni el título, ni el palacio…, sino una vida contigo, sin interrupciones.

—Eso, mi rey, es algo por lo que vale la pena luchar.

Nuestras manos se movían con urgencia, torpes sobre la ropa del otro hasta que ya no había nada que nos separara. Livia apoyó la palma sobre la arena. Las zarzas y enredaderas, con sus crujidos y chasquidos, cubrían por completo la lápida de la tumba de Thorvald. Estrelló sus labios contra los míos, murmurando entre besos:

—Esto no es para que él lo vea.

Tumbados sobre nuestra ropa, rodamos, atrapados en los brazos y piernas del otro. Livia sujetó mis hombros contra la tierra, sus caderas sobre las mías. Besé sus pechos, su garganta, susurrando las palabras que quería gritar por todos los mares: mía, eterna, deslumbrante, traviesa… ella era todo eso.

Livia recorrió mi pecho con las manos, palpando las profundas cicatrices de golpes y torturas. Sus labios siguieron el rastro. A mitad de mi abdomen, alzó los ojos para encontrarse con los míos.

—Eres la visión más hermosa, Serpiente.

Aunque estaba preparado para discutir, las palabras se ahogaron cuando sus labios carnosos rodearon mi miembro, llevándome hasta lo más profundo. Mis dedos se enredaron en su cabello negro como la medianoche, con su garganta expuesta. Livia torturaba con su boca traviesa, lamiendo y devorando, hasta que la presión se

acumuló, baja y profunda. Hasta que mis pensamientos se volvieron niebla. Hasta que cada recuerdo, cada instante de pasión pasajera del pasado, se desvaneció, reemplazado solo por Livia. Su aroma, rosas y bruma marina. Sus manos, suaves y llenas de cariño. Su piel, cálida y delicada.

—Amor… —Moví las caderas—. Voy a…

No hubo tiempo de retroceder antes de derramarme sobre su lengua. Su nombre rasgó nuestra soledad mientras me deshacía. Mi cabeza cayó hacia atrás, mis brazos colapsaron a los lados. Cuando dejé de jadear, Livia me besó. Saboreé el almizcle de mi éxtasis y la acurruqué entre mis brazos, estrechándola contra mí.

En algún lugar entre los lentos movimientos de nuestras manos, en el enredo de nuestras piernas, las palabras fluyeron sin carga. Nos dejamos llevar al pasado, a aquellas noches tras la guerra. Me contó cómo se había cortado las yemas innumerables veces intentando moldear el colgante de mi alondra.

Yo le conté el instante en que Tait y yo fuimos encontrados, acurrucados entre los árboles, después de que la guerra terminara, cómo nos guiaron por el gran salón del fuerte de los elfos de la tierra. Le conté que algo me obligó a mirar a los pequeños nobles sentados a la mesa, y que mis ojos se fijaron en una niña de ojos azul marino.

Livia siguió hablando de los veranos perezosos en los lagos y estanques detrás del castillo del pueblo de la Noche, haciéndome prometer que nosotros también navegaríamos por las calas y pescaríamos de vez en cuando para nuestras propias comidas.

Le conté más sobre mi madre, sobre cómo su cabello brillaba bajo la luz del sol. Sobre la forma en que siempre besaba mi nariz y la tocaba con un dedo cada maldita noche antes de mandarme a dormir.

Livia me habló de cómo, la mayoría de las noches, los sueños horribles la impulsaban a correr hasta la cama de sus padres, donde el maestro de la tierra y su reina se apartaban para acogerla entre ambos, estrechándola con cuidado en el centro.

Las palabras se fueron apagando cuando el amanecer comenzó a romper en el horizonte.

—Tu turno, amor —susurré, haciendo rodar su cuerpo bajo el mío y apoyando la palma sobre su pecho.

La besé entonces. La besé hasta que su cuerpo tembló entre mis manos, hasta que sus jadeos respondieron a los mismos sonidos que ella me había arrancado de la garganta. Nos aguardaba una batalla, el peligro no había desaparecido, pero durante unos instantes me perdí en la paz por la que estábamos luchando.

Días como estos, abrazado a Livia Ferus…, estos eran los días que yo deseaba. Mataría por ellos, torturaría, arrasaría. No había precio demasiado alto por tener más días como estos.

Capítulo 39

La alondra

Las campanas de la ciudad repicaban, alegres y radiantes, mientras que dentro del palacio reinaba la solemnidad. Apoyé la palma contra la ventana, observando el mar, deseando que pudiéramos zarpar, aunque solo fuera por un instante, y fingir que los peligros que enfrentábamos habían desaparecido.

Ahora, el riesgo parecía mayor a causa de un nuevo y horrendo plan ideado por Jonas Eriksson. El maldito necio. Y lo peor era que todos los demás parecían estar de acuerdo con sus absurdos designios.

Quería gritar.

—Está muy bien que expreses tus preocupaciones, princesa —dijo Stieg, acercándose a mi lado y fijando la vista en el mar junto a mí.

—No cuando eso no sirve de nada. Todos vosotros habéis coincidido con Jonas, y odio admitir que yo también veo cierto sentido en sus ideas.

—Ah —dijo Stieg, posándose sobre el alféizar de la ventana—. Conozco a Jonas Eriksson desde hace tanto tiempo como tú, desde el día en que tomó su primer aliento, así que no pienses que no estamos igual de intranquilos. Es audaz y descarado. Es hijo de su padre. Pero puede que sea necesario.

Me retorcí las manos, presa de la inquietud.

—Lo sé. Ese es el problema. Todo este plan está cargado de riesgos, y no siempre estaré con Erik, ni contigo, ni con… Siento que puedo quebrarme, Stieg. Siento que estoy a punto de doblarme bajo el peso de todo esto. ¿Cómo pudiste enfrentar la guerra tantas veces?

Stieg era tosco en el exterior. Un elfo capaz de desatar tormentas terrestres con la misma fuerza con que Portatormentas levantaba torrentes en el mar. Cicatrices surcaban su rostro endurecido, un

hueso atravesaba el centro de su nariz, pero sus ojos siempre eran reflexivos y bondadosos.

Un guerrero de plena confianza desde los primeros días en que mis padres ascendieron a sus tronos.

Podía contarle cualquier cosa, y nunca habría juicio ni palabras duras.

—Tal como lo haces ahora —dijo, acariciándome la mejilla con suavidad—. He pisado campos de batalla en todos nuestros reinos, he sido prisionero más de una vez, y he llegado a preocuparme por demasiada gente, maldita sea. Pero son esas mismas personas las que me empujan a seguir adelante y a enfrentar cualquier amenaza que recaiga sobre ellas.

—Me está cambiando, Stieg. Larsson, como tantos otros, subestima a Erik, y quiero que lo haga…, quiero que caiga a los pies de Erik Cantasangre, para que pueda ver al verdadero rey eterno tomar su lugar de una vez por todas. Pienso cosas viles, brutales y sangrientas. Cuando regresemos, no estoy segura de que nuestro pueblo me reconozca.

—A menos que esta sea la Livia Ferus que siempre debiste ser.

Cuando guardé silencio demasiado tiempo, Stieg se plantó frente a mí, apoyando sus grandes palmas sobre mis hombros.

—Nuestras decisiones, nuestras acciones, nos van moldeando, nos van desgastando, tallan nuestro potencial. Lo que hacemos con ese potencial es lo que nos define. A veces nuestras decisiones son brutales, incluso perversas —continuó Stieg—. Pero cada una esculpe una parte de nosotros.

—¿Y si elijo la vida de Erik por encima de la de incontables otros? —pregunté—. Erik siempre dice que no es un héroe porque no hay límites que no cruce para mantenerme a salvo. Admito que siento lo mismo por él, por mi familia. ¿Acaso eso nos hace mejores que Larsson?

Stieg se hizo crujir un hombro.

—Si debo elegir entre dos hombres sedientos de sangre, prefiero estar junto a un enemigo que lucha por su amor que junto a uno que lucha solo por sí mismo.

Me aferré al brazo de Stieg.

—Siempre has estado a su lado, desde sus primeros años. Él te respeta, espero que lo sepas.

—Erik habría venido conmigo si Harald no se lo hubiera llevado tras la muerte de Thorvald. ¿Lo sabías?

—¿A qué te refieres?

—Es una lástima que Thorvald nunca viera a su hijo por lo que realmente era. Durante todo el tiempo que estuvimos presos, ese pequeño elfo marino nunca flaqueó. Fue valiente como cualquier guerrero. —Stieg sonrió, con un deje de melancolía—. Formé un vínculo con él, por supuesto, y si su padre no se preocupaba por él o nunca regresaba, le dije a nuestro pueblo que lo quería.

Mis labios se entreabrieron.

—¿Habrías… criado a Erik?

Stieg carraspeó.

—Ese era el plan.

El guerrero no lo admitiría, pero podía verlo: había sido más que un plan. Había sido una esperanza.

—Cuando dices que es difícil enfrentarse a la batalla, te aseguro que lo entiendo —continuó Stieg, bajando la barbilla—. Durante la gran guerra, era un desafío ver a Erik como enemigo. Siempre lo sentí un poco mío, supongo. Sabes que no tengo hijos, pero pensé que casi tuve uno alguna vez.

—¿Es cierto, guerrero?

Mi corazón se me subió a la garganta. Erik ocupó el umbral de la pequeña habitación. Vestido de negro, con las espadas ceñidas a su cuerpo, era un villano hermoso, listo para una maldita guerra. Su mirada fija en Stieg.

—¿Te sorprende, Erik? —preguntó Stieg, con voz baja—. Te lo dije cuando eras pequeño.

Erik me miró por un instante, luego clavó la vista en las tablas del suelo.

—Para calmarme, cuando no podía dormir.

—Me temo que no tengo talento para mentir a los pequeños. Todas esas aventuras futuras, todas esas charlas sobre el lugar que te daría en mi casa… lo decía en serio. —Stieg cruzó la habitación. Erik estaba rígido, los puños apretados a los costados, mientras

Stieg le sujetaba el hombro—. No quería decir adiós el día que mataron a tu padre; quería que te quedaras. Pero no puedo evitar preguntarme si el destino siempre tuvo un plan para ti, y si todo ha salido exactamente como debía.

Stieg me dedicó una mirada tierna antes de dar otra palmada en el hombro de Erik y desaparecer por el pasillo, dejándonos solos.

Erik parpadeó, inseguro, un poco perdido. Con suavidad, rodeé su cintura con los brazos, hasta que el brillo de sus ojos carmesíes se cruzó con el mío.

—Serpiente.

Se aclaró la garganta.

—Alondra.

—Siempre has sido mío —susurré—. Pero creo que siempre has sido de todos nosotros, aunque no lo supieras. No estás solo, Erik Cantasangre. Nunca lo estuviste realmente.

Erik me besó. De dulce a frenético en una sola respiración, como si las palabras que no encontraba para la confesión se derramaran a través de su tacto, su lengua, su cuerpo pegado al mío.

Mi espalda chocó contra la pared. Sus manos recorrieron mis costillas, una se posó sobre mi pecho.

Sin aliento, lo aparté lo suficiente para hablar sin obstáculos.

—Todavía no tenemos que irnos a la reunión, ¿verdad?

Los dientes de Erik destellaron a la luz del sol.

—No; al menos hasta la próxima campanada, alondra.

—Bien. —Quizá era por la batalla que se avecinaba, o por los misterios del futuro, pero había una urgencia en cada momento robado con el rey eterno.

Sin duda, la soledad sería imposible una vez estuviéramos listos para enfrentarnos a Larsson. No desperdiciaría la oportunidad.

Tomados de la mano, Erik me condujo desde el palacio hasta las cuevas privadas junto al mar, justo debajo de los jardines.

Erik me giró, presionando mi espalda contra la piedra suave. Antes de que pudiera hacer otro movimiento, deslicé mis dedos a lo largo de su tensado miembro.

Erik dejó escapar un jadeo áspero y sujetó mi barbilla, acercando nuestros labios.

—Tú, alondra, eres más desconcertante que el canto de una sirena —dijo—. Haz lo que quieras conmigo, siempre que esto —su palma se posó sobre mi corazón— siga siendo mío.

—De aquí al Otro Mundo, Serpiente.

Mi cuerpo se meció contra el suyo, mis brazos rodeando su cuello. Erik enroscó una de mis piernas alrededor de su cintura, rozando su calor contra mí.

Mi estómago se tensó, anticipando lo que estaba por venir cuando guié su mano por la cara interna de mi muslo. Él emitió un suave murmullo de aprobación cuando deslizó sus dedos por mi húmeda entrada.

Apoyada sobre una sola pierna, cuando Erik hundió en mí dos dedos hasta la mitad, casi pierdo el equilibrio, tambaleándome sobre la punta del pie.

Su brazo rodeó mi cintura, y su aliento calentó mis labios al hablar:

—Tan resbaladiza para mí, amor. Dioses, te lo pasas bien volviéndome loco, ¿verdad?

Suspiré con ansiedad. Me moví arriba y abajo, siguiendo el ritmo de sus dedos mientras me retorcía cada vez que los curvaba y me rozaba. Una mano apoyada en la pared rocosa de la cueva, la otra enterrada en el cabello despeinado de Erik, aferrándome a sus raíces, mientras su boca se estrellaba contra la mía.

Nuestros dientes se encontraron, y la lengua de Erik apenas evitó mi mordida. Pronto, si no nos controlábamos, podría correr la sangre, y este momento se arruinaría si Erik tuviera que devolverme al mundo de los vivos. Aun así, la idea de marcar su piel, de que él marcara la mía, enviaba un calor primitivo a mi centro. Sin duda, los dedos de Erik estaban húmedos.

Para probar mis palabras, dejó escapar un gemido y colocó su pulgar sobre la cima sensible entre mis piernas.

—Livia, eres perfecta para mí. Tan preparada.

Me plantó un beso febril sobre el cuello, mientras su cuerpo se acoplaba al mío.

El aire escapó de mis pulmones entre un suspiro y un temblor. Empujé mis caderas contra las suyas, el grosor de su virilidad

haciendo acto de presencia entre nosotros, su punta presionando mi entrada.

—Maldita sea, amor. Haz eso otra vez.

Cintas de luz plateada se extendían sobre los rasgos afilados de Erik. Su rostro se retorcía de placer, la cabeza echada hacia atrás.

Desabroché su cinturón y enganché la cintura de su pantalón con los dedos, liberando su miembro lo suficiente para ver la punta. Con una mano, levanté más mi falda, y todavía con sus dedos dentro de mí, deslicé mi abertura contra la cabeza de su virilidad.

Erik contuvo la respiración y luego alzó la mirada, con un brillo feroz en los ojos. Retiró la mano y la usó para sujetar sus pantalones mientras nos adentraba más en la cueva.

Apliques clavados en la roca dejaban un rastro de luz dorada sobre nuestros cuerpos medio desnudos. Charcos de agua cálida y cristalina lamían nuestros tobillos. El aire húmedo nos acariciaba la frente, y en un instante parecía que ya habíamos pasado innumerables campanadas abrazados, fundidos el uno en el otro.

De vuelta contra las rocas, Erik desanudó mi vestido, dejando que se deslizara por mi cuerpo hasta amontonarse alrededor de mis tobillos.

Mi cabeza cayó en el suave hilo de agua que caía por las piedras, y Erik lamió las gotas que resbalaban por mi cuello descubierto, bajando por los contornos de mi clavícula y entre la hendidura de mis pechos. Pellizcó uno de ellos entre el pulgar y el índice, y el otro lo tomó entre sus dientes.

Jadeé, sujetándole por la nuca, deseando que me devorara por completo. Con una sonrisa traviesa y cruel, el rey eterno giró la punta de mi pecho entre sus dientes delanteros, ajustando la boca hasta que la punta afilada de su colmillo rozó el pezón.

Un grito escapó de mí ante el inesperado dolor vibrante, seguido de un placer ardiente que me recorrió.

Erik aplanó la lengua y lamió la gota de sangre de mi piel, luego besó y succionó, calmando la punzada. Con la mirada —ahora de un negro intenso como el carbón y no ya de un rojo incandescente—, Erik dirigió su atención al otro pecho, mordiendo, besando y

succionando mientras la mano rugosa masajeaba el que ya había sido consumido.

—Necesito que mi nombre resuene en cada rincón de esta cueva. Necesito estar dentro de ti pronto.

—No esperes, Erik.

Me besó de nuevo. No era un beso; era una dominación asombrosa y atenta. Sin separarse, se quitó los pantalones con un movimiento rápido, y luego clavó mis muñecas por encima de mi cabeza, presionando sus caderas desnudas contra mi centro ardiente.

Su boca se deslizó por mi garganta, siguiendo la curva de mi cuello. Mis pensamientos se disolvieron en sensaciones. Cerré los ojos y me entregué, dejando que mi cuerpo se moviera, se meciera, se frotara contra mi serpiente hasta que el calor se acumuló en mi vientre bajo.

Los labios de Erik se entreabrieron, y sus respiraciones eran ásperas, entrecortadas.

—Tan perfecta, alondra.

—Te necesito —supliqué, la mente envuelta en una neblina de deseo.

Un gruñido bajo emergió de su garganta, más grave que un bufido, un rugido oscuro. Esperaba que levantara mi pierna de nuevo sobre su cintura, tal vez que me tumbara sobre las piedras, usando mi vestido como único resguardo entre la roca y la piel.

En cambio, Erik me giró, apoyando mi mejilla y mis pechos contra las rocas.

—Dioses —murmuró, arrastrando boca y nariz por mi espalda, inhalando mi aroma—. Mírala. Caderas atrás, amor —susurró, poniendo mi parte inferior en el ángulo que deseaba—. Mantén las manos en la pared. No las muevas, alondra. Ni una sola vez.

Dioses, su voz, áspera como arena seca, encendió mi sangre de la coronilla a los pies. El choque del frío de la roca con el calor del aire y el cuerpo de mi serpiente me mareó, haciendo que los dedos de mis pies se arquearan.

Con su rodilla, Erik separó mis piernas. Gemí cuando la punta de su longitud alcanzó mi centro. Instintivamente quise arquearme

hacia atrás; quise aferrarme a su cintura o sujetarle la nuca. Cerré los ojos y apoyé las palmas con fuerza contra la pared, tal como él había exigido, hasta que las puntas de los dedos se pusieron blancas por la presión.

Erik rio, un sonido oscuro y denso que surgió de su garganta.

—Bien, alondra. Eso es.

Una de sus manos cubrió la mía sobre la pared. Entrelazó nuestros dedos mientras guiaba mi cuerpo para inclinarme y apoyarme contra él. Jadeé al sentir que su longitud parecía querer atravesar la piel de mi vientre, tan profundo había llegado.

Durante un instante eterno, Erik nos mantuvo así, inmóviles, nuestros cuerpos fundidos el uno en el otro. Luego, retiró lentamente sus caderas hasta que su miembro casi salió por completo, y volvió a penetrarme con fuerza. Clavé mis uñas en la pared de roca, sollozando ante la intensidad de la invasión. La manera en que me llenaba, entera y perfecta, recorría cada fibra de mi ser como un deseo insaciable.

Erik embistió de nuevo. Su boca siguió la curva de mi espalda. No podía respirar, no podía moverme; ninguna parte de mí quería hacerlo, temiendo romper el delirio de sentir el cuerpo de mi rey reclamándome, poseyéndome, amándome con cada embestida brutal.

Su mano abandonó mi cadera y se deslizó por mis costillas, rodeando la base de uno de mis pechos. Tiraba de mi pezón al compás de cada movimiento. Respiraba su nombre entre jadeos.

—Ecos…, alondra —gruñó—. Quiero… que mi nombre llene… esta maldita… caverna.

Apretaba y giraba el pezón entre el pulgar y el índice, mientras sus caderas golpeaban las mías. Abrí las piernas, deseando que se hundiera más en mí.

—¡Erik! —grité su nombre, una y otra vez. Una punzada de placer se me clavó en el bajo vientre, descendiendo hasta mi centro.

Las embestidas de Erik se volvieron más frenéticas.

—Conmigo. Córrete conmigo.

Como si sus palabras tuvieran la llave a una parte oculta de mí que no podía hacer otra cosa que obedecer, una ola sobrecogedora

me recorrió del vientre a la cabeza, y me hice añicos con el eco de su nombre resonando a dúo con el mío, que escapaba de su boca.

Erik se dejó ir después de mí, en un ataque de locura. Hizo girar sus caderas, estrechándose contra mi culo, arrancándonos una euforia compartida mientras se derramaba en mi interior, ardiente. Temblé, sonriendo cuando el exceso se deslizó por mis muslos.

Permanecimos quietos; Erik encorvado sobre mí, mi cuerpo lacio en su suave abrigo. Repartió besos por mi columna, mi cuello, y luego pegó mi espalda a su pecho mientras se calmaba y nos separábamos lentamente.

Con delicadeza, Erik me dio la vuelta y me sostuvo cerca. Enredé mis dedos en su pelo, besando su mandíbula, sus labios.

—¿Crees que se habrán dado cuenta de que nuestra ausencia se ha prolongado? —pregunté, refiriéndome, más concretamente, a un rey del pueblo de la Noche. Dioses, sin falta me perdía en el rey eterno y, de algún modo, fingía que mi padre no notaría ciertas cosas sobre su hija y Erik Cantasangre.

Al menos, Valen Ferus era lo suficientemente sabio como para no mencionarlas jamás.

Aun así, un calor me subió a las mejillas.

Erik besó cada lado de mi rostro.

—Dudo que alguien haya notado nuestra ausencia. Si acaso, pensarán que estábamos cansados y nos fuimos a dormir.

—Oh, sí, estoy segura de que los hemos engañado a todos —dije, sonriendo.

Me besó con dulzura.

—Bueno, si prefieres no volver y enfrentarlos, podríamos irnos a la cama. De hecho, apoyo este nuevo plan. Renuncio a la idea de regresar siquiera. A la cama, entonces.

Reí y le pellizqué las costillas, perdiéndome nuevamente cuando Erik me besó, primero con suavidad y ternura, y luego con la pasión y la necesidad que solo había sentido por este hombre.

Capítulo 40

La serpiente

Rostros nuevos decoraban los bordes de la mesa en el gran salón. Brujas del mar y algunos hombres de la Casa de las Mareas; Tavish esperaba junto a Torbellino cerca de una puerta trasera.

Alistair se movía de un lado a otro, asegurándose de que los recién llegados estuvieran alimentados, alojados en habitaciones elegantes y atendidos como si fueran niños pequeños e indefensos.

Livia se sentó a mi lado, y el respaldo alto de su silla la hacía parecer toda una reina. Su mano descansaba firme sobre mi rodilla bajo la mesa. Al menos uno de nosotros parecía de la realeza.

Levanté un cuerno de bebida para ocultar una mirada rápida hacia donde Stieg estaba con Valen y Aleksi. Se reían de algo que Sewell había dicho al otro lado de la mesa.

La confesión de Stieg nubló mi mente, y no la comprendía del todo. El guerrero había querido que me quedara, no simplemente como un elfo del mar traído a su mundo por compasión, sino… como un maldito hijo. Un miembro de su casa. Su legado. Su muchacho.

Mis entrañas se contrayeron, entretejidas con alambre de espino, punzante y doloroso. ¿Cómo habría sido la vida si Harald nunca hubiera vuelto a por mí? Sin duda, habría sido un Rave, como Aleksi. Habría crecido con Livia, inmerso en su mundo.

¿La habría podido saborear en mi lengua aun así? ¿Su cuerpo rodeando el mío?

La forma en que Valen trataba a Stieg, a pesar de la diferencia de títulos, mostraba que no habría sido imposible que un guerrero amara a un miembro de la realeza, al menos no en el caso de los elfos de la tierra.

Pero Tait… él habría estado solo. Mi primo se mostraba sombrío, aunque de vez en cuando una sonrisa se dibujaba en su rostro al otro lado de la mesa cuando Gavyn intentaba que la princesa Mira

empleara su magia ilusionista contra una bruja del mar sin ser notada.

Celine. Mi mirada se posó en ella, sentada entre los príncipes gemelos, burlándose de algo que Jonas intentaba hacer con unas hierbas mágicas que Tavish le había proporcionado. Habría muerto, igual que Sewell.

Podría haber tenido una vida sin guerra ni odio. Podría haber tenido a mi alondra todos los días, pero habría estado sin los demás.

Las puertas cerca de Tavish y Torbellino se abrieron de golpe. Livia se sobresaltó en su silla, la mandíbula tensa. Luchó por ocultar su inquietud.

Me incliné y le di un beso en el cuello.

—No necesitamos hacer esto —dije.

El vidrio azul encontró mi mirada.

—Necesitamos que ella forme parte de esto, y aunque no lo recuerde, ahora sabemos que ya ha erigido protecciones contra la magia élfica de las sombras antes.

—El intercambio debe realizarse —insistió Jonas desde su lugar al otro lado de la mesa.

—Sí, podría ser capaz de enfrentarse a los elfos de las sombras, pero eso no significa que ninguno de vosotros deba sacrificarse —argumenté—. Contamos con el apoyo de muchos.

—Si finalmente vas a ser aceptado como rey aquí, necesitas que tu pueblo te apoye y que los demás lo vean. —Jonas entrecerró los ojos—. Todos debemos estar contigo. Así, la bruja del mar que tienes por abuela estará donde pertenece. Eres más fuerte con ella, y punto.

No sabía qué decir. Sacrificarse por un enemigo era una oferta desconocida para mí. Jonas Eriksson, príncipe de los reinos terrestres, iba a ocupar su lugar voluntariamente en el vínculo *neach-dai.*

Para hacer el intercambio bien y que Narza fuera libre de regresar a su vida en el Eterno, el hechizo requería un vínculo opuesto. Antes, una poderosa bruja del mar se había ofrecido a defender al pueblo de la tierra; ahora, un poderoso rey terrestre juraría ser fiel al Eterno y protegerlo.

Narza entró en la sala con la gracia de una reina, el cabello suelto y ataviada con un sencillo vestido. Sus ojos se posaron un instante en Torbellino y luego volvieron a la mesa. La seguía una mujer alta y voluptuosa, con cabellos como una tormenta oscura, acompañada de tres pequeños.

Gritos de alegría rompieron la melancolía cuando la niña más pequeña corrió hacia Tavish, que se había agachado con los brazos abiertos. Pronto fue derribado por los niños, que se retorcían y chillaban.

La mujer al lado de Narza sonreía, radiante, besando a Tavish a través del enjambre.

—Narza —dije al levantarme cuando mi abuela se acercó a la mesa—. Señora Catriona.

—Rey Erik. Reina Livia —dijo la pareja de Tavish, inclinando la cabeza, pero elevando sus ojos dorados, brillantes como un amanecer—. Los elfos de la tierra son aterradores, mi señora.

—A veces. Estoy segura de que a muchos de los miembros de la realeza no les gustó que le impidieran cruzar el Abismo nuevamente.

—Para nada. —Catriona se enderezó—. ¿Quién reclama a la reina de cabellos rojos?

Sander y Jonas levantaron la mano con orgullo.

—¿Puede realmente hacer que la gente olvide cómo respirar? —preguntó alguien.

—Puede —dijo Sander riendo—. Y lo ha hecho. Pídanle que comparta esos recuerdos. Creo que fue un poco manipuladora cuando éramos niños, sinceramente. Qué casualidad que justo nos mostraba lo que podía hacer cuando nos portábamos mal.

—Manipuladora o brillante —dijo Jonas—. Nos puso firmes bastante rápido.

La reina de cabellos rojos que me había sacado de mi tortura cuando era niño. Livia me había contado mucho sobre su habilidad para robar recuerdos de maneras despiadadas.

—No revelamos mucho sobre lo que ocurría, como prometimos. No son conscientes de la duración de esta decisión —susurró Catriona, con un temblor que delataba que no quería hacerlo en absoluto.

Jonas jugueteó con un hilo del mantel.

—Gracias.

Valen cerró los ojos.

—¿No podríamos simplemente romper el vínculo establecido?

—Te lo dije, maestro de tierra —dijo Narza—. Lo hecho hecho está. Muerte o intercambio.

—No quiero más charlas al respecto —intervino Jonas—. Ya no somos niños. Estamos ante un momento de vida o muerte. La bruja del mar puede enfrentarse a los elfos, cosa que tendremos que hacer para terminar con esto. ¿No es cierto?

Cerré los ojos. Había poderes en esa isla que necesitábamos destruir. Nuestros planes dependían de deshacer los hechizos lanzados sobre los elfos, o no derrotaríamos a Larsson.

Cuando nadie habló, Jonas continuó:

—No desperdiciaré esta oportunidad si con ello puedo ayudar. Sigamos adelante.

Catriona me miró.

—Antes de continuar, tengo algo para el rey eterno. Un joven príncipe me pidió entregarlo en su nombre, con la esperanza de defenderte en tu lucha.

La bruja del mar pasó una tabla de madera. Sus bordes, aunque redondeados, aún eran un poco ásperos. Había correas de cuero clavadas de manera desordenada en el lado opuesto, lugar donde debía ir el brazo, pero que era demasiado pequeño para mí.

En la parte frontal estaba el símbolo de los guerreros Rave de los reinos de la tierra.

—Rorik te ha hecho un escudo —dijo Livia, llevándose una mano al pecho y apretando mi hombro con la otra.

—Dioses, ¿qué…? —dije.

—¿Cómo es que mi hermano te ha hecho a ti un escudo y no a mí, ni a nuestro padre? He estado ausente y ya le importas tú más.

—Cantasangre le dijo a Ror que era hábil con la espada —respondió Aleksi.

Livia resopló.

—Ah, eso lo explica.

Un nudo se formó en mi garganta cuando miré el escudo infantil. No, nunca resistiría en batalla, pero… significaba algo. Significaba muchas cosas.

Apoyé el escudo junto a la pata de la mesa y me giré hacia la sala.

—Muchas gracias, Catriona, por traer a Narza al Eterno.

—No tenemos tiempo —dijo Narza, con un gesto de dolor—. Debe ser ahora, o tendré que regresar.

Jonas se levantó de su silla, y toda ligereza desapareció de su rostro.

—Jo —susurró Sander.

—No —replicó Jonas, negando con la cabeza—. ¿Qué acabo de decir? No más. Soy el mejor candidato para esto. Alek y Stieg son Rave. No les arrebataré eso. Valen es un rey. Livia ya está aquí como reina. Mira es la única heredera.

—Pero podría ser yo —dijo Sander—. Haces esto porque somos dos.

Jonas fijó la mirada en su hermano.

—Soy el mayor.

—Por momentos.

—Aun así. —Se volvió hacia Narza—. Seré yo quien haga el intercambio. Soy mucho mejor con la espada que él. Te aseguro que soy la mejor elección.

Sander lanzó una mirada fulminante a su hermano, maldiciéndolo, pero cuando Mira le tomó el brazo, lo instó a volver a su silla.

—Estamos hablando de Liv —susurró ella, con un intento de consuelo—. No lo retendrán.

—Necesitamos al rey y a la reina —dijo Catriona, abriendo los brazos para que nos acercáramos al centro de la sala.

Alistair y Tavish ya habían dispuesto jarras de conchas llenas de agua clara y un cuenco de tierra, labrada y sedosa, dentro de un círculo de runas pintadas.

Con la mano de Livia en la mía, entramos, arrodillándonos en el centro, siguiendo las instrucciones de Catriona. Narza se situó a un lado del círculo, junto a las jarras de agua. Jonas se arrodilló junto al cuenco de tierra.

—¿Recuerdas cómo se hace? —susurró Narza a Catriona—. Es un poco diferente de la primera vez, porque se trata de un intercambio.

—Sí. Me lo enseñaste bien.

La otra bruja del mar posó una mano sobre la dama de las brujas.

De un saquito hecho de escamas brillantes y hueso de pez, Catriona sacó una seda color esmeralda tejida con finos hilos de plantas marinas secas. Luego, tomó un hilo de raíces delgadas, finas como hebras de tejido, y lo cruzó frente a Livia y a mí.

—Una gota de sangre del ligado —dijo Catriona, punzando el dedo medio de Narza—, vertida sobre el corazón del voluntario.

Jonas parpadeó, sorprendido, cuando Catriona se detuvo frente a él. Con dedos apresurados, desató los hilos de su túnica, y se dejó el pecho al descubierto.

Catriona emitió un suave tarareo. Jonas camufló una mueca tras una risa.

—Empieza a hacer calor —dijo.

—Empieza a hacer frío —susurró Narza.

Catriona apenas les prestó atención y se dispuso a levantar una de las jarras, y vertió agua sobre la tierra oscura.

—Mar y tierra, antaño en conflicto, ahora se presentan como uno solo.

La bruja del mar usó sus dedos para mezclar la tierra con el agua salada hasta que se volvió una pasta granulosa. Un suave tarareo acompañó un destello de llamas cristalinas que recorrió el borde del cuenco, y se apagó una vez completada la circunferencia.

—Ya está listo para el enlace —nos dijo Catriona—. Una vez definidos los parámetros, el vínculo recaerá sobre el príncipe de la tierra, liberando a la señora Narza.

Me giré hacia el príncipe.

—¿Simplemente le digo lo que queremos?

—Sí —asintió Catriona—. El vínculo ofrecerá la protección del príncipe al Eterno, ya que su juramento lo colocará al servicio de nuestro pueblo, y lo obligara a defendernos. Cualquier otro deseo o necesidad deberá ser expresado por vosotros, para añadirlo a su vínculo. La obligación de proteger es el hilo común en todo enlace. El resto depende de vosotros.

—No me hagas dormir al pie de tu cama con mi espada o algo así, Cantasangre —bromeó Jonas—. Haz que sea impresionante.

Livia apretó mi mano y sonrió.

—Solo pido que protejas a mi pueblo, al rey eterno y a la tierra que lo acompaña, con la misma fiereza con la que yo te defenderé a ti y a los tuyos.

Jonas le devolvió la sonrisa.

—Siempre, Livie.

—Protege a la reina eterna —dije—. Por encima de mí. Si alguna vez llegamos a un punto en que haya que elegir, escógela siempre a ella.

Una sombra cruzó su rostro. Jonas sostuvo mi mirada, sangre sobre musgo. Tragó saliva lentamente e inclinó la barbilla.

—Como digas, Cantasangre.

Me volví hacia Catriona.

—El príncipe de la tierra es libre de abandonar el Eterno, libre de vivir donde desee. No quiero que esté atado de ningún otro modo.

—Ni siquiera hace falta decirlo —respondió ella—. Si todo lo que pedís es su disposición a protegeros como vosotros lo haríais por él, ese será el vínculo que perdurará.

De nuevo, Catriona cantó sobre el barro arenoso, y las llamas danzaron en sentido contrario a lo largo del borde del cuenco.

Jonas soltó un suspiro áspero, la mano sobre el pecho.

—Extraño… he sentido como si algo empujara el agua por mis venas.

—Ya está sellado —dijo Catriona, y se puso de rodillas, aunque sin apartar la mirada de la dama de las brujas—. ¿Se ha ido la presión?

Narza inspeccionó sus palmas, y luego miró al príncipe de las pesadillas.

—Gracias —murmuró.

—Solo asegúrate de que haya valido la pena —dijo Jonas—. Quiero verte levantar a Jormungandr de las profundidades o algo igual de increíble.

No podía recordar la última vez —si es que alguna vez ocurrió— en que había oído a mi abuela reírse con una libertad y sinceridad tan puras.

Capítulo 41

La serpiente

Al final de la semana, las risas se habían ido apagando lentamente por todo el palacio. Para entonces, las armas nunca estaban lejos de los cinturones y las vainas.

Valen deslizaba una piedra de afilar sobre la curva de su hacha en el salón principal, con la mirada fija en el sol poniente, igual que yo. Permanecía inmóvil, contemplando cómo el fuego se desangraba sobre el cielo, mientras la noche caía. Días, solo unos días, y nos enfrentaríamos a Larsson. Detestaba el silencio de los mares. Ni un susurro de Guardahuesos, pero como un zumbido en mi sangre, sabía que sería pronto.

—¿Cómo te enfrentas a esto? —Finalmente, dejé entrever un hilo de temor a la sombra del asesino de mi padre.

Valen detuvo el afilado de su hoja.

—¿A qué te refieres?

—Has librado muchas batallas en las que tu reina podría haber muerto. Ella es mortal…

—Cantasangre —interrumpió Valen, con una sonrisa contenida en los labios—, te daré un consejo, porque no tengo duda de que algún día te volverás a poner frente a mi esposa. Comenta que su sangre mortal es, de algún modo, una debilidad, y se encargará rápidamente de demostrarte que estás equivocado. —Se inclinó—. Elise disfruta mucho cortando dedos.

Me provocaba, y yo estaba al límite. Como si mi mente y mis instintos esperaran a que su desprecio regresara y una de sus hachas atravesara mi corazón cuando recordara que debía odiarme.

Pero en lugar de derramar mi sangre, Valen suspiró y apoyó su hacha sobre la mesa, mirándome a los ojos.

—Nunca fue sencillo ver a mi esposa pisar el campo de batalla. En algunas de esas primeras guerras, no siempre estaba seguro de que saliéramos con vida.

—¿Alguna vez intentaste retenerla? —pregunté.

—Valoro demasiado mi vida —dijo él—. Dejé de creer en mi miedo a perderla y comencé a confiar en su fuerza. Cuando nos enfrentamos a tu pueblo, sentí que no podría encarar una batalla sin ella. Incluso aquí, hablamos cada día a través de esa caracola. Cuando Rorik lo permite.

—Yo pensaba que solo compartías información.

—Lo hago, pero si todos pensáis que lo que he aportado proviene únicamente de mí, estáis equivocados —dijo, con un bufido—. La mayoría de lo que digo viene de Elise. Ella no está aquí, pero no podría hacer esto sin ella. —Valen hizo una pausa y continuó con voz baja—: Aun así, comparto tus sentimientos. Pero soy el padre de Livia. Mi instinto me dice que la encierre bajo llave hasta que el peligro pase.

—Deberías hacerlo —dije—. Así no podrá culparme.

Valen esbozó una media sonrisa.

—Si quieres ser realmente… maldición, te odio por esto, pero si quieres ser el compañero de mi hija, no puedes robarle la oportunidad de ser la reina y la guerrera que puede llegar a ser; de lo contrario, su luz se apagará poco a poco y su confianza en ti se verá debilitada.

En ese momento, por reacio que fuese a dar su brazo a torcer, el maestro de la tierra mostró un atisbo de aceptación. Una confesión a medias, un reconocimiento de que sabía adónde iba Livia y que yo la seguía. En lugar de resistirse, Valen parecía más dispuesto a moldearme en el hombre que quería para su hija.

Esa noche, me dormí con menos presión aplastando mis pulmones.

Hasta que mi piel se enfrió demasiado, y sentí los brazos vacíos.

Me froté el cansancio de los ojos, apoyado sobre un codo, pero solo encontré un espacio horriblemente vacío a mi lado. La luz de la luna se colaba por el cristal de la ventana, pintando la piel tersa y dorada de Livia con frías cintas azuladas.

Livia jugueteaba con su pulgar, absorta en sus pensamientos.

Cuidando de no mover demasiado las colchas, me deslicé fuera de la cama, me puse los pantalones que había dejado tirados cuando

prácticamente nos caímos sobre el colchón, y la abracé por la cintura desde atrás.

Livia se sobresaltó al principio, luego se hundió en mí con un suspiro.

Le di un beso en la nuca.

—Pensé que habíamos acordado compartir nuestros miedos.

Ella sujetó mis antebrazos alrededor de su torso, inclinando el cuello para que mis labios reclamaran sus curvas.

—No es que no quiera compartirlos, pero nunca te había visto parecerte tanto a un cadáver. Por fin dormías profundamente, y no quería despertarte.

Gruñí contra su piel.

—Excusas débiles, alondra. Despiértame. Despiértame siempre.

—Larsson te quiere muerto, Erik —susurró—. Lo veo cada vez que cierro los ojos. Cuantos más días pasan, más lo veo. Intento…, por los infiernos, intento mantener mi mente despejada —su voz se quebró—, pero no encuentro paz, ni cuando despertamos, porque inmediatamente nos sumergimos en planes, estrategias y espera, ni ahora, al dormir, porque los Mares me persiguen en sueños, mostrándome una vida vacía, sin ti.

Se giró, aferrándose a mi cintura como si eso hiciera que siguiera respirando. Sus hombros temblaban cuando una lágrima cayó por mi pecho desnudo. Hundí mis dedos en su cabello, acunando su cabeza contra mi corazón.

—Esto no sirve de nada, amor. —Le besé la frente—. No hay necesidad de derramar una lágrima por una vida corta. —Livia inclinó el rostro, usando el talón de una mano para secarse las mejillas—. No pienso pasar menos de mil ciclos contigo a mi lado. Hasta que me salga chepa y la piel me cuelgue por todos lados. —Livia soltó una risa empapada en lágrimas y se refugió bajo mi barbilla. Deslicé las manos por su espalda, siguiendo la línea de su columna—. Es verdad. Además, para añadir algo más a tu destino, mi pierna me duele un poco más con cada ciclo que pasa. Para cuando el Otro Mundo me reclame, serás tú quien me lleve a cuestas por ahí, amor. Más vale que vayas preparando tus miedos para esos días.

Sentí su sonrisa contra mi pecho. Sus brazos se apretaron alrededor de mi cintura.

—Te llevaré a todas partes, serpiente —susurró—, con tal de tener esos mil ciclos.

Me solté despacio de su abrazo y tomé su mano, y tiré de ella hacia la puerta que daba a los jardines.

—Ven conmigo.

Livia se mantuvo cerca mientras la guiaba escaleras abajo, hacia las terrazas y los jardines. Desde nuestro reencuentro, ella apenas había tenido tiempo de recorrerlos, de darles forma como lo había hecho antes.

—Te estás ahogando ahí dentro —le dije—. Cada rincón de ese palacio, cada rostro entre esos muros, es un recordatorio de que nuestra lucha no ha terminado. Necesito que respires. —Me acerqué más, rodeé su cuerpo con un brazo y acerqué mis labios a su oído—. Necesito que recuerdes quién eres: Livia Ferus, hija de guerreros, seductora del rey eterno y… mi vínculo de corazón. No necesito magia ni hechizos para saber que estás escrita en cada hilo de mis días futuros.

El pulgar de Livia recorrió mi mandíbula.

—Serpiente.

—Alondra.

—Estoy enamorada de cada parte oscura y maravillosa de ti.

La besé, despacio, con dulzura. Cuando me separé, la guié hasta un arbusto indómito, cargado de bayas verdes y redondas que colgaban de sus ramas.

—Dime qué hago.

—¿Qué?

Abrí las manos, señalando el jardín.

—Aquí encontraste paz una vez. Aquí también vive tu furia, y creo que necesitas recordar que puedes darle órdenes a un rey. Dime qué hago.

La comisura de los labios de Livia se curvó en una media sonrisa.

—¿Quieres ayudarme a cuidar los jardines? Nunca lo has hecho.

—¿Te gusta?

—Sí. Sabes que sí.

—Entonces eso es lo que haremos esta noche.

Ella bajó la mirada, divertida.

—Apenas voy vestida.

—Mucho mejor —dije, recorriendo deliberadamente con la mirada el delicado camisón que cubría sus pechos y curvas.

Livia puso los ojos en blanco, pero se arrodilló frente al arbusto. Yo me acomodé con menos gracia en el suelo, incapaz de arrodillarme esta noche por mi pierna. Con una sonrisa, ella apoyó las palmas sobre la tierra. El calor de su magia fluía bajo nosotros.

Casi al instante, como si el follaje salvaje suplicara atención, las hojas brillaron, lozanas y sanas. Las ramas se movieron, y las bayas se hincharon hasta que el jugo brotó de ellas.

Livia me enseñó las tareas manuales: retirar piedras de la tierra, arrancar hojas marchitas, sostener ramas más pesadas que requerían más de su energía.

Al lado de un helecho espinoso, me miró.

—Hacemos esto porque me gusta. Tú nadas cuando necesitas respirar, pero nunca hemos hablado de qué más disfrutas, Erik.

—Tu cuerpo.

—Naturalmente. —Livia guiñó un ojo—. ¿Qué más? Intenta pensar más allá de la cama, serpiente.

¿Qué disfrutaba yo?

—Nunca hubo mucho lugar para la diversión bajo el mando de mi tío. Más tarde, después de la guerra, tocó reconstruir, demostrar mi lugar. No disfrutaba gran cosa… al menos, hasta que llegaste tú.

—Aunque no te lo permitieran, ¿no había algo que anhelaras hacer? —preguntó ella.

—A veces Gavyn y Celine me obligaban a ir a festivales, a escondidas, claro —respondí, recordando los inviernos en que siempre se añadían dulces a los carritos del mercado, o los meses de cosecha, cuando los cuentos de fantasmas y horribles criaturas marinas asustaban los corazones de los pequeños en todos los reinos.

—¿Lo disfrutabas?

Tomé un poco más de tierra, pero una sonrisa se dibujó en mi boca.

—Intentaba no hacerlo, intentaba que ni siquiera me agradaran Celine y Gavyn, pero a menudo terminaba esas noches con un dolor en el estómago por tantos dulces, y sintiéndome como si estuviera fracasando.

Livia se sentó sobre sus rodillas.

—¿Fracasando? ¿Por qué?

—Intenté ser lo que Thorvald quería —dije—, pero incluso después de todo —la guerra, la tortura, la muerte—, no pude dejar de preocuparme por si ciertas personas vivían o morían.

—Son tu familia, lo sabes, ¿no? —dijo Livia, tocando la tierra, con los ojos cerrados, invocando su magia de furia. Soltó un suspiro suave cuando un nuevo brote verde surgió del suelo—. Celine se preocupa por ti como se preocupa por Gavyn, y él hace lo mismo. ¿Pasaste tiempo con Tait después de la guerra?

—Rara vez —respondí, dejando que un matiz áspero se colara en mi voz—. A veces Gavyn lo traía sin decírmelo. —Alcé la mirada hacia Livia—. Me criaron para no tener corazón, amor, pero siempre quise que mi primo viviera.

—¿Por eso mataste a Harald? —Su voz era suave, como un susurro a través de un sueño.

No había miedo en su tono. Sin duda, ella ya lo sabía, solo quería escuchar la historia de primera mano. Se la conté. Cada momento. Le describí cómo Harald se había aferrado a una cruel creencia tras la muerte de mi padre, cómo ansiaba la destrucción de los reinos de la tierra. Nunca me permitió vivir un día sin recitar mi odio forzado hacia Valen Ferus.

Le conté los golpes que sufrió Tait. Cómo, cuando mi primo dormía, medio en el Otro Mundo, Gavyn me ayudaba a irrumpir en sus cámaras de la torre. Lo sanaba lo suficiente para que sobreviviera, pero no tanto como para que un Harald borracho sospechara de mi intervención.

Tait nunca lo supo. O si lo supo, nunca dijo palabra.

—Casi le rompe el cuello a Tait durante la guerra —dije, sin poder detenerme una vez que la verdad empezó a fluir—. Harald descargaba su ira por las vidas perdidas en la batalla sobre Tait. Yo no estaba allí.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

Hice una pausa.

—Sanando a tu tío —le dije, esbozando una rápida sonrisa—. Y amenazando a tu padre por si acaso, por supuesto.

—Por supuesto. —Livia puso los ojos en blanco.

—Un miembro de la tripulación intervino por Tait, insistiendo en que estaba protegido por los lazos de sangre del barco. Eso le salvó la vida. Cuando regresé al campamento y supe lo que había ocurrido, algo terminó de romperse dentro de mí. Cuando todos dormían, envenené a Harald y luego le corté la garganta para que nadie supiera que había sido yo.

Livia me había visto masacrar hombres. Me había visto torturar. Sabía que no se estremecería ante los detalles de la muerte de Harald, pero no esperaba encontrarme con su mirada empañada, como si le hubiera confesado haber salvado a cientos de pequeños indefensos de un incendio.

—Eres un hermoso monstruo, Erik Cantasangre —dijo, cubriendo mis dedos con los suyos manchados de tierra—. Bien, ¿qué más, además del asesinato, te da paz?

Me desplacé hacia un nuevo tramo de tierra, junto a un arbusto más salvaje.

—El mar. Sé que suena obvio, pero me siento vivo a bordo del barco.

—Lo vi —respondió ella—, incluso la primera noche que me llevaste a bordo. Tu semblante cambió.

—¿Cuándo te llevé a bordo? Qué manera de suavizar lo que hice, alondra. —Me reí—. ¿Es eso lo que le diremos a los pequeños algún día? ¿Que simplemente te llevé conmigo para embarcarnos en un viaje placentero?

Livia volvió a sentarse sobre los talones, con una sonrisa tímida en los labios.

—¿Pequeños?

Vaya, maldita sea. Ni siquiera me había dado cuenta de que se me había escapado.

Seguí dándole palmaditas a la tierra.

—Si tú quieres, claro.

—¿Lo que tú quieres no importa?

—Nunca te pediría tal cosa. —Sentí un cálido cosquilleo en la nuca—. Pero no negaré que estos endemoniados reinos estarían mejor si hubiese más como tú.

Livia vaciló, sonriendo mientras daba golpecitos a una hoja puntiaguda.

—Días futuros. Me gusta hablar sobre ellos contigo. Nos da más a lo que aferrarnos durante todo esto.

—Tú siempre me has dado eso, la ilusión de un nuevo amanecer. —Alcé la vista—. Cuando venías a leerme, esperaba todo el día a que aparecieras. Incluso cuando la ira me consumía, mantenía un ojo atento en el talismán, ansiando días futuros.

—Días violentos.

—Eso pensaba —reconocí—, pero ahora no estoy seguro de que no fueses siempre tú a quien esperaba. En el momento en que te vi, mi plan de décadas se esfumó, Livia. Cuando te llevé en nuestro pequeño viaje placentero, no después de secuestrarte, claro. —Me reí y esquivé una ramita que me lanzó—. Consumías mis pensamientos igual que cuando leías para mí. Me dabas un motivo para reconocer que el día tenía partes buenas, para imaginar algo distinto.

Livia se deslizó por la tierra hasta que sus labios quedaron a centímetros de los míos.

—Imagina muchas cosas, Erik Cantasangre. Aún nos quedan mil ciclos por vivir.

Con las palmas manchadas de tierra, le tomé el rostro y la besé. Livia gimió y entreabrió los labios, su lengua rozando la mía. Jamás, ni una sola vez en los mil ciclos que nos esperaban, me cansaría del beso de esta mujer.

Livia me empujó hacia atrás. Siseé cuando me dio un calambre en la pierna. Sin pausa, como por instinto propio, su palma recorrió mi muslo, calmando el dolor. No separó sus labios de los míos mientras yo me recostaba, colocando sus muslos a cada lado mío.

Sus manos se dirigieron a la cintura de mis pantalones, y tiraron de los cordones. Mis palmas subieron por su piel tersa, por debajo de su camisón.

La puerta del jardín que conducía al dormitorio se abrió de golpe.

—¡Erik, velas en el horizonte! —La voz de Celine rompió nuestra soledad.

Nos separamos torpemente. Livia tropezó con su camisón de noche; la sostuve del brazo y la puse de pie. Celine bajó los escalones hacia el jardín de dos en dos, corriendo hacia nosotros.

Respiró hondo por la nariz, señalando la oscuridad de la noche que se desvanecía.

—Velas negras… Guardahuesos… está aquí.

Capítulo 42

La alondra

Erik se ajustó el pañuelo sobre la cabeza, con un sable colgando de su cinturón. Me aferré al poste de nuestra cama, observando. Tenía el cabello retirado de la cara, trenzado a los lados y a lo largo del centro del cráneo, y se había puesto unos pantalones negros ajustados con una túnica oscura. Llevaba dos armas: una era un puñal de acero negro; la otra, la espada élfica abandonada por Skadi.

Me dolía el estómago. La bilis me quemaba la garganta. Respira. Concéntrate.

Fue entonces cuando noté el leve temblor en los dedos de Erik mientras ataba el nudo detrás de su cabeza. Audaz, temible, sediento de sangre: esos eran los rasgos que definían al rey eterno, pero rara vez alguien hablaba de su inquietud, de su afecto no expresado hacia su pueblo, hacia su familia.

No había duda: estaba aterrada. Decenas de horribles maneras en que todo podría salir mal resonaban en mi cabeza, pero le había dicho a Erik una vez que nadie lo levantaba cuando tropezaba. Eso tenía que cambiar.

Deslicé mis brazos alrededor de su cintura, apoyando la mejilla entre sus hombros, y hablé suavemente:

—Eres Erik Cantasangre, hijo de una valiente bruja del mar, retador del maestro de la tierra, dueño del cuerpo de la reina eterna…

Erik soltó una risa y se giró para mirarme. Me cubrió un lado del rostro con su mano.

—Tus palabras ayudan, alondra.

Me puse de puntillas y lo besé. Lento, tierno, un beso duradero que quería saborear durante todo lo que estaba por venir.

En el pasillo, los demás nos esperaban. Mira recorrió la fila de elfos de la tierra, sumergiendo los dedos en sangre de pescado y

arrastrando las puntas por sus rostros. Mi padre y Stieg tenían runas en la garganta y en las palmas de las manos.

Jonas y Sander tenían los ojos oscurecidos con kohl, al igual que Aleksi. Cuando Mira se colocó frente a mí, sonrió a través de la sangre y las runas oscuras que recorrían el centro de sus labios y su frente.

—Reina.

Cerré los ojos mientras ella pintaba sobre mis pestañas y mejillas líneas calientes y pegajosas de sangre.

—¿Para qué es esto? Quiero decir, da miedo, pero ¿por qué? —susurró Celine a Aleksi.

—La bendecimos con la sangre —dijo él—. Es un sacrificio a los dioses para que nos brinden su protección.

—Hmm. —Celine se encogió de hombros—. Entonces quiero un poco.

Se me calentó el corazón al ver que algunos de los elfos del mar, miembros de la tripulación de la *Nave Eterna,* adoptaban las tradiciones y oraciones de los elfos de la tierra. Por un momento, realmente parecíamos un solo pueblo unido.

Las campanas de alarma retumbaron sobre los muros exteriores. Erik me cogió la mano y me la besó.

—Mil ciclos, alondra.

—Más —dije, sosteniéndolo cerca, aferrándome al rápido latido de su corazón durante una docena de respiraciones.

Erik me acarició la mejilla con el pulgar, y una docena de palabras no dichas brillaron en sus ojos. Luego tomó la delantera y se lanzó por el corredor.

El personal del palacio corría de un lado a otro, frenético. El estruendo de las campanas se intensificó, un golpe metálico seguía a otro, una y otra vez. Avaline, rodeada por un grupo de cortesanos, se precipitó al salón, con los ojos abiertos en una mezcla de horror y curiosidad. El rey exigió que se retiraran a las cámaras reales y se atrincheraran tras las puertas.

Por un momento, la hija de Joron pareció debatirse entre unirse a la lucha —aunque solo fuera para vivir algo nuevo— o ponerse a salvo. Solo después de la insistencia de una sirena con trenzas

oscuras que le llegaban a la cintura, Avaline subió por la escalera hacia los pisos superiores.

Erik se detuvo junto a una ventana.

—La isla… está aquí, tal como pensamos.

Más allá de las costas de la ciudad real, brumas oscuras se arremolinaban entre picos y bosques. A la luz temprana del amanecer, el agua fluía desde las orillas de la isla, brillando como cristales estelares mientras la tierra emergía del mar. Sería un espectáculo hermoso si no fuera por las filas de escudos y las flechas encendidas que llameaban sobre los parapetos y la costa.

Larsson tenía su ejército.

—Esperábamos esto —dije, girándome hacia un guardia del palacio—. Envía un mensaje a Tavish, de la Casa de las Brumas; dile que las tierras han emergido. Exactamente esas palabras. Dile que rompa cualquier hechizo nuevo que puedan haber lanzado. ¡Ahora! ¡Ve!

El guardia inclinó la barbilla y salió disparado del palacio, corriendo hacia el mar.

—¿Crees que podremos acabar con esto sin ningún maldito hechizo de por medio, como el día en que te arrancamos de allí? —susurró Jonas.

—Mi desaparición rompió esas barreras, y Arion necesita su batalla —respondí—. Buscarán espadas, pero sería ingenuo pensar que no habrá magia contra nosotros. Fione se resguardará como una cobarde en esas costas.

Mi labio se curvó. Teniendo en cuenta la magnitud de su papel, ansiaba volver a enfrentarme a la bruja del mar.

Desde los bordes de la isla, velas negras surgían contra el amanecer como una plaga sobre la luz. La nave era diferente a cualquier otra que hubiera visto en el Eterno. Un casco estilizado, una especie de híbrido entre los *drakkars* de casa y las grandes cubiertas de las naves de los elfos del mar. Había cubiertas abiertas donde la gente podía caminar cerca de las barandillas, pero también cubiertas debajo en las que podían ponerse a cubierto.

Largas, poderosas, las varengas parecían de hierro, pero cuanto más se acercaba, más se notaba que eran de la misma madera de

roble negro que había visto a lo largo de la isla que se desvanecía. Una nave de sombras que surcaba el mar con frenesí, como si el viento tuviera poca importancia. Dioses, sin duda llevarían poder a bordo, armas, magia. Flexioné los dedos, tragando saliva para contrarrestar la quemazón agria que subía desde mi interior.

Larsson no tenía la *Nave Eterna,* pero este no era un enemigo débil. Incluso ahora, alrededor de la quilla, se arremolinaba un torrente que recordaba mucho al de la nave real reclamando el mar. Como si las aguas del Eterno percibieran su sangre real.

Sería, en efecto, una batalla para decidir qué hijo había sido elegido para ganar el astuto juego de las Nornas.

El rey gritó a sus sirvientes que se pusieran a cubierto, que sellaran sus cámaras, que protegieran las puertas. Agarró el hombro de un guardia del palacio con fuerza.

—Llama a las naves del palacio. Lanzaos al viento. ¡Ve, ve, maldito seas!

El guardia salió disparado por una puerta y descendió por una escalera de caracol.

Sus ojos carmesíes ardían cuando se volvió hacia mí.

—Eres mi reina, mi igual, pero esta lucha es mía, amor. La elección de quedarte…

—Dioses, espero que no estés diciéndome que me quede atrás, Erik Cantasangre. —Atrapé su rostro entre mis palmas—. ¿Y hacer qué? ¿Mirar desde una ventana mientras arriesgas tu maldita vida? Permaneceré a tu lado. Tus batallas me pertenecen, igual que las mías te pertenecen a ti.

Erik dejó escapar un aliento áspero; apoyó su frente contra la mía.

—Entonces prepárate para zarpar, reina.

Gritos feroces, salvajes y extraños, se alzaron más allá del palacio. Era un espectáculo: los elfos del mar lanzándose al agua.

Mareas blancas se agitaron cuando la gente del mar emergió más allá de las puertas, protegiendo su tierra desde debajo de las olas. Guardias del palacio, vestidos de plata y azul, tomaron las torres y cada nivel inferior de la ciudad. Formaron filas en las calles empedradas, ocuparon los muros del palacio. Con grandes esfuerzos

colocaron largos escudos de hierro, apenas más bajos que sus propios cuerpos, y añadieron otra barrera contra el ataque de Larsson.

Una mano firme se posó sobre mi hombro. Mi padre me dedicó una pequeña sonrisa.

—Enfréntalo sin piedad, pequeña mía. Gana tu reino.

Fruncí el ceño al abrazarlo, tomando un poco de consuelo de esos brazos que siempre habían estado ahí, y que aún lo estaban.

—¡Nos lanzamos al mar! —gritó Erik. Extendió la mano hacia mí sin mirarme, como si supiera que estaría a su lado, y atravesó las amplias puertas.

Las campanas retumbaban por toda la ciudad. Una advertencia, funesta y urgente.

Los tripulantes abandonaban sus hogares y familias, corriendo hacia las puertas del palacio. Los hombres en las torres de vigilancia a lo largo de la costa giraban pesadas manivelas. Las puertas con picos afilados se alzaban lentamente desde las profundidades del mar como un ejército submarino, y las plantas marinas colgaban de los brutales picos como trozos de carne mientras se elevaban hacia el cielo.

—¡Rey Erik! —Gavyn se deslizó hacia el borde de los muros. El señor de huesos ofreció un vago saludo, frunciendo el ceño—. Nos vemos en el agua.

Gavyn desapareció en la siguiente respiración.

En las puertas, Alistair, barbilla levantada y manos entrelazadas a la espalda, permanecía firme.

—Mi rey —dijo el anciano mayordomo, inclinando la barbilla—. Mi reina.

—Alistair. —Erik se detuvo—. Defiende esta casa.

El hombre vivía en un estado constante de rectitud, pero cuando se inclinó desde la cintura, estaba segura de que su barbilla tembló y su voz se hizo más pequeña.

—Es un honor para mí.

Las velas carmesíes captaban la luz de la mañana: sangre sobre el agua. El brillo negro del casco de hueso y madera esperaba a su

rey. La tripulación se agitaba, atándose cuchillos y espadas, tarareando su inquietante canción…

«Trabajo y podredumbre…».

Profundos gruñidos de «¡tirad!» recorrían la cubierta con cada tirón de las gruesas cuerdas, alineando las lanzas encendidas con las muescas del casco.

—¡El rey a bordo! —rugió Devoracráneos desde el timón. Erik sostuvo mi mano, y al verme, las palabras cambiaron—: ¡Dejad paso a la reina!

La tripulación de la *Nave Eterna* se apartó apresuradamente, dejando un camino libre para que Erik corriera hacia el timón. Me agarré con fuerza al aparejo, un pie apoyado en la baranda, observando los barcos que se aproximaban. Además de la nave fantasma, pequeñas goletas y faluchos, como los de la ciudad real, se habían lanzado al agua.

El acero se deslizaba contra el cuero. A lo largo de la baranda, mis amigos, mi familia, desenvainaban sus espadas. Jonas y Sander tenían los ojos oscurecidos, listos para plantar interminables pesadillas en la mente de los demás. Mira se mantenía cerca de Alek, ambos inclinados, observando cómo los caños de las lanzas se fijaban en su lugar.

Mi padre y Stieg seguían a Erik, flanqueándolo, casi de manera protectora, en el timón.

—¡Preparados con las lanzas! —rugió Tait, marchando de un lado a otro de la cubierta, maldiciendo a la tripulación para que colocara las piedras incandescentes en las bocas de las lanzas.

Sewell tomó la cuerda del lado opuesto al mío, imponente y brutal, como nunca antes lo había visto. Se había recortado la oscura barba, afeitando partes del rostro y dejando al descubierto una cicatriz oculta que descendía por su mejilla, que hasta entonces no había notado.

Sobre su cabello brillante llevaba atada una bufanda azul con el emblema de la Casa de los Huesos estampado en la corona. Cruzados sobre su pecho, dos puñales. Sostuve su mirada. No hacían falta palabras; entre nosotros se compartió un silencioso ruego por seguir respirando.

—¡Portatormentas! —Erik alzó la voz—. ¡Cantamareas! ¡Guerrero! Traed la tormenta.

—¡Nunca hemos usado tres magias a la vez! —replicó Celine, desviando la mirada hacia Stieg—. No sabemos qué consecuencias tendrá.

Los ojos de Erik adquirieron un brillo de locura salvaje.

—Cumplid con vuestro deber o abandonad la cubierta.

Celine siseó al rey, mostrando los dientes, pero corrió a ocupar su lugar habitual. Y no fue solo Portatormentas quien desató un torrente sobre las olas: Stieg se situó a su lado, descargando la furia del cielo sobre el mar.

—¡Cobertura total! —gritó Erik por encima del timón.

La tripulación tiró de las cuerdas hasta que cada vela carmesí quedó perfectamente en su lugar. Los hombros de Erik se tensaban y agitaban mientras movía el timón, mano sobre mano, hasta que la nave gimió y su proa se lanzó hacia mar abierto.

—¡Llévala a los vientos, mi rey! —graznó un hombre huesudo, agarrado al mástil principal, en dirección a la creciente tormenta.

Con un rápido movimiento de las manos de Erik, desde la proa hasta la popa, las velas se sacudieron y restallaron, expandiéndose como el aliento en los pulmones.

Detrás de nosotros se oyeron trompetas, que nos avisaban de que los pequeños barcos de la ciudad real seguían a la *Nave Eterna.* Velas y quillas agitaron el agua, balanceándose en el viento en dirección a los barcos que se aproximaban.

Las aletas que sobresalían del agua eran la única señal de que la gente del mar nos guiaba, saliendo disparada a través de las corrientes, siseando y chillando con voces salvajes cuando salía a la superficie antes de sumergirse de nuevo.

Nubes lúgubres se arremolinaban sobre nuestras cabezas. Gruesas gotas de lluvia cayeron sobre la cubierta como guijarros. Celine se mantuvo en su puesto entre Portatormentas y Stieg. Callada al principio, Cantamareas pronto se puso al mando, maldiciendo y gritando a los dos hombres para que desataran su rabia en el viento.

Odio, ardiente y punzante, me atravesó el pecho cuando me incliné por la baranda, la vista puesta en las oscuras velas que teníamos delante. Larsson Guardahuesos. Las maneras en que quería que sufriera teñían de sangre y violencia los pensamientos que bullían en mi cerebro.

Quería ver cómo se rompía bajo la hoja del rey.

Erik dirigió la proa de la *Nave Eterna* hacia la nave fantasma. Los barcos reales a nuestras espaldas se esparcían por el agua, creando un muro de velas y mástiles.

Durante un momento, el mundo se paralizó, enmudeció, como si el corazón de la tormenta nos hubiese tragado y nos impidiera adentrarnos en la expectante furia.

—¡Fuego a discreción! —Erik vociferó al viento, haciendo añicos la calma.

—¡Fuego! —Tait repitió a la tripulación.

Yo hice lo mismo. Como si una voz natural se apoderara de mí y me arrancara las palabras del pecho.

Lanzaron la primera descarga. La ráfaga de lanzas se oyó hasta en la torre más alta del palacio. Destellos rojos. Un silbido. Chispas ardientes atravesaron las negras nubes.

Jonas rugió con un deleite vengativo cuando el primer crujido de la madera astillada destrozó el bauprés. Una y otra vez, piedras incandescentes chocaban contra el mástil, el casco y las barandillas. Un impacto directo en la vela central abrió una herida enorme en la lona inclinada.

Aleksi gritó de júbilo y rodeó con un brazo el cuello de Mira mientras celebraban, hasta que lo que parecían mareas negras se arremolinó en torno a las velas, los mástiles, el casco.

Mi corazón se detuvo cuando la nave de Larsson simplemente se desvaneció, como si fuera espuma del mar.

Entonces llegó la voz de Erik, tranquila, grave, urgente:

—¡Agachaos! ¡Cubríos!

Retrocedí un paso, temblando. Con un rugido caótico de olas, la nave fantasma se abrió paso a través de un muro de agua. Casco contra casco, la madera y el hueso gemían y protestaban. Los gritos

de los tripulantes que se aferraban a las barandillas o caían al mar ardían en mi cabeza.

—¡Preparados para abordar! —Tait, Erik… tal vez fue Aleksi quien dio la orden.

«Abordar». Ese era el momento que había temido y anhelado desde que Larsson Guardahuesos me arrebató del lado de mi rey.

El miedo y la ira estallaron en mi pecho en un grito contra la lluvia. Las cubiertas del barco enemigo estaban tan cerca que podía distinguir los botones de plata sobre los jubones y mantos de los elfos. Las velas negras se estrellaban contra las carmesíes. Aparejos enredados entre mástiles y velas. Ambas naves se mecían, buscando su equilibrio a tan corta distancia.

El caos envolvía la cubierta.

Necesitaba estar al lado de Erik, necesitaba preparar nuestras espadas. Me rodearon unos brazos fuertes, protegiéndome la cabeza antes de que pudiera extender la mano hacia mi rey.

Capítulo 43

La serpiente

Valen abandonó el timón cuando la nave de Larsson chocó contra la nuestra. Había cubierto a Livia; pude volver a respirar.

—¡Recargad! —grité con un gruñido tan áspero que me desgarró la garganta como astillas. Mis brazos tiraron del timón, virando la proa en un intento de zafarnos del agarre del casco de Larsson—. ¡Mantened el viento en esas velas, malditos!

Un relámpago brillante atravesó las densas oleadas de nubes que se arremolinaban. Empapados por la lluvia de Portatormentas, mis hombres cubrían los orificios de las lanzas ígneas, desesperados por mantener viva la llama el tiempo suficiente para disparar.

—¡Un poco más, Finn! —gritó Celine, y luego se volvió hacia Stieg —. Demuestra de lo que son capaces los elfos de la tierra, guerrero.

Tanto Portatormentas como Stieg se aferraron con un brazo a las cuerdas junto a la borda y alzaron las palmas. Ráfagas de viento helado barrieron la cubierta, azotando las velas carmesíes. Gemidos y gritos de sorpresa se elevaron al cielo cuando las hondonadas y los impulsos del mar sacudieron la nave. Portatormentas apretó los dientes, tenso, al borde del colapso.

Celine corrió por la borda como un espectro en la noche y se aferró con fuerza a su cintura, abrazándolo. Con la boca entreabierta, a punto de maldecir y escupir mi rabia, me la tragué de nuevo.

Portatormentas dejó caer los hombros, y el mar se agitó con violencia. Su canto crecía. Lo suficiente como para que la proa de la *Nave Eterna* se inclinara y se deslizara hacia atrás, abriendo un poco de espacio entre ambas cubiertas.

Algunos tripulantes habían caído desde la cubierta a las aguas embravecidas. Otros, a bordo de la nave élfica, habían sido devorados por un pozo de dientes como agujas y cantos de sirena. Gente del mar emergía de las olas para abalanzarse sobre los

hombres que se aferraban al aparejo y las barandillas de la nave fantasma.

Pacífica la mayoría de los días, pero temible y bestial cuando luchaba. Garras retráctiles se extendían como ramas curvadas en sus largos miembros.

Me dolieron los dedos alrededor de las empuñaduras cuando reconocí a Nixie, una doncella leal que pasaba demasiado tiempo intentando convencer a mi tripulación de darse un baño. Siseó y chasqueó sus afilados dientes, clavando sus dedos con púas en el vientre de un elfo que colgaba de una cuerda al borde de la nave.

Necesitaba llegar hasta Larsson. Mi voz sonó áspera como vidrio astillado cuando bramé:

—¡Preparados!

—¡Lanzas a estribor, preparados!

—¡Firmes ahí, muchachos!

—¡Apuntad a la cabeza o a los putos huevos!

Órdenes y advertencias fluían por la cubierta. El estruendo era tan feroz y ensordecedor que apenas podía distinguir desde qué nave se lanzaban los gritos. Teníamos nuestras lanzas ígneas, pero…

—¡Mareas negras, anguilita! —Sewell se llevó las manos a la boca, vociferando mientras señalaba la nave élfica.

Mareas negras: peligro sobre el agua.

Bajo el velo de la niebla y la tormenta, llamas, intactas pese a las cortinas de lluvia, ardían sobre nuestras cabezas. Flechas incendiarias.

Me incliné sobre el timón, la madera clavándose en mi vientre.

—¡Cargad esas lanzas más rápido o nos reuniremos con los dioses del mar!

¡Bum, bum, bum! Las lanzas se dispararon en rápida sucesión. Piedras ardientes surcaron el espacio entre las naves. El crujir de la madera y de la lona desgarrada fue la única señal de que habíamos acertado antes de que Tait anunciara con un feroz grito:

—¡A cubierto!

El silbido de las flechas en caída me quemó el cráneo.

—¡Alondra! ¡Contra la borda!

Me lancé por la cubierta, presionando la espalda y las caderas contra la barandilla. Frenético, busqué a Livia: Valen seguía sirviendo de escudo para su hija, y juntos se habían pegado todo lo posible a la borda del barco.

Las flechas golpeaban la cubierta. Las llamas trepaban por los mástiles y las cuerdas. No perdí tiempo: saqué medio cuerpo por la borda y convoqué una ola enroscada que se derramó sobre la cubierta principal, y sofocó el fuego.

Cuando alcé la mirada, al otro lado del abismo tempestuoso que se interponía entre nosotros, Larsson permanecía en el alcázar. Tenía las palmas apoyadas en la pulida barandilla de madera, la mirada fija en mí, en nada más. El cabello recogido lejos del cuello, un pañuelo sobre la cabeza, igual que cuando navegaba bajo el estandarte de la *Nave Eterna.*

Por un instante, apenas un suspiro, la batalla se detuvo, la tormenta enmudeció. Su rostro era duro, pero ilegible. Un vestigio del hombre que creí conocer. En ese momento era otra cosa: una criatura oscura que debía ser arrancada del Reino Eterno.

Me enderecé junto a la borda, deslicé uno de los puñales de la vaina de mi muslo y ladeé la cabeza, dejando que un ojo recorriera el filo de la hoja. La hoja apuntaba al corazón de Larsson.

—Voy a por ti, hermano.

Imposible que me oyera entre los estallidos de las lanzas ígneas y la tormenta. Aun así, los dientes de Larsson brillaron en una sonrisa torcida, como si dijera: «Aquí te espero».

—¡Cantasangre! —gritó Aleksi, manteniendo el equilibrio en la cubierta oscilante al aferrarse a una cuerda—. ¡Las brujas han avisado! ¡Las costas están libres! ¡Es nuestro momento!

Sobre las velas negras de la nave de Larsson, la isla se dibujó en el horizonte. Las embarcaciones más pequeñas habían partido de la costa, buscando abrumarnos. Mi mirada se cruzó con la de Livia. Se aferraba a la barandilla, con ojos como lagunas profundas, intensos y vivos.

El único indicio de su inquietud estaba en la suave arruga entre sus cejas, en sus labios.

«Te amo, alondra».

Incluso sin el vínculo del corazón, disfruté imaginando que lo escuchaba igualmente. Cubrió su corazón con una palma, una respuesta silenciosa que lo decía todo.

—Esperad un poco más —le respondí a Alek.

Los elfos reales se dirigían a sus puestos. Tait se mantenía entre ellos, pero mirándome a mí. Levanté una mano y observé cómo mi primo transmitía la orden de mantener la posición.

Un poco más. Escudriñé las aguas bravas con una nueva desesperación. ¿Dónde demonios estás?

—¡Mantened la posición! —grité de nuevo, con el pecho tensado.

—Cantasangre.

Ignoré al príncipe.

«Por los dioses, ¿dónde estás?».

Otra lanza ígnea se disparó. Dos docenas de flechas se arqueaban sobre el mar. Celine y Stieg dirigieron sus vientos contra ellas, desviando las llamas de su curso.

Entonces, el mar pareció hundirse y arremolinarse, como si se apilara sobre sí mismo, arrastrando nuestras naves hacia abajo. Una sirena, pintada de musgo y sosteniendo un cráneo en sus palmas, rompió la superficie. Calaveras con cuencas sanguinolentas ondeaban en una bandera negra. Varillas de marfil de los abedulares de la Casa de los Huesos apuntaban al cielo. La nave de Gavyn irrumpió por el lado opuesto de la nave de Larsson.

Se desató un alborozo en cubierta. Mi tripulación golpeaba el aire con los puños bajo la lluvia, coreando el nombre del señor de los huesos.

Larsson giró sobre sí mismo. No podía oírlo por los gritos del viento, pero lo imaginé maldiciendo, sintiendo cómo el estómago se le encogía cuando la tripulación de Gavyn lanzó sus gritos de batalla hacia la oscuridad.

La *Venganza de la Sirena,* renombrada con acierto cuando ahogaron la voz de Celine, desplegó sus gruesas velas cerúleas. La proa se deslizó sobre la superficie del agua, apuntando al casco de la nave de Larsson. Las goletas élficas ajustaron su rumbo, concentrándose en la ofensiva proveniente de ambos flancos, apartando la mirada de la isla.

—Ya era hora, bastardo —murmuré entre dientes mientras me apartaba cojeando de la barandilla—. ¡Todos a sus puestos! Garfios listos, malditos. Preparaos para abordar.

Devoracráneos tomó el timón. Me enrollé una cuerda alrededor de la muñeca antes de colocarme junto a Sewell en la borda.

—Serpiente.

Tomé aire. Una sola mirada, una breve pausa, y pronuncié las palabras que debí decir al final de la guerra, cuando el primer destello de esperanza para un corazón marchito nació de una sonrisa tras los barrotes de una celda.

—¡Eres mi luz en la oscuridad!

Con un suave empujón de Valen, Livia fue conducida bajo cubierta, pero antes de que su rostro desapareciera de mi vista, me llamó:

—Mil ciclos, Erik Cantasangre.

Cerré los ojos y encaré el mar.

«Mil ciclos, alondra».

Garfios de hierro volaron sobre el vacío entre las naves. La tripulación de Gavyn ya estaba haciendo lo mismo.

Larsson lanzó órdenes sobre la cubierta, maldiciendo y siseando mientras instaba a sus hombres a liberar las púas. Cuando los ganchos se aferraron a sus barandillas, los marineros en el centro de la cubierta se echaron las cuerdas al hombro y tiraron en dirección contraria. Nos acercamos, palmo a palmo.

La *Venganza de la Sirena* y la *Nave Eterna* atraparon a Larsson entre sus cascos, como un pez en la red.

—¡A la borda! —grité—. Mantened las hojas listas, tomad lo que queráis, ¡pero Guardahuesos es mío!

Esto terminaba aquí. Pensaba comenzar esos mil ciclos junto a mi reina con sangre nueva en las manos. En la siguiente respiración, me impulsé desde la barandilla y me lancé sobre el mar.

Capítulo 44

La alondra

La *Nave Eterna* se sacudía sin piedad. Bajo cubierta, ante la boca abierta de la compuerta del casco, Jonas me aferró del codo y me sostuvo cuando el barco se precipitó hacia delante.

—Dioses, devuélvanme a tierra firme —murmuró.

El agua del mar irrumpió en el casco, tragándose nuestros tobillos, nuestras rodillas. Teníamos puestos que ocupar, papeles que desempeñar. Aun separados, Erik y yo luchábamos juntos para proteger nuestro reino. Sander fue quien decidió dónde seríamos más útiles. Por mucho que lo detestara, no se equivocaba. Los elfos de tierra y el pueblo Alver, como él, eran más fuertes con los pies sobre el suelo.

Las amenazas de Larsson —fuerzas en tierra y mar— anunciaban que Natthaven y sus ejércitos se enfrentarían a las tierras de la ciudad real. La guerra de Larsson pertenecía al mar, pero Arion traería la victoria en los dominios élficos.

—Jonas —dije, con la voz a medio formar, apenas un aliento—. Sé que el *neach-dai* despierta en ti la necesidad de protegerme, pero no hagas nada que te aparte de nosotros.

Sacudió la cabeza con una sonrisa ladeada.

—Voy a decirte algo terriblemente sincero. Siempre he tenido la compulsión de mantener a salvo a este puñado de idiotas. No sabría qué hacer sin ninguno de vosotros. Nada ha cambiado. Solo estoy protegiendo tu reino y, al hacerlo, sigo protegiéndote a ti.

Jonas era juguetón, un poco libertino, pero lo que había hecho, lo que estaba dispuesto a ofrecer para ganar aquella batalla… No estaba segura de que ni siquiera Erik supiera cómo procesarlo. El rey eterno se había mostrado extrañamente sombrío en torno a mi amigo desde entonces, observándolo como si no lograra comprender en absoluto las motivaciones del príncipe de las pesadillas.

Cuando la marea nos llegó a la cintura, nos lanzamos —mi padre, Tait y los demás miembros de la realeza— a las corrientes. Los pulmones me ardían, los músculos me dolían. Pateé con fiereza, nadando para alejarme de la *Nave Eterna.* El impulso de quedarme, de asumir mi lugar junto a Erik, me revolvía el estómago.

La idea de que él abordara la nave de Larsson, la verdad de lo que tendría que enfrentar, me trituró el corazón hasta convertirlo en pulpa sangrante contra mis costillas.

Cerré los ojos y hundí las palmas en el agua, impulsándome aún más lejos del barco.

Destellos rojos de lanzas ígneas centelleaban sobre nosotros, pero cuando el estruendo amainó, salí a la superficie. Solo mi frente y la mitad de la nariz rompieron las aguas. Frente a mí se alzaba la isla que se desvanece.

La cabeza de Mira emergió a mi lado, medio oculta entre las corrientes. Me miró con sus ojos delineados de kohl y asintió con rapidez antes de hundirse de nuevo en el agua.

Poco a poco, una pizca de bruma marina, un velo de niebla y árboles más densos que tomaban forma a lo largo de la costa nos concedieron el espacio necesario para alcanzar la playa sin ser vistos. Jamás me cansaría de las ilusiones de Mira. Era capaz de manipular paisajes enteros como si fueran un lienzo, revelando algo nuevo con tal sutileza que pasaba inadvertido.

Uno a uno, abandonamos la orilla, avanzando agachados en un bosque hecho de medias verdades. Ilusiones de álamos con corteza descascarada y de hojas cubiertas de rocío velaban nuestros rostros, tan reales que podía aspirar el aroma limpio de la lluvia mientras pasábamos entre ellas.

Alek mantenía una mano firme en la parte baja de la espalda de Mira, guiándola hacia delante. Ella llevaba los ojos cerrados y las palmas abiertas a los lados. Concentrada. Decidida. Sin interrupciones, podría sostener la ilusión durante casi todo el trayecto.

Con las palmas extendidas, asumí parte de la carga. La furia calentó las puntas de mis dedos, y trazó un lazo invisible con la isla, con la tierra, con el rocío sobre las flores, hasta que pude sentir el

pulso de la vida desde la raíz hasta el brote. Las ramas de los árboles reales se espesaron, formando un dosel sobre nuestras cabezas. La hierba creció, envolviéndonos hasta las rodillas.

Mientras avanzábamos a hurtadillas, me apresuré a explicar los senderos de madera que conducían a las escalinatas del palacio, dónde evitar hundirnos demasiado en los pantanos interiores y por dónde quienes lo necesitaran encontrarían acceso a la fortaleza.

Mi padre se agachó, trazando líneas en la tierra con un dedo, lanzando miradas ocasionales a nuestro alrededor mientras cartografiaba nuestra posición. Cada uno repitió sus marcas y señales.

—Acabemos con esto de una vez —dijo Aleksi, sacudiéndose las manos mientras desenvainaba su hoja corta Rave. Lanzó una mirada a los remolinos de nubes que envolvían los barcos. Truenos y destellos de luz rasgaban la oscuridad cada pocos latidos—. Cantasangre nos necesitará a todos.

—Daj —dije, sin apartar la vista del palacio—. Es hora de sacarlos de su escondite.

Mi padre siempre había sido una fuerza imponente a mis ojos. Lo había visto entrenar con la Rave, sabía que había derrocado reinos tiránicos, que había vivido con una sed de sangre insaciable. Estar ahora a su lado era un honor. Como Ferus, había albergado inseguridades secretas, como si el mundo me condenara a vivir siempre a la sombra del legado de mis padres.

Ver a mi padre —un rey, el único maestro de tierra en mil ciclos— inclinar la rodilla ante mi orden me dio una pequeña lección de humildad. Me hizo sentir empoderada. Saber que confiaba en mis capacidades y en mi palabra me dio fuerza, incluso adormeció algunos de los miedos que amenazaban con doblarme la espalda bajo su peso.

Mi padre extendió la palma sobre el suelo. Cerró los ojos.

Me aferré a la rama de un árbol cuando estallidos de roca y tierra salieron despedidos por los aires. El suelo rodó y se sacudió. Se dobló como si no fuera más que un palo astillado trazando una línea en la arena. Daj abrió la tierra, y derrumbó más de un muro alrededor del palacio.

Las mismas campanadas desgarradoras de la noche en que había escapado resonaron desde las torres. Guardias, ya preparados con espadas y arcos, emergieron de detrás de puertas, muros y árboles.

—¡Mira! —gritó Sander—. Ilumina el cielo.

Mi amiga vaciló, aún sosteniendo las ilusiones que nos mantenían ocultos.

Apoyé una mano en su hombro.

—Mir, es el momento.

Sus ojos ámbar se tornaron vidriosos mientras recorría nuestros rostros uno a uno.

—Si alguno de vosotros, insensatos sangrantes, muere —dijo—, no me sentaré jamás con vosotros en el salón de los dioses, ¿me oís? Y seré el alma de la fiesta en el Otro Mundo, así que manteneos con vida. Dioses… Incluso tú, Hablacorazones.

—No pienso morir esta noche, princesa —gruñó Tait, sin corregir su nombre. Miró su reloj—. Envía la señal. El peligro crece. Se nos acaba el tiempo.

Mira cerró los ojos y lanzó las manos hacia el cielo. Las sombras y la bruma nos abandonaron, pero destellos de plata y azul desgarraron la oscuridad sobre nuestras cabezas: una ilusión de estrellas descendiendo en espiral desde los cielos, hermosa e imposible, como miles de hojas relucientes que cortaban los pliegues de las nubes de tormenta.

Sin el amparo adicional de las ilusiones de Mira, los guardias elfos tardaron apenas un instante en divisarnos en la orilla abierta.

—¡Id! —Empujé a Mira hacia Jonas y Sander. Ambos gemelos habían ennegrecido el blanco de sus ojos.

Jonas vaciló, frotándose el pecho.

—Necesito que lo digas claramente, Liv. Me mantiene cerca de ti.

—Jonas, si no llegas a tu puesto, no tendremos forma de entrar. Así es como proteges el Reino Eterno.

Un músculo le palpitó en la mejilla, pero poco a poco se apartó de mí, cada vez más deprisa, hasta echar a correr tras su hermano y Mira.

—¡Livia! —gritó mi padre, desenvainando una de sus hachas—. Sé feroz, pequeña mía.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que se me agarrotó. Allí, entre los árboles, escudos redondeados de color azul se alineaban hombro con hombro, con las puntas de las espadas asomando por encima. Filas de guardias avanzaron a pisotones hasta la orilla. Desde los parapetos y las copas dispersas de los árboles, los arqueros tensaron las cuerdas de sus arcos.

Nos rodeaban —a sus cuatro enemigos restantes: un maestro de tierra, un elfo del mar, un príncipe guerrero y una reina— y, sin lugar a dudas, creían que aquella lucha había terminado antes siquiera de empezar.

Tras un silbido agudo, las filas de escudos se abrieron. Arion irrumpió entre ellas. Terriblemente atractivo, parecía aún más poderoso que la última vez que lo había visto. Correas negras sujetaban sus hojas doradas sobre el pecho y las piernas fornidas. Su cabello de fuego estaba recogido a la altura del cuello, y las caperuzas doradas que antes cubrían sus orejas puntiagudas habían sido sustituidas por unas de plata.

—¡Luchamos por todos los pueblos élficos! —proclamó para enardecer a sus guerreros, aunque su regocijo mezquino y cruel ante la visión de la batalla no podía ocultarse. Arriesgaba su sangre, toda, solo para ganar un trono.

Aquello no era por su gente; era por él.

Por encima de su hombro apareció el perfil afilado de Fione. Era la primera vez que veía a la bruja del mar fuera de sus túnicas de seda ondulante. Vestía calzas ceñidas, botas hasta los muslos, y cuchillos de estilete rodeaban su cintura. Sujeta al cinturón llevaba una bolsa de piel de ballena, sin duda repleta de hechizos y pócimas.

—¿Este es el ejército del rey eterno? —se burló Arion, con una sombra en la mirada—. Me siento insultado.

—Es un maestro de tierra —escupió Fione con desdén—. No creí que el rumor fuera cierto. Cantasangre consiguió convencer al asesino de su padre para que lo mantuviera con vida.

—Ah. Tengo planes para vuestros reinos élficos. Me resultan molestos y mal gestionados —dijo Arion—. Creo que me los quedaré. ¿Por qué no? Si vamos a tomar el mar, será sencillo tomar también los vuestros.

—¿Por qué no? —Mi padre permaneció imperturbable, casi aburrido. Cómo lo hacía, no lo sabía. A mí el corazón me latía como si se hubiera alojado en el fondo de la garganta.

Arion hizo un gesto desdeñoso con la mano hacia las piedras partidas que rodeaban el palacio.

—Si esto es lo mejor que podéis hacer, diría que mis probabilidades son bastante buenas.

Mi *daj* ni siquiera esbozó una sonrisa. Hizo rodar el hacha una vez en su mano.

—¿Por qué no lo averiguamos?

Con un bufido despectivo, Arion nos dio la espalda.

—Matadlos y hacedlo rápido. Quiero terminar esta escaramuza antes del atardecer y ocuparme de unos votos largamente atrasados.

Las flechas se realinearon y ajustaron. El labio de Fione se curvó en una mueca cuando se giró tras Arion y regresó al palacio. El príncipe elfo estaba destinado a alzarse como vencedor de la batalla, pero lo haría sobre las espaldas de su propio pueblo. Se sentaría en lo alto de un trono, sorbiendo vino, reclamando una corona mientras otros morían por él.

Tait cerró la tapa de su reloj con un chasquido; en la comisura de su boca asomó una leve curva, como si luchara por contener una sonrisa.

En el mismo instante en que Arion nos dio la espalda, se estremeció al ver cómo una lanza atravesaba el pecho del guardia situado a un paso de él. El príncipe elfo se volvió de golpe, con los ojos desmesuradamente abiertos.

El agua se abrió en un estallido de olas furiosas cuando las velas cenicientas del *Ala Sombría* surcaron la superficie. La nave de Narza se alzaba en tres niveles, con velas tan densas que parecían más nubes que lona.

Desde las aguas poco profundas emergieron rostros. Brujas, sirenas y cantores del mar de facciones mutiladas surgieron de las mareas con lanzas y espadas en alto.

Pero Torbellino, erguido como una escultura de piedra, bajó el brazo y sonrió mientras el guardia empalado caía de bruces.

Filas y filas del pueblo del mar asaltaron la orilla de la isla, arrojando sus hierbas y viales, que estallaron en nubes de humo y aromas rancios.

—¡Fione! —chillaron tres brujas marinas, presas de la furia al ver a la traidora de su casa.

Una de ellas lanzó una bolsa. Fione siseó y alzó las palmas; una oleada de agua salada engulló el objeto en el mismo instante en que estallaba en llamas, apagándolo bajo el empuje de la marea.

Las brujas mostraron los dientes y prepararon más cuchillas y conjuros.

Otro guardia se estremeció y avanzó tambaleante cuando la sangre comenzó a rezumarle por los poros. Se dirigió hacia mi primo. Los ojos de Alek eran negros como el ala de un cuervo. Extendió una mano, luego la otra, invocando a dos guardias más.

Atrapados como estaban en el hechizo de invocación de sangre de Alek, Tait no tardó mucho en hundir su alfanje en las costillas de los guardias, hasta que cayeron amontonados a los pies de mi primo.

—Dijiste que las brujas no estaban de su lado —gruñó Arion a Fione.

Su pecho subía y bajaba con violencia. Parpadeó, la inquietud tallada en su rostro de porcelana.

—No… no lo están. No lo estaban.

—¡Protegednos! —rugió Arion.

Fione se abalanzó hacia la bolsa de su cintura, desesperada, frenética, pero sus dedos torpes fallaron cuando un estallido de trueno sacudió toda la isla. Ciclones brotaron del mar; enormes torrentes de agua y viento azotaron al ejército.

Torbellino permanecía en las aguas poco profundas, con las manos alzadas por encima de la cabeza, invocando la furia del mar. Sobre la cubierta del *Ala Sombría,* Narza mantenía las palmas hacia abajo, alzando el agua para encontrarse con su ira.

Por los infiernos sangrantes: juntos eran aterradores.

La arena nos azotó como agujas; nos golpeó las mejillas y se nos metió en los ojos. Parpadeé, sonriendo al ver a los elfos forcejear

para sostener arcos y espadas, usando los escudos para protegerse del vendaval.

—¡Matadlos! —bramó Arion, aunque él mismo parpadeaba sin cesar, incapaz de mantener los ojos abiertos ante la tormenta de arena.

Narza y Torbellino liberaron su hechizo al unísono y lanzaron una ola feroz contra la orilla. Caí de rodillas, con las palmas pegadas al suelo, y rogué a lo que fuera —a cualquier cosa— que ayudara al pueblo de la tierra a mantenerse firme. Aleksi gritó, sobresaltado, cuando viscosos zarcillos de algas submarinas rompieron la arena húmeda. Se enroscaron alrededor de los tobillos de mi primo, los muslos de mi padre y mi cintura.

Cuando la ola desbocada golpeó, permanecimos anclados en nuestros sitios.

No así los elfos. Los escudos salieron volando, los hombres fueron arrojados hacia atrás y algunos corrieron en busca de terreno más alto. Arion se aferró a una roca, luchando por mantenerse en pie frente al embate del agua. Fione se desvaneció en medio del caos.

La tripulación de Narza se derramó por las bordas de su nave, invadiendo la isla sin cesar. El corazón se me hinchó al oír la voz oscura y satinada de Narza ordenar a su casa que empuñara las armas por su rey, por su reina, por su hogar.

Cuando Jonas había ideado el intercambio para puentear el juramento de Narza de permanecer y defender los reinos de la tierra, había esperado, a medias, que regresara al Eterno y observara, una vez más, cómo su nieto enfrentaba la guerra. Tal vez fue cinismo. Pero al verla allí, feroz como siempre, lancé mi propio grito de furia contra lo que quedaba de la guardia elfa.

Arion volvió a trastabillar cuando el suelo bajo sus pies se resquebrajó. El príncipe elfo se lanzó a un lado, desesperado por no caerse por la grieta.

Mi padre hizo girar un hacha en su mano, ladeando la cabeza.

—Bien… ¿averiguamos cómo va a acabar esto?

Arion desenvainó su espada. Sostuvo la mirada cargada de odio de mi padre. Luego, cuando el agua de la ola se retiró, él y sus hombres se lanzaron a la carrera sobre la playa.

Un guardia elfo, con la nariz torcida y una espada larga dorada, se lanzó hacia mí. Bloqueé su golpe y giré con agilidad para esquivar un corte que buscaba mi espalda en un rápido desplazamiento.

Su hoja trazó un camino hacia mi pecho. Me incliné hacia atrás, esquivando por poco la punta. Mi daga le hizo un tajo en las costillas; mi bota impactó contra el costado de su rodilla. Gruñó como si no hubiera sentido nada.

El guardia estampó su grueso puño contra mi boca, arrojándome hacia atrás.

—¡Livia! —retumbó mi padre, profundo como el trueno sobre nuestras cabezas—. ¡Cuidado! —Y lanzó su hacha.

El filo curvado se hincó en la columna del guardia. Gruñó y se desplomó de rodillas. Tosí sangre y no perdí tiempo antes de clavar mi daga en la nuca del hombre.

Con solo un hacha, Valen Ferus se convirtió en furia. Arion maldijo mientras mi padre lo perseguía lanzando fragmentos irregulares de roca que estallaban sobre la playa.

El fuego dirigido contra nuestro pueblo por la magia élfica fue extinguido por los gritos de las brujas. Las sirenas entonaban canciones melódicas y desgarradoras. Tait les rugió a Aleksi y a mi padre para que se taparan los oídos. Balanceaban sus espadas, llenando de arena y algas el aire para contrarrestar la atracción de las sirenas. Los elfos, atrapados por sus voces de seda, tropezaban, hechizados, hacia el mar.

Entre el clamor de los gritos y las nubes tormentosas que se espesaban, distinguí un rostro pálido entre la niebla: Fione. La bruja del mar observó la batalla con horror y se lanzó hacia los árboles.

Sonreí, ajusté mi agarre sobre la espada y corrí hacia el bosque.

Capítulo 45

La serpiente

Una mano se aferraba con fuerza a la soga gruesa que oscilaba entre los barcos, mientras la otra empuñaba mi alfanje, el filo curvo apuntando al barco de Larsson. Cuando su tripulación vio los garfios de abordaje, saltó a la acción. Las cuerdas se enroscaron en las muñecas y sus hombres saltaron por la borda, igual que nosotros.

Choqué contra un bastardo de cabello hasta la maldita cintura que vestía un grueso jubón de cuero. No era un hombre de mar: se aferraba con ambas manos a la cuerda y sus ojos se abrieron, desorbitados y desesperanzados, cuando vio la hoja que blandía. Un solo tajo, y sus entrañas se derramaron sobre el Mar Eterno.

Mis botas golpearon la borda del barco de Larsson; la pierna protestó, pero me aguardaban más hojas y la sangre llamaba. Abordar un navío significaba atacar incluso antes de poner un maldito pie sobre la cubierta.

Una espada dorada cortó el aire a la altura de mi cuello. La intercepté con mi alfanje y, en el mismo instante, pateé la rodilla del desgraciado. Cuando cayó, mi hoja encontró su corazón.

Una sensación de propósito ardía en mi pecho, equilibrando la sed de sangre con la pasión, la rabia con la esperanza.

Tenía dos objetivos: matar a Larsson Guardahuesos y encontrar a mi reina.

Los cuerpos se amontonaban en la cubierta, las hojas chocaban en un frenesí. Mientras forcejeaba, busqué a Larsson por encima de las cabezas. Un cuchillo trazó un arco salvaje hacia el hueco de mi cuello; lo esquivé y abrí el vientre del hombre.

Al otro lado, Gavyn irrumpió como un relámpago, los ojos negros encendidos por la misma furia salvaje que me recorría. Antes de que un elfo pudiera atacar, empaló al bastardo por debajo de la barbilla. Se desvaneció entre la lluvia, solo para reaparecer detrás del bruto al timón. Con un guiño burlón, mientras el timonel chillaba

aterrorizado, Gavyn le atrapó el rostro entre las manos y, con un solo giro, le rompió el cuello.

Celine y Portatormentas vitorearon cuando el pueblo elfo retrocedió hacia los mástiles centrales. Portatormentas cerró los ojos, casi en paz, y tarareó su canción. En el mismo instante, Celine, con sus falsos dientes de madera, hundió sus colmillos en el cuello de un elfo.

A su espalda, un hombre avanzó hasta ella con la hoja en alto, pero antes de que pudiera atacarla, una repentina ráfaga de viento arrancó una vela del aparejo y lo lanzó hacia atrás.

Celine alzó la mirada, con sangre resbalando por su barbilla, y sonrió a Portatormentas.

—¡Finn!

—Mujer —gritó él, atravesando el pecho de otro guardia—. Donde tú vayas, yo voy.

Una hoja silbó a mi espalda. Me giré justo a tiempo para alzar el alfanje.

Un hombre corpulento, con ojos pálidos y perturbadores, lanzó otra cuchillada a mi vientre. Giré para esquivarla y traté de darle un tajo en las rodillas. Lo esquivó. Me abalancé sobre él. El maldito guardia logró herirme el hombro, pero, al ver mi sangre, dio un paso atrás.

Hundí los dedos en la herida del hombro.

—Ah —dije—. Así que has oído hablar de mí.

Antes de que pudiera huir, le rodeé la nuca con una mano y estampé mi palma ensangrentada sobre su boca. Venas negras reptaron por su garganta mientras su cuerpo se sacudía con violencia.

Lo dejé caer y recuperé el alfanje que se me había escapado de la mano.

Sobre nuestras cabezas, el cielo ennegrecido estalló en destellos de estrellas plateadas.

Los elfos que no estaban enfrascados en combate gritaron, aturdidos, incluso con un deje de desesperación, cuando el firmamento se incendió sobre la isla.

Una sonrisa se abrió paso en mi rostro. «Bien hecho, amor».

La primera señal había sido dada; ahora le tocaba a la señora Narza demostrar que sus palabras eran ciertas y, por fin, alzarse junto al rey eterno. Las campanas de alarma repicaron desde la isla. A lo lejos, velas de ceniza y humo rompieron la superficie del mar, y una tormenta se estrelló contra la costa.

El triunfo, luminoso y embriagador, ardía bajo mis costillas.

Con un gruñido, un hombre se desplomó a mis pies, ensangrentado. A través de la lluvia, Stieg me lanzó una sonrisa oscura. El guerrero se giró y abatió a otro hombre con su espada y, al recibir un segundo ataque lateral, cubrió la cara del bastardo con su enorme palma y le estampó la cabeza contra el mástil central.

Roté los hombros. Todo marchaba según lo previsto.

—¡Guardahuesos! —Mi voz, como la marejada, recorrió la cubierta arrastrada por la tormenta.

—¡Erik, el timón! —Celine alzaba su hoja como si fuera a lanzarla, pero la preocupación le había aflojado la boca—. ¡El timón!

Cantamareas avanzó sola, desesperada, esquivando tajos de hojas errantes. Miré por encima de mi hombro y un ardor punzante me atravesó el vientre. Sewell, encorvado sobre la borda, se enfrentaba a Larsson con su espada. La sangre teñía la barbilla del Guardahuesos. ¿Cuántos hombres habría destrozado para robarles la voz?

Nada de eso importaba.

Mi cocinero. Mi camarada. El hombre más cercano a un padre que jamás había tenido estaba a punto de caer.

Y entonces eché a correr.

El fuego me trepó por la pierna y me atravesó la columna. Aceleré el paso.

Un guardia elfo, con una manga de su túnica de luz estelar ardiendo, se tambaleó contra mí. Bufé, apoyé la espalda en el mástil y le hundí la bota en el vientre. No había tiempo para verlo agitarse mientras caía por la borda y desaparecía en el mar.

Un grito me desgarró por dentro, un corte más profundo que el de una hoja. Celine clamó por su padre, por su hermano, y trastabilló. Larsson arrancó de un tirón la espada de Sewell, y en el

instante en que el antiguo señor de los huesos abrió la boca para invocar su voz marina, le clavó los dientes en el cuello.

—¡No! —Gavyn reaccionó al instante. En la siguiente respiración, ya era agua.

«Mierda, mierda, mierda».

Me estrellé contra Larsson, arrancándolo de encima de Sewell. La forma de Gavyn surgió ante su padre, sosteniéndolo por debajo de los brazos antes de que se desplomara sobre la cubierta, la sangre brotándole a borbotones del cuello.

La cabeza de Larsson golpeó la toldilla, mi cuerpo encima del suyo, pero su puño se hundió en mis costillas sin pausa. Rodamos lejos del timón, azotándonos como perros hambrientos. Larsson me montó y fue directo a mi garganta. Mis nudillos crujieron contra su mandíbula. Sacudí las caderas, haciéndolo perder el equilibrio, y me puse en pie a trompicones.

Hojas desenvainadas; Larsson lanzó una daga que silbó por el aire. Me arqueé hacia atrás, pero no lo bastante rápido. El pomo forrado en cuero impactó contra el punto débil de mi pierna. Cedió. Con el dorso de la mano, me golpeó el rostro. Me ladeé sobre un codo, buscando apoyo, y detuve un tajo descendente con el filo de mi alfanje.

Con los dientes al descubierto, Larsson se inclinó sobre mí, nuestras hojas en cruz, y alzó de nuevo la bota, pateando una y otra vez los huesos torcidos de mi pierna. El dolor nubló los bordes de mi visión.

—Intocable, Cantasangre —escupió Larsson. La sangre de sus ataques, de Sewell, me cayó sobre el rostro—. La sangre envenenada no te servirá de nada contra huesos que se quiebran.

En algún lugar oí mi nombre. Más una súplica que un grito. Mi pierna cedió bajo otra patada. Se quebró.

Una más, y el miembro entero se haría añicos. Gemí y me aferré a un instinto histérico de supervivencia. Larsson volvió a inclinarse sobre nuestras hojas, el filo temblando peligrosamente cerca de mi garganta. Lo agarré por el cuello y hundí mis uñas en su carne hasta que se abrió y se desgarró.

Larsson se echó hacia atrás, dejando pedazos de su piel bajo mis uñas. Apoyándome en la borda de la toldilla, me incorporé, equilibrándome sobre mi pierna fuerte.

Sus ojos fríos se oscurecieron.

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—Debe de ser de familia.

Larsson se limpió un poco de sangre con la manga.

—Quizá. Sabes, hermano, creo que nunca has oído mi voz.

Tarareó una melodía suave, casi alegre.

Mi cuerpo se tensó, los músculos se bloquearon. Un dolor punzante me desgarró el pecho, agujas de hielo perforando mi piel hasta hacerla arder. La lluvia empapaba mi camisa, pegándola a mi cuerpo, revelando la carne negra como el carbón que se desprendía de mis huesos. Desgarracarne. Era extraño lo fascinante que me resultaba ver mi propio pecho arder y deshacerse.

La sangre se deslizó por mi torso. Mis pies flaquearon. Caí.

Pasos lentos, casi solemnes, se aproximaban. Aturdido, distante, alcé la vista hacia el rostro de Larsson. Si entrecerraba los ojos, casi podía verla a ella. Ojos azules como el Mar Eterno, la dulce línea de preocupación sobre su frente. Debería haberle dicho que la amaba una última vez.

Larsson terminó su canción, dejando mi piel abierta, sangrante, ardiendo.

—En otra vida —dijo con voz baja— podríamos haber tenido la oportunidad de ser hermanos. Incluso podría haberme gustado.

Lo despreciaba, pero quise asentir, quise admitir que nada en esta vida había sido justo para los herederos de Thorvald.

Con la espada alzada sobre la herida abierta en mi pecho, Larsson me estudió una última vez, como despidiéndose en silencio, como para demostrar que había ganado la corona. Voces seguían clamando por mí; significaba mucho para mí que incluso algunos miembros de mi tripulación me lloraran. Anhelaba a Livia. La desearía hasta encontrarla en el Otro Mundo; dioses, había querido esos mil ciclos.

La nave se tambaleó sin control. Las velas se inclinaron violentamente hacia el agua.

Larsson fue arrojado hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la borda. Desorientado, presionó la palma sobre su frente. La agonía me retorció el rostro cuando me senté, erguido, enganchando el codo nuevamente sobre la borda. Grité cuando la carne y los tendones se desgarraron y tensaron hasta que pude asomarme a la tormenta.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

«Maestro de tierra».

De la espuma embravecida del mar surgieron acantilados dentados, desgarrando las cuerdas que unían la *Nave Eterna* y la embarcación de Gavyn con la de Larsson. Una jaula de piedra que aislaba a nuestro único enemigo.

Con una mezcla de horror y asombro, Larsson contempló cómo el lecho marino aprisionaba su nave.

Entre las naves y la costa, los ciclones surgían de las aguas poco profundas de la isla que se desvanece, violentos y letales. Narza estaba allí, auxiliando a Livia en la batalla terrestre. La reina eterna reclamaba el suelo. Ahora era momento de reclamar el mar.

Me puse de pie, mordiéndome la punta de la lengua mientras mi pierna rugía. Larsson se aferraba para mantener el equilibrio, aún perdido entre los acantilados que brotaban.

Odio contra odio.

—Se acabó, Erik —dijo Larsson; lentas y espesas gotas de sangre le cubrían el labio inferior—. No resistirás contra mí. Muere con dignidad.

Me incliné y recogí el alfanje de la cubierta.

—¿Cuándo he sido yo digno? Si el Otro Mundo me reclama, te llevaré conmigo. En pedazos, si los dioses me conceden el gusto.

Sin dudarlo un instante, Larsson se lanzó contra mí.

Capítulo 46

La alondra

Me deslicé entre dos abetos. Una espina se partió y se me clavó en la parte alta del brazo. Maldije entre dientes, pero no me detuve; apreté con más fuerza la daga de hierro blanco. Sal y flores danzaban a mi alrededor, arrastradas por ráfagas de viento.

Estaba cerca.

Un estremecimiento recorrió el suelo. Mi padre sabía manejar su furia: sacudir y aterrorizar antes de revelar la verdadera magnitud de su plan. Cada oleada era un empujón que me animaba a seguir adelante, a encarar mi combate de frente. Los demás harían lo mismo.

Con cuidado, salvé un tronco caído, midiendo cada paso cuando el sendero se volvió empinado. La luz parpadeaba entre los árboles y mis pisadas se volvieron silenciosas. Procurando no quebrar ni un solo brote, aparté una rama de mi camino.

Fione estaba arrodillada en un claro, forcejeando con el corcho de un vial que había arrancado de su faltriquera. Fuera cual fuese el hechizo que pensaba lanzar, murió antes de nacer.

El calor se concentró en mis palmas. Los árboles temblaron a nuestra espalda.

Fione se giró de golpe, con un cuchillo extendido frente a su pecho.

—Ni un paso más, elfa de tierra. Lo soltaré y en tu próximo aliento te arrancaré el aire de los pulmones.

Hechizos oscuros, magia cruel: eso era Fione.

—No lo creo —dije.

Bastó un gesto de mi mano. La fuerza de mi furia hizo que ramas, lianas y raíces se enroscaran alrededor de su muñeca, arrebatándole el vial de entre los dedos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué esa cara de asombro? —Incliné la cabeza—. Siempre me llamas elfa de tierra. —Me llevé los dedos al labio—. Por los dioses, ¿de verdad pensaste que no éramos hábiles? Confías tanto en tus hechizos retorcidos, Fione… ¿No imaginaste que respondería con la furia de la tierra?

Fione tiró de su muñeca, rompió la rama y retrocedió, arrastrándose hasta el borde del claro.

—No te saldrás con la tuya.

—¿Eso crees? —Avancé un paso—. A mí me parece que ya lo estoy haciendo.

Fione se lanzó hacia mí. Sus dedos se cerraron sobre la hoja de mi daga. La sangre empapó sus nudillos. Chilló, aferrada a mi arma mientras ella misma soltaba la suya.

Algo se tensó en mi pecho. Algo cruel y salvaje. Retrocedí y deslicé la daga fuera de las manos de Fione como si estas fueran una vaina de carne alrededor del acero. La bruja del mar, por fin consciente de su agarre temerario, lanzó un alarido cuando la hoja le abrió la palma.

—Ya te lo dije una vez: vengo de un lugar donde las mujeres no se despedazan entre sí por el poder —dije, apuntando con mi daga al suelo—. Se apoyan; se sostienen unas a otras. Pero creo que contigo, Fione, haré una excepción.

—Palabras audaces, elfa de tierra —escupió—. Demuéstralas.

Las raíces brotaron del suelo del bosque justo en el instante en que Fione invocó un extraño hechizo. De la tierra emergió agua turbia, burbujeante, y se solidificó en hielo, afilado como cuchillas. Fione agitó los dedos, y los proyectiles helados se lanzaron directos hacia mi pecho.

Levanté el brazo frente a mi rostro. Dedos retorcidos de madera surgieron del suelo, espinas y zarzas que se abalanzaron sobre el hielo de Fione como mazas bulbosas, destrozándolo en mil pedazos.

Los labios rojo grosella de Fione se fruncieron. El vidrio se hizo añicos, y uno de sus viales estalló en humo ceniciento sobre una rama caída. La levantó, desprendió grandes escamas de corteza y reveló una fina daga corta moldeada por su hechizo.

Grabada en vetas al igual que el tronco, la hoja maldita era estrecha y ágil, hecha para las delicadas manos de Fione.

—Esto no va a acabar bien para ti, Fione. —Maldita sea. El temblor de mi voz era evidente mientras ajustaba la daga de hierro blanco en mi mano.

—Casi suenas como si lo creyeras, elfa de tierra. —Fione empuñó su espada encantada, sus ojos destellando de odio, y se lanzó hacia delante.

Sin vacilaciones, sin dudas. El resto de la orilla desapareció. Espadas, gritos, el sonido del acero desgarrando cuero y carne. No podía detenerme a preocuparme por mi padre o por Alek. Mira, Jonas, Sander… No había tiempo para preguntarme si habían encontrado a Skadi o aplacado las fuerzas de Arion.

«Respira. Concéntrate». Esas palabras nunca habían sonado tan claras en mi mente. Esta era mi lucha. Este era mi momento para asegurar la paz para Erik y para mí. Otros tenían sus roles, sus momentos. Nada me apartaría del mío.

Con un grito contenido, asesté un golpe al filo de la espada de Fione. Un movimiento rápido que nos separó casi de inmediato. Nos rodeamos mutuamente, y empezamos a girar. La vibración del acero de su arma, más pesada y grande, recorrió mis brazos. Los ojos de Fione centelleaban como una tormenta sobre el mar.

No dijimos nada. Ninguna súplica. Ninguna burla. No había palabras que decir. La bruja del mar y la reina eterna estaban allí para matarse la una a la otra.

Me lancé de nuevo contra ella. Encontré en su defensa una ferocidad que no había anticipado. En el poco tiempo que llevaba conociendo a la bruja del mar, Fione parecía una dama que se retraía del duelo, que se deleitaba en tés exquisitos y vestidos lujosos.

Cuando su espada me hizo un corte en el brazo, maldije y me tambaleé hacia atrás.

—Detén esto, elfo de tierra —dijo—. Mira a tu alrededor. Te enfrentas a magia antigua y venganzas ancestrales. Acabará en sangre para tu gente.

A través de los árboles, llegaban desde la orilla los gritos de batalla, el silbido del acero. Brujas del mar, sirenas, mi pueblo… Luchaban contra la pira élfica y las hojas del linaje de Larsson. Quizá no había sido suficiente. Quizá la batalla era inútil.

O tal vez no.

Alcé los hombros entre jadeos.

—¡Soy Livia Ferus!

Alcé mi daga con rapidez, tomando a Fione por sorpresa, y asesté un duro golpe contra el filo de su espada. La bruja del mar se echó hacia atrás.

—¡Hija de guerreros! —Otro tajo descendente cortó el aire. Fione me maldijo y se lanzó salvaje hacia mi vientre—. Heredera del pueblo de la Noche.

—Basta. —Fione trató de alcanzar mi pierna con una estocada veloz, y respondí con una patada contra su rodilla.

Forcejeamos. Golpes torpes, desesperados. Enzarzadas en la lucha definitiva; conscientes de que este momento alteraría el curso de esta tierra para siempre.

—¡Vínculo de corazón del rey eterno!

Fione estrelló su espada contra mi hoja y, sin perder tiempo, me estampó un puñetazo en la mandíbula. Me tambaleé. El sabor metálico de la sangre caliente recorrió mi lengua.

«No te caigas. Respira. Concéntrate».

El rostro de Erik cruzó mi mente, fugaz. Tan lejos y, al mismo tiempo, tan cerca. Podía percibir su esencia en el aire, paladear su sabor: aroma a leña quemada, cuero y calor.

Me pasé la manga por los labios; la sangre empapó la tela. A apenas cinco pasos, Fione jadeó, doblada sobre sí misma, la sorpresa y el horror tiñendo sus pálidos ojos. Erik querría sangre. Demandaría huesos con los que erigir sobre mi cuerpo un altar al destino que aguardaba a nuestros enemigos. Pero no los de ella.

Esta pelea tenía que acabarla yo.

—Yo soy Livia Ferus —dije, la voz áspera como piedra sobre acero —, soy la reina eterna. Y tú, Fione, ya no eres bienvenida en mi reino.

Alcé la daga élfica. Nunca había deseado la muerte, la sangre, el dolor con tanta fiereza. En la siguiente respiración, Fione se lanzó contra mí. Nuestras hojas chocaron. La bruja del mar gritó al intentar cercenarme el cuello. Desvié el golpe y la empujé hacia atrás.

Otro ataque buscó mi zona lumbar. Lo esquivé. Ella interceptó mi estocada por encima de la cabeza. Con cada choque, con cada golpe, la fuerza menguaba, pero el odio crecía.

Fione lanzó un tajo torpe hacia mi corazón, pero sus pasos, débiles, resbalaron sobre el terreno irregular.

«Ahora».

Una voz —no supe si nacida de la arena, del mar o del bosque— floreció en mi mente.

Caí de rodillas, las palmas abiertas sobre la tierra, y grité cuando la furia estalló a través de mis poros. El suelo se alzó con violencia: enredaderas, ramas y algas marinas se enroscaron como cadenas alrededor de los tobillos de Fione, inmovilizándola por completo.

La bruja del mar chilló de terror. Balbuceó varios conjuros, arrancando chispas que intentaron prender las extremidades que la retenían. Me incorporé con la ayuda de una raíz gruesa y avancé a toda prisa, con la hoja firmemente asida.

Fione se retorcía, desesperada por liberarse. Siseó más hechizos, carbonizando raíces y lianas. Una ráfaga de aire ardiente me perforó los pulmones. Lancé un grito desgarrado y la alcancé con la punta de la daga, abriendo la base de su garganta.

Fue espantoso presenciar cómo el filo de la daga élfica cortaba la piel sin derramar sangre. Cicatrices doradas recorrieron su carne, descendiendo por su cuello, su clavícula, hasta el pecho.

Gritó, arañándose el pecho y la piel, hasta que en los ojos pálidos de Fione titilaron el estupor, el remordimiento y el odio. Hasta que la luz se extinguió. El cuello abierto. Los rasgos de Fione se congelaron en una mueca eterna, como si fuese a derramar una lágrima que nunca llegó. Su mirada, ya sin vida, quedó fija en el cielo oscuro.

Se había ido. Podrida desde el corazón hacia fuera.

Con pasos débiles, me alejé del cuerpo inmóvil de la bruja del mar.

El respiro duró apenas unos instantes. El viento rugía entre los árboles y se estrellaba contra el palacio élfico, haciendo que tablas y listones se desprendieran. Giré sobre mis talones cuando los gritos de estupor ascendieron desde la orilla, cuesta abajo.

Por los dioses…, los guardias elfos se doblaban sobre sí mismos. Parecía que estaban vomitando.

Me aferré a la daga ensangrentada. El pánico, áspero y cortante, se agolpó en mi vientre. Tenía que encontrar a mi familia. Como si hubiera leído mis pensamientos, Aleksi irrumpió entre los árboles.

—¡Livia! —La sangre le corría por la nariz, pero aun así me rodeó con los brazos—. Dioses, te perdí de vista.

—¿Qué está pasando?

Se apartó de mí y volvió la mirada hacia la orilla.

—No lo sé. Su gente empezó a escupir sangre. Algo ha cambiado… —La mirada de Aleksi se posó en el cadáver de Fione—. ¿Una muerte reciente?

—Acaba de ocurrir.

—¿Crees que es pura casualidad que su muerte haya hecho sangrar a los elfos? —Cruzamos las miradas y negamos al mismo tiempo, hablando al unísono—. Poco probable.

—Está muerta —dije, con una leve mueca de satisfacción—. Ahora, por fin, Larsson puede arder en los infiernos.

Natthaven debía caer; Fione tenía que morir. De no ser así, la magia miserable que protegía a Larsson Guardahuesos jamás permitiría que cayera bajo la hoja de Erik Cantasangre.

—¿Dónde está mi *daj?* —pregunté.

—Enviando su mensaje: «El asesino de Thorvald está del lado de Erik Cantasangre». —La sonrisa de Alek fue cruel, casi salvaje. Señaló a través de un claro entre los árboles.

El mar era puro caos. Las mareas se agitaban y se arremolinaban en torno a velas carmesíes, negras y azules, pero del agua emergían formidables picos del oscuro fondo marino. Colmillos de roca se alzaban entre las naves, cercando el navío élfico, atrapando a Larsson.

Había llegado el momento de que Valen Ferus revelara cómo se había convertido en el rey del pueblo de la Noche.

Las lágrimas me ardieron tras los ojos.

«Erik, ya vamos».

Dioses, recé para que tuviera la cabeza de Larsson, para que Sewell, Celine, Stieg…, todos ellos, estuvieran vitoreando al ver aquellos acantilados. Allí moriría. No aceptaría nada menos.

—Vamos —me apremió Alek, tirando de mí hacia delante—. Mira ha enviado una señal. ¡Nos necesitan!

Capítulo 47

La alondra

En los pasillos del palacio, los guardias temblaban; sus espadas caídas yacían a su lado. La sangre recorría el mentón de algunos, mientras otros se agitaban, cubiertos de sudor.

¿Qué había ocurrido aquí?

Avanzar por los pasillos de mi cautiverio, sin nada que nos detuviera, me resultaba extraño y perturbador, pero no me separé de Alek. Tropezábamos de vez en cuando, apoyándonos en las paredes o aferrándonos a los tapices cada vez que la tierra temblaba bajo nuestros pies. Sabía que mi padre pronto caería rendido tras enjaular los barcos con el fondo marino, una hazaña sin duda prodigiosa.

Para entonces, yo solo quería alejarme de esta isla.

Aleksi dobló la esquina y empujó con fuerza una puerta arqueada.

Mi corazón se desplomó. Mira estaba agazapada frente a Sander, las palmas apoyadas en su torso. Había sangre. Mucha sangre.

—¡Sander! —Caí a su lado.

Él hizo una mueca y se movió con esfuerzo. Una daga dorada atravesaba su cuerpo.

—Estoy bien —dijo entre dientes.

—No estás bien. —Le pasé la mano por la frente febril y aparté los mechones oscuros que le caían sobre los ojos.

—Ayuda a Jo… —Cerró los ojos con fuerza y exhaló un suspiro cargado de dolor.

—¿Dónde está Jonas? —preguntó Aleksi.

—Allí. Está allí. —Mira agitó la mano frenéticamente hacia un pasaje abovedado oculto tras cortinas de satén negro.

Aleksi apoyó la palma contra la mejilla sudorosa de Sander, una súplica muda para que permaneciera con vida, y luego atravesó las cortinas corriendo.

Mira parpadeó, con las lágrimas empañando sus ojos. Sus dedos, cubiertos de sangre, se aferraban a la daga clavada en Sander. Sacarla ahora significaría arriesgarse a que se desangrara; mantenerla allí solo unos segundos más… El tiempo se acababa.

—Funcionó —dijo Mira, apresurada—. El ataque en la orilla atrajo a la mayoría de los guardias al mar. Encontramos la puerta que nos dijiste y entramos sin que más de dos se interpusieran. Aún tenía fuerzas para ocultarnos… Sombras. Simple, ¿sabes? Para que no nos detectaran. —Inhaló, temblorosa, el aire recorriéndole la garganta—. Ella… se movía tan rápido, como un espectro… y nuestras espadas… desaparecieron. Como si no fueran nada más que niebla.

—¿Ella? —Miré hacia la puerta velada por las cortinas. Skadi. Mis dedos se cerraron con fuerza en torno a la empuñadura de la daga, mientras la ira y un punzante dejo de traición recorrían mis venas. Sin darme cuenta, me incorporé.

—Livia. —Mira se inclinó hacia mí—. No.

No llegó a terminar su súplica antes de que la puerta por la que Alek y yo habíamos entrado se abriera de golpe. Tait irrumpió corriendo, Tavish a su espalda, los ojos ardiendo con un fuego salvaje. Tras ellos, algunos elfos marinos y brujas del mar; pero los ojos negros que brillaban en medio de todos eran los que yo buscaba.

Mi padre, con el maquillaje negro restregado por el rostro, llegó hasta mí en cinco pasos. Su mano apretó mi brazo a modo de gesto tranquilizador antes de caer junto a Sander.

—Vamos, muchacho —susurró, con una sonrisa que mezclaba preocupación, dolor y desesperación.

La sonrisa de Sander siguió a la suya, débil, con la sangre manchándole los dientes.

—Solo… solo dile… dile a mi *maj* que morí evitando… evitando que Jo hiciera… algo estúpido.

Mi *daj* apretó la cabeza de Sander contra su pecho y besó con ternura su cabello.

—No irás a ninguna parte —dijo con voz firme—. Tu propio padre ha recibido más de una puñalada y sigue en pie. La Casa Eriksson no se quiebra ante el filo de unos cuchillos.

La sonrisa de Sander vaciló. Cerró los ojos y se aferró con una mano al brazo de mi *daj.* Las lágrimas me ardían en los ojos al contemplar aquella escena. No, Sander no era mi hermano de sangre, pero había crecido, jugado y dormido bajo el mismo techo; había compartido conmigo inviernos y veranos, tanto en mis dominios como en los suyos. En ese instante, mi *daj* le pertenecía.

A su alrededor, las brujas del mar se arrodillaron junto a Sander y comenzaron a entonar cantos suaves y líricos, mientras espolvoreaban hierbas sobre la herida.

—No somos tejedores de huesos —susurró una bruja, mientras apoyaba la palma sobre su pecho—, pero podemos ayudar.

—Quédate con él —dije.

—Livia —me advirtió mi *daj.*

Pero yo ya había cruzado las cortinas.

La sala era circular, iluminada por apliques de hierro y velas de sebo que cargaban el aire de un humo denso; bajo ese velo flotaba el perfume del incienso, la salvia y el clavo, tan penetrante que me revolvió el estómago. Contra una pared curva reposaba un lecho estrecho, cubierto por colchas de satén, delicadas como la labor de un tejedor de seda. Sobre ellas dormía un hombre: el cabello plateado derramado sobre los hombros, el pecho ancho alzándose con un ritmo sereno.

Y, sin embargo, a los pies de su cama, la batalla rugía.

—¡Skadi! —grité su nombre cuando la mujer giró sobre los talones, el cuchillo apuntando directo al torso de Jonas.

Con los ojos ennegrecidos y la piel encendida, Jonas estaba atrapado en una furia febril. Descargó un tajo con la espada en dirección a Skadi, y ella alzó la palma sobre su cabeza. Una nube de oscuridad envolvió la hoja, arrancándosela de las manos para lanzarla cinco pasos más allá, donde chocó con estrépito contra el suelo.

Skadi vaciló. El fulgor de sus ojos comenzaba a apagarse; le faltaba el aliento. Jonas se abalanzó hacia su espada y se volvió a tirar sobre ella, maldiciéndola por su hermano caído. Creía que Sander se había ido para siempre, y ese dolor quedaba grabado en cada línea de su rostro.

Aleksi había dejado caer la espada y avanzaba hacia Skadi con las manos extendidas, sin duda intentando atraerla hacia él.

Ella siseó, y cada vez que se acercaba demasiado, alzaba una mano y Aleksi se desvanecía en la oscuridad. Mi primo reaparecía, al igual que había hecho la espada de Jonas instantes antes, a apenas unos pasos, jadeando y gimiendo por el impacto.

La princesa respiraba con dificultad, pero alzó la espada, sosteniendo débilmente el cuchillo a su lado. Miró a Jonas, cuyo agotamiento avanzaba con rapidez.

—¡Skadi, detente! —grité.

Sus ojos, vacíos y perdidos, se clavaron en los míos.

—No pueden llevárselo.

—¿A quién? —Miré al hombre dormido—. ¿Quién es?

—Todo lo que queda.

Tait irrumpió en la habitación, agitado, mostrando su reloj abierto en la palma de la mano.

—Se acerca algo. Tenemos que llegar a la *Nave Eterna.*

—No sin ella —bufó Jonas, avanzando hacia Skadi—. Ella debe pagar.

—Livia —dijo Tait, con los ojos abiertos de par en par—. Creo que es Erik.

Mi corazón se hundió.

Tras echar otro vistazo al reloj, a Tait se le encendieron los ojos, como brasas. Preso del pánico, miró por encima de mi hombro y corrió hacia mí. Solo entonces noté el calor detrás de mí y el nuevo resplandor que llenaba la sala.

Arion apareció envuelto en un halo de fuego, empapado y manchado, con el cabello rojo brillante enmarañado y pegajoso por el lodo y el sudor de la frente. Recorría la habitación con la mirada, y parecía sorprendido al encontrarnos allí, en la cámara.

—¡No puedes tocarlo! —Esta vez, Skadi dirigió su grito a Arion y, por primera vez, su voz se quebró por la emoción.

El labio de Arion se arqueó en un gesto de desprecio.

—Se acabaron los juegos. Natthaven es mía. Cumplirás mis órdenes y me entregarás lo que quiero.

No hizo ningún movimiento hacia Aleksi. Ni hacia mí ni hacia Tait. Arion se lanzó directamente hacia la cama y el hombre dormido. Skadi, con el rostro pétreo, giró para esquivar la espada que Jonas blandía. Gritó al caer sobre la cama, con las palmas abiertas. Las brumas se arremolinaban alrededor del hombre, listas para llevárselo con su intrincada magia, pero Arion apoyó la espada sobre la garganta de este.

Lo masacraría antes de que Skadi lograra reunir la fuerza suficiente para desplegar sus brumas.

Entonces, una voz surgió a nuestras espaldas, suave como un susurro de seda. Dulce, pero cargada de violencia; no había paz en ella. Las tablas del suelo crujieron y estallaron bajo las botas de Arion. Maldijo al caer de rodillas, la madera astillada desgarrándole espinillas y muslos.

Los tapices de las paredes se abrieron por las costuras, y los hilos se retorcieron como serpientes. Aquellas hebras se enroscaron alrededor del cuello de Arion, robándole el aliento mientras forcejeaba por liberarse.

Me giré de golpe.

Narza llenaba la estancia con su presencia, los ojos ardientes e implacables. Su cabello caía suelto y salvaje, y cada gesto suyo levantaba un viento extraño, pesado y silencioso, como un ataque submarino. De su piel emanaba poder; ira, dolor, miedo…, todo surgía a través de los hechizos con los que asaltaba a Arion.

La piel de su rostro se volvió de un azul enfermizo a medida que los hilos se cerraban a su alrededor. Los ojos de Arion se abrieron, desorbitados, reflejando furia y desesperación. Dirigió una mirada cargada de angustia hacia Skadi, al borde del colapso. Y de sus labios escapó una sola palabra, breve y escupida:

—Mía.

Antes de que los tapices serpentinos lograran acabar con él, Arion concentró toda la intensidad de su luz ardiente.

Aleksi gritó, tan ansioso de sangre como la bruja marina, pero ni siquiera Invocasangre fue lo suficientemente rápido. Arion se desvaneció en el fulgor de su magia y desapareció.

Skadi gimió, derrotada por el agotamiento. Extendió la mano hacia el cuchillo que descansaba al borde de la cama, pero Jonas lo apartó de un manotazo. Desde atrás, sus manos atraparon el cráneo de Skadi y ella gritó. Jonas la llevó hacia el suelo mientras ella se retorcía y aullaba, luchando contra las pesadillas que él despertaba en su mente.

Narza acudió de inmediato, apoyó una mano en el hombro de Jonas y deslizó la palma frente al rostro de la elfa hasta que Skadi quedó inmóvil y en silencio.

—Jonas —dije, sujetándole la espalda mientras se dejaba caer hacia atrás, sin aliento—. Sander sigue aquí. Está con Daj. Ve con él. Te necesita.

Jonas parpadeó un par de veces, y el negro brillante de sus ojos se volvió a tornar de un verde intenso. Se esforzó por levantarse, pero solo consiguió arrastrarse hacia la primera cámara. Narza colocó con suavidad la cabeza de Skadi sobre el suelo de madera y me miró.

—Siento la oscuridad de este lugar. Un poder que no llegamos a comprender.

—¿Qué ocurrió con los guardias, toda esa sangre? —pregunté, desesperada.

—Lazos de sangre —respondió Narza, sin aliento, limpiándose el sudor de la frente—. Profundos y corruptos, del tipo que arrebata a un alma su voluntad. Estaban condenados a cumplir las órdenes de la bruja.

La muerte de Fione los liberó. Mi corazón dio un brinco. El pueblo de Skadi luchaba contra nosotros sin elección. Miré a la mujer dormida. Había más en sus razones, en su vacío.

—Necesito ir a donde está Erik —dije mientras señalaba la cama y la figura inmóvil de Skadi—. Los llevaremos a un lugar donde Larsson y Arion no puedan alcanzarlos. Pero debo ir a buscar a Erik.

Narza asintió.

—Torbellino te espera. Ve. Hemos reclamado la isla. Ve y dile que ha hecho sentir orgullosa a la reina eterna.

La emoción me anudó la garganta, pero la tragué. Salí corriendo de la cámara.

—¡Livia! —me llamó mi padre. Sander estaba en manos de las brujas del mar, dormido, respirando, aún con la espada clavada en su carne. Jonas sostenía la cabeza de su hermano, imitando sus gestos y diciendo que estaba siendo bastante dramático, a pesar de las lágrimas que asomaban en sus ojos.

Él estaba vivo.

Nosotros estábamos vivos.

Por ahora.

—Voy a encontrar a mi rey, Daj —grité.

—Espera. —Mi padre me sujetó del brazo.

Me aparté.

—No voy a dejar a Erik.

—Livia. —Lo intentó de nuevo—. Lo sé. Quiero que esperes, porque voy contigo.

Una sonrisa lenta se dibujó en mi rostro. No dije nada, solo asentí y corrí fuera del palacio, con mi padre cerca de mí.

Como habían prometido, Torbellino y Tavish tenían el *Ala Sombría* listo para partir. Sirenas, brujas y elfos del mar estaban aún desperdigados por la orilla de Natthaven, ocupándose de los guardias élficos. Algunos parecían enfermos, atragantándose con sangre y saliva; otros permanecían atados, a merced del pueblo del Eterno. —¡Al rey! —grité a Torbellino.

—¡A la orden! —respondió, guiñando un ojo mientras tomaba el timón y sumergía la proa afilada bajo las olas.

Cerré los ojos, preparándome para el frío del mar. La distancia no era grande, y dada la velocidad de las naves del Eterno, el viento pronto azotó mi rostro mientras el *Ala Sombría* rompía las olas, emergiendo junto a la *Nave Eterna.*

Cuerdas y garfios caían sobre el agua embravecida. El barco de Gavyn se balanceaba al soltar el de Larsson, mientras destellos y estallidos de lanzas incandescentes abrían nuevos agujeros en las velas y en la cubierta de tablones negros de la nave fantasma.

Desde allí distinguía el choque de espadas y cuerpos que se embestían unos a otros. Hombres que caían por la borda, arrastrados por la corriente.

«Erik, ¿dónde estás?».

—Liv —dijo mi padre, señalando por encima de mi hombro, parpadeando contra el rocío de lluvia y mar—. Ahí.

El fondo del mar desgarraba la superficie del Mar Eterno, como dedos de un amante enredados en cabellos oscuros. Formaba una especie de jaula violenta alrededor del barco de Larsson, balanceándolo de lado a lado. En una de las sacudidas, las velas negras se desplazaron lo suficiente para dejar al descubierto la toldilla.

—Erik. —Su nombre escapó de mis labios como un suspiro.

Estocadas, golpes, tajo tras tajo; observaba a Erik y Larsson. El rey eterno tropezó contra la borda, y Larsson blandió su espada. Erik rodó fuera del alcance del filo. Grité a Torbellino que nos acercara.

Con el pulso al límite, enrollé los dedos en las jarcias, la piel tirante hasta palidecer, y me impulsé sobre las olas hasta que mis pies tocaron la nueva cubierta de la nave élfica.

Capítulo 48

La serpiente

El agua estaba viva. Sal, lluvia y la esencia del Eterno se deslizaron por mis venas, despertando cada fibra de mi cuerpo.

Mi pierna maltrecha se entumecía, casi convertida en un peso muerto, pero al menos el dolor ya no me dejaba sin aliento. El alfanje que sostenía en la mano pesaba como plomo, y mis hombros ardían de puro agotamiento. Larsson lanzó un tajo directo a mi vientre. Se escuchó el silbido del acero cortando el aire; sentí un mordisco en el pecho. La punta logró rozar la herida en carne viva que me cubría el corazón.

El dolor, blanco y abrasador, me atravesó de un extremo a otro.

En un respiro efímero entre ola y ola, el barco se estrelló contra uno de los picos que emergían del fondo marino. Larsson cayó de bruces, y yo sentí cómo mi espalda se estrellaba contra la barandilla de popa mientras el alfanje me resbalaba de los dedos.

Desarmado, abrí los brazos y un zumbido profundo surgió de mi pecho. El agua se alzó de golpe, turbulenta, erigiéndose como una torre dispuesta a rasgar el cielo. Larsson levantó la cabeza, maldijo y se la cubrió justo cuando la marea que había desatado cayó sobre él con una fuerza aplastante.

La fuerza fue tan descomunal que las barandillas se astillaron, y la mitad de la toldilla junto con las cámaras traseras se hizo añicos, desplomándose al Mar Eterno.

Un silbido agudo rasgó el aire. El mástil mayor se partió al ser atravesado por una piedra incandescente. Ciclones y remolinos, naves y espadas: desde todos los flancos, el poder del Eterno convergía en ese instante, concentrado en ese único barco.

Luchaban por nuestro mundo y, de algún modo, también luchaban por mí. Por la primera reina eterna.

Dejé de invocar las mareas y volví a empuñar el alfanje, jurando no fallarles.

Cada latido me dejaba más débil, mientras la lucha sobre la cubierta amainaba, todos los ojos puestos en nosotros, como si esta fuera la última batalla. La tripulación corrupta de Larsson se agrupaba en un extremo. Algunos parecían haberse unido tras la caída de Hesh; otros tenían la mirada profunda y sabia de los elfos. Tras de mí, un leve movimiento insinuaba que los míos se acercaban para colocarse a mi lado.

Larsson logró ponerse en pie.

—¿Así termina todo, Erik? —dijo—. ¿Luchando hasta que ninguno de los dos sea digno de la corona de sangre? Me pertenece por linaje. Entrégamela, y te dejaré vivir; te permitiré seguir siendo hermano del rey.

—Si me lo hubieras dicho siquiera hace un ciclo —respondí—, lo habría aceptado sin dudar.

—Nunca habrías renunciado a la corona.

—La corona siempre fue mi condena, ¡y tú lo sabías! —Me limpié la salmuera de los ojos con la manga, manteniéndome firme justo cuando una ola nos arrojó contra los acantilados de Valen, encallando el barco de manera definitiva.

—Entonces, suéltala, Cantasangre.

Habiendo encontrado el equilibrio nuevamente, me giré y mostré los dientes.

—Nunca. No después de lo que le hiciste a ella.

—¿Tan desmedido es tu orgullo que arrasarías el Eterno con nuestra sangre?

Larsson se encorvó, con el rostro cargado de amargura y fatiga.

—Moriremos —dije—, y el Eterno no caerá.

Su figura se abrió paso entre la tripulación en la cubierta, y mi cuerpo la reconoció antes que mi mente.

Calidez. Paz. Mi faro, mi hogar.

Livia estaba agotada, algo ensangrentada, pero en sus ojos brillaba una ferocidad indómita, como el mar más salvaje, como si todo el verdadero poder residiera en ella.

—No caerá —repetí, sosteniendo su mirada cuando un brazo fuerte de un tripulante la detuvo en los escalones—. Porque tiene a su reina.

Livia negó con la cabeza y forcejeó contra el brazo que la retenía, gritando mi nombre con toda la fuerza de su furia.

Volví a enfrentar a Larsson, los hombros subiendo y bajando por el esfuerzo.

—Su reina es la razón por la que no me detendré. La razón por la que jamás te dejaré vivir.

—Patético —escupió Larsson, con un desprecio absoluto—. Tu vida entregada por una perra sin corona legítima.

Desvié su golpe con la espada. Con una daga que había sacado de la bota, intentó herirme en el costado. Le golpeé la cabeza con la empuñadura, obligándolo a retroceder, y apenas tuve tiempo de enderezarme.

Larsson estaba cubierto de heridas, y mi piel, empapada de mi propia sangre; podría matarlo si conseguía inmovilizarlo. Pero ¿sobreviviría a la lluvia de golpes que me asestaría antes de que el veneno surtiera efecto? Ni siquiera Murdock sería lo bastante rápido para impedir que me desangrara.

Tal vez este siempre fue mi destino: morir luchando por un nuevo Eterno. Una expiación por el odio que descargué sobre su pueblo, el de Livia, durante incontables ciclos, por la devastación que los elfos del mar causamos al llevar la guerra hasta sus aguas.

El don del mar para una reina. Para su gente. Para quienes lo custodiarían con honor y misericordia.

Los gritos de Livia se quebraron en súplicas, casi ahogados por el estruendo del trueno. Agarré las hojas con más fuerza, aceptando que todo acabaría allí.

Un último esfuerzo.

Mi canto era apenas un susurro, un murmullo perdido entre mis labios, pero el mar lanzó otra ola contra la espalda de Larsson. Se giró, intentando frenarla, pero la voz que había robado no fue suficiente… o tal vez él no fue lo bastante rápido. El agua lo derribó, y cayó con los hombros y la cabeza colgando sobre el borde destrozado de la cubierta.

Diez pasos. Eso era todo lo que nos separaba.

Mis movimientos eran rígidos, estaba agotado, pero avancé y hundí la punta de mi hoja en la pierna de Larsson.

Rugió de dolor, pero aun así logró clavar sus puños en mis costillas cuando me encaramé sobre su cintura. Una oleada de deleite violento recorrió mis venas al sentir cómo los bordes astillados del barco desgarraban sus hombros y cuello cuanto más lo aplastaba contra la madera.

Larsson gimió y forcejeó para derribarme, mientras la hoja desgarraba su pierna.

Me pasé la palma por los dientes y la apoyé sobre las heridas abiertas de su pecho. Soltó un gemido gutural cuando el veneno comenzó a surtir efecto. Venas oscuras serpentearon por los lados de su cuello, y una espuma teñida de sangre le inundó la boca.

Me incliné aún más, mi rostro suspendido sobre el suyo, cercano, implacable.

—Te diría que tus huesos acabarán adornando su cuello.

Entoné mi canto, retirando el veneno de su sangre, despacio. Una muerte apresurada no tendría sentido. Larsson se estremeció, jadeando, mientras la fuerza lo abandonaba poco a poco.

—Pero —continué, con una voz tan amenazante como la tormenta sobre nosotros— creo que tu destino es ser su corona. Al fin y al cabo, como tú mismo has dicho, aún no le han concedido una digna.

La sangre empapaba la cubierta bajo nuestros cuerpos. Larsson me empujó con fuerza, tratando de librarse de mí. Doblé su cuerpo sobre la borda, atento a lo que comenzaba a elevarse lentamente desde el lecho marino que se extendía bajo nosotros.

Sus ojos brillaban con odio, pero había una profundidad en ellos, un destello del hombre que alguna vez creí leal, aquel al que incluso me atreví a llamar «amigo» en mis días de mayor soledad.

—Has fracasado —dije, con la voz áspera—. Hoy morirás solo, sin amor y despreciado. Enviaré tu carne al Otro Mundo, maldita y mancillada, para que los dioses vean qué despojo eres. Jamás te acogerán en sus mares.

—Canta… Cantasangre —gruñó, con una voz rota, casi suplicante.

Otra gota de sangre llevó el veneno a sus venas. Dejé que se adentrara más, observando cómo la afilada punta de un acantilado surgía lentamente del mar, elevándose, acercándose con implacable calma.

El estremecimiento era tan sutil que dudé que alguien pudiera percibir cómo Valen movía la tierra. Su ascenso era lento, deliberado, otorgándome el tiempo preciso para pronunciar las palabras, las promesas y las amenazas que necesitaba que Larsson Guardahuesos escuchara. Como si Valen Ferus alguna vez hubiera estado en este mismo lugar, consciente de que esos instantes me pertenecían.

Cuando el blanco de los ojos de Larsson se volvió gris ahumado, consumido por el veneno, entoné mi canto sobre él. Se desplomó, débil, apagándose ante mí.

—Dile a nuestro padre —susurré— que seguiré decepcionándolo con orgullo.

Tomé el rostro de Larsson entre mis manos, guiándolo hacia la punta del fragmento de roca que emergía del mar. Esperé hasta que sus ojos se encontraron con los míos, llenos de desafío y furia. Quería ser el último rostro que viera.

—Vete al infierno, bastardo.

Con un empujón feroz, hice que su cráneo golpeara la punta de la roca. Como empujado por las corrientes del mar, el filo de la piedra atravesó su cuero cabelludo, el hueso, y salió por su frente.

Cada aliento me quemaba, como si me arrancaran el aire de los pulmones. No podía retirar las manos. Los ojos sin vida de Larsson estaban cubiertos de sangre, la boca abierta en un gesto de asombro eterno, el cráneo destrozado e irreconocible, y yo permanecía inmóvil.

Solo cuando unas manos suaves se cerraron sobre mi cintura, conseguí apartarme.

—Serpiente —susurró Livia.

Me rodeó los hombros con los brazos, apretando mi espalda contra su pecho.

—Alondra. Mi… mi sangre. —Tragué saliva, temblando. Mi cuerpo cubierto de veneno.

—Prometo no beber tu sangre, pero déjame… déjame solo tocarte.

Le agarré las muñecas con una mano; me aferré a ella. Dioses, sentía que era real, que estaba viva, cálida y conmigo.

Sus labios rozaron el costado de mi cabeza, permaneciendo allí mientras sus sollozos suaves vibraban contra mi piel.

—Se acabó, Erik. Se acabó.

Tragué saliva, parpadeando entre la sangre y la lluvia.

Se terminó.

El Eterno estaba conquistado.

Capítulo 49

La alondra

Erik permaneció un momento junto al cuerpo de Larsson, aturdido, antes de levantarse bruscamente.

—Sewell.

Pasé su brazo sobre mis hombros y lo ayudé a avanzar a trompicones hasta el lugar donde Gavyn, Celine y varios tripulantes de la *Nave Eterna* debían de estar protegiendo a Sewell. En mi carrera desesperada hacia Erik apenas había tenido tiempo de fijarme en los heridos.

Sentí un nudo en el estómago al ver el cuello ensangrentado de Sewell. Gavyn presionaba con firmeza la herida de su padre, mientras Celine le sostenía la mano. Solo la respiración superficial de Sewell indicaba que la vida aún latía en él.

Erik estaba cubierto de sangre de pies a cabeza, pero aun así logró llegar hasta el lado de Sewell. Gavyn, con los ojos enrojecidos, se apartó en silencio para permitirle acercarse. Al rey eterno apenas le quedaban fuerzas. ¿Serían suficientes para salvar a Sewell?

La mano ensangrentada de Erik se aferró a la garganta de Sewell. Con la primera nota de su canción, se dejó caer sobre su pecho, exhausto y al límite de sus fuerzas. Aun así, mantuvo su mano firme y, con los ojos cerrados, entonó su melodía susurrada.

El silencio era absoluto. Mi padre se levantó del lugar en el que había permanecido agazapado para invocar un último fragmento de tierra que asistiera a Erik en su golpe definitivo. Pálido, lastrado por el cansancio que lo consumía, me atrajo a su costado, siempre protector, siempre mi escudo.

—Tócalo, pequeña —susurró—. Haz que sienta tu poder.

—Cuando sanamos la oscuridad, sí, pero…

—Tu madre tiene el mismo efecto sobre mí —admitió—. Es un don de los *hjärtas.* Confía. Tócalo.

Me dejé caer junto a Erik, con una mano apoyada en la nuca y la otra sobre su hombro. Él se estremeció, pero no interrumpió su canto entrecortado; poco a poco, un rubor fue tiñendo sus mejillas, y su canción se impregnó de un vigor renovado.

El pecho de Sewell se hinchó con un nuevo aliento.

—¡Dioses! —Gavyn cayó de rodillas.

Erik se apartó con cuidado, con la ayuda de Portatormentas, mi padre y el señor de los huesos. Lo estreché contra mi cuerpo, ofreciéndole un apoyo cálido para que recuperara fuerzas.

Los ojos de Sewell se abrieron.

—Daj. —Celine cubrió su cuerpo, los hombros temblando. Su padre la abrazó con fuerza.

—No llores, pez trueno.

Hundió un poco más el rostro en su pecho. Gavyn se apartó, sombrío y dividido. El señor de los huesos era, al fin y al cabo, un huérfano que desempeñaba el papel de un hijo implacable que trataba de reparar el daño causado por el traidor de su padre. La tripulación, en su mayoría, sin duda creía las mentiras. Era evidente que el peligro seguía ahí; justicieros fieles a Harald podían atacar en cualquier momento y cumplir las órdenes del antiguo rey eterno.

Erik tosió.

—Gavyn. Nuestro mundo cambia hoy.

Gavyn parpadeó, con la boca tensa. Tras una pausa, asintió y se arrodilló junto a Sewell. Celine se movió para dejarle espacio a su hermano, aunque no soltó en ningún momento el cuello de su padre.

Sewell, por encima del hombro de Cantamareas, miró a su hijo.

Gavyn sonrió y se acercó a su padre.

—Siempre me ha enorgullecido ser tu hijo… y quiero que los nuestros lo sepan.

Un murmullo siguió a la confesión, pero se apagó enseguida.

Sewell se aclaró la garganta:

—Mismas palabras, hijo. Mismas palabras.

La respiración de Erik era irregular, corta, como si cada aliento le costara un mundo. Por primera vez, reparé en su cuerpo: tenía la piel del pecho chamuscada y desgarrada, y le salía sangre de la

nariz, los oídos y el abdomen. Se movía con lentitud, arrastrando la pierna. Si tuviera que apostar, diría que otra vez le habían roto los huesos.

—Erik, necesitas un tejedor de huesos —le dije, apoyando mi frente contra su cabeza.

Vaciló.

—No puedo caminar solo.

Había un dejo de vergüenza en su voz. Lo abracé con más fuerza, acercando mis labios a su oído.

—Entonces es bueno que nunca tengas que hacerlo.



A la mañana siguiente, Amapola se había unido a Murdock en el palacio, cosa que al tejedor no le había hecho mucha gracia; juntos atendían a los heridos. Las brujas del mar ofrecían sus hierbas sanadoras, pero los tejedores de huesos eran quienes reconstruían cráneos y extremidades, devolvían la sangre a su cauce y prevenían infecciones.

Murdock permanecía junto al rey, que, entre los cuerpos dispersos por el gran salón, era sin duda el paciente más obstinado y difícil de tratar.

Erik le dio un manotazo al bastón negro que Murdock le ofrecía por enésima vez.

—No voy a usar eso.

Murdock levantó la barbilla, altivo como siempre.

—Mi desdichado rey —dijo—, no podrás apoyar la pierna al menos durante una semana. Si los huesos no sanan, acabarás con una cojera peor que la de antes… y un dolor constante.

—Serpiente. —Ladeé la cabeza—. ¿Podrías intentar ser amable, solo esta vez?

Erik, con los ojos entrecerrados, arrebató el bastón de las manos de Murdock y me señaló con el extremo.

—Traidora.

—Sí. —Deslicé mis manos sobre su pecho—. La peor de todas las traidoras: la que se preocupa tanto por ti que no puede permitir que ignores tu propio bienestar.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Me besó con suavidad, apartándose apenas lo suficiente para hablar.

—Despreciable.

Alguien carraspeó. Tait estaba en la puerta, con sus propias heridas vendadas.

—Ya está despierto.

Mi corazón dio un vuelco. Erik dudó un instante, frunciendo el ceño y bufando con impaciencia, pero finalmente tomó el bastón y me siguió hasta una cámara al final del pasillo, cerca de las habitaciones reales.

La estancia era amplia, aunque abarrotada de gente: elfos del mar y de la tierra por igual. Al entrar, Stieg colocó una silla en el centro, haciendo un gesto para que Erik se sentara.

—Mira, amor —dijo Erik, fulminando al hombre con la mirada—. El guerrero te ha provisto un asiento.

—¿Sigue siendo un idiota? —me preguntó Stieg.

Suspiré y dejé caer la cabeza sobre el hombro de Erik.

—Sí, me temo que sí.

Solté el brazo de Erik, que se quedó mascullando entre dientes mientras me abría paso hacia la cama.

Sander, con los ojos aún vidriosos pero despierto, reposaba apoyado sobre media docena de almohadas de satén. El pecho descubierto, las costillas vendadas y un leve rubor que regresaba lentamente a su piel.

Jonas se negaba a echarse a un lado, aunque nadie se lo pidiera, pero eso me obligó a apretujarme junto al hombro de Sander.

—Nos diste un buen susto, ¿sabes?

Sander hizo una mueca, apretando los dientes.

—Lo sé… fue un momento crítico.

—¿Un momento? —resopló Jonas—. Duró toda la noche, desgraciado.

—Vete a dormir, hermano. —Sander esbozó una sonrisa cansada —. Te estás poniendo gruñón.

Jonas le dio un golpe en el muslo con el nudillo, sonriendo cuando su gemelo gimió y se llevó la mano a las costillas.

—¿Has hablado con tus padres? —pregunté.

Sander negó con la cabeza.

—No… y creo que lo mejor es no decirles nada.

—Tu madre tiene el poder de robar recuerdos —dijo Aleksi—. Quiero saber cómo consigues mantenerlo oculto.

—No lo harás —intervino Daj desde el pie de la cama—. Ya se lo he dicho.

—Valen —gimoteó Sander, arrastrando las palmas por su rostro—. ¿Por qué?

—Cuando tus reyes y reinas aliados te han salvado la vida más de una vez, no puedes ocultarles cosas importantes… como que su hijo estuvo al borde de la muerte.

—¿Dónde está Cantasangre? —Sander se inclinó para mirar por encima de la cabeza de Jonas—. Voy a hacer una promesa… una que me ate al Eterno para siempre.

Erik resopló, exasperado.

—No soporto más elfos de la tierra.

—No soy un elfo —gruñó Sander, cerrando los ojos y recostándose entre las almohadas. Al abrirlos de nuevo, su mirada se tornó sombría—. Pero valió la pena, ¿verdad?

Jonas apretó suavemente su brazo.

—Sí. Valió la pena. Ganamos la batalla.

—¿Y la mujer élfica?

—Viva. —Jonas chasqueó la lengua—. Desafortunadamente.

—Jonas. —Le di un pequeño pellizco en la oreja.

—¿Qué? —se quejó—. ¡Ella apuñaló a Sander!

—He estado pensando —dijo Sander, frunciendo el ceño en un familiar gesto de desconcierto—. Creo que luchaba para proteger la cámara y al hombre dormido que había dentro. ¿No lo recuerdas?

—No —dijo Jonas—. Apenas recuerdo lo que decía. Solo sé que podía arrebatar nuestras espadas con su maldita magia, como si fueran juguetes.

Mira resopló, divertida.

—Tampoco es que tu habilidad inspire demasiada ternura, Jo.

—No dejaba de lanzarnos advertencias —dijo Sander, frunciendo el ceño—. Nos gritaba que, si nos acercábamos, nos enfrentaríamos a ella. Al principio solo nos amenazaba.

Erik avanzó cojeando.

—Los tenemos bajo vigilancia: a ella, a los guardias y al elfo dormido. La señora Narza está trabajando para despertarlo. Lo sumieron en un sueño extraño, y aunque no fue Fione quien lo hizo, Narza cree que puede deshacerlo.

—Espero que despierte pronto —dije—. Skadi se niega a hablarnos.

—¿Y ese bastardo de fuego? —musitó Aleksi.

Erik negó con la cabeza.

—Se ha ido.

—Es un problema —dije.

—Sí —asintió Erik—. Buscaremos la manera de lidiar con él, aunque nuestras decisiones probablemente dependerán de que el elfo dormido abra los ojos.

Los guardias élficos habían sido liberados de lo que Narza llamaba «ataduras oscuras», un hechizo que los dejaba sin voluntad, capaces de obedecer únicamente a quien controlaba sus vidas.

Cuando Fione desapareció, aquellos lazos se disolvieron.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Sander, con la voz cargada de cansancio, buscando la mirada de Erik.

Mi piel se calentó al sentir que Erik entrelazaba sus dedos con los míos. Una leve sonrisa curvó sus labios.

—Reconstruimos el Reino Eterno.

Capítulo 50

La serpiente

Cuatro días después de que terminaran las batallas, mi pierna había sanado lo suficiente como para no necesitar el maldito bastón de Murdock. Aun así, tenía un aspecto horrible. Heridas en proceso de curación, nuevas cicatrices y moretones repartidos por la mandíbula y el rostro a causa de las botas de Larsson.

En realidad, mi pierna tenía un color enfermizo, amarillento, como de manzanas podridas, y apenas cabía dentro de mis pantalones por lo hinchada que permanecía.

Naturalmente, culpé a Murdock y le dije que si ni siquiera podía hacerme lucir como un rey, ¿de qué servía tener a un tejedor de huesos en el palacio?

Livia se ocupaba con sumo cuidado de aplicar ungüentos y pomadas sobre mi piel desnuda. Sumo cuidado.

La miré de reojo, sentada en su trono a mi lado, recordando el tipo de cuidado que me había ofrecido esa misma mañana, ahora que nuestros cuerpos ya no protestaban ni dolían con cada movimiento. Sus mejillas se sonrojaron, como si percibiera mis pensamientos y supiera por qué la estudiaba.

El personal del palacio se afanaba en la parte trasera del salón, colgando estandartes de satén y fragantes flores entre las vigas y los candelabros. Durante el fin de semana, el palacio estallaría en celebración para que todas las casas honraran la victoria y realmente dieran el primer paso hacia un nuevo Eterno.

Ninguna parte de mí quería participar en una fiesta. Lo que deseaba era encerrarme en nuestra cámara y memorizar cada nueva cicatriz en el cuerpo del otro hasta que nos faltara el aire, antes de que nuestras vidas fueran sumergidas en el caos y las interrupciones.

Pero Livia pronto sería coronada, y teníamos que hacer públicas nuevas órdenes para más de una casa.

En quince días zarparíamos a través del Abismo.

El rechazo no era un temor terrible, no con el maestro de tierra aún en mi corte, recién salido de la batalla. Aun así, seguramente había muchas emociones y pensamientos sobre lo que habíamos hecho para llegar hasta este punto. No estaba seguro de cuántos de los elfos de la tierra realmente recibirían con agrado el mar.

Pero era inevitable. No era solo que Livia extrañase desesperadamente a los que quedaron atrás, sino que, incluso a través del Abismo, podíamos sentir las protestas que los elfos de la tierra lanzaban desde sus costas. Reyes y reinas habían llegado a exigir ver a sus herederos desaparecidos inmediatamente si queríamos evitar una nueva guerra.

La reina Elise era la más temible. La última vez que Narza realizó el hechizo para que habláramos a través del agua, al despedirnos, la reina me lanzó una mirada fulminante que contenía cien amenazas si no devolvía pronto a su hija y esposo.

—Están aquí, Altezas —anunció Alistair con un bufido desdeñoso.

—Dejadlos pasar, entonces —respondí, sacudiendo la cabeza—. De verdad, viejo, ¿por qué crees que estamos aquí?

Alistair refunfuñó entre dientes palabras sobre autoridad, buenos modales y la dulce voz de la reina. Si tan solo el anciano mayordomo pudiera ver cómo su dulce reina se mordía el labio para no sonreír…

Portatormentas y Tait fueron los primeros en entrar. Dos elfos los siguieron, rodeados por guardias del palacio que bloqueaban cualquier posible ruta de escape.

Los elfos llevaban delicadas hojas alrededor del cuello. Por inofensivas que parecieran, las enredaderas oscuras de lemna eran potentes, utilizadas con los elfos marinos encarcelados por delitos menores a lo largo de todo el Eterno. Una hierba que se usaba para adormecer la magia en las venas.

La mujer, Skadi, estaba sentada en un sillón de terciopelo, ataviada con un vestido de un pálido tono rosa, con parte del cabello recogido alrededor de la cabeza y rizos que caían por la nuca. No llevaba botas, ni siquiera zapatillas de satén adornaban sus pies.

El hombre ocupaba un sillón a juego a su lado, vestido con lo que parecía cuero de batalla y pantalones negros.

A Narza le llevó dos noches deshacer el hechizo que mantenía al hombre dormido. Era un anciano, con surcos en la piel y largo cabello plateado que delataban su edad. Mayor o no, era fuerte como un guerrero, imponente, y se movía con un aire de arrogancia.

Tomé la mano de Livia y me recosté en mi trono.

—Entonces…, ¿quieres que creamos que eres un rey? —dije.

El hombre enderezó los hombros.

—Eldirard Joraff Naganeen, rey de los Dokkalfar, o como sabéis por mi nieta… elfos de las sombras.

—¿Y eres pariente de mi hermano muerto? —pregunté.

Eldirard resopló con desdén.

—Lejano. La madre del traidor era del clan Ljosalfar, los elfos de la luz, y era sobrina de mi sobrino nieto, el rey. Como he dicho, pariente lejano. Nunca reclamaré tal nombre entre mis familiares…, no después de descubrir lo que le hizo a su propia sangre.

—¿Te refieres al asesinato de su madre? —inquirí.

—Sí, rey marino —respondió Eldirard, frunciendo el ceño—. El pueblo de los elfos valora el poder de los lazos de sangre; derramar la sangre de los tuyos, de quien te dio la vida, mancha el alma. Mancha el linaje, y jamás reclamaré tal mancha.

Curioso. Di golpecitos sobre el brazo del sillón.

—¿Y el otro? ¿Ese príncipe? —pregunté.

—El príncipe Arion sentía mucha más afinidad con tu traidor que yo. Niño malcriado —dijo Eldirard.

—No lo hemos encontrado desde que terminó la batalla —comenté.

—Imagino que ha regresado a la corte de su padre —dijo el elfo, arrugando la nariz, como si acabara de probar algo repulsivo—. Probablemente se sienta avergonzado. Perder la batalla es una deshonra para el heredero del trono. Cuando informe al rey Gerard sobre las travesuras de su hijo, pasará mucho tiempo antes de que Arion reclame cualquier trono.

Todavía había demasiadas cosas que no comprendía sobre la cultura y las costumbres élficas como para sentirme completamente tranquilo respecto a la partida de Arion.

—La Dama de las Brujas nos dijo que te sumieron en una especie de sueño, un hechizo oscuro. ¿Cómo caíste bajo su influencia?

—Arion —respondió Eldirard—. Cree que tiene derecho sobre Natthaven.

—¿Por qué sentiría eso sobre tu tierra? —preguntó Livia.

—Bueno, porque, lamentablemente, lo tiene. —Eldirard se movió incómodo—. Aunque espero que Gerard tenga el sentido común de reconsiderar ciertos privilegios.

Livia negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—No tengo herederos directos para Natthaven. —Eldirard miró a Skadi, con una sonrisa suave y algo apenada—. Arion es el pariente más cercano por sangre y heredará ambos clanes. No ha habido un solo gobernante para ambos clanes en casi setecientos ciclos. Está bastante orgulloso de ello y claramente impaciente por que yo muera.

—¿Te atacó?

—Engañó es más apropiado. Soy un viejo tonto que ni siquiera lo sospechó —suspiró Eldirard—. Al igual que los lazos de sangre, nuestras afinidades buscan acuerdos, tratos, alianzas. Así es como hemos vivido los elfos durante tanto tiempo. Arion me envió un mensaje hace menos de dos meses, diciendo que deseaba comprender a los Dokkalfar. Si algún día iba a ser su rey, solo quería unirse a nosotros en nuestras costas y forjar alianzas fuertes.

—Fue un engaño —dijo Skadi, con tono sereno y distante—. No tienes por qué culparte.

Eldirard la miró con lástima, pero le acarició la mano con suavidad.

—Como el tonto orgulloso que soy, acepté, impresionado por su iniciativa, y algo complacido de mostrarle mis tierras. Permaneció bajo mi hospitalidad durante días, haciéndose pasar por un príncipe honorable, ganándose la amistad de nuestros guardias. Lo que no sabía es que, en secreto, estaba lanzando hechizos de bruja y tejiendo poderosas ataduras de sangre sobre mis propios hombres.

El rey apretó el puño sobre su rodilla, fijando la mirada en las baldosas durante un largo instante, antes de que yo aclarara la

garganta.

—Continúa.

—Debíamos llegar a acuerdos, definir las cláusulas de su herencia, por decirlo de alguna manera. Es una solicitud habitual, aunque no por ello menos importante, especialmente cuando han pasado siglos desde que se logró un acuerdo que uniera a los clanes bajo un solo dominio. Al ser yo quien dejaba la herencia, fui el encargado de establecer los términos. Una vez escritos, son vinculantes.

—Mi primera cláusula fue que Arion defendiera y protegiera a mi gente como si fuera la suya propia. Ah, las formas en que retorció ese compromiso. La segunda, que Skadinia tuviera voz en mi casa. También debería haber especificado que debía seguir su consejo. —El anciano sacudió la cabeza, resignado—. Cuando me disponía a redactar un tercer término, fue cuando me di cuenta de que la tinta de mi pluma era un elixir maligno.

—Maldita sea. —Desde el fondo de la sala, Mira se tapó la boca, avergonzada por haber dejado escapar esas palabras—. Es solo… perdonen la interrupción, pero es tan traicionero. Se puso una máscara durante días, todo con la intención de enredarte con esa maldita tinta.

Eldirard resopló, con un deje de ira contenida.

—Sí. Traicionero es una palabra. Como mi heredero, y conmigo, el rey actual, incapaz de gobernar, él se convirtió en la voz de Natthaven.

—¿Por qué no te mató? —Mi pregunta fue rápida y algo insensible, pero era lo que la mayoría de los enemigos habrían hecho.

—Lazos de sangre —dijo Eldirard como si debiera haberlo entendido—. Los lazos de sangre proporcionan un nivel de protección. Somos sangre lejana, pero sangre al fin y al cabo. Arion no arriesgaría lo que arriesgó tu traidor, una mancha cruel sobre el alma. Apaga las afinidades y crea una especie de locura con el tiempo. No tengo dudas de que hubiera estado contento de mantenerme en ese sueño durante siglos.

—Lo protegías —susurró Livia, mirando a Skadi—. Eso era lo que temías, que si no te ponías del lado de Arion, él haría daño a tu abuelo.

La mujer élfica parpadeó.

—La sangre no se derramaría por mano de Arion. Pero no tenía reparos en usar a tu traidor o a la bruja del mar para cumplir sus amenazas de acabar con su vida. Estaban dispuestos a matar a mi abuelo sin vacilar.

Eldirard besó sus nudillos.

—Me avergüenza no haber puesto mi tercera cláusula al principio. Debería haberte protegido más.

—¿Cuál era tu tercera cláusula? —pregunté.

—Que Arion nunca usaría la afinidad de Skadinia para la codicia, el dolor o el odio.

La niebla. Me incliné hacia adelante.

—Explica más sobre ella. No quiere hablar con nosotros.

—Mis palabras no cambiarán nada de lo que ha sucedido —dijo la mujer—. ¿Por qué habría de hablar con vosotros?

—Skadinia —gruñó Eldirard, a modo de advertencia—. Mi nieta posee una afinidad hermosa. Es astuta, útil, un verdadero poder que protege Natthaven. Pero no está exenta de consecuencias. Si se deja llevar por su oscuridad para causar dolor, sufrimiento o brutalidad, le arrebata más de lo que le da.

—Skadi —intentó de nuevo Livia, tratando de dirigirse a la mujer —. Vi el cambio cuando te obligaron a aceptar mi vínculo.

Un leve rubor tiñó las mejillas de la elfa, pero no dijo nada.

—¿Por qué se muestra tan distante? —exclamé, impaciente.

Eldirard suspiró.

—Eso es lo que intento explicar. Usar su afinidad para tales propósitos endurece el corazón y el alma de Skadinia. La deja solo con indiferencia.

—Dioses sangrantes —murmuré—. ¿Para siempre?

—Podría. Usos tan prolongados y crueles la dejan prácticamente sin corazón —dijo, mirándola con afecto—. Pero confío en que en esta ocasión volverá en sí. He oído que se dejó llevar un poco por la emoción cuando creyó que los atacantes me matarían.

—¿Un poco? —dijo Jonas, con voz grave y sombría—. Casi mata a mi hermano.

La mujer inclinó la cabeza, dirigiéndose al príncipe.

—Estabais invadiendo mi espacio.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Jonas —lo reprendió Sander—. No estoy seguro de que pueda evitarlo en este momento.

—No puede —dijo Eldirard—. La oscuridad que usó para mover Natthaven durante la batalla de un príncipe codicioso la ha afectado mucho. Por no hablar de que la obligaron a destruir un vínculo de amor.

—No destruyó nada —dije entre dientes, apretando con más fuerza la mano de Livia.

—Arion no quería que ella se desvaneciera, al menos no del todo —dijo Livia—. Le escuché decir a Larsson que no fuera tan insistente.

—Por razones egoístas —resopló Eldirard—. Debe estar lúcida a la hora de aceptar casarse con él.

—No entiendo por qué Skadi no está destinada a heredar vuestras tierras —dijo Livia—. Decidme que no teméis a las reinas como lo hacían los elfos marinos.

Besé sus nudillos.

—No, mi señora —dijo Eldirard—. Las reinas han estado presentes en nuestra historia desde que el hielo y el fuego colisionaron por primera vez en el vacío de Ginnungagap.

Hablaron de antiguas tradiciones sobre la creación de los reinos de los pueblos. Su cultura era extraña y, a la vez, me resultaba familiar.

—Entonces, ¿por qué vuestra nieta no es la heredera? —preguntó Mira.

—No es de mi sangre —dijo Eldirard, colocando una mano cariñosa sobre el hombro de la mujer—. Skadinia quedó huérfana cuando era apenas una niña. La encontré rebuscando en las calles del mercado, me conmovió su espíritu, y la llevé al palacio, donde ha vivido como un miembro de la realeza desde entonces. —El anciano bajó el mentón—. Más que Natthaven, Arion ansía a mi nieta.

—No se heredan las nietas —dije.

—Skadinia pertenece a Natthaven. Pertenecerá a Arion.

—Eso es bárbaro —insistió Livia—. Skadi, ¿es cierto?

La mujer alzó los ojos, azules pozos de… frío.

—El rey del clan de la luz estableció acuerdos de compromiso durante mi primer ciclo en palacio. He crecido sabiendo que algún día mi vida estaría ligada a los Ljosalfar.

—Como dije, necesita que ella esté lúcida. Si Skadinia no tiene corazón, no aceptará pronunciar los votos que él desea…, los votos matrimoniales —explicó el anciano—. Otro acuerdo vinculante que hice con su padre. El joven heredará mi clan, pero no obtendrá a Skadinia como esposa a menos que ella lo acepte.

—¿Le importa tanto hacerla su esposa? —Negué con la cabeza; había algo más detrás de eso.

—Sí —resopló el anciano—. Quiere controlar su afinidad. Con suficiente fuerza, Skadinia podría devorar tierras, arrebatarlas. Arion desea conquistar, expandir su reino, y no puede hacerlo sin ella.

La mujer era una maldita arma.

Entrecerré los ojos.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de que no volverá a por ella?

—Espero que su padre haga que responda de sus actos, al menos durante un tiempo. Pero solo hay una manera de garantizar que la afinidad de mi nieta no pertenezca jamás a Arion.

—Explicaos —exigí.

Había pocas posibilidades de confianza entre estos elfos y mi casa. Livia, con su bondad, quería darles una oportunidad. Si dependiera de mí, estarían encerrados bajo el palacio y olvidados.

Fuera desalmada por elección o no, yo no era un hombre indulgente. La mujer casi había matado a Sander, y solo podía pensar que, de haber muerto el príncipe, habría destrozado el corazón de Livia.

Eldirard se aclaró la garganta, una mano aún protectora sobre el hombro de Skadi.

—Como he dicho, nuestras habilidades son leales a nuestra sangre. Tomar votos la convertiría en su pariente, y su afinidad

jamás lucharía contra él. De hecho, incluso podría someterse a sus demandas.

Eso captó mi atención.

—Sin embargo, dijisteis que había una manera de impedirlo.

La mujer elfa suspiró y apartó la mirada.

Su abuelo no compartía su desánimo y asintió.

—Si ella se le adelanta y se une a otro linaje —dijo el viejo elfo, cruzando una pierna sobre la otra mientras sus dedos tamborileaban sobre los brazos del sillón—. No es una solución sencilla, dado que el vínculo de compromiso ya fue escrito. Sería necesario un voto marital de igual rango. Un voto real.

—No me agrada la forma en que me miráis, señor —dije.

—Estoy mirando a un rey. A un miembro de la realeza —respondió Eldirard.

Livia se incorporó, dejó caer una mano sobre mi muslo y apretó con gesto posesivo.

—El rey eterno tiene una reina.

Dioses… la amenaza oscura y sedosa en su voz. Jamás me cansaría de ser el objeto del deseo de Livia Ferus. Saber que, tras tantos ciclos sin ser querido, ella iría a una guerra sangrienta por conservarme. Me incliné y presioné mis labios contra el costado de su cuello; una promesa, una amenaza, una necesidad que hablaba de cómo la devoraría más tarde.

Me levanté del trono y me acerqué a los dos elfos.

—No tengo una respuesta para vuestro dilema. Pero, a pesar de que esta mujer estuvo a punto de matar a uno de los nuestros, también protegió a mi reina. Así que esto es lo que puedo ofrecerle: refugio hasta que ese corazón helado vuelva a latir. Refugio de ese príncipe bastardo. Vos, rey, por supuesto, también firmaréis un tratado de paz que garantice que vuestro clan jamás se alzará contra el Eterno.

—¿Refugio? —Eldirard pareció incómodo—. ¿Queréis que ella permanezca aquí?

—Si decís la verdad, dudo que ese príncipe acepte la derrota durante mucho tiempo. Podemos ofrecer refugio. No confío en ella, así que se le ordenará llevar las hierbas y embotar su afinidad hasta

que decidamos que podemos confiar en ella. Si es que llegamos a hacerlo.

El rey se puso de pie. Era medio palmo más bajo que yo, pero no menos imponente.

—Es una dama de Natthaven, una princesa, ¿y pretendéis que la deje aquí como a un sabueso enjaulado?

—Nadie ha hablado de jaulas —respondí—, pero si así lo deseáis, con gusto lo haré. —Apreté los labios—. No olvidemos lo que he dicho: estuvo a punto de matar a uno de los nuestros. Si de mí dependiera, la encerraría. Por suerte para vos, mi reina es más indulgente.

Skadi se puso de pie, con las manos entrelazadas.

—Si permitís que mi abuelo regrese a nuestro pueblo, me quedaré —dijo.

—Skadinia —gruñó Eldirard.

—Es justo, abuelo. —Su voz no se alteró, no se tensó—. Lamento haber herido a un príncipe, pero lo hice para proteger a los míos, tal como vos protegisteis a los vuestros. —Volvió la mirada al anciano—. ¿Qué importa? De todos modos, no me interesa el acuerdo.

Eldirard soltó un gruñido profundo.

—Has estado demasiado tiempo en la oscuridad, niña.

—Sí —dijo ella, volviendo la mirada hacia mí—. Aceptaré vuestro refugio.

Era fría, casi como un cadáver ambulante.

—Si eso es todo —continuó—, me gustaría comenzar mi soledad, y mi abuelo deberá regresar pronto a Natthaven. Nuestro pueblo necesita a su rey.

Sin esperar permiso, Skadi se volvió, con el mentón en alto, hasta que dos guardias la recibieron en la puerta. Con un leve asentimiento mío, la condujeron fuera del salón.

—Firmaré vuestros tratados —suspiró Eldirard, inclinando sutilmente el mentón en un gesto de respeto—. Aprecio vuestra justicia. No lo olvidaré.

Me froté el mentón y regresé a mi trono. El maestro de tierra también observaba al anciano salir detrás de la mujer con una mirada sombría. Los elfos de la sombra eran algo a tener en cuenta.

Eran un pueblo poderoso, no había duda, y podrían seguir siendo un riesgo.

—Vas a mandar que Gavyn los siga para siempre, ¿verdad? —susurró Livia.

Sonreí con suficiencia.

—Entre otros.

Por un instante, Livia recorrió con los dedos los picos y valles de mis nudillos, dudando.

—¿Crees lo que dicen sobre la magia de sangre? Parecía cierto. Arion realmente no le hizo daño a Eldirard. No hasta esos últimos momentos desesperados.

Apoyé la mejilla sobre la garra de mi mano, mirando fijamente la puerta por la que se habían marchado.

—Estoy seguro de que Sander no descansará hasta conocer cada detalle, pero si es así, entonces no confiaré en ellos. No tengo ningún voto que ofrecer para convertirla en mi pariente.

Mi mano se cerró alrededor de sus dedos y los llevé a mis labios.

Livia suspiró.

—Skadi oculta algo más. Solo que no sé qué.

Y era cierto. Sentí un tirón en el estómago, como si una hoja roma se retorciera en mi interior, como si en algún lugar dentro de mí creyera que una hoja era exactamente lo que la mujer elfa podría llegar a ser algún día.

Capítulo 51

La alondra

El salón era realmente un espectáculo.

Al fondo se alzaba un estrado. Flores y enredaderas de bayas colgaban de sus bordes.

—Para honrar a la reina de los elfos de la tierra —dijo Alistair.

Banderas de plata, ceniza y azul pendían de las vigas y cubrían las ventanas del salón. Al menor soplo de viento, se hinchaban y ondulaban, creando la ilusión de olas sobre el mar.

Liras y flautas estallaban desde las esquinas. Los cantores del mar eran expertos en sus melodías, y el rey eterno los había amenazado con la muerte si intentaban atraer a alguno de nosotros con sus canciones.

Alisé el frente de mi vestido, de un rojo intenso como la sangre, y miré por la ventana.

La *Nave Eterna* estaba atracada en el puerto. De los mástiles colgaban los cuerpos de los enemigos: brazos, cuellos, cinturas… Una amenaza tácita que dejaba ver lo que significaba levantarse contra el rey y la reina eternos.

Macabro, quizá, pero para entonces estaba convencida de que costras habían recubierto la mitad de mi corazón, endureciéndolo frente a cualquiera que osara amenazar a quienes protegía con mi lado más tierno y gentil.

Hesh había sido despojado de su carne por la voz de Sewell una vez que su piel comenzó a pudrirse. Ahora sus huesos colgaban del mástil principal como tótems. A Larsson no lo colocaron en la *Nave Eterna.* La verdad es que no sabía qué había ordenado hacer Erik con el traidor caído.

Unos brazos se deslizaron alrededor de mi cintura. Suspiré y me apoyé en él.

—Echo de menos tus pensamientos —susurró Erik, con los labios rozando mi garganta.

Dioses…, cuánto extrañaba nuestro vínculo. Lo había elegido, siempre lo elegiría, vínculo de corazón o no. Era un simple consuelo tenerlo acurrucado en mi corazón, una presencia constante.

—Me preguntaba qué ha sido de Larsson.

Erik se estremeció, pero pronto ocultó la reacción tras una mueca.

—Me aseguré de que cumpliera un propósito y de que no fuera bienvenido en el Otro Mundo.

Mi serpiente arrastraba una carga, una que no necesitaba vínculo de corazón para percibir. Me giré hacia él y atrapé su rostro entre mis palmas.

—No hemos tenido la oportunidad de hablar de verdad sobre esto, no en profundidad. Yo… sé que lo que hizo lo condenó, pero era de tu sangre.

—No era nada.

—Erik. —Besé la comisura de su boca—. A veces te veo perdido en tus pensamientos cada vez que mencionan su nombre. —Lentamente rodeé su cintura, con una sonrisa en el rostro—. No me importa si tropiezas, rey eterno, mientras me dejes estar ahí para atraparte.

El rojo en los ojos de Erik se oscureció, pero reconocí el momento en que cedió.

—No siento remordimiento por librar al Eterno de Larsson Guardahuesos. —Erik apretó los dientes, dudando—. Pero odio que haya momentos en que mi mente divague. Cuando comienzo a odiarlo un poco más porque nunca nos dio la oportunidad de ser hermanos. Odio que siquiera me preocupe. Odio que, por mi ignorancia, tú hayas sido herida.

Cubrí su mejilla con la palma de mi mano y presioné un beso sobre sus labios.

—Las cicatrices sanan, Erik. Estas cicatrices que me dejaron manos crueles sanarán. Pero no cambiaría nuestra historia, serpiente. Lo que hizo Larsson solo demostró que no hay límite, ni mar, ni cielo que no cruzaría por ti. No hay lugar al que pertenezca tanto como a tu lado.

La boca de Erik se curvó en una sonrisa astuta.

—¿Entonces, sin arrepentimientos, alondra?

—Nunca, serpiente.

—Perdonad la interrupción, Altezas. —Alistair se acercó con la nariz en alto—. Pero es hora de vestirse para la ceremonia.

Erik depositó un beso fugaz en el centro de mi palma y dio un paso atrás.

—Nos vemos en un momento, amor.

Elevé una ceja y el rey rio mientras se alejaba.

—Está tramando algo, ¿verdad, Alistair?

—No sabría deciros, mi reina.

—Mentiroso.

El viejo mayordomo se alteró, pero ya había aprendido que siempre farfullaba y se retorcía tratando de ocultar sus sonrisas y gestos de diversión.

—No me importa que el rey tenga o no un plan en esa cabeza aterradora suya. Lo que sí me importa es insistir en que mi reina se vista. Ahora, vamos a ello.



—No consigo entender por qué, una vez más, me veo obligada a ponerme una de estas cosas horrendas —gruñó Celine, tirando del escote de satén del corpiño verde pálido que se ceñía a sus curvas. El color realzaba su piel morena y sus ojos brillantes, y resultaba sorprendentemente regio junto a su cabello plateado trenzado, que caía en largas ondas sobre los hombros.

Mira terminó de colocar una banda de cuentas en el cabello de Celine y dio un paso atrás para admirarla.

—Creo que vas a dejar sin aliento a toda la maldita sala, Cantamareas.

Celine tragó saliva, frunciendo el ceño, pero al igual que con Alistair, yo la conocía lo suficiente para saber que no abandonaba fácilmente su descontento.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Celine atrapó mi mirada a través del espejo de pie mientras yo ajustaba mi collar de huesos. Enrolló un mechón de su cabello

alrededor del dedo.

—Todo el mundo sabe lo de Daj. ¿Y si el pueblo se vuelve contra él?

—Celine. —Tomé su mano—. ¿De qué crimen es realmente culpable Sewell?

—De desobedecer al rey eterno —enumeró con los dedos—, de negarse a cumplir una orden del señor Harald, de falsificar mi muerte…, la suya… ¿Y si destituyen a Gavyn? Dioses…, ¿y si descubren lo de la voz de Gavyn?

Mira le acarició el brazo con gesto tranquilizador, pero me lanzó una mirada incierta, sin saber qué decir. ¿Cómo podríamos comprenderlo? Las amenazas contra su familia nos resultaban ajenas, casi absurdas.

—Esto es lo que yo sé —le dije, colocando ambas manos sobre sus hombros—. Sé que, si tu padre es declarado culpable de crímenes, entonces también lo es el rey eterno en funciones. No lo olvides, Celine: Erik fue cómplice en todo esto. Está contigo, como tú siempre estuviste con él. Y yo también.

—Oh, y todos nosotros, los elfos de la tierra —añadió Mira, agitando la mano como si fuera evidente—. Yo con gusto lanzaría unos cuantos cuchillos más a cualquiera lo bastante idiota como para atacaros porque tu *daj* no mató a su maldita compañera. O sea, en serio. ¿Acaso estos arcaicos necios del Eterno no se dan cuenta de que sin sus mujeres no hay Eterno? ¿Quién creen, me pregunto, que da a luz a la siguiente generación?

—Después de vivir tanto tiempo en las sombras, es difícil pensar que puedo entrar en una sala y hablarles de verdad. Llamarlos hermano y padre. —Celine observó su reflejo, arqueó la espalda e hizo girar la falda—. Aun así, no entiendo por qué tengo que llevar puesta esta cosa horrenda.

Un golpe en la puerta anunció a nuestros escoltas.

—Daj. —Tomé sus manos ásperas—. Pareces un guerrero. Maj estará furiosa por haberse perdido todo esto.

Mi padre abrió los brazos y me estrechó contra él. Vestido de negro, sin sus hachas, y con el cabello oscuro trenzado lejos del rostro, parecía el poderoso rey de mi infancia.

Con un beso suave en la frente, mi padre sostuvo mi rostro entre sus palmas curtidas.

—No sé qué decir, Livie —confesó—, pero quiero que sepas que eres mi luz, y que estoy inmensamente orgulloso de ti.

—Maestro de tierra —gruñó Celine—. Vas a hacer que llore.

Parpadeé, secándome la comisura con un dedo.

—Estoy bien. ¿Lista?

Sander se acercó a Mira, Aleksi a Celine. Jonas permaneció un paso detrás de nosotros, el cabello húmedo y peinado, una túnica oscura con runas bordadas a lo largo del dobladillo, y un aire algo sombrío. Daj sospechaba que estaba ansioso por regresar a casa. A pesar de su vínculo *neach-dai* con el Eterno, Jonas, como todos nosotros, extrañaba nuestra tierra, nuestra gente.

Aun así, era extraño ver a Sander como el gemelo bullicioso y a Jonas perdido en sus pensamientos.

La noche nos envolvía, y el palacio brillaba con luz dorada, y los aromas exquisitos de las mesas de banquete que bordeaban el gran salón inundaban la estancia. Los ventanales estaban entornados, dejando entrar el aire nocturno, cargado de sal marina y flores de miel de los jardines.

Mi cabello estaba trenzado en un intrincado peinado, y mi vestido rozaba mis tobillos, una falda de plata líquida. Las puertas crujieron al abrirse a nuestra llegada. Alistair golpeó el suelo de piedra con un bastón, anunciando:

—La reina eterna.

Un nudo en el pecho detuvo mi corazón. Gente de cada casa noble se giró hacia la puerta. Sirenas con ojos oscuros, la tripulación del Eterno con sus barbas recién recortadas y fajas en la cintura, elfos de mares lejanos y cercanos. Los murmullos se apagaron y, con la delicadeza de las olas de un mar en calma, las cabezas se inclinaron, las rodillas se doblaron, y yo deseé huir.

Hasta que ojos como el atardecer se encontraron con los míos desde el estrado.

Erik estaba frente a nuestros tronos. Llevaba una camisa de un negro tan profundo como la noche, el cabello suelto y salvaje alrededor del rostro, y una sonrisa sutil y traviesa pintada en sus

labios. La sonrisa que me decía que, si pudiera colarse en mis pensamientos más íntimos, haría que me ruborizara con las palabras más provocativas.

Él era mi rey. Él era mi seguridad. Él era mi hogar.

Mi padre le extendió mi mano a Erik. Por un momento, los dos antiguos enemigos se sostuvieron la mirada. Luego, mi *daj* entrelazó antebrazos con el rey eterno, inclinó la cabeza ligeramente y una chispa en sus oscuros ojos denotó aceptación… y le recordó al rey marino que más le valía cuidar de su hija.

—Pueblo del Eterno —llamó Alistair—. Levantaos por vuestro rey y vuestra reina.

Las sillas en el salón crujieron cuando todos se pusieron de pie. Mira permaneció cerca de Celine y se sentó junto a Gavyn y Sewell. Stieg se colocó al lado de mi padre, junto a los tres príncipes de los elfos de la tierra.

Tait permaneció cerca del rey. Caminacorazones, aunque seguía mostrando su habitual malhumor, tenía una nueva ligereza en su postura. Durante turnos había estado distante y apartado de su primo, pero ahora era como si nuestras batallas y nuestra victoria hubieran permitido finalmente que los primos volvieran a ser los hermanos que alguna vez fueron.

Incluso lo vi reírse frente a nuestra puerta, conversando con Erik en el pasillo.

Avaline estaba allí, luciendo un vestido tan dorado como el amanecer. Un leve rubor teñía sus mejillas, y sus ojos recorrían las paredes del palacio con una fascinación discreta.

Joron había llegado a la corte, probablemente a regañadientes, pero se le había prometido reunirse con su hija, y así lo hizo. Que ella no estuviera tan entusiasmada con regresar a sus habitaciones en la Casa de las Mareas no era problema nuestro. Erik ya había dejado claro que, si la Dama Avaline quería quedarse en la corte por un tiempo, las puertas del palacio la recibirían con gusto.

Narza y los de la Casa de las Brumas estaban agrupados cerca del fondo, con aquellos jubones y vestidos de tonos profundos y aquellos cabellos de espuma de mar. La dama de las Brujas se

mantenía cerca de Torbellino. Tavish a un paso detrás, Catriona y sus tres hijos reunidos a su alrededor.

Alistair tomó su lugar frente a la multitud.

—Pueblo del Eterno, nunca hemos ostentado el título de reina. Algo así podría haberse considerado una gran debilidad en otro tiempo, pero Livia de la Casa Ferus, del pueblo de los reinos de la tierra, ha demostrado que es nada menos que una feroz fortaleza.

Erik apretó mi palma, estudiando los rostros en la multitud mientras Alistair seguía hablando.

—Cuando nuestro pueblo debió ser enemigo, tú sanaste nuestras tierras. Sigues sanándolas.

Tragué saliva y bajé el mentón. La oscuridad estaba lejos de sanar. Pero ya nos habíamos reunido con los líderes y altos cargos de las islas a lo largo del reino, y habíamos determinado qué rincones necesitaban con más urgencia ayuda.

—Pero, por encima de todo, nos has demostrado que una reina luchará con tanta valentía como el rey por nuestro pueblo —dijo Alistair, hinchando el pecho y señalando a un guardia para que avanzara. Una caja de madera, grabada en oro, fue ofrecida—. Como la primera reina eterna, acepta tu corona de manos de nuestro rey, tu compañero.

Erik abandonó su trono y levantó la tapa de la caja. No había reglas para esta ceremonia, pero la confianza en su paso, sus hombros alzados… Erik Cantasangre hacía que la coronación de una reina pareciera una tradición.

Se escucharon algunas exclamaciones en el salón cuando Erik se arrodilló cuidadosamente a mis pies. Sin duda, a los del pueblo del Eterno les llevaría tiempo acostumbrarse a la devoción de su rey por mí.

Sonreí, rogándole a mis malditas lágrimas que se mantuvieran a raya cuando Erik sostuvo la caja abierta frente a mí.

—Me tomé la libertad de fabricar tu corona, amor —dijo, con voz suave y discreta, destinada solo a mí.

—Sabía que tenías un plan. Alistair mintió por ti.

Un resoplido escapó del mayordomo, pero no dijo nada más.

Sobre un cojín de satén descansaba una fina diadema, con filigrana diseñada para imitar hilos de hiedra y hojas. Entre el oro, como en la corona de sangre, un toque de carmesí fluía como si estuviera vivo.

—Erik —dije, sin aliento—. Es hermosa.

—Una verdadera insignia de tu belleza, tu fuerza y tu resiliencia. Quiero que a lo largo de los ciclos, todo el mundo, incluidas futuras reinas eternas, recuerde quién fue la primera. Eres mi corazón y mi sangre.

Arqueé una ceja.

—¿La corona está hecha con tu sangre?

Erik asintió, sonriendo, y se puso de pie. Con ternura, colocó la corona sobre mi cabeza.

—¡Pueblo del Eterno! —La voz del mayordomo retumbó como un cañón, extraña en contraste con su habitual condescendencia suave —. ¿Aceptáis a Livia de la Casa Ferus para que permanezca a nuestro lado como Livia…? —Alistair dejó que sus palabras se desvanecieran, con una sonrisa maliciosa en el rostro—. ¿Maestra de la tierra, reina del Reino Eterno?

Durante un instante, un escaso latido, estuve convencida de que nadie pronunciaría sonido alguno. Luego, las paredes temblaron con aplausos y gritos:

—¡Larga vida a la reina de los reyes!

«Maestra de la tierra». Mis labios se entreabrieron al lanzarle una mirada a Erik. Su boca se curvó en una sonrisa arrogante, completamente satisfecho de sí mismo. Livia, maestra de la tierra. El nombre se asentó en mis venas como una cálida brisa veraniega. No pude evitar que la sonrisa se esculpiera en mi rostro.

Rodillas raspando los azulejos, el roce de vestidos contra satén y mallas. Los elfos marinos hincaron la rodilla y, uno a uno, mi pueblo se unió. Stieg guiñó y se golpeó el pecho con un puño. Jonas y Sander se dieron codazos mientras competían por arrodillarse primero, y Mira aplaudió, sin mucha formalidad, y dejó escapar un grito de emoción antes de ajustar su falda para arrodillarse junto a Celine.

Tait se colocó frente a nosotros. Puso una mano sobre su corazón y susurró:

—A mi reina.

Y se arrodilló.

Mi padre y Aleksi fueron los últimos en inclinarse. Daj articuló con los labios que me quería. Aleksi puso los ojos en blanco, pero colocó un puño sobre el pecho. Un príncipe, pero siempre un Rave.

Erik me devolvió la sonrisa y acercó sus labios a mi oído.

—Yo llevo la corona de sangre; tú, la de huesos, amor.

Mis dedos recorrieron los bordes de mi corona, mis ojos abiertos como platos.

—Erik Cantasangre… ¿qué has hecho?

Esa oscuridad que me era tan familiar —la primera faceta que había visto del muchacho atrapado en aquella celda hace tantos ciclos—, brilló en el fulgor de sus ojos.

—Hice un juramento, en esta misma sala —dijo—. Si alguien te hace daño, tú los llevas como promesa de lo que les ocurre a quienes osan tocar a la reina eterna. Quita el oro, y descubrirás el destino de los traidores.

«La corona de huesos». Mis dedos se detuvieron sobre la diadema que descansaba sobre mi cabeza.

—¿Larsson?

—Y otros. Una bruja marina de la que nunca volveré a hablar, y un señor muerto, por decirlo suavemente. —El rostro de Erik se tornó rígido, la mandíbula tensa por la pasión—. ¿Demasiado, amor?

Lo estudié, lo absorbí por completo, la luz y las sombras. Lo besé hasta que pude volver a tomar aire.

—No, serpiente —susurré contra sus labios—. Para mí, siempre serás el más hermoso de los monstruos.

El vino fluía, las parejas danzantes desfilaban por el salón, y la luna brillaba más que nunca. Había paz aquí. Había bailado por turnos

con Alek, con mi padre y, por supuesto, con Sewell. Incluso Gavyn se había abierto paso, empeñado en bailar con la reina.

Sander bailó con Celine, luego con Avaline. Desde entonces, se había sumido en animadas conversaciones con algunas brujas de la Casa de las Brumas, comparando sus hechizos con las pociones y elixires usados por la gente de sus reinos.

Jonas, por primera vez desde que podía dejarse barba, no bailaba ni se enredaba en los brazos de ninguna mujer. Permanecía junto a mi padre y Stieg, pero su mirada estaba por completo fija en los rasgos sombríos de Skadi.

Los guardias del palacio habían escoltado a Skadi hasta la coronación. Si iba a vivir como refugiada en el Eterno, sentí que era justo que se sumergiera en la sociedad del pueblo del mar.

Se había mantenido junto a los guardias, picoteando algo de pescado plateado, sin dirigir la palabra a nadie.

Jonas parecía listo para lanzarse si ella daba un solo paso en falso.

Dioses, esperaba que el vínculo no estuviera destruyendo su ligereza ni el fuego de su alma.

Tiempo. Cambios, movimientos, nuevos comienzos: todo requeriría tiempo.

Me apoyé contra la pared, riendo entre sorbos de vino de ciruelas mientras Erik era arrastrado a la pista de baile por Mira. Ella insistía en algo sobre una amistad eterna, ante lo cual el rey eterno tenía muchas y vehementes protestas.

—Has comido pasteles a montones. —Una voz familiar me hizo mirar hacia el extremo de la mesa. Tavish levantaba a una joven elfa en sus brazos, arrebatándole un pastel glaseado de las manitas pegajosas.

—Tavish —dije—. ¿Le negarías algo tan dulce?

—En absoluto, mi reina —respondió, salpicándole besos en las mejillas hasta que ella soltó una risita—. Siempre que estés dispuesta a recorrer los pasillos con ella durante todas las campanadas esta noche.

Tavish colocó a la niña en el suelo, instándola a ir a jugar con sus hermanos, que corrían por ahí con otros pequeños del poblado.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Tavish? —No lo miré.

—Por supuesto.

Mi pulso retumbaba en mi cráneo. Tomé otro sorbo.

—¿Por qué tú y tus padres nunca acogisteis a Erik cuando era tan pequeño?

Tavish miraba fijamente al frente, pero yo sabía hacia dónde dirigía la mirada. Narza se mantenía cautelosa junto a Torbellino, pero sus ocasionales roces y susurros cercanos solo me confirmaban que eran compañeros.

—Entonces —dijo Tavish—, ¿él aceptó la verdad?

—Erik no ha dicho nada —admití—. Pero lo sabe. Preguntará o no preguntará a su antojo. Soy yo quien pregunta.

Tavish enderezó la espalda frente a mí. Casi podía ver un parecido con Erik, enterrado en sus rasgos delgados y afilados.

—Preguntas porque nos guardas rencor por ello.

—¿Debo mentir?

—Preferiría que no lo hicieras.

—No lo entiendo —confesé—. Es lo que le dije a tu madre. No entiendo cómo su propia sangre pudo abandonarlo a la crueldad de Harald.

—No tuvimos elección —dijo Tavish, con voz baja—. En el momento en que nació un heredero varón, Thorvald mostró quién era realmente. Lanzaron amenazas contra mi hermana y el niño. El rey eterno permitiría que solo mi madre formara parte de la vida de Erik; ningún varón podría influir en el heredero.

—Y nadie intentó detenerlo.

—Me dijeron que todo ocurrió antes de que supieran que estaba ocurriendo siquiera.

—¿Te lo dijeron?

—Yo tenía doce años cuando pasó esto, mi reina. —Tavish se frotó la nuca—. Ni siquiera Oline supo lo que Thorvald había hecho contra su padre y su hermano hasta que fue demasiado tarde.

—¿Ni tú ni Narza pudisteis romper esos resguardos?

—Mi voz no había madurado, y mi madre y mi padre no podían hacerlo sin arriesgarse a la traición. Probablemente poniéndonos también en riesgo a mí o a mi hermana. —Tavish negó con la cabeza

—. Thorvald encarceló a Oline, Livia. Era la compañera, pero no tenía libertad una vez que el rey consiguió lo que quería en un heredero.

—Entonces, ¿Erik nunca supo que existías?

—Era como si mi padre y yo hubiéramos sido olvidados en la Casa de los Reyes. En todo el Eterno, en realidad. Solo los miembros más allegados a mí de la Casa de las Brumas conocen mi linaje. Para los demás, soy un noble, un poderoso hechicero. Una vez que Oline desapareció, Thorvald y Harald usaron a otras brujas y nos mantuvieron alejados con hechizos. No he podido poner un pie en la ciudad real hasta ahora.

—¿Qué cambió?

—El rey tuvo que darnos la bienvenida. Mi madre es la dama de las brujas, así que debía asistir al consejo. Su invitación llegó mucho antes. Pero ¿yo?, ¿mi padre? Con la amargura que le habían inculcado a Erik, el odio que había llegado a sentir hacia la Casa de las Brumas… ¿por qué nos recibiría alguna vez? —Tavish sonrió, casi con un toque de sorpresa—. Hasta que llegaste tú.

Se me formó un nudo en la garganta.

—¿Y ahora qué harás?

—Lo que siempre he hecho. Estar al lado del hijo de mi hermana. —Tavish tomó de la mesa una flauta de cristal con vino—. Incluso cuando no era bienvenido aquí, siempre estuve del lado del joven rey eterno. Luché en la guerra de los elfos. Quizá él no lo sabía, pero yo estuve allí. Incluso esperé en las mareas hasta que vuestro pueblo lo liberó, todo para asegurarme de que regresara.

—Él pensaba que solo Tait se había quedado.

—Lo sé. —La expresión de Tavish se torció en un leve gesto de arrepentimiento—. No sabía siquiera cómo acercarme al joven rey, solo que había hecho una promesa cuando mi hermana murió: que haría todo lo posible por mantenerlo con vida. Admito que pensé que se parecería más a su padre cuando creciera. Pero el rey que veo ante mí… te aseguro que es como su madre. Y ella fue un regalo para este reino, al igual que tú. —Tavish levantó mi mano y besó su dorso—. ¿Saber todo eso ayuda a mitigar la amargura?

—Un poco —dije—. Espero que estés más presente en la ciudad real. Vale la pena conocerlo, Tavish.

—Sí, reina Livia. Estoy de acuerdo. —Retrocedió un paso—. Ahora, si me disculpas, mi compañera me lanza unas miradas bastante peligrosas. Debo ir a ayudar a encadenar a nuestra prole al suelo.

Solté un resoplido y lo observé irse. Cuando volví a mirar el salón, unos ojos carmesíes encendidos se clavaron en los míos.

—Mira te ha dejado libre —dije, entrelazando mis dedos con los de Erik cuando estuvo a mi lado.

—Hui, como un cobarde.

Lo besé en el hombro.

—No es cobardía. Ella es una fuerza que ningún hombre puede domar de verdad.

Erik bebió un sorbo de mi cuerno.

—¿De qué iba todo eso con Tavish?

—Simplemente tu reina siendo bastante protectora con su rey.

Erik me atrajo contra su pecho, labios cerca.

—¿Es eso así?

Suspiré mientras inclinaba su rostro, su nariz rozando mi garganta.

—Sí. —Maldita sea, mi voz era apenas un suspiro.

—¿Alondra?

—Serpiente.

—Ya me he cansado de esta celebración.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—Yo también.

El rey eterno me tomó de la mano y me condujo fuera del salón. En su mirada latía un fuego contenido. Solo se detuvo cuando sus brazos y sus piernas se entrelazaron con los míos, y la paz que habíamos reclamado de verdad parecía estar a nuestro alcance.

Capítulo 52

La serpiente

Al amanecer, navegaríamos, una vez más, por el Abismo, pero aún quedaban por realizar los últimos ajustes en aquello que, durante tanto tiempo, había convertido al Eterno en una tierra lúgubre y cruel.

Una semana después de la coronación, el patio frente al palacio estaba abarrotado de gente del pueblo, sin duda curiosa por saber por qué el rey y la reina habían convocado a las casas nobles y a la tripulación del Eterno.

Bastó con mencionar mis planes a Livia —después de haber abandonado su propia celebración y de terminar sin aliento, enredados entre las sábanas— para que su piel casi se erizara de expectación. Ya no había marcha atrás. En nuestras conversaciones nocturnas, mi alondra y yo habíamos añadido capas a nuestra rebelión.

Jamás lo habría admitido en voz alta, pero una inquietud extraña me punzaba por dentro. Había coronado a una reina, librado una guerra, ofrecido refugio a una princesa élfica imperturbable… y, aun así, sabía que estos cambios serían distintos. Alcanzarían a cada casa. A cada isla. A cada rincón del Mar Eterno.

Como si percibiera mi desasosiego, Livia se inclinó hacia mí y susurró:

—Estás tomando las decisiones correctas, Erik. Estoy segura de que tu padre no lo aprobaría en absoluto.

Una sonrisa amplia y sincera se abrió paso en mi rostro.

—Tus palabras ayudan, alondra.

El murmullo de la multitud se apagó cuando me situé al frente del patio.

—Al amanecer devolveremos a nuestros nuevos aliados a los reinos de la tierra, con gratitud y con una alianza que nunca debió romperse.

Aplausos y gruñidos de aprobación recorrieron la multitud como una ola.

—Antes de despedirnos, tenemos favores que conceder y títulos que otorgar. Primero, la tripulación de la *Nave Eterna.*

Hombres rudos y severos se abrieron paso entre la gente hasta que más de tres docenas quedaron alineados ante mí. No sabía cómo serían recibidas mis palabras.

—He pensado mucho en el significado de la lealtad durante estas semanas difíciles. En mi vida he visto a un rey exigir la muerte de una familia noble como prueba de fidelidad. He visto cómo los vínculos forzados también la reclamaban. —Hice una pausa. Nadie se movió. Nadie parecía respirar—. Es un honor para mí navegar junto a una tripulación como la vuestra, pero hasta ahora han sido los lazos de sangre los que os han mantenido unidos. Hoy os ofrezco poner fin a esos vínculos. —Se alzaron algunos murmullos. Parte de la tripulación se removió, incómoda—. Sería un honor navegar con vosotros no por obligación, sino por lealtad compartida. —Tragué saliva—. No quiero ser un rey como Thorvald. —Algunas miradas de sorpresa, tal como esperaba. No me detuve—. Cada uno de vosotros tiene un lugar en la *Nave Eterna,* pero por voluntad propia. Me honraría contar con vuestra fidelidad en esas cubiertas, pero no volveré a imponerla jamás.

Un silencio, espeso como el aire caliente, se extendió por el patio.

Hasta que Hans Devoracráneos se aclaró la garganta de tal manera que sonó más a una tos húmeda.

—No puedo hablar por estos bastardos —dijo—, pero por lo que a mí respecta… me quedaré con mi vínculo, rey Erik, si me lo permites.

Cicatriz dijo lo mismo, e incluso me regañó por haber considerado romper su lazo de sangre. Uno a uno, los miembros de la tripulación del Eterno comenzaron a entonar el canto de la nave, grave, inquietante, poderoso.

«No es un hombre; trabajo y podredumbre…».

—Nos quedamos a bordo —repitió Devoracráneos—. Nos quedamos con nuestro rey y con nuestra querida de la nave.

El bruto le guiñó un ojo a Livia. Yo tropecé con las palabras y, por un instante, me quedé en silencio. Con un simple asentimiento, les indiqué en silencio que regresaran a sus puestos.

—Siguiente —dije, con la voz áspera—: Sewell Desgarracarne.

—Anguilita —murmuró él, con las manos entrelazadas a la espalda. Sewell estaba aseado y erguido; sin su barba descuidada y su cabello alborotado, podía ver reflejados en sus rasgos a Celine y Gavyn.

—Fuiste castigado injustamente por un crimen que nunca existió. Te devuelvo el título de señor, el mismo que aún posee tu hijo. Se te otorgará el respeto, la dignidad y el honor que siempre mereciste. Como tal, eres libre de vivir en tus tierras de la Casa de los Huesos sin temor a daño alguno. No hay enemistad entre la corona y Sewell Desgarracarne. Tu pareja será honrada y recordada en la ciudad real y a lo largo del Eterno, nunca olvidada.

Celine se cubrió la boca y se inclinó hacia Gavyn, cuyo rostro permanecía impasible. Sewell, en cambio, sonreía radiantemente.

—Palabras dulces, anguilita —dijo él.

—Palabras tardías —repliqué, mirando a la multitud—. Quien intente imponer castigos antiguos caerá bajo la espada en su lugar.

Llamé al señor Joron y a Avaline. Joron se quedó boquiabierto al ver a Sewell pasar. No era poca cosa deshacer una orden tan cruel de Thorvald y Harald, pero la multitud estaba de buen humor, esperanzada incluso.

—Señor Joron. Cumpliste con tu parte de la orden, aunque no se me escapa que no lo habrías hecho de no ser por las amenazas contra ti.

—Diría, mi rey —respondió Joron—, que no hay manera de saber tales cosas.

—Tienes poco respeto por el título de reina —dije entre dientes—. Deshonraste a tu propio pueblo en tu casa al permitir que sufriera tan ferozmente. Pero hay otra en la Casa de las Mareas que se arriesgó voluntariamente por el bien de nuestra gente: la señora Avaline.

Los ojos de la hija de Joron se abrieron de par en par, pálidos como el sol de la mañana. Sus manos volaron hasta su vestido,

aferrándose con fuerza a la falda de lana, como si quisiera lanzársela sobre la cabeza y desaparecer.

—Los nobles que presiden las casas de los Mares Eternos reciben un título honorable, obligados a proteger y valorar a su pueblo —continué, haciendo una pausa deliberada, quizá también para ver a Joron sudar un poco—. Has demostrado que eres la mejor candidata para liderar la Casa de las Mareas.

—Mi rey —siseó Joron.

—Silencio. —Curvé el labio, mostrando las puntas de mis dientes —. No he terminado. Despojo a tu padre de su título y te lo concedo a ti. Señora de la Casa de las Mareas. Tu palabra será escuchada en el consejo y respetada en tus islas.

—No puedes degradarme de un cargo otorgado por los dioses —escupió Joron.

—No hay degradación alguna —respondí con calma—. Tu sangre sigue gobernando la Casa de las Mareas. Tu hija será simplemente su voz. Si ella acepta, claro está.

Avaline lanzó una mirada vacilante a su padre. La nariz afilada de Joron se arrugó y sus labios delgados se tensaron en una mueca. Una amenaza silenciosa, pero este era el momento de ver qué podía hacer Avaline cuando se le daba un pequeño empujón.

Tras una pausa larga y tensa, alzó la vista hacia mí.

—Acepto, mi rey. Con gratitud.

—Y si un solo cabello de su cabeza resulta dañado —dijo Livia, clavando la mirada en Joron—, sabrás que nuestras sospechas recaerán sobre ti.

—Aún queda un último título por otorgar —continué, extendiendo un brazo para que Livia se colocara a mi lado—. Uno que acordaron con entusiasmo el rey y la reina. Celine Cantamareas.

Celine se sobresaltó, la confusión dibujándose en su rostro, pero se separó de Gavyn y avanzó hacia la luz del sol.

—Celine —dijo Livia, con voz suave—. Has sido una verdadera aliada, una amiga cuando creí no tener a nadie en el Eterno. Has sido leal a la tripulación, a tu familia y al rey durante toda tu vida.

—Al igual que tu padre, no merecías ser castigada de ese modo, Cantamareas —añadí—. Te confiaría mi vida, y lo cierto es que ya lo

he hecho más de una vez. Será difícil separarnos de ti en la tripulación.

Celine jadeó, visiblemente recelosa.

—Erik, yo… yo no quiero, por favor, no quiero dejar la tripulación.

—Me temo que debe ser así —continué.

—No. —Celine desvió la mirada hacia Livia—. ¿Por qué?

Solté un suspiro profundo.

—Estarás demasiado ocupada con la tuya propia.

—¿Mi propia tripulación? —Celine inclinó la cabeza, intrigada.

—El señor Hesh —dije, alzando la voz sobre la multitud— fue un traidor del Eterno. Murió como traidor, pero dejó a la Casa de las Espadas sin señor —señalé con la barbilla a Celine—, o, como en las Casas de las Mareas y de las Brumas, sin dama. Si estás de acuerdo.

Parecía como si le hubiera atravesado el vientre con un puño.

Celine se encorvó, ojos desorbitados, labios entreabiertos. Cuando logró recomponerse, se apresuró a enderezarse y elevar la mirada hasta encontrarse con la mía.

—¿Quieres que yo sea…?

—La dama de las espadas —terminó Livia—. Sí. No hay nadie que luche más ferozmente por el Eterno, Celine Cantamareas. No hay nadie tan astuto, formidable y bondadoso como tú. Todas esas cualidades te convierten en la Navegante Suprema perfecta.

—Dioses sangrantes. —Celine se pasó los dedos por sus largas ondas—. ¿Estáis realmente seguros? ¿Sabéis lo que esto significa?

Reí entre dientes.

—Tienes un título. Una casa.

—Significa que no volveré a ponerme esos malditos vestidos para vuestras fiestas. Llevaré lo que me dé la gana. —Celine soltó una carcajada alta y estridente—. Significa que puedo decirte cuándo estás siendo un rey tremendamente estúpido.

—Eso ya lo haces —respondí.

—Ah, pero ahora puedo gritarlo a través de la mesa del consejo. Lo mismo para ti. —Celine señaló con el dedo a Gavyn.

Su hermano frunció el ceño, pero se dio la vuelta antes de que la mueca derivara en una sonrisa.

—¿Supongo que aceptas? —pregunté.

—Sí, mi rey. —La barbilla de Celine tembló. Hizo una reverencia—. Gracias.

—¡Rey Erik! —Desde la última fila de la tripulación del Eterno, Portatormentas se abrió paso hasta el frente.

Gemí, sin ganas de detener un posible derramamiento de sangre si Sewell atacaba.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Celine, con un tono mordaz en la voz.

Portatormentas la ignoró, mirándome primero a mí y luego a Livia.

—Si no les importa, Altezas, me gustaría aceptar esa oferta de liberarme del vínculo de sangre con la *Nave Eterna.*

Inesperado. La verdad, me dolió un poco.

—¿Deseas permanecer a bordo, pero sin vínculo?

—He navegado en la magnífica *Nave Eterna* casi veinte ciclos, pero ahora espero poder hacerlo bajo otros colores, un nuevo estandarte. —Portatormentas miró a Celine—. Si la dama de las espadas me acepta a bordo, claro.

—Bueno —susurró Livia, con una sonrisa satisfecha—. Me gusta este giro en los acontecimientos.

La piel de Celine se sonrojó. Intentó mantenerse firme e inmóvil, como cualquier señor o dama de una casa, pero sus manos la delataron, temblando y moviéndose a los lados.

—Te liberarás de tu vínculo, Portatormentas —dije—. Pero en cuanto al resto, eso quedará en manos de la dama de las espadas.

Por un instante, Celine estudió los ojos escrutadores de Portatormentas. Con delicadeza, tomó su mano.

—Será un honor tenerte a bordo, Finn Portatormentas.

Se apartaron un poco, colocándose junto al incómodo Sewell.

Llamé a los elfos de la tierra.

—El Eterno siempre estará abierto para vosotros y vuestra gente. Ninguna puerta se cerrará, ninguna mesa dejará de recibiros cuando entréis en nuestros mares. La mía, sobre todo. Y es un honor para mí agradecer a la Casa Eriksson de los clanes Alver…

—Por fin lo has dicho bien —murmuró Jonas.

—… por aceptar un vínculo para defender nuestro reino —respondí, con la garganta repentinamente cerrada—. Espero que sepas que siempre será correspondido. Siempre.

—Vosotros también deberíais saberlo —replicó Jonas, esbozando una sonrisa fugaz—. No eres tan malo, Cantasangre.

Capítulo 53

La serpiente

Nos saludaban desde los *drakkars* al otro lado del Abismo. Elegantes y estrechos, con gritos y vítores en la cubierta. La *Nave Eterna,* las velas azules de la nave de Gavyn y la lona cenicienta del barco de Narza rompieron la superficie de los mares de los elfos terrestres.

Hasta que se construyera la nueva nave de la Casa de las Espadas, Celine viajaría a bordo de la *Nave Eterna,* como siempre.

Junto a Sewell, Celine se encargaba de vigilar a Skadi. Todavía no confiaba en que la mujer permaneciera sola en el Eterno. Eldirard había firmado una alianza con nosotros en su nombre y en el de su nieta. No era una amenaza, pero la mujer… No la entendía y, hasta que lo hiciera, era un peligro.

Skadi se mostró bastante indiferente ante la idea de navegar por el Abismo. Aunque, a decir verdad, se mostraba indiferente ante casi todo. Se quitó la capucha de lana de su capa, dejando caer su cabello plateado, y contempló la línea de la costa, sin que su rostro mostrara la menor reacción.

Cuando las escamosas velas carmesíes de la *Nave Eterna* rompieron la superficie, los cuernos sonaron y la gente corrió hacia los muelles, las playas y las aguas poco profundas.

Desde que puso un pie en mi nave, nunca había visto al maestro de tierra tan lleno de expectación. No me habría sorprendido si Valen Ferus se hubiera lanzado por la borda para nadar a tierra firme.

Y eso fue exactamente lo que hizo cuando, desde una chalupa, vio el cabello pálido de su mujer aparecer entre las olas.

Livia inhaló con fuerza, todavía en cubierta, observando cómo su madre se recogía la falda de su vestido azul con una mano y se lanzaba a los brazos de Valen antes de que él emergiera por completo de las mareas. Cayó hacia atrás, sosteniendo a su reina,

devorándola con la mirada, sin importarle el constante vaivén de las olas sobre sus cabezas.

Livia se secó una lágrima de la mejilla.

—¿Alondra? —Toqué la parte baja de su espalda.

—Llegué a pensar que nunca volvería a verlos. —Un destello de culpa me atenazó el pecho, pero se desvaneció cuando Livia abrazó mi cintura—. No hay arrepentimientos, Cantasangre. Estoy en mis tierras natales, pero mi hogar está bajo el mar.

Le di un beso en la sien, con el estómago en un puño cuando Tait nos llamó para que subiéramos a los botes y llegáramos a la orilla.

Nos habíamos quedado intencionalmente atrás, sin querer entrometernos en los reencuentros. Se habían librado batallas codo a codo, pero las tensiones aún se sentían, aún se saboreaban, como manzanas agrias.

—¡Livia! —gritó Elise Ferus desde las aguas poco profundas cuando estábamos a mitad de camino a la orilla.

Valen cargaba al príncipe Rorik sobre su hombro, dejando que su esposa se abriera paso entre las mareas. Como su padre, Livia se preparó para saltar por la borda. Extendí la palma de mi mano, haciendo retroceder a las corrientes, brindándoles un suelo más firme para que corrieran.

Livia sollozaba, llamando a su madre. Elise era un poco más baja, pero acunaba la cabeza de Livia contra la suya, temblando. Una y otra vez, la reina del pueblo de la Noche se retiraba, secaba las lágrimas de su hija, reía entre las suyas propias y luego la estrujaba de nuevo en otro abrazo.

—¿Listo para esto? —susurró Tait.

—Para nada.

Cuando pisé tierra firme, el agua me llegaba a los tobillos. Tait estaba a mi lado. Pasados unos instantes, Celine se colocó al otro lado con Portatormentas, su padre y la princesa elfa. Detrás de nosotros, sirenas y cantoras, tritones y brujas, Narza e incluso Tavish, aguardaban una invitación para unirse a los elfos de la tierra en la orilla.

Aleksi estaba atrapado entre dos hombres. Aparté la vista al ver al hombre al que había salvado durante la guerra. Era un encuentro

que haría todo lo posible por evitar. La vista no mejoró cuando me giré y vi a los gemelos saludar a su gente.

Jonas y Sander estaban esculpidos a imagen de su padre, altos y anchos, pero yo conocía a la reina de cabello rojo entre ellos. Una mujer que había rescatado a un niño roto de su tortura.

También la evitaría.

—¿Por qué me está mirando ese? —murmuró Tait.

Cierto, mientras la madre de Mira sostenía a su hija, un hombre, con un tatuaje de cuervo en el costado del cuello, fulminaba con la mirada a mi primo. No pude determinar si era sorpresa o desdén.

—¡Cantasangre! —Una tropa de jóvenes elfos, liderados por el príncipe Rorik, embistió contra la fila de elfos marinos.

Dioses. Pequeños.

El príncipe, con los ojos oscuros entrecerrados y lleno de determinación, empujó a una niña que iba a su lado. Sus largas trenzas color canela revolotearon por sus mejillas antes de que tropezara y cayera de bruces al agua. Rorik soltó una pequeña risa traviesa hasta que él también tropezó frente a mí. Lo sostuve bajo el brazo.

—Príncipe.

—Cantasangre —tartamudeó, quitándose el agua salada de los ojos—. ¿Puedo… puedo pilotar la nave? No dejes que lo haga Alva, pero… ¿puedo yo?

—¡Yo he preguntado primero! —La delgada niña se había recuperado y avanzaba hacia el príncipe, seguida de más jóvenes elfos.

—¡Cállate, Alva! —gruñó Rorik—. Yo voy a pilotarla primero. Lo ha dicho Cantasangre.

—Rorik. —Livia sujetó a su hermano de la túnica, tirando de él hacia atrás—. Deja en paz al rey.

El niño gimió.

—Solo quiero pilotar la nave.

Mi alondra me miró, con un brillo en sus pestañas.

—Pareces incómodo, serpiente. ¿Dónde está el hombre enmascarado que me llevó lejos?

—Me temo que se topó con las hachas de tu padre y las amenazas de tu madre.

Livia tiró de mi mano.

—Vamos.

Tait se sacudió las manos, revisó su reloj de bolsillo y asintió.

—Ninguna amenaza.

—¿Qué pensabas ver, Caminacorazones? —Livia sacudió la cabeza y nos condujo hacia la orilla—. No hay peligro aquí. Ya no.

Alguien tiró de mi brazo libre hacia atrás. Rorik, con una mirada astuta en el rostro, tiró con fuerza suficiente para que me inclinara por la cintura.

—¿La nave? —susurró—. Me dejarás pilotarla, ¿verdad?

—Navegaremos. Y cuando lo hagamos, prepárate para enfrentar el viento.

El labio del niño se curvó, y luego salió disparado, persiguiendo a los demás pequeños en una carrera de regreso a la orilla. Una orilla bordeada de guerreros, reyes y reinas, y pocas sonrisas.

Era extraño cuánto había cambiado todo: cuando el maestro de tierra dio un paso adelante, sentí alivio. Valen me miró, luego señaló con el brazo los montículos que se extendían frente al fuerte.

—Elfos marinos, me han dicho que nos espera un banquete. Estáis invitados a nuestra mesa.

Criado para ser un rey brutal y abandonado a mi suerte a tan corta edad, no era de extrañar que el comportamiento regio no fuera instintivo para mí.

Tampoco lo era para Celine.

Se abrió paso entre las filas, empujando al rey del pueblo de la Noche a su paso.

—Ya era hora. Mis botas están empapadas y estoy hambrienta, maestro de tierra.

Livia se aferró a mi brazo y nos condujo tras la nueva dama de las espadas.

El gran salón estaba lleno, prácticamente igual que el día que nos colamos en él, aunque con menos veneno y menos cuchillas ocultas.

Las ovaciones estallaron, haciendo temblar la lámpara de hierro sobre las mesas, y los cuernos se alzaron cuando Valen y Elise hicieron su entrada. El rey del pueblo de la Noche quedó de inmediato rodeado por los suyos: manos golpearon antebrazos, espaldas y hombros en saludos efusivos.

Me aferré a la mano de Livia como un maldito necio, temeroso de soltarla hasta que nos indicaron que tomáramos asiento en las mesas repartidas por el salón. Habría podido besarla, profunda y salvajemente ante todo su pueblo, cuando Livia nos acomodó junto a la realeza de sus dominios, pero también al lado de Sewell, Tait y los demás nobles marinos.

No quería que nos dividiera una línea, pero, aun así, agradecí que hubiese cierto equilibrio.

A mitad del banquete —de raíces especiadas, una bestia de sabor fuerte y arenque en escabeche—, el padre de Mira, el rey del tatuaje de cuervo, golpeó el borde de la mesa y señaló a Tait.

—Eso es. Ya recuerdo por qué conozco a este elfo. Destierro.

A su lado, la madre de Mira soltó una risa suave.

—¿Hasta ahora no lo habías reconocido, Ari?

La reina tenía el cabello largo y espeso como el de su hija, aunque más oscuro, y mostraba algunas cicatrices, similares a las mías, que asomaban por el escote de su vestido.

—Malditos dioses. —Tait soltó un largo suspiro, haciéndose crujir los nudillos.

La princesa Mira pareció satisfecha con la repentina palidez de Tait, pero miró al rey del cuervo.

—Daj, ¿conoces al primo del rey eterno? No sabía que os habíais cruzado antes.

—Nos hemos conocido —respondió el rey, tamborileando los dedos—. Es el muchacho al que desterré personalmente, devolviéndolo al mar. Veo que se le han ensanchado los brazos. La última vez que lo vi no era más que huesos y un poco de carne.

—¿Un momento…, el rey Ari te desterró, Caminacorazones? —Los ojos de Aleksi se abrieron de par en par—. Ari, nunca lo has

mencionado, y te encanta presumir.

—Así es, Alek. Me temo que fue una época bastante caótica, y el recuerdo de mi grandeza se me escapó. —El rey hizo una mueca y se aseguró de que viéramos la daga dentada de hueso y oro que llevaba encima—. ¿No es así, hijo de Harald?

—Mi nombre es Caminacorazones —gruñó Tait.

—Ari —dijo la madre de Mira con un suspiro—. Nada de amenazas.

—¿Amenazas? Yo intimido, y lo haré cuanto me plazca, sobre todo cuando tenemos una hija condenadamente encantadora y merodean ladrones de princesas.

—Daj. —La voz de Mira tembló, no por inquietud, sino por una risa mal contenida—. Ellos nos han traído de vuelta.

—Cantasangre ha devuelto a su princesa raptada. ¿Cómo sé yo que el hijo de Harald haría lo mismo?

Tait palideció.

—No estoy aquí para raptar a nadie.

—¿Por qué? —Los ojos dorados del rey del cuervo se entrecerraron mientras se inclinaba hacia él—. ¿Tiene algo de malo mi hija, hijo de Harald?

—¿Qué? No. —El rostro de Tait ardió en un rojo intenso—. No he dicho eso.

—Entonces… ¿sí la raptarías?

—No —dijo Tait, moviéndose en su asiento, con los ojos abiertos de par en par—. Dioses.

Justo en el momento oportuno, el maestro de tierra golpeó un cuerno contra la mesa, atrayendo todas las miradas mientras se ponía de pie.

—Han sido meses difíciles —comenzó—. No tengo palabras para expresaros mi gratitud por estar a nuestro lado en la búsqueda de Livia. —Sonrió a su hija y luego estudió su cuerno de cerveza—. Si alguien me hubiera dicho que estaríamos sentados aquí con elfos marinos, con el rey eterno, sin derramamiento de sangre, habría pensado que estaba loco. Pero he tenido el honor de luchar junto a personas que creía enemigas, solo para descubrir su devoción, sus

lazos con su pueblo. Los mismos lazos que corren por nosotros. Me enorgullece estar sentado con todos vosotros.

Los cuernos resonaron sobre las mesas del salón, tan fuerte que no pude escuchar nada más.

Más tarde, mientras Livia iba de un lado a otro hablando con miembros de la realeza, me vi acorralado por la reina del pueblo de la Noche.

—Cantasangre.

—Reina. —Incliné el mentón.

La cabeza de Elise Ferus alcanzaba mi barbilla, pero cuando se plantó frente a mí, quise dar un paso atrás… hasta que su rostro se suavizó.

—Los has traído de vuelta a mí.

—Prometí que lo haría.

—Valen me contó todo. No se impresiona fácilmente en batalla, pero ha admitido más de una vez que no sabe cómo lograste mantener las espadas firmes en un barco que se movía tanto.

Me esforcé por parecer indiferente, pero fracasé cuando una sonrisa se extendió por mi rostro.

—Él ayudó a dar el golpe final.

A Elise pareció gustarle escuchar cómo luchaba su gente. No solo Livia, sino los demás herederos. Para la reina del pueblo de la Noche, ellos eran tan suyos como Livia y Rorik. Preguntó por la batalla, pero insistió más en los cambios en el Reino Eterno.

Sus ojos se tornaron vidriosos, anhelantes.

—Ojalá pudiera verlo algún día.

El Abismo siempre se interpondría entre ella y su pueblo. Hablaba del Eterno como si fuera su hogar, y, sin embargo, su madre nunca la vería en su trono, nunca la vería sentada a la cabeza de su propio consejo de elfos marinos.

Sorprendiéndome, Elise puso una mano sobre mi brazo y apretó.

—Me alegra que también hayas regresado a nosotros, rey eterno. Hay quienes aquí son mucho mejores gracias a ello.

Las palabras que Valen me había dicho aquel día que fui arrojado al mar resonaron en mi cabeza. Ciclos, guerra, odio…, todo había ocurrido para traernos a este momento, para convertir esas palabras

en verdad. Asentí en silencio mientras la reina regresaba a la multitud.

—¿Esa corriente divide vuestros mundos?

Me sobresalté. Skadi, seguida de Tait, apareció en un umbral. Vestía de manera sencilla: la mitad de su cabello recogido detrás de la cabeza con una tira de cuero, un vestido gris ceniza que le quedaba terrible, puesto que era dos tallas más grande de lo debido. Estaba destinada a ser princesa, pero no actuaba como tal.

—Anda, pero si sabe hablar —dije, apartándome de ella, contento de observar a mi reina sonreír y reír hasta que echó la cabeza hacia atrás, exponiendo la garganta que planeaba lamer y morder en cuanto estuviéramos a solas.

—Hablo cuando hay algo interesante que decir. —Skadi se colocó a mi lado—. Escuché a la mortal…

—Ella es una reina, elfa.

—Y yo iba a llamarla «mortal de la realeza». —Por un momento, su rostro mostró un ligero destello de molestia. Ah, era capaz de sentir.

—Esa corriente es demasiado fuerte, ¿verdad? Mantiene a la madre de tu reina fuera de tu mundo.

—Sí —respondí con irritación, como si mis antiguos resentimientos hacia los elfos de la tierra necesitaran recaer sobre alguien nuevo.

La confianza es algo voluble, y aún no le había otorgado la mía. Hasta entonces, probablemente recibiría los bordes más afilados.

—Podría eliminarla —dijo ella.

Me congelé.

—¿Qué has dicho?

—Podría eliminar la corriente, dejando una barrera tranquila entre vuestros reinos.

—¿Cómo puedes eliminar el Abismo?

—De la misma manera que tomé tu vínculo.

—No hablaría con tanta ligereza del vínculo que robaste.

La elfa se encogió de hombros.

—Solo digo que el acto es el mismo, pero sin el dolor. La frontera entre los pueblos permanecerá, pero la violencia que fractura

vuestros dos reinos está impulsada por algo del Otro Mundo. Se notaba cuando navegamos a través de ella.

Nunca me dijeron qué alimenta las aguas aplastantes del Abismo; simplemente sabía que existía. El comercio entre los elfos marinos y los de tierra no era algo insólito, pero era raro y se hacía usando hechizos e invocaciones.

Los elfos marinos siempre iban a los de tierra. Los elfos de la tierra —que yo supiera— nunca habían navegado hacia el Eterno desde que se formó el Abismo.

—Probablemente una bruja marina creó la barrera —determiné, más para mí que para Skadi. Si los marinos fueran los responsables de la violencia que divide nuestros mundos, tendría un poco más de sentido que los elfos de tierra nunca vinieran a nosotros.

—Quizá —dijo ella—. Importa poco, pero hay un poder que bulle en su interior, y eso es lo que puedo tomar.

—La frontera permanecería —repetí.

—Pero la violencia terminaría.

¿Sin Abismo? ¿Un muro entre mundos que había existido durante siglos?

—Explícame tu magia, elfa.

—Afinidad —me corrigió—. Igual que Arion usa el fuego o la luz para alcanzar y tomar objetos, yo hago lo mismo con la oscuridad.

—Él caminaba a través de la suya.

—Un talento que yo no poseo. —Skadi se apartó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Arion puede caminar por la luz, dentro de ciertos límites. No puede recorrer largas distancias ni ir a un lugar que nunca ha visto antes. Debe visualizarlo en su mente.

Dioses, ojalá ese bastardo estuviera muerto.

—Livia dijo que conjuras cosas de esas brumas.

—No conjuro. Tomo. —Skadi observó las vigas del techo—. Si invocara mi afinidad, podría arrastrar hasta mí, a través de la bruma, ese cuerno de bebida, por ejemplo. —Señaló una mesa lejana.

Así fue como le robó la espada a Sander.

—No puedes simplemente tomar una corriente como el Abismo y ponerla en otro lugar.

—No. El poder que hay dentro se desvanecería en la bruma, moriría de algún modo. Puedo atraer la materia hacia mí, o puedo dejarla dentro de la oscuridad. Es el lado más lúgubre… o, en tu caso, útil.

—¿Dejarla dónde?

—No lo sé con exactitud. Algunos dicen que es el vacío de la creación. Yo creo que la materia simplemente se convierte en polvo. Es como cerrar una puerta. Puedo dejarla abierta hasta que aquello que invoco cruce hacia mí, o puedo encerrarlo bajo llave, fuera de la vista. —Skadi inclinó la cabeza, con una expresión inquietantemente vacía en el rostro—. Por eso es mejor que temáis mi afinidad. Por eso jamás debería pertenecer a un hombre como Arion.

—No parece muy distinto de lo que dijo Eldirard.

—Él no entró en detalles. —Skadi me dedicó una sonrisa hueca—. Si quisiera, podría robar una vida: el latido físico de un corazón, el aliento que llena los pulmones. Lo tomo, luego lo encierro tras la oscuridad, y ahí… muere. Eso es lo que haré con cualquier poder que viva en ese Abismo tuyo.

«Mierda».

—¿Matas con esta bruma?

—Puedo hacerlo. Igual que tú, solo que de una forma distinta. —Skadi ocultó un bostezo con el dorso de la mano—. Estoy cansada de esta celebración. ¿Permitirías que tu tripulación me lleve de vuelta al barco para dormir?

No estaba seguro de haber asentido siquiera cuando se dio la vuelta.

—Piensa en lo que he dicho, rey del mar. Puedo matar este Abismo, y le devolverás a tu reina a su gente sin que eso conlleve perderte a ti.

No fue hasta que Sander, Narza y un alver del reino natal de los gemelos confirmaron que las afirmaciones de Skadi tenían fundamento cuando se tomó la decisión: al día siguiente, acabaríamos con el último muro que se alzaba entre nuestros pueblos.

Capítulo 54

La alondra

Aquello parecía una locura. Despejar el Abismo… sin duda era imposible.

—Improbable —nos había dicho Narza antes del amanecer—. Hay un poder en esa barrera. La magia deja restos, como bien sabéis. Es materia invisible. Si la elfa posee una afinidad para absorber materia física, entonces es posible que cualquier poder antiguo que alimente el Abismo pueda ser extraído.

Tenía la uña del pulgar atrapada entre los dientes. El brazo de mi madre rodeaba mi cintura y, juntas, observábamos a Erik, mi padre, Sander y Narza de pie junto a Skadi, sumergidos hasta la cintura en el mar.

Skadi vestía una fina camisola, con el cabello salvaje alrededor de los hombros y el rostro. Parecía un espíritu de las mareas. Aún llevaba colgadas al cuello las hierbas que contenían su afinidad.

Jonas estaba en cuclillas junto a la línea del agua, con Aleksi a su lado. Murmuraban en tonos ásperos. Jonas se mostraba inquieto, sin duda por el vínculo *neach-dai.* Nuestro pueblo apenas sabía qué hacer con la nueva intensidad del príncipe libertino y su devoción voluntaria hacia los elfos marinos.

Sospeché que tener a Skadi tan cerca de tantos nobles y del rey eterno aumentaba el desasosiego de Jonas a causa de su nuevo juramento de protección. Al igual que Erik, estaba segura de que mi amigo apenas confiaba en Skadi. Después de todo, solo la había visto en batalla, intentando masacrarnos. No la había conocido antes de que su magia la endureciera.

Pese a su melancolía, un grupo de cortesanas de todos los reinos se mantenía cerca, con la esperanza de que Jonas y Alek buscaran el consuelo de sus brazos. Freydis, vestida con su mejor atuendo, miraba a Jonas con una expresión soñadora cuando él estiró los músculos del cuello de un lado a otro.

No fui la única que lo notó.

Una cabellera de color rojo fuego, trenzada alrededor de una diadema negra, se interpuso entre Jonas y las damas que se esforzaban por vislumbrar a los príncipes. Malin, la madre de los gemelos, me miró, guiñó un ojo y desplegó su capa ribeteada de piel para que su esbelta figura ocultara más a su hijo.

—No soy la única que desea cierto tipo de amante para su hijo —susurró mi madre, sonriendo a la reina vecina, que ignoraba por completo las cabezas estiradas de las cortesanas que intentaban robar una mirada por encima de sus hombros.

—Malin cree que lo está protegiendo, pero Jonas es quien se resistirá al amor con gusto hasta su último aliento.

Mi madre rodeó mi cintura con el brazo.

—Sabes que, si esto no funciona, nada cambiará, Livie. Estaré aquí cada dos semanas cuando vengas a visitarme.

Resoplé.

—¿Ah, ese es el plazo que has establecido?

—No, preferiría que te quedaras aquí, pero por desgracia tu padre me recordó que tu *hjärta* es un rey con responsabilidades y toda esa clase de tonterías. ¿Por qué me miras así?

—Has llamado *hjärta* a Erik. Daj también lo hizo una vez. —La armonía perfecta de mi corazón. Una antigua creencia romántica de nuestro pueblo.

—Espero que no aceptes menos que eso. —Mi madre miró al mar con un dejo de melancolía—. Percibimos la conexión, o al menos la intriga, entre tú y el rey eterno al final de la guerra. Cuando supe que te habían llevado… —tragó saliva—, me rompí, Livie. Nunca había sentido un dolor así.

—¿Pero?

—Hubo un momento en que mi corazón supo que esto iba a suceder. Como si fuera una verdad que había elegido olvidar. No me malinterpretes, podría prescindir del secuestro, por supuesto. Pero quizá Erik también necesitaba aprender algo de ti; ese fuego abrumó al rey eterno del mar, y quemó su odio.

Mi madre soltó una risita y me apretó la cintura un poco más.

—Tengo una confesión —susurré.

—Oh, me encantan las confesiones secretas.

—Cuando vi a Erik en el baile de máscaras, sentí una atracción indescriptible hacia él. Estaba aterrorizada cuando me secuestró, pero no pude ignorar que, antes de que él retirara aquella máscara, esa atracción hacia él era algo especial, algo que la gente siempre busca y que pocos encuentran. Bueno… creo que ahuyentó el miedo; creo que me ayudó a confiar en él mucho más rápido de lo que lo hubiera hecho de otra manera.

Mi madre meditó la confesión unos instantes.

—¿Crees que esa atracción era el vínculo de corazón?

—Aunque lo fuera —dije—, el amor nunca se fue. Solo se ha fortalecido.

—Es lo que siempre he querido para ti —dijo con voz suave—. Que encontraras tu fuego y un amor que avivara tus llamas, no que las apagara.

Un alboroto en las mareas devolvió nuestra atención al mar. Narza urgió a Erik y a los demás a regresar a la orilla. El ceño de Erik se frunció con descontento al acercarse a mi lado.

—¿Qué está pasando? —Enganché mi mano en su brazo.

—Las brujas del mar y tu pueblo de brujas…

—Elixistas —corrigió mi madre, sonriendo—. No les gustaría que las llamaran brujas.

—Sea cual sea su título, todos están levantando una barrera en la orilla entre nosotros y la elfa, en caso de que ella decida atacar en lugar de vivir en paz.

Dudaba que Skadi se volviera contra toda una orilla de magias. Se escondía tras un exterior pétreo, pero le importaba Eldirard. No arriesgaría su vida ni la de Natthaven atacando a quienes le habían ofrecido refugio.

—¿Crees que tendrá éxito? —Mi voz estaba cargada de pesar. Casi desearía no haber sabido que había alguna posibilidad. El desengaño, si fallara, sería un peso sombrío—. Te lo dije. Intentó alejar a su abuelo y no pudo sin fatigarse.

Erik asintió.

—Pero ¿no había estado luchando antes? Y Arion estaba allí. ¿No combatía contra ella?

Cierto. Skadi estaba agotada.

—Tavish la está ayudando —me dijo Erik, señalando el extremo lejano de la orilla. Tavish estaba agazapado al final de un largo muelle, con la palma suspendida sobre el mar—. Ha estado desenredando fragmentos del hechizo.

—¿Cree que fue lanzado por una bruja del mar?

Erik asintió.

—Un hechizo intrincado, pero si se desenreda, la esperanza es que los restos sean más fáciles de esconder para la elfa en su maldito abismo de niebla.

Un gemido profundo —como un cuerno que retumba en un barranco— resonó sobre el agua. Ondas se expandieron desde la oscura trama que se tejía en la superficie. Debajo, la pared de mareas agitadas.

Algunos se alejaron de la orilla cuando otro estruendo generó nuevas ondas y suaves olas en la franja de la barrera.

Skadi extendió los brazos. Como pétalos negros floreciendo, hilos de tinta brumosa se desprendieron de su cuerpo. No era como una sombra, sino más diáfana y húmeda, como verdadera niebla. El agua burbujeaba alrededor de su cintura. La oscuridad creció, espesándose como el rocío del mar durante un monzón, y se sumergió en el mar.

En el muelle, Tavish se tumbó bocabajo, maldiciendo y manteniendo las palmas sobre el agua. Yo hundí los dedos en el brazo de Erik, incapaz de apartar la mirada, incapaz de moverme mientras la magia de Skadi hurgaba en las paredes del Abismo.

Entonces Tavish gritó, incorporándose sobre sus rodillas:

—¡Ese era el hilo final! ¡Está libre, mujer! ¡Retíralo! ¡Ahora! ¡Antes de que se asiente otra vez!

Skadi cerró los ojos. Otro latido de su oscuridad iridiscente se deslizó sobre la superficie del agua, hundiéndose en la grieta sombría del Abismo. Sus brazos temblaron. Se dobló sobre sí misma. Un suave gemido escapó de sus labios.

—Es demasiado para ella —dije.

—Un poco más —respondió Erik en voz baja, como si estuviera atrapado en sus propios pensamientos.

Skadi tropezó. La niebla se arremolinó a su alrededor, girando y azotando. Gritó de nuevo, llevando lentamente sus palmas al centro de su pecho, como si intentara encapsular su oscuridad.

Otro eco gutural resonó sobre el mar. Entonces, los remolinos de niebla estallaron desde el centro mismo de Skadi, una explosión de oscuridad. Al siguiente instante, desaparecieron. Al igual que Skadi. Había caído de espaldas en el agua. Jonas y Aleksi se lanzaron a por ella, arrastrándola fuera del oleaje.

Se desplomó sobre el hombro de Jonas, apenas capaz de caminar hasta la orilla.

Mi pulso se detuvo, la sangre se me heló. Todavía me aferraba al brazo de Erik, como si fuera lo único sólido a mi alrededor.

—¿Y bien? ¿Ha funcionado? —Gracias a los dioses por Celine. Ella no era de las que esperan mucho en un silencio pesado.

Erik aún no había dado la orden cuando Gavyn se tomó la libertad de mirar. El señor de los huesos se desvaneció en el mar. Círculos suaves cubrieron la parte superior de mi mano bajo el pulgar de Erik. Al igual que yo, el rey eterno parecía incapaz de parpadear, de siquiera respirar, mientras esperábamos.

En lo profundo del agua, más allá de los bancos de arena y los bordes rocosos, el rostro de Gavyn emergió a la superficie. Miraba hacia la orilla, simplemente contemplándonos.

Y entonces, exclamó:

—¡El Abismo ha desaparecido!

Capítulo 55

La serpiente

Los elfos de la tierra aprovechaban cualquier motivo para celebrar y festejar. Una vez más, estábamos reunidos en el gran salón, bebiendo, comiendo y danzando al ritmo de sus extraños tambores de cuero y la inusual melodía de sus laúdes. La mayoría de las noches, habría elegido refugiarme con Livia, a solas, lejos de otras almas, pero aquella noche incluso yo sentí un poco de ligereza en la sala.

Una línea surcaba los mares. Aguas oscuras señalando la barrera entre el Eterno y los reinos terrestres. Permanecía, pero, como había dicho la elfa, la violencia se había ido.

Gavyn, Tait y Aleksi se ofrecieron a probar la nueva barrera. La tripulación de Gavyn había estado fuera gran parte de la mañana y, cuando regresó, se les notaba un poco de asombro en el rostro.

Para los elfos marinos, el Abismo no resultaba horriblemente incómodo, más bien como una feroz tormenta en el mar. Pero Alek regresó diciendo que era como pasar de las aguas heladas del invierno a los cálidos mares de verano. Eran oscuras y frías, hasta llegar al Mar Eterno, donde la luz y el calor alimentaban las corrientes.

—Casi pacífico —dijo, hablando para todos, aunque sus ojos estaban clavados en su tía—. Como sumergirse en el mar.

Quedaba el asunto de la respiración. Elise viviría tanto tiempo como los elfos gracias a hechizos y magia, pero aún tenía pulmones mortales.

Una de las brujas terrestres —o elixistas— disipó la preocupación.

—Con que lleves un simple amuleto contigo bastará, Elise. Eso será suficiente. Tendré uno listo en unos días.

—¿Días? —Tavish cruzó el tobillo sobre la rodilla—. Yo tendré uno antes del atardecer de mañana.

—¿Es eso un desafío, hechicero?

Tavish esbozó una sonrisa ladina.

—Así es, Elixir.

No dudaba de que la reina del pueblo de la Noche, y cualquier mortal de los reinos terrestres, tendrían media docena de maneras de respirar durante el viaje para finales de semana.

Livia se apoyó en mí, sonriendo ante la ligereza del ambiente. Mujeres, hombres, pequeños bailaban unos alrededor de otros. El maestro de tierra reía con Elise en el centro de la sala mientras los padres de Mira murmuraban algo a su alrededor.

Pero, a su lado, Sander hizo una reverencia ante una bruja marina, tomando la mano de la mujer en el baile. Gavyn se había convertido en el tema de cotilleo de más de una cortesana de la tierra y había bailado con no menos de cuatro mujeres hasta el momento.

—Caminacorazones. —Mira se acercó a Tait a dos asientos de nosotros—. Es hora de que bailes. Tal vez sonrías un poco.

—Preferiría secarme en tierra antes que bailar.

—Dioses, eres el hombre más amargado —dijo la princesa, alejándose mientras lanzaba más de un insulto por encima del hombro.

—No se equivoca, primo —dije entre sorbo y sorbo de la espesa cerveza de miel que bebían los elfos de tierra. Nunca se lo admitiría a Alistair, pero casi la prefería a nuestros dulces vinos.

Tait bufó, pero no protestó. Mi primo era hosco, pero había razones, y a él le correspondía contarlas. Eran sus secretos y él debía revelarlos.

—¿Qué le pasa a Jonas? —susurré al oído de Livia.

Sus ojos se dirigieron al príncipe, que estaba sentado entre algunos Rave que se habían colocado alrededor de la elfa. Su hazaña con el Abismo, aunque milagrosa, parecía acrecentar la aprensión en torno al alcance de su poder.

Era sutil, pero la elfa estaba siendo observada. De cerca. No había duda: siempre lo estaría.

Jonas no miraba la celebración; estudiaba su cuerno de bebida, perdido en sus propios pensamientos.

La preocupación surcaba el ceño de Livia.

—No lo sé —dijo—. Simplemente dice que tiene muchas cosas en la cabeza con todo esto.

—¿Quieres que Tait lea su corazón?

—No —suspiró Livia—. Jonas merece sus pensamientos privados. La guerra lo trastornó de niño. Parece que esto ha hecho lo mismo.

—Podemos encontrar una manera de intercambiar el vínculo —ofrecí—. No significa que sea prisionero del Eterno…

—De hecho, creo que está bastante orgulloso de ello —se apresuró a decir Livia—. Alek dijo que se lo ha estado explicando a los Rave y a cualquiera que quiera escucharlo, en realidad. Creo que lo que lo preocupa es haber estado a punto de perder a Sander, de perdernos a todos. Dale tiempo para procesar lo que ha sucedido.

Besé la suave piel tras su oreja, asintiendo. El príncipe podía tomarse su tiempo, pero si tardaba demasiado, yo dejaría la moral a un lado y haría que Tait excavara en su corazón y se llevara todos sus secretos.

—¿Te has cansado de esta celebración, amor?

Livia se estremeció cuando mi aliento rozó su cuello.

—Creo que sí, serpiente.

Me levanté, extendiendo la mano, y nos dirigimos hacia las puertas traseras del salón antes de que alguien pudiera detenernos.

Por desgracia, Aleksi, príncipe irritante como era, tenía otros planes.

—Cantasangre, ya no puedes evitarnos más.

El calor se deslizó por mi piel. Cerré los ojos y giré lentamente.

Dioses, sabía que, si Livia y yo regresábamos con su gente, si me habían aceptado como su rey, su amante, su elegido, sin duda volvería a enfrentarme a ese hombre.

Nunca habíamos hablado. No de verdad. La única vez que estuve tan cerca del otro padre de Alek fue mientras él sangraba, inconsciente y adentrándose en el Otro Mundo.

Ahora, el bastardo del príncipe me sonreía como si supiera exactamente la inquietud que había causado, mientras señalaba al hombre a su lado.

—Oh —soltó Livia con un suspiro—. Tío Tor…, ¿alguna vez has… hablado con el rey?

—No —dijo él, sin apartar la mirada de mí—. La última vez que estuvimos tan cerca, estaba desangrándome en el suelo del bosque. Nunca tuve la oportunidad.

Era más corpulento que su amante, con cabello igualmente oscuro, pero con ojos más profundos y una barbilla más firme. Sin embargo, en sus ojos se escondía la misma chispa de algo parecido a gratitud y afecto cuando miraba a Aleksi.

—No te preocupes, Erik —dijo Aleksi—. A Daj le gusta charlar tanto como a ti.

Dando un empujón a su padre en el brazo, el príncipe dio un paso atrás. Yo resoplé cuando mi alondra, mi reina, me abandonó, con una sonrisa en el rostro. Quería hundirme en el maldito suelo.

—Salvaste a mi hijo —dijo Tor—. Y a mí también.

Sin decir otra palabra, extendió el brazo. Dudé, luego sujeté su antebrazo, inseguro y receloso. Siempre receloso. Algunos hábitos mueren lentamente.

Torsten levantó un poco la barbilla y luego soltó mi antebrazo.

—Gracias. Creo que eres un imbécil por llevarte a mi sobrina, pero siempre estaré de tu lado por lo que has hecho por mi familia.

El silencio se alargó unos instantes, luego incliné mi cabeza en un gesto de respeto.

—Al igual que yo siempre estaré con ellos.

—Entonces, bienvenido a la Casa Ferus. Una vez dentro, nunca te dejarán ir —dijo, echando un vistazo hacia donde su consorte, el hermano del maestro de tierra, conversaba con Stieg y una de las reinas, una mujer salvaje con trenzas doradas que sostenía a un infante envuelto en sus brazos.

Como Aleksi había prometido, el tío de Livia dejó el tema ahí y se alejó. Con un tirón de mi mano, Livia nos arrastró fuera del salón con una sonrisa. No se detuvo hasta que llegamos al borde de un muelle.

—¿Nadas conmigo, serpiente?

Dioses. Los dedos de Livia desabrocharon el escote de su corpiño. Se liberó de su vestido y de las faldas hasta que la luz de la luna acarició las suaves curvas de sus pechos y sus contornos.

No hizo falta responder. Me despojé de mi ropa y alcé el agua para arrastrarnos hacia las mareas. Más fría que la del Mar Eterno, pero nada podría igualar esta paz: esta mujer en mis brazos, el mar, el latido de su corazón contra el mío.

Le di un beso lento y profundo. Livia tiró de las raíces de mi cabello, enredando sus muslos tersos alrededor de mi cintura. Gruñí. La sensación de su calor era un tipo de éxtasis embriagador. Me robaba el pensamiento, el aliento. Dominaba mi mente hasta que solo podía verla a ella.

Livia se apartó, acariciando mi mejilla con las yemas de sus dedos.

—Mi tío ha dicho la verdad.

—¿Sobre qué? —Lamí el agua de la curva de su cuello.

—Ahora eres de la Casa Ferus tanto como yo soy del Eterno. —Apretó mi rostro entre sus manos, inclinando la cabeza y acercando sus labios hasta dejarlos tan cerca que dolía—. Y nunca te dejaré ir. Eres mi vínculo de corazón. Y lo serás durante mucho más de mil ciclos.

Sonreí contra su boca.

—Y la serpiente y la alondra jugaron, desde el amanecer hasta el ocaso.

Livia resplandecía, con lágrimas en las pestañas, mientras terminaba la historia, aquel cuento que había inventado hacía tanto tiempo:

—Y vivieron felices para siempre.

La besé por ese cuento. La besé por la intensidad sagrada de aquel instante. La besé por los mil ciclos que anhelaba pasar entre sus brazos. Y la besé, también, por todos los momentos que habrían de florecer mucho después de que incluso esos ciclos se hubieran consumido.

Epílogo

La serpiente

Mis labios se entreabrieron, mi boca quedó suspendida sobre la de Livia, y sus jadeos y suspiros se mezclaron con los míos hasta volverse uno solo. A cada lado de su cabeza, apoyé las palmas con firmeza, sosteniendo mi peso para alzar el pecho y concedernos el espacio necesario para contemplar el punto exacto donde nuestros cuerpos se encontraban.

Las rodillas de Livia se abrieron un poco más, cediendo al ritmo lento y profundo de mis caderas.

Lo que había comenzado como besos suaves, compartidos bajo la luz naciente del alba, se transformó poco a poco en caricias furtivas, en sudor y en gemidos entrelazados. Con ternura, y sin el temor de que algo pudiera arrancarla de mí, me entregué a su cuerpo. Mi lengua recorrió su pecho, deslizándose con languidez, lamiendo y mordisqueando despacio la punta ya endurecida.

Un sonido entrecortado escapó de sus labios cuando rocé su costado con los dientes. Sus dedos se hundieron en mi cabello, enredándose en las ondas y aferrando mi rostro contra su piel. Mis caderas se movieron entonces, hundiéndome más en ella.

Livia se estremeció, pronunciando mi nombre en un susurro tembloroso.

—Estoy muy cerca —murmuró, dejando caer la cabeza hacia un lado, el rubor encendido en sus mejillas y una expresión de puro abandono—. Erik… no te detengas.

No existía maldita fuerza en este mundo capaz de hacerme parar. Me sostuve sobre un codo y deslicé la mano entre nosotros, buscándola para acariciar el brote hinchado en el vértice sensible de su centro. Livia gimió y se arqueó, entregándose al ritmo de mi cuerpo.

Un calor conocido se encendió en mi interior, y se expandió, hasta que me vi arrastrado por un delirio embriagador.

La puerta se estrelló contra la pared, la madera temblando en un estallido frenético.

—¡Cantasangre, criaturas marinas! ¡Están nadando y Caminacorazones dice que hay una maldita ballena y ahhh!

—¡Rorik! —Livia se lanzó hacia las mantas.

Sus rodillas se elevaron de pronto, cerrándose y atrapando mis piernas.

—Mierda. —Me clavé los dientes en el labio con tal fuerza que estuve a punto de hacerlo sangrar, y perdí el equilibrio, tambaleándome peligrosamente cerca del borde de la cama.

Antes de que pudiera evitarlo, en un torbellino de sábanas, piernas y maldiciones, caí al suelo. Desnudo, medio cubierto por la colcha de piel. Un rey avergonzado con un miembro dolorosamente erecto mientras su reina gritaba a un niño, que se reía burlón.

—Erik, dioses, lo siento. Rorik, ¡sal de aquí! —Livia envolvió las mantas alrededor de sus pechos, furiosa con su hermano menor, lanzando almohadas por la habitación—. ¿¡Cómo has entrado aquí!?

—El mayordomo.

Alistair sería relevado de su servicio de siglos tan pronto como pudiera volver a sentir mi maldito miembro.

—Rorik, ¿podrías dejarlos a solas hasta que…? Oh, maldición. —Elise Ferus, madre de la mujer que había estado devorando, desnuda y sin aliento unos momentos antes, entró en la habitación.

¿Dónde estaba el maestro de tierra? ¿Stieg? Tal vez Aleksi y sus padres querrían unirse a nuestra mortificación.

Rorik resopló.

—¡Cantasangre se cayó de la cama y mostró su trasero!

—¡Rorik! —Elise explotó—. ¡Silencio! ¡Ahora!

Tendido de espaldas, gemí y cubrí mi rostro con las manos.

—¡Maj! —gritó Livia—. ¡Cierra la puerta! Dioses, te lo suplico.

Elise, todavía regañando a su hijo, se detuvo un instante para decir:

—Hay un pestillo, querida. Por una razón.

—¡Estos son los aposentos reales! —insistió Livia—. ¡Son privados!

Elise resopló.

—Erik. Buenos días.

—Reina —murmuré detrás de mis manos.

—Perdóname, pero me informaron que el rey y la reina habían organizado una ceremonia matutina. Este puede ser vuestro palacio, pero espero que ambos estéis listos para la próxima campanada, o toque, o como sea que lo llaméis aquí. Completamente vestidos. — En la siguiente respiración, la puerta se cerró de golpe, y el silencio cubrió la habitación.

No pude evitarlo: me reí. Un sonido que surgió desde lo más profundo de mi pecho vibró a través de mis costillas hasta liberarse, sin poder ser contenido.

Livia asomó su hermoso rostro, todavía sonrosado, por el borde de la cama.

—No es gracioso, Cantasangre.

Eso solo hizo que me riera de nuevo.

Livia cayó sobre las almohadas, una mano en la frente.

—Nunca voy a salir de esta habitación otra vez.

Me deslicé de nuevo sobre nuestra cama.

—El mejor plan que has tenido —le dije, besando uno de sus pechos—. De hecho, lo anunciaré esta misma mañana.

Se rio cuando besé la otra protuberancia. Sus dedos acariciaron perezosamente las cicatrices de mi espalda.

—¿Estás listo para esto?

—¿Listo? —Mi rostro se enterró en su cuello—. Sí. Sin duda.

Livia suspiró.

—Entonces, tengo malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos dejar nuestra cama.

Los jardines de mi madre estaban en plena floración, a rebosar con los habitantes del mar y de toda la Casa Ferus. Solo había pasado una semana desde que habíamos navegado a través de la barrera marina (no podía llamarla *Abismo)* y habíamos regresado al Eterno.

Cuatro días desde que las cartas que viajaban por todo el Eterno revelaron que más de la mitad de las islas y casas nobles finalmente estaban libres de la oscuridad. Incluso la Daire de Skondell regresó con su gente a sus santuarios y a su cultura en la pequeña isla.

A pesar de tener a tanta gente a nuestro alrededor, era extraño no ver a ningún otro miembro de la realeza, aparte de Aleksi. Mira había mostrado reticencia a permanecer en los reinos de la tierra, pero con una sola mirada al rostro de su madre, lo reconsideró.

Volverían pronto. O seríamos nosotros quienes iríamos hacia ellos.

A los elfos de la tierra no les resultaba difícil navegar hacia el Eterno, ya no. Uno de sus *drakkars* nos había acompañado en nuestro viaje de regreso. Sus remos, sus velas, nada se había roto. Tait y Gavyn se ofrecieron a navegar en sus extraños barcos serpentinos cuando la familia de Livia regresara, para asegurarse de que cualquier nave pudiera cruzar hacia nuevos mares sin peligro.

El problema era la inmersión. Avaline ya se había encargado de que algunos de sus elfos más curiosos de la Casa de las Mareas ocuparan puestos en el lado de la barrera de los elfos de la tierra. Ellos invocarían a las mareas para abrir el paso al comercio y al consejo en los ciclos venideros.

Joron había tenido cierta inclinación a proteger a su gente, aislándola de la inmensidad del mundo. Ahora era más difícil mantener a los miembros de la Casa de las Mareas en el Eterno. Muchos deseaban explorar, aprender y ver una tierra desconocida para ellos.

En realidad, ya sabíamos que Mira y Sander regresarían únicamente porque los reyes lo exigían. Reinos diferentes, pero éramos más como una quinta parte de los reinos de la tierra, solo que con más mares.

Jonas era otro asunto.

Alistair había entregado un mensaje del príncipe apenas un día antes, indicando que Jonas sabía lo que le había estado preocupando y que tenía su solución. Aún no nos lo revelaría, solo dijo que pronto lo sabríamos. Ominoso, y la preocupación que se dibujaba en el rostro de Livia me recordó inmediatamente que nunca

se la había devuelto al príncipe por la paliza que me dio cuando nos conocimos.

—Ah, finalmente has decidido unirte a nosotros —dijo Aleksi, pellizcando la oreja de Livia mientras cruzábamos un arco cubierto de enredaderas—. Rorik se está poniendo bastante impaciente.

¿Cuándo no estaba impaciente ese chico? El hermano de Livia se había encariñado con los barcos del Eterno. Cada momento que pasaba despierto, suplicaba, a mí, a Tait, a Celine, a cualquiera, que lo dejara subir a bordo y surcar los mares.

Sewell era el único que aún no le había dicho que no, y pasaba incontables campanadas cada día navegando en balandras por las calas, con Rorik al timón y un tricornio demasiado grande sobre su cabeza.

Narza estaba cerca de una mesa de madera cubierta con hierbas y flores secas. Cuencos de arcilla se disponían alrededor de un círculo de velas.

A un lado, Tavish y su familia permanecían junto a Torbellino y Tait. Debían estar presentes por ser la sangre del rey. Pero yo no podía excluir a los demás. Celine, Gavyn, Sewell y un Portatormentas recién aseado se unieron.

Sangre o no, ellos habían sido quienes me habían criado.

—Adelante.

Cuando Narza estuvo segura de que esto era posible, lo planeamos en privado, pensando que sería algo pequeño e íntimo. Resultó que la familia de Livia era bastante grande cuando todos estaban juntos. Ocupaban mucho espacio.

Aleksi se situó entre sus padres. La hermana del maestro de tierra, su consorte y sus cuatro hijos —todos adultos, los primos mayores— se habían unido. Su hijo mantenía una mano sobre los hombros de su esposa; la cicatriz en su mejilla era realmente el comienzo de todo.

Ella había sido la atacada por el rey Thorvald cuando Valen clavó su hacha en el pecho de mi padre.

Era extraño tenerlos aquí. Por esa razón.

Junto a Valen y Elise estaban los abuelos de Livia, uno mortal, uno elfo, muy parecidos a sus padres. Rorik iba y venía del lado de

los elfos del mar hasta que Stieg le prometió un puñal Rave si se quedaba quieto.

El guerrero no compartía sangre con ninguno de nosotros, pero al igual que Celine y su gente, Stieg merecía un lugar allí.

La única que realmente no pertenecía del todo, al menos para mí, era la elfa de las sombras, que nos contemplaba pensativa desde una de las ventanas superiores. La mujer se había colocado de nuevo voluntariamente las bandas de hierbas alrededor del cuello, aceptando no usar su afinidad contra nosotros. Había sosegado los peligros del Abismo, pero yo no sabía qué hacer con ella.

Pequeñas sonrisas y algunos destellos de emoción habían aparecido en su rostro últimamente, pero Livia me informó que seguía siendo diferente a la mujer que conoció la primera vez. Mi alondra estaba esperanzada, pero yo no estaba convencido de que esa mujer regresara.

Sacudí los pensamientos sobre la elfa y dirigí mi atención hacia la mesa.

Narza encendió las velas.

—Los vínculos no son poca cosa. Son conjuros complicados pero poderosos. Los vínculos del corazón provienen de sangre ofrecida voluntariamente por dos linajes distintos. Estos, cuando son valorados, amados y apreciados, son el corazón del Eterno. Son lo que da al linaje real todo su potencial.

Livia deslizó sus dedos entre los míos, sonriéndome; no pude evitar devolverle la sonrisa.

Narza tomó la mano de Livia.

—La sangre se ofrece, voluntariamente, con fervor y deseo. ¿Es ese tu caso?

—Sí. —Livia observó fascinada cómo gotas de su sangre caían en uno de los cuencos.

Mi abuela me miró.

—El vínculo de corazón de la Casa de los Reyes fue destruido, pero no hemos encontrado nada que diga que un nuevo vínculo no pueda formarse. ¿Reclamas voluntariamente la Casa Ferus como tuya, con fervor y deseo?

Tragué saliva; la garganta se me tensó de golpe. Algunos, como Joron, verían esto como una traición a la Casa de los Reyes. Dirían que el rey eterno se vendió a los elfos de la tierra. Me importaba poco. Mi lealtad estaba con la mujer a mi lado, malditos sean los tronos y coronas.

Significaba mucho para mí que cada alma de la Casa Ferus estuviera allí para demostrar que ellos también lo aceptaban.

Asentí y extendí mi mano hacia mi abuela.

—Con cuidado.

Narza sonrió suavemente.

—He vendado más de un raspón en tus rodillas, nieto. Aunque no lo recuerdes. No le tengo miedo a tu sangre.

Mi sangre cayó en el cuenco opuesto. Uno a uno, los miembros de nuestras familias de sangre fueron agregando la suya. Tavish me guiñó un ojo antes de hacer lo mismo. Nunca nos habíamos confesado la verdad, ni yo había dicho nada a Torbellino.

Simplemente se sabía por la forma en que comenzaban a contar historias sobre mi madre, ya fuera por una mirada mía, tras la cual Torbellino decía: «Dioses, así es como Oline solía fruncir el ceño», o si algo les recordaba a ella, como su odio por las escamas de los peces o cómo una vez se había propuesto ser la primera Dama de las Espadas, y que hubiera estado orgullosa de saber que su hijo hizo posible tal cosa.

Thorvald se sentiría decepcionado, y eso hacía que los nuevos lazos fueran aún más poderosos.

Narza calentó la sangre con hierbas e incienso, luego vertió cuidadosamente ambas cosas en un solo mortero, dos líneas de sangre unidas.

—Tocaos las manos.

Livia y yo sostuvimos nuestras palmas unidas sobre el cuenco. Narza comenzó a cantar una melodía suave y dulce.

La piel se erizó; nuestras palmas se calentaron. Cuanto más cantaba Narza, más cálida se volvía nuestra piel.

Livia hizo una mueca. Yo casi hago lo mismo cuando la mordedura en mi antebrazo llegó hasta el hueso. No como una espada, más bien como una leve quemadura que se extendía por la

carne hasta la médula, luego las venas, hasta que mi pecho floreció en calor. Un calor reconfortante, como un sorbo de té caliente, que se sentía hasta el fondo del estómago.

El canto de Narza se fue apagando poco a poco. Se limpió una lágrima del rabillo del ojo y señaló nuestras manos.

—Que siempre honréis el lazo entre vosotros.

El aire se quedó quieto en mis pulmones. Bajé la mirada a la piel desnuda de mis brazos y solté un suspiro áspero.

Livia rio, limpiándose las lágrimas. Marcado en nuestra piel, en el mismo lugar que una vez llevó el signo rúnico de la Casa de los Reyes, había uno nuevo enredado en lo que parecía ser hiedra.

—Casa Ferus —susurró Elise, sonriendo—. Ese es el sello.

Seguí frotándome el lugar sobre mi pecho, deleitándome en la familiar plenitud. Dioses, lo había echado tanto de menos.

Livia se levantó sobre las puntas de los pies y me besó, sus lágrimas empapando mi rostro. Cuando se apartó, nuestras familias aplaudieron. Solo la miré a ella, mientras sus delicados dedos trazaban la línea inferior de mi labio.

Mil ciclos no serían suficientes con ella, pero sería un comienzo.

Mientras nuestra gente vitoreaba y, torpemente, se reunía, las casas se unían y todo lo demás, aparté el cabello de Livia de sus ojos y sonreí.

Sin palabras, solo usando lo que se sentía, susurré: «Hola, amor».

Los ojos de Livia brillaron con un nuevo ardor. «Hola, Serpiente».



El príncipe pesadilla

Habían pasado siglos desde la última vez que había recorrido los pasillos de mi propio maldito palacio.

Casi siempre me divertía mucho cada vez que regresábamos del Festival Carmesí. Demonios, incluso había planeado irritar a Sander al «presumir de nuestras heroicidades» una vez que decidimos liberar al rey eterno y luchar junto a los elfos del mar.

Pero este regreso… Nada era como lo había imaginado.

Sin duda, nada en mi vida sería como había imaginado después de esta noche.

Vacilé frente a la puerta que conducía a la amplia cámara en la que un extenso hogar calentaba los niveles inferiores. Nuestra ciudad principal, Klockglas, a menudo estaba cubierta de nubes y solía hacer frío, al igual que entre los muros del palacio. Apropiado para nosotros, la realeza, ya que el rey manipulaba los miedos de otros y sus hijos creaban pesadillas.

Aun así —y se lo atribuía completamente a mi madre— el palacio resultaba acogedor gracias a la risa y la lealtad.

Me aferré a la esperanza de que así seguiría siendo, después de admitir ante mi madre y padre lo que había hecho.

Ya había enviado noticias al Eterno, para que no se sorprendieran cuando regresara. Una vez confesados los detalles, Erik pensaría que había perdido la cabeza, pero no era un hombre de muchas palabras. En verdad, vería las ventajas antes que Livia.

Livie sería como mi madre —lo sentía en el estómago—, pero no tenía derecho a protestar. Por los dioses, se había enamorado irremediablemente y estaba en la cama con el hombre que la había secuestrado y planeado asesinar a su padre.

Ni el más mínimo derecho a protestar.

Exhalé y entré sin hacer ruido. Como hijo de ladrones, había aprendido hace tiempo a moverme como una sombra. Me alegraba no ser notado, porque eso me daba un momento para contemplar lo que más amaba del palacio.

Sander, ya bastante recuperado, picoteaba algunas pasas mientras leía algo nuevo sobre los elfos del mar enviado por las brujas. Él era quien más me preocupaba. Tal vez viera esto como una traición.

Aunque, pensándolo bien, mi gemelo era el más indulgente de los dos.

Observé a mis padres durante un par de latidos. Siempre había pensado que mi madre era la mujer más hermosa. Cabello color fuego que mantenía un poco salvaje, sonrisa mitad traviesa, mitad

cariñosa. Reía, como siempre lo hacía cuando mi padre le susurraba al oído —cabeza hacia atrás, ojos cerrados.

Incluso Daj sonreía. Kase Eriksson era quien yo aspiraba a ser, distintos como éramos.

Mientras yo disfrutaba asistiendo a los bailes de máscaras y rodeándome de compañía, mi padre estaría contento de nunca dejar este palacio y de no ver otra alma más allá de las de su familia. Posible exageración; casi había hecho pedazos el palacio Kunglig —o eso me habían dicho— cuando Livia fue secuestrada, y otra vez cuando supo que sus hijos habían desaparecido.

Tenía una relación estrecha con cada una de las casas reales de nuestros reinos. Simplemente disfrutaba quejándose de ellas.

Con un brazo rodeando los hombros de mi madre, la acercaba, solo para besar su sien una y otra vez, como si nunca pudiera tener suficiente de ella. Era un vínculo en el que nunca había pensado.

Hasta ahora, cuando me había dado cuenta de que ciertamente nunca lo tendría.

Me aclaré la garganta.

—Jonas. Ven a sentarte con nosotros. —Mi madre palmeó el lugar a su lado—. Te he echado demasiado de menos.

—No tanto como Daj, seguro. —Le di un empujón a mi padre en el hombro mientras pasaba a su lado.

—Francamente, no sé por qué seguís aquí —dijo mi padre, con una sonrisa astuta—. Pensé que había dejado claro que disfrutaba de los pasillos vacíos y del tiempo a solas con tu madre.

—Por favor, contente. —Me senté en un banco frente a ellos y entrelazé mis dedos, fijando la mirada en los hilos de la alfombra tejida bajo mis botas.

—¿Jonas? —Mi madre inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Estás bien?

—Tengo algo que debo deciros. A todos vosotros.

Sander cerró de un golpe su libro y se apoyó en el brazo del sofá, la preocupación surcando su rostro.

Mi padre no dijo nada, pero sus ojos se volvieron tinta negra, oscureciéndose hasta quedar vacíos de toda luz.

—Daj, por favor.

—Tienes miedo de contárnoslo. ¿Por qué?

Dioses, era increíblemente frustrante que tu familia pudiera literalmente conocer tus miedos. Dejé que mis hombros cayeran.

—Porque no os va a gustar escucharlo.

—Hijo —dijo mi madre con suavidad—. Sea lo que sea, siempre puedes contárnoslo.

—Este vínculo con el Eterno… sabéis que me obliga a protegerlos.

Mi padre frunció el ceño. Se cabreó —más bien, se enfureció— cuando se enteró de que yo estaría vinculado de por vida. No soportaba nada que quitara un ápice de libertad. Quedar atrapado por la oscura magia mesmer durante muchos ciclos cuando era niño había hecho que se pusiera como una furia ante cualquier cosa relacionada con la falta de libertad.

Solo después de explicarle una docena de veces que no se trataba de un vínculo forzado, y que simplemente surgía de la necesidad de hacer lo posible por ayudar a los elfos del mar, encontró algo de consuelo.

—El príncipe elfo desaparecido me ha dejado intranquilo. Sus ambiciones, la forma en que hablaba no solo del mar, sino también de nuestros reinos, no me dejan en paz.

—Jonas —dijo Sander—. Sabes tan bien como yo que el rey Eldirard dijo que su padre lo mantendrá a raya durante algún tiempo.

—El riesgo permanece. Si no fuera así, no creo que el vínculo… me hiciera sentir así. —Mi estómago se encogió—. Pero ya he descubierto cómo puedo protegerlos. Ya he puesto todo en marcha, he enviado mis misivas y lo hago voluntariamente. Por todos nosotros. No solo por Livie y Cantasangre, sino por nuestro pueblo y nuestros reinos.

—Jonas, dioses, estás empezando a asustarme. —Mi madre se inclinó hacia delante—. ¿Qué pasa?

Contuve la respiración hasta contar cinco.

—Convertirnos en parientes de los elfos de las sombras significa que su magia dejará de ser una amenaza. Tras su batalla fallida, el compromiso concertado con el príncipe puede ser impugnado por alguien de rango equivalente.

—Jonas…

Mi madre se interrumpió cuando negué despacio con la cabeza, suplicándole en silencio que me dejara continuar.

—Fui a ver al rey de los elfos de las sombras para pedirle la mano de su nieta. Para hacerla nuestra pariente. —Vacilé—. Y él aceptó.

Glorario de personajes

El Reino Eterno

Casa de los Reyes:
Rey Eterno — Erik Cantasangre
Tait Caminacorazones
Celine Cantamareas
Sewell — cocinero de galeras
Tripulación de la *Nave Eterna.*

Casa de las Brumas:
Señora de la Casa: Narza — abuela del rey Eterno
Fione — bruja del mar

Casa de los Huesos:
Señor de la Casa: Gavyn Rompehuesos (el Buscador)

Casa de las Mareas:
Señor de la Casa: Joron el Constructor de Mareas
Avaline Atrapamentes

Casa de las Espadas:
Señor de la Casa: Hesh, Navegante Supremo

Reinos Élficos de la Tierra

Clanes del pueblo de la Noche (Reinos del Norte):
Rey Valen Ferus
Reina Elise Ferus
Livia Ferus
Rorik Ferus
Aleksi Bror-Ferus
Sol Ferus

Torsten Bror
Stieg Jakobson — guerrero Rave

Clanes alver (reinos del Este):
Príncipe Jonas Eriksson
Príncipe Sander Eriksson

Clanes élficos (reinos del Sur):
Princesa Krasmira (Mira) Sekundär

Glosario

Neach-dai (neech-die): Un vínculo pacífico forjado entre diferentes clanes, destinado a sellar la unidad y garantizar la paz.

Pueblo de la Noche: Un tipo de elfos de la tierra cuya magia se conoce como «furia» y se centra en los poderes de la tierra.

Alver: Un clan mágico de los reinos de los elfos de la tierra, experto en la magia mesmer, que domina la mente y el cuerpo.

Glamour: Magia de clan de los elfos de los Reinos del Sur, capaz de crear ilusiones, invocar y obligar, o asistir a los cambiaformas.

La oscuridad: Una plaga provocada por hechizos oscuros en el Reino Eterno.

Hjärta (hyar-tah): Término de los elfos de la tierra usado para describir un amor tan intenso que la pareja se convierte en una armonía perfecta de corazones y almas.

Dokkalfar: El clan de los elfos de las sombras.

Ljosalfar: El clan de los elfos de la luz.

Natthaven (naht-hayven): La isla hogar de los elfos de las sombras, o Dokkalfar.

Chridhe (hee-yah): Apelativo élfico cariñoso, equivalente a «mi amor». De origen gaélico escocés.

Corona de Sangre: La corona del Reino Eterno. Si la lleva alguien que no sea el heredero de sangre, arderá y corroerá su piel.

El Abismo: Una corriente violenta y vertical que separa los reinos de los elfos de la tierra del Reino Eterno, implacable y peligrosa.

Agradecimientos

Nunca podré expresar suficiente aprecio a mis lectores por amar estos mundos. Todo comenzó con *The Broken Kingdoms:* el cariño que mostrasteis hacia esos «elfos de la tierra» hizo que la historia alcanzara el misterioso y fascinante mundo del Reino Eterno. Qué viaje ha sido… Gracias, de todo corazón, gracias.

Mi gratitud hacia mi familia no tiene fin: por soportar mi música de *rock* vikingo a primera hora y mis noches dedicadas a dar vida a estos personajes. Dereck, niños, os quiero mucho. Más allá de cielos y mares, desde lo más profundo de mi corazón.

También quiero darles las gracias a Kaylee, Jasmine, Katie y Aubrey, por acompañarme como betas de este libro y ayudarme a dar forma a la trama cuando yo misma dudaba de poder lograrlo.

Mi gratitud también va para Sara Sorensen, que detectó cada incoherencia y detalle olvidado de la historia; gracias por prestar atención a lo que nadie más ve. A Megan Mitchell, gracias por tu paciencia y tu ojo infalible para los errores tipográficos que yo no lograba ver incluso después de releer el libro mil veces; sin ti, estos libros habrían quedado incompletos. A Cindy Hale, por resolver los últimos problemas persistentes, y a los numerosos lectores de ARC, que hicieron la última lectura.

Gracias, *The Wicked Darlings,* por llenar mis días de teorías, preguntas y gifs; quienes lo saben, lo saben.

A mi padre, en el cielo, gracias por guiarme en este viaje que ha transformado mi vida. Brindo por nuevas historias llenas de romance, picardía y magia.

LJ

Sobre la autora



LJ Andrews es una autora superventas del *USA Today* y el *Sunday Times* de fantasía romántica. Da vida con un toque casi mágico a mundos de oscuros mitos nórdicos y vikingos, tejidos con conflictos que unen a heroínas y héroes apasionados.

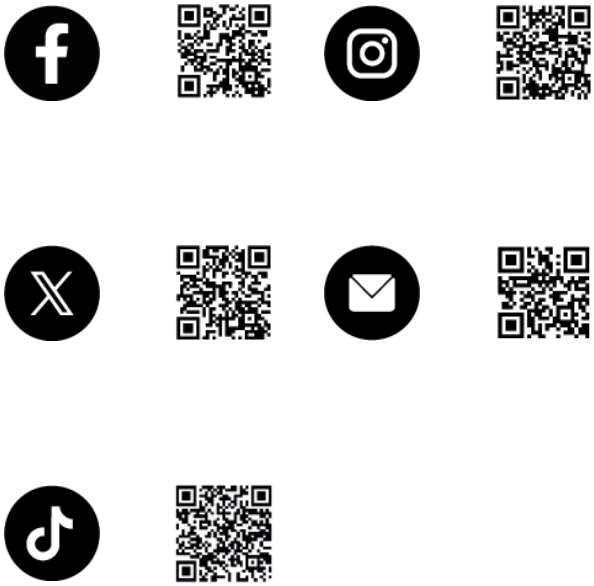
Cuando no escribe, LJ se dedica con valentía a encauzar a sus cuatro hijos en el sinfín de actividades que conlleva la vida familiar, además de disfrutar del tiempo con su héroe favorito, su marido. A todo ello se suman dos perros que requieren un alto mantenimiento y una cotorra con mucho carácter.

LJ Andrews disfruta especialmente cuando pasa tiempo en las Montañas Rocosas, de Utah, estado donde reside.

Wonderbooks le agradece la atención dedicada a *La reina eterna*, de LJ Andrews.

Esperamos que haya disfrutado de la lectura y lo invitamos a visitarnos en www.wonderbooks.com, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Si lo desea, puede también seguirnos a través de nuestras redes y suscribirse a nuestro boletín utilizando su teléfono móvil para leer los siguientes códigos QR:



Primera edición: abril de 2026
Título original: *The Ever Queen*

© LJ Andrews, 2024
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Donald Maass Literary Agency a través de International Editors y Yañez Co.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: MerryBookRound Designs
Corrección: Sandra Ruiz

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-68-2
THEMA: FMR
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Advertencia de contenido
Resumen de El rey eterno
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo
Glorario de personajes
Glosario
Agradecimientos
Sobre la autora

